JOANA MARCÚS

SEMPITERNO

Desafía el olvido

montena

JOANA MARCÚS

SEMPITERNO

Desafía el olvido

montena

A todas las personas que se deben
una segunda oportunidad a sí mismas,
que tienen una mala decisión que perdonarse,
que le deben una sonrisa a su reflejo
y que intentan romper
su propio ciclo sempiterno.

Espero que esta historia te ayude a encontrar
el camino de vuelta a casa.

Advertencia: este libro incluye contenido sexual explícito, consumo de drogas y escenas violentas.

Bex

Observó a Caleb una última vez. Pese a conocer a su amigo, era incapaz de adivinar lo que se le pasaba por la cabeza.

Brendan

Observó a Victoria una última vez. El vínculo que compartían le trasmitió todos sus sentimientos, pero intentó no absorberlos.

Bex

Si tan solo pudiera ayudarlo… Si tan solo supiera qué decir…

Brendan

Si tan solo dejara de lloriquear por los rincones y se centrara en ponerse fuerte…

Bex

Miró a Iver, su hermano, y le pidió ayuda de forma silenciosa.

Este no supo qué decirle; estaba tan perdido como ella.

Brendan

Miró al vendedor. Este parecía sospechar de ellos.

Especialmente, cuando Brendan se hizo con la pistola que acababa de comprar.

Bex

Necesitaba salir de ahí.

Al llegar al jardín, se pasó las manos por la cara. Tenían que encontrar a Sawyer como fuera.

Brendan

Necesitaba salir de ahí.

Al llegar al aparcamiento, se quitó la capucha y respiró hondo. Tenían que rehuir a Sawyer como fuera.

Bex

Al volverse, vio a Caleb. Sus ojos estaban anclados en el mapa, pero era obvio que realmente no veía nada. Su cabeza estaba muy muy lejos.

Brendan

Al volverse, vio a Victoria. Su mirada estaba perdida, pero trató de fingir concentración. No fue capaz de lograrlo.

Bex

Sería un día muy largo.

Brendan

Sería una noche muy larga.

Bex

—¿Manos a la obra? —preguntó al volver.
Iver asintió y Caleb tragó saliva.

Brendan

—Muévete —ordenó.
Pese a no verla, adivinó que Victoria le había sacado el dedo corazón.

Bex

Menos mal que se tenían entre ellos.

Brendan

Tendrían que arreglarse consigo mismos.

Aunque, pensándolo bien…, él siempre lo había hecho.

1

Iver

A veces sentía que el tiempo se había detenido aquella noche. Que la vida seguía avanzando, pero como si fuera una pesadilla que nunca terminaba.

Tenía a su hermana. A Bex. Ese era su único consuelo.

Recordaba aquella noche como si se tratara de un cuento y ni siquiera la hubiera vivido él mismo. Había vacíos de memoria, desplazamientos que no recordaba que hubieran ocurrido… Ni siquiera recordaba cómo se habían puesto a salvo los demás o él mismo.

Lo que sí recordaba era la herida de Bex. El terror que había sentido al pensar que la perdía. Su sangre en el plato de la ducha, llenándolo todo, mientras el agua le cubría la herida. Su sangre en la propia piel de Iver. Todavía podía sentirla bajo las uñas.

Iver cerró los ojos con fuerza. Le dolía la cabeza. Últimamente no podía evitarlo. Intentaba no decirle nada a nadie para que no tuvieran una preocupación de más, pero… ¿y si sucedía algo y no estaba a la altura? ¿Y si no podía ayudar a sus amigos?

Al levantar la vista, contempló a Bex ante él. La herida había sanado en tiempo récord. Ya solo se cambiaba la venda una vez cada pocos días y era capaz de seguirles el ritmo a los demás.

—Todavía no hemos mirado en esta zona —dijo ella, señalando sobre el mapa con una uña roja y desgastada—. No me imagino a Sawyer en un pueblo costero de cuatrocientos habitantes, pero… ¿quién sabe?

A Iver no le quedó más remedio que volver a centrarse y observar la zona que señalaba.

—Quizá eso es lo que busca —dijo—. Esconderse en un lugar que nos parezca improbable.

—No es tan listo. ¿Y si se ha escondido en el lugar más probable posible?

—La fábrica está vacía; ya lo hemos comprobado varias veces.

Bex no respondió. Se mordía el labio inferior con impaciencia.

Se encontraban en una casa abandonada que había sugerido Caleb. Las condiciones eran pésimas, y no tenían ni luz ni agua corriente. Su única iluminación eran las linternas, lámparas y velas que habían llevado hasta allí poco a poco, sin levantar sospechas. Incluso así parecía que estaban en la mansión de un vampiro. Quizá se debía al papel de pared lleno de desgarros, a los suelos que crujían o a los marcos de puertas desvencijados… Sin contar con que algunos ni siquiera contaban con puertas en sí.

Por lo menos, tenían un tanque de agua en el patio trasero con el que se apañaban para lavarse de vez en cuando. Y, sobre todo, para bañar a Kyran. Tener a un niño en esas condiciones era lamentable, pero no les quedaba más remedio. Además, hacían lo posible para comprar —y robar— bebida y alimentos de sobra. Lo último que necesitaban era que se pusiera enfermo. El niño o el gato.

En esos momentos, ambos se encontraban en un rincón del salón reconvertido en sala de operaciones. Entre candelabros, lámparas y muebles viejos, el niño dormía en el sofá y el gato se había subido al respaldo. Este último no dormía. No lo había hecho de forma muy seguida desde la muerte de Victoria.

¿Los gatos podían tener depresión? Iver nunca se lo había planteado, pero apostaría por un sí.

—Vale, olvidemos la fábrica —concedió Bex entonces—. ¿Qué hay del pueblo costero?

—Voy yo.

—Ya hemos hablado de esto; no estoy inválida.

—Estás herida.

—¿Y qué? Todos lo hemos estado alguna vez.

Y era cierto, solo que Bex había recibido un disparo bastante crítico. Aunque su cuerpo de extraña podía soportarlo, no se iba a curar de la noche a la mañana. Ni siquiera siendo tan cabezota como era.

—Que voy yo —insistió Iver—. Tú hiciste el último turno. Deberías descansar.

Bex habría insistido en cualquier otra ocasión, pero esos días desistía con rapidez; no tenía energías para ponerse a discutir.

—Está bien —murmuró—. Llévate el auricular.

Una de las primeras decisiones que habían tomado fue descubrir cuántos de los contactos de su antiguo trabajo seguían confiando en ellos. Ambos entendieron enseguida que los criminales no le daban mucha importancia a la opinión de Sawyer. Siempre y cuando tuvieran un fajo de billetes delante, cambiaban rápidamente de bando.

Y es que Sawyer era importante, pero, cuando alguien con habilidades especiales te amenaza de muerte, ves las cosas con más perspectiva.

Algunos socios se resistieron, pero consiguieron unos auriculares de señal protegida para comunicarse entre ellos cuando tuvieran que salir de casa. Había unos cuantos, pero solo los usaban los mellizos. Caleb apenas le prestaba atención al suyo. Y, además, Iver prefería no cuestionarse dónde iba en sus largas ausencias.

Se colocó el auricular negro en la oreja, enganchado en el cartílago, y se metió la pistola en la cinta del pecho. Era un poco raro seguir llevando la ropa que usaban al trabajar para Sawyer, pero… tampoco es que tuviera otra opción.

—Ten cuidado —le pidió Bex sin mirarlo a los ojos—. Y… háblame cada vez que puedas.

Iver esbozó media sonrisa y le colocó una mano en el hombro. Bex asintió, como si con eso hubieran expresado todo lo que necesitaban.

Tras aquello, cada uno se marchó por su lado.

Caleb

Cada vez que cerraba los ojos, la veía a ella.

Era una sombra. Un movimiento que captas por el rabillo del ojo pero que, al volverte, desaparece. Te preguntas si es real, claro, aunque sabes que debe de ser tu cabeza jugándote una mala pasada.

La veía en todos lados, aunque se escapaba cada vez que estaba a punto de atraparla. Una sombra, sí. Una con una sonrisa muy dulce.

Ni siquiera sabía que pudiera echar tanto de menos a nadie. Se sentía perdido. Y solo. Como si hubiera roto algo que nunca podría arreglar y, aun así, fuera incapaz de perder la esperanza de recuperarlo.

Llegó a la casa abandonada por la noche, cuando supuso que el niño estaría dormido. Podía oír a Bex abajo, moviendo papeles y murmurando para sí misma. También olía las medicinas que usaba para curarse. Como de costumbre, prefirió que estuviera así de centrada; no soportaba hablar con ellos sobre encontrar a Sawyer.

Si lo encontrara…

Si Caleb encontrara a Sawyer…

No, no lo interrogaría. No le interesaba lo que pudiera decir. Ni siquiera iba a llevarlo con los demás.

Iba a matarlo.

Caleb trató de quitarse aquello de la mente. Aterrizó, silencioso, en la habitación que se había asignado a sí mismo. La cama era el único mueble que no seguía lleno de polvo, aunque solo la usaba para tumbarse durante las pocas horas que pasaba en aquel lugar. Se sentó en ella, cansado. Siempre estaba cansado.

El que mejor parecía entenderlo, curiosamente, era el gato. El mismo que apareció por la puerta de su dormitorio. Sus ojos dorados observaron a Caleb durante unos instantes y después subió a la cama para frotarle la cabeza contra el brazo.

Bigotitos había adelgazado y su pelo parecía mucho menos anaranjado a cada día que pasaba, como si hubiera envejecido diez años. No comía demasiado, y tampoco le hacía caso a Kyran cuando este intentaba jugar con él. El gato se pasaba el día tumbado en algún lado de la casa, siempre mirando por las ventanas como si esperara que ella volviera.

Caleb no sabía cómo explicarle que no iba a suceder. No iba a volver. Ni siquiera sabía cómo explicárselo a sí mismo.

Con cuidado, le acarició la cabeza. El gato maulló y, pese a dejarse unos instantes, terminó subiendo al alféizar de la ventana y alejándose de Caleb.

Desde ahí contempló el exterior. Caleb sabía que, si se marchaba y volvía al cabo de unas horas, él no habría cambiado de posición.

Volvió a oír el rumor de documentos en el piso de abajo. Bex no dejaba de suspirar, frustrada. Caleb sabía que necesitaba ayuda y, aun así, se veía incapaz de ofrecérsela. Se sentía… bloqueado. Como si alguien hubiera pulsado un botón y, desde entonces, fuera la persona más inútil del planeta. Ni siquiera había vuelto a usar un arma.

Oyó a alguien más. Kyran. No estaba seguro de qué hacía el niño, pero podía identificar el sonido de sus manos arrastrando algún tipo de tela.

Caleb echó un último vistazo al gato y, finalmente, bajó las escaleras.

El salón de la casa abandonada no parecía el mismo. Las ventanas estaban tapiadas con tablones; los muebles, apartados a los lados; las provisiones, en cajas, y las pocas mantas, en el sofá, junto a Kyran. En el centro de la sala, junto a las escaleras, se encontraba una mesa cuadrada en la que tenían armas y varios mapas de la ciudad. Iver prefería usar el método tradicional para que no pudieran rastrearlos al encender un GPS.

De nuevo, Caleb habría preferido que los rastrearan. De esa manera, Sawyer no tendría más remedio que enfrentarse a ellos. Volvieron a preocuparle las ganas que tenía de verlo. Y todas las cosas que sería capaz de hacerle.

Por suerte, la voz de Bex lo sacó de su propia cabeza.

—Vaaaya, el príncipe ha decidido bendecirnos con su presencia. ¿Cómo estás?

Si a Caleb le dieran un dólar por cada vez que le habían hecho esa pregunta, podría comprarse una casa.

Aquella broma le recordó a… Bueno, a *ella*. Le habría hecho gracia. Aquello lo entristeció un poco.

—Pensé que Iver seguiría por aquí —murmuró Caleb.

Al ver que ignoraba su pregunta, Bex suspiró. Siempre le hacía esa pregunta. Parecía tener la esperanza de que, algún día, él se abriría y por fin acabaría con la ley del hielo que se había impuesto a sí mismo durante esos meses.

—Se ha ido a este pueblo costero —señaló ella en el mapa—. Va a asegurarse de que la gente no ha visto nada raro. Gigantes trajeados, coches caros, algún lugar abandonado que de repente hayan comprado u ocupado…

—Sawyer jamás se iría a un pueblo.

—Por eso es una buena zona en la que buscar, ¿no?

Caleb sacudió la cabeza.

—Le da igual que lo encontremos, Bex.

—Pues se le da muy bien esconderse sin querer…

—Estará en un hotel de lujo, en un yate o en un puñetero avión privado. Y estará rodeado de lujos mientras elige a qué niños va a arruinarles la vida ahora que nosotros nos hemos marchado.

No esperó una respuesta; fue directo al sofá donde Kyran seguía tirando de los hilos de su pantera de peluche. Caleb no estaba muy seguro de dónde la había sacado, pero no la abandonaba ni para bañarse. Por eso estaba deshilachada por todos lados.

—No tires de ahí —le dijo Caleb con suavidad—. Vas a romperlo todavía más.

Kyran dejó que se lo quitara. Rara vez lo permitía, así que debió de darse cuenta de que su peluche estaba en peligro.

Caleb lo contempló. Era bastante feo. Parecía una pantera, pero estaba mal hecha y le colgaba una de las orejas.

—¿Tenemos agujas? —le preguntó a Bex.

—Sí, Mary Poppins. Están en la mesita. Aunque solemos usarlas para coser heridas.

Kyran entrecerró los ojos, como si le ofendiera que no consideraran grave la herida de su pantera.

Caleb tenía más experiencia con heridas que con telas, pero arreglar el peluche fue sorprendentemente fácil. Mientras recogía el hilo y volvía a coser la oreja, Kyran lo observaba con muchísima tensión. Tenía claro que, si le hacía daño a su pantera, iba a ganarse un enemigo de por vida.

—Podemos buscar en los hoteles —comentó Bex entonces, todavía pendiente del mapa—. Conozco unos cuantos de cinco estrellas. Supongo que te refieres a esos, ¿no?

—Los hoteles están demasiado vigilados; hay cámaras y seguridad por todas partes. Es demasiado arriesgado. Aunque estuviera ahí, te pillaría enseguida.

—Podría colarme por una ventana.

—Es una gran idea.

—¿A que sí?

—Sí. Sobre todo, la parte en la que sabes exactamente qué ventana y qué piso tienes que buscar. Y seguro que aciertas a la primera, claro.

Por los latidos de su corazón, Caleb estaba seguro de que Bex estaba a punto de saltar sobre él. Que solo ofrecía problemas y ninguna solución. Sin embargo, consiguió controlarse.

—Me caías mejor cuando no sabías lo que era el sarcasmo —masculló de mala gana, pero no insistió.

Últimamente, nadie se enfadaba con él. Podía parecer tranquilizador, pero era un poco frustrante. Se sentía como si fuera de cristal y todo el mundo estuviera aterrorizado con la idea de hacerle daño.

—Si tuviéramos a Axel… —murmuró Bex, más para sí misma que para los demás—. Podría hacerse pasar por un trabajador del hotel.

—Jamás le daría la espalda a Sawyer.

—Ya… Pero, si supiéramos dónde está, quizá podríamos convencerlo. Necesitamos ayuda.

—Axel no es la solución a nuestros problemas. Y no vamos a convencerlo.

—Brendan lo haría.

Caleb estuvo a punto de clavarse la aguja en un dedo. Se quedó muy quieto, respiró hondo y volvió a emprender su trabajo. Kyran lo observaba con atención.

Si lo que sentía por Sawyer era odio…, para Brendan no se habían inventado todavía las palabras suficientes.

Habían hecho las paces. Habían vuelto a ser hermanos. Se apoyaban mutuamente. Y, justo cuando más lo necesitaba, desapareció. Se desvaneció la misma noche en que murió Victoria. Ni siquiera buscó a Caleb. No se preocupó por él. Tampoco había vuelto a dar señales de vida. No sabía si estaba bien, si estaba a salvo, si había conseguido escaparse. Ni siquiera estaba seguro de que hubiera sobrevivido al incendio, aunque lo creyera así.

Y Caleb, claro, se sentía estúpido. Se había creído el cuento de recuperar su relación. Se había quedado solo.

Al morir Ania, él sí que había estado presente para Brendan. Porque, por mucho que se odiaran, no dejaban de ser familia.

La familia se cuida siempre, incluso cuando no estás del todo de acuerdo con ella.

¿Dónde estaba Brendan ahora, que era cuando lo necesitaban?, ¿dónde estaba cuando hirieron a Bex?, ¿o cuando Iver tuvo que remontar aquel

grupo él solito?, ¿o cuando se quedaron a cargo de un niño y de un gato, completamente desamparados?

¿Qué haría Brendan?, ¿eh?

Caleb no pudo contenerse.

—Espero que esté muerto.

Pese a que las palabras salieron de su boca, no fue consciente de haberlas pronunciado. Su única señal fue que Bex se volvió hacia él. Permaneció perpleja unos segundos.

—Esperaremos a Iver —dijo entonces, todavía un poco pasmada—. Cuando vuelva, veremos lo de los hoteles.

Caleb asintió en silencio.

Esos meses había estado muy alejado del mundo, pero especialmente de Iver. No por odio ni tampoco por miedo. Era… empatía, quizá. Sabía que Iver podía notar sus emociones. Que, al ser tan fuertes, no le quedaba más remedio que absorberlas. Su actitud, alrededor de Caleb, se volvía triste y decaída. Iver jamás le había dicho nada, pero el aludido sabía que era por su culpa.

Con un último giro de muñeca, contempló su obra de arte. La oreja de la pantera volvía a estar en su lugar. Nadie habría dicho que estaba cosida. Un poco más orgulloso de lo que le gustaría admitir, se la devolvió a Kyran. Este sonrió con amplitud.

—De nada —murmuró Caleb.

Kyran no hablaba, pero aun así se lanzó hacia delante y le dio un abrazo. Caleb esbozó lo más cercano que podía a una sonrisa.

Tan rápido como esta se había dibujado en su rostro, se disipó para transformarse, de nuevo, en una expresión sombría y triste.

Victoria

El sabor a sangre se había convertido en una sensación habitual. Había ocasiones en las que Victoria ni siquiera sentía el dolor de las heridas; se había acostumbrado tanto a ellas que ya formaban parte de su cuerpo.

Pero no era así. Y en ocasiones, después de los entrenamientos de Brendan, tenía que volver a la habitación por la noche y permanecer unos minutos en la ducha. Intentaba no llorar de la frustración ni del dolor, pero era complicado. Se conformaba con no hacerlo delante de él. Seguro que Brendan se reiría de…

El golpe en el estómago hizo que retrocediera varios pasos y perdiera el hilo de sus pensamientos.

Victoria tuvo la tentación de cubrirse la zona afectada, pero sabía que era una mala idea. En cuanto vio que la vara descendía sobre su cabeza, se las apañó para bloquearla con la suya.

—Céntrate —ladró Brendan, tan agradable como de costumbre.

Peeero… no siempre había sido tan cansino, ¿eh?

Victoria tenía pocos recuerdos claros; los primeros fueron en un árbol junto a una casa en llamas. Recordaba el rostro de Brendan y lo mucho que pareció alegrarse de que ella estuviera viva. Victoria tenía un disparo en el pecho del que no sabía cómo se había recuperado. Lo único que quedaba de él era la pequeña cicatriz. Le gustaba pensar que le estaba protegiendo el corazón.

También recordaba haber escapado de aquella casa en llamas con Brendan. De las palabras de él, relacionadas con tener que marcharse sin que los viera Sawyer. Después, moteles y lugares abandonados, y noches en los coches que habían robado por el camino. Capuchas siempre puestas, gorras y parones en zonas remotas para curar a Victoria. Ella pensó que

aquello sería lo peor: las curas de la puñetera bala. El dolor era insoportable.

Pero todavía no sabía lo que sería el entrenamiento.

En cuanto pudo moverse sin dificultad, Brendan cambió las pomadas por sudor; las vendas, por una vara; y las horas de descanso, por una pistola. Y así empezó a entrenarla. Al principio fue suave, pero pronto se volvió mucho más estricto. Mucho más desagradable. Le gritaba, le hacía daño y le reprochaba cada fallo.

Victoria a veces sentía la tentación de salir corriendo y dejarlo solo, pero… ¿qué iba a hacer?

Además, aunque sintiera que odiaba un poco a Brendan, el entrenamiento daba sus frutos; se había enfrentado a unas cuantas personas que parecieron reconocerlos. Brendan decía que los mandaba Sawyer y que no podían saber que ella seguía viva. Todos estaban muertos, así que nadie se lo había reportado al tal Sawyer.

A él lo recordaba. No de forma muy clara; ni siquiera podría definir sus facciones. Pero recordaba un odio irracional e intenso. Y miedo. No solo por ella, sino también por otras personas. Miedo a que les hiciera daño.

No sabía qué personas eran aquellas ni por qué Sawyer querría dañarlas, pero estaba dispuesta a entrenar con Brendan para defenderlas.

De nuevo, él amenazó con darle con la vara. Victoria retrocedió varios pasos.

Se encontraban en un claro del bosque. El coche estaba aparcado a unos metros, junto al arroyo, y todas sus cosas se encontraban en el maletero abierto. Los rayos de sol se colaban entre las ramas de los árboles y Victoria los sentía como picaduras de mosquitos. Hacía mucho calor. No podía notarlo, pero sabía que tendría que hacerlo. Después de todo, era verano.

Echaba de menos sentir la temperatura. Incluso echaba de menos sudar, aunque fuera un poco asqueroso.

Brendan estaba justo delante de ella. Se había quitado la chaqueta de cuero y le daba vueltas a la vara de metal con una mano. A veces, hacía esas cosas para presumir de sus habilidades. Victoria no lo soportaba.

Aunque… sí que intentaba imitarlo cuando no la veía. Podía no soportarlo y admirarlo al mismo tiempo, ¿verdad?

—Céntrate o te golpearé fuerte para centrarte.

Las palabras de Brendan hicieron que ella agarrara su vara con más fuerza. Qué rabia le daba que la amenazara. Y todavía más cuando tenía tan seguro que cumpliría con aquellas amenazas.

—Es que estoy aburrida —protestó Victoria.

Brendan le lanzó un golpe. Ella lo esquivó con habilidad.

—¿Te aburre que te pegue? —inquirió él.

—Me aburre que me entrenes como si fuera a entrar en una guerrilla, que nunca respondas a mis preguntas y que no me dejes hablar con nadie.

Victoria lanzó un golpe con todas sus fuerzas. Brendan lo paró como si espantara un mosquito.

Era una humillación tras otra.

—Puedes ir a la ciudad —dijo él tan tranquilo— y puedes no entrenar. Por lo que a mí respecta, deja que te maten.

—Si te diera tan igual, no estarías echándome una mano.

—Mi ayuda tiene sus límites, Victoria. Coloca bien los pies.

Molesta, ella volvió a alinear su cuerpo. Después, dijo:

—Ni siquiera sé por qué querrían matarme.

—Porque eres como un grano en el culo.

—Por lo menos, tengo personalidad y amigos.

—¿En serio? ¿Y cómo lo sabes si no recuerdas nada?

—Recuerdo algunas cosas. Como que estás amargado, por ejemplo.

—Pues soy el único amargado que te aguanta.

—Porque tu novia está muerta.

—Por lo menos, a mí me ha querido alguien.

Victoria se detuvo un momento y, furiosa, le lanzó un golpe en las costillas. Lo hizo con tanta fuerza como pudo. Y, por primera vez en mucho tiempo, acertó de lleno. Incluso sintió la vibración de las costillas de Brendan bajo la vara de metal.

Sorprendida por su propia habilidad, Victoria no reaccionó a tiempo. Y es que Brendan no se lo había tomado tan bien como ella. Cabreado, lanzó un golpe sin control alguno. Victoria sintió el impacto contra la mejilla. Fue tan duro que cayó de bruces contra el suelo. El sabor de la sangre se mezcló con el del barro. Se sintió humillada. Tanto que tuvo que contener las lágrimas de rabia y mantener la cabeza agachada.

A través de esas lágrimas, pudo divisar la silueta borrosa de las piernas de Brendan. Se había detenido ante ella y la señalaba con la vara. Esa misma que había provocado el latido horrible que le seguía cruzando la cara.

—No vuelvas a mencionarla —advirtió Brendan en tono amenazador.

En cuanto oyó que se alejaba de ella, Victoria golpeó el suelo con toda su rabia.

Una vez. Y otra.

Y otra y otra y otra…

Echaba de menos algo que ni siquiera sabía decir qué era. O alguien que no conseguía recordar.

Tras un último golpe, se incorporó y se limpió las lágrimas de rabia.

Tocaba empezar un nuevo día.

2

Caleb

Observó las cristaleras del bar como si fuera la primera vez. Últimamente se había convertido en su entretenimiento habitual.

El local seguía igual que siempre; Andrew borracho en el despacho del fondo, unas cuantas camareras corriendo, botellas caras llenas de agua, polvo en las estanterías… Todo seguía exactamente igual. Incluso Margo y Daniela, que ahora se repartían más horas que antes, seguían trabajando en el mismo puesto.

Solo faltaba una persona.

Caleb se encendió un cigarrillo distraído. A veces, lo más difícil era plantarse ahí y no sentir su olor. Recordaba cómo su champú de lavanda se abría paso entre todos los demás aromas del bar. Cómo llegaba a él directamente. Lo fácil que era identificarla como si nunca hubiera hecho otra cosa.

Ya no había aroma a lavanda.

Ya no había nada.

No sabía qué estaba haciendo allí, pero no se molestó en esconderse. Ni siquiera cuando Daniela levantó la vista hacia él. Hubo un momento de vacilación, pero entonces le dijo algo a Margo y fue directa a la puerta trasera.

Para cuando ella salió al callejón de atrás, Caleb la esperaba con la espalda apoyada en la pared. Se colocó deliberadamente bajo la luz de la farola para no asustarla.

Por lo menos, gracias a toda aquella trágica aventura, había aprendido a comportarse y a no asustar a un humano.

Daniela también parecía cansada desde aquella noche, aunque ya no tenía el tobillo inmovilizado por su caída en la acampada. Se había reincorporado al trabajo al cabo de unas semanas, incluso con una muleta. Porque, sí, Andrew seguía siendo igual de basura humana y seguramente la había amenazado.

—Hola, Caleb —dijo ella con una pequeña sonrisa—. Me alegro de verte.

A Caleb le resultó complicado creérselo. Las relaciones humanas no se le daban muy bien, pero sabía que todo el mundo se sentía incómodo con la perspectiva de verlo y no saber qué decir.

—¿Cómo estás? —preguntó él, sin embargo.

Dani dejó la puerta entreabierta y se acercó a él. Se acariciaba los brazos como si hiciera frío, pero lo cierto era que, para ella, la temperatura de julio debía ser bastante calurosa.

—He tenido momentos mejores —aseguró ella con una sonrisa que no pareció demasiado sincera—. ¿Y tú?

—He tenido momentos mejores.

Por lo menos, la sonrisa de Daniela se volvió más honesta.

A Caleb le caía bien Dani. No solo porque le pareciera una humana bastante decente, sino también porque recordaba que su relación con… Bueno, que *su* amistad había sido muy especial. Se confiaban la vida entera y contaban la una con la otra de una manera casi reverencial. También lo hacían con Margo, pero era tan directa que a Caleb le costaba conectar con ella.

—Espero que no haya ningún problema —dijo Daniela entonces.

—No.

—¿Tenéis alguna noticia de Sawyer?

—No…

Ya le gustaría, ya.

—No sé si alegrarme o lamentarlo —murmuró ella—. Con un poco de suerte, quizá se haya marchado para siempre.

Caleb sacudió la cabeza.

—Me encantaría creerlo, pero es demasiado orgulloso; estará esperando el momento perfecto para atacar.

—Y… ¿crees que va a atacar? Puede que siga con su negocio sin más.

De nuevo, Caleb quiso creerse esas palabras. Lo quiso con todas sus fuerzas, pero no era tan ingenuo.

—Es demasiado orgulloso —repitió—. Si permite que alguien lo rete de esa manera y siga con vida, sus socios dejarán de tomárselo en serio. O por lo menos eso cree él. La única manera de estar a salvo es deshacernos de él.

Daniela le dirigió una mirada muy particular. Era una chica muy callada, pero solía decirlo todo con los ojos. En ese aspecto, le recordaba un poco a…

No. No iba a caer en eso.

—Oye, Caleb… —murmuró Dani con suavidad—. Si me estoy pasando de confianza, me lo dices, pero… ¿Seguro que estás buscándolo por eso?

Quiero decir… Em… Seguro que Iver y Bex sí que lo hacen por eso.

—¿Y yo no?

—Una parte de mí cree que sí. La otra…

En lugar de seguir hablando, ella reflexionó unos instantes. Al final, agachó la mirada y murmuró un muy triste:

—Yo también echo de menos a Victoria.

Caleb tragó saliva. Oír su nombre era como recibir un disparo. Se llevó el cigarrillo medio consumido a los labios, aunque no tenía ganas de fumar y le había empezado a temblar la mano.

Y, a pesar de todo, lo único que procesó Daniela fue que él asentía sin expresión alguna.

—Es… *Era* mi amiga —continuó ella, cautelosa—. Estos meses han sido como…, no sé, como subir por una cuesta que parece que nunca termina. Margo también lo pasa mal, aunque no lo diga. Y sé que tú también. Pero hacerle daño a Sawyer no va a hacer que vuelva.

Él no la miraba. Tenía la vista clavada en un punto indeterminado de la pared de ladrillo. Soltó el humo entre los labios sin decir nada.

—Además —prosiguió Daniela—, sé que ella no lo querría. Preferiría que siguiéramos con nuestra vida, que intentáramos…, no lo sé…, buscar la forma de ser felices.

—¿Quieres que siga con mi vida?

Aquellas palabras fueron más agresivas de lo que pretendía. Y, en esa ocasión, sí que miró a Daniela. Ella, pese a que lo conocía mucho mejor que antes, dio un paso atrás a modo de precaución. Seguía sin confiar en él al cien por cien y no podía culparla.

—¿Sigo con mi vida mientras ella se pudre y el hombre que la mató disfruta de todos los lujos imaginables? —insistió Caleb entre dientes—. ¿Cómo puedes decir eso?

—Sé que suena horrible, pero lo digo en serio. ¿Quieres pasarte el resto de tu vida persiguiéndolo?

—Quiero vengarme. Y tú deberías hacerlo también. ¿Cómo puedes actuar como si no hubiera pasado nada?

A esas alturas de la conversación, cualquier otra persona lo habría mandado a la mierda. Daniela, no. Ella era mucho más paciente. Mucho más comprensiva. Así que, en lugar de enfadarse, suspiró y meditó unos instantes.

Caleb hubiera preferido la expresión de enfado antes que la de lástima.

—¿Sabes qué creo? —preguntó ella, aunque siguió hablando antes de que respondiera—. Que te sientes culpable.

—¿Cómo no voy a sentirme…?

—No fue culpa tuya, Caleb.

—Yo la metí en ese mundo.

—Tú no decidiste que le hicieran daño. La única persona culpable es la que apretó el gatillo. Y sé que sientes que…, si le haces lo mismo a Sawyer, de alguna manera, vas a calmar la voz en tu cabeza que te dice que fuiste el responsable… No es así.

Caleb empezaba a cansarse de aquella conversación. No porque le quitara razón, sino porque le daba miedo que la tuviera. Su único objetivo durante esos meses había sido encontrar a Sawyer, pero… ¿qué sucedería cuando lo consiguiera? ¿Qué pasaría cuando le metiera una bala entre las cejas?

Daniela suspiró. Menos mal que no podía adivinar sus pensamientos.

—Debería volver al trabajo antes de que Andrew se enfade —dijo—. Pásate todas las veces que quieras, ¿vale? Y… dale un abrazo a los demás de mi parte.

Desde aquella noche, Caleb había decidido que lo más seguro era que Daniela y Margo no tuvieran contacto con ellos. Él podía identificar si

alguien estaba cerca, pero los demás no. Era mejor mantener las distancias. Además, seguir a un humano era muy sencillo y no quería arriesgarse a que ellas dos los visitaran. Por ello llevaban todo ese tiempo sin ver a Kyran, al gato o a los mellizos.

Y así iba a seguir hasta que encontrara a Sawyer.

Muerto el perro, se acaba la rabia. O eso había leído por ahí.

Victoria

Ella fue la primera en entrar al local. Olía a grasa de parrilla, a humedad, a madera vieja, a alcohol derramado… Era el primer bar de carretera con el que se habían cruzado. Cuanto peor era el local, más posibilidades tenían de que nadie les prestara atención. Después de todo, ellos también tenían un aspecto lamentable.

Victoria se había dejado crecer el pelo, por lo que ahora le llegaba hasta la mitad de la espalda. Atárselo para que no molestara era un poco irritante, pero no le había quedado más remedio que acostumbrarse; Brendan le había dicho varias veces que tenía que parecer lo menos *ella* posible.

No le dejaba llevar armas o la indumentaria que usaban los extraños —como decía siempre Brendan, fuera lo que fuera—, así que se había arreglado con lo poco que había conseguido en una tienda de recuerdos. Se trataba de una camiseta de tirantes que tenía un muelle pintado en el centro. Era el símbolo del pueblo costero en el que se encontraban. Los pantalones le llegaban por encima de las rodillas y eran demasiado grandes para ella, así que solía atárselos con cinturones viejos que se encontraba por ahí. Y las

Converse… Bueno, estaban llenas de barro. Tenían un aspecto lamentable, casi tanto como la gorrita de *I <3 besugos*.

Eso último había sido solo para molestar a Brendan, pero, claro…, había terminado usándola de verdad. Sí que necesitaba ocultarse.

Él, en cambio, llevaba una chaqueta de cuero que no pegaba con el calor que parecían sentir los humanos. El pelo negro le había crecido un poco, así como la barba, y sus ojos oscuros contemplaban a su alrededor como si quisiera organizar un atraco. Quizá su indumentaria era un poco más normal, pero su aspecto era mucho más amenazador que el de Victoria.

Brendan fue a sentarse en una de las mesas del fondo, las que disponían de sofás parecidos a los asientos de un coche. Cada uno ocupó un lado distinto. También se inclinaron sobre la mesa. Se movían con cierta coordinación, conscientes de que habían repetido ese proceso unas cuantas veces durante los últimos meses.

—¿Y bien? —preguntó Victoria.

—Espera.

Que le diera órdenes la molestaba, pero aun así esperó.

El vínculo que los unía hacía las cosas un poco más sencillas. Desde que la había transformado, Victoria y Brendan podían percibir ciertas cosas el uno del otro. Sentimientos fuertes, impulsos, inclinaciones… En ocasiones, si Victoria se centraba lo suficiente, podía percibir lo que estaba pensando.

Cualquiera creería que aquello había hecho que se llevaran mejor, pero lo cierto era que seguían siendo como un matrimonio que se detesta y, aun así, se ve obligado a compartir espacio vital.

El camarero se acercó a ellos y dejó dos menús sobre la mesa. Estaba tan aburrido que no percibió que ninguno de los dos lo estaba leyendo. Brendan señaló dos platos al azar y pidió dos cervezas. Las bebidas llegaron en cinco minutos; la comida, en trece. Todo de calidad.

Mientras Victoria jugueteaba con el filete chamuscado que le habían servido, Brendan sujetaba la jarra sin beber de ella.

—Buen provecho —bromeó Victoria.

—Qué graciosa.

—Y qué romántico, ¿eh? Cabezas de animales disecados en las paredes, olor a grasa, tenedores sucios… ¿Aquí es donde traes a tus conquistas?

Brendan le dirigió una mirada de advertencia.

—Qué aburrido eres —murmuró ella de mala gana.

Victoria no entendía a Brendan. En todo el tiempo que llevaban juntos, la confusión no había hecho más que aumentar.

En realidad, sí recordaba ciertas cosas antes de su transformación. A sus amigas, su trabajo, su hermano, sus padres…, a su gato. A él lo recordaba a la perfección. Brendan le había asegurado que estaba bien, pero nunca le daba detalles. Y ella no sabía ni por dónde empezar a buscar, porque no recordaba exactamente la dirección de su casa. Había decidido confiar en su palabra. Sobre todo, porque la conexión le había dejado claro que él estaba seguro de que el gato se encontraba bien.

También recordaba otras cosas. Retazos de una vida que no parecía suya. Recordaba a Brendan, aunque de una forma muy distinta. En el salón de su casa, sentado en un sofá que era demasiado pequeño para su tamaño. Recordaba que no le gustaba el té, aunque fuera una tontería. Que era muy inexpresivo. Que la seguía por los callejones. Que llamaba imbécil al pobre Bigotitos. Lo recordaba en el parque, en el cine, en la casa del árbol…

Sus sentimientos eran confusos, porque recordaba haberlo… querido de alguna forma. Recordaba un sentimiento muy sincero, cálido y profundo. Y, sin embargo, aquel Brendan había desaparecido. El de su memoria también era distante y frío, sí, pero… ella siempre había sabido que, a su modo, la quería. Y que daría su vida por ella.

El actual no parecía sentir lo mismo. A veces, se preguntaba si había hecho algo para enfadarlo. Si lo ofendía que no lo recordara con claridad. Quizá era eso, ¿no?

Una parte de ella desearía volver a la relación que tenían antes. La otra, sin embargo, se veía incapaz de querer a Brendan de esa manera. Y, honestamente, se preguntaba qué había visto en él para quedar tan impreso en su memoria.

—Puedo sentir que estás distraída —murmuró él tras fingir que bebía cerveza.

—Deja de escarbar en mi cabeza.

—Pues deja de estar distraída. He encontrado un objetivo. El de la barra. Tiene la cabeza apoyada en un puño.

Victoria se volvió disimuladamente. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años. Camisa cara y formal, remangada hasta los codos. La chaqueta gris colgaba del taburete. Y tenía una copa de whisky delante que probablemente había llenado varias veces.

—¿Ese? —preguntó ella—. Parece aburrido.

—Lo aburrido no es peligroso, así que es perfecto.

—¿De verdad necesitamos más dinero? No es que tenga problema con robárselo a la gente rica, pero…

Brendan dejó la jarra de cerveza sobre la mesa. No lo hizo con tanta fuerza como para romperla, pero sí para que ella se callara. Vale. Había dejado claro que no aceptaría una discusión al respecto.

Pues vaya novedad.

Victoria avanzó lentamente hacia la barra. Por el camino, fue ojeando a su alrededor. La mayoría de los clientes tenían la mirada clavada en el móvil o en la televisión del rincón que emitía un partido de fútbol. No le prestaron ni la más mínima atención, cosa que le gustó. Aquellas

actividades no eran solamente para ganar dinero, sino también para que ella practicara su sigilo.

O eso decía Brendan.

Se apoyó sobre la barra con las manos. Lo más fácil era fingir que buscaba al camarero, acercarse disimuladamente al hombre y meter la mano en la chaqueta justo antes de pedir. Por estúpido que sonara, siempre terminaba funcionando. A veces, lo más simple resultaba ser lo más efectivo. Alguien le había enseñado aquello, pero no recordaba quién.

En conclusión, ese era el plan. Por lo menos, hasta que el hombre se volvió y la miró directamente a los ojos.

Y…, em…, mierda.

Pese a que todavía no había hecho nada, Victoria se quedó paralizada por un segundo. Nunca antes la habían pillado.

—¿Me estás echando? —preguntó él en tono decaído.

—¿Eh?

—¿Eres la camarera?, ¿tengo que irme?

Victoria parpadeó varias veces.

—No, no soy camarera. Solo quería beber algo.

—Ah…

El hombre empezó a trazar el contorno del vaso con un dedo, distraído. Tenía muy mal aspecto, como si acabara de recibir malas noticias y todavía no supiera cómo digerirlas. Victoria echó un vistazo a la chaqueta colgada. Si se las apañaba para ser rápida, todavía podría robarle la cartera.

O no. Ya sabía que estaba ahí. Era muy arriesgado.

Debería volver con Brendan.

—Es que llevo aquí casi tres horas —explicó él.

Por primera vez, ella pudo distinguir el tono ebrio de su voz. No estaba segura de cuántos whiskies se había tomado, pero apostaba a que no era el

primero. Ni el segundo. Ni el tercero.

No supo qué decirle.

—Quizá es hora de parar de beber y volver a casa —soltó al final, toda sensibilidad.

—Hoy me han despedido.

Victoria, de nuevo, no supo qué decir. Hacía mucho tiempo que no consolaba a nadie más que a sí misma. Además, no quería empatizar con un objetivo de robo.

Solo tenía que hacerse con la cartera y…

Oh, venga, ¿a quién pretendía engañar? Era incapaz de robarle a ese señor tristón.

—Veinticuatro años —prosiguió el hombre triste—. Llevo veinticuatro años en esa empresa. Luchando por ella, perdiendo horas junto a mis hijos por ella… Y ¿para qué? Para que se plante el nuevo jefe y decida que soy muy mayor. Que necesita ideas frescas.

Tras esa última palabra, le dio otro trago a su vaso. Victoria empezó a preocuparse por su nivel de alcohol en sangre.

—Veinticuatro años de experiencia te abren las puertas en muchos sitios —observó ella.

El hombre se rio entre dientes.

—Los jóvenes os creéis que todo tiene solución, que la vida siempre acaba ofreciendo un plan alternativo. Cuando tengas mi edad, verás que la vida puede llegar a ser una cabrona. ¿A qué te dedicas tú?

Ella abrió y cerró la boca varias veces. El hombre sonrió de medio lado.

—No pasa nada si no trabajas —dijo este último—. Estamos en el mismo club. Espero que pronto te den una oportunidad.

Tras aquello, el señor hizo un gesto para que le llenaran otro vaso. El camarero hizo una mueca de desacuerdo, pero se lo sirvió igualmente.

Victoria volvió a la mesa con la cabeza baja. Se sentía confusa por su propia decisión. ¿Qué le importaba a ella que ese hombre no tuviera trabajo? Brendan hacía hincapié en no dejarse llevar por las emociones. Siempre decía que el mayor enemigo del éxito es la lástima y que tenía que aprender a controlarla. Aun así, Victoria había sido incapaz de arruinarle todavía más el día a ese pobre hombre.

Sabía que el cabreo de Brendan sería mucho mayor de lo que estaba acostumbrada, pero se sentó igualmente con él. ¿Qué remedio le quedaba?

—Lo siento —murmuró avergonzada—. Es que se ha puesto a contarme cosas y no he podi…

—Nos están siguiendo. *No* te gires.

Las palabras apresuradas de Brendan hicieron que ella se tensara. Obviamente, la primera intención había sido volverse. Menos mal que había resistido.

Su compañero tenía los ojos clavados en una de las cristaleras que daban al exterior. Lo disimuló mojándose los labios con una cerveza que no había llegado a probar. Para cuando la dejó sobre la mesa, parecía que su expresión se había ensombrecido.

—¿Quién es? —preguntó Victoria en un susurro.

—No lo conozco, así que no es un extraño.

—¿Te das cuenta de lo rara que suena esa frase?

La situación era seria, porque Brendan prefirió centrarse en el sujeto y no en mandarla a la mierda.

—Vale —murmuró él entonces—. Esto es lo que vamos a hacer: sales tú primero. Si te sigue a ti, que es lo más seguro, yo lo atacaré por detrás. Si notas mi señal, significa que me va a seguir a mí y te toca atacarlo a ti.

Cuando hablaba de «su señal», se refería al vínculo que compartían. Tendía a ser involuntario, pero podían provocarse pequeñas sensaciones

mutuamente. Solía traducirse en una sensación de cosquilleo en las manos. O, como mucho, un escalofrío. Por lo menos así era cuando Brendan intentaba mandarle una señal de peligro; ella seguía sin tener muy claro cómo mandárselas.

Victoria no necesitó decir nada más. Una vez de pie, fue directa a la salida. No sabía quién era el sujeto. Ni siquiera le pareció que nadie le estuviera prestando atención. Tendría que esperar y ver si decidían ir a por ella.

No notó ninguna señal de Brendan, así que siguió moviéndose por las calles de aquel pueblo costero. Era mucho más bonito que las últimas zonas en las que se habían ocultado. Y el motel que habían elegido, a diferencia de los anteriores, tenía las sábanas medianamente limpias. Victoria se preguntaba por qué necesitarían una habitación si no dormían, pero Brendan siempre le respondía que tenían que disimular.

No era un pueblo peligroso, sino más bien una zona familiar. Pese a que ya había oscurecido, las farolas iluminaban a todas las familias que volvían a casa tras un día de playa. También a las señoras mayores que se abanicaban en sus sillitas plegables. Y no faltaban los que estaban de pie delante del bar, quejándose del árbitro del partido que todo el mundo estaba viendo.

Victoria tenía el don de no destacar entre la multitud, así que pasó entre la gente como si formara parte de su tranquilo ecosistema. Con las manos en los bolsillos y silbando una cancioncita, siguió avanzando en dirección a la playa. No estaba segura de cuánto tendría que caminar. Quizá tendría que ignorar el paseo marítimo e ir directamente a la zona boscosa que se encontraba de camino al faro. Allí, Brendan podría atacar sin problemas.

Y eso hizo. También trató de mandarle alguna señal a su compañero, aunque no obtuvo respuestas. Estaba empezando a preocuparse.

Entonces, un sonido interrumpió la noche tranquila. Por un momento, Victoria dejó de oír las risas de los lugareños en los bares del paseo marítimo. Tan solo pudo centrarse en el sonido de varios pájaros volando. Se habían alejado demasiado rápido como para que pudiera parecer una acción natural. Alguien los había molestado.

Quizá fue por instinto, pero Victoria se apartó justo antes de que Brendan, rodeando con el brazo a un hombre desconocido, cayera justo donde había estado ella un segundo atrás. Victoria tardó unos segundos en entender la escena, el barullo de brazos y piernas tratando de defenderse. Brendan tenía los dientes apretados. El hombre tenía la cara azul. Iba a ahogarlo en cualquier momento.

Sin embargo, Brendan lo soltó justo a tiempo. Se quedó sentado en el suelo, como si nada, mientras el desconocido se doblaba sobre sí mismo y tosía desesperado.

—Vale —murmuró Victoria—. Pues sí que nos seguían.

A modo de respuesta, Brendan entrecerró los ojos.

Fue el momento que aprovechó el desconocido para salir corriendo. Lo hizo con torpeza, todavía con la mano en el cuello y una expresión de terror. Ambos lo contemplaron sin mover ni un solo músculo.

—Te toca —informó Brendan.

—¿Y por qué a mí?

—Es tu entrenamiento. Muévete.

Victoria suspiró con exasperación. Aun así, empezó a caminar.

Perseguir a un humano herido era como rastrear un carro de caballos: a prueba de inútiles. Y Victoria no se consideraba una inútil, pero se mantuvo a una distancia apropiada. Prefería asegurarse de que el humano se sentía seguro que arriesgarse a lanzarse sobre él y espantarlo.

Se mantuvo entre los pinos, siempre protegida por la oscuridad de la noche. Sus ojos de transformada estaban adaptados para ver incluso con la menor iluminación posible. El humano no tenía esa ventaja. Encontrarlo resultó sumamente fácil no solo por eso, sino también por el ruido que hacía a cada paso.

Se estaban acercando peligrosamente al acantilado y Victoria, por un momento, se preguntó si el humano preferiría lanzarse antes que darles algún tipo de información. No sería la primera vez que un objetivo temía tanto las consecuencias que optaba por algo así de extremo.

Si se mataba, Brendan se pondría insoportable. Uf.

Para cuando lo alcanzó, ya estaba junto al acantilado. Se trataba de un risco bastante alto. Mostraba el paseo marítimo, pero se encontraba justo encima del mar. Si alguien se lanzaba, no iba a esquivar las rocas contra las que se chocaban las olas. Victoria intentó hacerse una idea de lo que sería la altura total, pero era muy difícil. Disimuladamente, se acercó a la última línea de árboles y empezó a trepar. Consiguió hacerlo sin alertar al humano, que tosió de nuevo y se acuclilló junto al acantilado. No era tan estúpido como para sentirse seguro, pero tampoco tenía energía para salir corriendo.

Mientras él se recuperaba, ella siguió ascendiendo. No se detuvo hasta llegar a una de las ramas más altas y seguras que encontró. Estaba justo encima del humano sin que este sospechara lo más mínimo. Victoria se aseguró de que sus zapatillas estuvieran bien seguras y avanzó un poco más hacia el extremo de la rama. No quería arriesgarse a que crujiera. Por lo menos, consiguió ver el final del acantilado.

Efectivamente, tenía una altura considerable, unos veinte metros. Ella podría sobrevivir si esquivaba las rocas. El humano, en cambio…, tenía menos posibilidades.

Lo observó con detenimiento. Debía de tener unos cuarenta y tantos años e iba vestido como si acabara de asistir a un banquete de boda: corbata desajustada, camisa arrugada y pantalones caros. Solo que todo aquello estaba manchado de tierra y hojas. Tenía un tatuaje que le asomaba por el hombro y la cabeza totalmente rapada. No pudo reconocerlo, aunque por el perfil sospechó que se trataba de uno de los amiguitos de Sawyer. Especialmente, porque vio que se le asomaba una pistola bajo la cinturilla del pantalón.

El humano iba a moverse en cualquier momento, por lo que ella estaba preparada para saltar. Lo que no esperaba era que, de pronto, él se sacara un móvil del bolsillo. Oh, no. No podía permitir que contactara con su jefe. Entonces, tendrían que escaparse y a Brendan no le haría demasiada gracia. No quería molestarlo dos veces tan seguidas.

Victoria se preparó para saltar. Iba a aplastarlo, pero tendría cuidado. Y lanzaría el móvil por el acantilado antes de que…

Mientras lo estaba pensando, una sombra apareció de la nada. Parecía que se había materializado en el aire. Victoria, a punto de saltar, volvió a aferrarse a la rama. La figura se había lanzado sobre el hombre con una habilidad que parecía sobrenatural y, por si fuera poco, le quitó el teléfono para destrozarlo de un golpe contra el suelo. Después, lo lanzó por el acantilado.

Justo lo que iba a hacer ella.

Estaba tan sorprendida que, por un momento, no se movió. Lo único que tenía claro era que no se trataba de Brendan. El chico tenía el pelo rubio, rapado por los lados. También parecía más delgado. Y mucho más estratégico que agresivo.

Victoria no entendía nada, pero saltó hacia delante. No podía permitirse que otra persona se hiciera con su fuente de información.

El chico se dio cuenta de su presencia mientras caía sobre él. Se movió a tiempo, apartándose de su camino, y Victoria terminó cayendo sobre el humano. Este último gruñó y se retorció malherido, pero a ninguno de los dos intrusos pareció importarle.

Victoria no tuvo oportunidad de verle la cara al chico, porque fue directamente a por sus piernas. No tenía mucha fuerza bruta, así que su única posibilidad era desequilibrarlo, sobre todo si iba armado. Un disparo podría alertar a toda la costa y no sabía quién estaba cerca.

Lo que más le sorprendió fue que el chico vio venir el movimiento; en un solo gesto, consiguió agarrarla de la cintura y mandarla con la espalda contra el suelo. Victoria gruñó y lanzó un puñetazo al aire. Consiguió conectar con su abdomen, pero el chico ni se inmutó. Lo intentó con una patada. Él la esquivó.

Entonces cayó en la cuenta. Ese chico no era humano. Era como ella.

Aquello ya no era tan fácil ni tan aburrido. Victoria contuvo la respiración. Brendan la había entrenado, pero no tanto como para enfrentarse a otro extraño con más experiencia que ella.

El chico le tiró de la pierna con un gruñido. Consiguió arrastrarla unos centímetros, pero Victoria se cubrió la cabeza con los brazos y consiguió asestarle otra patada. Esta vez, acertó con más fuerza. Pudo librarse de su oponente y ponerse de pie. Sin embargo, no por mucho tiempo. El chico se le lanzó contra el estómago con el hombro. Victoria sintió que se quedaba sin respiración. Intentó golpearle el hombro, la cabeza…, pero no sirvió de nada. No mucho más tarde, volvió a lanzarla de espaldas contra el suelo. Esta vez, se puso encima de ella. Victoria no podía respirar. Lanzó golpes. Incluso se planteó morderle. Al darle un puñetazo en la oreja consiguió que se separara unos centímetros y Victoria aprovechó para arrastrarse lejos de él.

De poco le sirvió. El chico, harto de aquella pelea, le tiró del tobillo y la arrastró de nuevo hacia sí. Victoria consiguió asestarle otro golpe doloroso. Y entonces él la agarró del cuello de la camiseta. Lo siguiente que supo Victoria fue que sus piernas seguían en el acantilado, pero su espalda sentía el murmullo del vacío. Con los ojos muy abiertos, consiguió mirar hacia abajo. El chico la estaba sosteniendo sobre el mar agarrada tan solo por la camiseta.

Supo que iba a tirarla solo por su forma de sostenerla. No había preocupación por mantenerla con vida. Aquello era una batalla por ver quién se quedaba con el humano. Y Victoria, por un momento, no pudo sentir otra cosa más que una oleada de pánico.

Pero nunca llegó a soltarla. Ella volvió a mirar hacia arriba. El chico la contemplaba. Parecía… sorprendido.

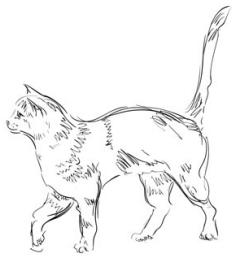
—¿Qué…? —empezó a decir.

La cicatriz. El pelo rubio. La expresión de mala leche. Ella había visto a ese chico en algún momento de su vida.

—¿Iver? —preguntó dudosa.

Él parpadeó varias veces. No supo qué decir.

3



Victoria

El chico volvió a dejarla en el suelo, lejos del acantilado. Victoria lo contemplaba confundida. ¿No se suponía que iba a matarla?

Iver… Recordaba a Iver, más o menos. Eran trazos confusos sobre discusiones. Y, también, de risas. No estaba segura de cuál era el recuerdo más potente. O si eran amigos cuando ella…, bueno, murió. Quizá la había traicionado o algo así. ¿Por qué, si no, Brendan le habría ocultado que tenían un aliado?

Parecía cansado, eso sí que lo notó enseguida. Tenía un auricular en la oreja que ella había intentado quitarle varias veces. Sin embargo, no lo estaba usando. Y lo que más le llamó la atención fue que seguía llevando la ropa negra típica de los extraños, la misma que Brendan había dejado de ponerse para disimular.

—No… No entiendo… —murmuraba Iver ante ella.

Volvió a mirarla de arriba abajo. Cualquiera diría que analizaba si era real o se había dado un golpe en la cabeza.

—¡Estás viva! —saltó de repente.

Lo dijo con más sorpresa que alegría, lo que resultó un poco ofensivo.

—Me siento un poco viva, sí.

—¡Y sigues teniendo el mismo humor de mierda!

Vale, ya empezaba a acordarse de algunas cosas.

De pronto, Iver se acuclilló delante de ella y la miró mejor. Estaba sonriendo, pero seguía pareciendo perplejo. Le pinchó la frente con un dedo, fascinado. ¿Esperaba que se esfumara como una alucinación?

—Estás viva —repitió él en voz más baja—. Pero… no lo entiendo, se supone que te quedaste en casa… Que te…

Iver era mucho más expresivo de lo que recordaba. O quizá eran las clases de Brendan, que le había enseñado a identificar y a especificar muchas más expresiones de las que ya conocía. Victoria pudo percibir cómo él repasaba cada escena en su cabeza, todo lo que había sucedido, para dar con una respuesta válida.

Lo logró en pocos segundos.

—Estás transformada —murmuró fascinado—. Pero… no pasaste la vigía, no entiendo…

El golpe sordo de su lado hizo que ambos se levantaran de golpe. Brendan acababa de aparecer a su lado. Le había atado las manos al humano y lo tenía a sus pies.

Al reconocer a Iver, Brendan pareció un poco irritado.

—Podríais atar al humano y dejaros de reuniones —espetó—. Se estaba escapando, par de inútiles.

Iver no se alegró tanto de verlo como con Victoria.

—¿Has estado con ella todo este tiempo? —le preguntó. Sonaba airado —. ¿La has estado ocultando?

Brendan le dio una patada al humano para que dejara de insultarlos y volvió a centrarse en la conversación. Tenía los brazos cruzados.

—Vaya, Iver, yo también me alegro de verte.

—Déjate de chorradas. ¡La has estado ocultando!

—Ahora dilo sin llorar.

Iver cerró los ojos un momento. En esa corta interacción, Victoria ya tuvo clarísimo que Iver no soportaba a Brendan. Y, de hecho, detectó cierto aire de odio histórico bailando entre ambos.

Cuando abrió los ojos, parecía más compuesto.

—¿Sabes lo que te hará Caleb cuando se entere de esto?

Caleb.

Mmm.

Vaya, vaya.

Victoria ladeó la cabeza, como un cachorrito que acaba de oír una palabra mágica. Lo único que supo fue que había dicho ese nombre muchas veces. Y que su cuerpo había reaccionado por ella; se le aceleró el corazón y, de alguna forma, sintió que una emoción muy extraña empezaba a fluirle por las venas.

Brendan, gracias a la conexión, también pudo sentirlo.

Puso cara de asco el muy romántico.

—Si se entera —replicó con calma—. No lo demos por hecho.

Iver apretó los dientes.

—¿«Si se entera»? Brendan, ¿cómo se te ocurre…?

—¿Qué querías que hiciera exactamente? ¿Dejar que se muriera?

—¡Podrías haberla transformado con nosotros!

—Se olvidó de todo —replicó su compañero con calma—. Y sabes cómo funcionan las transformaciones. Saturarla de información nueva podría haber hecho que perdiera los recuerdos. Lo hice por su bien.

—Sí, porque eres la persona más desinteresada de la historia. ¿Sabes lo que creo, Brendan?

—Me muero por oírlo.

—Solo querías mantenerla contigo el tiempo suficiente para entrenarla y que matara a Sawyer por ti. Es lo único que has buscado desde que te enteraste de que le daba miedo su habilidad.

Victoria miró a Brendan. Sentía una mezcla bastante rara de rabia, sorpresa y mucha mucha traición.

¿Le daba miedo a Sawyer? *¿Ella?*

Lo dudaba mucho.

Pero lo que le llamó la atención no fue eso. Sabía que Brendan y ella tenían una relación complicada, pero de ahí a usarla como arma… Probó a conectarse con él. A veces, comprender a Brendan era complicado, con vínculo o sin él.

Lo que más le dolió fue no notar ningún tipo de arrepentimiento.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó ella, todavía un poco abrumada.

—De…

—Cállate —interrumpió Brendan—. Tiene que recordarlo ella. Sabes cuáles son las normas.

—Caleb se merece sab…

—¿Quieres arriesgarte a que lo olvide todo?

Esta respuesta dejó unos instantes de silencio tras de sí. Victoria contempló a ambos. Iver estaba tenso, mientras que Brendan permanecía a la defensiva.

—Han pasado meses —replicó finalmente el rubio—. Me ha reconocido. Puede volver.

Brendan, por un instante, contempló a Victoria como si lo hubiera traicionado. Ella no estaba muy segura de por qué. Después de todo, no

podía controlar lo que recordaba o no.

—Caleb merece saberlo —insistió Iver.

De nuevo, Brendan se quedó callado. Victoria observaba las reacciones de ambos. Incluso podía sentir una nube de incertidumbre flotando sobre ellos. Brendan no estaba enfadado. Estaba… tenso. ¿Qué le daba tanto miedo? Si no había hecho nada malo, no tenía por qué temer ningún tipo de consecuencia.

Aunque… sí que había hecho algo malo, ¿verdad?

—No está preparada —repitió Brendan—. Si hay una alteración antes de que pueda controlar su habilidad, puede…

—No.

La negativa de Iver hizo que los tres —el humano incluido— lo contemplaran con sorpresa.

—No —repitió, y se llevó la mano a la oreja—. Bex, ¿me oyes? Dime que Caleb está contigo. Y dile que Victoria está viva.

Caleb

Supo adónde iba incluso antes de considerarlo al cien por cien. No había mucho más que hacer. No había mucho más a lo que aspirar. Se encendió otro cigarrillo por el camino.

Llegó al edificio unos minutos más tarde, como casi todas las noches, y subió las escaleras con la mirada fija en un punto cualquiera. La primera vez, había temido que Sawyer hubiera mandado a alguien para vigilar esa zona. La segunda vez, se dio cuenta de que le daba igual.

La parte positiva de sentirte vacío es que dejas de temer por muchas cosas. ¿Qué vas a perder cuando sientes que no tienes nada?

Por ejemplo, le daba igual que lo descubrieran. Le daba igual tener que enfrentarse a alguien. Tampoco le preocupaba demasiado que Sawyer fuera a encontrarse con él. Una parte de sí mismo lo deseaba. Así, saldrían de aquel limbo en el que llevaban metidos desde la noche del incendio.

La señora Gilbert abrió la puerta al cabo de unos instantes. Olía a comida recién hecha. Caleb no entendía por qué siempre le cocinaba platos tan elaborados si nunca se los comía.

—¡Hola, querido! —exclamó ella, tan encantada como siempre—. Pasa, pasa. He preparado un bizcocho de zanahoria. ¿Alguna vez lo has probado?

—No tengo hambre, pero… gracias.

—Tienes que comer más, ¿eh? No sé cómo te mantienes tan grandullón comiendo lo que comes. Seguro que en casa solo tienes ultracongelados de esos que no sirven para nada. ¿Quieres que te lo meta en una fiambrera para llevártelo a casa?

Caleb asintió porque, honestamente, no le apetecía discutir con ella. Y tampoco quería que se sintiera mal con su regalo. Tanto tiempo con humanos le había mostrado que no se tomaban muy bien que minusvaloraran sus esfuerzos.

Había empezado a visitar a la señora Gilbert tres noches después de que Vi…

No, no podía decirlo. Después de aquella noche. La del incendio.

Inconscientemente, había subido las escaleras del edificio para meterse en su pisito. El mismo que ahora estaba vacío, lleno de polvo y con ropa tirada por todos lados de aquella noche en que se habían escapado por la ventana. La toalla de florecitas moradas seguía en el suelo del baño. Era su favorita.

Olía a lavanda. O quizá no y solo era su mente jugándole una mala pasada.

Aquella noche, no hizo más que sentarse en el sofá y contemplar a su alrededor. De alguna forma, fue lo único que le permitió mantener la mente en blanco durante unos instantes. Que la vorágine de culpabilidad se pausara. Que, por un momento, el caos dejara de arrastrarlo a una corriente de la que no sabía salir.

La señora Gilbert llamó al timbre poco después. Pronto descubrió que llevaba una temporada haciéndolo porque, desesperada por encontrar a Victoria, se aseguraba cada noche de que no estuviera. Su casero la estaba buscando para cobrar el alquiler cuanto antes y amenazaba con sacar sus cosas y meter a otro inquilino.

La imagen que tuvo ese hombre fue la de Caleb, todavía con cenizas en los hombros y sangre en la ropa, extendiéndole todos los billetes que pudo encontrar. Probablemente era más que el precio del alquiler, pero no pudo importarle menos. Tampoco al casero, que lo aceptó con expresión de espanto. Fue la primera vez que Caleb se dio cuenta de que no se había duchado ni cambiado de ropa. Seguía exactamente igual que la noche del incendio.

La señora Gilbert se enteró de que no vería más a su vecina aquella misma noche. Lo que más le sorprendió a Caleb fue la reacción de la mujer. En lugar de quedarse en shock o de caer en una negación absoluta, se mantuvo en silencio y entrelazó los dedos. Caleb pudo sentir que se le aceleraba el corazón, pero la mujer conservó una calma absoluta y demoledora.

—¿Cómo ha sido? —preguntó al final.

—Un disparo. En… En menos de un minuto ya…

No se atrevió a terminar la frase. La señora Gilbert tampoco lo necesitó. Guardó silencio unos instantes más y, finalmente, lo miró.

—¿Por qué no te das una ducha y te cambias de ropa? Tengo cosas de mi marido. No estarán muy a la moda, pero… es mejor que esto.

Caleb nunca supo por qué aceptó aquella propuesta. Recordaba meterse en la pequeña ducha de la señora, ver la sangre y la suciedad resbalando por el plato de la ducha. Recordaba secarse y ponerse la ropa de aquel hombre, que le quedaba sorprendentemente bien. La señora Gilbert, al verlo, dijo que menos mal que su marido también había sido grandullón.

Tras eso, pasó dos días enteros en la casa de…, de…

Le daba la sensación de que, ahí dentro, podría llegar a fingir que no había pasado nada. De que, cuando saliera, todo volvería a ser como antes. Pero el olor a lavanda se fue esfumando con los días y, con él, la sensación de que todo seguía igual. Iba a desaparecer, como ella. Iba a desaparecer.

La semana siguiente, fue solamente para buscar a Sawyer. Tuvo la inmensa suerte de no encontrarlo, porque no sabía de lo que sería capaz.

Y siempre terminaba volviendo a la cama de ese pisito pequeño. A la que una vez había olido a lavanda, pero cuyo olor también estaba desapareciendo.

Una de esas noches, la señora Gilbert repitió el proceso de cocinar alguna cosa elaborada, invitarlo a comer y prepararle una fiambrera que no se comería. No intentaba sacarle conversación, pero sí que le comentaba los programas de reformas que ponían en la televisión. Caleb escuchaba…, más o menos. Por suerte, la mujer no exigía respuesta.

Fue en una de esas ocasiones cuando, al ver la comida, Caleb consideró la posibilidad de comentarle que él no comía. ¿Por qué? No lo tenía claro. Quizá necesitara a otra humana que supiera la verdad… Aunque la primera no le había ido demasiado bien.

Aun así, ya estaba empezando a decirlo.

—Agradezco la comida —dijo dubitativo—, pero yo no…

—Lo sé, querido. Deja la comida si quieres. Es para que yo me sienta útil, no para que te la comas. Y no hace falta que me lo cuentes, ya lo sé.

Caleb nunca estuvo seguro de si realmente entendía lo que insinuaba o, simplemente, creía que no comía por el luto. Nunca llegó a aclarárselo.

Después de aquellos intentos, se iba con Kyran y el gato, con los mellizos…, pero siempre terminaba volviendo a ese edificio. Solo.

No recordaba haberse sentido tan solo jamás.

Todos aquellos años en el sótano habían sido solitarios, pero no de aquella forma. En aquel entonces, sabía que le faltaba algo, pero nunca supo de qué se trataba. ¿Cómo iba a echar de menos algo que nunca había tenido? Sin embargo, ahora sí sabía lo que había perdido. Sabía lo que era tenerlo todo y quedarse sin ello. Quedarse con las manos vacías.

En uno de los momentos más bajos de su vida, se preguntó por qué no se había metido la punta de la pistola en la boca. Quizá era para cuidar del gato y del niño. O tal vez quería encontrar a Sawyer. Sabía que no estaría liberado hasta que lo hiciera. Y lo que más temía era que, tras eso, se sintiera todavía más vacío.

Volviendo a la realidad, aceptó la fiambrera de la señora Gilbert. También aceptó entrar a ver el programa de reformas con ella.

Victoria

—Idiota —susurró Brendan, que se había quedado paralizado—. Eres un puto inconsciente. ¿Cómo se te ocurre decírselo así?

—¿Me va a dar lecciones el que lleva meses ocultándola?

—Ha sido por una buena causa. ¿Es que no lo ves? Sawyer no la ha entrenado, no ha pasado por una vigía y no tenemos ni puñetera idea de cuál es la capacidad de su habilidad. ¿Quieres que la explote hasta reventar?, ¿quieres que pierda todos sus recuerdos? ¡No sabemos a qué coño nos estamos enfrentando!

Por un breve momento, Iver pareció arrepentido de lo que había hecho.

Victoria seguía sin saber cómo sentirse.

—¡Idiota! —repitió Brendan, cabreado.

Era la primera vez que lo oía levantando la voz, lo que la pilló un poco por sorpresa.

—Eres un puto idiota —insistió Brendan, cada vez más furioso—. ¿Qué vamos a hacer cuando Sawyer la encuentre?, ¿eh?

—Sawyer no sabe…

—Oh, por favor… ¡Sabe perfectamente dónde estáis! ¡Y está esperando el momento perfecto para atacar y matarnos a todos! ¿Qué te crees que se lo ha impedido? ¡Pues que no sabía dónde estábamos nosotros y esperaba a que vosotros, que sois unos inútiles, le enseñarais el camino!

—Cálmate —advirtió Iver, un poco harto de la retahíla de insultos.

—¿Calmarme? Sí, cuando tengamos una puta pistola en la frente ya me calmaré. Idiota. Eres tan inútil como…

Lo único que hizo que se callara fue la pistola de Iver. La había sacado con una velocidad vertiginosa y apuntaba directamente a la cabeza de Brendan. Este último apretó los labios.

—La única arma que te apunta en la frente es la mía —replicó Iver en voz baja— y no me caes muy bien, así que te recomiendo que te calmes de una puta vez.

—Dispárame, venga. Nuestra conexión es tan reciente que seguramente la matarías también a ella. ¿Por qué no lo intentas y vuelves con Caleb para contárselo?

Iver no bajó la pistola.

—Caleb se va a enterar en cuanto vuelva a la casa —dejó claro—. Te guste o no, es lo que va a pasar. Y, si Sawyer aparece, mucho mejor. Es lo que estamos esperando para quitárnoslo de en medio de una vez.

—Sois unos inconscientes.

—Y tú eres un mentiroso. Corre mucho más peligro contigo que con Sawyer. ¿O te crees que no te conozco? ¿Qué habrías hecho con ella una vez que te deshicieras de Sawyer? La habrías dejado tirada y sin recuerdos. Porque eres esa clase de idiota. Victoria, ven.

La mención de su nombre hizo que ella diera un respingo. Estaba tan abrumada por la información que no sabía ni qué debía empezar a analizar. Intercambió una nueva mirada entre ambos. Brendan la miró como si la retara a alejarse. Iver le repitió que se acercara.

Muy sabiamente, dio un paso hacia atrás.

—No sé qué está pasando —replicó ella—. Pero… creo que ahora mismo deberíamos centrarnos en el humano.

Por fin, parecieron acordarse de que el señor existía. Y que seguía atado en el suelo. Había tratado de arrastrarse en medio de la discusión, pero solo había conseguido desplazarse unos cuantos centímetros. Ante su mención, dio un respingo y se quedó muy quieto. Cualquiera diría que intentaba desaparecer.

Brendan e Iver intercambiaron una última mirada. Victoria supuso que habían llegado a un pacto de tregua tácita. Por lo menos, mientras se entretuvieran con el humano.

El primero en reaccionar fue Iver, que tiró de la camiseta del hombre para dejarlo sentado.

—¿Por qué la seguías? —preguntó directamente.

El hombre mantuvo los labios apretados. Pese a que iba cubierto de tierra y hojas, y de que tenía una herida en la ceja, parecía reacio a hablar.

—No dirá nada —observó Brendan.

—Oh, lo hará —aseguró Iver con una sonrisa terrorífica—. Por voluntad propia o a la fuerza, pero hablará. Trabajas para Sawyer, ¿verdad? ¿Te ha contado cuál es mi habilidad?

Esa última pregunta la hizo agachándose a su lado. El humano mantuvo los labios pegados, pero Victoria percibió que sus hombros se habían tensado.

—Veo que lo sabes —continuó Iver—. ¿Vas a hablar o tengo que rebuscar en tus peores emociones? Porque tengo poca paciencia. Iré directamente a lo peor que pueda ofrecerte y así podré matar a este otro idiota cuanto antes.

Brendan soltó un sonido parecido a una risa burlona.

El hombre, mientras tanto, se mantenía en silencio. Contemplaba a todos con temor. Victoria se preguntó cómo podía darle más miedo el enfado de Sawyer que un grupo de extraños contra él. Después de todo…, Sawyer ni siquiera tenía habilidades. Podía hacerle daño, sí, pero consideraba que la balanza del peligro estaba inclinada hacia ellos.

—¿Por qué la seguías? —repitió Iver—. Última oportunidad, colega.

En esta ocasión, el hombre abrió y cerró los labios. Había paseado la mirada entre todos los presentes, como si buscara algún tipo de piedad. No la encontró.

Victoria sintió un pequeño pellizco de atención. Al mirar a Brendan, vio que estaba usando su vínculo. Lo entendió enseguida.

—Iver —dijo ella, aunque ese nombre sonara raro después de tanto tiempo sin usarlo—, ¿me dejas probar a mí?

Su viejo amigo no debía de esperarse que se lo preguntaran con tanta suavidad, así que se quedó quieto por un instante. Luego se incorporó y la contempló, a ver qué hacía.

Victoria había practicado sus habilidades unas cuantas veces, pero no tantas como para usarlas contra alguien que iba a resistirse a ellas. En ocasiones, Brendan le decía que las usara contra las personas a las que robaban. Era sencillo, porque solía ser gente distraída que, cuando visualizaba un recuerdo, lo consideraba natural, un *flashback*. Sin embargo, alguien consciente del peligro que corría era un reto totalmente nuevo para ella. Y sabía que, si forzaba demasiado la habilidad, podía perder el control.

Las consecuencias de perder el control seguían siendo desconocidas, pero… no quería descubrirlas.

Con toda la calma que pudo reunir, ocupó el lugar que Iver acababa de dejar vacío. Arrodillada ante ese humano que probablemente la odiaba, se sintió un poco miserable. Solía sentirse así, como si aquella no fuera ella. Pero tampoco tenía muy claro quién había sido. Su cabeza era un nido de confusión.

Extendió las manos hacia el hombre, que trató de recular. Brendan e Iver lo sujetaron al instante. La cara del humano era de pánico absoluto. Después de todo, no sabía qué habilidad tenía Victoria.

En cuanto consiguió acunarle las mejillas, ella cerró los ojos con fuerza y trató de concentrarse. Podía sentir que los tres la miraban fijamente, cosa que la intimidaba un poco. Aun así, se mantuvo centrada y trató de traspasar las barreras que separaban su conciencia de la del humano.

Efectivamente, con alguien que se resistía era mucho peor; como pretender romper un muro a cabezazos. Cada vez que intentaba traspasar

una barrera, sentía un latigazo de dolor cruzándole las sienes. Apretó un poco más los dedos sin darse cuenta. Inclinó más la cabeza. Cerró los ojos con más fuerza. Volvió a intentarlo.

Otra vez.

Y otra vez.

El primer recuerdo al que consiguió acceder fue… curioso. Y reciente. Victoria, desde la perspectiva de ese hombre que desconocía, miró hacia abajo. Tenía sus manos, su torso y su cuerpo. Era él.

Entonces, un niño se pegó a ella. A su pierna. A la del hombre. El chico no debía de superar los nueve años y les estaba hablando. Sin embargo, el hombre se resistía tanto al recuerdo que Victoria fue incapaz de discernir las palabras. Tan solo veía cómo se le movían los labios.

Victoria no podía buscar recuerdos concretos; lo que veía era lo que tenía en mente la persona. ¿Por qué pensaba en el niño?, ¿y por qué ese recuerdo inocente le causaba tanto miedo? El niño… Sí, tenía miedo por el pequeño. Por Sawyer. ¿Sawyer iba a hacerle daño?

En cuanto el hombre fue consciente de lo que le estaba mostrando, trató de pensar en otra cosa. Estaba tan asustado que sus recuerdos iban saltando de un lado a otro sin ninguna conexión. Se subió al mismo triciclo que usaba de pequeño, vio a su madre, vio otra vez a su hijo y a una mujer que no parecía gustarle mucho. Hasta vio dónde vivían. El niño no dejaba de aparecer. Incluso apareció un recuerdo de esa misma mañana. Le preguntaba por qué tenía que marcharse otra vez, si iría a cenar. El hombre no le había respondido. Ahora se arrepentía y se preguntaba si ese sería el último recuerdo que tendría de él.

Desesperado, el desconocido trató de sacarla de ese recuerdo, pero Victoria ya estaba muy metida en su cabeza. Intentó buscar más. Cualquier cosa que fuera a llevarlos al lugar adecuado. Concretamente, buscaba a

Sawyer. Al cabo de unos segundos, se preguntó si el hombre siquiera sabía cómo era Sawyer físicamente, si alguna vez habría hablado directamente con él.

Y entonces, por fin, reconoció un rostro ante ella. No era Sawyer, pero le resultó casi más desagradable.

Cabello teñido de blanco, mirada errática, ropa oscura de extraño… La desagradable sensación de una mano en su cuello, apretándola con fuerza. Victoria, en el cuerpo del hombre, trató de quitarse la mano. El chico del pelo blanco sonrió de medio lado. Sus ojos seguían sin trasmitir absolutamente nada. Eran… terroríficos. ¿Ese miedo era suyo o del hombre?

—Lo vas a hacer —replicaba el chico del pelo blanco—. Y más te vale no volver sin resultados.

El hombre trató de hablar, pero fue incapaz. La mano le cortaba la respiración.

Victoria era incapaz de entender el resto de la conversación, por lo que aprovechó para contemplar a su alrededor. Lo poco que le permitía el recuerdo era ver que se encontraban en una sala extraña y pequeña. No veía luz natural ni tampoco la puerta de salida. Ni siquiera veía ventanas. Tan solo estanterías de metal y un escritorio vacío.

Apartó las manos justo en ese momento. Fuera de su cabeza, volvía a sentirse pequeña y vulnerable. Y fría. Y, sobre todo, vacía. Era la sensación que siempre le quedaba después de intentar usar la habilidad.

Pero quien peor estaba era el hombre; temblaba de pies a cabeza y se había quedado lívido. Parecía agotado.

Iver y Brendan, en cambio, los contemplaban a ambos con expectación.

—¿Y bien? —preguntó este último.

—Estaba buscando a…, a… —explicó Victoria—. A ti.

Brendan frunció el ceño.

—¿A mí?

—Sí, aunque… ni siquiera él sabe por qué. Y no hablaba con Sawyer. Era otra persona. Alguien que no me gusta. No… No recuerdo su nombre. Es poco común.

—¿Cómo era? —quiso saber Iver—. ¿Tenía habilidades?

—No lo sé. Creo que tenía el pelo teñido de rubio o blanco.

Solo con eso, ambos supieron perfectamente a quién se refería. Lo curioso fue que, mientras que Iver torcía el gesto, Brendan elevó el mentón y apartó la mirada.

—Al menos sabemos que Axel sigue con él —comentó este último, todavía con la vista apartada—. No sé para qué me busca, pero deberíamos centrarnos en Sawyer.

—Será una broma —espetó Iver—. ¿Te crees que este idiota sabe dónde está? Ni siquiera se conocen. Axel es nuestra única opción.

—¿Y cómo quieres que lo encontremos?

—Pregúntale al cachorrito.

Victoria tardó unos instantes en entender que se refería a ella. Por algún motivo, aquel apodo no le ofendió. De hecho, hizo que se sintiera un poco rara.

A través del vínculo, notó que Brendan se sentía exactamente igual. Lo exploró con curiosidad, en busca de un sentimiento concreto, pero lo único que pudo percibir fue su nulo interés en encontrar a Axel.

Sí, ella sabía dónde estaba. O, mejor dicho, se hacía una idea. La cosa era… que no quería traicionar la confianza de Brendan. Y no sabía si era mejor confiar en él o en Iver.

—¿Sabes dónde está? —insistió el rubio, como si pudiera leerle el pensamiento.

Victoria volvió a dudar. Lentamente, se incorporó y se frotó las manos contra el abdomen. A veces, se quedaba con una sensación muy desagradable y necesitaba tocarse a sí misma para comprobar si era real.

—Axel no pinta nada —opinó Brendan.

—Nadie te ha pedido tu opinión. Victoria, ¿sabes dónde está?

—Deberíamos buscar a Sawyer y pasar de…

—Sí —intervino ella—. Sé dónde está.

Mientras Iver sonreía con malicia, Brendan apretó los labios. Era tarde para arrepentirse. Y, de alguna forma, sabía que decirle la verdad a Iver era lo correcto.

—Bueno, no estoy segura —corrigió—. Pero… tengo sospechas. No había ventanas ni luz natural.

—¿Un sótano? —sugirió Iver.

—No. Creo que era un búnker. Y que no está muy lejos de aquí. Podía oler el agua salada.

Brendan, como siempre, se rio burlón.

—Genial, solo tenemos que buscar por todo el océano.

—*Sé* que era aquí.

—¿Y cómo puedes estar tan segura?

Si algo molestaba a Victoria era que la cuestionaran cuando sabía que tenía toda la razón.

Con los puños apretados, se encaró a su compañero.

—He estado en su cabeza porque tú me lo has pedido. ¿Por qué me pides que lo haga si luego no me escuchas?

Fue el turno de Iver para la risa burlona.

—Mejor pregúntale por qué no quiere que encontremos a Axel.

Cualquier otra persona se habría puesto a la defensiva. Habría dicho que aquello no era cierto y habría explicado el porqué. Brendan estaba hecho de

otra pasta. Y, por eso, se quedó callado durante unos instantes, sin ningún tipo de expresión.

—¿Dónde está el búnker? —preguntó en su tono monótono que, aunque no lo pareciera, solía ocultar enfado.

—Pues… cerca —dijo ella—. Pero el camino no te va a gustar.

Por un momento, no pareció entenderla. Y entonces los tres se asomaron al acantilado.

—Será una broma —murmuró Iver.

4

Margo

Margo miraba fijamente la televisión. Apenas respiraba. En la pantalla, un chico y una chica se paseaban en bañador y se echaban ojeaditas entre sí. Había tanta tensión en el aire que ella misma se quedó sin respiración. Con toda su ansia, se agarró con más fuerza al cojín.

—Bésala —masculló—. ¡BÉSALA, IDIOTA!

Daniela, desde el otro lado del sofá, suspiró.

—Sabes que no puede oírte, ¿verdad?

—¡QUE LA BESES, QUE TE ESTÁ ESPERANDO!

Su amiga decidió dejar de prestar atención y contemplar el móvil. Después de todo, nunca le había gustado demasiado eso de ver *realities*. Decía que no tenían sentido y que todo tenía un guion, porque la gente real no hablaba de esa forma.

Margo los veía de vez en cuando. Al menos, antes de la noche del incendio. Desde entonces, los consumía como si fueran a desaparecer en cuanto dejara de prestarles atención. Quizá era su forma de sobrellevar todo

aquello. El caso era que sus aplicaciones de citas estaban muertas desde hacía mucho tiempo y lo que estaba más vivo que nunca era lo que veía en la pantalla de su televisión.

Por suerte, sus compañeros de piso estaban fuera de casa y ella podía gritar todo lo que quisiera. Ya habían pasado por más de una discusión sobre el tema. Desde que Victoria… Bueno, desde que había muerto, Margo no se veía con fuerzas para enfrentarse a muchas cosas. Se sentía hundida y, aunque trabajaba más que nunca, buscaba distracciones por todos lados. Los *realities* y el trabajo eran sus favoritas.

Sin embargo, era incapaz de hacer nada útil.

De vez en cuando, Dani se pasaba por su casa para ayudarla con la colada o a limpiar su habitación, que estaba llena de bolsas de comida para llevar. Y para que sus compañeros no la echaran del piso, básicamente.

Sabía que Daniela también estaba pasando por su luto, de alguna forma, solo que era mucho más silenciosa. Siempre lo había sido. A veces, se preguntaba por qué eran incapaces de hablar de Victoria. Quizá ayudaría, ¿no? Habían pasado varios meses. Deberían poder hablarlo. Pero ni siquiera se lo había contado a sus padres.

—¿ES QUE NO VES QUE TE QUIERE? —le chilló a la pantalla, fuera de sí—. ¡ES QUE ES TÍMIDA, PEDAZO DE INÚT…!

—¡Margo! —saltó Daniela.

La pelirroja respiró hondo y se levantó del sofá. La parejita de la tele había tomado caminos separados. Un nuevo día, se quedaba sin el beso que llevaba esperando cincuenta capítulos.

—Estoy estresada —anunció con dramatismo.

—Eso ya lo veo.

—Necesito vinito.

—No queda *vinito*.

—¿Y por qué no?

—Porque te lo bebiste ayer viendo el capítulo anterior.

—Mentira. Seguro que me lo han robado los cabrones que viven conmigo.

Daniela enarcó una ceja a modo de respuesta.

Pero Margo no era de las que se rinden y beben lo que sea que quede en la nevera. Con su pijama de Stitch dado de sí, fue directa a la puerta y cogió las llaves.

—Vas descalza —le recordó Daniela—. ¡Y en pijama!

En lugar de vestirse, Margo decidió ponerse las primeras zapatillas que vio por ahí —no estaba muy segura de que fueran suyas— y salió de casa para ir a por su vinito.

Por las caras de la gente que se cruzaba, supuso que su aspecto no era de lo mejor que habían visto. Le sorprendió lo igual que le daba. ¡Ella, la reina de la vanidad! Para lo que había quedado…

Margo entró en el supermercado veinticuatro horas que había junto al portal del edificio. El señor del mostrador ya la conocía y no se llevaban muy bien. Más que nada, porque a veces Margo se olvidaba de pagarle y estaba convencido de que era una ladrona. Lo cierto era que prefería que él lo creyera así y que no supiera lo inútil y despistada que podía llegar a ser.

Su gran compra fueron unas compresas, una botella de vino blanco y un pack de chocolatinas.

El señor juzgó un poco su elección, pero le dio igual. Margo dijo que no a la bolsa porque, aunque se contaminara el hígado por *hobby*, quería sentirse como si no contaminara el planeta.

Muy humilde, con su vino, sus compresas y su chocolate, salió de la tienda.

La primera señal de que algo no iba bien fue que había un señor sospechoso apoyado en el portal.

La segunda, que no se apartó cuando ella sacó las llaves.

Era de noche y Margo no se sentía tan segura como a plena luz del día. Cuando el desconocido decidió no moverse, ella dio un paso atrás. Podría llamar a Daniela para que le abriera el portal y el zumbido haría que se apartara, ¿no?

Sin embargo, al dar un paso hacia atrás, se chocó con el amigo del tipo raro. Sobresaltada, estuvo a punto de perder su tesoro recién comprado. Consiguió sostenerlo a duras penas y se volvió hacia el otro.

Tenían pinta de cobradores del estado, pero en plan musculosos de gimnasio. Era una mezcla muy rara. En lugar de miedo, sintió confusión.

—Em… —murmuró—, ¿os puedo ayudar en algo?

—¿Margo? —preguntó uno de ellos.

—Pues depende de quién quiera hablar con ella; es una chica muy ocupada.

Uno de ellos se rio entre dientes. El otro se separó del portal para acercarse a ella.

Fue todo muy rápido. De pronto, Margo no tocaba el suelo. Una de las zapatillas salió volando mientras uno de los hombres la arrastraba hacia un coche de lujo que tenían aparcado justo al lado. Alarmada, empezó a forcejear. No para liberarse, sino para proteger el vino.

—¡Oye! —gritó, cabreada—. ¡Oye, que no he terminado el capít…!

El mismo que la sujetaba le tapó la boca. El otro intentó quitarle el tesoro de los brazos. El forcejeo hizo que el vino estallara contra el suelo. Durante un momento, nadie se movió. Y entonces una muy furiosa Margo le estampó las compresas en la cabeza al señor chungo del portal. Las

compresas salieron volando por los aires, creando un círculo curioso alrededor del matón y el vino derramado.

Margo siguió golpeándolos con el resto de las compresas, pero no consiguió detenerlos. Al cabo de unos minutos, estaba sentada —y atada de manos— en el asiento trasero de un coche de lujo.

5

Caleb

En cuanto volvió a la casa abandonada, se sintió cansado. No le sucedía muchas veces, por lo que decidió evitar a Bex. Ella seguía en el salón, seguramente mirando mapas y planeando su próxima salida. Por algún motivo, tenía el latido cardíaco frenético. Quizá habían encontrado alguna cosa. A Caleb le sorprendió lo poco que le importaba.

Para su sorpresa, el gato imbécil no seguía en el alféizar de su dormitorio. En cuanto Caleb entró sin hacer ruido, lo rebuscó por la habitación. Podía oír el latido de su corazoncito, podía olerlo, pero no lo veía. Qué rar…

¡Miau!

Caleb elevó la vista extrañado y vio que el felino se encontraba en lo más alto de su viejo armario. Por una vez, no parecía tan cabizbajo. Incluso diría que el pelo volvía a brillarle como antes.

Bueno, por lo menos, había alguien que iba superando algo.

—¿No tenías ningún otro sitio al que subirte? —preguntó Caleb cansado.

Miau, miau.

—Veo que has superado la fase de tristeza, gato.

Miaaau…

—¿A qué se debe esta repentina felicidad, si puede saberse?

Miau. Miau, miau.

—Si supieras hablar, seguro que dirías cosas más interesantes que cualquier humano.

Mi-a-u.

Caleb lo consideró unos instantes. Con resignación, terminó por darle un toquecito incómodo en la cabeza. Por la expresión del gato, cualquiera diría que estaba sonriendo con toda su alegría. Igual que Bex, que no dejaba de llamar a su hermano por el auricular. Caleb se preocuparía, pero el tono parecía alegre. Tanto el gato como ella se habían coordinado para animarse.

Podría bajar a ver al niño. Podría bajar a hablar con su amiga, decirle que había vuelto de su paseo. Y, sin embargo…, no se veía con fuerzas. Solo quería descansar.

Se quitó los zapatos, la chaqueta y la cinta con la pistola. La cama era tan incómoda como la única vez que la había usado. Se preguntó, ya tumbado, si conseguiría dormirse. Habían pasado años desde la última vez.

Por lo menos, el gato seguía pareciendo contento.

Victoria

—No.

El monosílabo de Iver hizo que tanto Brendan como Victoria lo juzgaran con la mirada.

—¿Te da miedo nadar? —preguntó ella.

—Me da miedo *morir*.

—Solo son veinte metros —indicó Brendan.

—¡¿Solo?!

—Venga, no llores y salta.

—Salta tú.

—No, tú primero.

—¡¿Lo ves?! —Iver señaló el acantilado—. Si alguien salta primero, lo haré.

—No tenemos cinco años —indicó Victoria.

—Pues hazlo tú entonces.

En cuanto dio un paso hacia delante, tanto Brendan como Iver la detuvieron. Cada uno la agarró de un brazo distinto. Y, cuando se dieron cuenta de que coincidían en algo, pusieron mala cara y la soltaron.

—Tú no —le dijo Brendan.

Eso la ofendió un poco.

—¿Por qué no? Alguien tendrá que hacerlo.

—Pero… tú no.

—¿Me vas a decir por qué no?

—Porque no quiere que Caleb lo estrangule nada más verlo —dijo Iver, divertido—. Y yo tampoco, la verdad.

Victoria sentía jaqueca cada vez que oía ese nombre y le estaba empezando a molestar. Era como si su cerebro le estuviera gritando algo que el resto del cuerpo todavía no estaba preparado para oír.

—Caleb no me da miedo —indicó Brendan, muy digno.

—Seguro.

—Cállate.

—Idiota.

—Gilipollas.

—Cabr…

Victoria, harta de oírlos, volvió a lanzarse hacia el acantilado. De nuevo, la detuvieron por ambos brazos. Esta vez incluso tiraron de ella varios metros hacia atrás.

—¡Deja de intentar matarte! —chilló Iver, ya nervioso.

—¡Es que no tiene sentido de la supervivencia! —protestó Brendan.

Ella no se lo podía creer.

—Vamos a ver… ¡Alguien tendrá que saltar! ¿O nos vamos a quedar aquí hasta que este señor se desate y salga corriendo?

De pronto, pareció que a Iver se le había ocurrido una idea. Y, de alguna forma, a Brendan también. Era curioso que, odiándose tanto, pudieran entenderse tan bien. Victoria supuso que era resultado de haberse criado juntos, como le había contado Brendan unas pocas veces.

—¿Qué? —preguntó ella.

Sin mediar palabra, Brendan agarró del hombro al humano, le deshizo el nudo de las manos y… lo lanzó por el acantilado.

Victoria, alarmada, se llevó ambas manos a la boca. El chapoteo tardó en llegar, pero fue atronador. Alarmada, se asomó por el acantilado.

—¡Tiene un hijo! —chilló, furiosa—. ¡¿Cómo se os ocurre…?!

—Alguien tenía que comprobar si se podía sobrevivir —dijo Brendan, tan tranquilo.

—¡¡¡Lo habéis lanzado a más de veinte metros de altura!!!

—¡Seguro que está bien, lo he desatado! —aseguró Iver, y se colocó las manos como un megáfono—. ¡OYE!, ¡¿ESTÁS VIVO?!

Los tres se asomaron. Uno con entusiasmo, otra con pánico y otro con indiferencia. Tardaron unos segundos, pero finalmente vieron una cabecita calva asomándose entre las olas. El señor, como pudo, agitó el brazo por encima de las olas.

—¿Lo ves? —preguntó Iver—. No ha sido nada.

—Estáis locos —murmuró Victoria.

Y, ahora que no estaban pendientes de ella, cogió carrerilla y corrió hasta el final del acantilado.

Pudo sentir el latigazo de enfado de Brendan, pero ya estaba volando. El viento le golpeó la cara con violencia, el estómago se le encogió y la ropa se le agitó con fuerza. Sin embargo, no sintió miedo en ningún momento. Lo único que sintió fue… adrenalina.

Oh, adrenalina, sí.

Por primera vez en meses, se sintió viva.

El golpe contra el agua escoció un poco más de lo que admitiría nunca. Se sumergió varios metros en el agua sin sentir la temperatura. Era… extraño eso de no sentir nada. Abrió los ojos bajo el agua, pero estaba tan revuelta que era incapaz de ver más allá de sus propios pies.

Para cuando salió a la superficie, Iver y Brendan ya habían saltado. Lo primero que hizo este último fue empujarle el hombro a Victoria para volver a hundirla. Ella, indignada, tuvo que salir otra vez a la superficie.

—¡Oye! —chilló, irritada.

—Por idiota —dijo él.

Victoria intentó hundirlo, pero era mucho más rápido que ella. Terminó por contentarse con ir nadando hacia tierra firme.

Menos mal que el puñetero búnker estaba ahí, porque si no… Habría tenido quejas hasta fin de año. Más que nada, porque Iver se comportaba como si fuera un gato recién duchado. No dejaba de estrujarse la camiseta y colocarse el pelo. Solo le faltaba lamerse una mano. Brendan se mantenía tan sereno como siempre. Victoria sacudía las extremidades como si fuera un perrito.

El hombre, que había rozado la muerte suficientes veces en un día, empezó a arrastrarse hacia el búnker. Ni siquiera tuvieron que pedírselo. Simplemente, cruzó la zona rocosa con habilidad. No se detuvo hasta llegar a una zona escondida por las piedras gigantescas, donde encontraron una gran puerta de hierro. Era de un tono tan parecido a la pared de roca que, desde lejos, habría sido imposible encontrarla.

El humano, indignado, señaló el camino.

—Podríamos haber bajado por la playa. ¡Hay un puto camino!

—No llores, hombre. —Iver sonrió—. Fíjate la historia que podrás contarle esta noche a tu hijo, ¿eh?

El hombre entrecerró los ojos y, con toda su indignación, trató de apartarse. Brendan lo devolvió a su lugar.

—Abre la puerta —ordenó.

—¿Yo? No, no…

—Abre la puerta o seré yo quien visite a tu hijo.

Victoria sintió un escalofrío. No estaba segura de si aquellas palabras habían sido una amenaza real o un farol. Prefería no saberlo.

Sin querer, intercambió una mirada con Iver. No parecía sorprendido.

El hombre desconocido, mientras tanto, tuvo un intenso debate interno. Observaba a Brendan como si tuviera la misma duda que Victoria.

—Axel me va a matar —explicó finalmente en un susurro.

Brendan sonrió de medio lado.

—No si yo lo mato primero.

—No lo entiendes, Axel es…

—¿Quién te da más miedo de los dos?

Aquellas fueron las palabritas mágicas, porque el hombre se apresuró a destapar un panel oculto. Tras eso, empezó a teclear a toda velocidad. Tuvo

que hacerlo tres veces seguidas, porque las manos le temblaban tanto que era incapaz de tocar los números correctos.

—¿Puedo irme ya? —preguntó entonces, desesperado.

Brendan se rio de esa manera tan despreciativa y suya.

—Ya te gustaría. Vas tú primero.

El interior del búnker era tal y como había visto Victoria en su recuerdo: sombrío, silencioso y con olor a espacio cerrado y a agua salada. Era la última de la fila, pero no le importaba. Así podía contemplar lo que la rodeaba sin que nadie se fijara en ella.

Dejaron un rastro de agua tras ellos del que nadie se quejó. Y es que en el búnker no parecía haber nadie. Se preguntó si ese sería el día en que encontraran a Sawyer y, por fin, pudiera dejar de entrenar de forma absurda. Si podría volver a la casa que sabía que tenía, con ese gatito que aparecía en su mente de vez en cuando, y entender de quién hablaban cuando mencionaban todos esos nombres.

Ahora que lo pensaba… quizá debería tener un poco más de miedo. Después de todo, no estaba segura de lo que iban a encontrarse. Por si acaso, quiso decirle a Brendan que sacara la pistola de su cinta.

Pero este ya lo había hecho, e Iver también.

El humano seguía encabezando la marcha. Estaba tenso, pero no tanto como si temiera por su vida. Victoria supuso que seguía medio disociado por el salto. Esperaba que, por lo menos, no muriera a sus manos. No quería cargar con la muerte de un padre en la conciencia.

Habían pasado ante varias puertas, pero ninguna de ellas estaba abierta y tampoco ninguna captaba el interés del humano. Victoria se fijó en que algunas tenían un código de apertura. Qué cosa tan preservada. Lo que encontrarían en ese búnker sería valioso, eso seguro. Lo único que le faltaba entender era por qué.

Entonces, el humano se detuvo ante una de las últimas puertas del pasillo. Era de código y empezó a marcarlo en cuanto Iver le clavó la pistola en la nuca. El hombre se equivocó una vez, pero acertó a la segunda. Y entonces la puerta se abrió con un simple clic.

Iver fue el primero en moverse. Enganchó al humano por el cuello y, con la pistola apretada contra su sien, entró en la habitación. Brendan lo hizo con una mano en el brazo de Victoria y otra en su propia pistola. Él revisó los rincones de la habitación, mientras que Iver apuntó directamente al centro.

De nuevo, le sorprendió la habilidad que tenían para coordinarse. Si quisieran, podrían ser buenos amigos. O un buen dúo de atracadores, por lo menos.

Victoria, que había sido la última en entrar, tardó unos segundos en reconocer al chico que estaba sentado ante el mismo escritorio que había visto en el recuerdo. Tenía un portátil abierto, varias notas esparcidas por todas partes y una cajita que, por su aspecto, prefería no saber qué contenía exactamente. Lo único que tenía claro era que seguramente se trataba de lo que mantenía a ese chico tan activo.

Él intentó ponerse de pie, pero Brendan lo apuntó con la pistola. Al menos, durante los primeros segundos. Victoria no pudo evitar la mueca de sorpresa que dibujó cuando su compañero movió la mano para apuntar al suelo.

—Axel —murmuró, no muy contento de verlo.

El aludido era distinto a como lo había percibido en su visión. Ahí, con la ansiedad del propio humano, lo había visto alto y terrorífico. Pero, en persona, tan solo percibía a alguien que intentaba aparentar algo que no era. A alguien que mostraba valor para que lo temieran, pero que estaba más asustado que ellos.

Tenía sentido, porque había dos personas empuñando pistolas y ninguna era él. Victoria lo supo porque, nada más entrar, vio que el arma de Axel estaba sobre el escritorio. Cerca, sí, pero no tanto como para que Axel se lanzara a por ella sin recibir un tiro a modo de respuesta.

—Vaya —murmuró Iver—, tienes un aspecto mucho peor del que recordaba, y mira que ya es difícil.

Axel no respondió. Estaba contemplándolos con asombro. Y con miedo. Especialmente a Victoria. Durante unos instantes, la miró como si fuera la primera vez que veía a otro ser vivo. Y entonces se centró en Brendan. No quedó claro quién lo había sorprendido más.

—¿Cómo…? —empezó a preguntar.

Victoria tuvo un *déjà vu* de Iver.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Brendan, poco interesado en sus dudas —. Y solo, además. Pensaba que eras un poco más listo.

Vale, hablaba con confianza. No era el mismo tono que había usado para dirigirse a Iver. Ni el que usaba para la pobre Victoria, a no ser que se relajara y le contara alguna cosa de su pasado. Pronto se le pasaba.

¿De qué se conocían esos dos?

Axel tragó saliva. Necesitó unos cuantos segundos más para reaccionar.

A Victoria no le gustó estar en la misma habitación que él. De hecho, no le gustaba nada de ese chico y no sabía explicar por qué.

—¿Cómo coño está viva? —preguntó finalmente Axel, señalándola.

—Iver se ha alegrado más de verme —observó ella.

—¡Sawyer la mató! Yo… Yo… No lo vi, pero lo oí y él me lo dijo. No es…

De pronto, su expresión cambió por completo. Pasó de mirar a Brendan como si fuera un fantasma a contemplarlo como si acabara de cometer la mayor de las traiciones.

—La has transformado.

—Ha tardado un rato en darse cuenta —murmuró Iver con malicia.

—¿Cómo has podido? —siguió Axel, absorto—. Sawyer te enseñó cómo funcionaba tu habilidad y tú vas y la usas con…, con una…

—Cuidado —le advirtió Victoria.

De nuevo, sus palabras fueron ignoradas. Fuera lo que fuese que sucedía, aquella conversación era entre Brendan y Axel.

—Sawyer me echó hace ya unos cuantos años —dijo el primero, tan tranquilo—. No es momento para que te pongas dramático. ¿Por qué me buscabas?

Axel volvió a parpadear. Tenía las pupilas dilatadas.

Mientras, Victoria se deslizó disimuladamente hacia un lado. Brendan estaba pendiente de su amigo y la chica esperó que así siguiera. El humano e Iver, por otro lado, la vieron y no dijeron nada.

—¿Eh? —repitió Axel—. Yo… no esperaba…

—¿No esperabas que estuviera viva? —reformuló Brendan.

—Es que… yo…

—Habla más rápido —exigió Iver—. Dios mío, el cerebro le va más lento a cada año que pasa. Qué desesperación.

Axel estaba tan pasmado que ni siquiera le respondió.

Victoria dio otro paso disimulado hacia el escritorio.

De alguna forma, los cables del cerebro de Axel por fin parecieron conectarse. Y también se dio cuenta, por primera vez, de que Iver sujetaba al humano. Fue al primero que miró con una actitud amenazadora, porque con los otros no se atrevía.

—Traidor —susurró—. Cuando Sawyer se haga contigo…

—No te preocupes por eso —replicó Iver con media sonrisa—. Mejor céntrate en contarnos qué coño queréis de Brendan. Y dónde está ese

cabrón.

—¿Te has vuelto loco? No pienso decir nada.

Como respuesta, Iver empezó a rascarse la oreja con la culata de la pistola, pero sin dejar de apuntar a Axel, que dio un respingo. Los movimientos eran torpes y caóticos a propósito. Incluso el humano, que seguía entre sus garras, había empezado a temblar.

—Sí —murmuró Iver—, será que me estoy volviendo loco. Y manco, también. A veces, pulso el gatillo sin darme cuenta. Sobre todo, cuando me tocan mucho los coj…

—El humano ha dicho que me buscabas —interrumpió Brendan, ya cansado de los jueguecitos.

Victoria dio otro paso. Nadie más que Iver le prestaba atención, y él se limitaba a sonreír como un niño pequeño que guarda un secreto.

—No es problema vuestro —dijo Axel, a la defensiva.

—Lo es cuando me persiguen a mí —respondió Brendan.

—¡Porque queríamos otro aliado! ¿Cómo coño íbamos a pensar que estabas con esta inútil?

Pese a que las ganas de responder eran gigantes, Victoria calló. Dio otro paso.

—Empieza a explicarte mejor —ordenó Brendan entre dientes—. Me estoy quedando sin paciencia.

—Y yo, si hablo, me quedaré sin dientes. Vete a buscar información a otro lado. O mata al humano si te hace ilusión. ¿Te crees que me va a afectar?

—El humano solo sirve para abrir puertas —comentó Iver—. Tú sirves para darnos toda la información que necesitamos. Si a él le apuntamos con una pistola, ¿qué te crees que te haremos a ti?

—¿Tú? Nada. Eres un cobarde.

—Dame cinco minutos más.

—¿Para que te haga otra cicatriz?

Victoria llegó a la pistola justo cuando Axel iba a abalanzarse sobre ella. La robó a tiempo y lo apuntó como pudo. Hacía mucho que no practicaba con una y no era muy experta, pero, con la seguridad necesaria, aquello no se le notaría. Debió de funcionar, porque Axel soltó una palabrota en voz baja y dio un paso atrás.

Y Brendan, que debería de estar contento de que estuvieran consiguiendo su objetivo, torció el gesto como si todo aquello le disgustara. Victoria sintió una punzada de irritación. ¿Por qué nunca podía alegrarse de las cosas que hacía bien?

—¿Ahora la humana sabe disparar? —preguntó Axel, a medio camino entre la risa y el pánico.

Victoria le quitó el seguro a la pistola.

—Soy tan humana como tú.

Él la contempló con expresión confusa, como si estuviera esperando algo más. Entonces, se volvió hacia Brendan.

—¿No recuerda nada? ¿Por qué no me reclama nada?

—¿Dónde está Sawyer? —preguntó el aludido—. Haz el favor de responder.

Axel apretó los labios y elevó un poco el mentón. Era una forma sencilla de dejar claro que no obtendrían información de su parte.

Al menos, de esa forma.

Victoria, aprovechando que le daba la espalda, decidió probar el golpe que le había enseñado Brendan. Le atizó en la cabeza con la culata, sin dudar, y el resultado fue inmediato; Axel trató de levantar la mano y, acto seguido, cayó redondo al suelo.

Iver bajó la pistola para reírse a carcajadas. Estaba tan contento que incluso soltó al humano. Este no se atrevió a huir.

—¡Así me gusta! —exclamó Iver—. Joder, cómo me gusta esta versión *femme fatale* de ti. Aunque tampoco era difícil mejorar.

—¡Oye, que acabo de solucionaros el problema!

—¿Y qué te crees que has solucionado? —espetó Brendan—. Ahora estamos en un búnker desconocido y la única persona que podría darnos información está inconsciente.

—Es mucho más fácil sacarles información una vez que están en un lugar que desconocen. Y, además, aquí estamos en peligro. Es lo que tú siempre dices, ¿no? Solo sigo tus normas.

Mientras Brendan entrecerraba los ojos, Iver se rio con más fuerza todavía.

Victoria decidió que ya habían perdido bastante tiempo e, impaciente, fue hacia Brendan para quitarle las tiras que siempre usaba para atar a la gente. Este se dejó, aunque de mala gana, y permitió que ella fuera a inmovilizar a Axel. Estando dormido, sí que no parecía nada peligroso.

—¿Qué hacemos con el humano? —preguntó Victoria, una vez terminada la faena.

—Tengo un plan —comentó Iver.

Tras rebuscar en el bolsillo, sacó lo que parecía una pequeña tarjeta de memoria. El humano lo contemplaba con temor, como si pudiera matarlo con ella. Pero Iver se limitó a ofrecérsela.

—Trágatela.

El hombre enarcó las cejas.

—¿Eh?

—Que te la tragues. No es una broma.

—P-pero…

Impaciente, Iver lo apuntó con la pistola. El hombre se apresuró a quitarle la tarjeta y, por supuesto, a tragársela.

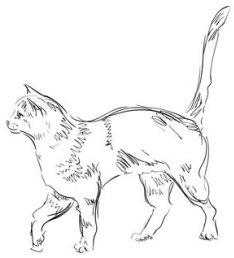
—Eso es un dispositivo de búsqueda —le explicó entonces el de la cicatriz—. En cuanto note que Sawyer nos busca, que tiene la mínima sospecha de lo que ha pasado aquí, iré a por ti. Y, si yo no puedo ir, mandaré a mi amigo chungo. ¿Ha quedado claro?

El humano, con los ojos muy abiertos, asintió.

—¿P-puedo… irme?

—Todavía no. ¿Dónde están las cámaras de seguridad y dónde podemos borrarlas? Y date prisa, que tenemos que organizar unos cuantos reencuentros cuando volvamos a casa. Aparte de un interrogatorio. Ah, ¡qué divertido vuelve a ser esto!

6



Caleb

Al final, no había conseguido dormirse. Consideró la posibilidad de volver a salir, pero no quería hacerlo sin ni siquiera hablar con el niño. Si se enteraba de que había estado en casa y no le había hablado, se sentiría aún más desanimado de lo que ya estaba.

El gato había desaparecido. Siguió su olor escaleras abajo, sin hacer ruido. Bex no estaba a la vista, pero podía oír su corazón acelerado en el salón. Disimuladamente, Caleb fue a la puerta trasera y salió al patio. No le apetecía hablar con nadie, como la mayoría de los días.

Había oído al niño durmiendo en el sillón, por lo que prefirió no molestarlo. En su lugar, decidió sentarse en los escalones del porche y encenderse un cigarrillo.

Estaba por la tercera calada cuando el gato reapareció ante él. Había salido a cazar por las calles nocturnas y olía a sangre fresca. Con ojos inocentes, se lamió una patita ante él.

—Sí que estás animado —murmuró Caleb, sorprendido.

El gato se deslizó junto a él y, tras aceptar una caricia, entró en la casa. Apenas unos segundos más tarde, Kyran se despertó.

Caleb estaba seguro de que ese gato hacía todo lo que podía por sembrar el caos, pero no sabía cómo decirlo sin que lo tomaran por un lunático.

El niño apareció detrás de él y lo contempló suspicaz. Sabía que le estaba reclamando el haber estado tan ausente durante esos días, pero Caleb no sabía qué más decirle.

—¿Bex te ha dado de cenar? —preguntó.

El niño bajó los escalones y se detuvo delante de él. Jugueteaba con su peluche recién cosido. Con timidez, asintió.

—¿Qué era?

Kyran no hablaba, así que había sido una pregunta un poco tonta. Aun así, Caleb no dejaba de intentarlo. Tenía la esperanza de que algún día le respondiera.

Esperanza vana. Qué emoción tan humana y estúpida. E impropia de él.

—Deberías dormir un rato —observó Caleb.

El niño negó con la cabeza.

—Vete a dormir, Kyran. Es muy tarde.

De nuevo, negó.

—Puedo notar el sueño que tienes. ¿Por qué no te vas a dormir?

En esta ocasión, aunque no tuviera una respuesta, podía imaginársela.

—¿Es porque tienes miedo a que me vaya?

El niño asintió lentamente.

—Siempre vuelvo.

No hubo asentimiento. Tampoco sacudió la cabeza. Simplemente, contempló el suelo con los labios apretados.

Caleb suspiró.

—*Siempre* vuelvo. Aunque tarde un día o dos, siempre vuelvo contigo.

—*Ma-á* no *vovió*…

Durante unos instantes, Caleb no supo cómo reaccionar. Era la primera vez en su vida que oía su propio corazón mucho más fuerte que el de otra persona.

Kyran acababa de hablar.

Con los labios separados, hizo un esfuerzo por responderle. Era incapaz. Su vocecita retumbaba en cada rincón de su cabeza. Y sus palabras. Ella no había vuelto. Nunca lo haría. Tenía razón.

Por primera vez en todo aquel tiempo, se sintió mal por su propio duelo. Kyran había perdido a una de las pocas personas de su vida. No se merecía perder a otra simplemente porque fuera incapaz de mirarlo a la cara. Porque sí, dolía mirarlo. Más que nada, porque todo le recordaba a ella. Especialmente, Kyran.

Con una mezcla muy rara de emociones, Caleb buscó las palabras adecuadas. Su dolor, mezclado con la sorpresa de oírlo hablar, le estaba jugando una mala pasada.

—Está bien —accedió—. No me iré a ninguna parte. Con la condición de que duermas un rato.

El niño parpadeó con asombro. No esperaba que aquello fuera a funcionar. Y entonces sonrió. Incluso se le arrugaron los ojitos. Caleb estuvo tentado a devolverle la expresión, pero estaba demasiado pasmado. Más aun cuando Kyran tomó una de sus manos.

Con el cigarrillo ya olvidado, Caleb acompañó al niño hacia el sofá.

Victoria

Contemplar aquellas calles era como ver un cuadro que intentaba recordar, pero que le resultaba indescifrable. Victoria apoyó la cabeza en la ventanilla y observó las casas, las vallas, las carreteras…, a la gente. Todo le resultaba familiar y, a la vez, no le sonaba nada. Qué sensación tan extraña. Ojalá pudiera quitársela de encima.

A quien sí podía quitarse de encima era a Axel. Lo apartó con una mano. Este seguía inconsciente, pues lo había golpeado otra vez cuando se despertó. Con él se sentía igual: era como si lo conociera, incluso notaba los sentimientos negativos de su cuerpo, pero a la vez era incapaz de acertar por qué.

Victoria, cuando intentaba recordar con mucha fuerza, sentía el mismo dolor de cabeza que cuando invadía la memoria de alguien. Con incomodidad, empezó a pellizcarse el puente de la nariz.

—¿Todo bien? —preguntó Brendan al instante.

Él conducía el coche y no la miraba, por lo que Victoria supuso que había sentido su dolor a través del vínculo.

—Sí —mintió ella.

—Hasta yo sé que eso es mentira —murmuró Iver desde el asiento del copiloto.

—¿Ahora eres psicoanalista?

—Anda, pero ¡si la vieja Victoria sigue aquí! Un placer volver a verte.

Victoria sonrió sin muchas ganas. Menos mal que el dolor había disminuido.

Estaba… nerviosa, como si fuera a suceder algo importante. De nuevo, no estaba segura de qué era. En un gesto un poco tenso, empezó a jugar con sus propios dedos. Seguían manchados de tierra. Y ella entera seguía bastante mojada del agua. El asiento se había empapado bajo su cuerpo.

—Vale —intervino Brendan entonces—. Has estado cinco minutos sin quejarte. ¿Qué pasa, Victoria?

—Estoy pensando.

—¿Tú?, ¿pensando?

—¿A que te doy una patada?

—Dásela cuando mi vida no dependa de sus habilidades de conducción —pidió Iver.

—Es que… —empezó ella, aunque tardó en seguir—. Es que me sorprende que hayas accedido a volver a la ciudad.

Brendan mantuvo la vista clavada en la carretera. Su vínculo no le trasmitió nada, como era habitual.

—Habríamos vuelto en algún momento —dijo finalmente—. Ahora bien, que Sawyer sepa que estás viva es cuestión de tiempo.

—Lo que no entiendo es por qué la has escondido —comentó Iver como quien habla del tiempo—. A ver, no es que sea la persona más agradable del mundo, pero tampoco es para esconderla.

—Gilipollas —masculló Victoria.

—Al despertarse, no se acordaba de nada —respondió Brendan sin cambiar su expresión—. Si en nuestros casos ya fue complicado recuperar la memoria, imagínate en el suyo… No pasó por vigía y, en lugar de prepararse, tuve que transformarla después de que se le parara el corazón. Exponerla a tantos estímulos la habría destruido.

Iver repiqueteó con los dedos sobre las rodillas.

—Guárdate bien esa excusa, porque Caleb te va a matar.

Otra vez ese nombre.

Victoria se frotó la sien con incomodidad.

—¿Quién es Caleb?

Había tenido ganas de hacer esa pregunta muchas veces. Lanzarla, finalmente, resultó ser un alivio. Y también otro latigazo de dolor en el cerebro.

Fue la primera vez en todo aquel viaje que tanto Brendan como Iver guardaron silencio.

—Es mi hermano —dijo Brendan, escueto.

Ella asintió lentamente. No dejaba de frotarse las manos. Su cuerpo seguía estando mucho más nervioso de lo que podía comprender su cerebro.

—¿Cómo es tu hermano?

—Se parece a mí. Es fácil confundirnos.

—¿Es tan idiota como tú?

—Es… más serio.

—¿Más? No habrá sonreído en su vida…

Iver se mantenía clavado en el asiento, con la mirada fija en la carretera. Victoria sabía que él era el objetivo fácil y el que le ofrecería más información, pero no estaba segura de cómo enfocarlo sin ser pesada.

La cuestión era que necesitaba respuestas. Necesitaba más datos. Su cuerpo no dejaba de gritarle que preguntara más cosas.

—¿Tú lo conoces, Iver? —quiso saber.

El aludido fingió que bostezaba para ganar tiempo.

—Claro. Nos conocemos todos.

—¿Y yo?, ¿lo conocía? Ya sabes, antes de todo esto…

Iver contempló a Brendan como si lo estuviera amenazando.

—Sí —dijo el primero, finalmente—. Bastante.

—¿Crees que se alegrará de verme?

Iver se rio entre dientes.

—Creo que será la primera vez que se quede pasmado.

7

Caleb

¿Aquello era el ruido de un coche o una alucinación?

Victoria

¿Eso era una casa o una ruina?

Caleb

Con el niño todavía dormido en el sofá, se levantó con la pistola en la mano. Seguramente fuera Iver, pero prefería no arriesgarse. Después de todo, el movimiento de Bex no indicaba que hubiera oído nada.

Ya junto a la ventana, Caleb apartó las cortinas viejas con un dedo. Solo necesitaba ver el vehículo. Y, efectivamente, era el coche gris que había robado Iver unas semanas atrás.

Estaba a punto de soltar la cortina, pero se quedó completamente paralizado. No por Iver, sino por Brendan.

Brendan estaba de pie a su lado.

Y… ¿Axel?

—Pues aquí estamos —comentó Iver con una gran sonrisa—. Verás la sorpresa que… Espera, ¿dónde está?

Caleb seguía pasmado. No entendió por qué ambos buscaban a su alrededor confundidos.

Victoria

Qué leeentos eran…

Victoria podía fiarse un poco de la opinión de Brendan, incluso de Iver, a quien parecía haber conocido antes de todo aquello. Sin embargo, no iba a meterse en una puñetera casa abandonada sin antes revisarla.

Con cautela, cruzó el patio trasero. En su momento, la casa debió de ser muy bonita. El problema era que llevaría abandonada más de treinta años. Las ventanas estaban rotas; los árboles, muertos; y los techos, mal colocados. Desde luego, parecía un buen escondite. ¿Quién iba a entrar a revisarlo?

Aparte de ella, claro.

Con sumo sigilo, Victoria se acercó a la fachada trasera para verla mejor. La mayoría de las ventanas tenían las cortinas echadas, pero una de ellas

permanecía semiabierta. Qué inconscientes.

Todavía tenía la pistola que le había quitado a Axel; con una mano sobre ella y otra en la pared, se planteó cómo subiría sin hacer ruido. Y cómo reaccionaría si viera que aquello era una trampa.

Oh, se iba a enfadar mucho. Y luego ya vería cómo proseguir, porque no tenía mucha experiencia como asesina. Igual era mejor escapar que enfrentarse a otro extraño. Si es que era el único.

Antes de ascender hacia la ventana abierta, Victoria se asomó por el ventanuco de la que debió de ser —en su momento— la cocina. Había una mesa llena de mapas, varias velas apagadas, un sofá con mantas… Le pareció ver un bulto bajo esas mantas. Uno pequeñito. Decidió apartarse de la ventana.

Dio unos cuantos pasos atrás, decidida, y clavó la mirada en la única ventana que permanecía entornada.

Hora de esperar que las clases de escalada de Brendan hubieran dado sus frutos.

Caleb

Efectivamente, ahí estaba su hermano.

El imbécil de su hermano.

Caleb se vio sorprendido por un torrente de adrenalina. Lo había visto muchas veces, pero experimentarlo en carne propia era distinto. A veces, los objetivos de sus trabajos se ponían tan nerviosos que eran incapaces de controlarse a sí mismos; unos temblaban, otros lloraban o tartamudeaban… En su caso, no hubo nada de eso. Lo único que sintió fue que estaba sobre

una balanza muy delicada. Y que, en cuanto se desequilibrara, le iba a dar un puñetazo a su hermano.

Se plantó ante ellos con los puños apretados. Iver dio un respingo. Su hermano, en cambio, adoptó la misma postura defensiva.

—No me obligues a pegarte antes de abrir la boca —advirtió Brendan.

Caleb, de no haber estado tan furioso, se habría reído.

Ahí estaba Brendan, sí. Con sus mismos rasgos, con el pelo más largo y con una barba corta que nunca le había visto. Y la ropa… normal, humana. Por primera vez en su vida, la gente podría diferenciarlos con facilidad.

Caleb respiró hondo. Era su último recurso antes de hacer algo de lo que se arrepintiera más tarde.

—¿Tú? —replicó entre dientes—. ¿*Tú* me golpearías a *mí*?

—Solo si me obligas.

En esa ocasión, a Caleb sí que se le escapó un sonido que podría confundirse con una risa irónica.

—¿Dónde has estado? —le preguntó después, dando un paso hacia él.

Brendan pretendió que no se sentía intimidado, aunque se alejó un poco. Caleb se acercó de nuevo y el proceso se repitió.

—¿Dónde has estado mientras nosotros intentábamos sobrevivir? —Caleb remarcó cada palabra como si fuera un golpe—. ¿Dónde coño te fuiste esa noche?

Otro paso. Brendan retrocedió.

—Verás… —empezó, sin saber cómo seguir.

—¿Qué?, ¿no tienes excusa?

Otro paso.

—Oye… —intentó intervenir Iver desde una distancia prudente.

—¡Responde! —espetó Caleb.

Brendan parpadeó, pasmado. Nunca había oído gritar a su hermano. O quizá no recordaba la última vez que lo había visto tan enfadado. Estaba tan sorprendido que no reaccionó a tiempo y se llevó el puñetazo en la mandíbula.

Antes incluso de encajar el golpe, Caleb ya se estaba arrepintiendo de él. Fue… duro. Pudo sentir el hueso bajo los nudillos. Y pudo oír el impacto de los dientes de Brendan cuando, por impulso, cerró la mandíbula de golpe. Su hermano dio un traspié y, torpemente, se apoyó en el coche.

Su expresión, más que de dolor, era de perplejidad.

—Pero ¿qué…?

Para Caleb, el problema de la rabia era que no estaba acostumbrado a lidiar con ella. No sabía controlarse a sí mismo. Y una vez lanzado el primer golpe…

Se sintió poseído por la sensación, por la adrenalina. De pronto, volvía a tener el puño levantado. Si Iver no se hubiera interpuesto entre ambos, habría lanzado un segundo golpe.

Todavía con los nudillos blancos, Caleb miró a su amigo a los ojos.

—Apártate —le advirtió en voz baja.

—¡Espera! ¡Brendan estaba…!

—¡Me da igual dónde estuviera! —espetó, sorprendido por su propio grito—. ¡No estaba *aquí*!

No podía creerse que Iver, que siempre había estado de su parte, fuera quien se interpusiera entre ellos. Le provocó todavía más rabia, si es que aquello era posible.

Justo cuando su amigo abrió la boca, Caleb volvió la cabeza hacia la casa. Había oído un ruido. Sin saber cómo, tuvo la seguridad de que no se trataba de Kyran ni tampoco de Bex. Ni siquiera del gato. Lo curioso era que apenas podía percibir movimientos u olores nuevos.

Qué… raro.

—Dime que la oyes —suplicó Iver tras soltar un suspiro de alivio—. Joder, menos mal, ya pensaba que se había escapado…

Caleb siguió revisando las ventanas del piso superior. Le costaba hallar un sonido característico.

De fondo, Brendan todavía se estaba recuperando del golpe. Se enderezó como pudo y, con una mano en la mandíbula, señaló la casa.

—De eso quería hablarte —masculló de mala gana—. Si me dejaras hablar antes de ponerte a golpear como un psicóp…

—Calla —siseó Caleb.

Eso pareció molestar todavía más a su hermano, que gruñó con desagrado. A Caleb no podría importarle menos. Con la vista clavada en las ventanas, se acercó unos cuantos pasos a la casa. Sí que había un olor. Uno… particular. Le recordaba al de su hermano. No le gustó demasiado.

—Alguien os ha seguido —informó, ya con una mano en la pistola—. Hay que avisar a Bex, sacar a Kyran y…

—¡No, espera! —saltó Iver—. Viene con nosotros. Es lo que te quería decir, que…, em…

Impaciente, Caleb clavó la mirada sobre su amigo. Debió de resultar un poco terrorífico, porque Iver levantó ambas manos como si se rindiera.

—Que te lo cuente Brendan, mejor, ¡que es el único culpable de todo esto!

—Cobarde… —masculló el aludido.

Caleb ya apenas tenía paciencia.

—¿Contarme el qué?

Ellos intercambiaron una mirada. Caleb mantenía la mano en la pistola, solo por si acaso. Estaba pendiente de cada pisada. Como se acercaran a Kyran…

Y entonces, por fin, Brendan pareció encontrar la voz.

—Es Victoria.

—¡Y se ha escapado! —chilló Iver—. Qué puñetera manía tiene esa chica con no quedarse quieta cuando se lo dicen, ¿eh? Je, je… Em… Y también tenemos a Axel, ahí, inconsciente. Eeem… Es una larga historia. Di algo. Por favor.

Caleb había dejado de procesar información desde las palabras de su hermano. Contempló a aquellos dos payasos durante unos segundos, también al chico inconsciente del coche. Tenía la mejilla aplastada contra la ventanilla y murmuraba de forma febril.

Casi le entró la risa, pero…, claro, no era una situación muy graciosa.

—Idiotas —murmuró.

—¡Va en serio! —se indignó Iver—. ¡Díselo, Brendan!

—¿Te crees que me va a creer más que a ti?

—Si fueras un buen hermano, ahora te creería.

—¿Conoces a algún otro hermano que cuide de su cuñada no-muerta y amnésica durante meses? Porque yo no.

Pese a que no se lo creía, Caleb sintió una pequeña punzada incómoda en el pecho. Su instinto empezaba a asumir algo que él no estaba preparado para procesar.

Incómodo, apretó la pistola entre los dedos. No quería que hicieran bromas sobre ella. En realidad, no quería ni oír su nombre. Cada vez que lo escuchaba, la punzada se volvía más dolorosa.

—¿Quién es? —preguntó, señalando la casa con un gesto.

Brendan se pellizcó el puente de la nariz. Iver puso los brazos en jarras.

—Te lo acabamos de decir —insistió el último.

—Ve y compruébalo, si no te lo crees.

No, no se lo creía. ¿Cómo se lo iba a creer?

Irritado, señaló el coche con la pistola.

—No sé qué queréis hacer con *eso*, pero encargaos de él o lo haré yo mismo.

Tras decir estas palabras, entró en la casa.

Bex

¿A qué venía tanto revuelo?

Bex se había pegado a Kyran y a Bigotitos. Ni siquiera se atrevió a asomarse a la ventana. Aunque, eso sí, había sacado la pistola del cinturón. Apuntaba a la puerta, por si acaso.

Lo que no esperaba era que el primero que entrara fuera Brendan.

Pasmada, se irguió todavía más. Kyran roncaba a su lado y el gato dejó de lamerse una pata para observar la situación, perplejo.

Y, por si la situación no pudiera volverse más bizarra, Brendan lanzó a alguien al suelo de la entrada como si fuera un saco de patatas. Ese alguien hizo un sonido de protesta, pero parecía inconsciente.

Espera, ¿ese era Axel o…?

—¡Ah, Bex! —exclamó Iver, entrando a toda prisa—. ¡Encárgate un rato de esto!

—Pero…

—¡Es que tenemos que ir a parar a Caleb antes de que mate a Victoria!

Y empezaron a subir los escalones. Iver, de dos en dos; Brendan, frotándose la mandíbula como si le acabaran de dar un golpe.

Bex tan solo pudo contemplarlos incrédula.

Victoria

Inconscientemente, se frotó la mandíbula.

Seguro que se trataba de Brendan. Quizá lo habían golpeado. Eso le pasaba por ir metiéndose con todo el mundo. Además, desde la aparición de Iver, era mucho menos precavido que de costumbre. Ni siquiera estaba segura de por qué habían ido a esa casa. Le parecía una pérdida de tiempo.

La ventana entornada resultó ser de un dormitorio viejo y un poco abandonado. Una vez en su interior, trató de dejar la ventana tal y como la había encontrado, y revisó cada rincón con la mirada. Paredes de color crema y agrietadas, muebles oscuros llenos de polvo, una alfombra torcida… La cama era lo único que parecía mínimamente limpio. Con cuidado, se acercó y apoyó una mano en la colcha. Estaba fría. Siendo de noche, un humano debería estar durmiendo. Quizá se trataba de un extraño. Pero, entonces, ¿para qué querría una cama?

Las voces de la entrada se habían ido apagando poco a poco y ya no oía nada. Le pareció mala señal, por lo que se mantuvo pegada a la ventana como posible salida de emergencia.

Con curiosidad, se acercó a la cómoda. Tan solo tenía un sobre de comida de gato y una plantita que, por algún motivo, le pareció que ya había visto antes. Acarició una de las hojas con cuidado. ¿Por qué la recordaba con peor aspecto? Vaya mareo eso de perder la memoria…

Sostenía una hoja verde y brillante cuando, de pronto, una sensación de alerta la recorrió de arriba abajo. ¿Brendan? Sí, era una señal. Tan abstracta que no supo si se trataba de peligro, alegría o simple mal humor.

Por si acaso, volvió a la ventana.

Caleb

Iver iba detrás de él como un mosquito molesto.

—¡No la remates! —advirtió, muy alarmado.

—Iver, cállate.

—Pero ¡que te estoy diciendo que es ella y que no la mates!

Caleb estaba peligrosamente cerca de matarlo a él.

Irritado, fue directo a su dormitorio. Era la única habitación con la ventana abierta. Era tan obvio que sabía que él no la habría usado, pero… ¿y si el invasor no estaba acostumbrado a asaltar casas vigiladas?

Además, ¿y si era…?

No, no lo era.

Una vez en la habitación, notó el olor de las sábanas. Las habían tocado. De nuevo, el olor era tenebrosamente parecido al de Brendan. También estaba impregnado en la planta. Y, por supuesto, en la ventana.

Victoria

Menos mal que se había escondido a tiempo, porque un rarito estaba olisqueando todo lo que había tocado.

Ni siquiera pudo verlo bien. Estaba en muy mala posición, así que esperaba que se marcharan deprisa. La única forma de sostenerse ahí arriba era con las puntas de los pies clavadas en el marco de la ventana del primer piso, con una mano en la tubería de arriba y con la otra agarrada a las

enredaderas que cubrían toda la pared. Como soplara un poco el viento, iba a salir volando.

Lo que le preocupaba no era el golpe, sino la falta de dignidad.

Intentó no gruñir, ni moverse ni respirar. No podía hacer ruido. Con los ojos cerrados con fuerza, trató de pensar en cualquier cosa que no fuera la caída que, seguramente, terminaría comiéndose.

Caleb

Iver se había quedado en la puerta de la habitación con las manos en la cabeza y cara de preocupación. Por encima de su hombro, se asomaba la cara de Brendan. Seguía teniendo la mandíbula roja, aunque parecía un poco aburrido con la situación.

Caleb hizo caso omiso. Se inclinó sobre la planta para inspirar con fuerza. Se trataba de… un olor peculiar. Parecido al de Brendan, sí, aunque más dulce. Una mezcla con otra cosa que no le pareció tan desagradable.

Irritado, se acercó a la cama y cerró los ojos. Si había alguien, tendría que oírlo. Al menos, una respiración irregular. Un latido. Algo. Lo que fuera. ¿Y si era Axel y le hacía creer que no estaba con su habilidad? No…, estaba inconsciente. Lo había visto.

De pronto, un crujido. Pequeño, discreto, pero un crujido. Parecía el de una planta. Caleb volvió la cabeza hacia la ventana.

Victoria

Maldita planta ruidosa.

Victoria contuvo la respiración, frenética, y pensó en lanzarse hacia abajo. No se mataría, pero sí se haría daño porque no sabía aterrizar como Brendan. También haría mucho ruido. Aunque… ¿hasta qué punto valía la pena mantener la discreción? Por la sombra que vio acercarse a la ventana, podía deducir que ya la habían pillado.

Mierda, mierda, mierda.

Caleb

Vaya, vaya, vaya.

El mismo olor estaba en el alféizar de la ventana. Apostaría lo que fuera a que alguien había escapado por ahí. Una elección torpe, la verdad. Aunque, si hubiera saltado, lo habría oído.

Victoria

Brendan iba a matarla.

Caleb

En cuanto terminara, iba a matar a Brendan.

Victoria

A la mierda. Tocaba improvisar.

En cuanto la sombra se detuvo junto a la ventana, Victoria inspiró con fuerza. Todavía con las manos agarradas a las enredaderas y a la tubería, descendió los pies y, por un momento, se quedó colgando junto a la casa. Entonces, se impulsó con su propio cuerpo y se lanzó contra la ventana.

En concreto, contra el olisqueador rarito.

Pensó que aquello sería como un entrenamiento con Brendan; más fácil de lo que parecía. Pues no. En lugar de dejarse derrotar, el chico desconocido tuvo que defenderse. Y vaya si lo hizo bien. Resultó que tenía unos reflejos mucho mejores que los suyos. O los de Brendan, incluso.

De pronto, la mano del rarito le rodeó el tobillo. Tiró de ella con fuerza, lo que le hizo soltar un sonido de sorpresa. Para cuando quiso darse cuenta, estaba tirada en el suelo, con una rodilla clavada en el pecho y una pistola apuntándole en la frente.

8

Victoria

Al principio, pensó que era Brendan.

No veía la habitación. No veía las paredes ni los suelos ni los muebles. Ni siquiera a los dos espectadores que había junto a la puerta. Tan solo pudo ver los ojos oscuros, el pelo oscuro, la ropa oscura…

Era… una imagen… ¿familiar?

La cabeza empezó a dolerle sin previo aviso. Empezó como un estallido en las sienes y fue haciéndose más y más insoportable a medida que analizaba al chico rarito.

No obstante, hubo otra sensación que se hizo mucho más fuerte que el dolor. Una sensación… extraña. Un cosquilleo que le ascendió por el cuerpo como si la hubieran cubierto con una manta suave y mullida.

Lo único que tuvo claro, en medio de toda la bruma, fue que ese no era Brendan.

Caleb

Antes incluso de reconocerla, lo sintió. Por primera vez en lo que parecía una eternidad, el olor de Victoria le inundó los sentidos.
Era imposible.

La miró fijamente, claro. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Los ojos grises, las pecas, el pelo castaño, ahora mucho más largo… Los mismos labios entreabiertos. La misma expresión perpleja que tuvo en sus primeros encuentros.

Por un momento, consideró la posibilidad de haber enloquecido. Que el dolor hubiera hecho que, a la desesperada, se imaginara que una desconocida podía ser ella. Había pasado tanto tiempo deseando volver a verla, decirle que la quería… Era imposible, ¿verdad?

Pero… estaba justo ahí. Era ella. De alguna manera, lo era.

Victoria

El silencio empezó a parecerle incómodo. Victoria contempló la pistola con temor y el chico pareció entenderlo. Por algún motivo, pese a que podía matarla, optó por retirar el arma a toda velocidad. Sin embargo, no se apartó; seguía contemplándola, ahora con la pistola apoyada en el suelo.

Victoria no supo identificar sus propios sentimientos. Por un lado, la vulnerabilidad de la postura le despertaba temor. Por otro…, ¿cómo podía estar tan segura de que ese chico no le haría daño? Solo tenía claro que era el hermano de Brendan, pero eso no quería decir que fuera su amigo. Especialmente, porque Brendan apenas hablaba de él.

Aun sí, la confianza seguía ahí. No iba a hacerle daño.

—Victoria —susurró él, a media voz.

Aquello provocó un torrente de sensaciones. Y Victoria, que no entendía nada y estaba empezando a asustarse por sus propios sentimientos, tuvo una gran idea: huir.

Pese a que le quitó la pistola, el chico no se movió ni un centímetro. Ni siquiera cuando lo apuntó a la cara. A Victoria le temblaba el pulso, cosa que la molestó sobremanera. Aun así, intentó mantener una expresión determinada. Una que le advirtiera a su contrincante que aquello iba en serio. Que iba a disparar.

En realidad, no lo haría, pero quería que él pensara que sí.

El chico seguía sin moverse. Victoria quitó el seguro, ya desesperada. Y él, en lugar de apartarse presa del pánico, cambió a una expresión de alivio.

Era tan discreta, tan oculta bajo cientos de capas de inexpresividad, que ni siquiera estuvo segura de cómo podía saber que aquello era alivio.

—Para empezar —musitó ella, con tono tembloroso—, apártate de mí. Como me toques, te disparo.

Pensó que había sonado muy amenazadora, pero no debió de ser así; de repente, el chico se estaba inclinando sobre ella.

Victoria entró en pánico y, aunque podría haber disparado, optó por darle con la culata de la pistola en toda la cara.

El chico retrocedió, más sorprendido que dolorido, y ella aprovechó para arrastrarse lejos de él. En cuanto estuvo a una distancia apropiada, se levantó y trató de volver a apuntarle. La pistola estuvo a punto de resbalársele entre los dedos, así que tuvo que asegurarla con manos temblorosas.

Todavía con el corazón desbocado, intentó parecer amenazante.

—¡No te vuelvas a acercar así!

Caleb

Bueno.

No era el reencuentro que esperaba.

Ya casi se había olvidado de Iver y Brendan, que seguían asomados a la puerta. Pese a que ambos se habían apuntado con una pistola, no habían hecho un solo ademán de intervenir. Vaya par.

Caleb dio un paso hacia una Victoria muy alterada, y ella dio tal respingo que se obligó a detenerse. No entendía nada. ¿Por qué le tenía miedo?

¡¿Y por qué estaba viva?!

—¡Que no te acerques! —chilló ella. Estaba roja—. ¿Te crees que… que por ser el hermano de mi novio tienes derecho a algo?

¿De su…?

¿Qué?

Caleb, lentamente, se volvió hacia Brendan. Este se había quedado con la misma cara de perplejidad que Iver.

Brendan, al notarse acusado por su hermano, empezó a negar con la cabeza.

—¡No es…! —empezó, pero tuvo que detenerse—. ¡Yo… no he hecho nada!

Caleb no supo qué decir. No sabía ni qué pensar. Estaba muy confuso. Todavía no había procesado que Victoria estuviera viva y de pronto tenía que asumir que quizá estaba trastornada.

Joder. Le dolía la cabeza.

—No te me acerques —insistió Victoria, agitando el arma como si fuera una pistola de agua.

Para entonces, Caleb ya estaba a punto de darse un cabezazo contra la pared. La miró, solo porque quería asegurarse otra vez de que era real y no la estaba soñando.

—Victoria —murmuró lentamente, tratando de sonar tranquilo—, mírame.

Que su corazón se acelerara le dio fuerzas para seguir hablando. Por lo menos, seguía reaccionando a él. Buena señal.

—No sé qué te ha pasado estos meses —prosiguió Caleb, dando un paso —, pero necesito que te calmes y…

En cuanto avanzó un poco más en su dirección, Victoria agitó la pistola de forma amenazadora.

—¡Que no te me acerques! O te…, te…

—¿Qué? —preguntó él, ya frustrado—. ¿Me vas a disparar?

—¿Te crees que no sé defenderme?

—¿De mí? No.

De nuevo, su pulso se disparó. Estaba nerviosa. Le temblaban las manos y tenía las mejillas ruborizadas. Estaba claro que su cuerpo se acordaba de Caleb. Lo que no entendía era por qué su mente no parecía hacerlo.

Cuando dio otro paso, Victoria emitió un sonido de frustración y, de pronto, soltó la pistola. Caleb no era tan estúpido como para pensar que se había rendido; podía haber cambiado, pero Victoria no era una persona que desistiera en ninguna de sus versiones.

Frustrada, empezó a avanzar hacia él. Caleb adivinó sus intenciones en cuanto vio que los ojos se le volvían negros. La perplejidad inicial no impidió que se cabreara.

Oh, no. Con él no iba a usar ninguna puñetera habilidad.

Victoria trató de agarrarle el brazo y él le atrapó la muñeca de forma instintiva. Ella intentó darle una patada en la pierna, frustrada, y Caleb la esquivó con facilidad. Estuvo a punto de inmovilizarla, como haría con cualquier otra persona que intentara atacarlo, pero no se vio capaz. En su lugar, tiró del brazo de Victoria hasta tenerlo estirado y lejos de su cuerpo.

—Victoria —masculló, todavía con su muñeca atrapada—, te he echado de menos, pero no me cabrees.

—¿Que no te…? ¡Suéltame!

—Primero, vas a tener que calmarte.

—¡Deja de hablarme como si fuera una cría! ¿Quieres que te pegue un tiro? ¡¡¡Suéltame!!!

—Pero ¿tú sabes lo difícil que han sido estos meses? ¡Hasta hace dos minutos, no sabía que estabas viva!

—¿Y por qué no lo sabías? —atacó ella, tirando del brazo—. ¡Será que no has intentado encontrarme!

—¡No sabía que estuvieras viva!

—¡Igual Brendan tenía motivos para no contártelo!

El aludido volvió a esconderse disimuladamente detrás de Iver.

Mientras Caleb estaba pendiente de eso, Victoria aprovechó para lanzar un golpe muy torpe con la mano libre. No dolió. Ni siquiera lo hizo con fuerza. Y, aun así, Caleb sintió que se le hinchaba una vena del cuello por la frustración.

—Se acabó —masculló—. Lo siento, Victoria.

—¿Qué…?

Caleb, ya harto de toda aquella reunión absurda, la acercó para pellizcarle un punto muy concreto del cuello. En cuanto notó que los músculos de Victoria se relajaban, la sostuvo contra su cuerpo. No se detuvo hasta que se desmayó del todo, todavía entre sus brazos.

—Tan testaruda como siempre —murmuró de mala gana.

Se resistió a la tentación de mirarla. Más que nada, porque no sentía correcto hacerlo mientras ella estuviera inconsciente. Y porque la audiencia seguía en la puerta.

Al final, se la cargó al hombro con todo el cuidado que la frustración le permitía.

—Bueno —comentó Iver—, podría haber ido peor, ¿eh? Je, je…

9

Victoria

La cabeza le dolía el triple que antes de desmayarse. Abrió los ojos lentamente. Eso de despertarse dolorida estaba empezando a ser una costumbre desagradable.

No supo dónde se encontraba. Tan solo vio una habitación iluminada con unas cuantas velas. Olía a lugar cerrado. Y… a otra cosa familiar. ¿A gato?

Victoria trató de levantarse y casi sufrió un infarto al encontrarse de frente con un par de ojos dorados. No eran humanos, pero tenían más astucia que muchos de ellos. El gato la contemplaba, tumbado encima de su pecho y con ambas patitas delanteras clavadas en sus mejillas.

Todo eso tenía que ser una puñetera cámara oculta.

Miau.

—¿Eh? —Ella trató de levantarse, pero el gato amenazó con clavarle las uñas—. ¿Qué…?

Miau… ¿Miau?

—¿Bigo… titos?

De pronto, el gato se puso de pie sobre ella y empezó a olisquearle la boca. Dio un saltito hacia atrás, bajó del sofá en el que se encontraban y empezó a corretear por toda la habitación. Victoria lo contempló confundida. Y más todavía cuando, de un salto de varios metros, volvió a aterrizar sobre ella. Hizo lo posible por sujetarlo con los brazos, pero para entonces el gato ya había vuelto a dar vueltas, eufórico, por toda la habitación.

MIAU.

¡MIAU!

¡¡¡MIIIAAAUUU…!!!

Mientras sucedía todo aquello, Victoria no había detectado al niño que la miraba, también fijamente, justo a su lado. Se volvió hacia él sorprendida y, por un momento, pensó que había viajado en el tiempo y estaba viendo a su hermano Ian. Pero… no era él. Solo se parecían. Mismo pelo castaño y ondulado, mismos ojos grises, misma constitución pequeñita y delgada…

La cabeza empezó a dolerle otra vez. Sobre todo, cuando vio que el niño se abrazaba a un peluche de pantera y la miraba con temor. ¿Le tenía miedo a ella?, ¿o a su reacción?

—Hola —murmuró Victoria, todavía muy perdida.

El niño seguía pareciendo cauteloso. Se acercó un poco más a ella. Quizá se alegraba de verla, pero algo no lo convencía del todo. Quizá a él también debería recordarlo, pero era incapaz de hacerlo.

—Hola, em… —Trató de recordar su nombre, pero todo era una neblina —. ¿Cómo estás? No estás solito, ¿a que no?

Él no respondió. Se había metido una oreja de la pantera en la boca y la mordisqueaba, pensativo. Cuando Victoria creyó que iba a alejarse, el niño terminó por acercarse más. Con mucho cuidado, usó la mano libre para

pincharle la mejilla con un dedo. Al terminar, se apartó y volvió a contemplarla, suspicaz.

—Vaaale… Voy a suponer que no hablas.

Victoria no pudo levantarse del todo. Bigotitos seguía revolucionando el salón. De pronto, se lanzó sobre ella sin previo aviso y empezó a frotarle la cara con la cabecita. Victoria, que seguía sin terminar de ubicarse, no pudo evitar sonreír.

Recordaba al gato. Lo había hecho nada más verlo. Eran muchos años juntos. Había sido su primer amigo en aquella ciudad. Nunca se olvidaría de las noches en las que le dejaba latitas de atún en la escalera de incendios. Apenas duró una semana, porque para entonces Bigotitos ya había decidido que aquel era su nuevo hogar. No aceptó ninguna discusión al respecto.

Estar con él fue la primera cosa que le pareció cercana a casa. Que le recordó quién había sido antes de toda aquella neblina en la que se había convertido su vida. Victoria lo abrazó con fuerza y hundió la nariz en su cabecita. Sabía que al gato no le gustaban las muestras de afecto, pero necesitaba hacerlo. Además, por una vez, él no se movió.

De pronto, la invadió una sensación de incomodidad. Los estaban observando. Victoria elevó la vista.

Una chica pelirroja, Iver, Caleb y Brendan estaban reunidos alrededor de la mesa de los mapas. Todos los miraban. Incluso Axel, que estaba atado en una silla al fondo de la cocina, contemplaba la escena con una ceja levantada.

Roja de vergüenza, Victoria soltó a Bigotitos.

—Espera —murmuró Iver, indignado—, ¿se acuerda del puñetero gato y no de los demás?

Ella se quitó la manta de encima y, como pudo, trató de ponerse de pie. Sus músculos parecían hechos de mantequilla. Qué horror. ¿Qué puñetas le

había hecho el grandullón de los olisqueos?

El niño seguía observándola desde una distancia segura. Parecía esperar a que ella hiciera… alguna cosa, pero Victoria no tenía muy claro qué. Sí que sentía cierto cariño hacia él, cierto sentimiento de protección, pero no sabía de dónde salía y estaba muy confusa. Con torpeza, le dio una palmadita sobre la cabeza. El niño pareció todavía más triste.

—¿Qué hace aquí mi gato? —preguntó, mientras intentaba mantenerse en pie—. ¿Y qué hacemos en una casa abandonada? Y, también, ¿alguien puede explicarme de qué puñetas os conozco a todos? ¿Y por qué ese idiota sigue vivo?

La última pregunta la hizo señalando, obviamente, a Axel. Este puso los ojos en blanco.

Tras su pequeño interrogatorio, hubo un breve momento de silencio. Caleb mantuvo la mirada clavada en el mapa, mientras que Brendan, Iver y la chica pelirroja parecieron pensar una respuesta.

—Pues será verdad que no nos recuerda —dijo la pelirroja—. ¿No te acuerdas de nada?, ¿ni de cómo te llamas?

Brendan chasqueó la lengua.

—Sabe lo básico; ha ido recordándolo mientras la entrenaba. Por eso hay que ir con cuidado con la nueva información que le damos.

Eso último lo dijo mirando a su hermano. Y el grandullón del pellizco mantuvo la mirada clavada en el mapa.

A Victoria debería darle igual y, aun así…, se sintió mal. ¿Por qué no la miraba?

—Bueno —dijo Iver entonces—, todos pasamos por la fase *Memento* después de la transformación. Después de la mía, no recordaba ni quién era. Aunque luego lo recordé en tres días.

—Su transformación no fue la misma —le recordó Brendan—. Era la prim…, la *segunda* vez que lo intentó. Y ella prácticamente estaba muerta. Una pérdida de memoria, en comparación, no parece gran cosa.

—Una pérdida de memoria siempre es gran cosa —protestó la chica—. Yo soy Bexley. ¿Te acuerdas de mí?

Como en todas aquellas horas, Victoria sabía que sí la había conocido en algún momento de su vida. Era un sentimiento muy desagradable, como cuando intentas recordar una palabra y se te queda en la punta de la lengua.

Un poco mareada, se apoyó en el sofá con una mano y trató de mantener la compostura.

—Más o menos —admitió—. Brendan…, necesito hablar contigo.

Caleb clavó la vista en su hermano. De alguna forma, parecía retarlo a decir que sí.

Brendan carraspeó de forma ruidosa e incómoda.

—Em…, sí, vale.

Caleb

¿La ausencia de Brendan no podría haberse alargado un poco más?

Se sentía… mal. Sí. Físicamente mal. La sensación de ver a Victoria era agridulce. Pese a saber que estaba bien, apenas era capaz de mirarla. Y, aunque sabía cómo funcionaban las transformaciones, una parte de él se sentía resentido ante la posibilidad de que se hubiera olvidado de todo lo que había pasado. ¿Cómo había sido capaz de olvidarlo? Él no lo haría. Ni siquiera si le borraran la memoria. Estaba seguro.

Y sí… Era una forma de pensar muy infantil e irracional.

Un tirón en la pierna hizo que bajara la mirada. Kyran se había pegado a él. Literalmente. Estaba abrazado con la cabeza en su pierna y el peluche le cubría la mitad del rostro. Caleb no sabía mucho de consuelo infantil, pero le colocó una mano en la cabeza. Era el único confort que se sentía capaz de ofrecer.

—¿Cómo estás?

La pregunta de Bex lo centró de nuevo. Sus dos amigos lo contemplaban con… ¿lástima? Oh, qué sensación tan desagradable.

—Si necesitas hablar… —siguió ella, aunque terminó por hacer una mueca—. Quiero decir, no eres la persona más habladora del mundo, pero si lo necesitas… Em… Entendemos que no estás en la situación más cómoda de la historia y…

—Es todo una mierda —espetó Iver, menos diplomático que su hermana —. ¿Cómo no se va a acordar de nada? Es imposible.

—¿Y cuál es la alternativa? —preguntó su hermana—, ¿que Brendan y ella estén gastándonos la broma más pesada de la historia?

—¿Te imaginas? Me encantaría.

Caleb dejó de prestar atención. Con una mano, siguió acariciándole la cabeza a Kyran. Con la mirada, siguió al gato histérico de felicidad. Con el oído, siguió los pasos de su hermano.

Por lo menos, hasta que su mirada se cruzó con la de Axel.

Este se encontraba en una situación bastante vulnerable, pero no había intentado protegerse. De hecho, por su sonrisita medio burlona, cualquiera diría que tenía la sartén por el mango.

No era así.

Irritado, Caleb volvió a centrarse en Victoria y en Brendan. Habían salido al patio trasero. Pudo oír el movimiento de la grava bajo los zapatos. Y

también oía la forma en que Victoria se frotaba los brazos. Pese a haberse olvidado de tantas cosas, había gestos que mantenía.

Un poco esperanzado, se preguntó de cuántas cosas más se acordaría con el tiempo.

Victoria

—¿Qué hacemos aquí, Brendan?

Su compañero, la única persona en la que había confiado durante meses, se plantó delante de ella con las manos en los bolsillos y cara de no saber de qué estaba hablando.

De verdad, ¿por qué se comportaba así? Era como si ya no lo conociera. ¿Era por su hermano?, ¿por sus antiguos amigos?

—¿Qué hacemos aquí? —insistió, ya enfadada—. Me debes una explicación.

Brendan, de nuevo, se quedó en silencio. Menos mal que fue solo por unos instantes.

—No lo sé.

—¿Quién es esta gente?, ¿por qué no me dijiste que íbamos a ver a tu hermano?

—Iver mencionó a Caleb varias veces.

—Pero ¡tú no! Además, si tenías a gente de confianza, ¿por qué nos hemos pasado todos estos meses escondidos?, ¿no podríamos haber venido aquí con ellos?

—No.

Brendan tenía muchas cosas que la ponían nerviosa, pero la mayor de todas era, sin duda, el desinterés por comunicarse; tomaba decisiones por ella, la arrastraba y la metía en líos que no entendía… ¿Cómo podía hacer todas esas cosas y, aun así, permitirse el lujo de no darle explicaciones? ¡Era lo mínimo!

—¿No? —repitió ella, ya harta—. ¡Tu hermano acaba de dejarme inconsciente!

—Estás viva.

—Ya sé que estoy viva, imbécil. ¿Se puede saber por qué no me has defendido?, ¿te da miedo o qué?

Aquello pareció ofenderlo. Brendan se irguió y, con los brazos cruzados, la atravesó con la mirada.

—No le tengo miedo a nadie. Es que no me meto donde no me llaman.

—Es decir, que no somos un equipo. Si te hicieran daño, ¡saltaría a protegerte! Y pensaba que tú también.

—Es complicado.

—Contigo todo es complicado.

—No quería meterme en vuestra pelea.

Victoria se quedó en blanco por un momento.

—¿Por mí o por él? —preguntó al final—. ¿Qué relación tienes con tu hermano?

—Es… una larga historia.

—Vale, no; déjame reformularlo. ¿Qué relación tenía *yo* con él?

En esa ocasión, no obtuvo respuesta. Brendan se limitó a contemplarla durante lo que pareció una eternidad. Su vínculo le indicaba que tenía ganas de hablarle, de decirle lo que le estaba pasando por la cabeza. Y, sin embargo, no dijo nada.

Qué frustrante podía llegar a ser.

—¿Nos vamos a quedar aquí? —insistió ella.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque tenemos más posibilidades de sobrevivir.

—Y ellos de morir si nos encuentran.

—Somos cinco extraños contra un hombre que está en horas bajas. Las posibilidades están de nuestra parte.

Victoria no terminaba de entender cómo podría ayudar su habilidad en una pelea cuerpo a cuerpo, pero se obligó a asentir. Tendría que preguntar cuáles eran las del resto. Y, sobre todo, esperar que fueran más útiles.

—¿Estás seguro de que todos estos son de fiar? —preguntó Victoria.

Brendan se limitó a asentir. Era la primera vez que le decía que confiara en alguien, así que se quedó un poco sorprendida.

—¿Incluso tu hermano? ¿Puedo confiar en él?

Victoria supo la respuesta antes incluso de oírla. Había una parte de ella, una pequeñita y desconocida, que no dejaba de gritarle que Caleb era la única persona en la que podía confiar sin reservas. Era la misma vocecita que le había provocado todas esas emociones extrañas en el suelo de aquella habitación.

—¿Puedo? —preguntó ella.

Brendan, de nuevo, asintió una sola vez.

Caleb

El niño no iba a dormirse en un sofá lleno de polvo, menos con Axel presente, así que decidió tumbarlo en su propia cama. Tenía unas cuantas

sábanas, pero debía de hacer mucho calor, porque Kyran las apartó con un gesto triste. Llevaba con esa actitud desde que Victoria se había despertado y no lo había reconocido.

—Tienes que dormir —le informó Caleb.

Desearía tener algo más que aportar. Algo de consuelo que ofrecerle. Pero la realidad era que no sabía ni consolarse a sí mismo.

Kyran tenía el peluche de pantera aferrado al costado. El gato, en cambio, estaba tumbado a sus pies. Tras ver a Victoria, parecía haber recuperado todo el color y la vida que había perdido durante los últimos meses.

—Kyran —insistió Caleb—, mírame.

El niño lo hizo, aunque con la cabeza gacha y los labios fruncidos por la tristeza.

—Victoria te quiere mucho. Lo que pasa es que… ha estado enferma. Sí. Ha estado enferma y ahora le va a costar un poco recordarnos a todos. Dentro de un tiempo, volverá a ser como antes.

El niño siguió mirándolo como si no se lo creyera. Siendo honestos, Caleb tampoco.

Victoria

Puñetero grandullón y sus pellizcos. Le seguía doliendo el cuello. Incómoda, se lo frotó con fuerza.

—Oye, parásito.

Victoria, que estaba de camino a las escaleras, se detuvo para volverse hacia Axel. Este sonreía con malicia.

Por lo que había visto, Iver, Bex y Caleb se turnaban para vigilarlo. En ese momento, le tocaba a la pelirroja, que estaba sentada ante los mapas.

Al oír la voz del recién capturado, le chistó de mal humor y volvió a centrarse en lo que estaba estudiando.

Sin embargo, aquellas palabras habían sido para Victoria. Ella, un poco más ofendida de lo que debería, se volvió completamente hacia él.

—Pero si la ratita tiene lengua —sonrió con dulzura—. Cállate, Axel.

En lugar de callarse, optó por empezar a reírse entre dientes.

Pese a estar atado de pies y manos en una silla, Victoria se sentía mucho más vulnerable que él. Aun así, no iba a demostrárselo.

Bex elevó de nuevo la mirada. La pasaba entre ambos como si estuviera calculando lo que querían hacer. Y, sobre todo, el peligro que podía conllevar para los demás.

—¿Y qué harás si no me callo? —preguntó Axel—. ¿Atarme en una silla?

—Ya empiezo a entender por qué nadie te soporta…

—Así que es verdad que te has olvidado de todo, ¿eh? —Él ladeó la cabeza con curiosidad—. A Sawyer le encantará saberlo.

—Sawyer nunca sabrá nada —intervino Bex, de mal humor—. Y tú, Victoria, vete de aquí antes de que este siga hablan…

Axel, por supuesto, volvió a interrumpir la conversación con una sonrisilla maliciosa.

—Oye, parásito.

—Deja de llamarme así —espetó Victoria.

—¿Es que no lo eres? Le has parasitado la vida a Brendan. Y a Caleb antes que a él.

Mucho antes de que pudiera empezar a analizar aquello, Victoria se llevó una mano a la cabeza. Le dolían las sienes. Cada vez que alguien le

mencionaba un hecho que ella no podía recordar, sentía que le iba a explotar el cráneo. Y Caleb parecía ser uno de los motivos principales de sus jaquecas.

Al ver su reacción, la sonrisa de Axel se acentuó. Aunque solo tocaba el suelo con las puntas de los pies, se las apañó para empezar a balancear la silla. Parecía un alumno rebelde… y amarrado, claro.

—Caleb está muy triste, cachorrito —siguió Axel con su sonrisita de triunfo—. Y todo porque no eres capaz de hacer un esfuerzo y recordarlo.

Otro pinchazo. Victoria tuvo que luchar para mantenerse erguida. Y, sobre todo, para disimular sus expresiones.

—¿Te pongo una mordaza? —espetó Bex, ya impaciente—. ¿O mejor le digo a Iver que juegue un poco con tu cabeza?

Por primera vez en toda aquella conversación, Axel se volvió hacia ella. Lo hizo sin sonrisas ni simpatías fingidas ni humor.

—¿Tienes que llamar a tu falso hermano porque tú no sabes hacer el trabajo sucio?

Victoria pudo ver, entre su propio dolor, que Bex luchaba por no lanzarse sobre él. Finalmente, resultó tener más autocontrol que la mayoría de las personas que conocía; en lugar de hacerle daño, respiró hondo y volvió a centrarse en sus mapitas.

—Deja de molestar y empieza a soltar información —exigió ella—. Aparte del búnker, ¿dónde os escondéis?

Axel gruñó con tono de burla. Seguía balanceándose lentamente sobre la silla, poco preocupado por el mundo. Su mirada buscó, cómo no, la de Victoria.

Ella vio el negro que le cubría los ojos, pero no pudo reaccionar a tiempo.

Solo entonces se percató de que nunca había preguntado por la habilidad de Axel. Por lo que estaba viendo a su alrededor, dedujo que sería algo relacionado con las ilusiones visuales. Y… ¿sensoriales? De pronto, podía sentir la temperatura del entorno y la humedad, e incluso se sentía físicamente cansada y hambrienta. Oh, dormir y comer. Los dos placeres que más de menos echaba.

Pero no estaba en la casa abandonada; se encontraba en un… ¿bar?

En cuanto vio la barra, que tenía un delantal sobre ella, sufrió tal latigazo en el cerebro que se cayó de rodillas al suelo. Mareada y dolorida, Victoria tan solo pudo ver el estallido de colores que pasó entre sus ojos. Por un momento, pensó que se trataría de algo peligroso. Pronto entendió que, en realidad, era su propio dolor.

Su pobre cerebro intentó rememorar aquel lugar. Cuanto más lo intentaba, más intenso era el dolor. Era tan afilado que se le extendía por todo el cráneo, por cada centímetro del rostro, por las venas del cuello, por los músculos de los brazos… Con un gruñido de agonía, Victoria bajó la cabeza hasta apoyar la frente en el suelo, ante las rodillas. No podía. Dolía. Dolía much…

De pronto, alguien le tiró del brazo y Victoria dejó de sentir todas aquellas emociones. El dolor permanecía, pero todo lo demás se había esfumado. Estaba de rodillas en la casa abandonada y Bex la zarandeaba por los hombros.

—¡Oye! —exclamaba, muy alterada—. Dime que has vuelto, por lo que más quieras. Joder, lo que nos faltaba ya…

Victoria parpadeó varias veces e, inconscientemente, buscó la mirada de Axel. Se reía de ella sin tapujos, aunque los ojos volvieron a adquirir su habitual color acuoso y horrible.

Furiosa, apartó a Bex para ir a por él. Le sorprendió que la pelirroja no intentara detenerla; quizá tenía ganas de ver cómo lanzaba a Axel por la ventana.

Pero, en lugar de lanzarlo, Victoria agarró el respaldo de su silla y tiró bruscamente hacia atrás. Al perder el apoyo de los pies, Axel se sacudió un poco de la sorpresa. Intentó disimularla como pudo, pero Victoria se sentía satisfecha; le había borrado la sonrisita de mierda.

—¿Te has enfadado, parásito? —preguntó él, apenado—. Perdóname, solo intentaba ayudarte a recuperar tu preciosa memoria.

—¿Qué era ese bar? —siseó ella.

Axel volvió a sonreír de una forma un poco tenebrosa.

—¿No lo recuerdas? Trabajaste ahí muchos años.

Victoria empezó a notar el mareo otra vez. Trató de mantener la compostura, pero era difícil.

—¿Dónde está?

—No lo sé, parásito… ¿Cuánto vale esa información?

Ella tiró con más fuerza de la silla. Prácticamente lo tenía de espaldas al suelo, pero él fingió que no le importaba.

—Dímelo —exigió.

—Pídeselo a Caleb, seguro que te lleva corriendo para que no llores. Aunque… de eso te acuerdas, ¿verdad?, ¿de cómo te aprovechabas de él?

No, no lo recordaba así. Y, de todas formas, le provocó un latigazo de dolor.

—Díselo a Caleb —insistió Axel, observando sus reacciones con sumo interés—. Con un poco de suerte, esta vez, Sawyer mandará a dos extraños a por ti y no a por tu jefe inútil.

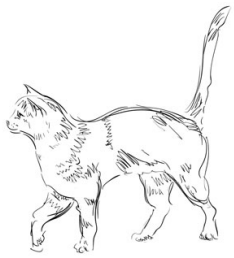
Fue demasiado. El dolor ascendió como si fuera a vomitarlo, y Victoria tuvo que soltar la silla para mantener el equilibrio. Oyó el golpe que se dio

Axel contra el suelo, pero no pudo importarle menos. Tampoco le interesó demasiado la carcajada de Bex.

No, le daba igual. Necesitaba… Lo que necesitaba…

Oh, necesitaba respirar.

10



Caleb

Tras dormir a Kyran, Caleb cruzó el pasillo con los hombros hundidos.

Aquella sería la primera noche en mucho tiempo sin visitar la casa de Victoria y no sabía cómo sentirse al respecto. Quizá debería ir a dar una vuelta. Despejarse. Fumar. Pegarle a Axel como si fuera un saco de boxeo. Hacer cualquier cosa que no implicara quedarse ahí encerrado y pensar. Lo de Axel le parecía una idea especialmente atractiva.

Y entonces Victoria apareció ante él.

La había olido y, aun así, volvió a sorprenderle tenerla ante sus ojos. Una parte de él seguía sin creer que fuera real.

Tenía la espalda apoyada en la pared del pasillo. El mismo en el que una vez intentó amenazarlo con un spray de pimienta. Solo que ya no llevaba la ropa que usaba para ir al trabajo, ni tampoco tenía un spray, y ni siquiera le tenía miedo.

Directamente, no lo conocía.

Qué triste era pensar en ello.

Como tenía un poco más de tiempo, aprovechó para mirarla mejor. El pelo castaño claro le había crecido y ahora cruzaba el umbral de sus hombros. Los ojos grises parecían un poco más oscuros. La boca, que antes siempre estaba torcida en algún tipo de mueca divertida, se mantenía firme y seria. Las facciones se le habían endurecido, el rostro ya no era tan redondo y el cuerpo se le había estirado.

Tan distinta y, a la vez…, tan ella.

Caleb no supo qué decir. Estaba claro que lo esperaba. ¿Querría hablar de algo? ¿Estaría enfadada?

Por suerte, fue ella quien rompió el silencio.

—Hola.

Caleb se mantuvo a una distancia prudente y tensa.

—Hola —murmuró.

—¿Has podido dormir al niño?

—Sí.

Victoria lo contempló unos instantes más. Después, desvió la vista hacia una de las ventanas. Parecía… tensa. Nerviosa. Su corazón estaba más acelerado que de costumbre. Caleb no quiso engañarse a sí mismo pensando que era por él.

—¿Cómo estás? —preguntó él, tan torpe como había sido siempre.

Victoria esbozó media sonrisa, todavía con la mirada clavada en la ventana y los brazos cruzados sobre el pecho.

—He tenido días mejores. ¿Y tú?

—He tenido días mejores también.

Por lo menos, aquello hizo que ella sonriera. Caleb estaba a punto de sentirse orgulloso de sí mismo, pero entonces Victoria volvió a ponerse seria.

Y pensar en todas aquellas ocasiones en las que le había molestado que ella fuera tan alegre y risueña… En ese momento, daría cualquiera cosa por volver con esa Victoria.

El silencio se extendió tanto que Caleb empezó a ponerse nervioso. No era una sensación a la que estuviera acostumbrado y, desde luego, no le gustó; decidió que era hora de alejarse antes de decir algo de lo que se arrepintiera.

Sin embargo, cuando llegó a las escaleras, oyó que Victoria se había movido. Por el sonido, parecía que había intentado seguirlo, y luego se había detenido a medio camino.

—Em… ¿Caleb?

Oír su nombre otra vez, en su boca, hizo que estuviera a punto de tropezarse y caer por las escaleras. Por suerte, mantuvo la dignidad justa para girarse y mirarla. Esperó haberlo hecho con la expresión más neutral posible.

—¿Sí?

—Tú y yo… nos llevábamos bien, ¿verdad? Antes de todo esto.

Caleb la miró, tenso de pies a cabeza. Parecía una gárgola.

—Entiendo —murmuró ella, aunque él no hubiera respondido nada—. Me acuerdo de algunas cosas, ¿sabes? No de todas, pero… sé que, en algún momento, te consideré importante en mi vida. O eso creo.

Él siguió sin reaccionar.

¿Qué dictaba el convenio social? Ya se había perdido otra vez…

—Me preguntaba… —Victoria permaneció en silencio durante unos instantes—. Me preguntaba si tú podrías ayudarme con una cosa.

—¿Qué cosa?

—Me gustaría volver a mi casa. A la antigua, digo. ¿Tú sabes dónde está?

Caleb parpadeó varias veces seguidas, algo muy poco común en él. Qué habilidad tenía esa chica para obligarlo a hacer cosas raras.

—Sí —dijo tenso—, pero no es una buena idea.

—Solo será un momento.

—Un momento es todo lo que necesitan para encontrarnos.

—Pero… pensé que si te lo pedía a ti…

Precisamente, se lo había pedido a la persona con más ganas de protegerla de toda la casa.

—No —repitió Caleb, muy tajante—. Es demasiado arriesgado. Además, tu gato está aquí, y tu planta también; allí no te queda nada.

—Ah…

—No necesitas salir. De hecho, no deberías.

—Pero… ¿y si me ayuda a recordar?, ¿y si recupero la memoria?

Por si verla no fuera suficientemente difícil…, ahora tenía que desilusionarla. Caleb carraspeó incómodo. Quería salir de ahí antes de acceder a algo que, seguro, sería una idea horrible.

—Es… demasiado arriesgado.

—¿Y qué hay del bar? Seguro que sabes dónde está.

—No.

—¿No de que no lo sabes?, ¿o no de que no vamos a ir?

—No vamos a ir.

Caleb tuvo el impulso de seguir andando, pero algo hizo que se detuviera. Quizá fuera el instinto. O quizá fuera la forma en que Victoria hizo un ademán de meterse en su camino. Había visto esa expresión antes. De hecho, la había visto muchas veces. No se avecinaba nada bueno. Era la que ponía antes de todas sus ideas horribles.

—¿Qué? —preguntó él.

—¿No serás tú el hada más simpática del reino?

—No soy un hada.

Durante unos instantes, Victoria cambió de lenguaje corporal. Pareció confusa, como si acabara de descubrir algo. Pero entonces sacudió la cabeza y volvió a hablar.

—Voy a ir al bar. Lo haré contigo o sola, me da igual. Solo te lo he preguntado por educación. Y, si me conoces como creo que me conoces, sabes que terminaré saliéndome con la mía. ¿No será mejor acompañarme?

Victoria

¿Que cuánto había necesitado para convencerlo? Diez segundos de silencio incómodo en medio de ese pasillo. Toma ya.

No sabía por qué se lo había pedido a él en concreto. Fue una decisión impulsiva, basada más en el instinto que en la lógica. Porque, según su lógica, la mejor opción era Brendan. Según su instinto, en cambio…

De alguna forma, sabía que Caleb accedería, ya fuera por mantener el control o por proteger a un miembro de aquella tropa de raritos. Lo único que le sorprendió fue la rapidez.

Quizá ella era una gran mediadora. O quizá necesitaba recordar mejor la clase de relación que habían tenido. Quizá le podía preguntar a Brendan, pero dudaba que fuera a tomárselo bi…

Como si lo hubiera invocado, el vínculo hizo que Victoria se detuviera a mitad de las escaleras. Caleb se paró justo detrás de ella. La contempló con preocupación, pero esta cambió a desprecio en cuanto vio a Brendan en la entrada.

Estaba sentado junto a la puerta, con una mano en la cadera y la otra en el pomo. La viva imagen de un padre que pilla a sus hijos en pleno proceso de escape.

—¿Dónde vais? —preguntó todo simpatía.

Victoria tardó unos segundos en responder. De alguna forma, había asumido que Caleb sería como su hermano y respondería por ella. Pero… no. Dejó que manejara solita la situación. Y aquello… le gustó. Le gustó mucho.

Qué… curioso era ese chico.

—Quiero comprobar una cosa —informó Victoria—. Una que no te importa.

—¿Cuál?

—Ya te he dicho que no te importa.

—¿Te recuerdo que estamos conectados? Si te matan, yo también podría morir.

—Eso solo pasa cuando la transformación es muy reciente, tú mismo lo dijiste.

—Y *es* reciente. Te quedas.

—Me voy.

—Te quedas.

—Me voy.

—Te que…

—¿De qué discutís ahora? —preguntó Bex, que acababa de salir del salón—. Sois muy muy pero que muy pesados, ¿eh? Primero, el loco de la sillita y las alucinaciones; ahora, el taradito de la puerta que tiene síndrome del nido vacío…

Victoria seguía ubicándose en el grupo que acababan de conocer, pero ya había deducido unas cuantas cosas. Entre ellas, que Bex era algo así como

la persona responsable del grupo. Le gustaban las bromas y arriesgarse un poco, pero tendía a ser la parte que mediaba entre quienes tenían un conflicto. Aunque, eso sí, no siempre tenía mucha paciencia; a veces, zanjaba las cosas lanzándoles un objeto punzante a las dos partes implicadas.

—¿Y bien? —insistió la pelirroja—. ¿Dónde vais?

—Al bar —informó Victoria, tan digna como pudo—. Quiero ver el bar donde solía trabajar.

—Ah… ¿Eres masoquista?

—Soy amnésica. ¿Se te ocurre otra forma de acordarme de las cosas?

—Barrazo en la cabeza y todo arreglado —exclamó Iver, que había aparecido en algún momento, pero nadie se había dado cuenta.

Como nadie se rio de su chiste, siguieron con la conversación como si nunca hubiera intervenido.

—Me parece una mala idea —dijo Bex.

—Gracias —murmuró Brendan—. A ver si a ti te hacen caso.

—¿Y tú? —La pelirroja señaló a Caleb—. No me creo que estés de acuerdo con esto.

Victoria se volvió hacia el aludido. Estaba de pie junto a ella, como un guardaespaldas. No dijo nada, tan solo contempló a sus amigos con expresión neutral.

Finalmente, miró a Victoria a los ojos. Por instinto, ella volvió a centrarse en los demás y a juguetear con el hilo suelto de los pantalones. ¿Podía dejar de ponerse nerviosa de una puñetera vez?

—Solo es un momento —dijo Victoria, tratando de recuperarse—. Además, Caleb sabrá enseguida si alguien nos está siguiendo.

Brendan y Bex, que no eran un dúo precisamente muy compatible, intercambiaron una mirada. Nada como un enemigo común para unir a dos

personas.

—Si está distraído —dijo al fin Brendan—, no se enterará de nada.

—¿Y por qué iba a distraerse?

De nuevo, intercambiaron una mirada. Iver se reía entre dientes.

—Vale —atajó Victoria—. Pues… Iver también viene.

La risa murió al instante en que se señaló a sí mismo, alarmado.

—¿Yo? ¡¿Qué?!

—Seis ojos ven más que cuatro, ¿no?

—P-pero…

—Ahora mismo no quiero compartir espacio con Brendan —añadió Victoria—. Y dudo mucho que Bex se apunte a la excursión.

—Pues no —admitió ella—. Debería ser rápido. Vais, haces lo que tengas que hacer, y volvéis. Nada de matar a nadie. Ni de salirse del plan.

Iver sonrió con inocencia.

—¿Y cuándo nos hemos salido del plan, hermanita?

—Oye —dijo Iver—, ¿no estamos tardando mucho?

—Vamos por un camino menos transitado —musitó Caleb, de mal humor.

Lo último que esperaba Victoria ese día era encontrarse en un coche con Caleb e Iver, con musiquita de fondo. No conocía al artista. Había estado tan desconectada del mundo que no sabía ni qué tipo de ropa estaba de moda. Se sentía totalmente fuera de lugar. Y muy sola con sus pantalones ajustados. Ahora, todo el mundo los usaba anchos. ¿Qué puñetas se había perdido?

Aquella era la primera vez que se separaba de Brendan desde la transformación y le dejó una sensación muy rara en el pecho. Era parecido

al sentimiento de tener algo en la punta de la lengua, pero no estar del todo segura de qué es. El mismo tipo de frustración, de sensación de pérdida. ¿Por qué lo echaba de menos, si se había propuesto odiarlo por tenerla en la sombra todos estos meses? No lo entendía. Puñetero lazo inútil.

Victoria, que tenía las rodillas pegadas al pecho, se abrazó a sí misma y echó una ojeada curiosa a su izquierda. Caleb conducía con la misma expresión seria y estoica que había tenido cada vez que lo miraba de reojo. Se preguntó si siempre era así de inexpresivo o si estaba enfadado por algún motivo. A veces le recordaba mucho a Brendan. No podían negar que eran hermanos.

El único que parecía disfrutar del viaje era Iver, que canturreaba por ahí atrás y, de vez en cuando, se asomaba entre los dos asientos para contemplarlos. En cuanto veía que el ánimo no estaba para fiestas, volvía a su asiento y seguía cantando.

Había repetido ese proceso varias veces.

—¿Puedes cambiar de emisora? —preguntó de repente—. Esta canción me desmotiva.

Caleb no reaccionó. Victoria, tras unos segundos de dubitación, decidió inclinarse y hacerlo por él. No se oían muchas emisoras, así que esperó que le gustara la siguiente. Por suerte, fue así.

Mientras Iver seguía cantando, ella volvió a abrazarse las rodillas y, sobre todo, a echarle ojeadas al conductor. No entendía por qué se sentía tan rara con Caleb. En su memoria, las únicas cosas que habían compartido eran… regulares, por decir algo. Esa vez que apareció en el patio trasero, aprovechando que Brendan estaba distraído. Cuando intentó hacerle daño a Bigotitos y a ella le provocó recuerdos desagradables, todas las veces que había discutido con su hermano delante de ella…

Tenía una opinión bastante negativa de él, pero…

¿Por qué Caleb no parecía encajar con todas aquellas historias?

Quizá necesitaba un poco más de tiempo, terminar de conocerlo y separar todas sus capas. Puede que la estuviera engañando y fuera el peor de todos los años. Aunque, honestamente, lo dudaba mucho.

Estaba… muy confusa.

—¿Has cuidado tú a Bigotitos? —preguntó Victoria de repente, desesperada por salir de su propia cabeza.

Iver dejó de cantar durante un milisegundo. Después continuó muy atento a la conversación.

Caleb mantuvo la mirada impenetrable clavada en el frente.

—Ha sido Bex.

—Yo creo que has sido tú.

En esa ocasión, no respondió.

Curiosamente, cuando Brendan la dejaba con la palabra en la boca, ella solía ofenderse. En el caso de Caleb, no le importó tanto. Quizá entendía que no se trataba de ganas de dejarla con la duda, sino de timidez.

Oh, ¿le daba vergüenza admitir que había cuidado de su planta y de su gato?

—Está bien —añadió ella—. Aunque pueeede que no hayas sido tú, te lo agradezco.

Caleb, de nuevo, no respondió. Había tensado la mandíbula. Efectivamente, le daba vergüenza. ¡Qué ternura!

Victoria sonrió disimuladamente y se volvió hacia delante. Notó que él le echaba una ojeada y luego, más avergonzado todavía, también se centró en el frente.

El momento habría sido perfecto… si no fuera por Iver.

—¡OOOH! —exclamó, agitando las manos por ahí atrás—. ¡¡¡Qué-cu-quis!!!

—No te burles —espetó Caleb.

—Tooodo amor, vergüenza, nervios… Sois la viva imagen de dos quinceañeros.

—Cállate.

—Estáis a dos segundos de daros un besito y apartar la mirada en modo pánic…

Nunca supieron si iba a seguir burlándose, porque Caleb subió el volumen de la música y sus palabras quedaron ahogadas por el sonido.

Caleb

El nivel de desesperación era tal… que prefería oír la música ensordecedora que la voz de Iver.

Nunca pensó que volvería a entrar en la ciudad con esa compañía y lo hizo con los músculos más tensos de lo que le gustaría. Por si fuera poco, se dirigían al bar. La última vez que entró fue para pedirle el contrato de Victoria a Andrew, su antiguo jefe. Recordaba el hedor a alcohol rancio, a marihuana, a tabaco, a humedad… Recordaba también la primera noche que se vieron. Cuando ella trató de esconderse debajo de una de las mesas y se golpeó con el codo, alertando así a Axel. Qué extraño era pensar todo aquello. Y pensar que en ese momento la torpeza de Victoria le había parecido absurda. Ahora, la echaba de menos.

Lo único positivo que sacaba de todo aquello era que, transformada, podía defenderse sola. O eso quería pensar, por lo menos; su hermano podía ser un descerebrado en muchas cosas, pero confiaba en su capacidad de entrenamiento.

Llegaron al bar con la misma música y los mismos ánimos. Caleb aparcó al otro lado de la calle por cautela. Estaba atento a cada sonido, olor y persona que pasara por su lado. Con tantas personas, era un poco difícil identificar una posible amenaza. Lo único que podría alertarle sería la colonia cara o el olor a puro, y eso confiando en que los hombres de Sawyer llevaran aquello impregnado en su ropa.

Caleb observó a Victoria. Se frotaba las rodillas en un gesto nervioso y no perdía el bar de vista. Su expresión era un poco rara, una mezcla entre miedo y emoción. Ojalá pudiera saber lo que estaba pensando. O cómo podía ayudarla.

—¿Y bien? —preguntó Iver por ahí atrás—. ¿Algún cambio?

Victoria tardó unos instantes en responder. Quizá ni siquiera estaba segura de lo que estaba sintiendo.

—Lo recuerdo —afirmó—. Esa es Daniela.

Se refería a la camarera rubia que se paseaba por el local como un alma en pena. Caleb estaba acostumbrado a verla con expresión triste, pero le pareció mucho más exagerada que de costumbre. Además, no podía oler a Margo, la otra amiga de Victoria. Quizá estaba siendo demasiado precavido, pero todo aquello le pareció una muy mala señal para empezar.

—Ya lo has visto —soltó Caleb—. Vámonos.

En cuanto hizo un ademán de arrancar de nuevo el coche, Victoria extendió la mano como si quisiera detenerlo. Fue un gesto impulsivo del que se arrepintió enseguida; pudo verlo en su expresión. Ambos se apartaron de golpe, como si el otro quemara.

Iver, mientras tanto, soltó su tercera risita consecutiva.

—Qué tensión, tigretón. ¿No puedo ir a saludar a la rubita?

—No —sentenció Caleb—. Es peligroso.

—¡Nadie se fijará en mí!

—¿Nadie se fijará en el señor gigante, con ropa negra y una cicatriz cruzándole la cara? —Victoria resopló—. Debería ir yo. Nadie sospecharía de una chica tierna e inocente.

—Tú tienes de tierna e inocente lo que yo tengo de normal y corriente.

—Imbécil.

—Las verdades duelen, ¿eh?

Antes de que pudieran seguir discutiendo, Caleb levantó una mano para acallarlos a los dos. Acababan de llegar y ya tenía claro que todo aquello había sido mala idea.

—Esperaremos a que se vacíe el bar y hablaremos con ella en el callejón de atrás.

—Como hacen los secuestradores —asintió Iver.

—Como las personas buscadas que somos. Ahora…, un poco de silencio. Os lo suplico.

Victoria

Nunca supo si habían esperado una hora o un minuto, pero lo sintió como una vida entera. Tan solo quería salir de ese coche y lanzarse a los brazos de su amiga. De… recordar, sí. Sentía que, si hablaba con ella, sería capaz de volver a encontrarse a sí misma.

Cuando Caleb por fin abrió la puerta del conductor, tanto Iver como ella lo imitaron al instante. La propia Victoria no terminaba de entender por qué le hacía caso a alguien que no tendría por qué mandarle nada, pero aun así lo hizo. Caleb, pese a que no hablara mucho, ni para bien ni para mal, tenía

un aura que te incitaba a obedecerlo. Victoria ni siquiera se había planteado no hacerlo.

Caleb los guio por el callejón de atrás. Se sabía demasiado bien el camino como para ser la primera vez que iba por allí. Victoria, curiosa, se preguntó si alguna vez la habría visitado. O quizá a una de sus amigas.

Por cierto, ¿dónde puñetas estaba Margo?

Se detuvieron junto a los contenedores, siempre a punto de rebosar, que había junto a la puerta trasera del bar. Victoria conocía esa puerta. Conocía ese callejón. Había estado ahí cientos de veces. Había pateado ese contenedor otros cientos. Había llorado junto a esa puerta otras muchas. Ni siquiera era capaz de recordar cuántas.

Entonces, ¿por qué era tan difícil recordar nada de forma vívida? ¿Por qué era capaz de recordar que había estado ahí, pero era incapaz de visualizarse a sí misma en ninguna situación concreta?

Qué frustrante…

Caleb no había mediado palabra, pero llamó a la puerta con los nudillos. Iver y ella se mantuvieron al margen. Victoria, con los brazos cruzados y los nervios a flor de piel; Iver, lamiéndose una mano para colocarse los mechones de pelo rubio que le caían por la frente.

—¿Así está bien? —le preguntó a Victoria—. ¿Me hace parecer elegante? En plan «no se ha arreglado en absoluto porque su elegancia y su belleza son naturales».

—Te hace parecer estúpido. Cállate.

—Iba a llamarte «humana idiota», pero luego he recordado que ahora es mejor «rarita amargada».

—Que te call…

No hizo falta que lo dijera, porque entonces Daniela abrió la puerta.

El gesto fue mucho más brusco de lo que alguien esperaría de Dani. Abrió con mucha fuerza, con desesperación. Y la mirada que le echó a Caleb no era precisamente de apreciación. Estaba pálida, ojerosa y, sobre todo, distraída; ni siquiera se dio cuenta de que no estaban a solas.

—¡Caleb! —dijo, entre respiraciones profundas—. Dios mío, por fin, no sabía si…, si tú… Oh, espera… Es que no puedo…

Él no parecía la clase de persona que se pone a consolar a cualquiera, pero lo hizo con Daniela.

Incómodo, extendió las manos para sujetarla por los hombros. La diferencia de altura era abismal. Y, cuando se acercó un poco más a ella, Victoria no pudo evitar preguntarse qué clase de relación tenían esos dos. Parecía… íntima.

También se preguntó por qué esa perspectiva la inquietaba tanto.

Iver carraspeó de forma ruidosa, pero pareció que ninguno de los dos lo había oído.

—¿Qué pasa? —preguntó Caleb.

Daniela abrió la boca, volvió a cerrarla y terminó por fruncir los labios como si fuera a echarse a llorar.

A Victoria se le olvidaron esos celos raros en un milisegundo. Dani podía parecer muy frágil, pero no era la clase de persona que se pone a llorar de frustración o rabia. De hecho, no recordaba que su amiga hubiera llorado muchas veces. Y eso que la conocía desde hacía muchos años.

Tensa, dio un paso dubitativo hacia ella.

—No sabía si volverías —dijo Dani por fin, con los ojos brillantes por las lágrimas—. Margo… La han… Creo que…

¿Margo?, ¿qué le pasaba a Margo?

Victoria, en medio de su ensimismamiento, contempló la expresión de Caleb. Era la clase de persona que mantiene la calma mientras el mundo se

hunde a su alrededor. Le pareció… admirable.

—¿Dónde está Margo? —preguntó él, en tono conciliador.

—¡No lo sé! —estalló Dani de pronto—. No… No sé… Estábamos en su casa, íbamos a ver un capítulo de…, de una tontería, y… Y ella… ¡Bajó a comprar algo! ¡Ni siquiera recuerdo qué era! Si tan solo hubiera ido con ella, ahora estaría…

—¿Sabes lo que le pasó?

—No. Ojalá. Yo… Yo… intenté llamarla, pero su móvil… No ha habido forma de encontrarla. Lo denuncié. No sé si hice bien, es que no sabía qué hacer, y solo en pensar que puede estar sola o herida o… ¡¡¡AAAH!!!

Ese último grito fue *in crescendo*. Había empezado como un chillido corto al ver a Iver y terminó en un grito de horror absoluto cuando llegó a Victoria.

Caleb, por impulso, le tapó la boca con una mano. Daniela se había quedado clavada en el sitio, pálida y tiesa como un palo. Lo único que podían verle eran los ojos claros y desorbitados. Se le habían secado hasta las lágrimas de la impresión.

—Vale —murmuró Caleb—. Voy a quitar la mano. Sé que es mucho por procesar, pero… haz el favor de no gritar.

Tampoco era necesario decírselo; cuando quitó la mano, Daniela se quedó exactamente igual de clavada en el sitio. No parecía capaz ni de respirar. Tan solo contemplaba a Victoria como si hubiera visto un fantasma.

Y, bueno…, tampoco estaba tan equivocada.

—Hola, Dani —dijo ella un poco inútilmente.

Daniela siguió tan pasmada como antes.

—Yo también estoy aquí —indicó Iver con las manos en las caderas—. Hola, Dani.

De nuevo, siguió congelada.

Caleb se inclinó un poco para verle la expresión. Tras agitarle una mano ante el rostro y ver qué no reaccionaba, sacudió la cabeza.

—Está procesando la información —informó.

—Gracias —ironizó Iver, por su parte—, jamás lo habríamos adivinado.

—Sé que eso es ironía. Ahora sé identificarla, ¿vale?

Iver hizo un gesto de sorpresa muy exagerado, pero no obtuvo respuesta.

Victoria se había acercado a su amiga para ver si conseguía que reaccionara. No fue hasta el segundo chasqueo de dedos que pensó que quizá no era la mejor persona para intentar consolarla; después de todo, era la que acababa de volver de entre los muertos.

Tras un rato de intentar que Dani volviera en sí, Victoria sacudió la cabeza y se centró en Caleb.

—Deberíamos buscar a Margo. No sé dónde está, pero necesitará ayuda.

Caleb estaba mucho más serio que en las últimas horas. Y eso ya era decir. Victoria frunció el ceño sin darse cuenta.

—¿Qué? —preguntó.

—Solo se me ocurre una persona que podría querer hacerle daño a tus amigas. Y no creo que la respuesta vaya a gustarte mucho.

11

Margo

No era una experta en secuestros, así que no estaba muy segura de qué procedía hacer cuando te raptaban en la puerta de tu casa.

¿Debería gritar, llorar, luchar, patalear, morder…? Se veía capaz de hacerlo todo, pero no había hecho nada. Simplemente, había contemplado la ventana durante todo el camino. Los matones ni siquiera volvieron a mirarla. Hablaban ruso entre ellos y pronto se cansó de preguntarles cosas que ellos ignoraban.

En algún momento, se quedó dormida. También se despertó, le dieron de comer y beber, y tuvo que hacer pis en una cuneta con un ruso de dos metros parado al lado.

—Si me miras fijamente —dijo ella, acuclillada—, no me saldrá el chorrito.

El ruso gigante puso los ojos en blanco, pero se volvió para darle la espalda.

Margo hizo pis, cogió una roca del tamaño de su puño y se la estampó en la cabeza.

Así, tan tranquila.

Sonó a cloc.

¿Se creían que iban a secuestrarla como si nada? Muy tranquilita había estado para ser ella.

El plan de huida duró lo que tardó en llegar a la primera línea de árboles del bosque. El de la pedrada se había quedado sentado en el suelo, pero llamó a su compañero y este la atrapó en tiempo récord. Desde ese momento, hacía pis con alguien mirándola fijamente y tenía las muñecas atadas delante del cuerpo. Ni siquiera la desataban para comer, lo que resultaba un poco indigno.

Cuando por fin llegaron a su destino, había estado a punto de escaparse tres veces. Los matones la odiaban y la insultaban en ruso, pero ella no se arrepentía de nada. De hecho, se sentía bastante orgullosa de las tres cicatrices que les había dejado de recuerdo.

La bajaron del coche a empujones, como todo lo que habían hecho esos últimos días. Margo trató de mirar a su alrededor, pero entonces le cubrieron los ojos con una venda. Caminar con las manos atadas era más complicado de lo que parecía, pero con los ojos tapados ya era otro nivel. Por primera vez, tuvo que confiar en el matón que la llevaba del brazo. Y en que no aparecería ningún escalón traicionero, claro.

Lo único que podía ver era una rendija bajo la venda. Sus propios pies, básicamente. Estaba cruzando lo que parecía un camino de tierra húmeda. Sus zapatillas blancas iban a quedar hechas un asco. No entendió por qué aquello, dadas las circunstancias, le parecía importante. Quizá debería preocuparle más que la mataran.

Pero no la mataron. Subió unos escalones de piedra, cruzó lo que le pareció un muelle y oyó la madera crujir bajo su peso. Oía el mar. De hecho, también podía olerlo. Hacía muchos años que no lo hacía.

La última vez fue aquella ocasión en la que sus padres quisieron llevarla de excursión por sorpresa. Era muy pequeña, pero recordaba el cabreo que había tenido durante todo el trayecto. La forma en que se había enfadado porque quería ver otro capítulo de una serie que le gustaba, no ir al mar con sus padres. La obligaron a ir igualmente; decían que habían reservado muchas actividades chulas y que no querían desperdiciarlas. Al final, Margo les amargó tanto el viaje que no les quedó otra que volver a la media hora.

Tampoco entendía por qué estaba pensando en aquello. Porque…, sí, pensaba mucho en sus padres. En qué pensarían después de tantas horas sin hablar con ella. Estarían preocupados. No quería preocuparlos.

Lo primero que haría al hablar con ellos sería disculparse por su amargura de aquel día en la playa. Uno de ellos se reiría, el otro preguntaría a qué venía eso. Y todo volvería a ser normal. Y no estaría ciega y manca con dos rusos gigantes a su lado.

Vale…, estaba más asustada de lo que querría admitir.

De pronto, un matón le agarró el pelo en un puño y le bajó la cabeza. Podría haberlo hecho con un poco más de suavidad, pero casi la desnucó. Margo, por primera vez, no se atrevió a protestar. Lo único que hizo fue bajar escalones e intentar no caerse en el proceso.

Le dio la sensación de que habían bajado veinte pisos. Quizá era por la dificultad. Entonces, tiraron de su brazo hasta dejarla sentada en lo que le pareció un sillón muy incómodo. Margo tiró de sus ataduras, pero no sirvió de nada. El corazón había empezado a latirle a toda velocidad.

Y, por fin, le quitaron la venda de los ojos.

Su vista tardó unos instantes en adaptarse a la cantidad de luz que la rodeaba. Lo primero que vio fue que aquella luz entraba por unos ventanucos pequeños. Unos… ventanucos de barco. Porque…, sí, aquella forma era de barco. Sus padres la habían llevado a navegar tantas veces que era incapaz de no reconocerlo. Madera oscura, crujidos, olor a agua salada… El ligero tambaleo del mar hizo que, por un momento, se sintiera como en casa.

Al menos, hasta que vio al hombre rubio que estaba sentado delante de ella.

No había visto a ese hombre en su vida. De hecho, no se parecía en *nada* a nadie que Margo pudiera conocer. Alto, esbelto, pelo rubio y brillante peinado hacia atrás, camisa carísima con la marca bien grande, reloj de oro, gafas de sol carísimas apoyadas en la cabeza, pantalones a medida, perfectamente ajustados a su tobillo, que estaba apoyado sobre la otra rodilla…

No, no se parecía a nadie que pudiera conocer. De hecho, parecía un mafioso caricaturizado. Sus rasgos indicaban que no podía tener mucho más de treinta y pocos, pero sus ojos claros parecían de una persona mucho mayor. Como si fuera un señor en el cuerpo de un niño.

En esos momentos, el hombre rubio contemplaba su móvil como si no tuviera a una chica maniatada ante él. Los dos rusos gigantes se mantenían a una distancia prudencial, pero lo suficientemente corta como para que Margo no pudiera intentar nada raro. Había otros dos paseándose por la cocina. Y otro más junto a las escaleras por las que suponía que acababa de entrar.

Tensa, trató de tirar de las muñecas. Las ataduras estaban firmes y no sirvió de nada. También probó a suplicarle con la mirada a los rusos

gigantes, pero estos ni siquiera le prestaban atención. Solo tenían ojos para el que suponía que era su jefe.

Y el rubio, por fin, soltó el móvil y se volvió hacia ella. Su sonrisa era cordial, como si acabara de reencontrarse con una amiga después de mucho tiempo.

—Perdona —dijo, tan tranquilo y casual como si aquella situación fuera normal—. Compromisos que no podía aplazar. ¿Cómo estás, Margo?

Pues bien no estaba, la verdad.

Llevaba, por lo que sabía, más de dos días fuera de casa y sin dar señales de vida a nadie. Se estaba haciendo pis, necesitaba cambiarse la compresa y darse una ducha. Ah, y estaba secuestrada. Eran pocas cosas, pero sumadas… No, no era su mejor día.

Pero no iba a decirle todo eso, así que optó con algo más sintetizado.

—He tenido días mejores.

El tono mordaz hizo que el hombre esbozara media sonrisa. No parecía muy interesado en ella. De hecho, aquella expresión alegre no le alcanzó los ojos; seguían tan serios e inexpresivos como cuando había mirado su móvil.

—Tampoco es mi mejor día —indicó él—. Pero, con tu presencia, acaba de mejorar muchísimo.

—Mira tú qué alegría…

—¿Tus padres no te han enseñado que el sarcasmo es la forma más baja del ingenio?

—Y la más alta de inteligencia, sí, todos hemos leído a Oscar Wilde; no te hagas el culto.

Por un momento, pareció que el hombre se sorprendía. Fue la reacción más honesta que le había ofrecido desde el inicio de la conversación. Sin embargo, pronto volvió a su seriedad empresarial de antes.

—Tendrás muchas preguntas —dijo.

—Pues sí. ¿Quién coño eres?

Una de las cejas rubias se le disparó hacia arriba. Margo, por primera vez en muchos años, sintió que la regañaban por haber usado una palabrota.

No se lo podía creer; la secuestraba y todavía tenía el valor de aleccionarla.

—Vadim Sawyer —dijo él, mirándola fijamente—. Rara vez uso mi nombre, así que puedes llamarme Sawyer. Imagino que no es la primera vez que oyes hablar de mí.

No, no lo era.

Cualquier tipo de humor que quedara en el interior de Margo acababa de esfumarse. Conocía a ese nombre. Durante el año anterior, lo había oído decenas de veces. Y siempre había sido con temor, con tensión. Era el jefe de los chicos.

El que había matado a Victoria.

La rabia se mezcló con el miedo y no estuvo muy segura de cómo sentirse. O de cómo reaccionar. Ni siquiera estaba muy segura de cuál sería su expresión. Por lo que vio en la de él, debía de ser divertida.

—Veo que sí has oído hablar de mí.

—No sé quién eres —mintió ella, aunque no pudo evitar el temblor en su voz.

Sawyer sonrió de medio lado. De nuevo, no le alcanzó los ojos.

—Las mentiras que te hayan contado no me interesan, así que te agradecería un poco de honestidad. En cuanto tenga las respuestas que busco, te dejaré marchar como si no hubiera pasado nada.

Honestamente, Margo no se lo imaginaba así. En su cabeza, era un tipo viejo, arrugado y con cara de amargura, no un treintañero que en cualquier otra circunstancia podría haber considerado atractivo.

No obstante, la mayor sorpresa fue su calma. Hablaba con un tono conciliador, con gestos pacíficos y ojos gentiles. En resumen: como si tuviera el control absoluto de la situación y no tuviera que preocuparse por nada. De alguna forma, estaba logrando que Margo también se sintiera más tranquila. Llegó a preguntarse si tendría alguna habilidad relacionada con eso, pero luego recordó que era tan humano como ella. Supuso que no todo el mundo necesita habilidades especiales para manipular a los demás.

—¿Qué respuestas? —preguntó ella, volviendo a la conversación.

—Unas pocas.

—¿Me vas a preguntar por los negocios turbios de Andrew? Porque, si puedo lanzarlo al barro para salvarme, no lo dudaré un segundo.

Él sonrió.

—Si hubiera sabido que eras así, te habría buscado antes.

Margo sintió la misma punzada de rechazo que sentía con los babosos de las discotecas. No pudo evitar poner cara de asco, cosa que a él le hizo mucha gracia.

—Oh, por favor… Tortúrame si quieres, pero no te pongas a ligar en plan *boomer* o me ahorcaré con mis propias esposas.

—¿En plan… *boomer*?

—*Boomer*. Viejo. Lo que sea. ¿Se puede saber qué coño quieres?

—Alguien con tu aspecto no debería usar palabras tan soeces.

—Oh, perdone usted, señor secuestrador. ¿Me vas a decir ya lo que quieres para que ambos podamos seguir con nuestra vida?

Sawyer la contempló unos instantes. Tenía una de esas expresiones totalmente blancas, imposibles de leer. Margo no supo si quería matarla, adoptarla o lanzarla por la ventana del barco. Esperaba que fuera algo bueno.

Justo cuando ella había empezado a agobiarse, Sawyer sonrió y apoyó ambos codos en las rodillas para inclinarse hacia ella. Parecía un depredador sopesando a su presa.

—Necesito encontrar a alguien —indicó con calma—. Y creo que tú puedes ayudarme.

—Lo siento, dudo que yo…

—Quiero al niño.

La imagen de Kyran apareció fugazmente ante sus ojos. Por un momento, temió que alguien en la sala fuera capaz de leérselos. Esperaba que no. Se sentía como si acabara de traicionarlo por el simple hecho de pensar en él.

—No tengo hijos —exclamó ella, alarmada.

Sawyer sonrió aún más.

—Por suerte, el niño no es tuyo. Pequeño, pelo castaño, ojos grises… Te recordará a tu amiga, supongo.

Aquello sí que hizo que Margo empezara a impacientarse. Y a enrabietarse.

—¿Mi amiga? —repitió entre dientes—. ¿La que tú me quitaste?

—¿Ves como sí sabes quién soy?

—Vete a la mierda. No pienso decirte nada. Me das asc…

—Cuidado, pelirroja; me caes bien, pero no me cabrees.

Cautelosa y asustada, Margo no se atrevió a contradecirlo otra vez. En su lugar, se echó un poco hacia atrás en el asiento. No podía tolerar tenerlo cerca. Tan solo podía ver a Kyran. Y a Victoria.

Sawyer la observó unos instantes más. Estaba más pensativo que enfadado. Por un momento, ella pensó que la obligaría a hablar. Luego, la sorprendió gratamente.

—¿Hay algo que necesites? —preguntó, de nuevo con su tono formal y diplomático—. ¿Una ducha, unas cuantas horas de sueño…?

—¿Ahora estoy en un hotel?

—Estarás aquí hasta que dejes de ser útil, así que deberías ir poniéndote cómoda. ¿Y bien? ¿Qué necesitas?

Margo dudó unos instantes. A esas alturas, ya no le daba ni vergüenza.

—Necesito cambiarme la compresa cuanto antes, porque tus amiguitos rusos no solo me han quitado las que acababa de comprar; encima, no me han dejado cambiarme en horas. ¿A ti eso te parece que es cómodo?, ¿o higiénico?

Se esperaba la típica reacción de sorpresa y asco mezclados, pero Sawyer se limitó a decir unas cuantas palabras en ruso. Recibió una respuesta del matón. Parecía confuso.

De pronto, ambos se volvieron hacia ella.

—¿Tamaño? —preguntó Sawyer.

—Grande.

—¿Marca?

—¿Yo qué sé? La que sea.

—¿Cuál es la mejor?

—La verde. Es de sabor menta.

Sawyer entrecerró los ojos. Entonces, hizo un gesto. Pronto Margo se vio arrastrada hacia las habitaciones del fondo. Cuando se volvió por última vez, vio que él había vuelto a centrarse en el móvil.

12

Caleb

Había lidiado con gente en estado de shock en muchas ocasiones, pero nunca se había planteado consolarlos. Su especialidad, normalmente, consistía en dejarlos ahí y dar el trabajo por concluido.

Victoria se había quedado atrás con Daniela. Las veía por el espejito del retrovisor, una al lado de la otra. Mientras que la rubia se mantenía con los ojos muy abiertos y el cuerpo totalmente tieso, Victoria le pasaba las manos por los brazos y le hablaba en voz baja. No estaba funcionando demasiado bien, porque ambas seguían exactamente igual que cuando habían llegado.

Iver era el único que parecía un poco ajeno a la situación. Pese a que iba lanzando miradas hacia atrás, pronto se dio cuenta de que no podría aportar gran cosa a toda aquella historia.

—¿A qué se refería con lo de Margo? —preguntó entonces—. ¿Crees que se ha metido en algún lío por nuestra culpa?

Caleb lo veía difícil; no había hablado con ella de la misma forma que con Daniela. Era humana y, además, no era la persona más informada sobre

su estilo de vida. ¿Por qué iban a hacerle daño? No tenía sentido.

—Quizá Sawyer esté muy desesperado —susurró Iver, pensativo.

—Sawyer no actúa con desesperación.

—Te recuerdo que ya lo hizo. Nuestra transformadita de atrás es la prueba viviente.

Caleb odiaba pensar en aquella noche. Apretó las manos inconscientemente en el volante. Los nudillos empezaban a ponérsele blancos.

—Pues me corrijo: Sawyer no es la clase de persona que comete el mismo error dos veces. Ya improvisó y no funcionó. Ahora, intentará actuar con mucho más cuidado. Con…

De pronto, se vieron interrumpidos por el grito ahogado de Daniela.

Parecía que, después de casi diez minutos, había logrado volver en sí. Y lo hizo abrazándose a Victoria con todas sus fuerzas. Caleb las observó por el retrovisor. Victoria no sabía qué hacer o cómo reaccionar, y se limitaba a devolverle el abrazo y a decirle que no pasaba nada, que estaba todo bien. Era una imagen curiosa.

—¿Cómo…? —empezó a preguntar Daniela, una vez separadas—. ¿Cómo has…? ¿Dónde…?

—Es una larga historia —aseguró Victoria con una pequeña sonrisa—. Podemos dejarla para otro día; lo importante es que las dos estamos bien.

—Las dos…

De pronto, Caleb oyó cómo el corazón de Daniela daba un vuelco. Supo que estaba a punto de llorar antes incluso de que se llevara las manos a la cara. Victoria trató de consolarla, pero estaba claro que no sabía qué hacer.

—Margo… —empezó Dani, totalmente asustada—. S-se la llevaron…

—¿Quiénes? —preguntó Caleb.

Notó la mirada de advertencia de Victoria para que no usara ese tono de demanda con su amiga sensible. Aun así, Caleb mantuvo la mirada sobre Daniela.

Por suerte, ella al fin respondió:

—Unos… hombres raros. Estaban vestidos de forma muy elegante. Los vi por el balcón. Hablaban… No sé qué idioma hablaban.

El silencio que se formó en el coche fue un buen indicativo de lo que todos estaban pensando. Daniela pasó la mirada por todos los pasajeros. El único que era capaz de mirarla a los ojos era Iver, que se mantenía asomado entre los dos asientos.

—¿Qué? —preguntó Daniela, totalmente perdida.

Él trató de responder, pero terminó extendiéndole una mano. La chica rubia estaba tan desesperada que se agarró a su mano con ambas y se la llevó al pecho, justo encima del corazón. Iver permaneció momentáneamente paralizado. Ella le había clavado su mirada de corderito en peligro.

—¿Son los trabajadores de vuestro jefe? —preguntó Dani, desesperada —. ¿Van a hacerle daño?

Caleb conocía muy bien a su amigo. Supo que la idea de meterse en las emociones de Daniela y jugar con ellas era muy tentadora. Sus ojos se volvieron más oscuros durante unos segundos, pero terminó por desistir y sacudir la cabeza.

—No podemos estar seguros —admitió—. Pero, sea quien sea, la vamos a encontrar.

—¿Seguro? ¿Y cómo lo haremos?

—Tú, de ninguna manera. Si es nuestro jefe, lo mejor es que nos encarguemos nosotros.

—Ya, pero… No quiero quedarme de brazos cruzados mientras vosotros…

—*Nosotros* sabemos lo que hacemos —aseguró Iver con media sonrisa— y entendemos cómo piensan, qué hacen y cuáles son las consecuencias de todo ello. Deja que los expertos nos encarguemos, ¿vale?

Dani abrió la boca para responder, pero nunca supieron qué iba a decir; Caleb había percibido un cambio de luz a la izquierda. Una cosa discreta, momentánea, pero aun así lo vio. Su instinto, que había estado distraído con Iver y Dani, hizo que diera un volantazo en dirección contraria.

Lo que no esperaba era que ese coche, precisamente, intentara chocarse con ellos a propósito. Y, sobre todo, que lo lograra.

Victoria

En el entrenamiento con Brendan, había recibido más golpes de los que jamás podría recordar. No obstante, ninguno se parecía a ese.

Victoria tuvo que reaccionar a toda velocidad. Lo primero que hizo fue intentar agarrarle el brazo a Daniela, pero no llegó a encontrarlo. También trató de abrazarse al asiento para no salir volando. Otro error. Hubo un momento de pánico en el que alguien intentó sujetarla de la muñeca, pero fue inútil y terminó resbalándose.

Para cuando abrió los ojos, estaba tumbada en el arcén. Su cuerpo transformado era incapaz de notar la calidez del asfalto, pero sabía que estaría caliente por el sol que había recibido todo el día. Lo único que sentía, sin embargo, era dolor en los codos y en las rodillas. Y también en la barbilla. Dentro de lo que cabía, podría ser mucho peor.

Victoria contempló el cielo unos instantes. Solo podía verlo a través de las ramas del árbol junto al que habían aterrizado. Le pareció sorprendentemente bonito. Para su sorpresa, pensó lo mismo de la cara de Caleb cuando apareció en su campo de visión.

—¿Estás bien? —preguntó él, con la voz temblorosa.

Victoria se obligó a asentir y a incorporarse sobre los codos. Tan solo se sentía mareada y un mareo no iba a acabar con ella.

El coche había quedado al revés. Con el techo en el suelo y las ruedas todavía dando vueltas a toda velocidad, nadie creería que las personas de su interior pudieran estar tan bien como estaban ellos. Porque Caleb, aparte de un raspón en los nudillos, apenas tenía nada.

Victoria contempló a Dani y a Iver. De alguna manera, habían permanecido dentro del coche. En ese momento, Iver acababa de arrancar la puerta trasera y Dani intentaba escalar fuera del vehículo. Tuvo que ayudarse de la mano de él, porque estaba tan sorprendida que sus piernas no la sostenían.

—¿Qué ha pasado? —consiguió pronunciar Victoria.

Caleb estaba acuclillado a su lado. Cuando lo miró, descubrió que había estado revisándola con la mirada. Se estaba asegurando de que no estuviera herida de gravedad. Fue un gesto que, aunque ella apreció, le resultó un poco raro; lo esperaría de Brendan, no de él.

—Un coche —explicó Caleb, de nuevo en su tono calmado—. He intentado esquivarlo, pero iba a toda velocidad. Si no me hubiera distraído, quizá…

—No te eches la culpa de todo —protestó Victoria—. De alguna manera, has conseguido que todos sobrevivamos.

Él no dijo nada. La observó unos instantes, pensativo, y entonces se puso de pie. Victoria aceptó la mano que le ofrecía para que hiciera lo propio. De

nuevo, se sintió muy confusa por el vacío que sintió al soltársela.

Habría preguntado un poco más sobre ello, pero entonces recordó que habían chocado con otro coche. Otro que, precisamente, acababa de detenerse junto a lo que quedaba del suyo. Se trataba de un vehículo blindado y reforzado; no tenía un solo rasguño.

Caleb e Iver reaccionaron a la vez, mientras que Daniela y Victoria, mucho menos acostumbradas a aquel tipo de escenas, se quedaron paralizadas. Cada pareja estaba a un lado del coche tumbado, por lo que pudieron levantar las pistolas desde dos puntos distintos. Aun así, Victoria no se sintió especialmente segura. Un escalofrío le recorrió la espalda. Mierda, ¿por qué no había cogido la pistola de Axel?

Quien emergió del coche fue un hombre transformado. Un extraño, como ellos. Lo supo nada más verlo. Llevaba la ropa típica que Sawyer les hacía ponerse y, además, le sacaba una cabeza de altura a todos sus compañeros, que eran tres hombres humanos.

El que destacaba tendría unos cuarenta años, la cabeza rapada, los rasgos angulosos y media sonrisita pedante. Fue el único que intentó avanzar unos pasos en su dirección. Se detuvo en cuanto Caleb, sin previo aviso, apretó el gatillo. Disparó junto a sus pies, lo suficientemente cerca como para advertirle y lo suficientemente lejos para no alcanzarlo.

—Mantente alejado —ordenó Caleb.

No le temblaba ni un solo músculo.

El hombre sonreía con amplitud; no hacia los dos chicos armados, sino hacia Victoria. La miraba tan fijamente que ella tuvo la tentación de esconderse. Lo único que se lo impidió fue el orgullo. No iba a permitir que él viera lo mucho que se había asustado. Prefería correr peligro.

—Mírate —comentó el desconocido, tan contento como si acabara de reencontrarse con una vieja amiga—. Y yo pensando que ya nos habíamos

librado de ti. ¿Qué pensará Sawyer cuando le cuente que estás viva?

Para ser alguien que la consideraba muerta, no sonó muy escandalizado.

En algún punto de todo aquello, Caleb había dado un golpecito al gatillo en señal de advertencia. El hombre lo notó, pero aquello no le impidió seguir hablando.

—Y ya no eres humana —añadió, pensativo—. ¿Qué habilidad tienes?

Victoria no sabía cómo reaccionar. El hombre no solo acababa de confirmar que trabajaba para Sawyer, sino que, encima, pretendía que confiara tanto en él como para contarle algo. Tuvo ganas de mandarlo a la mierda, pero se contuvo por el bien de todos. No sabía cómo reaccionarían el desconocido y sus tres amiguitos armados. Porque, aunque estaban en igualdad de números, no estaban en igualdad de armas.

—¿Quién eres? —preguntó Iver de pronto, atrayendo la atención hacia su lado del coche—. Y, sobre todo, ¿qué te ha ofrecido Sawyer a cambio de buscarnos? Te aseguro que hay formas más fáciles de matarse que perseguirnos.

El hombre lo contempló unos instantes y entonces empezó a reírse a carcajadas. Parecía que aquello era lo más absurdo que había oído en su vida.

—¿Me estás amenazando? —preguntó, señalándose el pecho—. ¿*Tú* a *mí*?

—Tienes las de perder.

—¿Seguro? He tenido habilidades durante unos cuantos años más que tú. ¿Qué eres?, ¿tercera generación? Yo soy segunda, chico. Ten un mínimo de respeto.

Las generaciones eran la forma de clasificación de las personas con habilidades especiales. Normalmente, Sawyer transformaba a cinco o seis

niños extraños por generación, y los dejaba escapar una vez que encontraba a una nueva tanda de sujetos con habilidades más adecuadas.

Victoria tenía entendido que la mayoría de las personas de la segunda generación, años atrás, habían terminado mal. No estaba segura del porqué, de si había sido peligroso o de si tenía que preocuparse por sí misma, pero tenía claro que no todos habían sobrevivido. Ese hombre sería de los pocos en conseguirlo.

Él volvió a mirarla. Su sonrisa era… siniestra. Como si les advirtiera del peligro sin necesidad de abrir la boca.

—¿Qué habilidad tienes? —insistió.

Victoria mantuvo la boca cerrada. No se atrevía a responder. Sentía que cualquier cosa que dijera iba a empeorar la situación. Además, podía percibir la tensión que Caleb emanaba junto a ella. Quizá no tenía muy claro si podía fiarse de él, pero le parecía mejor apuesta que el loco del coche blindado.

Lo único en lo que podía pensar era en la bronca que recibiría de parte de Brendan al volver. Le había dicho que no era seguro y, aun así, ella se había empeñado en ir a ver el puñetero bar. ¿Por qué no podía escuchar a la gente que le recomendaba cosas por su bien?

Victoria dirigió una breve mirada en dirección a Daniela e Iver. La primera temblaba de pies a cabeza. El segundo mantenía la pistola firme y sin temblores.

—Estáis a tiempo de marcharos —masculló Iver.

Si estaba tenso, no dejó que se notara.

El hombre lo ignoró completamente; seguía centrado en Victoria.

—No te imaginas lo contento que se pondrá Sawyer. Cuando te lleve con él, puedes decirle que te manda Doyle. A ver si me gano un ascenso, ¿eh?

Y Victoria, como en todas las situaciones peligrosas de su vida, no tuvo otra idea más que empezar a reírse de forma un poco histérica.

—¿Doyle?

—Doyle, sí.

—Ajá.

—No le veo la gracia.

—¡Te llamas como el amigo de Draco Malfoy!

—¿Ese no se llamaba Goyle? —preguntó Daniela en voz bajita.

Mientras esas dos frases trascurrían, Victoria vio que Caleb e Iver intercambiaban una mirada. De alguna forma, se estaban comunicando. No estaba segura de cuál sería el resultado de la conversación, pero estaba convencida de que necesitaban más tiempo.

—¿Estás seguro de que Sawyer se pondrá contento? —preguntó, haciéndose la valiente—. Por lo que tengo entendido, no es mi mayor fan.

Doyle sonrió de medio lado. Tenebroso.

—Entonces, imagínate su alegría cuando pueda matarte otra vez.

—Me temo que ahora será un poco más complicado.

—Todos los recién convertidos os creéis que sois intocables. ¿Cuál es tu habilidad, cachorrito? Dudo que sea muy peligrosa.

Victoria deseó acercarse, ponerle una mano encima y hacerle revivir todos sus recuerdos horribles. Estaba segura de que los tendría. Pero su orgullo no era más importante que la supervivencia de todos. Además, seguía esperando instrucciones de Caleb e Iver. Tenía que mantener un poco más de conversación.

Con una sonrisita un poco tensa, se colocó los puños en las caderas.

—Te noto muy interesado en mi habilidad. ¿Tanto miedo te da? ¿O es Sawyer el que está asustado?

Doyle, al contrario que ella, borró cualquier tipo de diversión de su rostro.

—No lo sé. Tendrás que preguntárselo directamente a él.

En cuanto dio un paso hacia delante, se quedó lívido. Victoria no lo comprendió hasta que vio que los ojos de Iver se habían vuelto negros. No estaba segura de qué emoción le estaba provocando, pero debía de ser horrible. Doyle cayó de rodillas al suelo, con una mano en la frente, y empezó a gruñir entre dientes.

Entonces, Caleb empezó a disparar. Victoria saltó para protegerse tras el coche justo cuando los compañeros del matón empezaron a responder. Caleb se escondió junto con ella, asomando la cabeza para seguir atacando. El ruido de los disparos llenó la carretera vacía y Victoria pegó la espalda a lo que quedaba del coche. En medio del caos, lo único que pudo ver fue el cartel que tenían justo al lado. Habían salido de la ciudad. ¿Por qué?

Oh… El desvío que había tomado Caleb para que no los encontraran. Oh, Caleb.

Doyle gritó algo en ese idioma que Victoria todavía no dominaba demasiado y entonces Daniela se agachó junto a ella. Los disparos se habían multiplicado y su amiga se tapaba los oídos con las manos. Parecía tan aterrada como se sentían los demás, solo que sin ninguna posibilidad de defenderse…

El gruñido de Caleb hizo que Victoria se volviera a toda velocidad. Por algún motivo, una sola muestra de incomodidad por parte de él la dejó lívida. Más por instinto que por otra cosa, se lanzó sobre él para protegerlo. Ni siquiera estaba muy segura de cuál había sido el peligro. Tuvo su respuesta al ver que una bala le había alcanzado el brazo.

—¡Mierda! —exclamó ella, sin darse cuenta.

Su mirada encontró la de Caleb, que parecía sorprendido por su reacción. Ni siquiera se había llevado una mano a la herida. Era como si no pudiera notarla. Y Victoria, en cambio, se sentía tan aterrorizada como si la tuviera ella.

Ya estaba a punto de quitarse lo que hiciera falta para hacerse un torniquete, pero entonces los disparos cesaron. Todos, de golpe.

Todavía con la mirada clavada en los ojos de Caleb, Victoria tuvo un muy mal presentimiento. Y pudo ver, en sus ojos negros, que él también acababa de tenerlo.

Caleb

Se levantó sin pensar. Sabía lo peligroso que era, que podía tratarse de una trampa, y aun así se levantó. Lo hizo porque, de alguna manera, sabía que la vida de Iver estaba en juego.

Dos de los matones estaban muertos. Otro estaba herido. Un último estaba intacto, todavía apuntando en su dirección. Y, delante de todos, estaba Doyle. Había recibido un disparo en el hombro y parecía grave. Si no se lo trataba pronto, iba a perder mucha sangre; ni siquiera un extraño era capaz de soportar algo así.

Pero aquello no fue lo que hizo que Caleb se quedara paralizado.

Iver estaba de rodillas ante Doyle, tenía manchas de sangre en la ropa y una pistola le apuntaba a la nuca.

Durante unos instantes, nadie se movió. Ni siquiera el propio Iver, que tenía los ojos muy abiertos y clavados en Caleb. Iver todavía llevaba puesto el auricular, a través del cual se oía la voz de su hermana. Bex había

intentado ponerse en contacto con él al oír los disparos. Sonaba distorsionada, como si la señal no llegara demasiado bien.

Oh, no. La ciudad. Habían salido de la ciudad.

Caleb tuvo un vago recuerdo de aquella vez en la que Bex le había suplicado que jamás lo hicieran. Se lo había *suplicado*.

Caleb no reaccionó. No se movió. No sabía qué hacer.

Lo único que le hizo levantar la cabeza fue la risita de Doyle, que sonaba entrecortada por la herida. Caleb ni se acordaba de la suya propia.

—Bueno —murmuró el hombre—, ya no eres tan valiente, ¿eh?

No supo qué decirle. Su cerebro no estaba procesando información nueva y era algo que jamás le había sucedido. Ni siquiera reaccionó cuando Victoria se asomó justo a su lado. En otra ocasión, habría hecho que volviera a esconderse.

En esa, en cambio…

Caleb miró a su amigo. Iver le devolvió la mirada. Su corazón estaba acelerado; su adrenalina, por las nubes. Aun así, no notaba miedo. Tan solo… determinación.

Iver negó con la cabeza de manera tan discreta que, por un momento, temió haberlo soñado.

¿No?, ¿qué…?

—Iba a ser bueno con vosotros —siguió diciendo Doyle—. Iba a llevarme a la chica y a dejaros en paz, pero tenéis que convertirme en el villano.

De nuevo, fue incapaz de responder. Iver mantenía los labios apretados. Parecía decirle algo con la mirada, pero Caleb estaba tan abrumado que no supo cómo interpretarlo. La voz de Bex seguía llegándole como un murmullo lejano.

—Te doy una última oportunidad —añadió Doyle—. Sé que la chica que ve el futuro, tu hermano y el niño siguen vivos. Llévame con ellos.

—Y una mierda —soltó Iver.

—Tú cállate o te disp…

—Caleb —insistió su amigo, mirándolo fijamente—, protege a mi hermana.

Bex dejó de hablar durante unos segundos. Entonces, empezó a gritar. Caleb era incapaz de discernir una sola palabra. Tan solo podía contemplar a su amigo.

—Escúchame a mí, chico —intervino Doyle—. Dime dónde están y ahórrate una muerte innecesaria.

Iver negó con la cabeza. Nunca había estado tan determinado.

Caleb, por su parte, seguía paralizado. Entre los gritos de Bex, el silencio de Doyle y la mirada de Iver, era incapaz de hablar. Abrió la boca, pero terminó por cerrarla otra vez.

—Última oportunidad —advirtió Doyle.

Caleb trató de pensar. De buscar una solución. De librarse de aquella situación. Lo único que podía ver, sin embargo, era lo cerca que estaba esa pistola de la nuca de su amigo. Y no se le ocurría ninguna forma de alejarla sin ponerlo en peligro.

Entonces, cuando miró a su mejor amigo, se dio cuenta de que la situación había cambiado. Iver entendía lo que iba a suceder. Era consciente de ello y, aun así, lo prefería antes que delatar la posición de los demás.

—¿Y bien? —espetó Doyle.

Caleb, por fin, habló. Lo hizo con la mirada clavada en la de su amigo.

—Te propongo un trato —dijo, sin saber de dónde había salido aquella voz tan segura.

Doyle enarcó una ceja.

—No estás en posición de negociar.

—Lo estoy. Podemos hacer un intercambio.

—Lo único que me interesa son tus demás amiguitos.

—¿Y si te diera a Axel a cambio de Iver?

Los segundos pasaron y se hicieron eternos. Especialmente cuando Doyle empezó a reírse.

—Así que el traidor está con vosotros —comentó—. Mira qué bien… Podré decírselo a Sawyer.

¿Traidor? ¿Qué se había perdido?

—Sí, se lo diré. —Doyle asintió—. Es un trato interesante, no cabe duda. ¿Crees que Sawyer lo aceptaría?

—Estoy seguro. Lo conozco más que nadie.

—Y, conociéndolo…, ¿de verdad crees que os perdonaría?, ¿que perdonaría a alguien que lo ha traicionado?

Caleb tan solo pudo parpadear confundido. Doyle, en cambio, rio entre dientes.

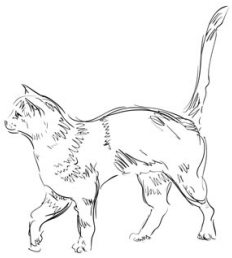
—Qué pena, *Kéléb*. Se acabó el tiempo.

Iver contuvo la respiración. Victoria se incorporó de un salto. Daniela se cubrió la boca con las manos. Y Doyle, finalmente, apretó el gatillo.

Más adelante, Caleb no sabría decir si aquello había sucedido a toda velocidad o a cámara lenta. Lo único que procesó fue que Iver lo miró a los ojos. Su corazón palpitaba con la fuerza de quien sabe exactamente lo que va a suceder y, aun así, está dispuesto a aceptarlo. Ni siquiera trató de impedirlo. Estaba… tranquilo.

El disparo le atravesó el cráneo. Murió antes incluso de tocar el suelo.

13



Margo

Sin hacer ruido, se asomó por la rendija de la puerta.

Tras unas horas en ese zulo —en realidad era un barco de lujo, pero seguía siendo un zulo—, había empezado a tomar nota mental de las rutinas de los guardias. Los descansos, los cambios, lo distraído que estaba cada uno de ellos… Incluso hasta qué punto eran manipulables.

Desgraciadamente, su *suite* de lujo con gastos pagados siempre tenía vigilancia. Escaparse iba a ser complicado.

Pero sí que consiguió abrir un poco la puerta. Fue cuando oyó los gritos. Una discusión. Aguantándose la respiración, Margo se asomó y trató de entender lo que pasaba.

En el salón, había un hombre de unos cuarenta palos que no reconoció. Estaba cubierto de sangre y parecía herido. Sawyer no hablaba con él. Estaba de pie junto a una mesa de comedor. Y sobre esta había…

Había un…

Por un momento, Margo no entendió lo que estaba viendo.

Un cadáver.

Nunca había visto un cadáver. Y, por la cara de Sawyer, cualquiera diría que él tampoco. Estaba de pie junto a él, con los brazos tensos y estirados a ambos lados de su cuerpo, incluso había perdido el color del rostro.

¿Ese cuerpo… era Iver?

Margo no había terminado de procesarlo cuando, de pronto, Sawyer se dio la vuelta y fue a por el hombre herido. Lo cogió del cuello de la camisa y lo lanzó al otro lado de la sala.

Por supuesto, chocó contra la puerta de Margo. Y, también por supuesto, la abrió del todo.

Como todo el mundo estaba pendiente de la pelea, nadie se preguntó por qué la puerta estaba entreabierta. O por qué ella estaba justo detrás, espiando. Sobresaltada, Margo retrocedió por el suelo para esquivar al hombre herido. Este ni siquiera pareció darse cuenta de su presencia; estaba ocupado gruñendo y cubriéndose la herida del costado con la mano. No dejaba de sangrar. Y la sangre era oscura y olía… Olía muchísimo. Olía a metal. Y a sudor.

Sawyer apareció ante ellos. Su mirada estaba clavada en el hombre herido. Sus ojos eran dos dagas. La viva imagen de la furia. O… ¿el duelo? Margo no lo tenía muy claro, pero sus facciones estaban contorsionadas por la rabia, sus puños apretados, y su pecho subía y bajaba a toda velocidad. No necesitaba un máster en psiquiatría para entender qué sentimiento reflejaba.

—Este no era el plan —espetó Sawyer entre bocanadas de aire—. ¡Este no era el puto plan, Doyle!

Margo nunca se había planteado lo mucho que podía intimidar alguien que por lo general no alzaba mucho la voz, pero acababa de descubrir que era terrorífico.

Doyle, todavía con la mano sobre la herida, se incorporó sobre el otro codo para enfrentar al que seguramente fuera su jefe. Él también respiraba con dificultad, aunque la causa era bastante distinta; el charco de sangre cada vez era más grande.

—Los planes son muy bonitos —replicó entre dientes—, pero estar ahí se vive de otra forma.

—¡Tenías que traerlos con vida! *¡Con vida!*

—Intentó matarme; ¿querías que me quedara de brazos cruzados?

—¡Quería que siguieras el puto plan!

—Bueno —Doyle chasqueó la lengua—, la próxima vez, puedes ir tú mismo.

Sawyer hizo un gesto casi imperceptible. El de alguien que está a punto de perder los papeles pero que ha sido entrenado para que no sea así. Margo sintió la batalla interna que estaba viviendo y estaba casi segura de que iba a pegarle un tiro a Doyle.

Este último también debió de darse cuenta, porque enseguida siguió hablando.

—La chica estaba con ellos.

Sawyer mantenía la mandíbula apretada y la mirada fija en él.

—¿Qué chica?

—La muerta. ¿Victoria? Esa. Estaba con ellos. Transformada.

Espera, ¿qué?

¿Victoria…?

Margo, por un momento, viajó muy lejos de esa conversación. A un mundo donde su amiga podía estar viva. Pero era imposible…, ¿verdad? Estaba… No estaba con ellas. Le había llevado mucho tiempo aceptarlo. Era imposible. Totalmente imposible.

Pero, para su sorpresa, Sawyer entrecerró los ojos y dio un paso atrás.

—Brendan —dedujo entre dientes.

Margo parpadeó varias veces. Entonces, ¿se lo creía?

¡¿Por qué se lo creía si era imposible?!

—El plan —siguió Sawyer— era que no hubiera muertes. Ninguna.

—No te veo tan preocupado por la chica. Ni con mi disparo, teniendo en cuenta que…

—Cierra la boca o el próximo disparo te lo meteré entre las cejas.

El hombre calló. Sawyer se pasó las manos por la cara. Le palpitaba un músculo de la mandíbula.

Para cuando señaló a Doyle, seguía pareciendo una bomba a punto de estallar.

—Sacadlo de aquí antes de que lo mate —ordenó en voz baja.

Al instante, aparecieron dos gigantes para llevarse al tal Doyle. Lo arrastraron sin ningún tipo de cuidado, mientras gruñía de dolor y dejaba un rastro de sangre tras de sí.

Unos segundos más tarde, lo único que quedaba de aquel encuentro era el camino pintado de rojo. Margo lo contempló con una mezcla de asco y terror. No entendía nada de lo que acababa de pasar.

De pronto, elevó la vista. Fue por inercia. Sawyer la estaba mirando fijamente.

—Y traed a la pelirroja —ordenó furioso.

Margo no se atrevió a resistirse.

14

Victoria

La única prueba de lo sucedido fueron las manchas de sangre en el pavimento, pues Doyle desapareció con el cuerpo y el resto de sus guardaespaldas.

Durante unos instantes, solo se oyeron los sollozos de Daniela, que seguía agachada en el suelo con las manos sobre las orejas. Victoria fue incapaz de apartar la mirada. De hecho, la mantuvo clavada donde había estado Iver unos segundos atrás. Lo único que hizo que volviera en sí fue que su amiga, en medio del llanto, se aferró a su pierna.

Victoria por fin volvió a la realidad. Caleb seguía a su lado, con los labios separados y la mirada fija en la sangre del asfalto. Ni siquiera parecía respirar. Era como si se hubiera quedado congelado en el tiempo, como una fotografía. Solo se le movía el pelo oscuro arrastrado por el viento. Todo lo demás había desaparecido. El silencio era ensordecedor.

—Caleb… —dijo ella sin saber cómo seguir.

Él no reaccionó. Seguía clavado en el sitio. Parpadeó ausente, como quien recibe un estallido de luz ante los ojos.

Victoria hubiera deseado ofrecerle unos segundos más, pero no podían quedarse ahí. Doyle y los demás se habían marchado, sí, pero… ¿quién le decía que aquello iba a durar? Estaban a tiempo de volver y acabar con ellos. Sobre todo con la habilidad de Doyle.

Teletransporte. Por supuesto que su enemigo era capaz de teletransportarse. Joder.

—Caleb —insistió apenada—, tenemos que irnos.

Se sentía como si acabaran de dispararle en el pecho, así que no quería ni imaginarse cómo debía de sentirse él. Por lo poco que había visto, Caleb e Iver se comportaban como si fueran hermanos.

¿Cómo se consolaba a alguien que acababa de ver morir a su hermano?

Preocupada, extendió la mano hacia él. Caleb reaccionó para apartarse, como si quemara, y la miró. Sus ojos eran ausentes; todavía no entendía lo que acababa de suceder.

—Lo siento, lo siento muchísimo —murmuró ella desesperada—, pero tenemos que irnos.

Caleb parpadeó, apartó la mirada y volvió a centrarse en ella. Pese a su aspecto ausente, asintió con la cabeza. Tenía el cuerpo tan tenso que sus movimientos eran robóticos y antinaturales. Especialmente cuando se agachó para tirar del brazo de Daniela y ponerla de pie. Esta había dejado de llorar, pero seguía sorbiendo la nariz.

Victoria observaba a Caleb sin saber qué hacer. Dubitativa, dio un paso hacia él.

—Lo sien… —intentó decir.

—No. Ahora, no.

Fue una respuesta tan seca que a ella no le quedó más remedio que asentir. Caleb pareció aliviado, dentro de la desgracia. Y, entonces, empezó a caminar.

Victoria no se atrevió a sugerirle que le miraran la herida del brazo.

Caleb

No sabría decir cuánto duró el camino a casa. Era todo tan irreal que podría tratarse de horas o minutos o días. Le importaba poco.

No quería llegar.

No podía mirar a Bex. No podía hablar con ella.

Él ni siquiera lo había asumido… ¿Cómo iba a decírselo? Si es que no lo había deducido, claro, porque con el auricular…

Pensar en ello hizo que visualizara el cuerpo de Iver. Cómo se sacudió por el impacto de la bala.

Con el aire atascado en su garganta, Caleb se pasó las manos por la cara, como si frotarse los ojos fuera a borrar aquella imagen.

Cuando llegaron a la casa abandonada, seguía sin tener claro lo que había pasado. No miró ni a Victoria ni a Daniela, que caminaban tras él; entró directamente, fue al salón y se enfrentó con una Bex cuyo ritmo cardíaco era frenético.

La encontró sentada junto a la mesa, en el suelo, con las rodillas pegadas al pecho. Tenía los ojos hinchados, pero ya no estaba llorando. Kyran y el gato lo observaban todo desde el sofá. Ninguno de los dos se había atrevido a acercarse a ella. Ni siquiera el pesado de Axel, que estaba atado en el fondo de la habitación, se atrevió a abrir la boca.

Caleb ya se había sentido miserable al ver a Iver, pero ver a su hermana…, tener que enfrentarse a lo que había pasado…

No supo qué decir. Simplemente, se miraron el uno al otro. Una de esas miradas que trasmite lo que no se puede explicar con palabras.

Fue Bex quien rompió el silencio.

—Habéis salido de la ciudad.

No era una pregunta.

Caleb tragó saliva. Le costaba encontrar su propia voz.

—Intenté tomar un desvío para que…, para que no nos siguieran.

Bex le mantuvo la mirada.

—Te dije que no salierais de la ciudad. Te lo dije.

—No… No sé…

—¡Te lo dije! —saltó de pronto y su voz cruzó la habitación entera como un rayo—. ¡Te dije que no lo hicieras! ¡Y tú…! ¡Tú…! ¡Es culpa tuya! ¡Es todo culpa tuya!

—Bex —intervino Victoria con suavidad tras él—, fue una emboscada. No hubo tiempo para…

—¡¡¡Cállate!!! ¡Cállate y no se te ocurra decir nada! Querías ir a tu puto bar, ¿a que sí? Solo para ir a buscar a la otra humana. Porque no podías estarte quietecita en la casa, no. Tenías que poner en riesgo a mi hermano. ¡Tenías que poner en riesgo a todo el mundo! ¡¿Por qué no podías quedarte muerta?!

Durante un minuto entero, toda la habitación se sumió en un profundo y doloroso silencio. Caleb mantuvo la mirada clavada en el suelo. No podía procesar nada de lo que estaba pasando. No entendía ni aquella discusión ni aquellos gritos. Lo único que veía era a Iver, sacudido por el impacto de la…

Volvió a frotarse los ojos desesperado. Estaba tan distraído que ni siquiera percibió la presencia de su hermano tras él.

—Bexley —intervino Brendan—, no es momento de buscar culpables. Todavía estamos a tiempo de hacer justicia.

Quizá fue la elección de palabras o quizá fue que salieran de Brendan. Por el motivo que fuera, Bex levantó la mirada y la clavó sobre él. Parecía un animal contagiado por la rabia. Quizá eso era lo que provocaba el luto: emociones crudas, sin filtro previo, sin control.

En su caso, se manifestaron mediante el salto que dio para aterrizar sobre él. Brendan trató de esquivarla, pero ella fue mucho más rápida. Bex lo agarró de cualquier manera y, de no haber sido por Victoria, aquello podría haber terminado en desgracia. Estaba histérica. Intentó darle patadas, puñetazos, incluso arañazos y mordiscos cuando Victoria empezó a gritar y a apartarla. Brendan no pudo hacer otra cosa que protegerse con los brazos. O quizá podía hacer más, pero no quería, dadas las circunstancias.

Bex gritó cosas que Caleb no quiso entender. Junto con Daniela, Axel, Kyran y el gato, era un testigo mudo de toda aquella discusión. Victoria era la única que había reaccionado a tiempo. Los empujones de Bex la mandaron al suelo, pero siguió sujetándola desde atrás. Llegó un punto en el que la pelirroja dejó de forcejear contra ella y, con la respiración agitada, miró fijamente a Brendan. Le resbalaban lágrimas amargas por las mejillas.

—¿*Tú* te atreves a decirme lo que es justo? —espetó tan histérica que la voz le temblaba—. ¿Cuándo fue la última vez que pensaste en alguien más que en ti mismo?, ¿el día que hiciste que el enfermo de Axel le quitara un ojo a mi hermano?

Brendan se incorporó sobre los codos. No parecía enfadado, simplemente, le devolvió la mirada con los labios apretados.

—Seguro que te alegras de lo que ha pasado —insistió ella entre gritos —. ¡Seguro que estás disfrutando de todo esto!

—Bex…, lo siento.

—¡¡¡Cállate!!! ¡No digas que lo sientes! ¡Cállate! ¡Ojalá hubieras sido tú! ¡Te lo mereces mucho más que él! ¡Iver es mil veces mejor que tú! ¡Lo es! ¡Y tú no…!

De pronto, dejó de hablar y un llanto insoportable se escapó de su garganta. Dejó de luchar, de forcejear y de empujar a Victoria para encogerse sobre sí misma y llorar. Caleb nunca había visto a alguien sollozar de esa manera. Era como si se le hubiera partido el cuerpo en dos y no supiera cómo recuperar la otra mitad.

Victoria se mantuvo abrazada a ella, ahora de forma mucho más cautelosa. Le acarició el brazo, pero Bex no pareció notarlo. Seguía llorando como si su garganta fuera a estallar. El maquillaje oscuro le recorría las mejillas y tenía las uñas rojas clavadas en los brazos de Victoria. Esta última no parecía darse cuenta.

Brendan se incorporó sin hacer ruido. Su mirada encontró la de Caleb, que no supo cómo interpretarla. En esos momentos, no sabía hacer nada.

—Necesito salir de aquí —susurró Bex de repente, entre sollozos—. No lo soporto. No puedo. No puedo. No…

Sin terminar la última frase, Bex se incorporó torpemente, sin equilibrio. Pareció que iba a caerse otra vez, pero terminó por moverse hacia la puerta principal.

Caleb dio un paso hacia ella, pero le sorprendió encontrarse a Victoria en el camino. Estaba muy seria.

—No —le dijo—. Brendan, cúralo. Yo me encargo de ella.

Caleb, que no se acordaba de su propia herida, asintió de forma ausente.

Victoria

Pese al momento de desesperación, Bex se movía como si fuera una pantera. Ascendió por las escaleras de un edificio abandonado y, de pronto, las dos empezaron a saltar de tejado en tejado.

Por quinta vez en un solo día, Victoria dio gracias al entrenamiento de Brendan.

Bex saltaba como si no le importara caerse. Se movía sin rumbo fijo, sin asegurarse de cuál era el siguiente paso antes de dar el anterior. Le daba igual hacerse daño y aquello daba más miedo que cuarenta matones de Sawyer.

Victoria consiguió seguirle el ritmo. No quería acercarse demasiado, pero… le daba miedo que se cayera. No podrían soportar otra pérdida. Especialmente, Caleb.

Varios edificios más adelante, Bex saltó por una cornisa sin ni siquiera medir la caída. Resultó ser de cinco pisos. Aterrizó con torpeza y se quedó con una rodilla clavada en el suelo. Cuando Victoria llegó a su lado, habían pasado varios segundos sin que esta se levantara.

—Bex —dijo con la respiración entrecortada tras la carrera—, escúchame, tenemos que…

Ella no respondió. Parecía que ni siquiera la había oído. Bex intentó ponerse de pie, pero la adrenalina hizo que volviera a darse contra el suelo.

Victoria volvió a sujetarla del brazo.

—Bex…

En aquella ocasión, la pelirroja se percató de que no estaba sola y la miró entre las lágrimas. Emitía sonidos de sollozos, aunque ya no llorara. Sonaba… doloroso.

—No voy a parar —advirtió en voz temblorosa.

—Lo sé. Pero, vayas donde vayas, no tienes que ir sola.

Por un momento, creyó que Bex volvería a echarle en cara que todo aquello era culpa suya. Y no le faltaba razón. Victoria se sentía como la peor persona del mundo, pero no se veía con valor para dejarla sola y sumirse en la autocompasión; en esos momentos, quien necesitaba consuelo era Bexley.

Entonces, la pelirroja pareció calmarse un poco. Se frotó las lágrimas con rabia y se incorporó. Las piernas habían dejado de temblarle.

—Sígueme.

Caleb

—¿Qué ha pasado?

Cualquier otra persona habría intentado hablar de temas más amenos, pero Brendan tenía la sensibilidad de un hierro oxidado.

De forma absurda, a Caleb le hizo gracia que aquella comparación pareciera de Victoria. Y le hizo todavía más gracia imaginarse las risotadas que habría soltado Iver al oírlo.

No entendía sus propias reacciones; quizá debería estar como Bex, pero era incapaz. Sus emociones seguían embotelladas y preservadas. Quizá era el instinto de supervivencia. Como las víctimas de Sawyer, que, pese a saber que estaban a punto de morir, sacaban el valor de negociar para seguir con vida.

—Ha sido una emboscada —explicó Caleb con voz ausente—. Eran siete, todos iban armados. Los acompañaba un hombre de la generación anterior. Doyle.

Brendan dejó de rodearle el brazo con la venda para mirarlo mejor.

—¿Cuál es su habilidad?

—Teletransporte. Así se acercó a él.

—Joder.

Caleb habría dado más detalles, pero no se veía con valor de hacerlo delante de Kyran y el gato, que observaban toda la escena desde la puerta del baño. Caleb consiguió mostrar una expresión mínimamente alegre. Era absurdo, pero Kyran pareció más tranquilo gracias a ello.

—¿Y estás seguro de que Iver…? —empezó Brendan.

—Sí.

—¿Seguro?

Caleb apartó su brazo y lo miró fijamente.

—Sí.

Brendan no insistió.

Victoria

Su destino resultó ser un callejón medio abandonado que había al otro lado de la ciudad. Para cuando llegaron, el sol había empezado a salir en el horizonte. Victoria se mantuvo junto a Bex, que empezó a pasear una mano por la pared de ladrillos.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Victoria dubitativa.

—No.

Durante la última hora, Bex se había comunicado con monosílabos. Victoria no quiso añadir presión, así que asintió y se dejó llevar por su compañera.

Entonces, la pelirroja encontró lo que buscaba: un ladrillo suelto que quitó dándole un puñetazo a la pared. El material se hizo trizas junto a los pies de Victoria, que se apartó de un salto. Para entonces, Bex ya estaba sacando una bolsa de gimnasio del agujero. Estaba cubierta de polvo, pero se la colgó del hombro sin limpiarla.

Para la sorpresa de Victoria, Bexley no necesitó que le hiciera ninguna pregunta para explicarle lo que era.

—Armas y munición de emergencia. Tenemos varios escondites en la ciudad. Idea de Sawyer, claro. —Una ironía muy amarga cubrió su rostro entero—. Antes, nos daba miedo acercarnos y que nos encontraran. Ahora, que se atrevan. Sobre todo, Doyle. Que se acerque a mí. Lo estoy deseando.

Victoria asintió lentamente.

—Necesitamos munición.

Quizá no debería darle alas a una decisión conducida por la histeria, pero lo consideró apropiado. Además, por un momento, le pareció que Bex se relajaba.

Al menos, hasta que se acercó a Victoria y la señaló. Su expresión había cambiado. Todavía contorsionada por el duelo, la ira y la tristeza, era la viva imagen de quien está a punto de destruir el mundo en busca de consuelo.

—Vamos a encontrar a Doyle —susurró.

Victoria, sin saber qué otra cosa hacer, asintió de nuevo. Dejó de hacerlo cuando Bex le sujetó la mandíbula con esa misma mano. Su agarre era tan duro que dolía, pero no se atrevió a apartarla.

—Y a Sawyer —añadió en un susurro terrorífico—. Oh, créeme: voy a encontrar a Sawyer.

15

Victoria

Pese a transportar una bolsa llena de armas, Bex llegó mucho antes que ella a la casa abandonada. Entró por el piso de arriba, no tenía intención de relacionarse con nadie. Ni siquiera con Brendan, que estaba sentado en el porche delantero con un cigarrillo en la boca y un mechero que iba encendiendo y apagando sin prestar demasiada atención.

Victoria se detuvo ante él.

Era raro ver a Brendan de aquella manera. Siempre le había parecido la clase de persona que se mantiene al margen de cualquier tragedia. Era el único que no se venía abajo cuando los demás sí lo hacían. Sin embargo, parecía tan cansado como el resto. Y eso que, a través de su lazo, Victoria no podía percibir una tristeza abrumadora. Era más bien hastío.

En cualquier otra persona, habría pensado que aquello era insensible; en Brendan, lo consideraba la máxima expresión de emociones de su vida.

—¿No deberías vigilar a Axel? —preguntó Victoria.

—Eso hago.

—¿Desde una estancia distinta?

—Créeme: si se mueve, lo sabré.

Victoria no insistió. ¿Para qué?

—Bex está furiosa —le contó, porque no le pareció que él fuera a pedir explicaciones—. Como es normal, supongo… Hemos ido a por armas.

Brendan asintió lentamente y exhaló el humo entre sus labios.

—Nunca vienen mal.

—¿Cómo está tu hermano?

Lo preguntó con un poco más de ansia de la que pretendía. Brendan elevó la vista y la contempló unos segundos. Victoria no sabría decir si aquello era curiosidad o sospecha, ni por qué ella misma se sentía culpable por preguntarlo.

Al final, él se encogió de hombros.

—Mal.

—¿Has mirado su herida?

—Sí, la he contemplado un rato. Era muy bonita.

—¿De verdad te parece un buen momento para ironías?

—¿Quieres que vaya llorando por los rincones, como vosotros?

—No, pero estaría bien que mostraras un poco de humanidad.

Brendan sonrió de forma amarga. Volvía a tener esa expresión de señor regañando a una niña pequeña. Victoria odiaba que la trataran como a una cría. ¡Tenía veinte años!

O… eso creía, por lo menos. Ya no estaba segura de casi nada.

—¿Qué? —preguntó Brendan—. ¿Te vas a enfadar conmigo por no llorar?

—No estoy enfadada.

—Puedo sentirlo a través del lazo. Creo que tienes ganas de quitarme el cigarrillo de una patada.

Quiso decirle que no, pero sí que sentía ganas de quitarle la sonrisita al menos. El ángulo en el que estaban —ella de pie, él sentado— le parecía adecuado para una patada, sí.

—Acaba de morir tu amigo —dijo ella en voz baja.

—Iver no era mi amigo.

—Formaba parte de tu familia.

—¿Te crees que Sawyer formó una familia? Por favor. Siempre fuimos su colonia de esclavos. Desde que decidimos ponernos en su contra, supimos lo que estaba en juego. Iver también lo sabía. Ha tenido peor suerte que el resto y ya está.

—¿También tuvo mala suerte cuando Axel le quitó un ojo por tu culpa?

Brendan le dio una calada al cigarrillo a medio consumir. Su mirada se había ensombrecido.

—Cuidado —le advirtió en voz baja.

—Me dijiste que eso lo había hecho Caleb.

—Nunca te lo dije; lo creíste tú sola.

—¿Y qué más has hecho tú que pensaba que era culpa suya?

La acusación no hizo que Brendan parpadeara. Si se sentía culpable, el vínculo no lo demostró.

—Nunca te he hecho creer nada —insistió.

—Pero ¡tampoco me cuentas nada!

—Tienes que recordarlo tú sola.

—¿Eso te dices a ti mismo para no sentirte culpable?

—¿«Culpable»? Podrías mostrar un poco de gratitud. Si no fuera por mí, habrías acabado pulverizada en esa casa en llamas. Porque Iver, Bex y Caleb no movieron ni un solo dedo. De nada.

Estaba acostumbrada a aquel tipo de respuestas. Sin embargo, nunca le había sacado el tema de su muerte. Victoria le había preguntado incontables

veces, pero nunca había logrado obtener una respuesta.

Se preguntó si la clave para sacarle información era cabrearlo.

—Qué sensible eres —ironizó.

—Iver lo era y mira dónde ha acabado. Alégrate de no haber sido tú y sigue con tu vida.

De nuevo, Victoria sintió ganas de pegarle una patada en la boca. Requirió mucho autocontrol para no hacerlo. Se conformó con quitarle el cigarrillo de los labios, lanzarlo al suelo y pisarlo con toda su rabia.

No se quedó para ver la reacción de Brendan.

Victoria se asomó a la habitación de Caleb y vio a Kyran roncando suavemente en la cama. Era el único que no entendía nada de lo que había pasado. Daniela estaba tumbada a su lado, aunque no parecía descansar con la misma calma. Bigotitos, que solía pasar de todo el mundo, era el único que no se movía de su lado. ¿Cómo de raro era que Victoria se sintiera aliviada de saber que el gato estaba con ellos?

Siguió recorriendo el pasillo. No tanto para encontrar a Bex, a la que escuchaba maldecir y cargar armas, sino para encontrar al otro habitante de la casa.

No estaba muy segura de por qué le apetecía comprobar que Caleb estuviera bien, pues tenían poca confianza. Sin embargo, sabía que estaría afectado. Además, al haberse quedado a solas con Brendan, no habría recibido demasiada atención emocional.

Tras revisar varias habitaciones, tuvo que tirar de su imaginación y empezar a buscar por los baños, la cocina y el salón de la planta baja. No estaba por ninguna parte. Al menos, en el interior de la casa.

Volvió a su dormitorio, más por casualidad que por conciencia. El niño y Daniela seguían durmiendo, y Bigotitos seguía limpiándose una pata con la

lengua. El gato la observó con sus ojos dorados. Especialmente, cuando ella se acercó a la ventana entreabierta y asomó la cabeza.

Efectivamente, ahí estaba Caleb. Se había sentado en el tejado, le preocupaba poco la altura de la caída. Seguía llevando la misma camiseta manchada de sangre, pero tenía la herida vendada. Era un pequeño alivio.

Mientras Victoria lo observaba desde la ventana, tuvo la extraña sensación de haber vivido aquello en el pasado.

Estuvo a punto de preguntar si podía salir con él, pero algo le dijo que no la echaría. Así que se sujetó al marco de la ventana y se encaramó al tejado. Al hacerlo, casi se golpeó con la canaleta —si Brendan la viera, se reiría de ella—, pero terminó por mantener el equilibrio. Era un poco resbaladizo y, de haber sentido la temperatura, habría notado lo caliente que estaba pese a que empezaba a amanecer.

Caleb no la miró. Parecía no haberse dado cuenta de que estaba ahí. Pese a ello, Victoria se tomó su silencio como una invitación y se sentó a su lado.

No sabía muy bien qué iba a hacer. O qué podría necesitar Caleb. Aunque, pensándolo bien…, ¿qué podía necesitar alguien que acababa de perder a su mejor amigo? Nada. Un poco de silencio, como mucho.

Pero ella nunca supo cómo callarse la boca.

—Em… ¿Qué tal la herida?

Fue la pregunta más estúpida de la historia.

Caleb, por un momento, pareció no haberla oído. Al menos, hasta que parpadeó y se volvió para mirarla fijamente.

Pese a tener la misma cara que su hermano, le pareció que Brendan siempre era mucho más hostil. Y eso que, dadas las circunstancias, Caleb tenía derecho a estar cabreadísimo con ella; todo aquello era culpa suya. De su necesidad de ir al puñetero bar.

Pero Caleb no aparentaba enfado. Ni siquiera rencor. Simplemente, estaba agotado. Tenía los ojos oscuros ensombrecidos, el pelo desordenado y salpicaduras de sangre por la mandíbula y la frente. La viva imagen de alguien que no sabe qué hacer después de ver lo que había visto.

—¿La herida? —repitió confuso.

—La que tienes en el hombro. La bala no ha entrado, ¿verdad? Porque sacar una bala es bastante… Em…

No supo qué más decir. Él la miraba como si estuviera loca y quizá lo estaba, pero es que no sabía cómo puñetas sacarle conversación.

Por fortuna, Caleb resultó ser el único que no se enfadó con ella en todo el día; en lugar de mandarla a la mierda, respiró hondo y respondió a sus preguntas tontas.

—La bala solo me ha rozado.

—Ah, bueno… Qué bien. Me alegro.

Silencio incómodo.

Caleb seguía mirándola. Parecía que esperaba… algo. Y ella, que solía tener conversación para los momentos más incómodos de la vida, no supo qué decir. Se estaba poniendo nerviosa. Se llevó las rodillas al pecho y desvió la mirada.

—Bex ha ido a por unas armas que tenía escondidas en…

—Lo sé.

—¿Te lo ha dicho?

—He oído tu conversación con Brendan.

Ah, claro. Su habilidad de espía secreto. Victoria estuvo a punto de sentirse aliviada por ahorrarse una explicación, pero entonces recordó las palabras de su hermano. Todas las tonterías que había soltado sobre Iver, sobre alegrarse de no haber sido él. Caleb también habría oído esa parte.

Alarmada, volvió a mirarlo. Él se había girado hacia el frente. Su expresión se mantenía serena. Ella, sin embargo, supo que estaba dolido.

—No… No le hagas caso —le advirtió Victoria apenada—. Es un capullo, pero no…

—¿No lo piensa? —finalizó Caleb por ella y luego sacudió la cabeza—. Ambos sabemos que sí.

—Bueno, porque es un capullo, pero no hay que hacerle caso.

—Me sorprende que no le hayas dado una patada.

—No negaré que las ganas estaban ahí, pero…, em…, no me parecía el mejor momento. Me he conformado con robarle el tabaco.

Se lo sacó del bolsillo, muy orgullosa. Le pareció que a Caleb le pasaba un pequeño brillo de diversión por la mirada, pero duró poco. Especialmente cuando le quitó el paquete de la mano con suavidad y se llevó un cigarrillo a la boca. Mientras él se lo encendía, Victoria se abrazó las rodillas.

Enseguida recordó que debería estar consolándolo, no quejándose de Brendan. Aunque, siendo cien por cien honesta, no estaba muy segura de si sacarle el tema de Iver sería una buena idea. Igual era mejor dejar que él lo hiciera, ¿no?

—Nunca pensé que Sawyer fuera capaz de hacer todo esto —admitió Caleb entre dientes.

Victoria no quiso decirle que ella sí lo pensó muchas veces.

—Por lo poco que sé —murmuró—, empezó a volverse loco mucho antes de mat… En fin, antes de *esa* noche.

Caleb tardó un rato en responder. Seguía fumando y mirando a la nada. La luz del amanecer, que debería haberle iluminado el rostro, no hacía más que ensombrecerle las facciones cansadas.

—Sawyer puede ser muchas cosas —dijo finalmente—, pero nunca se ha comportado de forma tan errática. Retener a Margo, lo que te hizo a ti, lo de Iver…

Al murmurar eso último, torció el rostro de forma casi imperceptible.

—Bex tiene razón —finalizó—. No debería haber sido Iver.

—Bex hablaba por el impacto del momento.

—Pero tiene razón. No debería haber sido Iver. Y yo no debería haber salido de la ciudad. Me dijo que no lo hiciera.

Victoria empezaba a sentir que la situación superaba sus capacidades de consuelo. Además, le faltaba mucha información que no podía recordar. ¿Cómo iba a ayudar a nadie si no se podía ni ayudar a sí misma? ¿Cómo iba a consolar a Caleb si no tenía todos los datos de su historia con los mellizos?

Aun así, se frotó los ojos cansada y volvió a la conversación.

—¿Te dijo por qué era mejor que no salieras de la ciudad?

—Nunca quise saberlo. Quizá debí preguntarlo.

—Pero… las visiones de Bex no cambian. Siempre acaban cumpliéndose, de una forma u otra.

—Debí preguntarlo.

—Caleb —insistió ella—, ha sido todo… muy repentino. No podías hacer nada más.

—Podría haberles dicho dónde estaban los demás.

—Entonces, nos habrían matado a todos.

—¿Y qué sentido tiene alargarlo? Tú no te acuerdas de Sawyer, pero yo sí. No va a parar hasta que nos encuentre a todos.

—Entonces, tendremos que encontrarlo nosotros primero.

—Sin Iver.

Aquellas dos palabras, tan simples, hicieron que Victoria se sintiera devastada. Caleb, a diferencia de Bex, no iba a llorar ni a enfadarse ni a jurar venganza contra Sawyer. Su única forma de enfrentar la situación era mucho más discreta, pero no por ello menos profunda. Esa fue la primera señal de cuán intenso era su dolor. Victoria supo que, por mucho que dijera, no iba a aliviarlo.

Dubitativa, posó una mano en el hombro de Caleb. Él no se movió. Puede que no se diera cuenta, aunque en el fondo Victoria sintió que sí era consciente.

—Podría haber sido yo —dijo— o podrías haber sido tú. Ha sido él. Doyle sabía lo que hacía y no había forma de detenerlo. Pero Iver se ha sacrificado por su hermana y por los demás. No ha sido en vano, Caleb.

—No se merecía ser él.

—No —admitió Victoria—. Igual que ninguno de vosotros se merecía que ese hombre os adoptara y os convirtiera en armas, pero Sawyer no es un ser de luz.

Caleb emitió algo parecido a una risa. Fue un sonido muy triste.

—No —admitió en voz muy baja.

—Puto Sawyer. ¿Por qué siempre hablamos como si fuera inmortal? Que yo sepa, ni siquiera es como nosotros.

—Pero sabe más de lo que somos que nosotros mismos.

—Pues lo secuestraremos y lo obligaremos a decírnoslo.

Caleb sacudió la cabeza.

—Ojalá fuera así de fácil.

—Lo es. Solo es un humano.

—Que bajó la guardia una vez y, desde entonces, no se ha recuperado. ¿Crees que volverá a hacerlo?

—No necesito que baje la guardia; si la tiene bien alta y visible, será más fácil darle un puñetazo.

Caleb no dijo nada, pero ella volvió a tener la breve sensación de que esbozaba una pequeña sonrisa.

Aquello le pareció suficiente y decidió que era hora de permitirle un poco de soledad.

Caleb

La herida sí que había empezado a dolerle, o eso creía. No estaba muy seguro de nada.

Mientras volvía a su dormitorio, trató de no recordar lo que había visto. No quería pensar en Iver ni en Doyle, ni mucho menos en Sawyer.

Porque, por algún motivo, le dolía mucho más acordarse de Sawyer que de Iver. ¿Tenía sentido?

En el fondo, siempre pensó que su antiguo jefe sería incapaz de hacerles daño y que, por mucho que estuvieran en bandos opuestos, siempre formaría parte de aquella extraña familia. Nunca pensó que perdería a uno de los mellizos, mucho menos que sería por la mano de Sawyer.

Qué iluso era. ¿Por qué mantenía la esperanza de que todo aquello cambiara?, ¿de que fuera una pesadilla? Una vocecita en su cabeza no dejaba de preguntarse a cuánta gente tendría que perder para asumir por fin que Sawyer jamás los quiso.

Lo único que logró distraerlo fue el olor de Victoria, que seguía presente en la habitación. Sus sentidos estaban tan acostumbrados a ella que, aunque se hubiera marchado, su aroma se imponía al de Daniela, Kyran y el gato,

que permanecían en la habitación. Caleb intercambió una mirada con el gato y le dio la sensación de que estaba un poco triste.

Tras eso, bajó las escaleras con los hombros hundidos. Necesitaba darse una ducha. Su opción habitual era ir a la casa de Victoria, pero aquello ya no le parecía buena idea. Por primera vez, se preguntó cómo harían para que los demás pudieran tener agua corriente y electricidad. Una cosa era encontrar un sitio en el que lavar a un niño y otra muy distinta era tener a toda una legión con necesidades básicas por cubrir.

Sí, estaba intentando no pensar en Iver. Su cerebro seguía sin asumirlo y, además, seguía sintiéndose en peligro. Tenían que ponerse a salvo, ¿no? Luego, ya habría tiempo para… Bueno, ¿para qué?, ¿para vengarse? No iba a servir de nada. Nada servía de nada.

Bex se encontraba en una de las habitaciones vacías. En todos aquellos meses, Caleb no la había visto en ninguna de ellas. Siempre se quedaba en la planta baja, planificando, entrando y saliendo. Y, aunque hubiera ocupado un dormitorio por primera vez, Caleb supo que no estaría descansando. Más que nada por el sonido de armas cargándose.

Bex no se molestó en disimular. Ni siquiera cuando Caleb abrió la puerta y la encontró poniéndole munición a una escopeta. Tenía una bolsa de deportes abierta a su lado, varios cuchillos y dos pistolas más.

Su aspecto era lamentable, claro. ¿Qué pintas podía tener alguien que acababa de perder a su hermano? El maquillaje se le había corrido hasta las comisuras de la boca, su pelo —siempre arreglado— estaba hecho un nido, tenía rasguños en los brazos y, por supuesto, los ojos hinchados.

Caleb nunca había visto llorar a su amiga. Nunca, ni una sola vez. Iver era el sentimental de los tres.

Pero, por primera vez, se percató de que también era el núcleo que los unía a todos, de alguna forma. Quería a Bex, pero, sin Iver, no sabía cómo

acercarse a ella. Mucho menos en aquellas circunstancias.

Por suerte, su amiga reaccionó por ambos.

—Si vienes a decirme que deje las armas, te puedes ir a la mierda.

Él se adentró un paso más en el dormitorio.

—Nos vendrán bien.

Bex hizo como si no lo hubiera oído y siguió cargando la escopeta. Quizá no lo había oído de verdad.

—He tenido una idea —dijo Caleb entonces.

—No me interesa.

—Tenemos que ponernos a salvo —explicó igualmente—. Hay una pequeña posibilidad de que nos hayan seguido y estén pensando en cómo atacarnos. Además, lo que más miedo me da es que no sé cómo nos han encontrado en la carretera.

—No me iré a ningún lado.

—Bex…

—Que vengan. Lo estoy deseando.

—¿También deseas que se lleven a Kyran o que le hagan daño?

Bex, por un momento, dejó de cargar la escopeta. Fue como si acabara de acordarse, por primera vez, de la existencia de los demás habitantes de aquella casa.

—¿Y qué quieres hacer? —preguntó medio desubicada.

—Irnos a un sitio donde tengamos agua corriente por lo menos. Y nos alejemos un poco más del centro de la ciudad.

—Imagino que tendrás alguna idea.

—Ninguna que sea lo suficientemente buena.

—¿Y eso quiere decir…?

—Que no se me ocurre ningún lugar en el que Sawyer no vaya a buscarnos. Al menos, durante el tiempo que necesitemos para prepararnos y

matarlo.

Fue la primera vez que Caleb usó esas palabras. Al decirlo en voz alta, se percató de lo muchísimo que necesitaba ver a Sawyer. Y, curiosamente, no era para matarlo; quería que lo mirara a los ojos y asumiera lo que les había hecho. A ellos, que habían sido como sus hijos. A todos.

De nuevo, las emociones humanas no tenían ningún tipo de sentido.

Bex lo miró. Parecía estar viéndolo por primera vez. Esbozó una pequeña sonrisa, pero no hubo nada tierno o cálido en ella. Era simplemente una persona buscando venganza.

—Hay alguien a quien tenemos más a mano —comentó, echándose la escopeta al hombro.

Victoria

—¿Me has robado el tabaco?

Victoria se llevó una mano al corazón.

—¿Yo?

Brendan se cruzó de brazos.

—Sí, tú. Y no me mientas.

—Pues no preguntes.

Brendan seguía sentado en los escalones del porche, tal y como lo había dejado unos minutos atrás. Victoria se preguntó si todo aquello le estaba afectando más de lo que dejaba entrever. Pensó en buscarlo en su vínculo, pero le parecía una invasión de su intimidad. Había cosas que ni siquiera él, cuando se comportaba de aquella forma tan capulla, se merecía.

Victoria pensó en sentarse a su lado, pero se sentía inquieta y terminó dando vueltas por el patio. Mantuvo los labios apretados, los brazos cruzados y la mirada perdida. Era extraño, porque sentía que su corazón se había partido por alguien a quien ni siquiera recordaba del todo.

—¿Por qué no puedo recordar a Iver? —se preguntó en voz alta—. ¿Y por qué parece que estoy de luto cuando, en realidad, es como si no nos conociéramos?

Brendan se encogió de hombros, era poco sensible ante la situación.

—Los recuerdos suelen volver por orden cronológico. Por eso recuerdas mucho de la rubia asustadiza, pero no demasiado de Iver.

—¿Y no podrías ayudarme a recordarlo todo?

—Sawyer siempre nos decía que una vez forzaron la recuperación de recuerdos en un extraño y que los perdió todos. ¿Quieres que te pase eso?

—No sé, pero me sorprende que sigas creyéndote lo que te cuenta Sawyer. Además…

—¿Cómo está Caleb?

La pregunta de Brendan hizo que ella se detuviera. Y, sobre todo, que lo mirara perpleja. Que la interrumpiera no fue una sorpresa; siempre lo hacía. Ahora… ¿que se preocupara por otro ser vivo? Aquello sí que era una novedad.

—¿Eh? —preguntó como una boba.

—Nada, déjalo.

—No, no. Está bien. Bueno…, no, no está bien. Está regular. Todo lo regular que se pueda estar.

Brendan enarcó una ceja.

—Qué información tan precisa.

—Quiero decir… que está triste, pero es una persona muy racional. Dudo que se deje llevar por esa tristeza.

En esa ocasión, Brendan asintió.

Durante unos instantes, permanecieron en silencio. De hecho, toda la casa lo respetó. No había ni ruidos ni quejas ni nadie que quisiera imponer su opinión. No había ni tiros ni peligro por ningún lado. Victoria sintió el viento en su piel y deseó sentir también el frío o el calor o lo que fuera. Deseó poder quedarse justo en ese momento, en silencio y sin que nadie estuviera en peligro.

Entonces, oyeron que alguien cargaba una escopeta tras ellos.

Brendan se incorporó de un salto y dio un paso atrás. Victoria, paralizada, tan solo pudo contemplar el interior de la casa. Estaba segura de que sería Doyle, que había vuelto a por ellos. Por algún motivo, tan solo pudo pensar en Kyran y en Bigotitos, e incluso en Daniela, que seguían durmiendo en el piso de arriba.

Estaba a punto de salir corriendo cuando, de pronto, vio que se trataba de Bex. Con el pelo hecho un desastre, el maquillaje corrido y una escopeta en las manos, fue directa al salón.

Victoria tan solo necesitó cruzar una mirada con Brendan para correr tras ella.

Caleb

Fue el primero en llegar junto a Axel. No tenía la menor intención de salvarle la vida, pero no quería que Bex tomara una decisión de la que fuera a arrepentirse toda la vida.

Caleb se plantó a su lado con los brazos cruzados. Axel, mientras tanto, se retorcía contra la silla para librarse de las ataduras. Teniendo en cuenta

que Caleb se había encargado de ellas, no iba a quitárselas ni en broma.

¿Era muy cuestionable que se alegrara de su miedo? Porque, al percibir la tensión del ambiente, Axel había empezado a sudar y se le había acelerado el pulso. Incluso se le triplicó el ritmo cardiaco en cuanto apareció Bex con la escopeta.

—¡E-eh…! —gritó Axel, retorciéndose tan fuerte que casi tiró la silla—. ¡Espera, no…!

Bex ni se lo pensó. Se detuvo ante él y, con el pecho subiéndole y bajándole a toda velocidad, lo apuntó en la frente. Axel ahogó un grito y trató de apartarse, pero sus ataduras le impedían hacer cualquier movimiento brusco. Se había quedado tan blanco como su pelo.

Justo cuando Caleb iba a apartar la escopeta, una nueva mano se colocó sobre las de Bex. En cuanto se percató de que era Victoria, Caleb sufrió un breve momento de pánico. No solo por la tensión del ambiente, sino por el hecho de que estuviera tan cerca de una Bex furiosa y armada.

Mientras pensaba esto, la pelirroja se apartó de un saltó y movió la escopeta para apuntarla a ella.

—¡No me toques! —exigió totalmente fuera de sí—. ¡Y apártate!

Victoria se había quedado paralizada. Observó la situación con los ojos muy abiertos y las manos suspendidas en el aire sin saber qué hacer.

Caleb no se lo pensó; automáticamente, fue donde estaban ellas y se metió en medio de la trayectoria de la escopeta.

Victoria

Lo de que la apuntaran con un arma empezaba a ser habitual, pero… no, no se esperaba que lo hiciera Bex.

Seguía tan perpleja que no procesó que alguien se había colocado ante ella hasta pasados unos segundos. Por un momento, pensó que era Brendan. Reconocía ese pelo oscuro, esos hombros anchos… Pero no. Brendan seguía en la entrada del salón. Caleb, en cambio, no había dudado un segundo en ponerse entre ella y un arma cargada.

—Caleb —le advirtió Bex con voz temblorosa—, apártate.

—Dame la escopeta.

—Quítamela tú si tanto la quieres.

Victoria sabía que Caleb podría quitársela. También sabía, sin embargo, que Bex era perfectamente capaz de ofrecerle una pelea muy complicada. Debió de ser lo que pensó él también porque, pese a la amenaza, no actuó en consecuencia.

—Matar a Axel no cambiará nada —murmuró Caleb.

—Dejarlo vivo tampoco.

—Por lo que sabemos —intervino Victoria con cautela—, Sawyer podría querer a Axel con vida. Si lo mantenemos con nosotros… No sé, igual no se atreve a atacar tan directamente.

Se sintió estúpida nada más decirlo; Bex empezó a reírse como si aquello fuera lo más doloroso y gracioso que había oído en su vida, y Brendan emitió un sonido de burla. Roja de vergüenza, Victoria vio que incluso Caleb le lanzaba una miradita por encima del hombro.

—A Sawyer no puede importarle menos este pringado —aseguró Bex, al borde de la risa histérica—. Por favor, seguro que ni se acuerda de él.

Axel seguía luchando contra sus ataduras sin mucha suerte. Ese último comentario hizo que, por un momento, agachara la mirada.

—Solo era una idea —se defendió Victoria, avergonzada—. Aunque, no sé, matarlo a sangre fría…

Iba a terminar aquella frase, pero entonces oyeron un zumbido curioso. Bex se volvió con vehemencia, mientras que Caleb frunció el ceño confundido. Incluso Brendan, que siempre se quedaba al margen de las situaciones, dio unos cuantos pasos hacia el centro de la habitación.

Se trataba de un pequeño altavoz. Parecía un sistema de radio. Estaba colocado encima de los mapas. Victoria no terminó de entenderlo hasta que recordó el auricular que Iver había llevado puesto durante todo el día. El que había usado para comunicarse con su hermana.

Aquello debió pensar Bex, porque… Sí, por un triste momento, un rayo de esperanza le cruzó la mirada. Incluso bajó la escopeta como si no pudiera seguir sosteniéndola.

Margo

Teniendo en cuenta que la estaban apuntando con tres pistolas, que acababa de ver un cadáver y que Sawyer estaba sentado en el sofá que tenía delante… Sí, era complicado encontrar las palabras adecuadas.

Tenía el pequeño auricular conectado a un altavoz. La luz que entraba por las ventanas del barquito la estaba cegando; ¿cuánto tiempo había estado encerrada en ese camarote sin ver el sol? Podrían haber sido horas, pero se sentía como si hubiera envejecido veinte años.

Margo contempló a Sawyer con temor. Él permanecía ante ella, con la camisa manchada de sangre y la frente apoyada en los dedos entrelazados. Pese a que no la estaba mirando, Margo se sintió muy presionada.

Ante su momento de dudas, uno de los grandullones la empujó con la punta del arma. Tras dar un brinco, Margo se acercó el auricular a los labios.

Victoria

La tensión era obvia. Todos se habían acercado a la mesa. Bueno…, todos menos Brendan, que se había aproximado disimuladamente a Axel y permanecía a su lado.

Bex se acercó el auricular desesperada.

—¿Hola? —dijo con voz temblorosa—. ¿I-Iver…?

Margo

Al oír el nombre de Iver, Margo elevó la mirada. Sawyer había apretado la mandíbula. Por primera vez, miró fijamente a Margo. Estaba cabreado. Quería que hablara.

—No —dijo ella, totalmente hundida—. No, lo siento… Yo no…

Victoria

¿Esa voz…?

Bex pareció todavía más confusa. Victoria, no obstante, le quitó el auricular con urgencia y se lo llevó a los labios.

—¿Margo? —preguntó—. ¿Eres tú?

Margo

¿Esa voz…?

¿Podía ser…?

Sawyer levantó la cabeza como si acabara de recibir un latigazo. Margo, mientras tanto, sintió que su corazón empezaba a latir con esperanza. Y con confusión. Y con miedo.

—Vic… —dijo a media voz—. Joder, dime que no es una broma, que estoy a punto de hacerme pis encima de la emoción.

Sawyer puso los ojos en blanco.

Victoria

Victoria esbozó una enorme sonrisa.

—No es una broma —le juró—. ¿Estás bien? ¿Estás viva?

—¿No debería ser yo la que hiciera esa pregunta? ¿Se puede saber dónde…?

No terminó la frase, cosa que le sorprendió. Lo que sí se oyó fue un rumor extraño, como si acabaran de arrebatarle el auricular.

Y entonces sonó una persona muy distinta.

—Así que sigues viva —murmuró una voz masculina—. Eres peor que una cucaracha.

Solo por la reacción de la habitación, Victoria supo que se trataba de Sawyer.

Bex inspiró con fuerza, Axel dejó de forcejear, Brendan agudizó la mirada… El único que permaneció impasible fue Caleb. Se encontraba justo al lado de Victoria, con las manos apoyadas en la mesa y la mirada clavada en el altavoz. No hubo ni una sola muestra de reacción por su parte. Bueno…, sí, sí que la hubo. No entendió cómo, pero ella sintió que había tensado las manos de forma casi imperceptible.

Margo

Ahora que no tenía el auricular, Margo pensó que iban a echarla otra vez. No lo hicieron, parecía que Sawyer se había olvidado de ella. Se apoderó del auricular y lo mantuvo pegado a su boca. La mirada permanecía fija sobre el altavoz.

—No me digas que te has quedado sin palabras —prosiguió él con media sonrisa forzada—. Supongo que ir al bar fue idea tuya, ¿no?

De nuevo, silencio.

—Ay, Victoria… —Sawyer chasqueó la lengua, como si fuera un padre decepcionado—. Mira lo que has conseguido. Pobre Iver.

Victoria

Observó a Bex, temerosa de su reacción. La pelirroja, sin embargo, se había quedado completamente paralizada. Debía de sentir tanta rabia que era incapaz de demostrarla.

—Tengo entendido que sufres una pequeña amnesia pasajera —siguió Sawyer con cierta sorna—. Una pena que las cosas no siempre salgan como nosotros queremos, ¿eh?

Hablar con Sawyer le provocó más tensión que el encuentro con los hombres armados. Era incomprensible, pero una sola palabra de ese lunático intimidaba más que cuarenta hombres armados.

—¿Por qué tienes a Margo? —preguntó Victoria por fin.

Margo

La pregunta hizo que Sawyer la mirara.

Desde la discusión, Margo tuvo la sensación de que esa mirada estaba mucho más avivada de lo habitual. Siempre le había parecido vacía y carente de emociones, pese a su carisma. Sin embargo, ahora mostraba todos y cada uno de sus sentimientos.

Principalmente, furia.

En silencio, Margo deseó que su nombre no hubiera salido en la conversación.

—Es mi nueva incorporación —explicó Sawyer, mirándola con una especie de advertencia que ella no entendió—. Mi favorita, de hecho. Ahora que se ha animado, quizá le pida a Brendan que la transforme para mí. Y, luego, le borraría la memoria. Imagínate qué arma tan útil.

Pese a que Margo intentó ocultar su pánico, la sonrisa de Sawyer le dejó claro que no lo iba a conseguir. Tensa, se agarró las rodillas. Necesitaba hacer algo con las manos. Cualquier cosa.

Victoria

—Déjala en paz —exigió Victoria en voz baja y tensa—. Es solo una humana y no sabe dónde estamos.

—¿«Solo una humana»? ¿Te parece que esa es forma de hablar de tus amistades, Victoria? Acabas de romperle el corazón.

—¡Déjala en paz!

—¿De la misma forma que tú dejaste en paz a mis chicos?

Tras esa frase, hubo un instante de silencio.

—Sé que estás ahí —añadió Sawyer con un tono cargado de mil emociones distintas—. No me digas que ahora te escondes de mí, *Kéléb*.

Caleb, a su lado, tragó saliva. Victoria dudó entre darle el auricular o no. Le pareció que era una idea pésima.

Margo

Pese a que fingió cierta indiferencia, Margo notó que Sawyer se había tensado. Esperaba una respuesta con el auricular tan apretado que se le habían puesto los nudillos blancos.

Entonces se lo acercó a la boca y empezó a hablar en un idioma que ella no reconoció.

Victoria

Hablaba tan deprisa que Victoria no entendió nada. Lo único que comprendió fue que Caleb se había quedado blanco. Con un aire furioso que no iba acorde con su aura habitual, Caleb le quitó el auricular de la mano y se alejó unos pasos de la mesa.

Con la otra mano, había apretado tanto el puño que se le habían puesto los nudillos blancos.

—¿*Tú* me pides explicaciones a *mí*? —preguntó en voz baja, casi un susurro—. ¿Después de todo lo que has hecho?

Margo

Por algún motivo, Sawyer pareció aliviado al oír su voz. Incluso esbozó media sonrisa. Parecía un poco irónica, pero era media sonrisa.

—Mi chico favorito —murmuró—. ¿Me has echado de menos?

—¿Cómo has podido hacerle esto a Iver?

Caleb consiguió que no se le alterara la voz, pero Margo detectó el dolor que ocultaba aquella pregunta. Y lo entendió, entre otras cosas, porque Sawyer cerró los ojos por un momento.

Pensó que le diría que aquel no era el plan inicial, que él también se había sorprendido con la muerte de Iver. Pero… no.

—Siempre he sido claro con las normas —explicó en un tono calmado parecido al de Caleb—. Además, por lo que tengo entendido, Iver fue quien

empezó esa pelea.

—Nos estaban amenazando.

—E Iver se arriesgó y perdió. Sabíais que traicionarme traería consecuencias. Ahora ya sabéis cuáles son.

Victoria

Pese a que estaba preocupada por Caleb, la que más le llamaba la atención era Bex. Las lágrimas habían vuelto. Aunque, por su expresión, parecían de furia. Se aferraba con fuerza a la escopeta, intentando mantener el juicio. O quizá estaba sometida a un trance del que no sabía escapar, porque no había movido ni un solo músculo.

—Podrías habernos dejado en paz —dijo Caleb entre dientes—. Podrías haber seguido con tu vida.

—¿Acaso no me habéis buscado?

—¿Cómo vamos a vivir tranquilos mientras nos persigues?

—¿Y cuál es la solución? ¿Matarme? —Hizo una pausa para reírse—. ¿Eso harías si me vieras, *Kéléb*?

Victoria notó el leve gesto de furia de Caleb. Lo hacía cada vez que Sawyer usaba ese nombre. Lo que la llevaba a un vago recuerdo en el que…

Irritada, se frotó las sienes. Había empezado a dolerle la cabeza.

—¿Quieres saber mi opinión? —prosiguió Sawyer, aunque nadie le respondiera—. Creo que, en el fondo, te arrepientes de lo que pasó. Sabes que elegir a la chica por encima de la familia fue un error. Y ahora ya no sabes cómo solucionarlo. Sabes que es demasiado tarde. Que ya no hay solución. No para el pobre Iver, desde luego.

Bex soltó algo en ese idioma que Victoria seguía aprendiendo. Sonaba a insulto. Y la siguiente palabra también. Le quitó el auricular a Caleb con toda la rabia y empezó a gritar fuera de sí. La escopeta le temblaba peligrosamente en la mano, pero nadie se atrevió a quitársela.

Margo

Esos gritos sonaban… devastadores. Pese a ello, Sawyer se mantuvo impasible.

—Ah, Bexley… —dijo, como si la interrupción le molestara—, estabas tardando mucho en buscar protagonismo.

—¡¿Protagonismo?! —gritó ella desquiciada—. ¡Lo has…! ¡Eres un…!

Los insultos en el otro idioma se reanudaron. Sawyer se mantuvo sentado con calma y una pequeña sonrisa que no sentía de verdad.

—Insúltame todo lo que quieras —dijo tan tranquilo—. El momento de enfadarte era antes, cuando el cachorrito arrastró a tu hermano hacia el bar y terminó muerto por su culpa.

Victoria

Qué cabrón.

Bex cerró los ojos con fuerza. Victoria podía sentir su debate interno. Su necesidad de elegir un enemigo.

Por suerte, se quedó con el correcto.

Con el auricular en la mano, fue directa hacia Axel y levantó la pistola. Solo que, en lugar de apuntarlo, le dio un golpe brutal con la culata. El chasquido que hizo la nariz fue terrible, y el alarido que soltó el chico fue todavía peor. Brendan lo contempló con los ojos entornados, pero no intentó impedirlo. Caleb, en cambio, se acercó a quitarle el arma a la pelirroja antes de que pudiera asestar otro golpe.

Para entonces, Axel gruñía de dolor e intentaba respirar entre bocanadas de sangre. No le dejaba de salir y era oscura. Victoria apartó la mirada.

—¿Lo oyes, imbécil? ¿Sabes quién está lloriqueando? —espetó Bex—. ¿Qué sentirías si le hiciera lo mismo que tú le has hecho a mi hermano?

Margo

Pese a que ella se había cubierto la cara con las manos de manera inconsciente, Sawyer se mantuvo tan tranquilo como de costumbre.

—Me sorprendería gratamente —confesó—. Es una iniciativa que jamás esperaría de ti.

—¿Te crees que necesito tu puta aprobación?

—Ay, Bexley… Tantos años y sigues haciéndote la dura. Iver ni siquiera era tu hermano de verdad. Además, yo te di unos cuantos más. Formamos una familia. Si empezaras a apreciar que no estás sola, entenderías que…

Un nuevo golpe hizo que se callaran. Los alaridos del tal Axel hicieron que Margo empezara a marearse. Oh, no. Iba a vomitar.

Victoria

En esta ocasión, fue ella misma quien inmovilizó a Bex antes de que pudiera darle otra patada a Axel. Se la había clavado en la cara. No dejaba de sangrar. El olor a sangre empezó a marearla, pero luchó contra sus instintos y siguió reteniéndola.

El auricular había terminado en el suelo. Entre los gimoteos de Axel y los gruñidos de Bex, parecía que todos se habían olvidado de él.

Todos, menos Brendan.

Con una calma que no sentía nadie más en aquella habitación, se agachó para recogerlo y le quitó unas cuantas salpicaduras de sangre.

—Bueno —dijo—, ahora que ya te has divertido un poco con los demás, ¿puedes ir al grano?

Margo

Por primera vez desde que lo conocía, le pareció que Sawyer estaba a punto de perder los papeles. Esa voz sonaba parecida a la de Caleb, pero no lo era.

Brendan.

No sabía qué historia compartía con Sawyer, pero estaba claro que no era muy buena, pues su captor había apretado la mandíbula y esbozaba una mueca de desagrado. No lo había hecho con nadie más.

Tras una risa poco sincera, Sawyer se pasó una mano por el pelo. El objetivo era echárselo hacia atrás, pero solo logró manchárselo de sangre y dejar que algunos mechones rubios le cayeran contra la frente.

—¿Te estoy aburriendo, Brendan? —preguntó entre dientes.

—Tiendes a aburrirme, sí.

—No te imaginas cuánto lo lamento.

—¿Ironía, Sawyer? Qué original.

Margo tuvo que admitir que, aunque estaba aterrada, disfrutó un poco de ver que Sawyer cerraba los ojos para contenerse.

—La originalidad está sobrevalorada —comentó él.

—Ya lo creo. Por cierto, Margo, ¿estás por ahí? Te desearía suerte, pero eres mil veces más lista que este idiota. También te diría que tengas cuidado, pero espero que surja la oportunidad de darle un puñetazo. Ahora mismo, eres la envidia de toda la casa.

Mientras Margo contenía una sonrisa, Sawyer la fulminó con la mirada.

—Por el bien de esta negociación, Brendan, te pediré que me dejes hablar con…

—Ah, pero esto no es una negociación. Además, aunque lo fuera, la has roto al matar a Iver.

—No me interesa entrar en…

—Pobre Iver. El bueno del grupo, el gracioso. ¿Qué crees que habrá pensado en los últimos momentos, Sawyer? Podrías haber matado a cualquiera y has ido contra el único que te perdonaría, aunque no lo merezcas. El único que no te pegaría el tiro entre las cejas que te mereces.

Sawyer permaneció en silencio. Fue curioso ver que Brendan se lo comía sin despeinarse.

Cuando intentó responder, Brendan siguió hablando:

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto? Que por fin te has quitado la careta. Por fin le has mostrado a los demás lo que yo siempre he visto. ¿Quieres hablar con Caleb?, ¿con Bex? ¿Y qué coño vas a decir? ¿Que lo sientes mucho, pero es culpa suya? Porque no es culpa tuya, ¿no? Nunca lo es.

—No voy a…

—¿Quieres negociar? —interrumpió Brendan y Margo pudo sentir su sonrisa a través del altavoz—. Pues negociemos: en nuestro bando, tenemos un grupo de extraños con muchas ganas de matarte y, gracias a ti, nada que perder. También tenemos a tu mejor empleado aquí mismo, atado a una silla y con la nariz rota. Y, en tu bando…, ¿qué? ¿Qué tienes tú? ¿Una humana que no sabe dónde estamos?, ¿dinero? Dime, ¿qué pretendes que negociemos?

En algún punto de aquella frase, Sawyer respiró hondo y empezó a reírse entre dientes. Pese a la aparente diversión, estaba claro que su cabreo iba en aumento.

—Me temo que la humana, como dices, es bastante lista. Ya me ha dicho todo lo que necesito saber. ¿Cómo te crees que os hemos encontrado? Piensa bien tus próximas palabras, Brendan, porque…

—¡Es mentira! —interrumpió Margo, sin poder contenerse—. ¡Alguien os ha seguido desde el bar, lo he oído! ¡No saben dónde estáis, pero van a intentar rastrearos, tenéis que…!

Furioso, Sawyer se lanzó hacia ella. Margo intentó escabullirse, pero él terminó por cubrirle la boca con la mano. Uno de sus guardias se había quedado a medio camino de darle un culatazo con la pistola, pero se detuvo sorprendido al ver que su jefe se encargaba de la situación.

Margo trató de moverse, pero Sawyer le había clavado una rodilla a cada lado del cuerpo. Ahora, estaba tumbada en el sofá. Él mantuvo una mano sobre su boca, mientras que con la otra sostenía el auricular. Ella intentó tirar de la mano que la retenía. Intentó arañar, golpear y patear. No sirvió de nada. De hecho, él le dedicó una sonrisa irritada.

Como si no estuviera forcejeando, continuó la conversación sin despegar los ojos de los de ella.

—Mi humana se ha puesto nerviosa por tu culpa —dijo tan tranquilo—. Sin negociaciones, entonces. Buena suerte, Brendan. Para los demás: siempre estaré aquí cuando entréis en razón.

Tras eso, lanzó el auricular con toda su rabia. Lo hizo con tanta fuerza que, cuando chocó contra la pared, estalló en decenas de pedazos. Un silencio incómodo llenó la habitación.

Margo pensó que estaría furioso. Que la mataría. O que la lanzaría de la misma forma que al auricular, o incluso a Doyle.

Sin embargo, la sorprendió con media sonrisa. Cualquiera diría que era de diversión, pero ella no estaba muy segura. Parecía ocultar muchas cosas más.

Cuando le quitó la mano de la boca, ella permaneció muy quieta. Sawyer seguía encima de su cuerpo. No se atrevió a seguir forcejeando. Y el silencio empezaba a parecerle insoportable.

—Lo siento —murmuró ella por fin—. Lo siento, no sé… No sé…

—Joder, pelirroja. Con lo bien que ibas…

Chasqueó la lengua, como si estuviera decepcionado.

—Y, ahora, ¿qué coño hago contigo?

Victoria

La habitación se había quedado sumida en un silencio muy incómodo. Brendan jugó a lanzar el auricular al aire como si nada, Axel se retorció en su propia sangre, Caleb se pasó las manos por la cara, Bex tembló de pies a cabeza… Y Victoria, de fondo, se limitó a contemplar el altavoz sintiendo muchísimo miedo por Margo.

¿Qué iba a pasarle ahora que los había ayudado?

—Bueno —dijo Brendan, que seguía comportándose como si nada—, habrá que irse, ¿no?

Axel escupió sangre al suelo.

—¿Es que nadie va a ayudarme? —exigió enrabietado.

—¿Te ayudo con otro golpe? —espetó Bex.

Él decidió guardar silencio.

En medio de ese silencio, la única que carraspeó y se hizo notar fue Daniela. Había llegado al salón en algún momento y, aunque no parecía entender demasiado bien lo que estaba pasando, había oído a Margo. Si tenía alguna duda sobre si permanecer o no con ellos, acababa de aclararse. No iba a moverse de ahí hasta que su amiga estuviera a salvo.

—Perdón por interrumpir —murmuró con timidez—, pero conozco un lugar al que podemos ir.

16

Victoria

Aunque hubieran pasado varios meses desde su transformación, Victoria seguía sin acostumbrarse a no dormir.

Cerró los ojos.

Tan solo quería descansar la vista.

Con una mano acariciaba la espalda peludita de Bigotitos, mientras que con la otra acariciaba el pelo suave de Kyran.

Se habían plantado en su habitación la noche anterior, al oscurecer. Kyran no había comido y Brendan no dejaba de decir que a él le daba igual el niño, pero era importante que se alimentara bien. Victoria dejó que se metiera en su cama, se abrazara a ella y durmiera de aquella manera.

Dormir también era importante, ¿no? Tanto como comer.

Habían llegado a esa casa unos días atrás, guiados por Dani. Victoria pensó, durante todo el camino, que era una trampa. Que, al llegar, Sawyer habría adivinado su destino y los estaría esperando. Después de que Bexley y ella fueran primero para asegurarse de que estaba todo en orden, se había quedado un poco más tranquila.

La casa en cuestión fue en su momento de los padres de Dani. Los perdió años atrás, cuando todavía era una niña. Tenían poca relación, pero compensaron su ínfimo cariño con dejarle bastante dinero y una casa a su disposición. Victoria escuchó la historia perpleja. Pese a lo mucho que se conocían, Daniela nunca le había hablado de su familia.

Al preguntarle por qué trabajaba como camarera teniendo tanto dinero a su disposición, ella se encogió de hombros; prefería un sueldo precario que comprometer su dignidad con dinero sucio.

La casa, sin embargo, era bonita. Consistía en una construcción de piedra y madera de tres pisos, un jardín trasero bastante amplio, salas grandes y una fachada muy vistosa. Tenían varios dormitorios, pero Daniela quiso compartir el suyo con Victoria para no estar sola. Y Axel, cuando no estaba bajo vigilancia, permanecía encerrado en uno de ellos, a buen recaudo.

Desde el culatazo que le habían dado en la nariz, parecía mucho más tranquilo. Bex decía que podía darle otro para que se multiplicara el efecto, pero Daniela insistió en que había estado a punto de fracturarle el tabique. Como enfermera, había sido la encargada de curarlo durante esos días. Lo hacía mientras algún miembro del grupo apuntaba a Axel con una pistola, solo por si acaso.

Aunque, honestamente, tampoco parecía que él fuera a hacer ninguna tontería.

Oír que Sawyer lo despreciaba fue el límite de su paciencia. Desde entonces, aseguraba que estaba en su bando. Que en realidad nunca le había importado Sawyer. Que los ayudaría en todo lo posible.

Nadie se fiaba de él.

Ni siquiera el propio Brendan, que era el único que alargaba las guardias para hacerle compañía durante más rato.

Fuera como fuese, el cambio de casa fue positivo; se habían alejado de la ciudad y, además, tenían agua corriente y electricidad. Bex podía cargar sus mil utensilios de espía a lo James Bond y los demás podían ducharse con calma. También, algunas veces, Daniela iba a comprar comida para ella, el niño y Bigotitos. Los demás seguían prefiriendo no salir a la calle.

Un día, Dani apareció con un regalo especial para animar un poco al niño: un disfraz de Batman en miniatura.

Al principio, Victoria pensó que era una idea maravillosa.

Sin embargo, después de cuatro días sin que el niño quisiera quitarse el disfraz y ponerse el pijama…, empezó a temer que no hubiera sido tan buen plan.

—Yo *Baman* —aclaraba él felizmente.

—Mañana te pondrás eso —le decía Victoria—, pero ahora es muy tarde.

—¡*Peo* yo *Baman*!

—Muy bien, Batkyran, pero ahora tenemos que cenar. Ponte el pijama.

Tras esa discusión, el niño siempre suspiraba dramáticamente y corría escaleras arriba. El gato solía corretear tras él. Y, si Kyran empezaba a enredar con el pijama, no dejaba de maullar hasta que Victoria subía a poner orden.

Curiosamente, Bigotitos resultó ser mejor canguro que la mitad de los habitantes de la casa.

Desde su reencuentro con el resto de los extraños, Victoria evocaba recuerdos de forma constante. Buscaba detalles que se le hubieran escapado; atesoraba momentos que, en otra vida, le habrían parecido pasajeros. Quizá formaba parte de su recuperación.

Victoria se obligó a volver al presente. Que Kyran se durmiera abrazado a ella parecía uno de esos momentos inolvidables, pero se escabulló

cuidadosamente. Bigotitos no dormía, solo observaba los movimientos de su amiga con curiosidad. Al levantarse ella, decidió estirarse y seguirla.

Por algún motivo, que Bigotitos se encontrara seguro la tranquilizaba un poco. En la casa abandonada no había pasado ni un segundo alejado de Kyran y parecía que ahí se atrevía a dejarlo solo mucho más a menudo. O con Daniela, por lo menos, que seguía durmiendo en la otra cama.

Debían de ser las seis de la mañana; el sol empezaba a iluminar las estancias de la casa. Victoria cruzó el amplio pasillo de madera hasta las escaleras y descendió hasta la planta baja. El silencio era sepulcral, pero ella y Bigotitos no estaban a solas.

Axel se encontraba sentado en el ventanal de la entrada. Sus manos seguían atadas. Una de sus piernas se balanceaba con pocas preocupaciones y se intentaba ver la nariz tapada en el reflejo de los cristales. Al oírlos pasar, les dirigió una breve mirada tensa y volvió a contemplar su nariz magullada y azul.

Bex, aunque era la encargada de vigilarlo, se encontraba en la mesa de la cocina. Repiqueteaba en la mesa con un cuchillo a modo de advertencia, pero tenía la mirada clavada en el montón de artilugios que se había traído de la otra casa. Murmuraba para sí misma y repasaba todos los mapas como si fuera a descubrir algo que no había visto antes. Como en todos aquellos días, había decidido no maquillarse.

Por último, estaban Brendan y Caleb. Permanecían sentados en los escalones del porche trasero, cada uno vuelto para un lado distinto. Mantenían toda la distancia que podían.

Victoria decidió ignorar a todo el mundo y fue a la cocina. El paquete de comida premium de Bigotitos estaba recién abierto, así que iba a gustarle mucho. El gato maulló y saltó a la encimera sin dificultad. Victoria,

mientras tanto, se hizo con el plato que había declarado como suyo y empezó a llenárselo.

—Por lo menos —murmuró— entre nosotros no ha cambiado nada.

Miau, miau.

Bigotitos ronroneaba de forma afirmativa, aunque podría ser por la comida y no por ella.

Una vez que llenó el plato, el gato empezó a comer como si no lo hubiera hecho en años. Victoria se entretuvo acariciándole el lomo durante un rato, pero terminó por cerrar otra vez la bolsa y salir al jardín.

Pasar entre los dos hermanitos tenebrosos era un poco raro, pero no le quedó otra. Incómoda, se plantó ante ambos y entrelazó los dedos. Se había preparado un pequeño discurso para romper el hielo, pero es que este era del tamaño del iceberg del Titanic.

Si ya eran distantes de por sí, aquello parecía haber empeorado desde la mudanza. La forma de aislarse de Caleb era no hablar con nadie, y la de Brendan era espantar a todo el mundo con comentarios inadecuados. Aunque entre ellos no habían tenido ningún conflicto como tal, Victoria tenía la sensación de que estaba presenciando un accidente a cámara lenta. En algún momento iban a estallar. Esperaba no estar presente.

Caleb tampoco había hablado mucho con ella. Bueno, apenas hablaba con nadie que no fuera Bex para planear su siguiente movimiento. Victoria… podía entenderlo, supuso. No tenían tanta confianza y, después de lo que había pasado, quizá Caleb necesitaba un poco de intimidad con sus personas más cercanas. Entonces… ¿por qué lo echaba de menos? ¿Por qué le dolía tanto esa distancia? Era absurdo.

Sin darse cuenta, mantuvo la mirada sobre él durante todo ese rato. Observó a Caleb, que siempre tenía cara de estar muy lejos de ahí; la barba le estaba creciendo y no se había cambiado la ropa en dos días. No parecía

él. Y ella, desesperada, deseó tener un botón mágico que lo alejara de todo ese dolor.

De pronto, Caleb se giró y la pilló de lleno. Fue tan repentino que ella se volvió de golpe hacia otro lado. Hacia Brendan, por ejemplo, que no la ponía tan nerviosa.

—¿Entrenamos? —le dijo a este último, desesperada por distraerse.

Brendan asintió y se incorporó.

Caleb

Observó a Victoria y a Brendan como si fueran personajes de una película que no le interesaba. Últimamente, todo le parecía ficción, una broma. No entendía por qué el mundo seguía hacia delante si él era incapaz de moverse.

Convivir con Brendan ya era raro de por sí, pero… ¿verlo entrenando con Victoria? Aquello sí que era difícil de tragar. Sobre todo, por lo bien que lo hacía ella. Se notaba que Brendan, pese a sus múltiples, larguísimos e incontables defectos…, era un entrenador mínimamente *pasable*.

En ocasiones, la cabeza de Caleb le jugaba malas pasadas. Se preguntaba si lo único que habían hecho aquellos dos era entrenar. Si habían tenido momentos de intimidad, cruces de miradas… Si Victoria se había comportado con Brendan de la misma forma que lo hizo con él en su momento.

Le sorprendió lo mucho que le molestaría de ser así. No podía soportar la idea de que todas aquellas bromas absurdas, todas esas cosas que en su momento le habían molestado tanto, ya no fueran suyas. Su extraña relación

con Victoria siempre le había parecido una burbuja en la que podía sentirse seguro, en la que tenía claro quién era y qué quería. La perspectiva de que su hermano fuera a invadir ese espacio hizo que se sintiera muy perdido.

Y también muy cabreado.

Ah, esos celos que Victoria había mencionado alguna vez… Qué sentimiento tan poco útil. ¿No había un botón para borrar las emociones que no le gustaban?

Victoria, pese a entrenar, no dejaba de lanzar miradas en dirección a Caleb. Él se preguntó si la estaba observando con demasiada fijeza y por eso se sentía incómoda. Otra parte de él, sin embargo, era lo suficientemente estúpida como para pensar que estaba recordando algo más. Algo que había habido entre ellos, de su relación.

No quiso hacerse ilusiones.

Dejó de pensar en ello al instante, porque justo entonces oyó un grito ahogado dentro de la casa. Uno de niño pequeño.

Caleb se incorporó al instante sin pensarlo. Lo primero que se le ocurrió fue que quizá Axel había intentado escaparse. Lo segundo fue que, si le hacía daño a Kyran, iba a estrangularlo con sus propias manos.

Pero, al llegar a la entrada, no vio sangre. Kyran lloraba en un rincón, sí, pero no parecía asustado. Ni herido, por suerte.

—¿Qué? —preguntó Caleb con urgencia—. ¿Qué pasa?

El niño, con los lagrimones resbalándole por las mejillas, señaló la mesita de la entrada.

—*¡PANTITA!*

Media hora más tarde, celebraron el funeral de la planta.

Sí, era tan absurdo como sonaba.

A Caleb se le había olvidado regar la antigua planta de Victoria. No recordaba la última vez que se había preocupado por esta y, honestamente,

mucho había aguantado sin ayuda. Ahora se encontraba amarilla y marchita, y Kyran la transportaba en brazos como si fuera una ofrenda a los dioses.

Caleb cavó un pequeño hoyo en el patio de atrás. Más que nada porque el niño no dejó de llorar hasta que se puso manos a la obra. Para cuando terminó, todos los habitantes de la casa se habían reunido a su alrededor. Incluso el gato estaba junto a Kyran, lanzándole miradas asesinas a Axel y a Brendan. Caleb no estaba seguro de a cuál detestaba más, pero empatizaba con sus sentimientos gatunos.

Brendan contemplaba la escena con una mezcla un poco rara de curiosidad y aburrimiento. Axel lo hacía de una forma parecida, en el lado opuesto del círculo. Bex tenía los brazos cruzados y miraba fijamente el hoyo. Victoria tenía una mano en el hombro de Kyran y Dani se abrazaba a sí misma.

—Yo siempre quise tener plantas —comentó Victoria, seguramente para romper el silencio—, pero me olvidaba de que tenía que regarlas.

—Lo sé —murmuró Caleb.

Ella lo contempló con perplejidad.

—¿Eh?

—La planta era tuya —dijo sin mirarla—. Pero dejarla en tus manos era una muerte segura, así que decidí cuidarla yo.

Tras aquello, Caleb decidió que no quería seguir hablando con nadie. Sorteó el hoyo y extendió una mano hacia Kyran. El niño seguía llorando en silencio, pero terminó por ponerle el cadáver de la planta en las manos. La maceta estaba incluida en el pack de entierro.

—*Adió, pantita…*

Como nadie iba a ofrecerse como voluntario, Caleb colocó la planta en el hoyo y volvió a cubrirlo de tierra. En parte, agradecía tener algo que hacer.

Algo con lo que distraerse. Además, no le gustaba ver llorar a Kyran.

Una vez terminado su trabajo, Caleb se incorporó junto al niño y se pasó un brazo por la frente. No sabía qué más hacer. Kyran se agarró de su brazo con una mano y, con la otra, alcanzó la de Victoria.

—Bueno —murmuró Daniela—, ¿alguien quiere decir algo en honor a Plantita?

Hubo unos segundos de silencio en los que nadie miró a nadie. Kyran dejó de llorar y se sorbió la nariz.

Y, justo cuando Caleb iba a dar por terminado el funeral, Bex decidió hablar.

—Yo. Yo quiero despedirme.

Kyran la miró con los ojos muy abiertos, como si aquellas palabras fueran a devolverle la planta. Bex, sin embargo, parecía triste. Muy muy triste. No había despegado los ojos de la tumba.

—No conocía mucho a… Plantita —dijo e hizo una mueca con el nombre—. Pero… me gustaba regarla. Y, muchas veces, lo hacía con Kyran. Era divertido. Una vez encontré un libro de botánica y decidimos leerlo juntos. Queríamos…, em…, adoptar otra planta por si se sentía sola.

Kyran asintió, absorto en sus palabras.

—En fin. —Bex se tomó unos segundos más para hablar—. Lo que quiero decir con esto es que… todos apreciábamos mucho a Plantita. No siempre lo demostrábamos, porque a veces dábamos su cariño por sentado, pero… la casa nunca será la misma. Nada será igual, ahora que no está. Nada. Entrar y que no esté… Nunca más sentiré que tengo un hogar al que volver.

De nuevo, dejó de hablar. Parecía que su mente seguía en el discurso, mientras que su boca se negaba a terminar aquellas palabras.

Caleb observó a su amiga con preocupación. Quizá debería detenerla. O quizá debería decir algo él.

Al final, decidió que lo mejor era dejar que Bex hiciera lo que necesitara.

—Plantita no querría vernos tristes —prosiguió por fin—. Si nos viera así… por ella… seguro que se reiría de nosotros y nos llamaría sensibleros. Especialmente a Caleb.

A la mención de su nombre, Caleb agachó la cabeza. Ella no lo miraba.

—Una vez —siguió Bex—, Sawyer me dijo que estar triste no vale para nada, que solo puedes permitírtelo cuando has arreglado el problema. Puede ser la única cosa útil que me dijo en toda su vida, así que… voy a hacerle caso. Yo no voy a estar triste. No quiero ponerme a llorar cada vez que piense en… *Plantita*. Quiero recordar los buenos momentos. Los momentos en los que me hizo feliz. Eso es lo que deberíamos hacer todos. Y… quiero pensar que…, que volveremos a vernos algún día. Aunque no lo sepamos. Aunque no sea en esta vida. Así que no habrá discursito dramático de despedida, porque esto no es un «adiós». Es un «hasta pronto».

Con una profunda respiración, Bex se acercó un poco más a la tumba.

—Hasta pronto —susurró, tan bajito que solo Caleb pudo oírlo.

El silencio se extendió. Era distinto al anterior, porque ya no parecía incómodo. Era… triste. Caleb se sentía como si acabara de desprenderse de una parte de él que ya nunca más recuperaría.

Daniela fue la primera en reaccionar. Con los ojos llenos de lágrimas, asintió una vez.

—Hasta pronto.

—Hasta pronto —murmuró Victoria.

—*Hata ponto* —dijo Kyran.

Miau.

Brendan y Axel se mantuvieron en silencio, pero sus miradas ya no eran tan condescendientes como lo habían sido unos minutos atrás. Ahora, contemplaban la tumba con una expresión ensombrecida.

Caleb, por su parte, tuvo que tragar saliva. Se le había formado un nudo muy desagradable en la garganta. Cerró los ojos un momento y, finalmente, también asintió.

—Hasta pronto —susurró.

Victoria

Victoria vio que sus compañeros iban metiéndose de nuevo en la casa que Dani les había ofrecido. Bex fue la primera en entrar, sin mirar a nadie. Kyran fue detrás de ella. Esos días, había estado muy pegado a Bex pese a que ella no era la persona más sociable de la historia. Quizá el niño percibía que necesitaba compañía. Y, honestamente, la única compañía que aceptaba era la suya

Brendan desapareció sin mirar atrás, igual que Caleb. Ambos se marcharon en direcciones opuestas. Daniela permaneció unos instantes ante la tumba improvisada y terminó por entrar en casa con Bigotitos. El gato caminaba pegado a sus piernas, como si le estuviera pidiendo un poco de comida extra. Daniela lo pilló enseguida.

Así, Victoria se quedó a solas con Axel.

Era la primera vez que se quedaban a solas desde que había vuelto, ¿verdad? Con tanta presión emocional, a Victoria se le había olvidado su presencia. Solo la recordaba cuando el vínculo de Brendan se volvía

especialmente intenso. Aun así, todavía no tenía muy claro si lo que él sentía por Axel era bueno o malo.

Lo que sí tenía claro es que Axel, a ella, no le gustaba mucho. Y el sentimiento era mutuo.

—¿Me vas a mirar mucho rato? —espetó el idiota, era todo dulzura.

Victoria sonrió con ironía.

—No sé. ¿Te vas a quedar ahí mucho rato?

—El que me dé la gana.

—Lo mismo te digo.

Y… silencio tenso.

Victoria se cruzó de brazos y le mantuvo la mirada. De alguna forma, aquello se había vuelto una competición y no pensaba ser la primera que apartara la vista. Él debió de pensar lo mismo, porque imitó su gesto.

Así se quedaron durante lo que pareció una pequeña eternidad, cada segundo era más tenso que el anterior.

Por lo menos, hasta que él decidió hablar.

—Así que Brendan me dejó tirado por tu culpa… No sé por qué me sorprendo.

—Porque tienes las neuronas justas para pasar el día.

Pese a lo infantil del insulto, pudo ver que había dado en el clavo, pues a Axel empezó a hinchársele una vena de la frente.

—¿Y tú eres mucho más lista? Sawyer ya sabe que estás viva, no va a parar hasta que te encuentre.

—Bueno, pues que me busque. Lo estaré esperando.

—¿Igual que lo esperaba Iver?

A Victoria le entraron unas ganas muy peligrosas de darle un puñetazo. Tuvo que pegar las manos a los costados para contenerse, porque esa nariz magullada no iba a aguantar otro golpe.

—Se te ve muy triste por la pérdida —ironizó ella al final.

Axel enarcó una ceja.

—¿Qué sabrás tú? Deja de comportarte como si formaras parte de la familia.

—Formo más parte que tú, que eres el único que no le importa a nadie.

Axel dio un paso hacia delante. Victoria estaba segura de que iban a pelearse. Sin embargo, él levantó la mirada y, finalmente, decidió entrar en la casa. Lo hizo con los hombros tensos y los puños apretados.

Ella no entendió el motivo de su huida hasta que, al darse la vuelta, se encontró de frente con Caleb. Al parecer, había estado ahí un buen rato. Y había oído toda la conversación.

Caleb tenía la mirada clavada en la puerta. En cuanto Axel desapareció, la bajó hacia ella. Entonces, Victoria se dio cuenta de lo cerca que estaban. Más nerviosa de lo que le gustaría admitir, dio un paso hacia atrás. Y otro.

Si ese gesto afectó a su autoproclamado guardaespaldas oficial, este no dejó que se notara.

—Menos mal que has llegado —soltó ella, riendo por los nervios—. Estaba a puntito de lanzarle un puñetazo. Le has salvado la nariz, ¿eh? Je, je…

A Caleb no le hizo mucha gracia. Siguió mirándola fijamente. Y Victoria cada vez se sentía más nerviosa.

—Bueno —murmuró—, em… ¿Cómo estás?

En esa ocasión, sí que tuvo reacción; Caleb enarcó una ceja.

Em…, pregunta tonta.

Roja de vergüenza, empezó a pensar en una forma de arreglarlo. No se le ocurría ninguna. ¿Por qué puñetas estaba tan nerviosa?

—Perdón, sé que es una pregunta un poco inútil, pero…

—Estoy mal.

—Ah. Claro. Um… Menos mal que alguien es sincero, ¿eh?

Y otra risita nerviosa. La ceja de Caleb seguía arqueada.

Vaya.

—¿Qué te pasa? —preguntó él entonces.

—¿A mí? Nada.

—Tienes el ritmo cardíaco disparado. ¿Es por Axel?

—¡Sí! Exacto, por Axel.

—Ah. —No pareció muy impresionado—. Si te intimida Axel, no te queda nada con Sawyer.

Todavía le costaba un poco pillar a Caleb. ¿Eso había sido un intento de chiste o una advertencia real? ¿O ambas?

Sin darse cuenta, había estado mirándolo fijamente mientras pensaba en todo aquello. Caleb, que solía ignorar a los demás, pareció ligeramente crispado.

—Deja de mirarme como si te diera lástima.

Pero se la daba, aunque no quisiera decírselo.

—No quería…

—Casi prefiero que te burles de mí.

—¿Yo? —Ella se señaló alarmada—. ¿Cómo voy a burlarme de ti?

—Antes lo hacías a todas horas.

Victoria sintió un pinchazo de dolor en la cabeza, como siempre que intentaba recordar cosas con la ayuda de otra persona. Incómoda, se frotó la sien y volvió a centrarse en la conversación.

—¿Te trataba mal? Lo siento, es que… me cuesta mucho recordarlo. Espero que no fuera muy mala contigo.

Al verla tan apenada, Caleb cambió su expresión. Pareció… arrepentido. En lugar de seguir hablando, apretó los labios y dio media vuelta. Antes de

que Victoria pudiera decirle nada, ya había desaparecido en la parte trasera de la casa.

Una persona racional se habría marchado en dirección contraria. Una persona estratega habría ido a ver a Brendan. Una persona cautelosa habría ido a por Axel, para asegurarse de que no hacía ninguna tontería.

Pero Victoria no era nada de eso, así que siguió el camino de Caleb.

Fue curioso lo sencillo que resultó seguirlo; de alguna forma, sus músculos parecían saber adónde dirigirse. Por eso, en lugar de seguir el recorrido del bosque que rodeaba la casa, Victoria tomó un desvío y empezó a escalar una de las paredes de la fachada. Sus manos de extraña no podían notar lo caliente que estaba la piedra por el calor, ni tampoco los rayos de sol sobre sus hombros descubiertos. Victoria siguió escalando, segura de hacia dónde había ido Caleb, y terminó en el techo.

Efectivamente, él estaba sentado sobre las tejas, con los codos en las rodillas y la mirada en un punto indeterminado de la entrada. Por su habilidad, seguro que la oyó llegar, pero ignoró su presencia.

Victoria se acercó con precaución. Caleb, por su parte, se mantuvo impasible incluso cuando ella se quedó de pie a su lado.

—¿Qué quieres? —preguntó él.

Por algún motivo desconocido, a Victoria le dolió mucho que no se molestara en mirarla.

—Quiero hablar contigo.

—No es el mejor momento.

—Es hora de asumir que nunca lo será. Además, ¿te crees que alguien más de por aquí te preguntará cómo estás?

—¿Por qué asumes que lo necesito?

De nuevo, no la miró. Su gesto era el de alguien que está deseando girarse con todas sus fuerzas, pero decide no hacerlo. Victoria se colocó

ante él para ponérselo más complicado. Caleb se resistió unos segundos, pero terminó mirándola a los ojos.

Ella casi se arrepintió de haberlo conseguido, porque los nervios de antes se multiplicaron. Victoria se obligó a centrarse.

—¿Se puede saber qué te hice para que ahora me odies tanto? —preguntó frustrada.

—¿Antes? Nada.

—Entonces, te lo he hecho ahora.

—Victoria, déjalo.

—¿Por qué? ¡Solo quiero entender qué pasó y por qué me odias!

—No te odio.

—¿Entonces? ¿Te he dicho algo que…?

—Yo no me olvidaría de ti.

Aquella frase la dejó sin palabras. No esperaba un reproche de ese calibre, mucho menos de Caleb.

Sin embargo…

Nerviosa, cambió de peso sobre sus pies. ¿Por qué le costaba tanto sostenerle la mirada? No tenía sentido. No es lo que sientes con alguien que no significa nada para ti. Había algo importante que se le estaba olvidando, estaba segura. Y le daba muchísima rabia ser incapaz de recordarlo.

—Eso no lo sabes —murmuró ella al fin.

Caleb esbozó lo que parecía la sombra de una sonrisa irónica.

—Sí que lo sé. Podría olvidar todo lo demás, pero a ti no te olvidaría. Nunca.

—¿Por qué no? —preguntó acercándose un poco más—. Dime, ¿por qué no? Siento que me estoy perdiendo algo, pero nadie quiere decírmelo.

—Porque tienes que recordarlo tú.

—Oh, venga ya, una ayudita no me hará daño…

—No.

—Pero…

—No.

—¡Pero…!

—No.

Dios, qué recuerdos más molestos.

Frustrada, Victoria le lanzó una mirada llena de rencor y dio unos cuantos pasos hacia atrás. Iba a saltar del tejado y a alejarse de él. Vio la sombra de preocupación pasar por los ojos de Caleb. Al menos, hasta que recordó que era una extraña.

Caleb

Todavía podía oírla. Victoria había ido directa a por Kyran. Pese a no tener muy claro qué relación los unía, había vuelto a entrar en confianza con el niño. Caleb sentía algo parecido a calma al pensar en ello. Le alegraba que tuvieran una buena relación.

Bajó del tejado un rato más tarde, cuando la respiración del niño se estabilizó. Y, sobre todo, cuando se aseguró de que Victoria estaría ocupada con él. No estaba preparado para seguir enfrentándose a ella, por infantil que sonara. Habría un momento para ocuparse de ese problema, y no era aquel.

Se encendió un cigarrillo con la mirada clavada en la entrada. Su esperanza era estar solo durante un rato. Y ese rato se tradujo en dos minutos exactos.

—No deberías fumar tanto —opinó Daniela, que acababa de salir con un vaso de agua en la mano—. Ya sé que sois superhumanos, pero eso no quiere decir que no haya que cuidarse.

Caleb contempló su cigarrillo a medio consumir. Al final, volvió a llevárselo a los labios.

Daniela acababa de sentarse en el primer escalón del porche. Parecía acalorada, lo que le indicó que la temperatura era bastante más húmeda y caliente de lo que él había considerado. Se preguntó si habría alguna forma de ayudarla a ella, al gato y al niño. Al final, recordó que solo tenían un ventilador que tal vez estaba usando el puñetero dictador del gato.

—Pareces preocupado —comentó Daniela de pronto—. Y no lo digo por los motivos obvios.

—Acabo de hablar con Victoria.

—Ah…, sí. A veces, no parece la misma.

No lo dijo con rabia, pero sí con tristeza.

—Me gustaría volver un poco atrás —admitió ella entre dientes—. A cuando pensaba que el mayor drama de mi vida era que Andrew me respondiera mal. Y cuando Victoria era Victoria. Y Margo no estaba…

—Vamos a encontrarla —intervino Caleb.

Ella no levantó la cabeza. Seguía contemplando el vaso como si fuera lo más fascinante del mundo.

—¿Y cómo estará cuando la encontremos? —murmuró en voz tan bajita que solo Caleb pudo oírla—. Dudo que Sawyer vaya a tomarse bien que lo delatara.

Era una buena conclusión. Una que el propio Caleb se había planteado muchas veces durante aquellos días.

—Estará bien —intervino Brendan, que acababa de aparecer por el lateral de la casa como si nada—. Margo sabe lo que hace.

—Cuando se trata de Sawyer —opinó Caleb—, nadie sabe lo que hace.

—¿Qué te juegas a que, cuando reaparezca la pelirroja, habrá cautivado totalmente a Sawyer?

—Lo dudo mucho.

—Oye, intento consolar a tu amiga.

—No quiero consuelo —protestó Daniela, para sorpresa de ambos—. Quiero que me digáis la verdad y lo que puedo esperar de Margo cuando vuelva.

Caleb miró a su hermano. No necesitaban un lazo para comunicarse de forma silenciosa, pese a los años que habían pasado separados. Brendan quería ser honesto de una manera brutal y decirle que lo más seguro era que no volviera. Caleb quería decirle que, si volvía, quizá sería un caso parecido a Victoria.

Ninguno de los dos prospectos era muy prometedor y al final nadie dijo nada.

Casi hubiera sido mejor el silencio que la intervención de Axel.

Caleb oyó sus pasos torpes y despreocupados desde que empezó a bajar escalones. Se tomó su tiempo para llegar, eso sí. Iba con la camisa de cuadros abierta, los vaqueros rotos y su pelo mal teñido, Caleb sintió ganas de darle un puñetazo. Hacía mucho que no sentía tanto odio contra alguien. Quizá se debía a que, al no tener a Sawyer a mano, Axel era lo más cercano a una venganza que podía tener.

Ya empezaba a entender a Bex.

—¿Estáis hablando de nuestro jefe favorito? —preguntó con una gran sonrisa—. Tranquila, rubita, seguro que cuida muy bien de tu amiga.

Caleb le lanzó una mirada de advertencia. La de su hermano fue peor.

—No eres el más adecuado para opinar de Sawyer —comentó Brendan entre dientes.

Axel le dirigió una sonrisa poco honesta.

—No me hagas hablar, Brendan.

—Cállate un rato.

—¿Por qué? Ahora parezco yo el malo y la verdad es que ninguno de los dos está muy interesado en la humana, ni lo estaba en Iver. ¿Tenemos que llorar y fingir que eran nuestras personas favoritas para no parecer los malos?

Al notar que se refería a Margo en pasado, Daniela fue poniéndose más y más lívida. A esas alturas, ya estaba blanca como el marfil. Cualquiera que la viera le preguntaría si se había mareado.

Pese a ello, fue la siguiente en hablar.

—¿Es que no tienes un mínimo de humanidad, Axel?

—No soy humano. ¿Se te ha olvidado que Iver tampoco lo era?

—Iver es mucho más humano que tú.

—Y mira dónde está ahora con su humanidad.

Caleb dio un paso hacia delante. Iba a quitarle esa sonrisa de idiota. Arrancársela. Daba igual el cómo.

Sin embargo, Brendan se adelantó y le colocó una mano en el pecho para detenerlo. Caleb volvió la cabeza, entre la sorpresa y el cabreo absoluto.

—No me toques —le advirtió.

Su hermano retiró la mano un tanto sorprendido. Daniela contemplaba la situación preocupada. El único que parecía estar disfrutando era Axel.

—¿Problemas fraternales? —preguntó encantado de la vida—. Ya era hora de que te separaras de él, Brendan.

Ambos hermanos optaron por ignorarlo.

—Yo no tengo la culpa de lo que ha pasado —explicó Brendan, mirando tan solo a Caleb.

Tenía razón, quizá. Pero aquello no suponía ningún consuelo.

—Nunca tienes la culpa de nada, pero siempre terminas en el bando incorrecto.

—Te recuerdo que Victoria está viva gracias a mí.

—Porque le viste provecho.

—Chicos —intervino la vocecilla de Daniela, que seguía sentada en el escalón—, no es el momento de discutir entre nosotros.

—No es una discusión —opinó Caleb—, solo me planteo cuánto tardará Brendan en irse con Axel y Sawyer, y dejarnos tirados.

Enfadado, Axel dio un respingo.

—¡Ahora estoy de vuestra parte!

—Sigue diciéndolo —gruñó Brendan—, a ver si empiezas a creértelo.

—Chicos —insistió Daniela, esta vez más fuerte—, el único enemigo que tenemos es Sawyer. Centrémonos en él y luego ya pensaremos en si Axel nos va a traicionar.

—¡Que no voy a traicionar a nadie!

Por lo menos, aquello sirvió para que Caleb diera un paso atrás. Brendan, en cambio, todavía parecía que estaba a la defensiva.

—Haced lo que queráis —masculló—. ¿Dónde está Victoria?

Hubo algo en la forma de preguntarlo, como si tuviera todo el derecho del mundo a saberlo, que hizo que Caleb tuviera que apretar los puños.

—Ocupada —siseó.

Su hermano le lanzó una mirada de soslayo y, sin decir nada, volvió a entrar en la casa.

Irritado, Caleb se sentó junto a Daniela y le dio otra calada al dichoso cigarrillo. Con tanta conversación, se había consumido y apenas le quedaban dos caladas. Notó la mano de Daniela en su hombro, dándole una palmadita de ánimos.

—Las familias son complicadas —le dijo.

Caleb asintió en silencio. El humo se escapó entre sus labios.

—¿Tienes hermanos? —preguntó entonces.

—No. Y, viendo cómo os lleváis Brendan y tú, casi lo agradezco. Em… Bueno, quiero decir que…

—Está bien. Di lo que pienses.

Pareció que Daniela iba a añadir algo más, pero se detuvo al levantar la mirada. Axel seguía plantado junto a ellos, con las manos en los bolsillos y un balanceo un poco ansioso sobre las puntas de los pies. Al sentirse observado, enrojeció un poco y se apresuró a seguir a Brendan.

Una vez a solas, Caleb sintió que los hombros se le relajaban un poco.

—Es que… no pensé que volvería a ver a Victoria —admitió en voz baja —. Ni a Brendan, la verdad. Y mucho menos así. Pero…

—… estás celoso —dedujo ella.

—No son celos.

—No hay nada malo en sentir un poco de celos —le aseguró ella y luego hizo una mueca—. Han pasado mucho tiempo juntos y tienen ese vínculo que los une… Es normal que te sientas un poco desplazado. Pero Victoria terminará recordándolo todo. Y Brendan pondrá las cosas fáciles para que os llevéis bien.

—¿Y si no quiero llevarme bien con él?

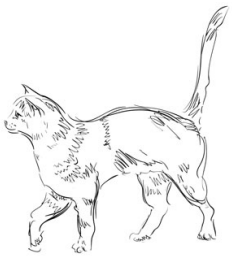
—Oh, venga… Brendan no es tan malo. Es un poco raro y todo eso, pero… creo que te quiere, a su manera.

—Me cuesta creerlo.

—Estás dolido y necesitas encontrar un culpable para todo, lo entiendo, pero ese culpable no es Brendan. Y no lo será por mucho que te empeñes. Además…, necesitamos toda la ayuda posible. Por lo menos, hasta que vuelva Margo.

Dicho eso, Daniela se incorporó y volvió a entrar en la casa. Caleb se quedó sentado a solas en la entrada. El cigarrillo se había consumido por completo, pero apenas le prestó atención.

17



Margo

Por absurdo que pareciera, su única medida de tiempo resultó ser la regla. Porque, sí, ya se le había ido. Como mínimo, llevaba una semana con esa panda de minions.

Después del pánico inicial, solo le quedaba terror residual. La tensión de no saber qué podría pasarle en las próximas horas. De no saber qué hora era o dónde estaba, porque se pasaba el día viajando con los ojos vendados o encerrada en habitaciones que no contaban con ventanas al exterior.

Lo último que recordaba era el barco envuelto en llamas cuando se alejaron de él con el coche. Al puñetero Sawyer fumándose un puro mientras lo veía arder y ordenando que le taparan los ojos a la traidora.

Traidora. ¡Ja!

Como si le debiera algo al capullo.

Desde entonces, todo había sido mucho más silencioso. Nadie hablaba con ella, ni le hacían preguntas ni intentaban sacarle un mínimo de

información. Margo no entendía qué hacía ahí ni por qué no podían dejarla marchar si ya no la necesitaban. O, pensándolo bien, por qué la necesitaban.

Aunque…

¿Y si, al darse cuenta de que ya no era útil, la mataban?

Intentaba no pensar en ello, pero tras tantas horas libres…

Pensaba también en sus padres, en sus compañeros de clase, en sus amigas, en su jefe de mierda, en su trabajo, en sus estudios…

Lo único que le faltaba, tras pensar tanto, era llegar a una conclusión. Quizá aquel secuestro era la excusa que le estaba poniendo la vida para reflexionar sobre su existencia. O para dejar de no tomarse nada en serio. ¿De verdad no podía dejar el humor a un lado ni cuando estaba secuestrada, joder?

Estaba considerándolo cuando, de pronto, abrieron la puerta de su pequeña celda. En realidad, era una habitación de hotel de lujo. O eso le parecía, porque apenas le había prestado atención.

Uno de los grandullones la contemplaba desde la puerta de la *suite*. Quería que lo siguiera. Ya había aprendido a leer entre líneas, o más bien entre gruñidos.

Margo se ahorró lo de sacar el dedo corazón, pero se quedó tumbada en el suelo, justo como había estado las últimas dos horas.

¿Querían que se moviera? Pues que la arrastraran.

El idiota murmuró algo en su idioma de idiota y, por supuesto, la agarró de un brazo para arrastrarla hacia el salón. Margo sintió el dolor del tirón, pero le dio bastante igual. Se dejó arrastrar como una muñeca de trapo. Incluso se rio cuando él enrojeció del esfuerzo.

Estaba tan abrumada, tan en *shock* perpetuo, que no se fijó en ningún detalle del lugar. Tan solo dejó que la sentaran en un sofá que valía más que toda su casa. Agotada, elevó la mirada y se encontró con la de Sawyer.

Ah, qué alegría.

Otra vez el capullo.

—¿Alguna vez te han dicho que tus camisas son tan blancas que dan jaqueca? —murmuró ella de mal humor.

A decir verdad, no quería hacer bromas. Mucho menos a Sawyer, a quien no había visto desde su gran traición como persona secuestrada. Y después del cadáver de Iver. Margo seguía soñando con aquella visión. Y deseando que todo fuera una pesadilla.

Durante esos días, asumió que no volvería a ver a Sawyer. Una parte de ella se alegraba y la otra tenía miedo; cuando el señor camisitas estaba presente, sus grandullones eran mucho más civilizados.

En esos momentos, Sawyer vestía —efectivamente— una camisa blanca y unos pantalones vaqueros de color azul. Todo de marcas buenas. Sus zapatos marrones brillaban más que la puñetera camisa y eso ya era decir mucho.

En lugar de responder o de reírse de su superbroma, Sawyer enarcó una ceja y extendió una mano hacia ella. Margo no entendió lo que le estaba ofreciendo hasta que vio que se trataba de un cigarrillo. Marca Gold, por supuesto. Ni el puñetero tabaco podía ser de una marca cualquiera.

Quizá no era el mejor momento para ponerse a fumar, pero aun así lo aceptó y se lo llevó a los labios. Tampoco esperaba que fueran a dejarle un mechero, pero uno de los grandullones lo hizo. Quizá la estaban drogando. Aunque… ¿por qué lo harían así y no con la comida o la bebida?

Pasando de todo, se encendió el cigarrillo y le devolvió el mechero al grandullón.

Sawyer había contemplado todo el proceso como quien contempla unas obras: con curiosidad, pero con poco interés. Él también se encendió uno y

colocó un cisne de cristal en la mesita que los separaba para hacer de cenicero.

Ni eso podía ser normal.

—Bueno —dijo ella, porque ya no soportaba más silencios—, supongo que no me has sacado de mi guarida para hacer un submarino.

En esa ocasión, le pareció que él sonreía de forma honesta. Aunque, pensándolo bien, parecía una de esas sonrisas de empresario que nunca las siente de verdad.

—¿Un submarino?

—Mucho traje y mucho dinero, pero te falta calle, ¿eh?

De nuevo, Margo estaba balanceándose en una peligrosa línea que separaba el hacerle gracia o no a un mafioso. Igual debería callarse la puñetera boca.

Por suerte, Sawyer se lo tomó con humor.

—Puede ser —concedió poco interesado en el tema—. Supongo que ya te has cansado de acompañarnos en este viaje, ¿no?

—Qué va. Haré un *post* con algunas fotos para que más personas puedan vivir esta maravillosa experiencia de secuestro.

—No es un secuestro, es una retención.

—Qué poético.

—Tan solo queremos información, pero tú te niegas a darla.

—Y, para ello, me has secuestrado. Es el término correcto, sí.

Sawyer dejó el cigarrillo a medio consumir en el cenicero. Acto seguido, entrelazó los dedos y se inclinó hacia ella. Sus ojos claros parecían un escáner.

—¿Dónde están mis chicos, Margo?

Ella se encogió de hombros.

—Lejos de ti, por suerte.

—Contesta a la pregunta.

—¿Cuántas veces tengo que decir que no lo sé?

—Creo que sí lo sabes.

—No lo sé.

—Te lo estoy preguntando por las buenas.

—Y puedes preguntarlo por las malas, pero seguiré sin saberlo.

Sawyer se quedó en silencio durante unos instantes. La sonrisa tenebrosa seguía dibujada en sus labios.

Sí, Margo se la estaba jugando. Había llegado a un punto en el que le daba un poco igual. Una parte de ella había dejado de ser consciente de las repercusiones. Instinto de supervivencia, supuso. O estupidez.

—Ambos sabemos que los encontraré —comentó Sawyer, calmado—. Tu ayuda me ahorraría dolores de cabeza, pero tu reticencia no me detendrá.

Margo soltó una calada entre sus labios. Una parte de ella deseaba que aquella nube de humo denso se transformara en una barrera real. Pero entonces se disipó y le tocó ver de nuevo ese rostro perfecto en ese ser tan podrido.

—¿Te sientes más listo cuando usas palabros de esos? —preguntó curiosa —. Reticencia, dice… Podrías decir que, aunque yo sea una testaruda, tú eres peor.

—Dime dónde están.

—Te estoy diciendo que no lo sé.

—¿Crees que los estás ayudando? —inquirió él más serio—. Lo que quiero es protegerlos.

—¿De la misma forma que protegiste a Iver?

Supo que decir aquello había sido un error. Lo supo antes incluso de terminar la pregunta. Margo contempló aquel rostro perfecto que siempre

parecía tan calmado y vio que se oscurecía poco a poco en una mueca tenebrosa.

Durante una pequeña eternidad, nadie dijo nada. Los grandullones se habían quedado quietos en sus lugares, esperando la reacción de su jefe. Pero este, en lugar de reaccionar, se limitó a observarla con fijeza.

Margo se sintió pequeñita. Como una niña a la que acaban de regañar por soltar una tontería. No supo cómo reaccionar y aquello le asustó muchísimo.

—Te crees que entiendes nuestro mundo, ¿verdad? —espetó Sawyer por fin—. Tu amiguita te contó cuatro tonterías de mis chicos, de cómo funcionan, de qué habilidades tienen, y tú ya decidiste que tenías toda la información que necesitabas. Pero no formas parte de su grupo.

—Tú tampoco.

—¿Y qué te hace pensar eso, pelirroja?

Oh, ese apodo sonaba a advertencia. Hora de callarse.

Pero Margo, que llevaba días sin comunicarse con nadie, acumulando rabia, sueño y dolor…, no pudo contenerse.

—Oh, por favor, ¡mírate! Eres la típica persona que va de lo que no es. Con tus marcas caras, tus cigarrillos de pijo y tus ceniceros en forma de animal lujoso… Eres todo apariencias. Seguro que de pequeño no tenías ni un puto duro. Que empezaste a ganar dinero y te volviste un capullo, como todos los nuevos ricos. Y ahora sabes que no formas parte de la élite mafiosa o lo que sea la cúspide de tu trabajo, pero tienes que aparentarlo. Intentas proyectar la imagen de que tienes mucho dinerito, de que puedes hacer lo que quieras cuando quieras, pero la realidad es que tus trabajadores más útiles te han dejado tirado y tú solo eres un niñato jugando a los adultos. No sabes dónde están y no puedes hacer nada sin ellos. No puedes buscarlos ni hablar con ellos. Lo único que puedes hacer es secuestrar a una

puñetera humana inútil e interrogarla. Y lo peor de todo es que sabes que no lo sé, pero sigues perdiendo el tiempo conmigo. ¿Qué pasa?, ¿tanto te gusto, que no quieres que me vaya? Podemos liarnos, si tan fascinado estás, a ver si así se te pasa el capricho.

Se había quedado más a gusto de lo que querría admitir.

Aunque esa satisfacción le duró lo que tardó Sawyer en sonreír.

Iba a matarla. Lo tuvo tan claro que le sorprendió lo tranquila que estaba. Y mareada. Demasiadas emociones en una sola conversación.

Esas emociones no fueron a mejor cuando, por primera vez, se dio cuenta de que Doyle estaba en la habitación. Se encontraba en uno de los sillones de la *suite*. Iba sin camiseta, tenía el pecho vendado y una copa en la mano. Copa que no necesitaba beber, por lo que sabía de los extraños.

Y la miraba fijamente.

Sawyer intimidaba, pero Margo sentía que se podía hablar con él. Doyle, en cambio… Le despertó un sentimiento muy primitivo, casi de supervivencia. En cuanto tuviera la oportunidad, iba a matarla. Estaba segura.

—¿No tienes contraseña?

La pregunta de Sawyer la devolvió a la realidad. Una en la que, por algún motivo, él tenía su móvil en la mano.

Nunca podría explicar lo raro que fue ver su funda de Jessica Rabbit en aquellas manos.

—¿Qué…?

—La elección de funda es interesante —añadió él—. ¿Es un chiste habitual entre pelirrojas?

—Es que somos gemelas. ¿O no lo has visto?

Pese a la broma, Margo había empezado a ponerse nerviosa.

—No abras mi móvil —advirtió sin poder contenerse.

Sawyer chasqueó la lengua con diversión.

—Hay que ser más previsores y poner contraseñas, pelirroja, imagínate que un loco te roba el móvil. Podría hacer lo que quisiera con él.

Sin poder hacer nada, Margo vio que desbloqueaba su móvil. Sawyer empezó a teclear y buscar en él. No era la primera vez que lo hacía.

Oh, no.

Entonces… ¿tenía la ubicación de sus padres?

Después, por absurdo que pareciera, pensó en…

—¿Quién es Joshua? —preguntó Sawyer con una ceja arqueada.

Margo enrojeció por lo disparatado de la situación.

—¡¡¡No mires mis mensajes!!!

—Estaban abiertos —se defendió y bajó por la pantalla con el dedo.

Margo intentó lanzarse sobre él, pero uno de sus orangutanes la detuvo por el hombro.

—¡Deja de mirar mi móvil! —exigió indignada.

—Cuánto caballero hay por aquí… «Quiero volver a hacerlo en la bañera de mi casa y que…».

—¡Para de una vez!

—«… vuelvas a gritar como si no tuviera vecinos. Quiero correrm…».

—¡QUE DEJES DE LEERLO!

—¿Kurt? Este también te dice guarradas. Y Jonathan. Y Dylan. —Sawyer frunció el ceño—. Qué vida social tan entretenida.

En realidad, no había hablado con ninguno de ellos desde la no-muerte de Victoria. Pensar en ellos fue como recordar un sueño muy muy lejano. Apenas llevaba unos días encerrada en esa habitación, pero era incapaz de recordar nada de su vida anterior.

Qué triste.

Mientras pensaba en ello, Sawyer dio un respingo mal disimulado. Curioso, uno de sus guardias se asomó por encima del hombro y volvió a su posición con cara de asco.

—¿Lo de las fotos de genitales es necesario? —preguntó Sawyer, deslizándose por la pantalla—. ¿Así es como se liga hoy en día?

—¿«Hoy en día»? —repitió ella pasmada—. ¿Cuántos años tienes?, ¿treinta? Deja de hablar como si fueras un señor mayor.

—Cuánta agresividad. Solo era un comentario.

—Si no cotillearas mi móvil, no tendrías que ver ningún pitirrito.

—Todavía estoy a tiempo de que me salga una foto tuya.

—Ya te gustaría.

—No.

—Ya.

Por un momento, Margo se olvidó de todo el contexto en el que estaba. Aquella conversación le estaba recordando lo que sentía al flirtear con extraños en un bar. El pequeño chute de adrenalina. El subidón de autoestima. El baile silencioso entre dos personas que detectan interés en la otra.

Solo que, claro, la situación era un poco distinta. Por lo general, no ligaba con mafiosos. Por lo menos que ella supiera.

Como si le hubiera leído la mente, Sawyer sonrió y señaló su móvil.

—Más allá de lo interesante que sería analizar la fauna que acumulas por aquí —dijo—, hay dos contactos que me parecen más interesantes. Jann y Thomas. ¿Te suenan?

Margo se mordió el labio inferior. Fue lo único que se le ocurrió para no desvelar nada.

—No.

—Creo que ya hemos pasado por la fase de mentir, pelirroja. Son tus padres, ¿no? Han estado llamando una y otra vez. Deben de estar muy preocupados. ¿Sueles ausentarte tantos días sin dar explicaciones?

Margo no dijo nada. Se mantenía tan seria como podía, aunque por dentro se le había formado un manojo de nervios muy incómodos. Oh, esperaba no vomitar. O sí. Que se jodieran muchísimo Sawyer y su fianza.

—Podría llamarlos —comentó él con media sonrisa—. Decirles que su hija está tranquila, viva y que va a estar ausente unos días. Incluso podría dejar que hablaras tú con ellos si te portas bien.

—Déjalos en paz —musitó Margo sin poder contenerse.

—Puedo encargarme yo —intervino Doyle.

La sola imagen de ese hombre entrando en casa de sus padres hizo que Margo sintiera escalofríos. Sawyer debió de notarlo, porque sacudió la cabeza satisfecho.

—No creo que sea necesario, todo depende de lo que ella quiera compartir con nosotros.

—¡Te he dicho mil veces que no sé dónde están!

—Pues haz el favor de ser un poco útil, pelirroja. Estoy tan harto de ti como tú lo estás de mí. Dame un buen motivo para no pensar que esto es una pérdida de tiempo. Hazte ese favor a ti misma. Y a Jann y a Thomas. Pobrecitos, ¿cómo reaccionarían al ver entrar a Doyle y a sus chicos?

—Cállate.

—Imagínate el pánico de saber que tu hija está en peligro y que vas a morir por su culpa.

—¡Cállate!

—Pudiendo tener una vida tranquila, llena de paz, y resulta que su propia hija…

—¡Kyran puede volverse invisible!

Se tapó la boca nada más decirlo.

Sawyer, sin embargo, sonrió ampliamente y se recostó en el sofá. Parecía muy satisfecho. E intrigado.

Oh, no…

—Invisible —repitió—. Interesante.

Sin dar ninguna otra explicación, le lanzó el móvil a Margo y se puso de pie. Ella seguía tan pasmada que no fue capaz de reaccionar. Ni siquiera cuando él se detuvo a su lado y le ofreció una pequeña caricia en la mejilla con los dedos.

—Gracias. Vosotros, aseguraos de que hace una llamada tranquila y sin darle información de más a sus padres. Luego, preparadla para salir. Y tú —señaló a Doyle—, ven conmigo.

Doyle puso mala cara.

—¿Ya has terminado de ligar?

—No me seas aburrido.

18

Caleb

Caleb apoyó un hombro en la pared. Trató de centrarse en algo neutral, pero…, obviamente, su mirada se clavó en Victoria.

Golpeaba un saco de boxeo como si el pobre la hubiera insultado. Patadas, codazos y puñetazos. Todo mezclado.

Caleb era incapaz de apartar la vista.

Habían encontrado el saco en el sótano. Estaba lleno de polvo y tenía dos cortes, pero Bex se las había apañado para arreglarlo. También había amenazado con pegarle un tiro a cualquiera que viera perdiendo el tiempo y no entrenara. Victoria se lo estaba tomando al pie de la letra.

¿Desde cuándo golpeaba así?

Los movimientos eran casi perfectos. Desde la rotación de la cadera hasta la forma en que movía los pies. Solo con ver cómo se meneaba el saco, que pesaba bastante, Caleb supuso que serían golpes poderosos.

—Soy el mejor maestro de la historia —comentó Brendan junto a él.

Caleb tuvo que contenerse para no poner mala cara. Sobre todo cuando vio que Brendan arrastraba a Axel esposado.

El día anterior, Bex había pillado a Axel merodeando junto a los mapas. No hizo nada, ni siquiera intentó escaparse, pero ella entró en cólera y les ordenó a todos que, desde ese momento, no le quitaran la vista de encima. En especial a Brendan, ya que había sido en su guardia.

Aunque podría vigilarlo y ya, Brendan había decidido esposarlo y arrastrarlo de la cadena junto a él.

En esos momentos, Axel parecía cansado. Y dolorido. El color de su nariz ya empezaba a volverse púrpura.

—¿Y bien? —insistió Brendan—. ¿Soy un profesor que te cagas o no?

—No.

—Me lo tomaré como un halago.

—No lo es.

—Tendrías que haberla visto cuando empezamos.

—¿Qué quieres? —Caleb le frunció el ceño—. ¿Una medalla?

Su hermano, que solía tomarse las hostilidades con un poco de humor, dio un tirón de las esposas de Axel para pagar sus frustraciones. Axel protestó con rencor, pero a nadie pareció importarle.

—¿Vas a seguir así de borde mucho tiempo? —preguntó Brendan—. Lo digo para empezar a acostumbrarme.

—Pues acostúmbrate.

—¿A tu cara de culo cuando he cuidado de tu novia durante meses?

A Caleb empezó a preocuparle lo mucho que estaba apretando la mandíbula. Axel, con disimulo, se apartó un paso de la conversación.

—Repito: ¿quieres una medalla?

—No, idiota desagradecido, pero estaría bien no encontrarme esa cara cada vez que intento hablar contigo.

—No vuelvas a llamarme…

—¿Qué?, ¿«idiota desagradecido»? Lo hice por ti, no por ella. Vi cómo reaccionabas cuando estaba ahí, en el suelo. Y supe que te pasaría lo mismo que me pasó a mí con Ania.

Caleb seguía teniendo la mirada clavada en Victoria, que golpeaba, resoplaba y se pasaba la mano por la frente de forma distraída. No entendió por qué estaba tan centrado en ella, cuando su mente no dejaba de darle vueltas a lo que acababa de oír.

Cuando empezó a asimilarlo, se volvió hacia Brendan. Su hermano lo miraba con una expresión que rara vez había visto en él: sinceridad.

—¿Qué más hiciste? —preguntó Caleb en voz baja.

—Lo que tenía que hacer.

—¿Qué hiciste, Brendan?

El aludido sonrió sin mucha gracia.

—Usé el único salto del tiempo que tendré en mi vida por ti y mira para lo que ha servido.

—Eso no es verdad.

Sin embargo, supo que lo era antes incluso de que Brendan se alejara con los hombros tensos. Axel se vio arrastrado tras él.

Victoria

El ejercicio resultó ser su mejor sedante. Mientras aporreaba el saco de boxeo, no pensaba en el dolor de cabeza ni en recuerdos ni en su amiga encerrada con el loco de Sawyer. No pensaba en nada.

Por lo menos, hasta que sintió un latigazo de rabia a través del vínculo con Brendan.

De manera inconsciente, se volvió para mirarlo. Se encontraba al otro lado del sótano. Caleb también estaba ahí, aunque parecía ignorarlo. Incluso Axel se encontraba presente, aunque estaba esposado y no aportaba mucho al duelo de hermanos que sucedía a su alrededor.

—Oye —llamó Victoria.

Brendan ya se había marchado, así que Caleb la miró con cierta cautela. No habían vuelto a hablar desde el momento en el tejado.

Lo cierto era que no sabía qué decirle; no había planificado una conversación.

—Estoy preocupada por el niño —dijo al final.

Por lo menos, pareció que Caleb se relajaba y le prestaba toda su atención. Aunque, siendo honesta, nunca había sentido que no la tuviera. Era un chico de pocas palabras, pero siempre parecía escucharla como si todo lo que ella dijera fuera a quedarse grabado en piedra.

—¿En general? —preguntó Caleb—, ¿o por algo específico?

—En general. Si nos encuentran… Quiero decir, lo buscaban a él. Ya oíste a Doyle.

—Ahora creo que te buscan a ti.

—Ya, pero Sawyer está interesado en él. Y me gustaría saber por qué. Y quién es, porque nadie se ha molestado en decírmelo.

Caleb seguía apoyado en la pared. Se cruzó de brazos un poco incómodo.

—Creo que es de esas cosas que deberías recordar tú sol…

—Oh… Déjalo.

Eso de no decirle nada empezaba a ser frustrante. Y, aunque no era culpa de Caleb, le tocó comerse su enfado.

Irritada, Victoria pasó por su lado y empezó a ascender las escaleras del sótano. La luz del sol no iba acorde a su estado de ánimo y eso también la molestó sobremanera. ¿Cómo de frustrada tenía que estar para que incluso el sol la irritara?

Caleb la había seguido, claro, pero se contuvo a la hora de insistirle porque los demás se encontraban en el salón. Brendan le retorcía el brazo a Axel para que ambos pudieran sentarse en una de las sillas del comedor, mientras que Dani le revisaba la nariz a este último. No pareció muy contenta.

—Has estado toqueteándotela —observó—. Vuelve a estar hinchada.

Bex afilaba un cuchillo, encaramada a la ventana. Teniendo en cuenta que Kyran y Bigotitos se perseguían por el salón, quizá no era la actividad más apropiada.

Aun así, ella señaló a Axel con la punta del arma.

—Estamos malgastando el botiquín en ese traidor.

Axel resopló con la voz nasal, Dani seguía sujetándole la venda.

—¿Cuántas veces tengo que decir que estoy de vuestra parte?

—Eso es todavía peor, idiota. Has traicionado a Sawyer, ¿por qué no lo harías con nosotros?

—Ódiame todo lo que quieras —murmuró mientras Daniela le preparaba una bolsa de hielos—, pero admite que soy un buen fichaje.

—Oh, sí, qué gran alegría tener al idiota del pelo mal teñido…

—El pelo blanco me da un rollito muy enigmático.

—Te da un rollito muy de imbécil —aseguró Brendan.

Mientras ellos seguían con sus discusiones absurdas, Victoria intentó avanzar hacia ellos. Tuvo que detenerse cuando Kyran se chocó contra ella. Al intentar perseguir a Bigotitos escaleras arriba, se había dado de lleno contra sus piernas. Victoria lo estabilizó como pudo.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

El niño se había dado un buen golpe contra su rodilla, pero no pareció importarle demasiado. Con una sonrisita encantada por el juego, miró a Victoria.

De pronto, ella recordó algo muy concreto. Un piso sucio, el sonido de la lluvia, una figura pequeñita y agachada en un rincón, su hermano…

Su…

Ian. Su hermano, Ian.

De pronto, sintió un espasmo de dolor tan fuerte que sus manos se cerraron sobre los bracitos de Kyran. Aunque a él no le dolió, Victoria se apresuró a soltarlo y a alejarse unos cuantos pasos. El dolor fue tan intenso como un tiro en el cráneo. Por un momento, ni siquiera pudo ver nada más que un estallido blanco.

No recuperó la estabilidad hasta que Caleb la sujetó por atrás. Alarmada, se alejó varios pasos de él. Su contacto tendía a empeorar su sensación de nervios.

Él abrió la boca para decirle algo, pero Victoria nunca sabría lo que era, pues empezó a subir rápidamente las escaleras.

Caleb

En cuanto dio un paso hacia las escaleras, Brendan se interpuso en su camino.

—Creo que seré un poco más útil que tú —le indicó.

Caleb quiso decirle que no era cierto, pero entonces Brendan le dejó la cadena de las esposas de Axel en las manos y fue tras ella.

Irritado, Caleb contempló la escena y cerró la mano en torno a la cadena. Axel no pareció muy aliviado con el cambio.

Victoria

Había experimentado náuseas antes, pero jamás con el estómago vacío. Era horrible. Las convulsiones le provocaron dolor en la garganta y aún más en la cabeza. Para cuando Brendan abrió la puerta del baño, seguía agachada junto al retrete. No se molestó en disimular lo mal que se encontraba. Tampoco es que él fuera a preocuparse demasiado; como mucho, empezaría a dar órdenes.

—Túmbate en el suelo —ordenó, efectivamente—. Y haz el favor de no golpearte la cabeza.

Victoria sintió ganas de reírse. El hombre misterioso era un poco más previsible de lo que le gustaría. Sin embargo, estaba tan mareada que terminó por estirarse en el suelo. Y contempló el techo. Un punto fijo. Su cabeza daba vueltas, pero el techo no se movía. Y esa tontería, de alguna forma, supuso un consuelo.

En algún momento, cerró los ojos sin darse cuenta. Si no fuera por la palmadita de Brendan, se habría desmayado.

Abrió los ojos de nuevo. El rostro de Brendan flotaba sobre ella como un ángel de la guarda. Uno muy desinteresado, pese a estar ahí.

—¿Mejor? —preguntó él.

—Creo que sí.

—Quédate así un rato más. ¿Se puede saber por qué has subido?

—No lo sé. Me he mareado, muy de repente… Pensaba que me desmayaría.

—¿Y es mejor perder el conocimiento aquí sola que ahí abajo, acompañada?

Victoria sonrió un poco, sin ganas.

—Prefiero hacer el ridículo sin público.

Brendan sacudió la cabeza, como siempre que ella hacía una broma sin gracia.

Como Victoria estaba mejor, él se dejó caer a su lado. Apoyó un brazo en su rodilla doblada y la observó sin decir nada. El baño era tan pequeño que tenía que estar un poco encogido para no chocarse con ella.

—Puedes irte —aseguró Victoria—. Estoy mejor.

—A veces se te olvida que puedo sentir lo mismo que tú a través del vínculo. No ha sido un mareo cualquiera. ¿Qué ha pasado?

Ella sabía lo que había pasado. Y lo que había recordado, en concreto.

Aunque Brendan había sido su única compañía durante esos meses, se vio incapaz de contárselo. No entendió por qué.

Él debió de notar ese debate interno, pero lo asoció a la idea equivocada.

—Estabas intentando forzar un recuerdo —dedujo.

No iba tan mal encaminado, así que Victoria asintió.

—Deja de forzar la memoria —la regañó—. Te estás saltando algunas partes para llegar a las que te interesan y eso terminará pasándote factura.

—Como si fuera tan fácil obligarme a no recordar…

—Supongo que no lo es, pero tienes que esforzarte más.

Victoria tragó saliva. Seguía centrada en el techo. En la pintura blanca. Cada vez daba menos vueltas y su cabeza había empezado a aclararse.

—En su momento, ¿cómo fue recuperar la memoria para ti? —preguntó ella, porque no quería que se quedaran en silencio—. ¿Fue… difícil?

A través del vínculo, supo que Brendan intentaba recordarlo. Y que le estaba resultando complicado.

—Hay cosas que nunca he llegado a recordar —admitió—. Y otras que llegaron al momento. Lo primero que recordé fue que tenía un hermano. Después, algunas cosas de nuestra infancia. Tonterías. Después, vino lo demás. No tardé mucho.

—¿Y por qué es tan complicado en mi caso? ¿Es culpa mía?

Por primera vez en su vida, Brendan se tragó la broma irónica y tuvo un poco de empatía.

—No es culpa tuya, Victoria… Ninguno de nosotros tuvo que pasar por una transformación como la tuya. Además, tu habilidad está relacionada con los recuerdos. No sé si tiene algo que ver, pero… ¿quién sabe? Sawyer nunca me habló de casos así.

—¿Y de qué te habló?

—¿Sobre transformación? Me hizo memorizar las bases. Decía que algún día usaría mi habilidad y debía saberlo todo. Además, los recuerdos… son complicados. Es obligar a tu cerebro a procesar algo sin darle las herramientas para enfrentarse a ello. Por eso tu cuerpo reacciona, porque se da cuenta de que no puede soportarlo. Es como si tu mente fuera un circuito de obstáculos: si no te han enseñado a cruzarlos, tardas un tiempo en encontrar la manera de saltarlos. Pero, si alguien te obliga a enfrentarte a ello…, puedes lesionarte y perder todo el progreso. O, al menos, ese es el ejemplo que me ponía el idiota de Sawyer.

Como siempre que mencionaba ese nombre, Victoria sintió una corriente de rabia por el vínculo. No, no era rabia… Resentimiento. Rencor.

Volvió la cabeza. Brendan la estaba mirando. Durante unos instantes, se limitaron a sostenerse la mirada. Gris contra negro. Curiosidad contra cautela.

—¿Por qué lo odias tanto? —preguntó Victoria.

No se refería a lo que había vivido junto a él; esos motivos estaban claros. Pero había un sentimiento mucho más profundo. Mucho más arraigado en el alma. Victoria podía sentir que lo consumía, que seguía influyendo en su forma de ser. Como una sombra que nunca se alejaba de él.

Brendan mantuvo su mirada en ella. Sus labios se habían apretado un poco. Victoria supo que, en esos momentos, odiaba el vínculo.

Pero no evitó el tema, como era habitual.

—Cuando se acercó a Caleb y a mí, éramos niños. Se metió en nuestra vida sin pedir permiso y arrasó con todo. Se hizo con él, nos separó. Nunca hemos podido volver a unirnos. Y, cuando encontré a alguien que me entendía, alguien a quien quería, también me la quitó. Robó mi vida entera y nunca dejó que creara otra nueva.

Hizo una pausa. Pese a seguir mirándola, Victoria sentía que ya no la veía.

—No es odio —aseguró en voz baja—. Es peor. Y prefiero que no haya una palabra para definirlo.

Con cualquier otra persona, Victoria habría seguido preguntando. Se habría interesado más en su historia, en cómo estaba Brendan. Sin embargo, sabía cómo era él. Y sabía que, tras esa clase de confesiones, lo único que querría sería fingir que no había pasado nada.

Aquella debió de ser la primera vez que, estando juntos tanto tiempo, ninguno de los dos empezaba una discusión. Victoria se sintió aliviada. Y vacía, por algún motivo.

Vacía.

¿Por qué vacía?

Observó a Brendan con cautela e interés. Ese rostro, que recordaba tan a la perfección pese a haber perdido la mitad de los recuerdos de su vida. Esa expresión que no había sido capaz de olvidar. Pero que, en todos aquellos meses, no había sentido correcta. Al verlo, no sentía atracción. No sentía nervios ni ganas de acercarse a él. Tampoco sentía que él la comprendiera. No como en sus recuerdos.

De pronto, lo tuvo tan claro que no pudo evitar la pregunta.

—Tú y yo nunca hemos estado juntos, ¿verdad?

Era una afirmación, no una pregunta.

Brendan no cambió su expresión. Tan solo le sostuvo la mirada.

—Ya sé que no me dirás nada —añadió ella—, pero…, cuando te miro, no siento lo que debería sentir.

—Qué romántica.

—Y… me he dado cuenta de que sí siento esas cosas con otra persona. Y que no puedo evitar sentirlas. Como si mi cuerpo recordara cosas que mi mente ha olvidado. Fue con él, ¿verdad?

No necesitó decir su nombre. Brendan, tras estudiarla unos instantes, asintió una sola vez.

—Por eso —murmuró ella—, cuando te…

—No hiciste nada y no se te ocurra repetirlo.

Victoria calló. Por un momento, se le había olvidado la habilidad de Caleb.

—¿Te da miedo tu hermanito, Brendan? —lo provocó en voz baja.

—No es miedo, es instinto de supervivencia.

—Lo que no entiendo es su actitud —siguió ella—. Está siempre tan… tenso. Y no lo digo por lo obvio; me refiero a cuando estamos a solas. ¿Antes también era así?

—¿Me estás preguntando por vuestra intimidad? Porque, como te puedes imaginar, ni estuve presente ni me interesa saber mucho más.

—Pero es tu hermano. Seguro que puedes ayudarme un poco.

Brendan suspiró.

—Pues… ¿yo qué sé? Sawyer lo encerró en un sótano durante años. Cuando lo dejó salir, apenas había tenido contacto con otro ser humano, mucho menos con las emociones. ¿Cómo va a saber comportarse? Lo único que sé es que contigo siempre encajó. Como si hubiera encontrado a su otra mitad.

Victoria asintió. También esbozó una pequeña sonrisa.

—Mírate…, qué buen hermano eres. Y qué romántico.

—Cállate.

Caleb

No quería escuchar su conversación, pero los murmullos lo estaban volviendo loco. Caleb contempló la puerta del baño con los ojos entrecerrados y los nervios a flor de piel. Oh, nervios. Qué emoción tan inútil. Como si su cuerpo le recordara, de forma tormentosa, lo que su cabeza ya sabía: que iba a enfrentarse a una situación que no entraba en su zona de confort.

Aunque, pensándolo bien…, su zona de confort era del tamaño de una aguja, así que igual debería acostumbrarse a sentir nervios.

A su lado, Axel contemplaba su debate interno con una ceja enarcada. Como lo habían dejado a su cargo, Caleb no había tenido más alternativa que arrastrarlo con él.

—¿Vas a llamar? —le preguntó impaciente—, ¿o tu plan es contemplar la puerta hasta que explote?

—Silencio.

Mientras Brendan y Victoria se movían por el cuarto de baño, él aprovechó para colocarse mejor la camiseta. De hecho, lo hizo tres veces. ¿Iba a cambiar la prenda en función de su colocación? No. Pero no podía parar.

Cuando ya empezaba a plantearse si aquello era una mala idea, Brendan abrió la puerta. Caleb retrocedió un paso de manera automática. Por lo tanto, Axel también tuvo que hacerlo.

Esperaba una burla, pero su hermano se limitó a sonreír de medio lado.

—¿Qué haces aquí, hermanito?

—Nada.

—No estarías escuchando…

—¡No! —saltó Caleb enseguida—. Sé respetar la privacidad.

—Yo sí que he intentado escuchar —comentó Axel—, pero las puertas son de buena calidad.

Brendan se rio entre dientes y, sin mediar palabra, le quitó la cadena de Axel de las manos. Mientras ellos se alejaban, Caleb se percató de que se había quedado solo ante la puerta. Y Victoria seguía en el baño.

Una vez que ellos llegaron a las escaleras, Caleb respiró hondo y se metió en el cuarto de baño. Iba a cerrar la puerta, pero luego recordó que Victoria y él ya no tenían tanta cercanía; cerrar la puerta ya no era socialmente aceptable. Para no incomodarla, la dejó estratégicamente entornada.

Victoria estaba sentada junto a la bañera. Tenía las rodillas dobladas y la cabeza entre las manos. Seguía llevando los pantalones cortos, la camiseta sin mangas y las zapatillas que había utilizado en el gimnasio. Las mismas

zapatillas viejas que había usado siempre. Al principio, Caleb se preguntó por qué no las cambiaba. Había empezado a asumir que no le apetecía hacerlo, así de simple.

Durante unos instantes, la observó sin decir nada. Observó sus piernas pálidas, cómo se flexionaban los músculos de sus brazos al pasarse las manos por la cara y el pelo, los mechones de color castaño claro que se colaban entre sus dedos…

Estaba tan centrado que, cuando ella levantó la vista, a él le costó disimular. Por suerte, Victoria fingió no darse cuenta con una pequeña sonrisa.

—Hola —murmuró ella.

—Hola —dijo él, muy serio.

—Había oído ruidos, pensaba que era una rata que se había colado por el pasillo.

—Ah… Era yo.

—Ya veo.

—No soy una rata.

—También lo veo. ¿Estás bien, Caleb?

Pues no estaba muy seguro y debía de ser evidente, porque ella sonrió un poco más.

—¿Por qué no te sientas un poco conmigo? —propuso Victoria.

—¿En el suelo? Deberías…

—Caleb, tenemos superpoderes, ¿qué más dará dónde me siente?

Quiso decirle que «superpoderes» no le parecía un término correcto, pero dedujo que no sería muy apropiado. Así que se sentó en el suelo, junto a ella, y cruzó las piernas para no invadir su espacio personal.

El corazón de Victoria, aunque seguía un poco más acelerado de lo normal, se había calmado mucho. Era buena señal.

—¿Estás mejor? —le preguntó.

—Todo lo mejor que puedo estar.

—Ah. No es… una respuesta muy precisa.

—Estoy bien, Caleb. ¿Has subido solo para ver cómo estoy?

—Mmm… Puede.

—¿Y no quieres que hablemos un poco?

—¿Hablar?

Oh, eso se le daba mal.

—Es lo que suele hacer la gente.

—Claro. Tiene sentido.

—Si quieres, hablo yo. Puedo hacerlo por los dos.

Caleb intentó no recordar aquellas mismas palabras dichas por la propia Victoria unos meses atrás. Intentó, sobre todo, no sacar esperanzas de donde no valía la pena buscarlas.

—¿Sabes qué, Caleb? —preguntó ella entonces.

—No… Si no me lo dices, no lo sé.

Para su sorpresa, Victoria empezó a reírse. Lo hizo con naturalidad y libertad, como antes. Seguía siendo la única persona que le hacía sentir que era gracioso. Que podía ser algo más que un perro guardián o un rastreador. Que podía ser… alguien interesante. Solo se sentía así con ella.

Victoria dejó de reír, pero mantuvo su sonrisa. Abrazada a sus rodillas, se inclinó un poco más hacia él.

—Te he estado observando —comentó—. El primer día, no sabía qué esperar de ti. Me parecías un señor grandullón y serio.

—Ah…

—Y ahora es un poco igual, pero me he dado cuenta de que no me disgusta. De hecho, a veces la gente muy expresiva me pone nerviosa. Igual me estoy acostumbrando demasiado a ti.

Caleb intentó contener una sonrisa.

—Ya.

—También me he dado cuenta de que te encantan los monosílabos. Y me conoces muy bien, ¿a que sí? Y yo te conozco a ti. A veces, sé lo que piensas sin ni siquiera mirarte. Sin intentarlo.

—¿Y cómo sabes que aciertas?

Durante unos instantes, se miraron el uno al otro. A Caleb le gustó lo iluminado que se había vuelto su rostro, ahora que sonreía. Lo hizo sentir en paz.

—No lo sé —admitió ella—, pero… estoy bastante segura. ¿Tú no sientes lo mismo conmigo?

Caleb agachó la mirada. De pronto, ese baño era muy estrecho para tantas emociones. Se sentía demasiado cerca de ella. Tanto que temía que pudiera leer sus pensamientos y alterar sus propios recuerdos. Quería decirle que sí, que sentía lo mismo porque lo había vivido, pero temía las consecuencias. Y aquello lo estaba volviendo loco.

Así que, en lugar de confirmarlo, se encogió de hombros.

—Es complicado —admitió.

—¿Más complicado que mi memoria? Lo dudo.

Caleb esbozó una sombra de sonrisa.

—¿Eso te ha pasado antes? —le preguntó cauteloso—. ¿Has intentado forzar tu memoria?

Victoria dudó visiblemente, como si se debatiera entre decírselo o no.

Desde que había vuelto, aquella conversación era lo más parecido que habían tenido a las de antes. A esa intimidad tan frágil que habían construido sin quererlo. A la que Caleb seguía aferrándose cada vez que notaba esos ojos grises sobre él, curiosos y llenos de preguntas.

No pensó que fuera a confiar en él, pero, para su absoluto asombro, Victoria lo hizo. Quizá ni ella misma sabía por qué. No obstante, lo hizo.

—Ha sido Kyran —admitió ella en voz baja—. Cuando lo he visto…, me ha recordado algo. Una cosa que no olvidé por la transformación, pero que llevo muchos años intentando sacarme de la cabeza.

Caleb no preguntó, pero la observó. La observó tan fijamente que ella supo que tenía toda su atención, como siempre.

Cualquier otra persona, se habría sentido intimidada por aquella mirada tan fija. Victoria, sin embargo, pareció deshacerse en ella. Como si pudiera ver que las capas de desconfianza se deshacían a cada segundo que pasaba.

—Tengo un hermano —dijo ella—. Creo que lo conoces. Se llama Ian.

—Oh, por desgracia, lo conozco.

Victoria sonrió.

—Cuando éramos pequeños, mis padres lo trataban como si fuera la única esperanza de la familia. Como si conmigo ya hubieran tirado la toalla, aunque no me hubieran dado ni una oportunidad. Si yo sacaba un nueve, Ian había sacado un diez; si yo me apuntaba a fútbol, Ian era delantero; si yo me pedía una fiesta de cumpleaños con una temática, tenía que esperar a que Ian la tuviera antes.

»Nunca estuvimos muy unidos. Al menos, durante mi infancia. Siempre sentí que el verdadero miembro de la familia era él y que yo solo era la figurante que dice una frase cuando, de vez en cuando, preguntaban cómo le iban las cosas. Sin embargo, a medida que fuimos creciendo… Creo que, de alguna forma, adopté el mismo rol de mis padres. Admiraba a Ian. Tanto que ni siquiera lo consideraba mi hermano. Estaba desesperada por su aprobación. Habría hecho cualquier cosa por conseguirla.

»Tendrías que haberlo visto en el instituto, Caleb. Era… como un dios. De la clase de personas que no dejan a nadie indiferente. De esas que, por

mucho que odies, en el fondo querrías que te quisieran.

»En algún momento de su último año de instituto, todo cambió. Supongo que fueron las expectativas, pero… ¿quién sabe? Ian dejó de presentarse a clase, empezó a suspender exámenes… Se desapuntó de todas las actividades extraescolares a las que lo habían apuntado mis padres. Todo empezó a darle igual. Cada vez que salía de casa y desaparecía durante horas, yo era la encargada de buscarlo. De cuidarlo. Era su enfermera. Y, cuando empezaron a pasar los años y vi que la situación solo iba a peor, me harté.

Victoria apartó la mirada. Vergüenza. Sentía vergüenza. A Caleb le sorprendió su propia capacidad para detectarlo y la necesidad que tuvo de consolarla.

—Es normal —murmuró—. Ninguna niña debería ser responsable de un adulto.

Ella sonrió sin mirarlo.

—Gracias, pero… no creo que estés de mi parte cuando termine la historia.

—Lo pongo muy muy en duda, pero vale.

—Una noche, me invitaron a una fiesta de cumpleaños. Iba a celebrarse en una pista de hielo y nunca había ido a ninguna. Todos los invitados íbamos disfrazados de personajes distintos. Yo elegí a Mulán. —Victoria sonrió, como si le pareciera absurdo—. Preparé el disfraz con muchas ganas. Compré cada pieza con mis amigas, las ayudé a preparar el suyo… Fue una de las noches que más he anhelado en mi vida.

»Esa misma tarde, cuando ya estaba vistiéndome con toda la ilusión del mundo, mis padres me pidieron que me quedara con mi hermano. Fue la primera vez que salió de la clínica de rehabilitación y no querían dejarlo solo. La última vez fue…, bueno, no terminó bien. Les dije que quería ir al

cumpleaños, que llevaba mucho tiempo preparándolo. Ellos tenían una cena de empresa a la que no podían faltar. Ni siquiera quisieron oírme. Me preguntaron si era más importante Ian o un cumpleaños absurdo. Así que me quedé en casa.

»Mis amigas no dejaban de mandarme fotos. De decirme que fuera con ellas. Que se lo estaban pasando genial. Mientras tanto, yo estaba encerrada con Ian. Encima, él estaba insoportable. O lo recuerdo así porque sigue doliendo, no lo sé.

»De pronto, llamaron al timbre. Eran dos de mis amigas. Me dijeron que tenía que ir con ellas, que me merecía pasarlo bien. Que Ian no era mi responsabilidad. Les dije que no podía dejarlo solo. Y…, entonces, se me ocurrió una idea para poder marcharme sin que él se hiciera daño.

Su pulso se había acelerado. De nuevo, vergüenza. Caleb contuvo las ganas de estirar el brazo y tocarla. Más que nada porque Victoria no se atrevía ni a mirarlo.

—Mi madre llevaba unos años tomando unos calmantes antes de irse a dormir. Le servían para descansar mejor, o eso decía. Siempre lo había visto. Cuando le preguntaba, me decía que eran naturales, pero que no me acercara a ellos. Ahora sé que estaba enganchada, pero ese es otro tema. Y pensé… Yo… Pensé que, si le daba algunos de esos calmantes a Ian, se dormiría el tiempo suficiente para que me fuera a la fiesta y volviera. Que mis padres nunca se enterarían.

»Y eso hice. Se los metí en la bebida, picados. Ni se dio cuenta. En esa época, apenas notaba nada. Estaba totalmente ido. Me fui a la fiesta con mis amigas. Fue muy divertido, Caleb. Me lo pasé tan bien… Y me encantaba mi disfraz.

»Cuando acabó, volví a casa.

Victoria hizo una pausa. Había apretado los dedos en sus rodillas. Tanto que se estaba clavando las uñas a sí misma.

—No supe qué estaba viendo. Ian seguía en el sofá, pero tenía… los ojos en blanco. Le salía un hilo de espuma por la boca. Y sus brazos se… se movían… —Cerró los ojos un momento—. Pensé… No sé qué pensé. Llamé a urgencias. No sabían qué tenía y yo no dejaba de decir que Ian no había hecho nada fuera de lo normal. Me dijeron que lo tumbara en el suelo. Tenía tanto miedo que fui capaz de levantarlo yo sola. Entonces, me pidieron que lo reanimara. Y eso hice. Solo oía… una especie de zumbido. Y sé que lloraba, pero no podía sentirlo. Pensé que había muerto.

»De pronto, empezó a toser. Lo hizo a la vez que llegaba la ambulancia. Lo colocaron de lado e Ian empezó a vomitar. Mientras ellos intentaban reanimarlo, yo esperé sentada en el suelo. Mis padres llegaron mientras se lo llevaban en una camilla. Les preguntaron qué se había tomado y tuve que confesarlo. Y me miraron como si…

Victoria guardó silencio de nuevo. Aunque, en esa ocasión, levantó la cabeza. Su expresión vulnerable pasó a ser defensiva, como si aquello no le afectara, aunque fuera obvio que sí.

—Después de eso, se enganchó a esas mismas pastillas. Y, cuando estas no fueron suficientes, empezó con otras cosas peores. Y siempre he sabido que fue por mi culpa. Que, no sé…, quizá algo cambió ese día, ¿no? Quizá, si me hubiera quedado con él, ahora no sería como es. Y no tendría que responsabilizarme de él.

Caleb no quería ser brusco, pero esa última frase hizo que se sintiera molesto.

—¿Cuántos años tenías? —le preguntó con suavidad.

—Doce.

Él sacudió la cabeza.

—Si Kyran tuviera doce años, ¿le pediría que se responsabilizara de otra persona en ese estado y te irías a una cena?

Victoria parpadeó, confusa por sus propios sentimientos.

—Era tu hermano —insistió él—, no tu hijo.

—Ya, pero… Era mucha responsabilidad y mis padres no podían asumirla solos.

—La única responsabilidad que ellos tenían que asumir era la de criar a dos hijos. Y la única que tenías tú era la de ser una niña.

Victoria se quedó muy quieta, como si esa información se negara a entrar en su organismo.

Caleb pensó muy bien su siguiente pregunta. Y, al final, la hizo.

—No era el cumpleaños de una amiga —murmuró—. Era el tuyo, ¿verdad?

Ella tragó saliva. Tras unos segundos, asintió despacio.

—¿Por eso tienes pesadillas cuando se acerca tu cumpleaños?

De nuevo, asintió. Lo hizo con otra expresión. Tenía los labios apretados con fuerza y le había salido una arruguita en el mentón. Se estaba aguantando las ganas de expresar sus emociones como podía, pero resultó inútil. Su mirada lo decía todo. Su mayor pecado era tener unos ojos tan expresivos. A la vez, era su mayor virtud.

Caleb le devolvió la mirada. No quería decirle ninguna obviedad, pero odiaba verla así. Y odiaba no poder hacer nada para remediarlo.

—Siento que te pusieran en esa situación —dijo al final.

Ella no dijo nada. Seguía anclada en sus ojos como si, por primera vez, alguien le hubiera devuelto la mirada.

—Y siento que no tuvieras el apoyo que merecías —añadió Caleb—. Igual que siento que siga doliendo, aunque pasen los años.

—Hay heridas que nunca se cierran.

—Sí se cierran. Dejan cicatrices, pero se cierran. Y aprendes a vivir con ellas. No fue culpa tuya, Victoria. No tenías la capacidad de responsabilizarte de él y no te merecías pasar tu día cuidando de otra persona. Lo sabes, ¿verdad?

Ella volvió a dudar. Y a agachar la mirada.

—Cuando he mirado a Kyran… —murmuró—, ha sido como si viera a mi hermano. No sé cómo explicarlo, pero he vuelto ahí. A ese sofá. Y ha sido… horrible. Sigue siéndolo cada vez que veo a Ian o a mis padres. Y me he dado cuenta de que…, de que no quiero que Kyran viva algo así. Quiero que sea un niño. Aunque suene surrealista, dadas las circunstancias.

—No es surrealista —aseguró Caleb—. A mí también me gustaría.

Victoria le sonrió con timidez.

—Si algún día podemos sacarlo de aquí, aunque nosotros tengamos que quedarnos…, si podemos asegurarnos de que estará a salvo y lejos del peligro…

—Si llega ese día, te prometo que seré el primero en asegurarse de no perder la oportunidad.

Victoria mantuvo su sonrisa. Y su mirada.

Pasados unos segundos, Caleb la apartó. Sentía que, después de aquella confesión, Victoria necesitaba su espacio. Su rato de pensar. Aunque su cuerpo le pedía lanzarse sobre ella y no soltarla, tuvo que recordar que quien necesitaba priorizar sus necesidades era ella.

—Voy a bajar un rato —le dijo Caleb—. Si necesitas algo, solo tienes que…

—¿Puedes quedarte?

La pregunta lo pilló por sorpresa. Caleb parpadeó unas cuantas veces.

—¿Quieres que me quede… contigo?

Victoria parecía avergonzada de su propia petición. Aun así, asintió con la cabeza.

Sin mediar palabra, Caleb volvió a acomodarse. Lo hizo con la espalda en la pared del baño y las piernas estiradas. Y no le sorprendió que Victoria, al cabo de unos instantes, imitara su postura. Sus brazos quedaron unidos. Y su cabeza y su hombro, cuando Victoria se apoyó sobre él.

—Gracias por escucharme —murmuró.

Caleb no respondió. Sin embargo, aprovechó que no lo veía para esbozar una pequeña sonrisa.

Le duró trece segundos. Los que tardó en oír el grito de Daniela.

Brendan

Observó al crío con poco interés. Se había puesto otra vez el disfraz de Batman. Batkyran, se llamaba a sí mismo. Ridículo. A su edad, Brendan ya era mucho más maduro. Bueno…, no se acordaba, pero estaba seguro de que era así. No necesitaba recordarlo para saberlo.

Seguía siendo el guardia de Axel, pero estaba harto de pasearlo. Lo había sentado en la mesa principal del salón, justo delante de Bex, para que ella pudiera atormentarlo con su cuchillo. Y vaya si lo hacía. Lo clavaba en la mesa, dejaba que vibrara unos segundos, lo recuperaba y repetía el proceso. Axel lo observaba todo con las cejas enarcadas y la cabeza un poco echada hacia atrás, como si estuviera preparado para esquivar un lanzamiento. Ella, sin embargo, se limitaba a sonreír…

—Kyran —llamó Daniela, con los brazos en jarras—. Venga, tienes que comer algo. Ya hemos hablado de esto.

Brendan volvió a centrarse en el niño. Correteaba con los brazos extendidos y la capa sujeta entre los dedos. También hacía soniditos de aire, como si simulara volar. Lo hizo alrededor de Bex, que sonrió y dejó de jugar con el cuchillo. Incluso Axel relajó un poco su postura. El gato iba tras ellos y saltó de la cabeza de Axel hasta llegar al suelo. Bex empezó a reírse a carcajadas.

—¡¡¡*Biotito* malo!!! —chilló Kyran—. ¡*Bakyran* al *recate*!

Su rescate consistió en dar otra vuelta haciendo soniditos de velocidad y darle en la cara a Axel con la capa. Este parecía bastante molesto, pero Kyran le colocó una mano en el brazo con mucha seriedad.

—Tú *taquilo* —le dijo—. *Bakyran potege*. Tú no *mieo*, *Biotito*.

Bex no dejaba de reírse.

Sin darse cuenta, el propio Brendan había esbozado una pequeña sonrisa. Al darse cuenta, la borró al instante.

Como siempre, el crío la tenía tomada con él. Y el gato, también. Eran un tándem inseparable. Así que, cuando Bigotitos lo atacó de la misma forma, Kyran entrecerró los ojos y pasó de rescatarlo. De hecho, voló cerca de él para ponerle mala cara, pero abandonó a Brendan a su suerte.

A esas alturas, Bex iba a explotar.

—¡Hasta Kyran sabe que eres un capullo! —exclamó divertidísima.

—Sí, sí… Qué gracioso el crío.

Bex siguió riéndose a carcajadas.

Sin embargo, hubo un cambio bastante repentino en la habitación. Brendan se dio cuenta por el tirón que le dio Axel a las esposas. Se volvió, confuso. Mientras eso sucedía, Kyran soltó un sonido de alarma y Daniela gritó el nombre del gato.

Brendan, confuso, lo buscó con la mirada. Estaba en el suelo, junto al sillón. No se movía.

Oh, no.

Victoria

Corrió tras Caleb pese a no entender nada. Y menos entendió cuando él se detuvo en medio del salón. Todos los demás estaban observando un punto muy concreto del suelo. Y Victoria los imitó, claro.

Entonces, lo vio.

Bigotitos. Su gato. Estaba tirado en el suelo. Movía una parte de su cuerpo, pero sus piernecitas daban unos espasmos muy extraños. Y tenía los ojos entrecerrados.

De pronto, Victoria sintió que no podía respirar. Que volvía a tener doce años y el disfraz y los patines escondidos bajo su cama. Que volvía a ver que alguien que quería sufría y no era capaz de hacer nada.

Con el pánico en el cuerpo, Victoria se lanzó al suelo junto a Bigotitos. Acunó su cabecita con desesperación. Necesitaba sentir su respiración.

—Vic —le dijo Dani con cautela—, espera, no es…

—¡¡¡Apártate!!!

Su amiga retrocedió, espantada. Victoria estaba demasiado alterada como para medir sus palabras. Solo necesitaba sentir su respiración. Su respi…

De pronto, el gato dio una sacudida. Victoria quiso levantarlo en brazos, pero no quería hacerle daño. Y empezaron los maullidos. Lentos. Desesperados. Casi tanto como ella. Victoria tenía los ojos llenos de lágrimas de impotencia. No sabía qué hacer.

De pronto, el gato empezó a moverse. Victoria se apartó. No era un movimiento natural. Ni siquiera podría clasificarlo como un espasmo. Sobre

todo cuando uno de los huesos de su espalda pareció salirse de lugar. Después, uno de su cara. Y otro de su pata.

Espantada, Victoria retrocedió en el suelo. No entendía qué estaba viendo. Si era una pesadilla. Los ojos del gato se abrieron tanto que pareció que iban a salirse de sus órbitas y se estiró con tanta fuerza que dio la impresión de que se alargaba.

¿O… se alargó de verdad?

Todos lo contemplaron con horror, sin saber qué hacer. En especial cuando la bola de pelo naranja empezó a hacerse grande. Y a deformarse cada vez más.

Y más.

Y todavía más.

Para cuando se puso de pie, ya no era un gato. Era un chico.

19

Victoria

Durante unos segundos, Victoria y Bigotitos se miraron fijamente.

O, bueno…, el chico. El *chico* la miró fijamente.

Bigotitos, o quien fuera, la contemplaba con temor, como si no supiera si comportarse como un gato o como un humano. Mantenía las manos curvadas de forma extraña, como si fueran patitas, y tenía el mentón un poco elevado. Eran gestos que Victoria reconocía de su propia mascota. También ese cabello, cuyo color se entremezclaba entre tonos rojos y castaños. Y, sobre todo, los ojos dorados. Eran prácticamente iguales.

El chico suspiró y, al fin, se irguió y colocó los brazos en jarras.

—*Mia*… Digo… Hola.

—¿Qué…?, ¿qué puñetas…?

Victoria intentó retroceder tan rápido que se clavó el borde de la mesa en la cadera. El dolor fue punzante, pero estaba tan ida que apenas lo sintió. Bigotitos dio un respingo y trató de acercarse a ella.

—Oye, ten cuidado o…

—¡¿Qué es eso?! —chilló Bex de repente.

—¿«Eso»? Oye, entiendo la sorpresa, pero no perdamos las formas, ¿eh?

—¡Era…! ¡Se ha…!

—Se ha transformado en un puto humano —murmuró Brendan, que estaba más fascinado que asustado—. Y yo pensando que la vida ya no podía sorprenderme…

Incluso Axel, que siempre tenía un comentario inapropiado que ofrecer, se había quedado sin palabras.

El único que no reaccionó fue Caleb, que permanecía pasmado en un rincón. Tenía un tic nervioso en el ojo, como si su cerebro estuviera buscándole la lógica a toda aquella locura.

Victoria, por su parte, necesitaba reponerse después del susto. Todavía no estaba muy segura de si aquello había sido una pesadilla. En parte, esperaba que sí.

—Sé que estáis muy confusos —prosiguió Bigotitos, muy mediador—, pero, si me dejáis explicar…

—¡Hace un momento eras un gato! —chilló Bex, señalándolo.

—Bueno, la gente cambia.

—¡¡¡No tanto!!!

Kyran los miraba sin comprender nada. Parecía bastante confuso, y Victoria se preguntó, de forma ausente, si él ya sabía que Bigotitos era…

Bueno, no tenía muy claro lo que era. ¿Humano?

Daniela tampoco parecía demasiado sorprendida. De hecho, intentaba recuperar la respiración después del grito que había recibido la pobre.

—Sé que parece una locura —dijo Daniela con toda la calma que pudo —, pero es inofensivo.

—Espera —la detuvo Brendan—, ¿me estás diciendo que tú sabías esto?

—¡Me enteré hace una hora!

—¡¿Y no nos lo dices?! —chilló Bex.

—¡Todo el mundo entraba y salía de la habitación, no me ha dado tiempo!

Mientras toda aquella conversación transcurría, Bigotitos buscó la mirada de Victoria. Pese a la aparente indiferencia que había mostrado a los demás, estaba claro que con ella se sentía un poco avergonzado.

¡Avergonzado!

Victoria estuvo a punto de reírse. ¡Era su puñetero gato!

Por un momento, deseó volver a ese pasado que no recordaba. Ese en el que seguramente fue una persona normal, con un gato normal y un trabajo normal. Y preocupaciones normales. Pero no. Ahora, tenía habilidades especiales, un lunático la perseguía y su gato acababa de transformarse en un puñetero ser humano.

Como si pudiera leer sus pensamientos, Bigotitos dio un paso hacia ella. Ese fue el instante que aprovechó Caleb para reaccionar.

—Aléjate de Kyran —advirtió muy serio.

Bigotitos pareció un poco ofendido por su falta de confianza. Y Kyran, por su parte, confuso.

—¿Por qué? —preguntó el pelirrojo.

—¡Porque… no te conocemos!

—¿Cómo puedes decir eso y quedarte tan tranquilo? ¡Hemos compartido mil momentazos! ¿Te acuerdas de cuando me echabas del respaldo del sofá? ¿O cuando ibas a comprarme comida premium? ¿O cuando me llamabas «gato imbécil»? Eran momentos mágicos.

Caleb abrió la boca para responder, pero se había quedado sin habla. Y sin pensamientos, seguramente. ¿Cómo iba a tener algún razonamiento lógico bajo esas condiciones? Victoria tampoco se veía capaz de tenerlos.

—Cállate —ordenó Bex, ya frustrada—. ¡Y apártate del niño!

—Gatofóbica.

—¡Cállate! —repitió—. Y… ¡dinos quién eres!

—Bigotitos. Un placer.

—No, no te llamas Bigotitos —intervino Caleb muy serio—. Dime ahora mismo quién eres y qué has hecho con el gato imbécil.

—Uno: no me insultes. Dos: no insultes tu propia inteligencia y admite que Bigotitos soy yo. ¿Qué otra explicación lógica ves aquí?

Caleb no tuvo palabras.

Por suerte, Victoria las tenía por los dos.

—Bigotitos no puede ser tu nombre real —aseguró—; es el que te puse yo.

El pelirrojo puso los brazos en jarras, pensativo. Arrugaba la nariz como lo haría un gatito confuso.

—Hace años, me llamaban Lambert. ¿Eso te vale?

Ofreció una mano, así, en general, para presentarse. Nadie la aceptó. El único que reaccionó fue Axel, que soltó una risita divertida. La cortó en cuanto Bex y Brendan lo miraron con los ojos entrecerrados.

—Espera —intervino Bex entonces—, ¿y por qué no estás desnudo?

Lambert se contempló a sí mismo. Llevaba puesta una camiseta blanca de tirantes y unos pantalones vaqueros bastante viejos. Iba descalzo, eso sí.

—¿Quieres que me desnude? —preguntó suspicaz.

—No es que lo quiera, es que las transformaciones suelen… No sé… ¿Soy la única que le ve sentido?

—La última vez que fui humano, iba vestido —explicó Lambert—. Hace ya unos días, por cierto. Aparte del descuido de hace una hora, claro. ¿Sabéis lo difícil que es aguantarse tanto tiempo en forma de gato? En casa de Victoria era más sencillo, pero aquí no dejo de tener guardaespaldas. Llega un punto en el que no puedes más.

Igual que cuando había ofrecido la mano, todo el mundo contempló a Lambert-Bigotitos con perplejidad. Pese a que él se estaba riendo, nadie le correspondió la alegría.

—Espera —dijo Victoria entonces—, has estado viviendo conmigo.

—Correcto.

—¡Me has visto… cambiándome y…!

—Oh, por favor. Eres como una hermana. Además, me van más los tipos con mal humor. Sin ofender.

Lanzó una miradita a Caleb, pero este seguía procesando tanta información que era incapaz de reaccionar.

Caleb

En el fondo del salón, Daniela atendía la nariz de Axel con cuidado. Bex, a su lado, lo sujetaba sin tanto cariño. Y luego estaba Brendan, que revisaba la operación mientras le daba vueltas a su pistola con un dedo, poco preocupado por lo peligroso que era ese gesto.

Lambert permanecía junto a ellos, en la mesa. Tras apartar los mapas, había llegado a la conclusión de que tenía mucha hambre. Muchísima. Victoria se hizo, todavía con las manos temblorosas, con una tarrina de helado. En ese momento, el pelirrojo le clavaba cucharadas como si no hubiera comido en los últimos veinte años.

Kyran, por otro lado, estaba sentado encima de Caleb y jugueteaba con su peluche de pantera. Parecía aburrido con toda la situación. Incluso se había olvidado del disfraz de Batkyran.

—¿Mestizos? —preguntó Victoria, que estaba inclinada sobre la mesa.

Habían escuchado el discursito de Lambert sin cuestionarlo, pero las preguntas habían empezado a surgir.

—Ajá —murmuró el pelirrojo, con la boca llena.

—¿Qué puñetas es eso?

—Oh, no… Con lo mal que se me dan las clases de historia…

Tras una ración de helado particularmente grande, tragó y los señaló con la cuchara.

—Hace muuuchos años, no sé cuántos, una señora humana se lio con un señor que tenía habilidades mágicas. Hicieron esas cosas que no se pueden decir delante de un niño, que involucran un buen…

—Resume —masculló Caleb.

—Ah, sí. Bueno, los pillaron. Estaba prohibido que los humanos y los seres mágicos se relacionaran, así que los castigaron. Bueno, la castigaron a ella, en realidad. ¿Qué le pasará a la historia con castigar siempre a la mujer si el hombre también…?

—Resume —gruñó Bex por ahí detrás.

—¡Que sí! —Lambert suspiró, triste porque nadie apreciaba lo gracioso que se sentía—. La cosa es que maldijeron a la mujer. La condenaron a vivir entre las sombras, a alimentarse de otros seres vivos… Todo el rollo tenebroso. Y ahí nacieron los vampiros. Pero ¡giro de guion! La tipa estaba embarazada del señor mágico. Y el crío, que no tenía la culpa de nada, terminó pagando las consecuencias de la maldición. Se quedó a medio camino entre criatura de la noche y criatura mágica. Le podía tocar el sol, pero no podía comer; podía usar una habilidad mágica, pero su magia estaba muy limitada. Y, como los sabios de la época nunca se habían topado con un drama así, no se complicaron mucho la vida y lo llamaron «mestizo».

Caleb y Victoria lo observaban con la misma cara de perplejidad absoluta. Lambert se comió otra cucharada de helado.

—Cuando dices «vampiros»… —empezó Victoria.

—Ah, sí. Vampiros. ¿Qué pasa con ellos?

—¿Existen? —Daniela, por ahí detrás, hizo una mueca de horror.

—Estáis hablando con un gato convertido en humano, vives con una tropa de gente con poderes… ¿y lo que os preocupa es que existan los vampiritos?

—Entonces —intervino Victoria de nuevo—, ¿nosotros somos… mestizos?

—Ajá.

—¿Y lo de extraños…?

—¿Yo qué sé? Algo que se inventaría el iluminado de vuestro jefe. Nunca me ha caído bien.

—P-pero…

Mientras Victoria se planteaba por dónde empezar su oleada de preguntas, Lambert lamía la cuchara embadurnada de helado. Parecía que, para él, aquella era la tarde más normal que había tenido en su vida.

Caleb seguía sin terminar de fiarse. Con disimulo, le pasó un brazo alrededor a Kyran para acercárselo un poco más. Brazo que se quedó entre Lambert y él.

Tuvo que admitir que pensó que todo aquello era un truco de Axel. Que había usado su habilidad ilusoria para despistarlos y escapar. Pero, a la vez, no lo veía tan inteligente como para llegar tan lejos.

—Entonces —siguió Victoria, que por fin había encontrado su voz—, ¿por qué no sabíamos nada de ti?, ¿de que eres…? En fin, lo que seas.

—Oh, mi trabajo es vigilar que todo esto no se descontrole, no daros explicaciones.

—¿Y lo que me pasó no te pareció «descontrolado»? ¿O lo de Iver?

Bex, que seguía sujetando a Axel, torció el gesto. No dijo nada.

Lambert suspiró y dejó el helado sobre la mesa. Por una vez, se había puesto serio.

—No puedo intervenir en situaciones que no estén relacionadas con tus habilidades —explicó—. Mi jefe me lo dejó muy claro. Si hay un conflicto entre mestizos, lo único que puedo hacer es aconsejaros cómo actuar. E incluso eso se sale de mis competencias.

—¿Quién es tu jefe? —atajó Caleb.

Como siempre que le preguntaba algo directo, Lambert hizo un movimiento sugerente de cabeza y se volvió para parpadear hacia su interlocutor. Caleb reprimió las ganas de poner los ojos en blanco.

—Se llama Albert. Parecido a mi nombre, ¿eh? Lo elegí en su honor. Y no, no lo conocéis. Ni lo haréis, si todo sale bien. Es mejor, porque está un poco amargado. Luego está el jefe de mi jefe, que solo aparece cuando pasan cosas muy muy chungas. Pero, por ahora, os basta con mi ayuda.

—¿Y cuál es tu ayuda? —preguntó Caleb, sin ocultar su irritación—. Porque, hasta ahora, no nos has ayudado en nada.

—¡Ya os he dicho que, por juramento, no puedo intervenir si no es algo relacionado con los poderes de Victoria! Además, ya he hecho cosas que a mi jefe no le gustarían… Como quedarme aquí sin que estuviera Victoria o intervenir cuando el zumbado de ahí atrás intentó matarla. Bastante me la he jugado por vosotros, ¿eh? No empecéis con las reclamaciones de…

—¿Qué quieres decir con eso de «quedarte aquí sin mí»? —intervino Victoria.

Lambert tardó unos instantes en responder. Al parecer, había hablado más de la cuenta.

—Se supone que mi misión es vigilarte a ti, no al resto —respondió al fin.

—¿A… mí?

—Sí. Ellos están controlados, dentro de lo que cabe. Lo que nos preocupaba es que tú, sin entrenamiento, sin mentor… Fueras a descontrolarte. Pero… ¡no ha pasado! Por una vez, tendremos que agradecerle algo al tenebroso de Brendan.

El aludido dejó de darle vueltas a la pistola para fruncir el ceño.

—De todas formas —prosiguió Lambert—, se supone que no podéis saber nada de esto, que tengo que dejar que las cosas fluyan y tal… Así que, si podemos fingir que soy un gato y no sabéis nada más…

—¿Sabes usar un arma? —intervino Bex.

Lambert, muy ofendido, le lanzó una mirada por encima del hombro.

—La duda ofende.

—Entonces, te quedas como humano y nos ayudas a luchar.

—Que no puedo…

—Me la sudan tus juramentos —espetó Bex, apartándose de Axel—. Ya has visto que necesitamos ayuda, así que te vas a quedar en forma humana y nos vas a ayudar antes de que perdamos a alguien más.

Caleb observó a Lambert, que se había quedado sin una respuesta ingeniosa que ofrecer.

—Para empezar —siguió ella—, quiero tus consejos. ¿Alguna vez te has enfrentado a una situación así?

—Bueeeno…

—¿Cuántas veces?

—No sé. Unas… ¿veinte? Más o menos.

Victoria parpadeó pasmada.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó de repente.

Lambert carraspeó de forma ruidosa.

—¿No te parece que esa pregunta es de mala educación?

Sin embargo, como todo el mundo lo estaba mirando sin pestañear, decidió responder.

—Más de los que aparento. —Hizo una pausa, avergonzado—. Más que…, em…, todos vosotros juntos.

Victoria se llevó las manos a la cabeza. Dentro de todo lo que le había pasado ese día, aquello era la gota que colmaba el vaso. Por favor, que alguien la despertara de la pesadilla.

—¿Me estás diciendo que, todos estos años, he vivido con un gato milenario?

—¡No tengo tantos años! —protestó Lambert—. Mira, mi trabajo es vigilar a los mestizos peligrosos y he estado con unos cuantos. ¿Que si me he enfrentado a situaciones en las que intentaban matar a mi mestizo asignado? ¡Pues claro que sí! Sois bastante insoportables y tenéis tendencia a no quedaros quietos. Pero, oye, ¡jamás se me ha muerto ni uno! Quiero decir…, no por mucho tiempo.

Contaba todo aquello con una calma que Caleb no terminaba de entender. Es decir, sabía que era totalmente falsa porque podía oír su ritmo cardíaco. Aun así, sintió que no mentía. Que, de alguna forma, estaba capacitado para ayudarlos.

Fue la primera ventana de luz que se había abierto en todos esos días. Porque, aunque ellos estaban acostumbrados a tener que luchar por su vida, jamás se habían enfrentado a alguien que supiera exactamente quiénes eran y cómo atacarlos. Lambert podía ser la esperanza que habían estado esperando durante todo ese tiempo.

—Pero ¡no puedo intervenir! —insistió el pelirrojo—. Mi jefe ya se va a cabrear cuando se entere de la muerte-no-muerte de Victoria, así que como

sepa que también he colaborado…

—Y en un caso hipotético —murmuró Caleb—, uno en el que tú estuvieras en nuestra situación…, ¿qué harías?

Lambert se echó un mechón de cabello corto hacia atrás y lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Estás intentando manipularme para que te ayude, sexy Caleb?

—Por favor, no me llames así. Jamás.

—¡Contesta! —se impacientó Bex.

Lambert suspiró. Cualquiera diría que estaba disfrutando del pequeño momento de protagonismo, pese a su reticencia.

—A ver —dijo—, lo primero sería hacerme con más auriculares de esos. Es una buena idea y una forma de mantenernos comunicados.

—No nos queda dinero —murmuró Caleb.

—Conseguid dinero y auriculares, entonces. Y provisiones. Las suficientes para no tener que salir mucho de casa. Y tendría preparadas las cosas para salir corriendo en cualquier momento. Provisiones para el niño y para un servidor incluidas. Ah, y para Daniela.

La aludida dejó de curar a Axel y levantó la cabeza. Cuando vio que todos la estaban mirando, enrojeció y bajó la vista de nuevo.

—Dinero, auriculares y provisiones —enumeró Bex pensativa—. ¿Qué más?

—Oye, ¡ya he ayudado un mont…!

En cuanto vio la expresión de Bex, Lambert carraspeó y decidió seguir ayudando.

—Y armas —aseguró—. Puede que las que Bex trajo aquella noche sean suficientes, pero no vendría mal tener más munición. ¿Tenéis más escondites de esos?

Por primera vez en toda aquella conversación, Caleb y Brendan intercambiaron una mirada. Habían sido los primeros en unirse a Sawyer y, aunque los demás sabían uno o dos escondites, ellos eran los que habían enterrado el resto.

Curiosamente, a Caleb le alivió ver que Brendan estaba de su lado. Por una vez, supo que no había segundas intenciones ni ganas de escaparse. Y todo porque Sawyer era el enemigo común. Por poco que los soportara, Brendan siempre tendría como prioridad principal matar a Sawyer.

—Hay cuatro sitios más —dijo Caleb al fin—. Brendan y yo sabemos dónde están. Pero hay dos a los que no deberíamos acercarnos; están en nuestras antiguas casas. Podemos arriesgarnos con los otros, pero esos dos…

—Con dos alijos más de armas será suficiente —afirmó Brendan, como si fuera el jefe de la manada—. Deberíamos hacer dos grupos de dos, y que alguien se quede aquí para vigilar a Axel.

Lambert empezó a echar cuentas, como si aquello no tuviera sentido.

—Pero… sois cuatro, ¿cómo vais a…?

De repente, Brendan le clavó una mano en el hombro. El pelirrojo dio un respingo del susto y lo miró con horror. Sobre todo cuando Brendan sonrió de forma tenebrosa.

—Tú, *gato*, te vienes conmigo. Y tú y yo —añadió, señalando a Victoria — deberíamos ir por separado.

Ella se sorprendió.

—¿Por qué?

—Porque, gracias al vínculo, sabremos comunicarnos entre nosotros. Y avisarnos si se tuerce el plan. Voy con el gato.

—Oye… —intentó decir el aludido, pálido de miedo.

—Entonces —interrumpió Victoria—, yo voy con Caleb.

—Y yo me quedo de niñera —asintió Bex.

Todo estaba pasando tan deprisa que a Caleb le costó procesar que iban a salir otra vez. Era difícil no acordarse de la última vez que lo hicieron, cuando Iver… Bueno, cuando Iver no volvió a casa. Incómodo, tragó saliva.

—Bien —murmuró al final—. Nosotros cubriremos el centro, vosotros el sur.

—Nos veremos aquí antes de que anochezca —afirmó Brendan—. Vamos, gato.

—Que me llamo…

—Me la pela.

Brendan

Dada la distancia, ellos se habían quedado con el coche. Y lo conducía Brendan, claro. ¿Cómo iba a fiarse de un gato para conducir?

O lo que fuera esa cosa. Cada vez lo tenía menos claro.

Lo miró de reojo. El pelirrojo iba pegado a la ventanilla, como si intentara alejarse lo máximo posible de él. Parecía un niño. Aparentaba unos… ¿qué?, ¿dieciocho años? Tendría que fiarse de que en realidad era mucho mayor. Lo cierto era que Brendan no terminaba de creérselo. De hecho, no se creía la mitad de lo que había contado. Los años le habían enseñado a no fiarse de la primera versión que le daba la gente. Siempre había un poco más por escarbar.

—¿Se puede saber por qué te pegas a la puerta? —preguntó de mala gana —. ¿Vas a saltar del coche en marcha?

El gato elevó el mentón indignado.

—No me fío de ti.

—Dijo el bicho raro.

—¡No soy un bicho raro! —espetó—. Y te recuerdo que tú eres el que intentó matarme. Yo nunca te he hecho nada.

Brendan sonrió de medio lado.

—¿Todavía me guardas rencor? Ya entiendo por qué el niño me tiene manía… Hay que saber perdonar, ¿eh?

—¡No voy a perdonar a alguien que, claramente, no se arrepiente!

—Oh, me arrepiento muchísimo. Daría mi vida por la tuya.

—Tu ironía me hiere.

El pelirrojo se sentó un poco mejor. Seguía teniendo la mirada clavada en la ventanilla.

El paisaje había cambiado. Dada la velocidad de conducción de Brendan, ya habían dejado la ciudad atrás. Pasaron de edificios pegados entre sí a casas rodeadas de jardines amplios. Las vallas de hierro pasaron a ser barreras de madera blanca. Los semáforos, farolas cada vez más dispersas. Y hacía un buen rato que no se cruzaban con ningún coche. Quizá era porque estaban conduciendo en plena madrugada. Además, con los faros apagados. Brendan no iba a arriesgarse para nada.

—Hacía mucho que no estaba en el sur de la ciudad —comentó el gato.

—¿Ahora quieres tener una charla banal?

—¿Y tú quieres estar en silencio todo el rato, aburrido? Solo decía que hace mucho que no estoy en el sur.

—Que es igual que el norte.

—¡No es verdad! Aquí hay playas y… cosas rurales.

—Todavía no he visto vacas en medio de la carretera.

—¡Hay más jardines! —El pelirrojo se cruzó de brazos—. Cállate. Ojalá me hubiera tocado con Victoria o con Bex o con sexy Caleb.

Mientras él se centraba en el paisaje oscuro, Brendan probó su vínculo con Victoria. Parecía tranquila. O todo lo tranquila que podía estar, dada la situación.

De pronto, sintió que el pelirrojo se tensaba. Erizó la espalda de una forma extraña, como si acabara de sentir el escalofrío más fuerte de su vida. De manera inconsciente, Brendan cogió la pistola que había dejado entre sus piernas.

—¿Qué? —preguntó enseguida.

El gato gruñó.

—Había un perro.

Irritado, Brendan soltó la pistola.

—Si te pego un tiro por hacer tonterías, luego no llores.

—¿Quieres que te cuente un dato curioso?

—No.

—Cuando era pequeño, quería un perrito. Pero mi padre decía que era mucho trabajo.

—Qué pena.

—Mi vecino tenía patos. Le robé uno.

—Enhorabuena.

—Lo llamé Doctor Patul.

Brendan empezaba a tener ganas de estamparle la cabeza contra el volante.

—Tenía cara de doctor —explicó el pelirrojo, aunque nadie le hubiera preguntado—. Y «Patul» es por «pato». ¿Lo pillas?

—Es muy difícil de pillar.

—Lo sé. Soy superingenioso.

Por suerte, no le contó más cosas del Doctor Patul. Ni de gatos ni de perros. Se pasaron el resto del viaje en un agradable y agradecido silencio.

Al menos, hasta que llegaron al punto donde habían enterrado las armas.

—Deberías darme una pistola —dijo el gato.

—No.

—¿Y si nos atacan?

—Te usaré de escudo humano. O gatuno. O lo que seas.

El pelirrojo bufó como un gato, pero no insistió.

Victoria

Tras una pequeña aventura de carreteras secundarias y caminos poco transitados, Victoria y Caleb llegaron al callejón correspondiente. Le recordaba al que había visitado Bex, solo que este no tenía salida. Y estaba en un barrio mucho más peligroso.

Curiosamente, ella no se sentía insegura. No solo por ir con Caleb, sino por sus propias habilidades. Por primera vez en esa ciudad, se sentía capaz de defenderse de cualquier cosa. Y eso que iba sin pistola.

Caleb era un compañero bastante silencioso. Le lanzaba miradas por encima del hombro y se aseguraba de que lo seguía, pero no decía mucha cosa. De hecho, solía optar por responder con monosílabos. Y siempre estaba tenso. Al cabo de unos cuantos intentos de conversación, Victoria decidió dejarlo tranquilo. Bastante habían hablado en el cuarto de baño, unas horas atrás, antes de hacer tiempo para que anocheciera y pudieran salir sin peligro.

Al principio, eso de dejar a Kyran en la misma casa que Axel hizo que Victoria se sintiera muy incómoda. Aunque tenía que admitir que la

presencia de Bex ayudaba bastante. Si había alguien en esa casa capaz de poner orden, era ella.

Victoria se obligó a centrarse otra vez. Junto a Caleb, había llegado al final de callejón. Aunque Victoria esperaba que quitara los ladrillos de la pared, como había hecho Bex, él se subió al muro que indicaba el final del camino. Lo hizo de forma sigilosa, rápida, con un movimiento que ella apenas fue capaz de ver. Pese a que medía más de dos metros, se encaramó sin ni siquiera despeinarse.

Victoria estaba acostumbrada a Brendan, que siempre hacía esas cosas y esperaba a que ella lo siguiera, así que se sorprendió mucho cuando Caleb se agachó para ofrecerle una mano.

—Puedo hacerlo sola —indicó ella muy digna.

En realidad, aunque sonara absurdo, solo quería impresionarlo.

Caleb enarcó una ceja, pero retiró la mano y volvió a incorporarse.

Victoria, que se había propuesto deslumbrarlo, consiguió todo lo contrario, pues tuvo que dar unos cuantos saltitos para colgarse del muro. Cuando consiguió quedarse agarrada a la pared, intentó ponerse de pie. Por supuesto, perdió el equilibrio. Estuvo a punto de caerse hacia atrás y el sonidito de susto que emitió fue un poco ridículo. Su única salvación fue que Caleb la cogiera de ambas manos para estabilizarla.

Mientras la sujetaba, los envolvió un silencio un poco tenso. De la clase de tensión que Victoria atesoraba en sus recuerdos. O, por lo menos, ella lo sintió así. ¿Quién sabía qué sentía Caleb? Era tan serio…

Todavía con sus manos sujetas, él la observó desde unos pocos centímetros de distancia. Avergonzada, ella retiró el agarre y retrocedió un paso. Podía sentir que se le habían encendido las mejillas al rojo vivo.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Sonaba preocupado de verdad, pero ella se sintió humillada.

—Ha sido a propósito —se defendió—. Para ver si eras capaz de sujetarme.

—¿Y no habría sido más fácil aceptar mi ayuda desde el principio?

Victoria estuvo a punto de reírse. A veces, se olvidaba de su incapacidad de pillar una broma. Aunque, por algún motivo, le gustaba mucho que siempre fuera tan literal.

—¿Vamos a por las armas o qué? —preguntó.

—Oh, claro.

Caleb avanzó por encima del muro. Victoria agradeció que no lanzara más miradas hacia atrás, porque a ella le estaba costando un poco mantener el equilibrio. Hizo un gran esfuerzo por no perder la dignidad de nuevo y consiguió seguirle el ritmo.

—Oye, Caleb —murmuró, con los brazos estirados para no perder el equilibrio.

Él no dijo nada, pero Victoria supo que la escuchaba.

—¿De dónde vamos a sacar el dinero que ha mencionado Bigo… *Lambert*?

—No lo sé.

—Seguro que tienes algún plan maravilloso.

—Solo tengo planes peligrosos.

—¿Y qué sería la vida sin un poco de peligro, X-Men?

En cuanto él dejó de moverse, Victoria supo que había metido la pata. Y no fue consciente hasta que repasó su propia frase. Oh, había usado el apodo. Había sido de forma inconsciente. Y él se había tensado.

Ups.

Su memoria a veces le proporcionaba hilos de los que tirar. El problema era que esos hilos solo formaban un nudo todavía más confuso. Y ese era

uno de esos casos, porque recordaba haberlo llamado así alguna vez, pero no entendió por qué aquello se traducía en tantos nervios. Y tanta tensión.

Observó la reacción de Caleb. Siendo alguien tan inexpresivo, le sorprendió aquella respuesta tan física.

Sin embargo, él no dio más señales de haberla oído. Siguió caminando sin más hasta llegar al final del muro.

—Está aquí —indicó con su frialdad habitual.

Victoria suspiró. Esa vez, aceptó la ayuda para bajar de la pared.

Brendan

Se encontraban en la zona fronteriza de la ciudad, cerca del bar en el que Brendan y Victoria habían detectado que los seguían unas semanas atrás. Era una zona de paso, con pocas casas alrededor y, sobre todo, pocas personas que fueran a molestarlos. Brendan sabía que había un campamento de autocaravanas cerca y que, al ser verano, tal vez estaría bastante lleno. Aun así, solo se tradujo en un murmullo lejano que oyeron entre los pinos, mientras se metían en la zona de tierra y dejaban el coche atrás.

A Brendan no le preocupaban los turistas, pero sí que los vieran —uno descalzo, el otro con una pala y una pistola— y empezaran a hacerse preguntas. Iba lanzando miradas a su alrededor, pendiente de que no los encontraran. Seguía preguntándose cómo habían localizado el coche de Caleb. No iba a permitir que le pasara lo mismo. Aunque, en caso de emergencia, el plan de echar al gato en medio del peligro y salir corriendo le parecía bastante viable.

A Brendan siempre le había gustado aquella parte de la ciudad; olía a agua salada por el mar, no había mucha gente y estaban rodeados de naturaleza. Muchos decían que adoraban el anonimato de la ciudad, pero a él le gustaba el silencio del bosque.

Además, algunos de sus recuerdos favoritos estaban relacionados con esa zona. Nunca olvidaría las veces en las que Ania y él se habían escapado de casa con una bolsa llena de comida para ella y una tienda de campaña por montar. Las risas mientras Brendan le enseñaba cómo hacer fuego y ella se escabullía para observar a los animalitos. Las horas que pasaban delante de la hoguera contándose su vida o lo que recordaban de ella. Fueron las pocas veces que Brendan se sintió como una persona normal. Como si, al alejarse un poco, escaparse de Sawyer fuera posible.

Tras la muerte de Ania, aquella zona seguía gustándole. No tanto por las escapadas, sino porque Sawyer odiaba la naturaleza. Cuando hacía cosas que sabía que él odiaba, Brendan sentía una especie de satisfacción moral. Durante esos últimos años, toda su vida había girado alrededor de joder a Sawyer, de hacer cosas que sabía que provocarían su enfado.

Curiosamente, ya no recordaba lo que le gustaba de verdad. Lo que le hacía feliz. Quizá se había centrado tanto en el odio que había perdido su propia identidad por el camino. Le sorprendió lo poco que le importó esa posibilidad.

—¿Falta mucho?

La protesta del pelirrojo hizo que Brendan saliera de su ensoñación.

—Silencio —ordenó.

A modo de respuesta, recibió un bufido.

Unos minutos más tarde, Brendan se detuvo y echó una última ojeada a su alrededor. Tras comprobar que estaban a solas, se metió la pistola en la

hebilla del cinturón y se volvió hacia el pelirrojo. Para su sorpresa, llevaba puestas unas gafas de sol gigantes.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Brendan confuso.

—De un lugar secreto.

—¿Y no habría sido más útil encontrar zapatos?

—Lo importante es la declaración de moda, no la utilidad.

Brendan entrecerró los ojos.

—Dámelas.

—¿Eh?

—Que me las des.

—¡Son mías!

—Vale, tienes dos opciones: o me das las gafas o te pones a cavar.

Diez minutos más tarde, Brendan ya había cavado un hoyo bastante grande. Y llevaba puestas unas gafas de sol que le gustaban bastante.

El gato lo contemplaba desde fuera del hoyo. Seguía un poco resentido por el robo.

—¿No crees que Sawyer habrá venido a por el tesoro? —preguntó.

—Solo hay una forma de comprobarlo.

—Ah, claro.

—Sería más rápido si me ayudaras.

—Y el mundo sería más bonito sin corrupción, pobreza, hambre y guerras, pero la vida es dura.

Brendan iba a responder, pero entonces pasaron dos cosas a la vez:

La pala chocó con una superficie dura.

Alguien soltó un silbido.

Brendan se tensó de pies a cabeza, sobre todo cuando el gato clavó la vista en algo que él, dado el agujero, no podía ver.

Quiso preguntarle, pero entonces oyó que ese mismo alguien se reía.

—Joooder…, menudo agujero.

Esa voz no le sonaba. Y parecía de alguien que había bebido de más.

Brendan contempló la caja que había conseguido desenterrar. No iba a abrirla delante de un desconocido. La cubrió disimuladamente con la bota e, impulsándose con los brazos, salió del agujero. El gato, como el cobarde que era, se escondió detrás de él y se asomó junto a su cadera.

El tipo que los había interrumpido aparentaba muchos más años de los que tenía en realidad. Sus mejillas estaban hundidas, el pelo seco y sucio, los huesos marcados y la ropa manchada. Tenía un cigarrillo a medio consumir entre sus dedos y se tambaleaba como si le costara mantenerse de pie. Los contemplaba con más curiosidad que miedo. Aquello calmó un poco a Brendan. Solo era un colgado que había salido de la zona de caravanas.

—Estamos ocupados —indicó de manera brusca—. Vuelve al agujero del que te has escapado.

El tipo sonrió y avanzó un paso. En medio de la oscuridad, debía de ser difícil ver las facciones de esas dos personas tan extrañas. Con torpeza, levantó la linterna del móvil con la que se había ayudado hasta ese momento. Brendan dejó que los iluminara. Con disimulo, se escondió mejor la pistola.

—Qué booorde —comentó el tipo, divertido—. Yo que iba a ayudaros…

—No necesitamos ayuda —aseguró Brendan.

—¿Y qué vais a enterrar?

—Un cadáver, como sigas molestando.

El tipo dio un traspié. Con el movimiento, se iluminó a sí mismo con la linterna. Fue solo durante un instante, pero Brendan pudo verlo con más claridad.

Le resultaba… familiar. De forma superficial y poco interesante, sí, pero familiar. Como si hubiera visto esos ojos grises y ese cabello castaño, pero fuera incapaz de recordar dónde.

Menos mal que ahí estaba el gato para joderlo todo.

—¡Ian! —exclamó sorprendido.

El borracho enarcó las cejas.

—¿Eh? —preguntó—. ¿Te conozco?

Brendan trató de darle un codazo al puñetero gato, pero este había salido de su escondite con una gran sonrisa.

—¡Eres el hermano de Victoria! ¡Nos hemos visto un montón!

Ian parpadeó unas cuantas veces. Lo hizo como si cada parpadeo le supusiera una jaqueca cada vez peor.

—¿Conoces a mi hermana? —preguntó confuso.

—¡Claro!

—¿Eres su… amigo?

—Oh, no. Soy su gato.

Brendan estuvo a medio impulso de pegarle un tiro, solo por gilipollas.

Ian volvió a parpadear varias veces. A cada segundo que pasaba, parecía más perdido.

—¿Esto es una alucinación? —preguntó confuso—. Es decir…, ¿sois reales?

—No —aseguró Brendan—. Piérdete.

—Oye, ahora que lo dices… ¡Tú me suenas! ¿Eres…, eres el novio de Vic?

Lo que le faltaba.

—No.

—Sí. Yo te he visto antes.

—Que no.

Brendan, aunque no solía meterse en asuntos personales que no le concernían, sintió un pinchazo de rabia. ¿Cómo podía preguntar antes por el novio de su hermana que por su propio hijo? O por su hermana, ya puestos. Kyran había estado con el grupo de Caleb durante meses y Victoria, a sus ojos, seguía desaparecida. Por lo que sabía Ian, podría haberles pasado cualquier cosa a los dos. Y no se le veía ni un poco preocupado. Vaya padre y hermano de mierda.

—¿Por qué no os venís a la fiesta? —preguntó tan contento—. ¡Hay cervezas para todos!

En cuanto el gato hizo un gesto afirmativo, Brendan le lanzó una mirada de advertencia.

—No —dijo—. Estamos ocupados.

—Pero…

—Trae dos cervezas; montaremos nuestra propia fiesta.

Ian dio un respingo y, encantado de la vida, fue corriendo a por las dos cervezas. Brendan, por su parte, terminó de desenterrar el tesoro escondido. Tenían unos pocos minutos antes de que volviera el borracho. Para entonces, ya no estarían por ahí.

Victoria

—Está todo —le dijo Caleb.

La bolsa en cuestión se encontraba en un hueco lleno de piedras y basura, junto a dos casas que no parecían habitadas. Tras apartar unas cuantas bolsas, Caleb la había lanzado junto a los pies de Victoria. Ella se tomó la libertad de abrirla y empezar a revisar su contenido.

—¿Cómo sabías que estaba todo si no la has abierto? —preguntó curiosa.

—Por el peso.

Victoria enarcó las cejas, pero no dijo nada. Le dio la sensación de que él se sentía un poco orgulloso de haberla impresionado.

Chalecos antibalas y munición. No había armas nuevas, pero seguía siendo útil. Después de todo, Bex se había hecho con más armas de las que podría usar ella sola. Y estaría bien tener más munición.

—¿La escondiste tú mismo? —preguntó Victoria mientras cerraba la cremallera de nuevo.

—Las escondí todas con Brendan.

—Seguro que elegiste cada detallito de dónde estarían y qué habría dentro.

—Por supuesto.

—Sabes que el resto del mundo también sabe hacer las cosas bien, ¿no?

—Pero yo sé hacerlas *muy bien*.

Ella se rio con diversión y admiración. Mientras tanto, Caleb se colgó la bolsa del hombro.

—Hora de volver —indicó él.

—Espera. He tenido una idea.

Caleb la contempló con espanto. Como si, dijera lo que dijera, fuera a ser la peor idea de la historia. Quizá tuviera razones para pensarlo.

—¿Qué idea? —preguntó él con desconfianza.

—Traaanqui, que es buenísima.

—Permíteme dudarlo.

—¡Vamos! Solo tienes que seguirme.

—¿Sin más información? No.

—Vale, pues iré sola.

Apenas había dado dos pasos cuando él empezó a seguirla.

—Espero que sea una buena idea —masculló Caleb de mala gana.

—Te prometo que esta vez lo es.

—No me gustan las sorpresas.

—Relájate un poco, X-Men, te noto muy tenso.

—Lo que no entiendo es por qué tú no estás tensa.

—Porque tengo un guardaespaldas. Eso le da tranquilidad a cualquiera.

—No soy…

—Además, voy armada.

Caleb se detuvo con el ceño fruncido. Ella, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Desde cuándo vas armada? —preguntó extrañado.

—Te he robado la pistola mientras te entretenías con la bolsita.

Caleb se llevó una mano al pecho de forma inconsciente. Al no encontrar el bulto de la pistola, puso mala cara.

—Devuélvemela.

—Oye, ¡que tú llevas la bolsa! Lo más justo es que yo lleve algo también.

—¿Y tiene que ser *mi* arma?

—Te llevaría a ti en brazos, pero dudo que te dejes.

Caleb hizo un sonido de frustración, pero aun así volvió a seguirla. Victoria sonrió para sí misma. Le gustaba que él se empeñara en parecer enfadado cuando en el fondo se notaba que estaba disfrutando de cada segundo juntos. De nuevo, tuvo esa sensación de vértigo en el estómago. Esa misma que nunca había tenido con Brendan, pero no dejaba de tener con su hermano.

No era tonta, sabía lo que significaba. Y también que el puñetero dolor de cabeza desapareciera.

Volvieron a su muro de la vergüenza, donde Victoria se las apañó para no caerse otra vez. Después, bajó de un salto y volvieron a recorrer el callejón por el que habían llegado. Solo que, al llegar a la calle principal, ella empezó a caminar en dirección contraria. Caleb la seguía de cerca, siempre unos pasos por detrás. Como si la espiara. O la observara. Como si…

—Hacía mucho tiempo que no me llamabas X-Men.

Victoria parpadeó y resistió la tentación de volverse. De pronto, se sentía un poco nerviosa.

—¿Y te molesta?

—Hace meses, sí.

—¿Y ahora?

Él no respondió. y recorrieron el resto del camino en silencio.

Para cuando llegaron al bar, Victoria había perdido un poco los nervios que sentía cada vez que se encontraba a solas con Caleb. O quizá se habían sustituido por la tensión de ver cómo reaccionaba a su plan.

Y la reacción fue fruncir el ceño por cuarta vez en una sola hora.

—Victoria… —murmuró cansado.

—¡Vamos! Quiero ver a un viejo amigo.

—No es tu amigo.

—Pues a un capullo a secas. Vamos, necesitamos dinero y Andrew lo tiene.

Caleb apretó los labios. No parecía muy de acuerdo con volver al bar.

—Y no será robar —insistió ella—. ¡Me los debe por todos los meses que me explotó!

—Pedir las cosas a la fuerza no te da la razón.

—Lo dice el matón de la chaqueta de cuero.

Caleb suspiró.

—No sé cuál es tu plan —dijo al final—, pero lo haremos a mi manera.

—¿Y cuál es esa mágica manera?

—No es mágica.

—Ya, es una bro… Bueno, déjalo.

—Voy a asegurarme de que no hay nadie más en los alrededores. Y tú te quedarás aquí hasta que vuelva.

No parecía dispuesto a discutir, así que Victoria levantó las manos en señal de rendición. Satisfecho, Caleb dejó la bolsa junto a ella y desapareció entre las sombras.

Una vez a solas, Victoria se sorprendió a sí misma al desear que volviera cuanto antes. No porque no lo viera capaz de hacer la revisión, sino porque lo echaba de menos. Qué absurdo todo.

No se hizo esperar demasiado. Apenas un minuto después, Caleb apareció de nuevo. Fue un minuto exacto, porque ella había estado contando los segundos. Él volvió a colgarse la bolsa del hombro y le hizo un gesto para que lo siguiera.

—¿Ya has terminado? —cuestionó Victoria poco segura.

—Sí. Hay dos personas más con Andrew, pero no parecen peligrosas. Esperaremos a que se marchen y, entonces, entraremos.

Victoria tuvo una curiosa sensación de familiaridad. Entonces recordó la noche en la que conoció a Brendan. Cuando ella se escondió debajo de esa mesa y entonces él olió el delantal y la vio bajo la…

No, no era Brendan. Tenía que metérselo en la cabeza.

Mientras se iban acercando a la puerta trasera del local, Victoria clavó la mirada en la nuca de Caleb. Él se movía en total silencio. Cada gesto, cada movimiento, parecía calculado a la perfección. Y ella sabía que se estaba guiando por su olor. Por el sonido. Por cada sentido, como cuando la descubrió por su delantal.

Tuvo la tentación de tirar de su brazo, de obligarlo a mirarla para reconocerse a sí misma en esos ojos oscuros. Pero, entonces, Victoria se distrajo al oír un grito dentro del bar. No era de terror, sino de furia. Y reconocía esa voz.

—No —murmuró.

Caleb se detuvo junto a ella, pues Victoria se había plantado ante la cristalera del local, pasmada.

Sus padres estaban ahí dentro. Y estaban gritándole de todo a Andrew.

Caleb

Debió de detener a Victoria, pero no lo hizo. Se quedó mirando sin más cómo entraba por la puerta principal del local e iba directa hacia sus padres.

Se suponía que el bar estaba cerrado porque ya eran las tantas de la madrugada; no debería haber clientes. Lo que más le sorprendió fue que los padres de Victoria estuvieran ahí. Se preguntó por un segundo si habían pasado por su casa porque llevaban mucho tiempo sin saber de ella. Su única alternativa, supuso, era su lugar de trabajo.

En cualquier caso, la presencia de Victoria provocó un silencio sepulcral. Cauteloso, Caleb cerró la puerta tras él y se acercó al grupo.

Andrew seguía teniendo un aspecto tan lamentable como la última vez, solo que ya no tenía ninguna extremidad enyesada por su culpa. Había cambiado las camisas viejas por camisetas sin mangas —aunque igual de manchadas que las anteriores—, los vaqueros por bermudas y el Rolex por otro reloj de una marca más discreta. En cuanto su mirada encontró la de Caleb, espantado, lo escondió tras su espalda.

—¡Victoria! —exclamó la madre—. Por el amor de Dios, ¿se puede saber dónde te habías metido?

Antes de que su hija pudiera reaccionar, la mujer se lanzó a darle un breve abrazo.

Lo cierto es que Victoria no se parecía mucho a ninguno de sus padres. Pese a compartir ciertos rasgos —ojos grises en el caso de su madre, forma de la cara en el caso de su padre—, parecían más bien sus tíos. Quizá se debía a que no compartían demasiada intimidad. Por lo que Caleb tenía entendido, las relaciones familiares solían basarse en la confianza. En su caso, no parecía haber mucha. Había mucha tensión en el ambiente. Y, para que él lo notara, tenía que ser exagerada. Victoria ni siquiera le devolvió el abrazo.

Iban vestidos con ropa cara, cosa sorprendente. Y la extrañeza se debía a que Caleb recordaba que Victoria siempre había tenido problemas de dinero. Se preguntó por qué nunca la habían ayudado. O por qué ella nunca se lo había pedido.

Aunque, por la historia que había oído unas horas atrás, tampoco estaba muy sorprendido. De hecho, no pudo evitar sentir una oleada de rencor hacia ellos.

—He estado… ocupada —respondió Victoria todavía un poco perpleja —. ¿Qué hacéis aquí?

—¿En serio? —preguntó su madre—. Pues… ¡asegurarnos de que estás bien!

—Llevamos semanas sin saber nada de ti —añadió su padre de mala gana.

¿Semanas? Victoria llevaba *meses* desaparecida. Meses que Caleb había sufrido. Le sorprendió que ellos no se hubieran percatado de su ausencia hasta tan tarde. De nuevo, sintió una oleada de hostilidad.

Victoria, por su parte, se había quedado sin palabras. Entonces echó una mirada a Caleb por encima del hombro. Se entendieron enseguida.

—Vamos fuera —pidió Victoria—. Caleb tiene que… hablar con mi jefe.

Sus padres contemplaron a Caleb como si lo vieran por primera vez. Mientras que la madre arqueó las cejas con curiosidad, el padre torció el gesto con poco agrado.

Aun así, entre murmullos de gente que se preguntaba quién era ese chico, Victoria consiguió sacarlos del local.

Dejando a Caleb a solas con Andrew, claro.

El antiguo jefe de Victoria se había quedado lívido.

—Oh, no… Tú otra vez.

—Yo otra vez —afirmó Caleb—. Vamos a tu despacho, que tenemos que ponernos al día.

Victoria

Qué extraño era estar ahí con ellos. ¿Qué iba a contarles a sus padres? Ni siquiera recordaba la última vez que había hablado con ellos. O lo actualizados que estaban en su vida. Dedujo por sus caras que los últimos meses no habían estado demasiado presentes.

Su madre se había teñido el pelo otra vez. A veces, cuando se aburría, cambiaba la distribución de su casa o se cambiaba el color de tinte. Era su pequeño ritual de entretenimiento. Su padre, por otro lado, se conformaba con ir a pescar y al bar con sus amigos. No tenía tantas inquietudes. O, por lo menos, las disimulaba mejor. Y, como apenas hablaban entre ellos, no se entretenían juntos.

—¿Dónde has estado? —insistió su madre cogiéndola por los hombros —. ¿Y por qué estás tan…, tan…?

No parecía encontrar adjetivos apropiados. Y no dejaba de mirarla de arriba abajo. Al final, fue su padre quien habló.

—¿Has estado haciendo ejercicio? —preguntó confundido.

—Em… Más o menos.

—¡Y estás más alta! —insistió su madre—. Y el pelo… ¡Lo tienes más largo!

—Mamá, la gente cambia.

—No así. Estás como… distinta. Para bien, ¿eh? Pero distinta.

Por fin la soltó y dio un paso atrás. Sus padres se juntaron como si fueran un tándem inseparable. Como si unidos fueran capaces de entender a su hija. Eran las únicas ocasiones de su vida en las que habían actuado como una pareja.

—¿Estás metida en algún lío? —preguntó su padre—. ¿Por eso no nos llamas?

—Que no, papá…

—Ya tenemos bastante con Ian —intervino la mujer—. ¡No te metas tú también en problemas, Victoria!

—¿Dónde está tu hermano?

Ella se quedó sin habla. La conversación con Caleb seguía muy presente. Y su resentimiento, mezclado con la culpa y la vergüenza, también.

Lo que más le sorprendió fue la oleada de rencor que sintió hacia sus padres. ¿Por qué preguntaban tanto por Ian? No era su niñera. Y, curiosamente, era la primera vez en su vida que se atrevía a pensar en esos términos. Nunca había cuestionado su responsabilidad ni se había enfrentado a ellos. Quizá todo lo que le había sucedido durante esos meses le había dado un poco de perspectiva.

—No lo sé —admitió al final.

Sus padres se indignaron al instante.

—¿No estás cuidando de él? —preguntó su madre.

—Si desaparece, no puedo hacer mucha cosa.

—¡Estar pendiente! Victoria, Ian es una persona especial. No puede estar solo y lo sabes. Tiene… necesidades.

«Y yo también». Las tres palabras se quedaron atragantadas y nunca llegó a decirlas. ¿Para qué?

Por lo general, ver a sus padres suponía un desgaste emocional. Y empezaba a notarlo. Se sentía cansada. Y, por curioso que pudiera parecer, quería volver a casa con Caleb. A esa casa que, en realidad, era un peligro constante. En la que no podían estar seguros. Aun así, se sentía como su hogar.

Nunca se había sentido tan bienvenida. O quizá nunca había sentido que tuviera un lugar al que volver.

Mientras pensaba en ello, sus padres debieron de darse cuenta de que no les estaba prestando mucha atención. Aquello los crispó.

—¿No sabes ni dónde está? —insistió su padre.

Victoria se sorprendió con su propia calma. Se encogió de hombros.

—No.

—¿Cómo puedes decir eso tan tranquila? —saltó su madre—. ¡Es tu hermano!

—Lo sé.

—Pues… ¡ve a buscarlo ahora mismo!

—¿Por qué no lo hacéis vosotros?

Victoria, por un momento, temió que su madre fuera a asestarle una bofetada. Nunca lo había hecho, pero vio sus ganas en la mirada. Vio lo mucho que odió esa respuesta. Y las ganas que tenía de corregirla.

Sin embargo, la mujer respiró hondo y se contuvo. Al menos, a nivel físico.

—¿Se puede saber qué te ha pasado? —preguntó—. ¿Por qué nos hablas como si no formaras parte de la familia?

Victoria no pudo evitarlo, esbozó una pequeña sonrisa.

Su padre, irritado, se adelantó y la cogió del brazo.

—¿Qué pasa? —preguntó, tal y como había hecho su madre—. Es ese chico, ¿verdad? Te está metiendo en líos. Tú no eres así.

Victoria contempló a su padre durante unos instantes. Y, de nuevo, no pudo contenerse. Solo que, en lugar de sonreír, empezó a reírse. Ellos se quedaron tan perplejos que nadie dijo nada durante un rato.

Caleb

Andrew se movía por el despacho como si fuera el invitado, no el dueño. Jugaba con sus manos, se pasaba los dedos por el pelo y lanzaba miradas desconfiadas hacia Caleb. Se había puesto muy nervioso.

—¿Esa era mi Vicky? —preguntó nervioso—. No parecía ella, ¿eh? Está más…

En cuanto se dio cuenta de lo que iba a decir, y de la cara que tenía Caleb, palideció y se calló.

—E-es decir… ¿En qué puedo ayudarte? Igual estaríamos más cómodos en…

—Siéntate.

De inmediato, Andrew se sentó. No quería repetir la experiencia que había vivido con Axel y con él.

El despacho en sí era pequeño. A Caleb no le gustaban los espacios pequeños y cerrados. Últimamente, no le gustaba nada que le recordara al puñetero sótano. Incómodo, se pasó una mano por el pelo y se acercó a la mesa para apoyarse en ella. Trató de ignorar el olor a sudor, marihuana y tabaco. Trató de ignorarlo todo. Tendrían que ser rápidos, porque no quería que volvieran a pillarlos. Además, no quería estar mucho rato con una oreja en el despacho y otra en el exterior.

—¿Te acuerdas del contrato que le firmaste a Victoria? —preguntó Caleb sin rodeos.

—¿Eh?

—¿Sí o no?

—B-bueno…, sí, pero…

—Vamos a necesitar todo el dinero que le debes.

—¡No ha trabajado aquí durante meses! —saltó Andrew—. Técnicamente, debería estar despedida.

—Considéralo una compensación por los años anteriores. Sobre todo esos en los que no le pagabas nada.

Andrew fue a protestar, pero lo pensó mejor y se apoyó en el respaldo de su silla. Estaba tenso de pies a cabeza. Y Caleb sabía que, de ser posible, intentaría librarse de él y salir corriendo. A los tipos como Andrew, solo podías hacerles daño quitándoles el dinero.

—¿Y qué cantidad sería? —preguntó al fin—. ¿Lo vas a calcular tú, tipo duro?

Caleb se inclinó un poco más hacia él. Se le había ensombrecido la mirada.

—Cuidado.

—P-perdón, no quería…

—¿Dónde tienes el dinero?

—¿Qué dinero?

—El que tengas. Señálalo.

Andrew dudó visiblemente. Entonces, señaló un rincón de su estantería. Había una cajita de metal. No parecía un buen lugar para guardar dinero. Aun así, Caleb la abrió. Sin seguros, ni candados, ni nada. Dentro, había un fajo de billetes. A primera vista, no parecían llegar ni a quinientos.

—Ya tienes tu dinero —dijo Andrew—. Ahora, dejadme tranquilo.

Caleb contempló los billetes suspicaz. Después, se volvió hacia él.

—Me quedaré esto por las molestias —le dijo—, pero no va a ser suficiente.

—¿Te crees que, si tuviera más dinero, estaría aquí?

—Ambos sabemos que lo tienes. Puedes arriesgarte a que pierda la paciencia buscándolo o puedes decirme dónde está. Tú eliges.

Andrew se agarró al reposabrazos de su silla. Empezaba a ponerse rojo de rabia. Aun así, no dijo nada.

A Caleb le llevó un minuto encontrar el resto. Fue paseándose en silencio por la habitación, atento a las reacciones de Andrew, hasta que oyó que su corazón daba un tumbo. Estaba junto a una maceta vacía. Caleb la apartó con el pie. Detrás, había una caja fuerte bastante disimulada. Y, por supuesto, cerrada.

—¡No! —saltó Andrew—. ¡Ahí no hay nada que os pueda interesar!

—Ábrela.

—No voy a…

Caleb, ya irritado, lo agarró del cuello de la camiseta y lo lanzó contra la caja fuerte. Andrew aterrizó como pudo, con los brazos temblorosos, y le lanzó una mirada de odio absoluto.

—Ábrela —repitió Caleb—. O la abriré con tu cabeza.

Y, al final, la abrió.

Victoria

Para cuando Caleb volvió a salir, los pilló en medio de una discusión. La madre de Victoria enumeraba todos los motivos por los que no podía abandonar a su hermano, por los que se había vuelto una decepción como hija. Y le decía, de forma muy poco elegante, que era una irresponsable, que se sentían totalmente devastados por su actitud, que no se los tomaba en serio.

Caleb pareció un poco confuso. Por un lado, Victoria seguía riéndose de forma absurda. Por otro, sus padres estaban rojos de rabia.

Al final, tomó la decisión correcta y se acercó a ella. Le habló sin ni siquiera dirigirle una mirada a la parejita.

—Tenemos que irnos —le dijo en voz baja.

Victoria se ajustó mejor la bolsa de munición. Caleb, por su parte, llevaba otra colgada del hombro. Había conseguido el dinero.

—¿Qué? —intervino su madre—. Oye, perdona, pero estoy hablando con mi hija. ¿Quién te crees que eres para…?

—Mamá —interrumpió Victoria—, no tengo tiempo para esto.

—¿No tienes tiempo para tus padres?

—Pues no. Igual que vosotros no lo tenéis para mí más que dos veces al año, cuando me llamáis para preguntar por Ian. Ah, por cierto, papá, mamá, este es Caleb. Es mi exnovio y espero que pronto vuelva a ser mi novio. Caleb, estos son mis padres. Me habría encantado hacer una presentación más formal, pero dudo que os hubiera importado.

Tras ese pequeño arrebato, Victoria se centró solo en Caleb. Habría jurado que él contenía una sonrisa divertida.

—¿Nos vamos? —preguntó ella un poco suplicante.

Él asintió y la tomó de la mano.

Victoria hizo un ademán de marcharse, pero su madre la detuvo por la otra muñeca. Caleb se movió como si su primer instinto fuera apartarla, pero se detuvo a tiempo. Y Victoria, aunque agradeció el gesto, prefirió resolverlo ella.

—Ni se te ocurra irte —le advirtió su madre.

Victoria la contempló unos instantes. Se sentía como si no la conociera. Y, de pronto, se dio cuenta de que siempre había sido así.

—Ahora no puedo hablar —la informó—. Pero, si dentro de unos meses sigo viva, quizá os llame para preguntaros cómo está Ian. Seguro que os encanta la experiencia.

Lo último que vio antes de marcharse fue la cara de perplejidad de las dos personas que la habían traído al mundo.

Curiosamente, no se sentía culpable. Tampoco sospechaba que fuera a sentirse mal más tarde, cuando lo recordara. De hecho, lo único que quería era volver a casa, ver a Bigotitos —o lo que fuera— y a Kyran. Y a Daniela y a Bex. Incluso a Axel. Necesitaba comprobar que todo estuviera bien. Que su pequeño mundo seguía girando más allá de lo que acababa de vivir.

Caleb no le había soltado la mano. Mientras recorrían la calle principal a paso rápido, ella suspiró.

—Siento que hayas tenido que ver la escenita.

Él la miró por encima del hombro.

—¿Por qué lo ibas a sentir tú? Es culpa de ellos.

—Ya, pero… No sé. Ha sido incómodo.

—No me ha parecido incómodo. De hecho, creo que deberías estar bastante orgullosa de ti misma.

De nuevo, hablaba con esa seriedad y esa certeza tan suya. Decía las cosas con tanta verdad que, de manera inconsciente, Victoria se sentía mejor cada vez que estaba con él. Sin darse cuenta, ella se aferró un poco más a su brazo.

—Deberíamos volver en transporte —dijo él, cambiando de tema—. Nos hemos atrasado mucho, y no quiero arriesgarme a que Bex se preocupe y salga a buscarnos.

—¿Quieres sacarte un bono de autobús?

Caleb le lanzó una mirada con ceja enarcada incluida.

—No.

A pesar de las horas, había bastante gente en los bares y locales de su alrededor. La mayoría estaban borrachos o perdidos, así que no les prestaron mucha atención. Ni siquiera cuando Caleb se detuvo junto a una moto roja y se agachó para quitar lo que parecía una tapa junto al asiento. Nerviosa, Victoria echó una ojeada a su alrededor para asegurarse de que nadie los veía.

Entonces, por arte de magia, el motor rugió. Caleb se incorporó de nuevo y colocó las dos bolsas de deportes.

—No les cuentes esta parte a los demás —indicó.

Victoria estaba tan pasmada que se limitó a asentir.

Caleb fue el primero en subirse. Hizo rugir el motor y ella, de un salto, se sentó justo detrás de él. Seguía pasmada. ¿Por qué nadie le había enseñado a robar motos? ¡Con lo divertido que parecía!

Justo cuando iban a arrancar, ambos oyeron pasos apresurados. Iban directos hacia ellos.

—¡Oye! —gritó un chico desconocido—. ¡Es mi moto! ¿Qué coño…?

Victoria y Caleb contemplaron al motorista durante unos instantes. Tenía el pelo castaño, los ojos dorados y aspecto juvenil. Por algún motivo, ella se apiadó. Y Caleb también.

Sin mediar palabra, Caleb metió la mano en una de las bolsas y lanzó unos cuantos fajos de billetes hacia el chaval. Este los atrapó con habilidad, pasmado.

—¿Qué…? —murmuró—. Pero si la moto no vale tanto.

—Por las molestias —le dijo Caleb.

Y aceleró antes de que pudiera pensárselo.

20

Victoria

Hacía años que no se subía a una moto y lo recordaba más aburrido. Quizá, en esa ocasión, lo que le gustaba era estar aferrada a Caleb. Se sentía protegida, por curioso que pudiera parecer. Como si, por primera vez en años, pudiera bajar la guardia sin miedo.

Pese a ello, se aseguró de mantener cierta distancia entre ellos. Toda la posible, al menos. Total, Caleb no conducía de forma muy temeraria.

En cuanto se detuvieron junto a un semáforo en rojo, Victoria se asomó por encima de su hombro.

—¿No deberíamos saltarnos el semáforo e ir a casa? —sugirió.

—Las leyes están por algo.

—Vamos los dos sin casco, Caleb.

—Es una situación de emergencia.

—Y has puenteado la moto.

—De nuevo, situación de emergencia.

Victoria empezó a reírse. Casi podía notar que las mejillas de él, aunque no las viera, se habían vuelto rojas.

Habría seguido riéndose, pero entonces Victoria captó algo por el rabillo del ojo. Una chica que caminaba un poco encorvada, con prisas, y se dirigía a una calle paralela. Detrás de ella, había dos tipos con capucha que se apresuraban a seguir su ritmo.

Victoria sintió un dolor punzante en la cabeza. Lo… recordaba. Una de sus primeras noches en el bar, le hicieron lo mismo. No consiguió recordar los detalles, pero sí que evocó que la habían seguido desde casa. Que le quitaron el poco dinero que llevaba encima. Que tuvo miedo de salir de casa durante semanas.

Cabrones.

—Dime que esos no hacen lo que yo creo que hacen —murmuró ella.

Caleb siguió la dirección de su mirada. La chica había tratado de acelerar para perderlos, pero los hombres empezaban a cerrar la distancia.

—¿Te miento o te digo una verdad que no te gustará? —preguntó Caleb.

Victoria se bajó de la moto sin ni siquiera pensarlo. Caleb, por su parte, maldijo en voz baja y giró el manillar para seguirla.

Brendan

—¿Por qué estamos escuchando a Madonna? —preguntó Brendan de mala gana.

El gato dejó de canturrear para mirarlo mal.

—¿Por qué no íbamos a escucharla? Es la mejor.

—Solo te gusta a ti.

—La llaman «reina del pop» por algo.

—Porque cuatro ratas le habéis puesto ese apodo.

—Es más relevante que el Renacimiento, idiota.

—Vuelve a llamarme idiota y te pego un tiro.

En otra ocasión, quizá el pelirrojo se habría sentido intimidado. En esa, en cambio, se limitó a subir el volumen de la música.

—*I close my eyeees… Oh God I think I'm falliiing.*

—Cállate.

—*Out of the sky I close my eyeees… Heaven help meee!!!*

—Que alguien me mate.

—*WHEN YOU CALL MY NAME, IT'S LIKE A LITTLE PRAYER, I'M DOWN ON MY KNEE…*

Irritado, Brendan le dio un golpe al sistema de radio. Consiguió que se terminara la música y también la tontería. Además, el gato lo miró como si acabara de clavarle un puñal.

—Eres un aburrido —protestó.

—Y tú un pesado. ¿No puedes pasarte el viaje en silencio?

—¿Y dónde estaría la gracia?

Brendan iba a responder, pero el gato lo interrumpió con un suspiro muy sonoro.

—¿Debería decirle a Victoria que hemos visto al inútil de su hermano? —preguntó, aunque parecía que hablaba consigo mismo y no con Brendan —. No creo que le sirva de mucho. Igual está mejor que no lo sepa y se olvide de él. Además, ¡imagínate que vuelve y empieza a reclamar que quiere llevarse a Kyran! No, no. Es mejor que…

—Pero ¿tú nunca te callas?

Irritado por la intervención, el pelirrojo elevó un dedito para señalarlo de cerca. Sin embargo, no llegó a decir nada. Brendan tuvo que frenar de golpe y el idiota casi salió volando. En las afueras de la ciudad, alguien se había

cruzado ante ellos sin ningún tipo de cuidado. Por un momento, temió que fuera Doyle. O Sawyer, directamente. Que los hubieran encontrado.

Entonces, se dio cuenta de que no era ninguno de los dos.

—¿Esa no es Victoria? —preguntó el gato pasmado.

En efecto, era ella. Y estaba corriendo calle abajo. Justo detrás, Caleb la perseguía en una moto roja que ninguno reconoció.

El coche se llenó de un silencio incómodo.

—… Creo que tu hermano quiere secuestrar a Victoria —opinó el gato.

Brendan giró el volante y, en lugar de ir directo a la casa, fue tras ellos.

Para cuando consiguió alcanzarlos, Victoria había entrado en un callejón. Caleb aparcaba la moto de malas maneras. Brendan se bajó del coche, confuso, y atrajo la atención de su hermano.

—El que faltaba —murmuró Caleb al verlo.

—¿Se puede saber qué hace la zumbada?

—Ser una justiciera, supongo.

En ese momento, el gato salió del coche con una gran sonrisa.

—Oh, ¿vamos a ser los héroes? ¡Nunca he sido el héroe! Qué guay. Qué ilusión.

—Cállate —murmuró Brendan.

Caleb fue el primero en encontrar a Victoria, mientras que ellos lo siguieron de cerca.

Efectivamente, había dos tipos sujetando a una chica a punta de navaja. La tenían contra la pared del callejón, con las manos levantadas y las lágrimas resbalándole por las mejillas. Estaba aterrada, pero no parecía herida. De hecho…, lo único que percibía Brendan era la confusión que tendría al ver a Victoria plantada ante ellos.

Ella tenía los puños tan apretados que los nudillos se le habían quedado blancos. Oh, oh. Brendan solo la había visto así en contadas ocasiones y la

cosa no solía terminar bien.

—Lárgate —exigió el de la navaja, señalando a Victoria—. Y tus amigos, también. Antes de que nos enfademos.

La chica seguía llorando. Los miró, desesperada, suplicando ayuda. Uno de los tipos la empujó y le dijo que se callara.

—¿Queréis un consejo? —preguntó Brendan, aunque siguió hablando sin esperar una respuesta—: Yo me largaría de aquí antes de que mi amiga decida echaros. Porque, creedme: está muy muy muy cabreada. Y nosotros no pensamos detenerla.

Los dos hombres contemplaron a Victoria perplejos. Y, entonces, se echaron a reír.

—¿Deberíamos estar asustados? —preguntó el que no llevaba la navaja —. ¿Por la chiquilla?

Brendan se encogió de hombros.

—Que conste que he intentado ayudar.

Victoria

Notó vagamente el vínculo de Brendan, que ahora estaba junto a ella. El recuerdo de sus entrenamientos volvió. Las peleas. Los golpes. Había hecho eso decenas de veces. Dos humanos no iban a suponer un problema.

Además, aunque quería defender a la chica, aquello también era por interés personal. Había acumulado mucha tensión por lo de sus padres. Y también quería vengarse, aunque fuera absurdo, de toda la gente que se había aprovechado de ella cuando era más vulnerable. Ahora, podía defenderse. Y esos dos iban a pagar en nombre de todos.

Cerró los ojos un momento. Las risas de los atracadores se mezclaban con los llantos desesperados de la chica. Cuando abrió los párpados de nuevo, ya había empezado a moverse.

Las carcajadas murieron enseguida. Victoria se dejó llevar por su instinto y por lo que había aprendido durante aquellos meses. Ellos podían ser fuertes, pero ella era rápida. Además, en el fondo, tampoco necesitaba mucho para quitarse a dos humanos de encima.

El que iba armado fue un objetivo muy fácil. Había intentado golpearla y, cuando ella lo esquivó, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Victoria aprovechó la distracción para ir contra el otro. Mientras la chica se encogía contra la pared, Victoria se lanzó sobre el hombre sin ni siquiera titubear. Hubo un breve forcejeo, pero nada que pudiera con ella. Terminó golpeándole la cabeza contra la pared del callejón y tirando de su capucha para lanzarlo al suelo. Una vez tumbado, ya no tenía muchas ganas de reírse.

El tipo armado se acercó a ella por detrás. Intentó clavarle la navaja, claro. Victoria lo esquivó sin mucha dificultad. En cuanto intentó rodearle el cuello con el brazo, ella se dejó. Sin embargo, el tipo no llegó a ahogarla. Cuando Victoria le tocó el brazo con suavidad, supo que había ganado la pelea.

Obligarlo a ver recuerdos dolorosos fue sorprendentemente fácil. En general, la gente no estaba preparada para echar a alguien de su propia mente. Mucho menos, de forma inesperada.

Victoria lo soltó al cabo de unos instantes. El tipo, espantado, había caído al suelo y se arrastraba hacia atrás. Su mirada estaba llena de pánico.

—¿Qué…? —empezó a decir llevándose una mano a la cabeza.

Su amigo había visto toda la escena y se apresuró a ponerse de pie. No debió de entender lo que había pasado, pero su instinto le hizo salir

corriendo en dirección contraria. Entonces el otro, al verse a solas, se apresuró a hacer lo mismo por el otro extremo del callejón.

Victoria se volvió hacia la chica, que seguía pegada a la pared y la observaba perpleja. No parecía entender lo que pasaba. O si debería alegrarse de que Victoria fuera la última persona en pie.

Entonces, y solo entonces, Victoria cayó en que había usado su habilidad delante de una humana. De *tres* humanos.

Mierda.

Bueno…, igual no lo habían entendido. ¿Cómo iban a entender algo así?

—¿Estás bien? —le preguntó a la chica—. ¿Te han hecho daño?

Ella, temblando, señaló el brazo de Victoria.

—T-te… Te ha…

Victoria se miró el brazo. Vaya. Sí que le habían hecho un corte con la navaja. Ni se había dado cuenta.

—Estoy bien —le aseguró—. No te han quitado el dinero, ¿no?

—No, no. Yo…

De pronto, la chica se lanzó sobre ella y le dio un abrazo que por poco la asfixió.

—Gracias… Muchas gracias… Pensé… Por un momento pensé… Yo… Muchas gracias.

Victoria se dejó abrazar. No sabía qué otra cosa hacer. Cuando la chica se separó, seguía llorando. Rebuscó en su bolso y, todavía con las manos temblorosas, sacó la cartera. Victoria dio un paso atrás.

—Oye, no lo he hecho por…

—Por favor, acéptalo.

—Es que no hace falta. De verdad.

¿Cómo iba decirle que tenían una bolsa llena de billetes en la maleta?

La chica, todavía con el billete extendido hacia ella, calculó sus posibilidades. Pareció que sus ganas de llorar se multiplicaban.

—Tengo que irme —dijo Victoria—. Ten cuidado de vuelta a casa, ¿vale?

La chica asintió, aunque parecía estar en una galaxia totalmente distinta.

Victoria volvió con los demás. Caleb y Bigotitos la contemplaban con las cejas enarcadas. Brendan, en cambio, permanecía con los brazos cruzados.

—Te han hecho el corte por torpeza —indicó—. Si no le hubieras dado la espalda al primero, ahora no…

—Oh, cállate. ¡He ganado un dos contra uno!

—Contra humanos.

—¿Y qué más da?

—No tiene tanto mérito.

Victoria suspiró. Nunca lo haría suficientemente bien para Brendan, eso estaba claro. Mejor centrarse en el hermano de este.

Caleb seguía observándola como si la hubiera visto por primera vez en su vida. Su mirada estaba llena de confusión. Y también de admiración.

—¿Nos vamos? —sugirió Victoria.

Él parpadeó varias veces, carraspeó y señaló su moto nueva con torpeza.

—Eh…, sí. Volvamos.

Caleb

Decidieron seguir caminos separados, pese a dirigirse al mismo destino. Caleb y Victoria llegaron en último lugar con su moto nueva. Tendrían que darle unas cuantas explicaciones a Bex.

Caleb seguía sin saber qué acababa de pasar. Es decir, sabía que Victoria se había metido en una pelea contra dos personas. Y que había ganado, eso estaba claro. Lo único que no tenía sentido, dentro de todo aquello, era lo bien que se había defendido. La Victoria de sus recuerdos era dura, sí, pero se defendía mucho mejor con palabras que con golpes. Y, aunque esa Victoria le había gustado…, esta le gustaba todavía más.

Mientras seguían a Brendan y al gato-no-gato hacia las escaleras de entrada, Caleb le echó una ojeada a la protagonista de casi todos sus pensamientos. Volvía a parecer tan sarcástica y sensible como de costumbre. ¿Cómo se había transformado de aquella manera? Estaba tan pasmado que ni siquiera le había ofrecido ayuda con el corte, aunque era bastante superficial.

Estaba tan ensimismado que no detectó a Brendan hasta que este golpeó su hombro.

—Céntrate, idiota —dijo burlón.

Caleb se centró enseguida, un poco avergonzado.

Bex, Daniela, Kyran y Axel los esperaban en el salón. Este último estaba atado en una silla, obligado a contemplar la mesa. Mientras tanto, Daniela le daba la comida a Kyran y Bex intentaba arreglar el altavoz que habían roto el día que Sawyer les había hablado. Al oírlos llegar, todos levantaron la mirada.

—Por fin —musitó Bex—. Estaba a punto de… ¿Eso es sangre?

Señaló el brazo de Victoria. Esta se encogió de hombros.

—Es una larga historia.

Daniela se incorporó tan deprisa que estuvo a punto de tirar el puré que le estaba dando al niño. Alarmada, se acercó a Victoria para revisarle la herida.

—Es superficial —confirmó—. ¿Cuánto hace que te la han hecho?

—No sé… ¿Una hora?

—Cuarenta y dos minutos —dijo Caleb.

Todo el mundo lo miró con las cejas enarcadas. Él puso mala cara, a la defensiva.

—Es increíble —murmuró Daniela, de nuevo centrada en la herida—. Vuestra capacidad de curación es rapidísima. Como mínimo, diez veces más rápida que la de un humano. ¿Cómo es posible que…?

—¿Y si dejamos la lección de medicina para otro momento, doctora amor? —sugirió Bex—. ¿Habéis encontrado las bolsas o no?

—Las dos estaban llenas —informó Caleb.

—Por fin una buena noticia…

Caleb echó una ojeada a Kyran. Seguía comiendo por su cuenta. Además, como nadie miraba, amenazaba con lanzarle cucharadas catapultadas a Axel. Este último, como no podía moverse, se limitaba a observarlo con los ojos entrecerrados.

—Si Sawyer se atreve a aparecer —murmuró Bex mientras revisaba las bolsas—, vamos a aniquilarlo.

Brendan chasqueó la lengua.

—No te vengas arriba. Quién sabe cuántos minions tiene. Pueden ser el doble que nosotros.

—Deberíamos fortificar la casa —sugirió ella—. Así, por lo menos, no nos pillará por sorpresa.

Mientras hablaban, Victoria se alejó un poco del grupo para sentarse en el sillón. Debía sentirse cansada. Con el borde de su propia camiseta, intentó limpiarse el hilillo de sangre que le había resbalado por el brazo. No era mucha, pero aun así frotó con ganas. Con tantas que lo más seguro es que terminara por abrirse la herida otra vez.

A Caleb no se le pasó por alto que Bigotitos la estaba mirando. Quería acercarse, pero no se atrevió. La revelación de su identidad seguía muy fresca.

Al final, el propio Caleb fue el único que se acercó a ella.

—¿Te duele?

Victoria elevó la mirada sorprendida.

—No.

—Puedo oír cómo te late el corazón.

—No me duele —insistió tan testaruda como siempre—. Es que…, entre mis padres, la pelea y la salida en sí, creo que me he abrumado un poco.

Caleb no podía hacer mucho por esas tres cosas, pero sí que podía ayudar con la herida. En silencio, se sentó en el sillón que ella tenía delante y le ofreció una mano. El corazón de Victoria dio un brinco, pero lo disimuló mirándolo con desconfianza.

—¿Qué haces?

—Curarte.

—¿Ahora eres enfermero?

—Puedo intentarlo para la persona adecuada.

Victoria se mordió el labio inferior. Como siempre, sus reacciones físicas delataban lo nerviosa que se había puesto.

Al final, le ofreció el brazo. Caleb lo tomó con la delicadeza de quien sujeta una figurita de cristal. Con cuidado, lo giró para ver la herida. Era más profunda de lo que podría soportar un humano. Y, aunque Victoria estaba transformada, sabía que tenía que ser dolorosa.

Caleb le cubrió el corte con la palma de la mano. Con los ojos cerrados, se centró en ese punto de su piel. En el dolor. En el olor metálico de la sangre. Los demás discutían en el fondo de la habitación, pero los ignoró. Y

sintió que el corte se iba abriendo paso en su propia piel a medida que el de Victoria se cerraba.

Al abrir los ojos, la descubrió con la boca entreabierta.

—¿Tienes dos habilidades? —preguntó perpleja.

—Sí.

—¿Por qué?

Ni el propio Caleb lo sabía, así que se encogió de hombros.

Victoria retiró el brazo y se lo llevó al pecho como si quisiera protegerlo. Pese a ello, su ritmo cardíaco había vuelto a un ritmo más normal.

—Gracias —murmuró.

—No tienes que agradecérmelo.

Ella elevó la mirada poco a poco. A veces, parecía que le resultaba complicado sostenérsela a Caleb, pero no tenía ese problema con los demás. ¿Debería sentirse mal por ello?

—Eres una caja de sorpresas —murmuró Victoria.

Caleb frunció el ceño.

—¿Cómo voy a ser una caja? ¿Te han dado un golpe en la cabeza y no me he dado cuenta?

Aunque su preocupación era real, Victoria sonrió y sacudió la cabeza.

—Es una expresión —explicó—. Me refiero a que siempre consigues sorprenderme.

—¿Lo dices tú, que desapareciste durante meses y luego reapareciste sin memoria?

Quizá había sido demasiado directo. Sin embargo, Victoria mantuvo su sonrisa.

—En mi defensa, diré que no tenía intención de morir. O de resucitar.

—Nunca pensé que escucharía esa frase.

Victoria se rio de una forma muy natural y despreocupada. De nuevo, le recordó a la chica que había conocido casi un año atrás.

Como siempre que recordaba lo que había tenido y perdido, Caleb sintió que se le hundían los hombros. La chica que no supo apreciar. La Victoria que le decía que lo quería. La que se enfadaba con él por no saber elegir bien sus palabras. Y la que le proponía planes humanos para salir de esa vida llena de…

—¿Qué pasa?

La pregunta de Victoria hizo que Caleb levantara la cabeza. Lo estaba mirando con preocupación. Incluso se había inclinado hacia delante, como si quisiera crear una pequeña burbuja en la que nadie más pudiera oírlos.

Caleb bajó la vista de nuevo. Era incapaz de mirarla sin sentirse nostálgico.

—Es una tontería —aseguró.

—Pues qué suerte, porque soy experta en preocuparme por tonterías. Anda, dímelo.

Caleb esbozó una pequeña sonrisa.

—A veces, cuando estamos solos…, me pregunto si volveremos a… Bueno…

No sabía ni cómo decirlo sin alterar su memoria. Qué frustrante era la situación. Si tan solo pudiera…

De pronto, Victoria se inclinó un poco más y lo tomó de la mano. Fue un gesto tan cercano y familiar que Caleb se quedó paralizado por un instante.

—¿Volver a qué? —preguntó, suplicante.

Caleb vio un brillo de reconocimiento en su mirada. Por primera vez desde que se habían reencontrado, estuvo seguro de que lo recordaba. Que no había sido…

De pronto, Brendan se apartó de la mesa de los demás y se llevó las manos a la cabeza. Todos se volvieron hacia él, perplejos. Su expresión era de asco absoluto.

—¡No! —espetó, señalando a Victoria—. Joder… ¡No! ¡Qué asco! No me obligues a pensar… ¡QUÉ PUTO ASCO!

Victoria

Tras la salida de Brendan, Caleb se sintió tan incómodo que no tardó en inventarse una excusa y marcharse. Victoria, un poco harta de los dos hermanos, fue a la mesa con los demás.

Kyran sonrió al verla llegar. Tenía puré en las comisuras de la boca.

—*¿Bie?* —preguntó el niño, señalando su brazo.

Victoria le devolvió la sonrisa y asintió.

—Perfecto. Qué bien te cuida Dani, ¿eh?

El niño asintió con mucha alegría. Daniela intentó que no se le notara lo orgullosa que se sentía y contuvo una sonrisita.

—Oye —intervino Axel entonces—, ¿no podéis desatarme un rato? Se me están durmiendo las manos.

—Cállate —siseó Bex—. Por cierto, ¿qué puñetas le pasa a Brendan?

—Que no debe de ser muy agradable que te obliguen a sentir atracción por tu hermano —atajó Axel, removiéndose incómodo—, creo yo. ¿En serio que no podéis desat…?

—No has visto mucho *Juego de tronos*, ¿no?

—¿Podéis no hablar de mí como si no estuviera delante? —preguntó Victoria.

En cuanto habló, Bex y Daniela intercambiaron una mirada. Victoria se sintió tan intrigada como Axel, que dejó de forcejear con la cinta adhesiva.

—¿Qué? —preguntó la primera.

—Tenemos dudas —dijo Bex con malicia—. De algo entre Brendan y tú que no se puede comentar delante de un niño inocente.

Bigoti… *Lambert* estaba sentado en un rincón de la mesa. Al oír esa frase, dio un respingo.

—¡Tengo muchos más años de los que os pensáis! —aseguró.

—Lo dice por el niño, idiota —masculló Axel—. ¿Se puede saber de qué habláis?

De nuevo, las dos chicas intercambiaron una miradita maliciosa. Victoria empezó a impacientarse.

—¿Qué dudas? —preguntó.

—Pasasteis muchos meses juntos —comentó Daniela—, y Brendan se parece tanto a Caleb que… quién sabe…

Victoria era muy consciente de que Caleb podía oír toda esa conversación. Empezó a ponerse nerviosa. No habían hecho lo que ellas pensaban, pero se acordó sin querer de ese beso rechazado. Ese en el que Brendan casi la lanzó por una ventana.

Nunca le habían rechazado un beso. Y, que lo hiciera de forma tan directa, hirió un poco su orgullo. Al menos, en ese momento. Ahora…, ya empezaba a entenderlo. Y, en parte, lo agradecía.

—Claro que no —murmuró sin hacer contacto visual con nadie.

Como siempre había sido una mala mentirosa, su reacción hizo que los demás sospecharan todavía más.

—¿Seguuuro? —preguntó Bex.

—¿Tenemos que hacer algo solo por estar a solas? —se irritó ella—. Podría preguntarte lo mismo de Axel, entonces.

Los dos aludidos pusieron cara de asco.

—¿Qué? —siguió Victoria—. Os echáis miraditas.

—Yo le echo miraditas a todo el mundo —se defendió él—. Es que soy miope.

—No eres miope —atacó Bex.

—Ah, ¿sabes más de mi vista que yo?

—Los extraños, o mestizos, o lo que sea, no podemos ser miopes.

—Yo me creo lo de su miopía —opinó Lambert.

—¡Gracias! —exclamó Axel.

—Es decir…, explicaría que, en su momento, hasta un gato pudiera noquearlo.

Aquel apunte hizo que Axel torciera el gesto.

Victoria seguía incómoda. Temía que, si esa conversación seguía adelante, terminara confesando algo que no debía, en especial cuando Bex agudizó su mirada. Oh, necesitaba un plan de escape. Urgente.

—Aunque Bexley es guapísima. ¿A que sí, Axel?

Ella frunció el ceño. El interpelado, por su parte, contempló a Victoria como si hubiera enloquecido. Tardó un rato en entender que estaba intentando picarla. Y entonces empezó a asentir con fervor.

—Oh, está buenísima. Un bombón envuelto en una capa de hostilidad.

—Cállate —exigió Bex—. Qué asco.

—Con ese pelo teñido… —siguió Victoria.

—Claro, claro. Y esas ojeras tan sexis.

—¿Podéis dejar de hablar? —insistió Bex, asqueada.

—Y esa habilidad tan misteriosa… —continuó Victoria.

—Y esas uñas mordidas tan atractivas…

—Deberías darle un besito, Axel.

—Oh, debería.

—Como te acerques —amenazó Bexley—, te clavo el cuchillo en un ojo.

—Bex, ¡no te cierres al amor! —insistió Victoria.

—Eso, eso. Que estoy muy solit… ¡Oye!

Debieron de llegar al límite de su paciencia, porque Bex se incorporó y se hizo con la misma cinta adhesiva que había usado para atar a Axel.

—Se acabó —masculló ella, irritada—. Si tantas ganas tienes de bromitas, las harás tú solo en el gimnasio.

—¡Oye! —Axel se apresuró a forcejear sin remedio—. ¡Que era una broma, no te enfades! ¡Y es todo culpa de Victoria! ¡Bex, no te…! ¡¡¡No me tapes la boc…!!!

Haciéndose la sorda, Bex le tapó la boca con un trozo de cinta adhesiva. Axel siguió protestando contra la mordaza, pero no pudo evitar que arrastrara su silla fuera del salón. Al cabo de unos instantes, oyeron el rebote de las patas escaleras abajo.

Victoria seguía sonriendo. Había esquivado una bala.

La sonrisa, sin embargo, se borró en cuanto vio que Caleb estaba de pie en la entrada del salón. Durante las últimas horas, su presencia había supuesto un alivio. Ahora, sin embargo, lucía una expresión bastante suspicaz. Victoria se tensó sin pensarlo. Fuera lo que fuese, seguro que sospechaba de ella.

—Kyran, Dani —saludó—. Y… gato.

Lambert pareció muy contento de que alguien se acordara de su existencia.

A Victoria no la saludó. Su mirada no era muy amigable. De hecho, era un poco desconfiada. Sorprendida, ella dio un respingo.

—¿Qué?

—Nada.

—Pues no me mires así.

—¿Ahora te llevas bien con Axel?

—¿Tengo que llevarme mal con él?

—Pues sí.

—Cálmate un poco, X-Men, solo ha sido una broma.

—Pues ya podrías hacer esas bromas conmigo.

—Madre mía, ¡disimula un poco los celos!

—¡No estoy celoso! ¡Estoy… nervioso!

Victoria enarcó una ceja.

—Curiosa forma de demostrar nervios.

—Tú eres la que se ha puesto nerviosa cuando hablaban de Brendan.

—¡Así que escuchabas a escondidas!

—¡Por… casualidad!

—¡Sí, claro! Eres peor que una vecina cotilla.

—¡Y tú sigues sin aclarar nada!

—¡N-no hay nada que aclarar!

—¡Has tartamudeado! —señaló él—. ¡Eso es señal de mentira!

—¡Madre mía, ahora es psiquiatra!

—¡No soy…!

—¡¡¡Es una broma!!!

Dado el espectáculo, Bex había vuelto a ascender las escaleras para asomarse. Incluso había tenido el detalle de subir a Axel con su silla. Él seguía con la boca tapada, pero, dada la escena, parecía que se le había olvidado.

—Es la primera vez que oigo gritar a Caleb —comentó ella, fascinada.

Axel asintió y murmuró algo contra la cinta adhesiva.

—¡No estoy…! —empezó Caleb, y luego se dio cuenta de su tono y bajó la voz—: Gritando.

—Sí que lo haces —opinó Lambert—. Pero no pares, ¿eh? Es fascinante. Como ver un unicornio.

—¡Y tú no hables tanto! —saltó Caleb, señalándolo—. Ahora que eres humano, podrías ayudar un poco con las tareas de la casa y no contemplarnos a todos.

Lambert se llevó una mano al pecho.

—¿Yo? ¡Soy un invitado!

—Los invitados ayudan.

—¡Los vip no lo hacen!

Ante tantos gritos, Kyran empezó a aplaudir como si todo aquello se tratara del mejor espectáculo que había visto en su vida.

—Sí que deberías limpiar —opinó Bex.

Axel asintió y dijo algo más contra la mordaza.

—Estáis todos contra mí —protestó Lambert.

—¡Solo decimos que dejes de ser un vago! —protestó ella.

—Tú no exijas tanto, zanahoria.

—¿Zana…? Oh, cuidado con las palabritas que usas, bicho.

—¡Las zanahorias son verduras preciosas!

—¡Pues tú también tienes el pelo rojizo!

—¡El mío es elegante y natural, el tuyo es como el escupitajo de un tuberculoso!

Victoria suspiró. Brendan la había revivido solo para que la mataran en medio de una panda de idiotas.

Brendan

Qué. Asco. Más. Grande.

Seguía intentando quitarse esa sensación de encima. El vínculo alguna vez le había jugado malas pasadas, pero nunca como aquella. ¿En qué puñetero momento tenía que sentir esa clase de cosas con su hermano de protagonista? Qué asco. Qué mal. Ojalá pudiera borrarlas de su retina. Y de su cerebro directamente.

Irritado, le dio otra calada al cigarrillo. En los últimos días, ese escalón de la entrada se había convertido en el único lugar de paz que podía encontrar. Y eso que seguía oyendo las voces de los demás por ahí dentro. No estaba preparado para mirar a Caleb a los ojos. Qué asco. Iba a dejar pasar un rato más.

Tras unos minutos, la discusión cesó y el niño abrió la puerta principal. Como de costumbre, fue corriendo hacia él con mucha ilusión y se detuvo al ver que no era Caleb. Entonces, arrugó la nariz y siguió andando. Tenía una pelota de fútbol roñosa que habían encontrado por el jardín y le encantaba jugar a solas.

Daniela salió tras él. Se detuvo en la puerta. Por lo menos, tuvo la decencia de no poner mala cara al ver a Brendan.

Últimamente, también parecía que todo el mundo rehuía de él. La rubia era la que menos disimulaba. Brendan empezaba a sospechar que le tenía pánico.

—Ah… Hola —dijo ella, un poco incómoda—. ¿Quieres…, em…, estar solo?

—¿Tan incómodo sería aguantarme cinco minutos seguidos?

Ella no supo qué decir. Tras unos segundos, decidió quedarse con él. Aunque, por supuesto, no se atrevió a sentarse a su lado.

—Creo que nunca hemos hablado a solas —dijo, tras una risita nerviosa.

—Porque te doy miedo.

—¿Miedo? Pfff… No. Bueno, un poco. Tampoco puedes culparme.

Acababa de llamarlo tenebroso y luego le había echado la culpa de serlo. Brendan enarcó una ceja, contemplando al niño.

—Gracias por el cumplido —murmuró.

—¡No lo decía a malas! Es decir… Mmm… La verdad es que quería hablar contigo.

Aquello le llamó la atención. Brendan le echó una ojeada por encima del hombro.

—¿De qué?

—De… Margo.

—¿Qué pasa con ella?

—Bueno, lleva mucho tiempo con Sawyer. Y la última vez que supimos algo de ella fue cuando se arriesgó y nos ayudó. Y…, no sé. No sé cómo es Sawyer. Me da miedo lo que pueda hacerle.

Brendan asintió. No le quitaba la razón, pero tampoco entendía qué pintaba él en todo aquello.

—A ver…, os lleváis bien, ¿no? —sugirió Daniela—. En la acampada vinisteis al hospital y no dejabais de hablar.

—De *discutir*.

—Pero Margo expresa su amor con agresividad. Pensé que, no sé… Que quizá estarías interesado en rescatarla.

—¿Rescatarla de Sawyer? —repitió Brendan—. Sería más fácil sacarla de una isla perdida en medio del Atlántico…

—¿Y cuál es la alternativa? ¿Dejarla sola con ese… villano mal hecho?

Brendan supuso que, dentro del vocabulario de Daniela, aquel insulto era todo un hito. Sonrió para sí mismo, divertido. Dejó de hacerlo al pensar en Margo.

Alguna vez se había acordado de ella, sí. Aunque, siendo honesto, no se sentía especialmente preocupado. Si Sawyer quisiera matarla, ya lo habría hecho. Por algún motivo, la necesitaba viva. Ese motivo se le escapaba, pero se trataba de un pequeño consuelo. Uno al que tendría que aferrarse, porque sí que había una parte de él que se preguntaba si Margo estaría bien. Sobre todo después de ayudarlos.

—Es una chica capaz de cuidar de sí misma —aseguró Brendan al final.

—Pero… ¿y si necesita ayuda?

—Créeme: Victoria no dejaría escapar la oportunidad de ayudarla. Y, por ende, Caleb tampoco.

—¿Y tú?

Brendan suspiró.

—Supongo que tampoco.

—Gracias.

Le sorprendió que Daniela pareciera tan aliviada. Como si su apoyo fuera a suponer una gran diferencia de cara a un posible rescate. Brendan no estaba acostumbrado a que la gente se sintiera agradecida con él. Y mucho menos que lo hicieran personas como Daniela, que parecía un cervatillo asustado.

Pasaron unos segundos sin que ninguno de los dos dijera nada. Al principio, Brendan los apreció. Al final, empezó a extrañarse. Se volvió hacia ella. Para su sorpresa, Daniela miraba fijamente su móvil. Y su expresión no era demasiado buena.

—¿Qué? —preguntó él.

—Oh, no.

A modo de explicación, Daniela le mostró la pantalla. En alguna red social que él desconocía, se reproducía un vídeo en bucle. Era muy popular, dada la cantidad de comentarios que se leían debajo. Brendan tardó unos

segundos en reconocer a Victoria. Y en reconocer el callejón en el que les había pegado la paliza a esos dos idiotas.

Debajo del vídeo, se leía un rótulo perfecto: «¡¡¡Pruebas de que los superhéroes existen!!!».

—Mierda.

21

Margo

Volvían a desplazarse. Últimamente, no se quedaban muchas noches en el mismo lugar. Margo había empezado a odiar esos coches pijos de cuarenta asientos. Y su olor a limpio, por algún motivo. Sí, eso también lo odiaba.

Por una vez, habían tenido la decencia de no cubrirle la cabeza.

Y, por una vez, Margo desearía no ver lo que estaba viendo.

Sawyer le enseñaba un vídeo en el que Victoria les daba una paliza a dos chicos en un callejón. Millones de visitas. Miles de comentarios. No quiso leerlos. No se atrevía. Y más cuando vio que usaba su habilidad con uno de los hombres. No quedaba muy claro cuál sería, pero la había usado. Y, peor aún…, había quedado grabado.

Margo elevó un poco la mirada. Pasó del vídeo al rostro de Sawyer. Su cara odiosamente perfecta e iluminada con una sonrisa satisfecha.

—Tu amiga ha estado entretenida —comentó él.

—Es más de lo que puedo decir de ti.

—Oh, no me digas que te aburro.

—Constantemente.

Sawyer sonrió, pero no dijo nada. Estaba encantado, pues por fin tenía una pista. Margo deseó que los demás se estuvieran escondiendo lo más lejos posible de ese callejón.

Preocupada, se impulsó como pudo con las piernas y se sentó mejor. Estaba en una de las furgonetas pijas de Sawyer. Tenían los sofás enfrentados, minibar e incluso un puñetero sistema de karaoke. Digno de una despedida de soltero. Lástima que estuviera con Sawyer y con sus dos minions favoritos, que no parecían muy divertidos. Por lo menos, ninguno de ellos era Doyle. Ese sí que le daba mal rollo.

—Superhéroes —murmuró Sawyer con cierto tono despectivo—. Lo que me faltaba…

—¿Qué quieres que piensen? —atacó Margo—. La gente normal no acostumbra a ver habilidades especiales.

—Te noto un poco irritable, pelirroja.

—Es que estoy harta de verte el careto. ¿Podéis volver a ponerme el saco en la cabeza?

Eso último se lo preguntó a los minions. Uno de ellos sacudió la cabeza. El otro fingió que ella no existía. Esa solía ser su dinámica.

Sawyer, por otro lado, no parecía muy ofendido.

—Te pueden cansar muchas cosas de mí, pero no creo que la cara sea una de ellas.

—Voy a vomitar.

—Deberías estar contenta —indicó él, bloqueando el móvil—, pronto volverás a ver a tus amigos.

Ante eso, Margo se limitó a apretar los labios. Sentía que cualquier cosa que dijera podría ser una pista. Aun cuando no tenía ni idea de dónde estaban los demás.

Sawyer ladeó la cabeza con interés.

—¿Nada que aportar? —preguntó.

—Me he cansado de hablar contigo.

—Vaya, qué lástima. Con lo que me gustan a mí tus respuestas agresivas e ingeniosas.

—Sigue molestándome y verás lo que es la agresividad.

Sawyer se rio entre dientes, pero no insistió.

Pasados unos segundos de silencio, uno de los minions se inclinó sobre su jefe y le dijo algo al oído. Sawyer asintió una sola vez. Y, en cuanto los demás dejaron de prestarle atención, borró la sonrisa y clavó la mirada en la ventana.

Quizá no se había dado cuenta, pero Margo sí que se fijó en él. Tras tantos días como única compañía, había empezado a detectar ciertos patrones de comportamiento. Que solo sonreía cuando intentaba hacerse el superior, pero dejaba de hacerlo cuando creía que nadie lo veía. Que últimamente estaba muy poco hablador. Que se frotaba el antebrazo a menudo. Que a veces era evidente que su mente estaba muy lejos de ellos.

Por lo menos, los últimos días habían sido más soportables. Las comidas eran más habituales, podía usar el baño a su antojo y los minions ya no la arrastraban de habitación en habitación. Quizá se debía a que ella misma había dejado de luchar. No iba a decir nada que pusiera en un compromiso a sus amigos, pero estaba harta de discutir por cada cosa que le ordenaban. Seguía quejándose, pero lo obedecía por hartura moral.

También se sabía los nombres de algunos minions. El que había susurrado a Sawyer, por ejemplo, era su favorito. Era el único que, cuando ella se lo pedía, la dejaba jugar al *Temple Run* con su móvil. Siempre con vigilancia, claro, pero se lo permitía. El otro nunca hablaba, así que Margo tampoco le prestaba atención. Y luego estaban los demás. Con ellos, había aprendido algunas palabras en ruso que, por contexto, deducía que eran

insultos. Por lo menos, volvería a casa con una noción básica del idioma. Oye, de todas las situaciones se podía sacar algo interesante.

Por último, estaba Doyle, que aparecía y desaparecía sin causa aparente. A Margo no le gustaba ese hombre. Era… oscuro. Si es que eso tenía sentido. Su presencia siempre implicaba un aura horrenda que invadía toda la habitación. Era el único que a veces le respondía a Sawyer como si no reconociera su autoridad. Incluso, cuando su jefe no estaba presente, lanzaba comentarios contra Margo que hacían que a ella se le pusiera el vello de punta. Siempre los acompañaba con una mirada… sucia. Como si estuviera deseando recibir la orden de matarla.

Todos seguían a Doyle como si fuera un dios. Ni la propia Margo se atrevía a decir nada en su presencia. Estaba aterrada, aunque le jodiera reconocerlo.

Sin embargo, Sawyer era distinto.

Mientras que Doyle era un puto bruto y oscuro, Sawyer ejercía su poder de otra forma. Y se notaba. Cuando él estaba presente, los minions se relajaban un poco, Doyle se ahorraba sus comentarios de mierda y Margo recibía las comidas y bebidas siempre que lo necesitaba. De alguna forma, conseguía que hubiera un orden en ese caos. Y ella se sentía un poco más protegida, aunque no tuviera sentido. Como si él fuera a tener una solución para cada problema que se les pudiera presentar.

Joder, lo que le faltaba… Empatizar con su puñetero secuestrador.

Aunque, pensándolo bien, Sawyer era el único que parecía interesado en mantenerla con vida. Y eso, dadas las circunstancias, lo convertía en su único aliado. Margo no tenía muy claro qué quería de ella. A esas alturas, ya tenía que saber que ella desconocía el escondite de los demás. Pero, aun así, la mantenía con ellos. Y tenía claro que no iba a matarla. O eso parecía, por lo menos.

Qué curioso era ese hombre.

La mirada de Margo debió de ser más intensa de lo que creía, porque Sawyer volvió la cabeza. Al ser pillada, ella carraspeó y clavó la vista en la ventana. Fingió que el paisaje era muy interesante, que no había estado analizando todos y cada uno de sus gestos.

Contuvo la respiración hasta que, casi un minuto más tarde, él apartó la mirada otra vez. Y entonces Margo respiró hondo y trató de calmarse.

22

Caleb

Tras dormir a Kyran, bajó las escaleras. Estaba cansado. Más de lo que pensaba que lo estaría. Muchas emociones en un solo día. Y muchas que le quedaban por vivir, seguramente.

Por las voces que oía, los demás seguían en el salón. La discusión pasó a ser un debate sobre sus próximos pasos. Caleb no quería intervenir, pero tampoco se fiaba mucho de lo que ellos fueran a decidir.

Se preguntó si Daniela debería estar despierta, teniendo en cuenta que se había pasado la noche en vela. Y, ya que estaba, se preguntó si el gato-no-gato necesitaría dormir. Todavía no tenía muy claro qué era.

Ya había llegado al pie de las escaleras cuando, de pronto, el salón se quedó en silencio. El corazón de Victoria dio un brinco errático. No le gustó nada. Aunque no le dio tiempo a analizarlo, porque Brendan se asomó desde el salón. Al ver a Caleb, se pasó las manos por el pelo.

—Tenemos un problema —masculló.

Caleb, que no había visto a Brendan así de nervioso en muchas ocasiones, se tensó.

—¿Cuál?

—¿Te acuerdas de la pelea del callejón? Pues resulta que un vecino la grabó y la subió a internet. La gente se piensa que Victoria tiene superpoderes. Se está haciendo…, em…, viral.

Caleb parpadeó.

Y volvió a parpadear.

Mucha información de golpe.

Hacia el tercer parpadeo, había empezado a asimilarlo.

—¿Qué es «viral»?

—¡Que lo ha visto mucha gente, Caleb! Mi apuesta es que Sawyer será uno de ellos y que ya estará de camino para interrogar a los idiotas del vídeo. O a la chica.

Fue el turno de Caleb de pasarse las manos por el pelo.

—Deberíamos encontrarlos antes que él —insistió Brendan—. Vamos, ¡reacciona! Sawyer ya puede estar en camino, tenemos que ser rápidos.

—¿Victoria lo sabe?

—Se supone que Daniela se lo ha contado.

—¿Y cómo sabe Daniela…? Bueno, no importa. —Una batalla tras otra —. ¿Me estás diciendo que Sawyer tiene una de nuestras ubicaciones?

—Sí.

—Y que tiene a tres testigos.

—Sí.

—Y lo dices tan tranquilo.

—¿Quieres que llore? —espetó Brendan impaciente—. ¡Reacciona de una vez! Si pillan a Victoria, nos han pillado a todos.

Caleb se cubrió la cara con las manos. Empezaba a tener jaqueca. ¿Acaso nunca podrían tener un respiro?

—Vale —murmuró—, no podemos ir a buscarlos.

—Pero…

—Sawyer estará esperando a que lo hagamos —insistió Caleb—. Tenemos que escondernos. El callejón es una cosa y esta casa es otra.

—¿Y si había cámaras en otras calles o pillaron a uno de los vehículos o…?

—Brendan, cálmate.

Aquello pareció ofender a su hermano.

—Tengo la situación mucho más controlada que tú. Solo intento explorar todas las posibilidades.

—Entonces, deberíamos preguntarle a Victoria.

—¿Por?

—Porque es la protagonista del vídeo. Debería opinar, ¿no?

—¿Para qué? La caga siempre que puede.

Caleb ladeó la cabeza.

—No hables así de ella.

—Oye, hemos pasado meses juntos.

—Eso no significa que la conozcas.

—Oh, pero confía en mí.

—*Nadie* confía en ti.

—Pues intentó besarm…

Los dos dejaron de respirar al instante. Especialmente, Caleb.

Tras unos segundos de silencio sepulcral, terminó de bajar los escalones. No rompió el contacto visual con su hermano.

Esperaba que aquello fuera una ironía de esas que no sabía diferenciar.

Oh, más le valía que fuera una ironía.

—¿Qué has dicho? —preguntó Caleb en voz baja.

A esas alturas, se había detenido delante de su hermano. Brendan le devolvió la mirada. Tenía la mandíbula apretada con fuerza y tardó mucho

en responder. O en encontrar las palabras adecuadas.

—Cálmate —advirtió—. Solo fue una vez.

—¿Solo…?

Caleb fue incapaz de terminar la frase. De pronto, todo lo que había sospechado se transformaba en realidad. Todos aquellos pensamientos intrusivos se volvían una corriente de imágenes desagradables. De sentimientos que ya no le pertenecían a él.

Sin darse cuenta, apretó los puños con fuerza. Con *mucha* fuerza.

—Cálmate —repitió Brendan, dando un paso hacia atrás con disimulo.

—¿Que me… calme?

—Sí. Si me dejas explicarme…

—¿Has besado a mi novia?

—Fue hace meses, ¿vale? Y ni siquiera lo llamaría bes…

—¿Te aprovechaste de que no se acordaba de nada para besarla?

—¡No fue así!

—¡¿Y cómo fue?!

—¿Se puede saber qué os pasa?

La pregunta vino de Bex. Se había detenido en el pasillo, junto a ellos. Axel, Daniela, Victoria y Lambert contemplaban todo desde la mesa. Vista preferente desde primera fila. Victoria se frotaba el pecho como si no pudiera controlar su latido ansioso. Caleb estaba seguro de que era por el vínculo. Y eso le dio todavía más rabia. Oh, iba a quemar ese puñetero lazo en cualquier momento.

—¿Y bien? —insistió Bex—. ¿Por qué parece que vais a mataros?

Brendan intentó explicarse.

—Ha habido una confusión con…

—Estos dos se enrollaron y no nos habían dicho nada a ninguno —espetó Caleb.

Su primer instinto fue centrarse en la reacción de Victoria. Y fue inmediata. Abrió mucho los ojos y contempló a Brendan con la boca abierta. Lo hizo con dolor. Con traición.

Así que era cierto.

Caleb apretó aún más los puños.

—¿Puedo decir que he ganado la apuesta? —susurró Axel.

—Cállate —espetó Caleb y se centró en Victoria—. ¿Fuiste tú o fue él?

Ella dudó visiblemente. Habían empezado a temblarle las manos. Y sus ojos grises eran una súplica muda que, por primera vez, a Caleb no le afectó.

—¿Quién besó al otro? —insistió, tenso de pies a cabeza—. ¿Fue él? Él te besó a ti, ¿verdad? Dime que fue él.

Victoria abrió y cerró la boca. No sabía qué decir. Y, a cada segundo que pasaba, la ira de Caleb no hacía más que aumentar.

Cuando ella negó con la cabeza, sintió que había pasado una eternidad.

Negó con la cabeza. No fue Brendan.

Fue ella.

Caleb apretó los dientes con fuerza. No encontraba palabras. Ni siquiera encontraba emociones a las que aferrarse. No había nada más que rabia. No solo por el beso, también por haberlo guardado en secreto. Porque ellos guardaran algo que a él no le pertenecía. Celos, otra vez. Los odiaba.

—No fue como te estás imaginando —insistió Brendan—. Fue mucho más…

—Brendan —susurró Caleb—, cállate.

Su hermano se sorprendió por el tono. Caleb solía enfadarse con él, pero esa clase de rabia era distinta. Ni siquiera él mismo sería capaz de clasificarla. Lo único que tuvo claro era que necesitaba dar un paso atrás

antes de cometer una tontería. Antes de hacer algo de lo que pudiera arrepentirse más tarde.

Incapaz de contenerse, clavó la mirada en Victoria. Ella observaba sus reacciones como si fuera una bomba a punto de estallar y cada vez parecía encogerse más en su silla. Se iba haciendo más y más pequeñita.

—¿Pensabas decírmelo? —preguntó Caleb.

No fue capaz de tener su memoria en cuenta. De recordarse a sí mismo que Victoria, probablemente, no recordaba por qué le debía aquellas explicaciones. Si es que se las debía. Caleb, desde luego, sentía que se las merecía.

Como ella no contestó, él se impacientó.

—¿Ibas a callártelo? —insistió.

De nuevo, Victoria fue incapaz de responder.

Caleb sintió que estaba a punto de soltar una barbaridad. Una que, una vez fuera, ya nunca podría retirar. Necesitaba marcharse. Y eso hizo. Se alejó lentamente. No solo de Victoria, también de su hermano.

Victoria

—Draaama en el paraíso.

El comentario de Axel hizo que Victoria entrecerrara los ojos.

—No estábamos tan mal encaminados —comentó Bex, pasmada.

—No le veo la gracia —protestó Victoria—. ¡Fue una tontería! Además, ¿por qué puñetas tenías que decírselo?

La pregunta fue hacia Brendan, que seguía plantado en la entrada del salón con cara de perplejidad. No sabía ni en qué agujero esconderse.

—No he dicho nada —se defendió—. Bueno, se me ha… escapado.

—¿Y no podías callarte un rato, Brendan? ¡¿No se supone que te haces el enigmático y el interesante?!

—¡Se me ha escapado!

—Bueno —interrumpió Bex—, lo que está claro es que esta noche es de confesiones. ¿Alguien más tiene algo que aportar?

—Podríamos hacer un pacto de sangre —propuso Dani en broma.

Axel resopló.

—¿Y que me peguéis alguna enfermedad rara? No, gracias.

—No podemos pegarte enfermedades raras, Axel —le recordó Bex—. Sigues siendo un puñetero mestizo.

—Por si acaso.

—Tranquilos —dijo Lambert, muy digno—. Dejadlo en mis manos. Hablaré con Caleb y lo arreglaré todo.

En cuanto hizo un ademán de levantarse, Daniela volvió a sentarlo y le dio una palmadita en el hombro. Aquello fue peor que una mirada de desprecio y Lambert enrojeció un poco.

Victoria hundió la cara en sus manos. Vaya día. Vaya puñetero día. Hablar de Ian, ver a sus padres, la pelea, el vídeo… Y ahora esto. No podía más. Estaba muy cansada. Y, cada vez que sentía que estaba cerrando un capítulo malo, la vida le lanzaba otro. Oh, qué agotamiento.

Lo que no sabía era que la vida todavía le debía una sorpresa más.

Seguía con la cara escondida en las palmas de sus manos, pero Victoria sintió una oleada de tensión. El vínculo. Automáticamente, levantó la cabeza. Brendan tenía la mirada clavada en algún punto de la escalera y su cara era de confusión absoluta. Victoria no entendió por qué hasta que oyó un fuerte estruendo en el piso superior.

Lo primero que pensó fue que Kyran se había despertado. Lo segundo, que Caleb finalmente había enloquecido y había ido a por una escopeta.

Lo que no esperaba, desde luego, fue oír una voz desconocida.

—Maldito teletransporte —masculló alguien por ahí arriba y sonaba a niño pequeño—. Deberíamos haber venido en… Oh, buenas noches.

Aquello debió de decírselo a Brendan. Victoria se sorprendió al ver que este no se movía ni reaccionaba. Tenía una pistola, ¿por qué no la sacaba?

Sin embargo, Brendan dejó que el desconocido bajara los escalones con toda la calma del mundo. Y, cuando llegó a la entrada, todo el mundo se quedó con más preguntas que respuestas.

¿Qué puñetas hacía un niño ahí plantado? ¿Cuándo había llegado? Y, sobre todo, ¿cómo había entrado en su casa?

Debía de tener… ¿diez años? Quizá más, pero seguía siendo un niño. Iba vestido como si lo hubieran caracterizado para una serie de los años cuarenta. Y había algo extraño en su forma de moverse. Casi como… si fuera un anciano al que le doliera la cadera.

Inconscientemente, Bex y Victoria se incorporaron para defenderse. Axel contemplaba todo desde sus ataduras, más entretenido de lo que debería. Daniela miraba a los demás como si alguien fuera a ofrecerle una explicación y aquel niño resultara ser otro miembro del grupo que no había conocido antes.

El único que no se movió fue Lambert. Se había quedado muy quieto y pálido, contemplaba al recién llegado como si se tratara de un fantasma.

—Mierda —musitó.

—Esa boca, Lambert —protestó el niño—. Ah…, me alegra ver un comité de bienvenida. Qué honor.

—¿Qué hace un niño aquí? —preguntó Daniela—. ¿Te has… perdido? ¿Quieres que llamemos a tu mamá?

—Mi *mamá* lleva doscientos años muerta. Silencio.

Con toda la confianza del mundo, el chiquillo avanzó hacia ellos. Bex se tensó de pies a cabeza, como si fuera a atacar, pero no estuviera muy segura de si era lo correcto. Victoria no podía culparla, porque se sentía exactamente igual.

—¡O-oye…! —protestó la primera—. Quieto ahí. ¿Se puede saber quién…?

—¡Silencio!

El niño se plantó ante la mesa con los brazos en jarras. Concretamente, al lado de Lambert. Le dirigió una mirada digna de estudio, como un profesor que acaba de pillar a su alumno copiando en el examen.

—Tú y yo… ya hablaremos —advirtió muy serio.

Lambert tenía la misma cara que Brendan unos instantes atrás. O peor incluso. Esbozó una sonrisita llena de nervios y sacudió la mano para saludar al recién llegado. Le temblaban los dedos.

—A-Albert… —dijo nervioso—. Em… ¡Qué placer…!

—Ahórratelo. Ni yo me alegro de verte ni tú te alegras de verme a mí. ¿Se puede saber qué haces en forma humana?

—Em… Verás…

—¿Sabes qué? Ahórratelo también. Imagino que estos son los mestizos.

—Sí. ¡Mira qué bien los estoy cuidan…!

—Silencio.

Lambert borró su sonrisa de golpe y calló.

El niño se volvió lentamente hacia el resto del grupo. Contempló a todos, uno a uno, y cada ser vivo de la sala se sintió juzgado. Especialmente, Victoria. La última mirada fue para ella. Y fue, con diferencia, la peor de todas.

—Así que tú eres la del vídeo —concluyó Albert—. Me temo que tienes unas cuantas explicaciones que dar.

—E-es que…

—No tartamudees, me da jaqueca. Te has metido en un buen lío, jovencita.

Lambert estaba a punto de salir corriendo.

—Oye, que no es tan grave. Lo prometo. ¡Seguro que podemos solucionarlo y…!

—Tú, cállate. Podríamos haberlo solucionado entre nosotros, pero ahora hay un vídeo circulando en redes y ya es tarde para las explicaciones. Tenemos que hablar, mestiza. Ahora.

23

Victoria

Echaba de menos su vida normal. Cuando su gato era un gato y no un chiquillo pelirrojo que temblaba cada vez que el tal Albert lo miraba. Cuando no había niños con espíritu de señor mayor interrogándola. Cuando las cosas eran mínimamente normales.

Pero no. Estaba en el salón de aquella casa, preguntándose si Kyran estaría a salvo, si Caleb estaría bien, y contemplando a sus compañeros. Los habían obligado a sentarse alrededor de la mesa rectangular, cada uno más tenso que el anterior. El único que no parecía impresionado era Brendan, que contemplaba al recién llegado como si fuera a ponerles nota.

El niño suspiró y entrelazó los dedos.

—Lo correcto es presentarme, supongo —dijo—. Mi nombre es Albert. Tengo varios trabajos, pero el que os concierne es el de supervisar a los mestizos que no forman parte de ninguna comunidad. Que, como vosotros, corren peligro de salirse de control. Para ello tengo a mis informantes. Como Lambert, por ejemplo. Me gusta que sean animales; son más sencillos de introducir en las vidas de los mestizos. Sin embargo, cuando tu

informante no te cuenta las cosas… Ya puede ser humano o animal, que no te sirve de nada.

A cada frase, Lambert iba escondiéndose un poquito más y más tras la mesa, como si deseara desaparecer.

Tras ese discurso introductorio, Albert arrugó la nariz y miró a su alrededor.

—¿Se puede saber qué es este sitio? Qué horror.

—Es lo mejor que hemos podido encontrar —protestó Bex.

—¿Y tenéis algún mueble que no sea una silla de madera? —preguntó, mirando a su alrededor como si nunca hubiera visto tantas cosas que le desagradaran a la vez—. ¿Algo donde sentarse, aparte del suelo y esos sofás sucios del fondo?

—Puedes salir al jardín y sentarte en una piedra —comentó Brendan.

Por suerte, el recién llegado decidió ignorarlo y centrarse en lo importante.

—Y tengo que aguantar esto por un vídeo… Sabía que toda esta basura moderna no terminaría bien.

—No sabía que me estaban grabando —murmuró Victoria, avergonzada.

—Me temo que no es excusa, jovencita. El riesgo de ser vista era muy grande y, aun así, decidiste hacerlo. ¿Por qué?

—¿Y por qué tiene que decirlo? —preguntó Axel de repente—. ¿Cómo sabemos que no sois informantes de Sawyer?

—Para empezar, jamás me rebajaría a trabajar para un humano. Y, para terminar, que yo sepa, soy la única persona que se ha ofrecido a ayudaros. ¿De verdad os podéis permitir prescindir de mi ayuda?

—Oye, rebobina —intervino Bex—. ¿Tú cómo sabes quién es Sawyer?

—Por Lambert. ¿Acaso desconocéis el significado de «informante»?

Todo el mundo se volvió hacia el aludido. Ya prácticamente se había metido bajo la mesa y se cubría disimuladamente la cara con una mano.

—Serás chivato —murmuró Bex.

—Una cosa, señor Albert —interrumpió Daniela, un poco asustada—, ¿eso quiere decir que nos vas a echar una mano? Porque mi amiga está con Sawyer y me gustaría que alguien la ayudara a…

—Estoy aquí por el vídeo y por nada más, pero agradezco que seas la primera que se dirige a mí con respeto.

—Ah, bueno…

—¿Podemos aclarar qué pasó? —insistió Albert, centrándose en Victoria.

Ella, de pronto, se sintió muy observada. Toda la situación era muy bizarra y no sabía ni cómo encontrar sus propias palabras. Lo único que tenía claro era que desearía estar en otro lugar. O que Bigotitos le hubiera dado más explicaciones para prepararse un poco, por lo menos.

—Fue por una chica —dijo al final—. Dos tipos la seguían y…, no sé…, querían hacerle daño.

—¿Y te arriesgaste por una humana en peligro?

—Aunque a ti no te lo parezca, hay gente que le da importancia a la vida de los demás.

—Sí. Y luego terminan en un vídeo viral, desvelando sus habilidades ante el mundo entero.

»No obstante, la chica a la que defendió se ha pronunciado. Dice que la salvaste y que eres una heroína. Tiene a mucha gente cuestionándola y diciéndole que es un montaje. Deberíamos usar eso a nuestro favor.

—Podemos decir que son efectos especiales —comentó Axel alegremente—. Que fue un montaje o algo así. Como con los vídeos de «pruebas de que los alienígenas existen» y luego es un vídeo de un tipo con una máscara grabado con una patata.

Por primera vez, pareció que Albert se daba cuenta de su existencia. Y de que estaba atado con cinta adhesiva a una silla.

—¿Por qué está así? —preguntó señalándolo—. ¿Es peligroso?

—No —dijo Brendan—, solo es estúpido.

Albert empezaba a perder la paciencia. Y, sobre todo, a cansarse de las distracciones.

—Lo importante es que la gente ha visto ese vídeo —indicó—. La mestiza nos ha puesto a todos en peligro. Vamos a…

De pronto, el sonido de un seguro de pistola inundó la habitación. Todos callaron al instante. Especialmente Albert, que era el que la tenía pegada a la sien. Victoria contuvo la respiración. La pistola era de Caleb. Se había acercado sin hacer ni un solo ruido.

—Cuidado con lo que dices de ella —advirtió.

Albert pareció más impresionado que asustado. De hecho, se volvió hacia él sin preocuparse de que ahora la pistola le apuntara a la frente.

—¿Y tú cómo has conseguido acercarte sin hacer ruido?

—¿Se puede saber quién eres? ¿Y por qué hablas así si eres un crío?

Lambert, que ya había estado bastante tenso hasta entonces, pareció llegar al máximo de su capacidad de contención. Empezó a gesticular con histeria, señalando a Caleb.

—¡No dispares! —casi suplicó—. Es…, em…, mi jefe. Pero está de nuestra parte, ¡lo juro!

—No lo parece —opinó Caleb.

Albert arqueó una ceja.

—¿Te crees que una bala va a hacerme daño? Hazte un favor y guarda la pistola, mestizo, que estamos hablando de cosas importantes.

El único que parecía estar pasándoselo bien con todo aquello era Brendan, que contemplaba la escena con una sonrisa divertida. Alguien

normal se sentiría intimidado, pero para intimidarlo a él necesitabas tener seis cabezas y escupir fuego por la nariz. Victoria casi sintió ganas de reírse de la absurdez que se le había ocurrido.

Mientras tanto, Caleb bajó la pistola. No dejaba de mirar a Albert, como si le advirtiera de que era capaz de apuntar de nuevo, en cuanto le diera la gana.

—Puedes ser el mestizo más poderoso de la historia —aseguró Caleb—, pero una bala te haría el mismo daño que a cualquiera.

De todo lo que habían dicho hasta ese momento, aquello pareció ser lo que colmaba la paciencia del niño-no-niño.

—¿Yo, mestizo? Por favor, soy un vampiro. Un respeto.

—Pero… —masculló Daniela— los vampiros no existen.

—Ah, ¿no? Entonces quizá soy un gnomo y nunca me había dado cuenta.

—O un viejo cascarrabias —sugirió Brendan tranquilamente.

—Entonces… —Axel entrecerró los ojos—, ¿el ajo no os afecta?

—Oh, no. —Albert cerró los ojos—. Otra vez esta conversación…

Victoria se centró en Caleb. Pese a haber bajado el arma, seguía mirando a los recién llegados con poca confianza. Por un momento, ella pensó que todo el revuelo iba a hacer que se olvidara de su beso con Brendan. Más bien fue lo contrario; en cuanto sus miradas se cruzaron, Caleb pareció volverse todavía más hostil.

—Mantenemos nuestra existencia en secreto —explicó Albert con toda la calma que pudo reunir—. No solo por la posible reacción de los humanos, también por el uso que les damos a nuestras habilidades en la sombra. Nos encargamos de regular la magia del mundo sin crear mucho alboroto y a controlar las… insurgencias. Como el vídeo, por ejemplo.

—Busquemos a la chica —propuso Bex—. Y la obligamos a…

—*Hablaremo*s con ella, sí. De haber pasado hace ochenta años, sería tan fácil como borrarle la memoria al testigo. Los aparatos lo han arruinado todo.

Por primera vez en toda aquella conversación, Brendan se puso serio. Y, milagrosamente, intervino sin ganas de ofender a nadie.

—A ver —dijo—, lo más probable es que Sawyer ya haya encontrado a la chica. Lo último que deberíamos hacer es ir a por ella. A no ser que Victoria quiera ser la heroína otra vez.

La aludida se limitó a enrojecer y a negar con la cabeza.

—Si la buscamos —siguió Brendan—, nos encontraremos con Sawyer y moriremos todos.

Albert emitió un sonido a medio camino entre una risa y un gruñido.

—Todavía no ha nacido un humano que pueda conmigo.

—No es cualquier humano —aseguró Axel—. Además, tiene a un mestizo de su parte.

—Y vosotros tenéis a un vampiro, seis mestizos y… ¿tú qué eres?

Albert señaló a Daniela con poco interés. Ella, al notarse el centro de atención, dio un brinco.

—E-em… ¿Yo?

—Es humana —dedujo Albert—. Creo que la balanza sigue inclinada a nuestro favor. Ahora, haced que la gente se crea que el vídeo es falso con el… *interneto* ese. Yo tengo que hablar con ese de ahí. —Su dedo acusador acabó sobre un muy hundido Lambert—. A solas. Seguiremos discutiendo después.

Caleb

Caleb observó al intruso junto a Lambert. Lo hizo a través de la ventana de la cocina, con los antebrazos apoyados en la encimera. Se encontraban en el patio trasero, hablando con aspecto airado. Podría escuchar su conversación si quisiera, pero no tenía demasiadas ganas. Cada vez se sentía más cansado. Y, honestamente, lo único que le apetecía era…

De pronto, algo impactó contra su nuca. Una galleta. Le había dado tan fuerte que había reventado. Caleb contempló los trozos destrozados del suelo y levantó la mirada pasmado.

Victoria sujetaba el resto de las galletas en una mano. Eran galletas que le daba al gato, cuando todavía era un gato.

—¿Guerra de comida? —sugirió ella con una gran sonrisa.

Ah, así que era un intento de reconciliación.

Malhumorado, Caleb volvió a centrarse en el trío del patio. Por lo menos, hasta que Victoria se plantó a su lado.

—¿No deberíamos hablar? —preguntó ella.

—Ahora no.

—Teniendo en cuenta que estamos rodeados de zumbados…, no se me ocurre un mejor momento que este.

Caleb suspiró, pero no dijo nada.

Conocía tanto a Victoria que enseguida supo que iba a golpearle el brazo. Recibió el golpecito sin reaccionar. No quería mirarla. No se veía con fuerzas para enfrentarse a ella. O a su propia imaginación cuando pensaba en el maldito beso.

—¡Caleb! —insistió Victoria frustrada—. ¡Reacciona!

—No me apetece.

—Y a mí no me apetece salir en ese puñetero vídeo, pero ¡a veces la vida es injusta!

—Ah.

—Te crees que monté una peli porno con tu hermano, pero no es así.

Caleb llevaba tanto tiempo alejado de ella que, por un momento, no se esperó esa elección de palabras tan brusca. Estuvo a punto de sonreír. A punto.

—Cuando desperté con Brendan —prosiguió—, apenas recordaba nada. No sabía ni quién era, Caleb. Poco a poco, las cosas fueron volviendo. Mi infancia, el instituto, Jamie, Margo y Dani, Bigotitos y la ciudad… Incluso Andrew. Pero fue un proceso muy muy lento. Y, entonces, aparecieron recuerdos confusos de una relación que había tenido con un tipo alto, de pelo y ojos oscuros, y que siempre tenía cara de no gustarle nada de lo que le decía.

Caleb se sintió un poco ofendido por la descripción. Victoria, no obstante, siguió hablando antes de que la interrumpiera.

—Como entenderás, había una personita que encajaba perfectamente con esa descripción. Brendan. Que me había salvado la vida. Que me entrenaba. Pensé que era porque me quería o porque seguía sintiendo algo por mí. Que era el de mis recuerdos, vamos. Pero, aunque yo intenté recuperar la relación, él siempre me puso frenos. Se apartaba, me evitaba, no me miraba… Era muy frustrante y…

—No me des más detalles, por favor.

—Vale, solo te diré lo importante. Una noche, hablamos de Ania. Y…, no sé, me invadieron unos celos muy desagradables. La sensación de que yo jamás podría ser tan buena como ella. Y me dije que no podía esperar más. Que…, bueno, que tenía que lanzarme.

Victoria hizo una pausa para analizar su reacción. Y, aunque Caleb se sintió como si estuviera retorciéndole un puñal en el abdomen, se mantuvo tan impasible como pudo.

—Sigue —masculló.

—Me lancé y lo besé. Lo hice. Brendan se apartó al instante.

Caleb mantuvo su silencio. Pese a tener la vista clavada en los recién llegados, apenas les prestaba atención. De nuevo, su imaginación le jugó una mala pasada. Ojalá pudiera bloquearla.

—Y ya está —finalizó ella—. Brendan se cabreó muchísimo, me dijo que no volviera a hacer algo así y se marchó del motel donde estábamos. No volví a saber nada de él hasta unos días más tarde. Y para entonces los dos habíamos decidido no hablar del tema. Hasta que te has enterado, claro.

No era un gran consuelo.

Victoria

Ni siquiera estaba muy segura de por qué le daba tantas explicaciones. O por qué se sentía tan frustrada con su falta de respuesta. Se sentía… castigada. Y, aunque podía entenderlo, le parecía injusto. ¡Ella era la que se había quedado sin recuerdos! ¡Era ella la que tenía que empezar de cero!

—Di algo —pidió.

Exigió más bien.

Caleb siguió ignorándola. Y ella sabía, de alguna forma, que aquella no era su respuesta habitual. Que la estaba castigando deliberadamente.

—Mírame —le pidió entonces—. Mírame o te haré mirarme.

Caleb hizo un sonido de burla y aquello cruzó su límite de paciencia diario.

Victoria se lanzó hacia delante. No quería hacerle daño, pero sí quería tumbarlo en el suelo. Que, por la sorpresa, solo pudiera mirarla a ella y por

fin le respondiera. Llamar su atención, aunque sonara absurdo. Y lo primero que se le ocurrió fue uno de los ejercicios que Brendan le había enseñado meses antes.

Solo que, con Caleb, no tuvo el efecto deseado.

En cuanto ella se adelantó para enganchar la pierna de él con la suya, Caleb se movió por instinto e hizo que fuera Victoria quien cayera de culo.

Ya en el suelo, ella elevó la mirada. No sabría decir cuál de los dos estaba más pasmado.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó Caleb perplejo.

—¿Qué haces tú? ¡Me has tirado al suelo!

—¡Porque tú lo has intentado en primer lugar! ¿Te crees que un truco de Brendan puede hacerme algo?

—Pude con dos humanos —replicó Victoria indignada—. Yo sola.

—Buena suerte intentándolo conmigo.

En otra ocasión, aquello no le habría afectado. Pero, tras lo que habían sido esas últimas horas…, Victoria no se sentía con fuerzas suficientes para negarle un reto a alguien. Especialmente a alguien que la había cabreado.

Porque la había retado.

¡La estaba retando!

Victoria le tendió una mano. Caleb se movió instintivamente para ayudarla a ponerse de pie. Ella, sin embargo, lo mandó al suelo de un tirón.

Caleb

Los enfados de Victoria parecían los de un gato mojado.

Con los labios apretados, el ceño fruncido y todas las extremidades tensas, empezaba a golpear cualquier cosa que se le cruzara. En ese momento, la cosa era Caleb.

Tuvo que admitir que el tirón lo había pillado por sorpresa. Terminó en el suelo, junto a ella, y contempló la situación perplejo. ¿Cómo habían pasado de una discusión a una pelea física? ¿Y por qué no tenía derecho a ser él quien se cabreaba? ¡Era el engañado de toda la historia!

Al tercer golpe en el brazo, Caleb se obligó a mirar a Victoria.

—¡Peleo mucho mejor que tú! —espetó ella.

—¿Sin el espray de pimienta?

Esquivó el puñetazo en la cara por puro milagro.

En realidad, no estaba seguro de si aquella situación era preocupante o divertida. Jamás pensaría que una pelea podía tener tantas lecturas, pero ahí estaba. Y, de alguna forma, no desearía estar en ningún otro lugar.

Caleb esquivó otro golpe y rodó lejos de ella. En cuanto tuvo una distancia segura, se incorporó en una posición defensiva. Le sorprendió ver que ella también lo había hecho. Y que la postura era bastante buena.

—¿En serio quieres que nos peleemos? —preguntó Caleb.

Victoria se limitó a apretar los puños.

Caleb, a su vez, se quitó la chaqueta y la cinta con la pistola. Lo dejó todo en la encimera, lejos del alcance de ella y sin que molestara a nadie.

—Si te hago daño —advirtió él—, no te pongas a llorar.

—Ya veremos quién termina llorando, idiota.

Durante unos instantes, ambos mantuvieron la postura y se miraron. Calibraban la posición del otro, medían su equilibrio, calculaban su próximo movimiento… Ambos esperaban un primer ataque que no iban a ofrecer. Por lo menos, durante los primeros segundos de pelea.

Victoria perdió antes la paciencia y avanzó hacia él. Caleb estuvo tentado a sonreír al ver que intentaba la misma técnica para tirarlo. Por lo menos esa vez ella no terminó en el suelo.

Mientras la esquivaba, sin embargo, Caleb dejó de fijarse en sus movimientos, pues Victoria había aprovechado la pequeña distracción para actuar. Giró sobre sí misma a una velocidad sorprendente. Y, la verdad, muy buena. Tan buena que terminó clavándole una patada en pleno abdomen.

Caleb contuvo la respiración durante un segundo. A la vez, y con perplejidad, la cogió del muslo y la sujetó para que no pudiera darle otra. Victoria intentó liberarse y, al no conseguirlo, enrojeció de rabia. Sobre todo, porque tenía que sostener su propio equilibrio sobre el único pie libre.

—¡Suéltame! —exigió—. ¡Eso es jugar sucio!

—¿Cómo era esa frase que tú siempre decías? Ah, sí. *Mala suerte*.

Victoria dio otro tirón de su pierna. Furiosa, calibró la situación. Caleb estaba preparado para cualquier ataque.

Sin embargo, consiguió pillarlo desprevenido. En lugar de liberarse, Victoria se lanzó contra el suelo. Y, dado que Caleb la estaba sujetando, fue tras ella.

Las baldosas de la cocina ampararon su golpe. De alguna forma, Victoria había conseguido liberarse y se arrastraba lejos de él. Caleb, al instante, la alcanzó por el tobillo y tiró hacia sí mismo. Victoria trató de patalear, pero él consiguió alcanzarle el otro tobillo. Consiguió arrastrarla hasta tenerla debajo de su cuerpo. Y, justo cuando pensaba que la podría inmovilizar, Victoria lanzó un codazo que se le clavó en las costillas.

Estuvo a punto de soltarla. Había sido un buen golpe. No obstante, terminó sentándose sobre su espalda. Y sujetándole las muñecas, claro. Prefería no recibir más codazos.

Victoria, boca abajo, intentó mirar por encima de su hombro. También intentó escaparse. Todos los intentos fueron inútiles.

—¡Suéltame!

—Esto es como en la casa abandonada —comentó Caleb, con la respiración acelerada—. Por lo menos, esta vez no tendrás que tragarte el polvo.

—¡Vete a la mierda!

—Prefiero quedarme aquí, sentado encima de ti.

Furiosa, Victoria intentó escabullirse, pero no sirvió de nada.

—¿Quién pelea mejor? —la provocó Caleb, muy poco adulto para su propio gusto.

Victoria gruñó y clavó la frente en el suelo.

—Si me lo dices —insistió él—, te suelto.

—Cállate.

—Entonces, ¿quieres que nos quedemos así?

Victoria mantuvo la frente en el suelo. Entonces, mientras él se inclinaba para repetir la pregunta, ella empezó a revolverse. Fue tan repentino que Caleb no se defendió. Tampoco trató de recuperar el equilibrio. Quizá, en el fondo, estaba deseando perderlo. Más que nada, porque, cuando se quedó tumbado, Victoria se sentó encima de él con una gran sonrisa.

Caleb trató de levantar los brazos. Ella, al instante, estiró las piernas para pisarle las muñecas. Y lo hizo bien, porque él se sintió totalmente inútil.

—Vaya, vaya —dijo Victoria alegremente—. He mejorado más de lo que pensaba.

—Me he dejado ganar.

—Lo que tú digas, X-Men.

De nuevo, Caleb no se sintió como si hubiera perdido la pelea. De hecho, estaba bastante seguro de que la había ganado, porque aquella postura no le

molestaba en absoluto.

Victoria se inclinó un poco más. Una de sus manos estaba apoyada en el suelo, mientras que la otra se sostenía en el pecho de Caleb.

—¿Quién pelea mejor? —insistió ella.

—Yo.

—Y una mierda.

—He peleado mejor, el resultado es irrelevante.

—Te recuerdo que tú eres el tumbado y yo la que está encima de ti.

—Sigo pensando que no he perdido.

Victoria procesó sus palabras sorprendida y su pulso se aceleró. Había esbozado una mueca extraña, como si no supiera si estar avergonzada o enfadada. O ambas.

—¿Intentas distraerme? —lo acusó.

—No.

—¿Te crees que no te conozco, X-Men? Preferirías la muerte que admitir que me han entrenado bien. Y que peleo mejor que tú.

—No peleas mejor que yo. Empecemos por ahí.

—¡Te he ganado!

—No me has ganado.

—¡Estoy encima y he ganado!

—Pues yo gané la primera vez. Empate.

En cuanto ella resopló, él sonrió.

Sí, había echado de menos todas aquellas absurdeces. Aunque, pensándolo bien, cada vez le parecían menos absurdas.

Caleb se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos también el privilegio de verla. Especialmente, así de cerca. Ahora que sabía lo que se sentía al perderla, apreciaba más aquella visión. Y sus expresiones. Y su incapacidad de contenerlas, totalmente opuesta a todo lo que él había

aprendido durante su vida. Y lo mucho que admiraba que fuera tan libre con sus emoci…

—¿Me estás escuchando?

Él parpadeó y volvió a la realidad. Quizá embobarse mientras ella estaba enfadada no había sido una buena idea.

Victoria

¡¿A quién se le ocurría desconectar en medio de una discusión?!

—¿Me estás escuchando o no? —insistió ella.

Le había soltado un discurso —muy preparado— sobre cuánto lamentaba no haberle contado lo de Brendan y sobre sus propias dudas respecto a quién había protagonizado sus recuerdos. Y él, aunque la había mirado fijamente durante cada palabra, apenas reaccionó.

—No —admitió Caleb.

—¿Y lo admites?

—¿Prefieres que mienta?

—¡No!

—Entonces, no te estaba escuchando.

—¿Y qué puñetas hacías?

—Pensar.

—¿En qué?

—En que te he echado de menos.

Victoria se quedó muy quieta. No se esperaba ese nivel de confesión en medio de una pelea. Observó a Caleb unos instantes. Poco a poco, sintió que sus mejillas se teñían de rojo. Se acababa de poner muy nerviosa.

—Pues… —murmuró— ¡escúchame y déjate de tonterías! Te estaba diciendo algo muy importante. Y no se te ocurra… ¡¿Me estás ignorando otra vez?!

—No.

—Entonces, ¡deja de mirarme así!

—¿Porque te pones nerviosa?

—¡No me… pongo nerviosa!

—Yo nunca he necesitado un vínculo para entenderte, Victoria.

Había sonado a suave regaño. A un recuerdo de que Caleb sabía perfectamente quién era ella. Y lo que estaba pensando.

Victoria se relamió los labios nerviosa. De pronto, aquella postura le parecía demasiado íntima. Su corazón se había acelerado y lo peor era que Caleb podría oírlo. No podía esconderle nada. Aun así, se sintió como si aquello fuera lo correcto. Como si, de alguna forma, aquella intimidad ya perteneciera a Caleb y no tuviera que esconderla.

—Necesito que me respondas a una cosa —dijo ella lentamente—. Es importante.

Él enarcó una ceja, intrigado.

—Si te dijera… —empezó Victoria—, si te preguntara cómo me ves…, ¿cómo reaccionarías?

Había un recuerdo que había atesorado por encima de todos los demás. Recordaba la bañera, la soledad, los ojos oscuros. La absoluta certeza de que, en ese momento, la estaban viendo de verdad. No de forma superficial ni de pasada. Alguien había detenido su vida para fijarse en ella, para interesarse por sus inquietudes, por sus miedos y por sus ilusiones. Y ese alguien no la juzgaba. La comprendía, se interesaba por ella y, de alguna forma, la quería. Fue la primera vez en su vida que sintió que alguien quería

ver más allá. Que quería conocer cada detalle. Y el primer momento de su vida en el que se sintió querida.

Ni siquiera lo había hablado con Brendan. De alguna forma, siempre sintió que sería incómodo e innecesario. Se decía a sí misma que ese momento llegaría con el tiempo, pero… quizá nunca tuvo que llegar con él.

El dolor de cabeza era punzante. Aun así, Victoria le mantuvo la mirada. Necesitaba oírselo decir. Necesitaba confirmarlo.

Caleb separó los labios, pero no llegó a decir nada. La estaba analizando.

—Si te dijera que tengo un tipo de belleza muy concreto —insistió ella desesperada por una respuesta—, ¿qué dirías?

—Victoria…

—¿Si te dijera que es de un tipo más etéreo, sutil, intangible…?

Caleb le mantuvo la mirada. Entonces, su expresión cambió. En un instante, todas las dudas se disiparon y el temor se transformó en confianza. Y ella, de nuevo, se sintió vista. Se sintió real.

—Te diría que te falta un adjetivo —murmuró él—. «Perfecta».

Victoria lo observó durante unos instantes. De pronto, fue como si se abriera una puerta en su mente. Una que había estado cerrada a cal y canto, sin llave ni cerradura. Inconscientemente, apretó el cuello de la camiseta de Caleb. Cerró la mano en un puño. Mientras lo analizaba, la invadieron muchas emociones distintas. Y cada una era más intensa que la anterior. Y recordó, claro. Lo recordó todo.

El miedo del inicio, cuando se escondió bajo la mesa del bar. Y su primer instinto, que fue protegerla. Aquella noche en la discoteca, cuando sin conocerla la ayudó a volver a casa. Cuando descubrió su cepillo de dientes en una posición distinta a la habitual y supo que había sido él. Aquella primera conversación en la casa abandonada, su lucha. Las visitas a su piso, cada vez más íntimas. Cuando él se arriesgó para salvarla. Cuando le

enseñó el sótano. La bañera. Sus palabras susurradas. Su incapacidad para admitirlas más tarde, pese a que las sentía con tanta fuerza como Victoria.

Y lo enamorada que había estado y que seguía estando de él.

Abrumada por el dolor, los recuerdos y la vergüenza, Victoria sintió el breve impulso de echarse hacia atrás. Por suerte, no llegó a hacerlo. Y, en cuanto bajó la mirada a la boca de Caleb, él se lo tomó como lo que era: una invitación abierta, solo para él.

Victoria sintió la mano de él. En algún momento, había soltado sus muñecas sin darse cuenta. Caleb ascendió por su cuello y terminó cubriéndole la nuca. Observaba sus reacciones con cautela, permitiéndole tiempo de sobra para que se apartara. Pero ella no lo hizo. Y, entonces, tiró de su nuca.

Victoria sabía que el beso iba a llegar, pero, de alguna manera, no estuvo preparada. Quizá nunca iba a estarlo. No había forma de prepararse para unos nervios como aquellos.

Durante el primer instante, el corazón de Victoria latía con tanta fuerza que resultó lo único que podía sentir. Eso y los labios de Caleb. Y su nariz. Y su piel. Y sus dedos, ahora enredados en los mechones castaños que flotaban a su alrededor como una barrera contra el mundo.

Entonces, la magia se rompió. El beso apenas había durado un instante, pero ella se separó con la respiración agitada. Todavía desorientada, levantó la mirada. Lambert y su jefe contemplaban la escena desde la entrada del patio.

—¿A esto os dedicáis los jóvenes de hoy en día? —preguntó el niño-no-niño de mala gana—. Menos escenitas, tenemos que aclarar más cosas. En pie, jovencita.

Caleb

En cuanto Victoria se apartó de él, Caleb se sintió como si hubieran pinchado su burbuja de felicidad. Cerró los ojos, frustrado. Había perdido demasiado tiempo pensando en si besarla o no. Y, cuando por fin se decidió, ya no había espacio suficiente. Ojalá se hubiera decidido antes. Ojalá.

Una vez de pie, le echó una ojeada a Victoria. Ella jugueteaba con sus propias manos y, aunque fingía escuchar a los recién llegados, estaba claro que tenía la mente en otro lugar.

Por supuesto, le devolvió la mirada con una timidez que lo pilló un poco desprevenido.

Victoria

El corazón le latía como si acabara de correr un maratón. Le costaba respirar. Y pensar. Apenas podía contenerse. Lo único que quería ver era a él. No podía pensar en otra cosa.

Y lo miró, claro.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Caleb

Hubo algo familiar en su forma de observarlo. Como si intentara decirle algo sin tener claro qué era. Como si esperara que él descifrara un enigma

que ni ella misma tenía claro.

Caleb estaba dispuesto a intentarlo por ella.

Victoria

—¿Me estás escuchando, mestiza?

La voz de Albert la devolvió a la realidad. Una en la que, desgraciadamente, sus sentimientos por Caleb no estaban en el orden del día.

Victoria se obligó a centrarse. Habría tiempo para hablar con él. O… quizá no. Tampoco tenía muy claro si quería hablar con él o no, pues la perspectiva la llenaba de nervios, ansias y, sobre todo, un poco de miedo. ¿Y si volvía a equivocarse? ¿Y si resultaba ser como Brendan?

—Sí —dijo ella en un tono un poco agudo—. C-claro que escucho.

Le pareció que Caleb contenía una sonrisa. Idiota.

—Tendré en cuenta que has vivido muchas cosas en un solo día y no me enfadaré —prometió Albert, aunque ya sonaba enfadado—. Me gustaría ver al niño. Lambert nos ha comentado que también tiene una habilidad. Y sin haber pasado por un proceso de transformación.

En cuanto oyó hablar de Kyran, Victoria se tensó un poco.

—¿Qué queréis de Kyran? —preguntó a la defensiva.

—Hablar con él, nada más. Es la primera vez que nos encontramos con alguien tan joven y con tanta habilidad para controlar su parte mágica.

—No es un experimento —saltó Caleb de repente—. Además, está durmiendo.

—Es importante —aseguró—. Por lo que tengo entendido, Sawyer quiere al niño. Me gustaría entender por qué.

Caleb pareció reacio a ayudarlo. Sin embargo, terminó por asentir.

—Voy contigo —dijo, y no permitió discusiones al respecto—. Y ni se te ocurra tocarlo o acercarte a él.

En cuanto se encaminaron hacia el salón, Victoria hizo un ademán de seguirlo. Caleb la detuvo con un solo gesto.

—Tú… —murmuró y lo consideró unos segundos—, descansa, ¿vale?

Tras aquello, abandonaron la cocina.

Bueno, Lambert seguía ahí. En algún momento, el grupo se había olvidado de él y ahora estaba plantado en medio de la cocina. Victoria le lanzó una mirada por encima del hombro. Especialmente, cuando él sonrió de oreja a oreja.

—Vaaaya… —murmuró el pelirrojo—. Parece que nos hemos quedado a solas, ¿eh, vieja amiga?

Victoria seguía sin terminar de creerse que aquel fuera su gato. El mismo que había vivido con ella durante años. Y, sobre todo, no terminaba de entender sus propios sentimientos al respecto.

—Yo no les miento a mis amigos durante años —soltó al final, visiblemente irritada.

Lambert suspiró.

—¿Tú también vas a regañarme? ¡Llevo media hora oyendo reclamos!

—Quizá no has hecho un gran trabajo.

Aquello pareció dolerle. Victoria se sintió un poco culpable. Al menos hasta que recordó que ese chico era su gato.

—Sé que todo esto es muy confuso —aseguró él—, pero… necesito que sepas que nunca intenté engañarte. ¡Y que me siento más gato que humano! Así que, técnicamente, no era mentira.

—Qué gran consuelo…

—Sé que no lo es. Es que… no sé qué decir.

—Podrías pedir perdón —sugirió ella un poco dolida—. He compartido años de mi vida contigo y resulta que…

No supo ni cómo terminar. De hecho, se dio cuenta de que no tenía claro ni lo que era Lambert.

—¿Por qué puedes transformarte en gato? —preguntó al final—. ¿Eres… como yo?

El pelirrojo empezó a balancearse sobre las puntas de los pies. Se movía con cierto nerviosismo, como si no supiera dónde meterse. Y, curiosamente, Victoria reconoció algunos de esos gestos como los que hacía su mascota cuando se tensaba por las tormentas.

—No exactamente —admitió Lambert por fin—. Y… no siempre he podido transformarme en gato.

—¿Y qué eres si puede saberse?

—Soy… *Era* un mestizo. Hace muchos años. Pero mi habilidad no era la de transformarme en gato. Podía hacer que la gente se olvidara de mí.

Victoria pudo sentir el peso de cada palabra. Un poco tensa, se volvió completamente hacia Lambert.

—Por eso trabajas en lo que trabajas —dedujo.

—Es útil por si te pillan, sí…

—¿Y alguna vez lo has usado en mi contra?

—¡No! —aseguró Lambert enseguida—. No, no… Soy más cuidadoso de lo que parece, ¿vale? Además, antes, tu trabajo me daba bastante tiempo libre para no tener que estar transformado todo el día. Es solo que aquí, sin poder estar un segundo a solas…, es más complicado.

—¿Y si te hubiera pillado antes? ¿Me habrías hecho olvidarte?

—Prefiero que recuerdes mi sensualidad.

Victoria entrecerró los ojos. Él suspiró.

—Vaaale… No es momento para bromas. Sí, habría tenido que hacerlo. Aunque tenía la esperanza de no llegar a ese extremo.

—¿Y a cuánta gente has cuidado antes de llegar a mí?

Para su asombro, Lambert empezó a contar con los dedos de las manos.

—Em… ¿A veinticuatro mestizos? Es difícil recordarlo. Son muchos años. Pero ¡tú eres la más especial!

Victoria no iba a dejar que la enredara con halagos fáciles. Se cruzó de brazos, todavía a la defensiva, y siguió con su interrogatorio.

—Nada de eso explica por qué puedes transformarte en gato.

—Ah, eso… Bueno, es que tengo unos cuantos años más que tú. Y ya sabes lo que dicen… Cuántos más años, más posibilidades de acumular problemas.

—Nunca había oído esa expresión.

—Bueeeno, igual me la he inventado. El caso es que soy de una ciudad muy especial. Se llama Braemar y está bastante lejos de aquí. Albert es uno de los encargados de cuidarla. Y de cuidar a todos los que viven en ella. Digamos que sus habitantes son… personas con habilidades mágicas. El objetivo de tenerlas ahí es, básicamente, que no puedan liarla por el mundo. Luego están los casos especiales, como el vuestro, que terminái alejándoos de todo, pero…

—Lambert —interrumpió ella.

—Ah, sí. Voy al grano. La cosa es que hay muchas criaturas mágicas en el mundo, ¿vale? No solo mestizos, vampiros y todo eso. También hay hechiceros. Ya sabes, rollo Harry Potter, solo que más poderosos. Y no usan varitas. Y, generalmente, son más creídos y malignos que Harry Potter. No son muy simpáticos, la verdad. Y…, em…, digamos que, una vez, hace muchos años… cabreé al hechicero equivocado. Si fuera ahora, no pasaría

nada porque hay muchas normas. Pero ¿en aquel entonces? Uf… No veas la reacción que tuvo.

—Espera, espera… —Victoria frunció el ceño—. ¿«Aquel entonces»? ¿Se puede saber cuántos años tienes?

—Trescientos veintidós.

—¿T-tres…?

—La cosa —siguió Lambert como si nada— es que el hechicero se cabreó muchísimo y empezó a exigirle a mi patrón que le diera soluciones. En esa época, todas las criaturas mágicas tenían patrones, que son personas que te vigilan y responden por ti. Pero esa historia es para otro momento. Y… ¿de qué hablaba? Ah, sí, el hechicero. Como mi patrón no quiso castigarme, decidió hacerlo él por su cuenta. Y lo que podría haber sido una tontería terminó transformándose en maldición. Visto en perspectiva, en esa época todavía se permitía la ejecución pública, así que no salí muy mal parado.

Lo dijo todo tan rápido que Victoria seguía procesando su edad. Por suerte, le permitió unos segundos para reubicarse.

—¿Qué le hiciste?

Por primera vez, le pareció que Lambert se sentía incómodo. Que no quería hablar de un tema. Aun así, lo hizo.

—Me acusó de…, em…, comportamiento inadecuado.

—¿Como un delito?

—Ajá. —Esbozó una sonrisa irónica—. Un delito, sí. En ese entonces, todavía lo era.

—¿Y cuál fue?

—Enamorarme de su hijo.

Lo dijo con ironía, como si la indiferencia hubiera vencido a la tristeza. Victoria supo al instante que no era así. Que esa herida seguía abierta y que

seguía supurando. Un poco apenada, bajó la mirada.

—Las cosas han cambiado bastante, ¿eh? —murmuró Lambert—. Me condenó a pasar diez años de mi vida como animal de compañía. Decía que solo servía para eso. Qué gracioso, ¿eh? Si no hubiera sido porque Albert me encontró y negoció mi liberación, ahora mismo no podría cambiar de forma con esta facilidad.

—¿Puedo preguntarte qué pasó con el otro chico?

Lambert apartó la mirada. Por su expresión, pareció que podía visualizarlo ante él. Aun así, su expresión era seria.

—Ah, él… Digamos que el hechicero nunca había estado muy orgulloso de su hijo. A veces, las criaturas mágicas tienen hijos que no heredan sus habilidades. Nunca llevó bien que fuera un simple humano. Lo desheredó y lo echó de su casa. Se fue lejos de Braemar, hizo su vida… Se casó con una mujer incluso. Nunca quise intervenir. Murió de vejez al cabo de muchos años.

Victoria quiso decirle que lo sentía, pero supo que solo empeoraría la situación. Que no le estaba contando aquello porque buscara lástima, sino para que viera que podía confiar en él.

—Qué raro es decirlo en voz alta —admitió Lambert—. Hacía años que no hablaba de él.

—Bueno…, ahora me tienes a mí.

Lambert apartó la mirada incómodo. Ella misma se sintió un poco avergonzada, como si de pronto hubieran alcanzado una intimidad demasiado rápida.

Es decir…, toda la intimidad que se pudiera lograr con un gato-humano.

De verdad, qué rara era su vida.

Caleb

Estar en la misma habitación que un vampiro y Kyran suponía mucha tensión. Estaba atento a cada señal, a cada gesto. El niño dormía pacíficamente, estirado en el colchón con una manta encima de una de las piernas y la ventana abierta para que pasara el aire. Caleb deseó que pudiera estar siempre así de tranquilo y que no se hubiera visto envuelto en una situación como la que estaba viviendo.

A veces se preguntaba cómo sería Kyran de mayor. Y, sin ir tan lejos, cómo terminaría aquella historia para él. Si podría seguir con ellos o tendrían que buscar a alguien que lo cuidara en un entorno en el que no tuviera poderes y fuera un niño normal. Pensó en los padres de Victoria, que quizá no podrían darle todo el cariño que se merecía, pero que le darían un entorno lleno de recursos. O quizá otra familia que tuviera todo eso y también supiera quererlo.

También se preguntaba si podría volver a verlo. Aunque fuera a estar más a salvo sin ellos, a Caleb no le gustaba la perspectiva de separarse de él. Quizá se acercaría cuando el niño no lo viera y se aseguraría de que recibía el trato que merecía. Como cuando visitaba a Victoria. No hablarle sería doloroso, pero sería lo mejor.

Caleb se obligó a centrarse de nuevo, Albert analizaba concienzudamente al niño.

Al cabo de unos instantes, salieron del dormitorio. Caleb cerró suavemente tras él y contempló al invasor.

—¿Y bien? —preguntó.

—Es curioso —admitió Albert—. Puedo sentir que la habilidad emana de él. Nunca había visto a alguien tan joven y con tanta capacidad mágica. Podría ser peligroso.

A Caleb no le gustó nada su tono. Ni la mirada que le echó a la puerta. Nunca había luchado contra un vampiro, pero estaba dispuesto a probarlo.

Sin embargo, Albert sacudió la cabeza.

—Aunque no lo creo —tuvo que admitir—. Lo que me resulta muy curioso es que un humano esté tan interesado en él.

—Quizá su habilidad le resulte útil —opinó Caleb entre dientes.

—Quizá. No obstante…, ¿cómo supo de la existencia de los mestizos? Y ¿quién le enseñó a controlarlos? —Albert se empezó a dar toquecitos en el mentón—. Vayamos abajo.

Caleb lo siguió de cerca, tenso. Seguía sin gustarle que estuviera en su casa, tan cerca de las pocas personas que quería. Y, aunque confiaba —de forma absurda— en Lambert, le incomodaba mucho no saber de lo que era capaz un vampiro y cómo defenderse de ello.

Por el pasillo, se cruzaron con una muy cansada Daniela. Dio un brinco nada más verlos y se apresuró a pasar junto al vampiro para llegar a Caleb.

—Voy a quedarme con Kyran —le dijo en voz baja—. Y a dormir un poco.

Él asintió. Se sentía más tranquilo si no lo dejaba solo.

—Discriminación vampírica —comentó Albert, tras observar la escena —. ¿Por qué todos los humanos se creen que voy a querer su sangre? La mayoría ni siquiera es buena.

Caleb suspiró.

Pese a que Victoria seguía en la cocina con Lambert, los demás permanecieron en el salón. Estaban visiblemente tensos y Bex se incorporó nada más verlos llegar. Había estado jugando con su cuchillo para atormentar a Axel, que seguía atado en su silla. Brendan, en cambio, esperaba en otra de las sillas con los brazos cruzados. Parecía aburrido.

—¿Cuánto va a durar esta visita? —preguntó el último.

Albert lo ignoró categóricamente.

—Necesito más información sobre Sawyer —informó—. Cualquier dato ayudaría.

—¿Para qué? —preguntó Caleb tras él.

—Hay unas cuantas cosas de su… *carácter* que me resultan curiosas. Me vendría bien entenderlo un poco mejor.

—Oh, sí, hablemos de Sawyer… —murmuró Brendan—. Mi tema de conversación favorito.

—Es un gilipollas —aclaró Bex.

—Y un mandón —añadió Axel.

—Voy a necesitar algo más específico que eso.

Como nadie parecía tener nada en mente que no fueran insultos, Caleb suspiró y se obligó a colaborar.

—Es medio ruso. Pelo rubio, alto, ojos claros, complexión fuerte, unos treinta años…

—Lo único positivo que tiene es que está bueno —murmuró Bex con una mueca de desagrado.

—Le gusta trabajar a solas —siguió Caleb—. Solo se rodea de guardaespaldas o, de vez en cuando, mestizos que puedan resultarle útiles. No habla mucho de sí mismo. Es… bastante reservado. Y prefiere preguntar por ti que hablar de sí mismo, aunque lo hace muy bien y nunca te da esa impresión.

Albert absorbía cada dato como si fuera una esponja. Se dio un toquecito en el mentón, tal y como había hecho unos minutos antes.

—Entiendo —murmuró—. ¿No tiene un círculo cercano?

—No —dijo Brendan—, porque está amargado.

—No tiene familia —corrigió Caleb—, ni pareja estable. Estuvo con una chica pelirroja, hace mucho tiempo, pero no le suelen durar demasiado.

—¿Le van las pelirrojas?

La pregunta de Brendan hizo que todo el mundo lo mirara con extrañeza.

—Sí, supongo —murmuró Caleb—. ¿Por qué?

—No sé. Me parecía destacable.

De nuevo, todo el mundo le puso mala cara, especialmente Axel.

—También tenía a su padre —siguió Caleb—, pero murió hace años.

—¿Lo conociste? —preguntó Albert.

—No, no… Aunque me habló de él. Decía que era espía y que había aprendido muchas cosas gracias a él.

De nuevo, Albert analizó su información con interés.

—¿Sabes si su padre tuvo habilidades? —preguntó entonces.

Lo cierto es que jamás se lo había planteado. Caleb sacudió la cabeza.

—Si las tenía, Sawyer nunca lo mencionó.

—¿Vas a sacar alguna conclusión de todo esto? —preguntó Bex de repente—. Porque siento que te estamos dando mucha información sin recibir nada a cambio y no me gusta mucho.

Albert se aclaró la garanta.

—Tan solo puedo teorizar —admitió—, pero me resulta extraño que un humano sin linaje mágico entienda tanto de nuestro mundo. Y que se las apañe para crear un grupo de extraños sin familia… Es mucha casualidad.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Caleb—. ¿Que tiene habilidades y nunca nos lo ha dicho?

Albert lo consideró.

—Puede ser, pero no lo creo. Dado que no lo conozco personalmente y tengo muy pocos datos, solo puedo teorizar. Y mi teoría es que no trabaja solo. Nuestro mundo no permite que un ser mágico se aproveche de las habilidades de otro. Si nos encontráramos una situación así, se nos permitiría intervenir. Sin embargo…, algunas veces, nos hemos encontrado

con seres mágicos que utilizan a humanos como conducto para crear sus ejércitos. De esa forma, aunque sea su ejército, no hay un vínculo directo que pueda culparlos.

Caleb frunció el ceño. Por algún motivo, su mirada se encontró con la de Brendan. Parecía tan confuso como él.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Bex entonces—. ¿Que trabaja para otro mestizo?

—No —negó Albert enseguida—. Por lo que me habéis contado, os ha enseñado a usar vuestras habilidades, pero os ha privado de todo el potencial que hay en ellas. Y teniendo en cuenta que existen más generaciones que han trabajado para él… No, es demasiado conocimiento. Eso no puede lograrlo sin ayuda superior. Mi teoría es que, durante todo este tiempo, ha trabajado para un hechicero. Y espero estar equivocado, porque entonces… vuestros problemas acaban de multiplicarse.

Era demasiada información seguida. Caleb se pellizcó el puente de la nariz mientras trataba de analizar sus palabras.

—¿Qué significa eso del potencial? —preguntó finalmente.

—Los mestizos no son seres mágicos *per se*. Son… mutaciones. Con perdón.

—Y sin perdón —añadió Brendan.

—Vuestra poca magia se traduce en una habilidad. Dos, tres… Eso ya depende de cada caso. El problema es que la parte humana siempre actúa sobre la parte mágica y vuestros cuerpos no están capacitados para canalizar la magia de la misma forma que lo haría un vampiro o un hechicero. Usar las habilidades sin control, sin ningún tipo de conocimiento… Bueno, hemos visto casos en los que termina consumiendo al recipiente.

Bex arrugó la nariz al oír esa última palabra.

—Para empezar, no soy un recipiente. Además, Sawyer nunca nos dijo nada de eso.

—Pero os enseñó a controlar vuestras habilidades, a ponerles un límite. De todo lo que me habéis contado, puede que esa sea su mayor virtud: ha prevenido que vuestra propia naturaleza os consuma.

—Al final —ironizó Brendan—, tendremos que darle las gracias.

—Seguro que habéis experimentado algunas consecuencias de la magia. Como la pérdida de memoria al ser transformados, por ejemplo.

—¿Y qué pasa cuando no sabes controlar tu habilidad? —preguntó Caleb.

Albert no respondió inmediatamente. Su rostro, sin embargo, les daba toda la información que necesitaban saber.

—Es muy imprevisible —admitió—. En el mejor de los casos, puede acabar con vuestra memoria. O alterar vuestra mente, como una enfermedad degenerativa. En el peor… Bueno, os puede consumir por completo. Dicho de forma menos elegante, podría mataros.

La habitación se llenó de un silencio inusual y tenso. Nadie miraba a nadie.

—Sin embargo —siguió Albert—, hay cosas a las que intento encontrarles el sentido. Su interés por el niño, por ejemplo. Tengo dos teorías. La primera, que lo ve como un peligro para el futuro. La segunda, que su jefe lo quiere para su ejército personal. Dado que ha mostrado mucho interés en Victoria, diría que es la segunda. Y ahí hay algo que no me cuadra, porque… entonces ¿por qué querría matarla?

Albert volvió a darse unos cuantos toquecitos en el mentón. A esas alturas, ya estaba hablando más consigo mismo que con los demás.

—Está claro que su hechicero vio peligro en Victoria y lo ve también en el niño. ¿Quizá es porque no han pasado por un proceso de entrenamiento y

por eso los ve peligrosos? Puede que todo se reduzca a eliminar una amenaza, pero… no me cuadra. Hay algo que no encaja. Igual que tampoco me encaja que tenga una humana retenida y, sin embargo, no le haya hecho daño. ¿Qué me estoy perdiendo?

Estaba tan concentrado que Caleb tenía claro que ya no escuchaba a nadie.

—¿Qué me estoy perdiendo? —repitió el niño-no-niño frustrado—. Ha criado a los mestizos, los ha entrenado… y no se ha deshecho de ellos cuando ha encontrado otra generación útil. Sin embargo, uno de sus hombres ha matado a un mestizo. Y está buscando al niño y a Victoria. Mmm… ¿Por qué no matarlos a todos? No tiene sentido…

Bex puso los ojos en blanco.

—Sabes que hay una forma de entenderlo, ¿no?

—¿Cuál?

—Pues es muy fácil: vamos a encontrar a ese cabrón y a obligarlo a hablar.

Caleb miró inmediatamente a su amiga. Igual que a él, se le había iluminado la mirada. Una cosa era trabajar ellos solos, pero ¿con un vampiro de su parte?

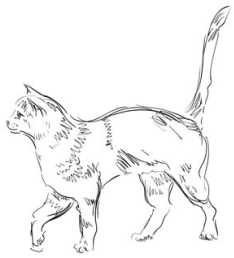
Oh, ahí sí que tenían esperanzas.

—Nosotros ayudaremos —aseguró ella enseguida—. Siempre y cuando, después de responder a las preguntitas, me dejes torturarlo.

Albert pareció divertido con la propuesta. Tanto que ni siquiera se lo pensó.

—Trato hecho, mestiza.

24



Margo

Llegados a ese punto, ya no sabía si apartar la mirada.

Tras más de media hora de interrogatorio, el hombre de la silla empezaba a parecer un cadáver andante. El corte de la ceja no dejaba de sangrar, sus labios se habían vuelto azules y sus ojos apenas podían mantener el foco.

Y su cuerpo…

Su cuerpo…

Cuando volvieron a golpearlo, Margo se rindió y apartó la mirada. A su lado, vio que Sawyer reaccionaba con media sonrisa.

—¿No te gusta la sangre?

Ella no se molestó en responder.

Pensó que estaban buscando a la chica del vídeo, pero terminaron encontrando a uno de sus agresores. Vivía cerca del callejón donde había ocurrido, en un bajo sin apenas ventanas y con pocos muebles. Los matones de Sawyer entraron en su casa sin mucha discreción y lo ataron en tiempo récord. Margo tuvo que verlo todo. Y no dejaba de preguntarse, mientras

oía los gritos de ese pobre desgraciado, por qué tenía que ser testigo de aquella situación. ¿Por qué no podían dejarla en el hotel, como habían hecho las otras veces?

Por si aquello fuera poco, el ejecutor de la tortura era Doyle. Y estaba disfrutando mucho más de lo que debería de aquella situación.

Se sentía asqueada. Y sucia. Quería salir corriendo. Y, aunque no estaba atada, no se atrevía a pasar por delante de los dos grandullones de la puerta. ¿Cómo iba a luchar contra Doyle, dos guardaespaldas y Sawyer?

Otro golpe. Otro gemido de dolor. Ella se mordió el labio inferior y contempló la escena. Doyle tenía los nudillos ensangrentados. Levantó el mentón del chico, que no debía de tener más de treinta años, y lo obligó a mirarlo.

—Más detalles —exigió en un gruñido.

—N-no… No recuerdo…

—Haz memoria.

En lugar de un puñetazo, optó por darle una bofetada con el dorso de esa misma mano.

—Esto es inhumano —susurró Margo sin poder contenerse.

Sawyer, que observaba todo junto a ella, enarcó una ceja.

—Es que tú y yo somos los únicos humanos de esta historia, pelirroja.

—¿No ves que no sabe nada más?

—Siempre se pueden dar más detalles.

—¿Y nunca has pensado que igual torturar a alguien no es la mejor forma de que te ayuden?

Aquello le hizo gracia. La risa de Sawyer era sorprendentemente agradable, dadas las circunstancias. Como si acabara de oír un chiste casual.

—¿Quieres intentarlo tú? —sugirió.

Ni siquiera le dio tiempo a responder. Enseguida se dirigió a los demás.

—Chicos, nuestra invitada de honor cree que lo hará mejor que Doyle. ¿Podéis apartaros para que lo demuestre?

Margo se sintió mareada y, cuando Doyle se volvió hacia ella, también se sintió en peligro. Qué poco le gustaba ese hombre. Y sus expresiones. Y todo de él. Como un perro rabioso a la espera de que le aflojaran la correa.

Aun así, se sentía extrañamente protegida. Si Sawyer la quería con vida, no iba a hacerle daño. Era su único seguro.

—¿La humana? —preguntó Doyle asqueado.

—¿Qué podemos perder? —Sawyer seguía sonriendo—. Venga, pelirroja, impresióname. Más de lo habitual, quiero decir.

Margo apretó los labios y, lentamente, se acercó al chico de la silla. ¿Qué remedio?

Doyle dio unos cuantos pasos atrás y dejó un hueco para que ella se acuclillara junto a la silla. No se atrevía a mirar hacia abajo. A ver el cuchillo que habían usado en los brazos de ese pobre chico. A contemplar las heridas que le habían causado. El olor a sangre y a sudor era nauseabundo. Tenía que centrarse.

El chico, de alguna forma, consiguió centrar la vista en ella. Al llegar, estaba aterrado. A esas alturas, ya solo podía suplicar con los ojos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Margo suavemente.

Oyó que Sawyer se reía tras ella. Por consiguiente, los minions también se rieron. Trató de ignorarlo.

El chico solo parecía verla a ella. Y, de alguna forma, parecía no estar seguro de si era real o un sueño.

—M-Marty… —susurró finalmente.

—Marty —repitió Margo, que no sabía ni qué decirle—, no me quiero ni imaginar lo que estarás sintiendo ahora mismo, pero estoy segura de que

quieres que pare. Que nos vayamos y puedas curarte y olvidarte de que todo esto ha pasado.

Marty se movió como si le resultara difícil sostener su propia cabeza.

—Solo necesitamos información —añadió Margo.

Y ahí estaba… ayudando a esos lunáticos. ¿Qué hacía? Si los ayudaba, terminarían encontrando a sus amigos.

Pese a ello…, ¿y si le sacaba un dato más al chico?, ¿lo que fuera? No podría soportar otra media hora de tortura.

—Una chica te atacó en ese callejón —siguió Margo—. A ti y a tu amigo, ¿verdad?

—N-no sé… No sé nada…

—Solo necesito que recuerdes una cosa más. Con una me conformo.

Marty se relamió los labios manchados de sangre. Parpadeó varias veces, enfocó a Margo y volvió a tambalearse con el peso de su propia cabeza.

—No estaba sola —dijo finalmente.

Margo dejó de oír risas a su alrededor.

—Había… —siguió Marty—. Eran… cuatro. Tres… hombres… y ella.

Ella empezó a echar cuentas. Caleb, seguro. ¿Brendan? Y el otro no podía ser Iver, porque… Bueno, no podía ser.

De pronto, sintió que Sawyer se acercaba a ella. Le puso una mano en el hombro con sorprendente suavidad y la apartó del chico. Margo, un poco confusa, dejó que ocupara su lugar.

Marty estaba tan desorientado que no notó el cambio de interlocutor.

—Y ella… —siguió, con los ojos casi en blanco— hizo… Me hizo algo… No sé qué era…

—¿Qué sentiste? —preguntó Sawyer con su voz de embaucador profesional.

—No… —Marty negó con la cabeza—. No sentí… Lo vi. Me… vi… Me vi a mí… de pequeño…

Margo no entendió nada, pero Sawyer no despegaba la mirada de él. Parecía un tiburón que por fin había olido sangre en medio del mar.

—¿Recuerdas a los tres hombres que la acompañaban?

El chico negó e hizo una mueca de dolor.

—¿Había dos chicos que se parecían mucho? —insistió Sawyer.

—Sí…

—¿Y el tercero?

—N-no recuerdo…

Antes de que pudiera terminar la frase, Marty pareció recuperar un poco de conciencia. Parpadeó varias veces y trató de enfocar su alrededor. Entonces, su mirada terminó sobre Margo.

—El pelo… —murmuró—. P-pelirrojo… Sí…

Margo pensó que Sawyer seguiría preguntando, pero se limitó a mirar fijamente al pobre chico. Su expresión había cambiado. Ya no prestaba atención a cualquier respuesta, se limitaba a pensar. Y a analizar.

Se incorporó tan deprisa que casi hizo que Margo se cayera. Y más aún cuando se plantó ante ella para mirarla fijamente. Tanto que la pobre sintió que empezaba a marearse otra vez.

—Tú me has pedido que lo interrogara —le recordó en voz baja y asustada.

No obstante, Sawyer la ignoró. De nuevo, no prestaba atención a lo que sucedía a su alrededor. De hecho, solo parecía que sacaba una conclusión.

De pronto, la agarró del brazo. Lo hizo con más fuerza de lo habitual, cosa que a ella le sorprendió, pues Sawyer solía ser la viva imagen de la elegancia y de la tranquilidad. ¿Por qué de repente parecía que lo hubieran poseído?

—Tenemos lo que necesitamos —anunció sin mirar a nadie en concreto.

Doyle resopló con desagrado.

—¿Y qué hacemos con él?

—Dejarlo como está. Vamos.

Y tiró de Margo con fuerza, como si no se fiara de que alguien más se ocupara de ella.

25

Victoria

El silencio era… incómodo.

Bex, Axel y ella se habían sentado en el porche trasero. Axel, con las manos atadas con cinta adhesiva. El cuchillo de Bex, aunque enfundado, seguía visible a modo de amenaza. Y los tres contemplaban a Albert. Se había sentado en medio del patio, con las piernas cruzadas y con una piedrecita negra ante él. Tenía la cabeza agachada, murmuraba para sí mismo y mantenía los ojos cerrados.

—¿Y si está invocando a un demonio? —preguntó Axel fascinado.

—Ya lo tenemos —murmuró Bex—. Se llama Brendan.

Los tres empezaron a reírse como hienas. Al menos, hasta que Albert les chistó.

Caleb

Caleb siguió toda aquella bizarra conversación desde la cocina. Se había apoyado junto a la misma ventana que un rato antes, pendiente de lo que hacía Albert. Fuera lo que fuese, no parecía dar resultado. Y le preocupaba, porque empezaba a necesitar respuestas. O por lo menos soluciones.

Oyó llegar a Brendan antes incluso de que cruzara el umbral de la cocina. Aun así, dejó que se acercara con parsimonia.

—¿Crees que esos dos raritos nos van a ayudar? —preguntó deteniéndose a su lado.

Caleb no lo miró.

—No me hables como si fuéramos amigos.

—No somos amigos; somos hermanos. Tengo mejor gusto en cuanto a amistades.

Seguro que eso habría hecho sonreír a Victoria. Maldita sea, ¿por qué él no podía hacer esas bromas con naturalidad? A Caleb nunca le salían.

—No me has respondido —insistió Brendan.

—Porque no tengo interés en hablar contigo.

—Oh, por favor, deja de ser tan crío.

Lo que le faltaba.

Caleb se volvió hacia él con los dientes apretados. Solo había golpeado a Brendan una vez. Esperaba que no hubiera una segunda, pero se estaba acercando peligrosamente a ella. Incluso después de besarse con Victoria, el cabreo seguía presente.

—Fue un beso —dijo Brendan como si aquello solucionara algo—. Me aparté, ella se arrepintió y, por lo que he sentido con el lazo, entiendo que habéis hecho las paces. ¿No puedes dejarlo estar?

—¿Lo dejarías estar tú si fuéramos Ania y yo?

Para ser honesto, a Caleb nunca le había gustado Ania. Es decir, la respetaba y le parecía una buena persona, pero su llegada supuso muchas

cosas. Su distanciamiento de Brendan. Y también su corrupción. Caleb nunca supo si lo hacía de forma consciente, pero Ania, pese a su apariencia angelical, siempre hizo que Brendan se separara de los demás. Caleb oyó sus conversaciones y todas las veces que ella le susurró que solo se entendían entre ellos. Que el mundo estaba en su contra. Que debían escapar. Que, si no fuera por Brendan, no tendría motivos para vivir. Que todo dependía de él.

Caleb entendía que todo el mundo podía cometer una locura por amor. Brendan, sin embargo, no dejó de cometerlas. Y, en el fondo, muy en el fondo… Caleb siempre quiso que Ania se marchara. No como lo hizo, claro, pero… Que se alejara de su hermano.

Ese hermano que, como siempre que mencionaban a Ania, forzaba una sonrisa que no sentía de verdad.

—No pasó nada más —insistió Brendan—. Puedes odiarme todo lo que quieras, pero ambos sabemos que me necesitas.

—¿Seguro? Tengo a un vampiro, ¿por qué querría a un mestizo traidor?

—¿Traidor?

Brendan soltó una de sus risotadas secas. Una de esas que siempre precedían a la frase más ofensiva que jamás podría oír alguien.

Pero, por una vez, se la guardó. En lugar de bromear, Brendan cerró los ojos un momento. Después los abrió. La sonrisa había desaparecido.

—Hagamos una cosa —sugirió entonces—. Guárdate todo ese rencor fraternal para cuando tengamos tiempo de discutir. Si es que lo tenemos, claro. Porque, dada la situación, es posible que esto termine sin uno de nosotros.

Caleb apartó la mirada.

—¿Qué? —provocó Brendan—. No me digas que llorarías por mí si me pegan un tiro.

—Cállate.

—Es todo un detalle, hermanito. Seguro que serías el único en ir a mi funeral.

Caleb sacudió la cabeza. La muerte de Iver seguía siendo reciente y aquella clase de bromas no le hacían ninguna gracia. De hecho, pudo visualizar a su hermano sin vida y fue sorprendentemente devastador. No podía perder a nadie más.

Para su asombro, Brendan asintió y dejó las bromas de lado.

—Lo siento. Sé que sigues pensando en Iver.

—Pues claro que pienso en él. Es… *Era* mi mejor amigo.

—Y pronto tendrás tiempo para vengarlo.

Caleb había pensado tantas veces en venganzas que ya no estaba seguro de quererlas. En ocasiones, se preguntaba qué ganaría al matar a Sawyer. Nada. Todo seguiría igual. Y, como bien había aprendido, quitar a un cabrón del mundo solo haría que otro ocupara su lugar tarde o temprano.

—¿Qué harás cuanto terminemos con esto? —preguntó Caleb, mirándolo de nuevo—. Es decir…, ¿qué planes tienes?

Brendan pareció sorprendido por la pregunta. La consideró de forma bastante seria, para ser él.

—No sé. Igual reviviré a alguna novia perdida, la transformaré y la entrenaré durante meses para no perder la costumbre.

Caleb bufó.

—Lo dices como si la hubieras entrenado bien.

—Oh, ¿crees que tú lo harías mejor?

—Creo que hacerlo mejor que tú no es difícil.

—Discrepo, hermanito.

—No la conoces como yo.

—Por eso yo soy mejor profesor. Tú te pondrías a consolarla cada vez que hiciera algo mal. Incluso le darías besitos en las heriditas. Un buen profesor tiene que ser imparcial.

Enfurruñado, Caleb se cruzó de brazos.

—No la consolaría tanto.

—Joder, claro que lo harías. Y por eso Sawyer no quería que nos liáramos entre nosotros.

—¿Qué tendrá que ver?

—Bueno, hermanito… Si entraran cuarenta tipos armados, ¿mirarías por el bien del grupo o por el de tu novia revivida? Exacto. Querer a alguien es dejar de pensar en el bien común. Es volverte egoísta. Pero, oye…, todos nos merecemos ser egoístas de vez en cuando.

Caleb clavó la mirada sobre la ventana. De pronto, le daba vergüenza que su hermano viera lo acertado que estaba.

Victoria

—… Y entonces le di un puñetazo en una teta —concluyó su historia Bex—. Porque se lo merecía. Y me dejó en paz, claro.

En algún momento, habían empezado a contar anécdotas. Victoria y Axel la miraban con un poco de confusión. Y, de alguna forma extraña, también con un poco de admiración.

—¿Todas tus historias son violentas? —cuestionó Axel—. No has contado nada que no implicara un puñetazo o un apuñalamiento o un empujón.

—Las historias sin violencia son aburridas —opinó ella.

Victoria abrió la boca para intervenir, pero se detuvo en cuanto notaron un movimiento en el patio.

Albert, por fin, se había incorporado. Con expresión cansada, se detuvo junto al grupito y empezó a juguetear con la piedra negra.

—Necesito que nos reunamos en el salón.

—¿Ahora? —protestó Axel—. Con lo bien que se está aquí, tomando el airecito…

—La verdad es que yo también estoy a gusto —opinó Victoria.

El niño-no-niño se cruzó de brazos.

—Oh, perdonad por interrumpir vuestra madrugada de paz con mis intentos de salvaros la vida. ¿Creéis que podéis hacer el gran esfuerzo de levantar el culo del escalón, meterlo en la casa y escucharme cinco minutos?

Los tres parpadearon varias veces.

—¿Escucharte… con el culo? —preguntó Axel.

En cuanto Bex empezó a reírse, Albert perdió toda la paciencia que le quedaba.

—Todo el mundo adentro. ¡Y buscad a Lambert!

—Ahora que lo dices… —murmuró Victoria—, hace un rato que no lo veo.

—¿Y dónde está?

—No sé.

—¿No le has preguntado?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¡Porque estamos en medio de una crisis! ¡¿Es que soy el único que quiere solucionarla?! ¡Todo el mundo adentro! ¡¡¡Ahora!!!

Y entró en primer lugar, agitando los bracitos con furia.

Caleb

Por algún motivo, le tocó ir a buscar al gato. O al chico. O a lo que fuera. Y lo encontró en forma de felino junto a Kyran, que seguía durmiendo.

Con pocos miramientos, Caleb agarró al gato con una mano y empezó a llevárselo por el pasillo. A la mitad del camino, notó que iba haciéndose grande y lo soltó. A esas alturas, ya no se sorprendió al verlo convertido en humano.

—¡¿Tenías que agarrarme así?! —masculló Lambert acariciándose la nuca.

—¿Te duele?

—No, pero me hiere el orgullo.

—Es que Albert nos quiere a todos abajo.

—Pues ¡a la próxima basta con decirlo!

Victoria

Mientras Lambert se sentaba a la mesa a regañadientes, Victoria observó a los demás. Axel mantenía las manos atadas sobre la mesa, Bex repiqueteaba los dedos, Brendan bostezaba y Caleb estaba rodeando la mesa para sentarse junto a Victoria. A ella le pareció un gesto bonito, aunque no se atrevió a decirlo delante de tanta gente.

Albert estaba muy serio. Había colocado su piedrecita negra en el centro de la mesa y seguía murmurando para sí mismo.

—¿Aquí es cuando empezamos a hablar con los espíritus? —preguntó Brendan.

Albert estaba tan concentrado que no abrió la boca ni para responder.

—Creo que tengo localizado a Sawyer —dijo finalmente—. Ahora, intentaré comunicarme con él.

Lo dijo con tanta calma que las reacciones tardaron un rato en llegar.

—Perdona —murmuró Bex—, ¿acabas de decir que vamos a comunicarnos con ese tarado?

—Sí.

—¿Y no sería mejor ir a por él y darle una paliza?

—No.

De nuevo, no dio más información.

—Solo una pregunta —dijo Brendan—: ¿por qué necesitas que estemos todos aquí?

—Porque sabréis darme más información sobre qué cosas preguntarle y cuáles son una mala idea. Y dejad de cuestionarme. ¿Estáis listos?

—¡Espera! —saltó Caleb—. ¿No deberíamos armarnos?

—Solo vamos a hablar con él. ¿Estáis listos?

No esperó una respuesta. Simplemente, cubrió la piedrecita con su mano.

26

Margo

Sawyer no le soltó el brazo a Margo. A ella le pareció que ese gesto empezaba a ser excesivo. Extrañada, le lanzó una mirada inquisitiva. Sawyer, sin embargo, mantuvo la suya clavada en el coche al que se aproximaban.

—Deberíamos haberlo matado —opinó Doyle tras ellos—. Un testigo es un cabo suelto.

Sawyer no respondió. Margo se preguntó si estaba así de alterado por la escena de tortura que acababan de vivir. Lo dudaba mucho. Lo único que tenía claro era que esa actitud no era la normal.

Ya empezaba a amanecer. La ciudad se estaba cubriendo de un suave tono azulado. A lo lejos, empezaban a oírse coches de personas normales yendo a sus trabajos normales. También se oía ladrar a algunos perros. El murmullo de una ciudad que empezaba a despertar. Quizá tanta prisa se debía a ello.

No obstante, Margo sentía que se había perdido algo. Que había un motivo tras ese comportamiento errático.

—No voy a escaparme —aseguró extrañada.

¿Cómo iba a escaparse? Ahora que estaban junto a los dos coches, los dos guardaespaldas se habían transformado en cinco. Y todos iban armados.

De nuevo, Sawyer no respondió.

El primer indicio de que algo iba mal fue que, en lugar de subirse al asiento trasero, Sawyer extendiera una mano hacia uno de sus minions. Este pareció tan confuso como Margo, pero terminó dándole las llaves del coche.

—¿Ahora quieres conducir? —preguntó Doyle, que los seguía de cerca.

Sawyer lo miró por primera vez desde aquel extraño voto de silencio.

—Sí. Y quiero que tú conduzcas el otro coche.

Doyle enarcó una ceja.

—¿Por qué?

—Porque te lo estoy diciendo yo. Y llévate a cuatro hombres.

Durante unos instantes, se miraron entre sí. Estaba claro que Doyle no reconocía la autoridad de Sawyer de la misma forma que los demás, pero Margo dudaba que fuera a contradecirlo de forma tan abierta. Le parecía un riesgo un poco estúpido, teniendo en cuenta que estaba en minoría.

Finalmente, Doyle se dirigió al otro coche. Tras ladrar unas cuantas órdenes, cuatro guardaespaldas echaron miraditas confusas en su dirección y terminaron por seguirlo.

Mientras ellos se subían al coche, Margo sintió que el agarre de Sawyer se hacía doloroso. Intentó que no se le notara. Más que nada porque su mirada le había empezado a dar miedo. Estaba demasiado alerta. Algo iba mal y no saber el qué iba a volverla loca.

Entonces, Sawyer se acercó a la puerta del copiloto y la abrió. Tras unos segundos de mirada fija, Margo se dio cuenta de que esperaba que se subiera. Confusa, lo hizo. Sawyer cerró la puerta por ella. Lo hizo con más fuerza de la necesaria.

Margo, confusa, se centró en el retrovisor. Pudo ver cómo Sawyer daba la vuelta al vehículo por atrás. El guardaespaldas que se había quedado con ellos lo esperaba junto al maletero y pareció que cuestionaba sus decisiones. Se imaginó que le estaría diciendo que quedarse a solas con la secuestrada no era una buena idea. Igual que tampoco lo era dejarla sola en el coche, aunque fuera sin las llaves. Y más aún con la puerta desbloqueada.

No…, era demasiado fácil. Margo no se atrevió ni a soñar con escaparse. Era demasiado…

De pronto, percibió un movimiento por el retrovisor. El perfil de Sawyer. Su movimiento, tan rápido como practicado. Acababa de robarle la pistola a su empleado. Y este, confuso, dio un paso atrás. Fue el último que dio, porque entonces Sawyer le disparó en la frente.

Victoria

Miró a Caleb, ahora un poco asustada. Él tampoco parecía muy convencido con toda aquella situación.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —preguntó este, inclinándose sobre la mesa.

Albert, todavía con la mano sobre la piedra, le dirigió una mirada de advertencia.

—Sí. Un ataque directo es peligroso.

—Sawyer es imprevisible. ¿Y si descubre dónde estamos? ¿Y si se hace con…?

—Confía en mí.

Oh, cómo odiaba esas tres palabras.

Margo

Sawyer entró en el coche con la camisa blanca llena de salpicaduras rojas. Se movía de forma decidida, sin dudar. Y Margo, mientras, observaba todo con los labios entreabiertos y el corazón desbocado.

Él arrancó sin dudarlo. Se había colocado la pistola entre las piernas. Molesto, se quitó la chaqueta de marca y la lanzó sobre Margo sin mirarla siquiera. Murmuró algo en otro idioma, giró el volante y dio tal acelerón que ella se quedó pegada al asiento.

Victoria

Albert había fruncido el ceño. Mantenía los ojos cerrados.

—¿Qué pasa? —preguntó Victoria.

No empezó a preocuparse de verdad hasta que Lambert se adelantó un poco.

—¿Qué pasa, jefe? —inquirió él también.

Albert tardó unos instantes en responder. La habitación entera contenía la respiración, esperándolo.

—No lo sé —admitió—. Hay… algo… que interrumpe la conexión.

Margo

—¿Qué haces? —susurró ella con voz temblorosa.

Sawyer no respondió. Mantuvo la mirada clavada en la carretera. Iba a tanta velocidad que, cuando llegaron al final del callejón y tuvo que tomar una curva, Margo estuvo a punto de estamparse contra él.

Frustrada, aterrada y con la adrenalina por las nubes, lanzó la chaqueta al asiento trasero y se volvió hacia él.

—¡Dime qué estás haciendo!

De nuevo, silencio.

Estaba tan desesperada que, por primera vez en toda aquella historia, le entraron ganas de llorar. Margo intentó tomar unas cuantas bocanadas de aire. Los edificios que tenían alrededor pasaban tan deprisa como si los estuviera viendo en cámara rápida y Sawyer esquivaba coches como si el freno no funcionara. Se oían cláxones, gritos y el rechinar de los neumáticos a cada curva que tomaba.

Margo se sujetó como pudo al asiento y a la guantera. Apenas podía respirar.

—Por favor, dime que no vamos a morir.

De pronto, Sawyer echó una mirada al espejo retrovisor. Margo también lo hizo, claro.

El coche de Doyle.

No entendió por qué Sawyer soltó lo que parecía una palabrota en su idioma. ¿Por qué huían? ¿Qué estaba pasando?

—Detente —suplicó ella—. ¡Para el coche!

Por supuesto, aceleró todavía más.

Entonces, Margo se dio cuenta de que nunca lo había visto con las mangas tan subidas. Tenía una especie de tatuaje en el antebrazo. Una forma extraña, parecida a la de una runa. Y, en esos momentos, había

empezado a resplandecer en tonos oscuros. Aterrada, se pegó tanto como pudo a la puerta.

—¿Qué es eso? —preguntó en voz baja.

Sawyer, al percibir su pánico, bajó la mirada a su antebrazo. Al ver cómo resplandecía, sacudió la cabeza y metió otra marcha.

Oh, iban a morir. Iban a…

—¿Qué estás haciendo?

Esa voz no había salido de Sawyer. Ni de ella.

Había salido de lo que fuera que estaba en su antebrazo.

Era una voz baja, rasposa… De hombre mayor. Y totalmente desconocido para ella.

De alguna forma, Margo se sintió como si se lo hubieran susurrado al oído. No, peor; como si lo hubieran susurrado *detrás* de ella. Sin saber cómo, tuvo claro que Sawyer había tenido la misma sensación.

Él no respondió. Se limitó a echar otra mirada al retrovisor.

—Vadim —insistió la voz—, ¿qué estás haciendo?

Sawyer inspiró con fuerza y, tras pasar un semáforo en rojo, se dirigió a la calle paralela. En dirección contraria.

Victoria

—¿Albert?

Lambert empezó a preocuparse. Había apoyado las manos en la mesa y miraba fijamente a su amigo. Albert, sin embargo, mantenía los ojos cerrados y todo el cuerpo tenso. La piedra había empezado a emitir una luz

tenue y oscura que escapaba entre sus dedos, iluminándoles los rostros a todos.

—No sé qué pasa —admitió por fin—. Es como si…, como si la conexión se hubiera corrompido.

—¿Puedes oírlo?

—No. Pero puedo percibir su comunicador. Y que está moviéndose a mucha velocidad. A muchísima. Y no está solo. La pelirroja está con él.

Ante esa mención, Victoria se incorporó inconscientemente. El corazón le había empezado a latir con fuerza. Por algún motivo, su mirada encontró la de Brendan. Ya no se hacía el aburrido.

Margo

—Detén el coche antes de que puedas arrepentirte.

La voz cada vez sonaba más agresiva. Había un acento en ella, pero Margo no supo identificarlo. Era parecido al de Sawyer. Solo que más aterrador incluso.

El rubio se mantuvo en silencio. Y sereno. Pese a acabar de salir de una calle en dirección opuesta, se mantenía impasible. El único indicio de su tensión eran los nudillos blancos y la vena del cuello, que no dejaba de palpitarle.

—¿Te crees que puedes huir de mí? —insistió la voz—. ¿Te crees que puedes ir más rápido que yo?

—Pelirroja.

Que esa fuera su primera palabra en todo aquel rato hizo que Margo se tensara. Con el pecho subiendo y bajando a toda velocidad, miró a Sawyer.

Apenas se había movido, pero, de alguna forma, parecía más presente.

—Vadim —advirtió la voz con furia.

—Necesito que hagas dos cosas —siguió Sawyer en tono sereno—. La primera, que recuerdes que estoy conduciendo este coche y nuestra vida depende de mí.

Pese a que no la estaba mirando, Margo asintió rápidamente.

—La segunda, que cojas la pistola y dispares al coche que nos sigue.

Victoria

De pronto, Albert perdió el equilibrio y estuvo a punto de caerse. Fue Bex, que estaba a su lado, quien lo sostuvo como pudo. Los ojos del niño seguían cerrados con fuerza.

—Albert, déjalo —pidió Lambert, preocupado.

—No. Si consigo reconocer la otra voz…

Margo

La pistola pesaba demasiado. La sintió como una invasión a su cuerpo. Y le volvieron a entrar ganas de llorar. O de reírse. Ya no estaba muy segura de nada.

—Nunca he disparado —admitió con pánico.

Sawyer mantuvo una mano sobre el volante. Con la otra, tanteó hacia ella y terminó cubriendo la culata con su mano. Ella observó, casi hipnotizada

por la adrenalina, como Sawyer guiaba sus dedos hasta que estuvieron colocados donde debían. Después, quitó lo que supuso que sería el seguro.

—Sujétala con las dos manos. Aprieta el gatillo. Quedan nueve balas.

Y, sin más información, le bajó la ventanilla.

Margo se asomó al exterior. Las luces de las farolas, a tanta velocidad, se habían transformado en marchas fluorescentes en medio de un paisaje borroso. El coche de Doyle, sin embargo, mantenía su ritmo. Y estaba justo detrás de ellos.

Ella dudó. El cristal estaba tintado, pero podía sentir todas sus miradas sobre ella. Se preguntó si le dispararían. Y fue ese pensamiento lo que, de pronto, le hizo reaccionar.

Sin tener ni idea de lo que hacía, empezó a apretar el gatillo.

La primera bala se perdió en la madrugada. La segunda, sin embargo, dio de lleno en el parabrisas del otro coche. Margo se detuvo un momento, pasmada ante lo que acababa de provocar. Una grieta que cruzaba todo el lateral del cristal. El coche agresor dio un tumbo, pero se mantuvo en su trayectoria. Margo volvió a disparar. Quería darle en alguna rueda. Quería que aquella pesadilla terminara.

La tercera bala, de nuevo, se perdió. La cuarta, también. La quinta acertó. Voló uno de los retrovisores con una violencia que la pilló un poco desprevenida.

Entonces, vio que alguien se asomaba por el asiento trasero con una pistola igual a la suya. Margo se quedó paralizada. Y, en ese momento, notó que Sawyer tiraba de su brazo para volver a meterla en el coche.

—Vadim —insistía la voz—, no me obligues a matarte.

Las balas estaban impactando contra el coche. Margo se cubrió la cara con los brazos de forma inconsciente, pero Sawyer se mantuvo tranquilo. El cristal trasero empezaba a agrietarse. La velocidad no dejaba de aumentar.

—Más te vale morir en este coche, porque, si sobrevives, te pasarás el resto de tu vida huyendo de mí.

De pronto, Margo vio que el coche empezaba a adelantarlos. Les habían dado en alguna parte importante. ¿El tanque de gasolina quizá? Estaban perdiendo velocidad. Oh, no, ¿y si el coche explotaba? ¿Y si…?

—Te cazaré como a un perro. Vivirás para arrepentirte de esta madrugada.

El coche había conseguido colocarse a su lado. Margo, por un momento, pudo mirar a los ojos a Doyle. Tenía una sonrisa macabra. Y su copiloto, una pistola en la mano.

De pronto, Sawyer la cogió de la nuca y le bajó la cabeza con una fuerza que casi le hizo daño. Margo se quedó mirándose los pies un momento. No la había soltado. La pistola, con la impresión, se le había caído. Intentó recuperarla mientras oía los disparos y Sawyer, como podía, conducía con una sola mano.

—Te voy a encontrar, Vadim. Te vas a arrepentir durante el resto de tu mísera existen…

De pronto, un chasquido. Un gruñido. Una salpicadura de sangre. El coche dio un tumbo. La presión de su cabeza desapareció.

Margo se levantó y, sin pensarlo, sacó la pistola por la ventanilla. Ni siquiera estaba muy segura de lo que hacía, pero vació lo que le quedaba de cargador en el otro coche. Por un dulce momento, vio que una de sus balas impactaba en la cabeza del copiloto de Doyle.

Apenas pudo ver su reacción, porque su propio coche había empezado a perder velocidad. Ahora vagaba sin rumbo.

Margo se volvió y, con horror, vio que una de las balas había terminado en el brazo de Sawyer. El mismo con el que le había sujetado la cabeza.

La bala le había volado parte de su tatuaje y ahora la luz empezaba a parpadear. Brillaba bajo la sangre, que cada vez era más abundante. Sawyer dirigió una mirada a su herida y se apretó el brazo contra el pecho. Con el otro brazo, intentaba controlar el coche. Cada vez se hacía más difícil.

Victoria

De pronto, Albert se llevó el brazo libre al pecho. Victoria pudo ver que sus ojos se movían a toda velocidad bajo sus párpados. Brendan ayudó a Bex a sujetarlo. Lambert se incorporó y fue corriendo hacia él.

—¡Suelta el comunicador!

Albert no respondió. De pronto, había empezado a moverse. No…, a convulsionar. Brendan fue el primero en darse cuenta y se incorporó para sujetarlo. Albert murmuraba a toda velocidad, pero era imposible entenderlo. Lambert observaba la situación, pálido de terror, sin saber qué hacer. Todos los demás se habían quedado paralizados.

Caleb por fin llegó a su lado. Intentó quitarle la mano de encima de la piedra, pero resultó imposible. Albert la tenía anclada a la mesa.

Margo

Sawyer respiró hondo y trató de reconducir el coche. Era imposible. Las ruedas iban girándose como si fueran de juguete y la velocidad cada vez era mayor. El otro coche seguía a su lado.

De pronto, Margo supo que no iban a escapar. Y, en medio de la locura, se lanzó sobre Sawyer para girarle el volante en dirección contraria.

Victoria

Albert movió los hombros de una forma antinatural. Había abierto los ojos, pero estaban en blanco. Todo su peso estaba sobre Brendan y Caleb seguía intentando arrancarle la mano de la piedra.

Margo

El coche se movió demasiado deprisa. Fue instantáneo. Dos de las ruedas dejaron de tocar el suelo y el cuerpo de Sawyer impactó contra el de Margo. Ella intentó sujetarse como pudo, pero el estruendo del coche le indicó que no iba a poder evitar el accidente, que ya estaba sucediendo.

Victoria

De pronto, Albert abrió los ojos.

Margo

De pronto, el tatuaje de Sawyer se iluminó por completo.

Victoria

Caleb se apartó. Brendan también. Incluso Victoria se echó para atrás. Albert quitó la mano de encima de la piedra.

—Voy a traerlos —informó con una fortaleza que nadie esperaba—. Voy a hacer que Sawyer y la humana aparezcan.

—¿Ahora? —cuestionó Lambert con los ojos muy abiertos.

Albert se limitó a respirar hondo.

—Es eso o dejarlos morir. Estad preparados.

Sin darles un solo segundo de margen, murmuró tres palabras en un idioma desconocido.

Margo

Sintió una brisa contra el pelo. No era natural. De la misma forma que no lo había sido la voz.

Victoria

En cuanto las pronunció, Victoria creyó oír esas mismas tres palabras a través de otra voz. Una que sonaba muy lejana, como un susurro. Albert frunció el ceño y entonces la piedra negra estalló en pedazos.

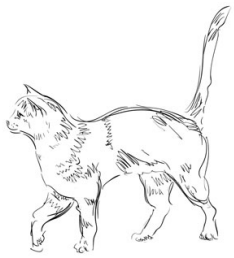
Margo

En cuanto bajó la mirada, se dio cuenta de que ya no estaban en el coche.

Victoria

En cuanto desvió la mirada, se dio cuenta de que un destello acababa de aterrizar en el patio trasero.

27



Margo

El silencio era atronador.

Margo se dio cuenta de que estaba abrazando a alguien. Abrió los ojos, confusa, y más confusa se quedó al ver que se había aferrado a Sawyer como si fuera un salvavidas. Lo soltó de golpe, sorprendida, y se arrastró un poco más lejos de él. Concretamente, cerca de la pistola. Sawyer se quedó en el mismo lugar, con una mano firmemente apretada en torno a la herida. La sangre no dejaba de brotar de entre sus dedos.

Ella miró a su alrededor. Un… bosque. Estaban en un bosque. Los árboles no le dejaban ver mucho más allá. Aunque oía voces.

Nunca supo cómo, pero tuvo la absoluta certeza de que esas voces no eran amigas. De alguna forma, los guardaespaldas se habían transportado con ellos. Porque, si… estaban en otro lugar, no había rastro de sus coches.

Margo tenía la pistola y la capacidad de salir corriendo. Tenía las de ganar. Se incorporó, todavía con la adrenalina por las nubes, y empezó a alejarse.

Sin embargo, al cabo de unos pasos, se volvió de nuevo.

Sawyer seguía donde lo había dejado. Como pudo, se incorporó sobre las rodillas, pero mantuvo la frente clavada en el suelo. Tenía los ojos cerrados con fuerza, la respiración agitada y un charco de sangre debajo de él. La herida debía de doler una barbaridad. Lo único que no se explicaba Margo era cómo había tardado tanto en reaccionar ante ese grado de dolor.

Ella estuvo a punto de salir corriendo otra vez, pero sus piernas no se lo permitieron. O quizá fue su conciencia.

Las voces de los guardaespaldas cada vez sonaban más cerca.

Margo apretó la pistola entre sus dedos. Echó una mirada a la dirección hacia la que iba a huir. Podía hacerlo. Podía hacerlo *sola*.

Aun así, terminó corriendo hacia Sawyer.

Se agachó a su lado y, como pudo, se guardó la pistola en la cintura para agarrarlo de los hombros. Sawyer gruñó de dolor, pero dejó que levantara su torso. En cuanto lo tuvo un poco incorporado, Margo se quitó la chaqueta de algodón y empezó a rodearle la herida.

—¿Qué haces? —preguntó él desconfiado—. Vete de aquí.

—Cállate.

En cuanto tuvo el nudo bastante apretado, Margo tiró de su brazo bueno y lo obligó a incorporarse. Sawyer lo hizo sorprendentemente bien, pero le costó mantener el equilibrio. Quizá era por la confusión, porque la miraba como si estuviera loca.

—Nos van a matar a los dos —aseguró confuso.

—Que te calles. Y empieza a moverte.

Caleb

Albert cayó como si no pudiera seguir sosteniéndose y, mientras Lambert lo sujetaba para que no se hiciera daño, Caleb se incorporó. Fue hacia la ventana en tiempo récord. Una oleada de voces había inundado el bosque que rodeaba la casa y cada vez sonaban más cerca. Hablaban *su* idioma.

Y lo peor de todo fue oír una voz muy conocida.

Ya había sacado la pistola. Mientras se asomaba con cuidado a la ventana, Brendan se acercó.

—¿Qué pasa? —preguntó su hermano.

—Oigo a… cinco, creo.

—¿Sawyer?

Caleb asintió lentamente. Brendan sacó la pistola.

—¿Sawyer? —repitió Bex—. ¿Es él? ¿Seguro? ¿Dónde está?

Los hermanos intercambiaron una mirada. Bex seguía destrozada por lo que había pasado con Iver y tener a alguien tan volátil en una situación tan delicada… Caleb estaba preocupado por el bienestar de los demás, pero especialmente por ella. ¿Cómo iba a protegerla si se lanzaba al bosque en busca de venganza? ¿Cómo iba a retenerla?

Tenso, Caleb repasó la habitación con la mirada. Tenían que ser estratégicos. Y rápidos.

—¡Tenéis que desatarme! —gritó Axel—. ¡Os puedo ayudar!

—¡Cállate! —espetó Bex—. Caleb, dime dónde están.

Caleb intentaba pensar con claridad. De nuevo, intercambió una mirada con su hermano. Le sorprendió lo mucho que necesitaba su apoyo en una situación como aquella.

—Lambert se queda —dijo Caleb entonces—. Protege a Albert, a Daniela y a Kyran. Y no te muevas de la casa. Victoria…

Esta ya se había incorporado y buscaba un arma en la bolsa de deporte.

—Ni se te ocurra pedirme que me quede —advirtió ella.

Caleb habría deseado que lo hiciera, pero era una batalla perdida.

Margo

Sawyer no era precisamente un tipo pequeñito. Su peso empezaba a hacerse complicado de sostener. Y más en un entorno en el que no tenían un camino marcado. De hecho, Margo no tenía ni idea de dónde estaban yendo. Simplemente intentaba moverse en dirección contraria a las voces.

También echaba miraditas a la herida de su brazo. La chaqueta gris se había vuelto roja. Incluso goteaba. Y Sawyer cada vez estaba más pálido.

—Deberías haberme dejado —murmuró él.

Pese a su herida, el tono era sorprendentemente natural. Como si le hubiera picado un mosquito y le molestara, no como si tuviera una bala incrustada en el brazo.

Margo puso los ojos en blanco. Ya estaba roja del calor y el esfuerzo.

—Cállate —repitió ella por enésima vez.

—Ahora, nos matarán a los dos porque te crees una heroína y…

—¿Quieres que te deje tirado en el suelo y salga corriendo?

—Sería lo lógico.

—No, es lo que *tú* harías. Y yo no soy como tú.

Sawyer soltó algo parecido a una risa ahogada. Después, dejó de caminar e hizo una mueca de dolor. Fue la primera muestra de humanidad que había manifestado desde el disparo.

—No te pares —le dijo Margo, tirando de su cuerpo—. Vamos, solo un poco más y…

Él negó con la cabeza. Le caía una gota de sudor por la frente. Y la palidez cada vez era más notoria.

Margo, que no podía seguir sosteniéndolo, lo ayudó a sentarse en el suelo. Lo hizo con cuidado, ayudándolo a apoyarse con la espalda en un árbol. Mientras él se removía, ella se asomó para asegurarse de que los demás estuvieran lo suficientemente lejos. Después, se acuclilló a su lado.

—Oye, no es momento de debilidad humana. Necesito que vuelvas a ser el Corleone indestructible de antes, ¿eh? Haz el favor de levantarte.

Sawyer tenía los ojos cerrados. Aun así, sonrió. Tras unos instantes, negó con la cabeza.

—¿No? —repitió ella—. Venga, vamos. No voy a cargar con tu puñetera muerte en la conciencia. ¡Vamos!

Hizo un breve intento de levantarlo, pero Sawyer volvió a negar. Su cabeza colgaba como si no pudiera sujetar su peso. Oh, no.

—Lo siento, pelirroja, pero… vas a tener que seguir tú sola.

Margo ni siquiera estaba segura de por qué quería salvarlo. Después de todo, era responsable de la muerte de Iver. Y disparó a Victoria. Y… ¡era el puñetero responsable de que hubiera estado retenida durante semanas! Y no era una buena persona. No lo era.

Aun así, quizá movida por la adrenalina, decidió que no iba a morirse ahí, en ese bosque, con ella. No iba a permitirlo.

Margo se echó el pelo hacia atrás y respiró hondo.

Caleb

Era difícil concentrarse cuando su mente estaba pendiente de los sonidos de la casa. De la voz de Albert, que cada vez sonaba más despierto. De la respiración de Lambert, que estaba sentado en la ventana de la habitación donde dormían Kyran y Daniela.

—Estará bien, Caleb —oyó que decía el pelirrojo en un susurro—. Si pasa algo, gritaré tan fuerte que será imposible que no lo oigas.

Caleb sacudió la cabeza. Era absurdo, pero le supuso un pequeño consuelo.

Avanzaron en silencio, uno tras otro. Él iba en cabeza, mientras que Bex, Brendan y Victoria lo seguían de cerca. Cada uno se había hecho con un arma y también habían aprovechado para estrenar los chalecos antibalas. Caleb se sintió bastante más tranquilo al ver que Victoria se lo ponía sin protestar.

Había hablado con Brendan antes de salir; él iba a quedarse con Victoria, mientras que Caleb vigilaría a Bex de cerca. No podía soportar la idea de perder a otra amistad. Y, si tenía que mantenerse pegado a ella para asegurarse de que no hiciera una locura, lo haría sin dudarlo ni un segundo.

En cuanto hubieron avanzado un poco más, Caleb los detuvo con un gesto. Todo el mundo dejó de moverse.

Las voces seguían ahí, pero cada vez eran más cercanas. Le preocupaba no ubicar a Sawyer. Y que oliera a sangre. Porque… sí, alguien estaba herido. Y de gravedad. Si ese alguien era Margo… Caleb dirigió una breve mirada a Victoria. Ella pareció un poco preocupada, pero no se atrevió a hablar.

El grupo principal se había dividido. Dos personas por un lado, una por otro. Y había una pareja que se había quedado en el centro, más cerca de ellos. No se movían. Caleb no lo entendió, pero pronto le encontraría sentido.

Tras lanzarle una mirada significativa a Brendan, Caleb avanzó por la izquierda junto con Bex. Dejar marchar a Victoria fue una pequeña angustia de la que esperaba no arrepentirse. Aunque sentía que podía estar tranquilo si estaba con Brendan.

A ella también le lanzó una última mirada. Victoria se detuvo un momento para devolvérsela.

Y, tras unos segundos, ella cerró los ojos, respiró hondo y siguió a Brendan.

Margo

Destapó la herida con todo el cuidado que pudo. El olor a sangre era horrible. Y que él llevara tanto sin hablar todavía era peor. Margo no dejaba de mirarlo a la cara, de comprobar si respondía. También le revisaba el pulso tal y como le había enseñado Dani alguna vez. Oh, cómo desearía que Daniela estuviera con ellos. Sabría qué hacer.

Pero no. Sawyer tendría que conformarse con esa enfermera.

Pudo ver la zona que la bala había rasgado. Porque…, sí, no había entrado en su brazo. Había destrozado el tatuaje de runa. Y, precisamente, el centro de este era lo que no dejaba de sangrar. A Margo le resultó un poco inquietante. La herida era grande y dolorosa, pero era imposible que sangrara de esa manera. Era… antinatural.

Le habría encantado quedarse a analizarlo, pero no podía. El tiempo corría en su contra.

Y, sin embargo…

Margo se inclinó un poco más sobre la herida. Deseó que hubiera amanecido del todo, tener un poco de luz. Porque…, sí, le pareció ver algo parecido a una piedra negra en su interior.

¿Una piedra?

Lo consideró durante los pocos segundos que se pudo permitir. Y entonces se dio cuenta de que no podía hacer nada que empeorara la situación. Así que, con sumo cuidado, estiró el brazo de Sawyer y tiró del único fragmento oscuro que quedaba en su piel.

Fue instantáneo. En cuanto la piedra tocó el suelo, Margo pudo ver que se fundía con la tierra. Y desapareció. Casi al instante, Sawyer abrió los ojos de golpe y empezó a toser.

Margo se sintió tentada a celebrarlo, pero él se dobló sobre sí mismo y empezó a toser con más fuerza. La herida del brazo había dejado de sangrar, pero seguro que seguía doliendo. Casi tanto como esa tos, que estaba doblándole el cuerpo. Ella, sin saber qué otra cosa hacer, le dio unas cuantas palmaditas en la espalda y trató de sujetarlo como pudo. Al cabo de unos segundos, cuando Sawyer dejó de toser, ella lo ayudó a apoyarse de nuevo en el árbol.

Él había abierto los ojos de nuevo. Le salía un hilito de sangre de la comisura de la boca, pero sonreía de medio lado.

—Mala hierba nunca muere, ¿eh?

Margo estuvo a punto de reírse, histérica.

Hasta que empezaron a disparar en su dirección.

Caleb

Estaban ocultos tras un árbol. Él, de pie. Bex, acuclillada a su lado y con la pistola firmemente apretada en las manos. Respiraba con agitación, con la mirada clavada en cualquier lado. Solo podía ver la venganza. Era incapaz de pensar en nada más. Su pulso había estado disparado desde la mención de Sawyer.

Sin embargo, tocaba centrarse en los dos guardias que estaban pasando justo por su lado.

Caleb se asomó en cuanto tuvo claro que iban a darle la espalda. Eran dos, tal y como había previsto. Iban vestidos como los guardaespaldas de Sawyer. *Olían* a él. No pudo evitar apretar los dientes con desagrado.

Bex esperaba su señal, pero estaba impaciente. Los dos hombres estaban justo a su lado. Pero, en cuanto dispararan, iban a alertar a todos los demás.

Caleb respiró hondo y los analizó. Estaban heridos, pero no por un arma. Tenían la ropa destrozada y heridas de arrastre. Además, aunque olían a sangre, parecían perfectamente capaces de defenderse. Más que nada porque iban armados.

Bex soltó un sonido de impaciencia. Caleb negó con la cabeza. Ella contuvo la respiración.

Entonces, al otro lado del bosque, empezaron los disparos. Bex fue la primera en asomarse y abrir fuego.

Margo

Fue un milagro que no la alcanzaran. Margo se lanzó junto a Sawyer tras el árbol. Una de las balas impactó en el suelo, justo donde había estado un

segundo antes. Con las manos temblorosas, sujetó la pistola contra su pecho.

Oh, no.

No le quedaban balas.

Pareció darse cuenta a la vez que Sawyer, porque él rebuscó en su bolsillo y le quitó la pistola. Todavía medio aturdido, sacó el cargador y volvió a llenarlo. A su alrededor, Margo oía gritos y disparos. Parecían provenir de muchos lugares. Tantos que no sabía ni de qué esconderse.

No supo que había cerrado los ojos hasta que sintió un peso en la mano. Sawyer le había devuelto la pistola. Ella lo miró, pasmada. Él se limitó a apoyar la cabeza en el árbol. No iba a seguir luchando contra ella.

Caleb

En cuanto empezaron a disparar contra ellos, agarró a Bex del brazo y volvió a esconderla tras el árbol. Ella hizo un ademán de volver a lanzarse, pero él la detuvo.

—¡Déjame! —exigió Bex, pese a los disparos—. ¡Voy a matarlos!

Caleb, testarudo, volvió a retenerla.

No iba a perderla a ella también.

En cuanto oyó que uno de ellos recargaba la pistola, él mismo se asomó y disparó. Le dio de lleno en el hombro. El impacto hizo que el hombre retrocediera unos pasos. Caleb se escondió antes de que el otro pudiera reaccionar.

Cuando fue a comprobar si Bex estaba bien, descubrió que acababa de escabullirse.

Margo

Volvieron a entrarle ganas de llorar. No sabía qué hacer. No quería la pistola. No quería nada. Solo quería volver a casa. A su vida aburrida y rutinaria. La que no había sabido apreciar cuando…

De pronto, un disparo le llegó junto a las piernas. Las encogió de golpe, aterrada. Mientras lo hacía, uno de los guardaespaldas de Sawyer rodeó el árbol que los protegía. Margo levantó la pistola enseguida y se sorprendió a sí misma al apuntarlo a la cabeza con una seguridad que no sentía.

¿La parte mala? Que él también la apuntó a ella.

Caleb

—¡Bex!

Le dio igual que lo oyeran. Y que le dispararan. Desesperado, salió de su escondite y empezó a correr hacia los dos hombres.

Bexley corría como si estuviera poseída. Pese a tener el arma en la mano, no la usó. Simplemente, fue ocultándose de forma esporádica tras varios árboles que encontró por el camino. Los disparos no cesaron, pero los esquivó de forma milagrosa. El hombre herido estaba en el suelo, vaciando el cargador contra ella. Le dio igual. Siguió corriendo y corriendo.

El que no estaba herido levantó la pistola contra ella. Caleb reaccionó de forma automática y se detuvo para disparar. Estaba tan tenso que, en lugar de acertarle en la cabeza, le dio de lleno en el abdomen. El hombre soltó la

pistola de golpe. Y, justo en ese momento, Bex saltó sobre él como un animal salvaje.

Caleb quiso salvarla, pero pronto se dio cuenta de que no hacía falta. Bex cayó sobre él como un rayo. Su peso hizo que el hombre cayera de espaldas. El impacto lo dejó aturdido y Bex le asestó un golpe en la cara con la culata de su pistola. Fue tan fuerte que Caleb oyó el crujido de los dientes, incluso el jadeo de dolor agudo y punzante.

Para entonces, su compañero había conseguido cargar su arma de nuevo. Con los dedos temblorosos, apuntó a Bex. Ella se había levantado y avanzaba hacia él con los puños apretados. El hombre la apuntó al pecho. Ella siguió moviéndose. Y, cuando llegó a su altura, le dio una patada a la pistola mientras él apretaba el gatillo. La bala se perdió en algún punto del bosque y Bex cayó sobre él.

Caleb pensó que iba a golpearlo. A dejarlo inconsciente. Pero Bex se arrodilló sobre él, cogió su cabeza con ambas manos y le torció el cuello en un solo movimiento.

El otro seguía jadeando donde estaba. No lo hizo por mucho tiempo. En cuanto Bexley tuvo una muerte asegurada, volvió a incorporarse. Recogió la pistola recién cargada, que había caído unos metros más lejos, y disparó a la cabeza del que seguía vivo.

Tras aquello, los envolvió un silencio ensordecedor. Ella jadeaba. Su pecho no dejaba de subir y bajar a toda velocidad. Se volvió a Caleb con la mitad de la cara llena de salpicaduras de sangre. Él no supo ni cómo reaccionar.

Bex tomó una última respiración profunda.

—Ahora, dime dónde está Sawyer.

Margo

De forma inconsciente, se había quedado sentada entre Sawyer y su guardaespaldas. Margo mantuvo la pistola firmemente sujeta entre sus manos. No quiso que se notara que no sabía lo que hacía. Quería ser alguien a quien temer. Quería que los dejara en paz.

—Si disparas… —susurró ella—, moriremos los dos.

El hombre sonrió. Tenía marcas del asfalto en la mejilla. De hecho, tenía la mitad del cuerpo en carne viva.

—¿Tú? —replicó con un fuerte acento ruso—. Apártate.

Margo negó lentamente con la cabeza. Sawyer, a su espalda, observaba la situación sin mover un solo músculo.

—No seas tan idiota como para morir por Doyle —replicó él con calma —. ¿Dónde está? ¿Se ha teletransportado fuera del coche y os ha dejado morir?

Debió dar en el clavo, porque el minion torció el gesto con desagrado.

—Exacto —murmuró Sawyer—. Hazte un favor a ti mismo y deja de…

De pronto, un disparo cruzó el bosque. Margo dio un respingo cuando el guardaespaldas cayó redondo al suelo. Un río de sangre empezó a salir de él. Ni siquiera estuvo muy segura de dónde provenía. Aterrada, retrocedió hasta que su espalda chocó contra Sawyer.

Por un momento, pensó que había sido él. Incluso llegó a pensar que había sido ella misma.

Hasta que vio que Brendan se acercaba a ellos con la pistola en la mano.

No podía ser.

Durante unos instantes, Margo no supo cómo reaccionar. ¿Y si era su mente, jugándole una mala pasada? ¿Y si estaba delirando porque estaba herida y no se había dado cuenta?

Brendan se detuvo junto a ellos. Era la viva imagen de un héroe, aunque quizá solo lo fuera a ojos de Margo.

Durante unos instantes, Brendan se limitó a contemplar la situación con incredulidad. Y, entonces, soltó una risa áspera.

—Oh, esto es demasiado bonito para ser cierto.

28

Victoria

Había empezado a correr siguiendo los disparos. Y le dio igual que Brendan le gritara que se quedara con él. La sola idea de que Caleb y Bex estuvieran en peligro fue más fuerte que ella.

Se frotó las costillas, justo donde había recibido un disparo que el chaleco había detenido. Iba a salirle un buen golpe. Y, curiosamente, le daba igual. Solo corría y corría.

De pronto, alguien apareció ante ella. Reconoció a Caleb un segundo antes de chocar contra su cuerpo. Él la sujetó de los hombros, sorprendido, y la sostuvo para que no se cayera.

—¿Estás bien? —preguntó histérica—. ¿Dónde está Bex? ¿Está bien? ¿Estáis…?

—Estamos bien.

Caleb se tomó un momento para mirarla de arriba abajo. Bex estaba a su lado. Y, aunque tenía manchas de sangre, no parecía herida.

Tampoco parecía ella. Estaba… ida. Victoria quiso preguntar, pero entonces sintió que Caleb le sostenía el rostro para mirarla mejor. Fue un

gesto inconsciente, ella lo tuvo claro. Aun así, se sintió mucho mejor.

—¿Qué te duele? —preguntó Caleb directamente.

—¿Cómo sabes…?

—¿Qué te duele, Victoria?

—Me han disparado, pero el chaleco lo ha parado.

—¿Y Brendan? —quiso saber Bex.

Victoria respiró hondo. Ahora que sabía que los dos estaban bien, se sentía más capacitada para pensar con claridad.

—Había un tipo herido. Brendan lo estaba siguiendo, a ver si lo llevaba con Sawyer. Pero, cuando he oído tantos disparos en vuestra zona…

Pensó que Caleb se enfadaría con ella por haber roto el grupo. Pensó que la miraría con decepción o que le aseguraría que después ya hablarían para regañarla.

Sin embargo, lo que hizo fue atraerla hacia sí. Victoria sintió que le rodeaba los hombros con un brazo. Aliviado, la sostuvo unos instantes. Y la besó en la coronilla.

Victoria no supo si sentirse más sorprendida por el gesto o por su propia reacción. Apenas podía respirar. Se sintió todavía más abrumada que con los disparos. Quiso levantar la cabeza para verle la expresión.

Sin embargo, Bex gruñía de frustración.

—¿Vais a seguir con la escenita romántica durante mucho rato? —ladró —. Tengo un cabrón al que torturar.

Caleb suspiró y se separó de Victoria. No obstante, mantuvo una mano en su brazo. Y no la soltó en todo el camino.

Margo

Brendan siguió riéndose para sí mismo. Estaba claro que aquella situación le parecía muy divertida. A Margo le parecía de todo menos eso.

—Ya imaginaba que seguirías viva —le dijo Brendan—. Todo el mundo estaba preocupado. Supongo que no saben la mala leche que tienes.

Ella sonrió con cierta ironía en medio del caos.

—¿Esa es tu forma de darme la bienvenida?

—¿Prefieres que te lleve en brazos a casa?

—Mejor dime dónde está, puedo ir solita. Además, no me apetece verte el careto durante tanto rato.

—Preciosa forma de darle las gracias a tu héroe.

—Oh, por favor… Más bien eres un villano que ha tenido un momento de gracia.

Brendan empezó a reírse.

Sin embargo, cualquier tranquilidad desapareció en cuanto él se detuvo delante de Sawyer. Observó a su antiguo jefe con media sonrisita satisfecha. Durante todo el intercambio, este se había limitado a contemplarlos con aburrimiento.

—Mírate, Sawyer… —murmuró Brendan—. Quién te ha visto y quién te ve, ¿eh?

Y, por supuesto, levantó el arma para apuntarlo.

Margo nunca sabría decir qué la poseyó en ese momento. Quizá fue la situación que acababa de vivir o quizá no quería ver otro cadáver.

—¡Espera! —exclamó—. ¡No dispares!

Ninguno de los dos la miró. Sawyer observaba a Brendan con una tranquilidad sorprendente. De hecho, parecía que lo retaba con la mirada. Y Brendan, por su lado, deseaba aceptar ese reto y apretar el gatillo.

Tuvo la deferencia de no hacerlo y de permitir que Margo se incorporara y se acercara a su lado.

—No dispares —repitió sin aliento—. Me… Me ha salvado, creo.

—Margo…, no te metas.

—Perdona, pero soy la que lo ha aguantado durante todo este tiempo. Hay… algo…, no sé muy bien el qué, pero algo que necesitamos aclarar. Y, si lo matas, nunca podremos hacerlo.

Brendan consideró sus palabras durante unos instantes. No parecía muy contento con ese giro de los acontecimientos.

Sawyer, que podría decir algo para defenderse, se mantenía en silencio. La mirada que le dedicó a Brendan era tensa. Como si acabara de reencontrarse con alguien que preferiría no haber vuelto a ver en su vida. Margo supuso que el sentimiento era mutuo.

—Sé que suena a locura —siguió ella—, pero… tengo una corazonada. Creo que no deberíamos matarlo. Todavía.

—Si no lo mato yo, lo hará Bex. —Brendan sonrió—. ¿Te acuerdas de ella, Sawyer? Porque tiene muuuchas ganas de vengar la muerte de su hermano. No te imaginas la alegría que se llevará al verte en estas condiciones.

Sawyer, de nuevo, no reaccionó con miedo ni nervios. Se limitó a esbozar media sonrisa.

—No me preguntes cómo —insistió Margo—, pero creo que ha traicionado a… a los suyos. Y ha decidido mantenerme con vida. Incluso me ha dado una pistola, ¿ves? Creo que deberíamos… dejarlo en paz. De verdad.

Por primera vez, Brendan la miró.

—¿Y de qué nos serviría eso?

—Podemos sacarle información o… usarlo en un intercambio. Incluso podemos golpearlo cuando estemos aburridos, no sé. Podemos hacer muchas cosas. Si lo matas, no podremos hacer ninguna.

Brendan la observó durante unos instantes. Estaba considerando su oferta. Margo contuvo la respiración.

Entonces, él se guardó la pistola en el cinturón.

—Más te vale que no me arrepienta de esto —masculló Brendan—. Levántalo y sígueme.

Margo enarcó las cejas.

—¿Yo sola?

—Tú lo has querido vivo, tú te ocupas. Ahora es tu perrito, recuerda darle de comer.

Dicho eso, estiró los brazos como si acabara de despertarse y empezó a avanzar en dirección opuesta. Sin mirarlos, lanzó unas esposas al suelo.

Margo, por su parte, miró a Sawyer. No estaba muy segura de si había tomado una buena decisión, pero… ¿Cómo iban a matarlo ahí, tirado en el suelo, en medio del bosque? Le parecía inhumano. Casi tanto como lo que él había hecho con Iver y Victoria. Sin embargo, era incapaz de permitirlo.

En cuanto Brendan les dio la espalda, la expresión de dolor de Sawyer volvió. Se apretó el brazo herido contra el pecho e hizo una mueca. Margo recogió las esposas, se agachó junto a él y, como si lo hubieran hecho cientos de veces, él le pasó un brazo por encima de los hombros y se dejó ayudar. En esa ocasión, sostener su equilibrio no fue tan difícil.

Dudosa, ella contempló las esposas. Ponérselas tan cerca de la herida no parecía una buena idea, pero Brendan se las había dado. Y ya había probado mucho su paciencia por un día. Quizá…

—Si no me las pones —comentó Sawyer—, tu triste intento de novio se va a enfadar contigo.

—Cállate. ¿No podías defenderte un poco y echarme una mano?

—Prefiero tragarme la lengua que negociar con *él*.

—Puñetero orgullo masculino inútil… Trae las muñecas.

Sawyer dejó que le pusiera las esposas sin protestar. Después, Margo se las apañó para rodearlo con un brazo y empezar a caminar con él. Era un poco complicado. Sawyer intentaba pegarse el brazo herido al pecho. Y Brendan cada vez estaba más lejos.

—Tenemos que ir más deprisa —urgió ella.

—Oh, perdona por no correr con medio brazo colgando.

Caleb

En cuanto oyó la voz de Margo, Caleb dejó de caminar. Bex y Victoria se detuvieron junto a él.

—Hermanito —susurró Brendan en algún punto del bosque—, ha habido un pequeño giro de guion. Si quieres un consejo, invéntate una excusa y lleva a Bex a casa.

No entendió qué estaba insinuando, pero su voz sonaba segura. Y tranquila. No estaba herido. Margo tampoco parecía herida.

Confuso, Caleb se volvió hacia las chicas. Victoria y Bex lo observaban con suspicacia.

—Brendan lo tiene todo controlado —informó—. Deberíamos volver y asegurarnos de que todo sigue bien.

—¿Y Sawyer? —ladró Bex.

—Brendan lo tiene todo controlado.

—Quiero saber dónde está.

—¿Prefieres perseguir a Sawyer o asegurarte de que Kyran está bien?

Ella lanzó una mirada al bosque. Tras soltar una palabrota, se encaminó hacia la casa.

Margo

Cuando Sawyer volvió a soltar un gruñido de dolor, Brendan resopló por delante de ellos.

—Cállalo o lo callaré yo, Margo.

—¿Y qué quieres que haga?

—Haz que se comporte.

Sawyer se rio con ironía. Estuvo a punto de perder el humor cuando tuvieron que pasar entre dos árboles y la corteza le rozó todo el brazo malo. Margo trató de ayudarlo, pero no pudo hacer mucho más que sostenerlo cuando llegaron al otro lado.

Seguía pálido. Aunque la sangre ya no era tan abundante, había perdido una cantidad muy peligrosa. Empezaba a preocuparle que, de pronto, fuera a desmayarse. Si fuera alguien menos orgulloso, quizá podría preguntarle. Pero, al tratarse de ese idiota, seguro que iba a negárselo hasta caer redondo.

—No debería moverse mucho —sugirió ella.

Brendan les lanzó una mirada por encima del hombro.

—¿Por qué?

—Porque se está desangrando, idiota.

No pareció muy afectado.

—Ah, bueno.

—Deberíamos parar un momento.

—Si quieres, le pego un tiro para que no tenga que moverse nunca más.

Margo le lanzó una mirada de advertencia.

—Podríamos quitarle las esposas.

—Y yo podría estar lejos de todos vosotros, feliz y ajeno a vuestras mierdas, pero aquí estoy.

Ella, irritada, dejó de moverse. Pensó que Brendan seguiría andando sin ellos, pero también se detuvo. Cuando le lanzó las llaves de las esposas, parecía muy cabreado.

—Gracias —masculló ella.

Sawyer observó sus movimientos con la curiosidad de un animal encerrado. Margo le deshizo la esposa del brazo herido, que era el derecho. Luego, se quitó la chaqueta de la cintura, esa misma que había usado unos instantes atrás, y subió la manga de Sawyer con muchísimo cuidado.

—No se merece tanta cura —aseguró Brendan, impaciente.

Margo le dedicó una mirada de advertencia y, después, empezó a rodearle el antebrazo con mucho mimo. No quería tener que arrancar más piedras negras. Y estaba empezando a hartarse de ver esa herida.

—Si ayuda —comentó Sawyer—, puedo quitarme la camisa.

Brendan soltó un sonido entre la risa y la irritación. A Sawyer pareció encantarle esa reacción.

—Si no te distraes, claro —añadió.

Margo le dirigió la misma mirada de advertencia que le había lanzado a Brendan.

—Lo único que me distrae es tu verborrea.

—«Verborrea». Cuánto vocabulario, pelirroja.

—¿Pelirroja? —repitió Brendan por ahí atrás.

—Es una conversación de adultos —le dijo Sawyer—. Tú no lo entenderías.

Harta de oírlos, Margo le apretó el nudo de la chaqueta. Sawyer dejó de sonreír al instante. Hizo un gran esfuerzo para no doblarse de dolor, pero se le escapó una pequeña muestra de sufrimiento.

—Está lo suficientemente fuerte —protestó entre dientes.

—O no —sugirió ella.

Margo aseguró mejor el nudo. Con fuerza. Sawyer emitió un sonido desde lo más profundo de su garganta. El gruñido de dolor hizo que ella le echara una ojeada, asustada. Aun así, terminó de ajustar el nudo y se pasó ese mismo brazo por encima de los hombros para ayudarlo a avanzar.

—Ya está, exagerado —murmuró—. ¿Lo ves? No ha sido para tanto.

Si las miradas mataran, ella habría muerto en ese momento.

Caleb

Quería confiar en su hermano, pero la espera estaba siendo larguísima. Sus pasos cada vez parecían más lentos y Caleb ya no sabía cómo contener a Bex. Daba vueltas por el salón, furiosa y con la pistola en la mano. Y él… Bueno, él no sabía ni qué hacer ni qué sentir.

Se había imaginado muchas veces cómo sería volver a ver a Sawyer. Algunas veces, quiso matarlo. Otras, quiso hacerle todas las preguntas que habían quedado pendientes entre ellos. En ese momento, sin embargo…, solo sentía cansancio.

—¿Nadie me va a decir lo que pasa? —preguntó Axel desde la mesa, impaciente.

Nadie le respondió, cosa que pareció frustrarlo en exceso.

Albert ya se había recuperado del todo. Estaba sentado a su lado, contemplando los fragmentos de piedra. Lambert se mantenía detrás, aparentemente impasible, pero no quería separarse de su compañero.

Y luego estaba Victoria. Se había sentado en el alféizar de la ventana del salón y recargaba todas las pistolas que habían vaciado. Lo hacía como medida de distracción. O por lo menos eso creía Caleb. Porque no dejaba de echar ojeadas al bosque trasero.

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó Lambert a su jefe.

Albert asintió.

—Ha sido un fallo en la conexión.

—La verdad es que ha molado —comentó Axel—. Ha sido como ver una posesión en directo. Quizá te han salido superpoderes o algo.

—¿Ves que alguien se ría? —ironizó Lambert.

No hubo tiempo para más discusiones, porque entonces Caleb levantó la cabeza. Pasos.

Estaban ahí.

Se incorporó al instante.

Margo

La casa empezó a perfilarse ante ellos. La más bonita que había visto en su vida. O quizá solo se lo parecía por lo que significaba.

Libertad. Libertad, por fin.

Seguridad.

Personas a las que conocía. En las que confiaba.

Por fin.

De haber sido más llorona, quizá se habría puesto a lloriquear de felicidad.

A Sawyer, en cambio, no debió de agradarle tanto. A cada paso que daban, parecía más tenso. Sabía que se avecinaba un reencuentro que no iba a ser demasiado agradable. Margo lo observó con curiosidad. Él se mantenía impasible, pero con los puños apretados.

—Qué casa tan fea —comentó Sawyer, como si aquello estuviera por debajo de su estatus—. Estábamos mejor en mi hotel, pelirroja.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta ser el esposado?

—Oh, me encanta estar esposado, pero no en estas circunstancias.

—Qué gracioso.

—Teniendo en cuenta tus mensajes, pensé que te lo tomarías con más humor.

—¿Qué mensajes? —preguntó Brendan.

—Hablamos de cosas de mayores, Brendan —dijo ella—, no te metas.

Sawyer, por supuesto, empezó a reírse.

Ahora que estaban tan cerca de la libertad, Brendan se detuvo y se acercó a ellos. Lo primero que hizo fue quitárselo de encima a Margo. Lo segundo, volver a colocarle las esposas como correspondía.

—Soy inofensivo —le dijo Sawyer con cierta ironía—, ¿tanto miedo te doy que no puedes soportar que esté libre?

—Quiero que los demás vean lo patético que eres, *jefe*.

Sawyer se limitó a sonreír como si todo aquello estuviera saliendo a la perfección. Brendan no fue tan buen guía como Margo. En lugar de ayudarlo, les dio un tirón a las esposas y lo obligó a seguir andando.

Margo iba a seguirlos, pero entonces oyó un grito ahogado. Hubo un momento de tensión. Por lo menos, hasta que vio que Daniela corría hacia

ella.

—¡Margo! —gritaba su amiga—. ¡Margo, estás viva! ¡¡¡Estás bien!!! ¡No me lo puedo creer!

La sonrisa de la aludida fue mucho más sincera que cualquier cosa que hubiera sentido en las últimas semanas. En cuanto el cuerpo de Daniela impactó contra el suyo, le devolvió el abrazo con todas sus fuerzas. Oh, Dani… Cuánto la había echado de menos, con sus sonrisitas perennes y sus constantes ganas de ver el lado positivo de todo. Cuánto la había necesitado durante todo ese tiempo.

—*¡¡¡Madgooo!!!*

Margo se separó de Daniela. Así que ese era Kyran… Tanto hablar de él y nunca lo había visto en persona. Le sorprendió la confianza que sentía el niño, eso sí, porque se detuvo para ofrecerle un collar de macarrones. Tenía una eme pintada en uno de ellos.

—¿Es mi regalo de bienvenida? —preguntó ella contenta—. Muchas gracias, Kyran.

El niño sonrió ampliamente.

—¡*Madgo* casa!

—Sí, canijo. ¿Qué tal te tratan por aquí?

El niño asintió, aunque no entendió la pregunta.

—Estamos todos bien —aseguró Daniela a su lado—. Aunque, bueno…, todo el mundo está expectante.

Eso último lo dijo mirando a Sawyer. Seguía de pie a un lado, junto a Brendan. A Margo le pareció un poco bizarro que hubieran presenciado todo aquel encuentro. Y más aún que Sawyer estuviera tan cerca de Kyran, teniendo en cuenta que lo buscaba.

Sin embargo, disimuló muy bien. Su mirada estaba clavada en Daniela.

—Otra humana —murmuró aburrido—. ¿Tú también te has liado con alguno de mis extraños?

—¿Y-yo…?

—Y vaya cara de espanto. ¿Tan feo soy?

Daniela frunció el ceño y miró a Margo.

—¿Es él? —susurró la rubia.

—Ajá.

Dani volvió a repasarlo con la mirada. Había algo que no le cuadraba.

—Pero… si está bueno, ¿cómo va a ser él?

—Vaya, gracias. —Sawyer asintió con aprobación—. Ya me siento bienvenido.

—¿Dónde pone que los malos tienen que ser feos? —preguntó Margo.

—No sé, es que no… No me lo imaginaba…

—¿Así de guapo? —sugirió Sawyer.

Brendan, harto de la conversación, les dio otro tirón a las esposas para seguir andando.

Victoria

Brendan lo arrastró tras él. Lo arrastró hasta que todo el mundo pudo verlo.

La habitación se llenó de silencio. Uno tenso y escalofriante. Victoria se mantuvo al margen, todavía con un cartucho lleno entre los dedos. Estaba pendiente de la reacción de Caleb, pero también contuvo la respiración al ver a su amiga. A Margo. A su querida Margo, después de tanto tiempo.

Pero no era lugar para bienvenidas. Ni para saludos, desde luego. Bex tenía su cuchillo en la mano. Mantuvo los ojos muy abiertos y clavados en

Sawyer. Sus nudillos seguían blancos. Aun así, no se movió.

Victoria sabía que alguien tendría que cortar ese silencio. Lo que no esperaba, sin embargo, fue que ese alguien fuera Sawyer. Y que lo hiciera con una sonrisita irónica.

—Sí, hola. Un placer volver a veros. Me encanta que mi llegada genere… esta cantidad de tensión a la extraña orgía emocional que habéis montado en mi ausencia.

De nuevo, nadie dijo nada. Parecían estar esperando a que uno de ellos reaccionara, pero nadie lo hacía. Y Sawyer empezó a mirarlos de uno en uno.

—Bexley —sonrió—, qué bonito ver que has dejado de maquillarte como si quisieras espantar a un fantasma. Si quitaras esa expresión de odio, seguro que conseguirías caerle bien a la gente.

»Y… ¿Axel? Bueno, pensé que a estas alturas ya estarías muerto. Enhorabuena por seguir vivo, supongo.

El aludido parpadeó unas cuantas veces. Parecía que estaba viendo un fantasma.

—Em… ¿Gracias?

—Quizá es menos sorprendente que Brendan uniéndose a alguien por una causa común. Supongo que al final no os eduqué tan mal.

Su mirada siguió paseándose por la habitación. Nadie diría que estaba en una sala llena de gente que quería matarlo, porque se limitó a sonreír.

Especialmente, cuando vio a Victoria.

—Y tú…, claro. Irritantemente viva, por lo que veo.

—Vete a la mierda —siseó ella.

—Noto cierto rencor en el aire.

Finalmente, miró a Caleb. Lo hizo con calma, con expresión serena. El aludido no movió ni un solo músculo. Y, aunque Victoria se tensó, Sawyer

terminó por apartar la mirada y ampliar la sonrisita prepotente.

—Bueno, ¿ahora es cuando me matáis entre todos? —preguntó—. ¿O vais a prolongar la espera?

—Está herido —observó Albert.

A él no le había hecho ni el mínimo caso. Incluso cuando habló, Sawyer hizo como si no existiera.

Victoria se mantuvo en silencio. No sabía qué hacer. Nadie se movía. Incluso Bex, que hasta un momento atrás había estado repasando todo lo que le haría, permanecía en un rincón de la habitación con los ojos clavados en él, pero sin actuar. Sin moverse. Como si estuviera viendo un fantasma.

Y Lambert… volvía a ser un gato.

Qué casa tan surrealista.

—Deberíamos curarlo —comentó Albert—. Y mantenerlo con vida el tiempo suficiente para que nos dé algunas respuestas.

—¿Respuestas? —repitió Sawyer—. Oh, por favor… Ahorradme el dolor de cabeza.

—¿Puedes callarte cinco minutos? —espetó Margo de pronto.

—¿Y que os perdáis el encanto que me ha dado la naturaleza? Oh, sería incapaz.

Ella sacudió la cabeza. Brendan, curiosamente, sonreía con cierta ironía. Victoria trató de entenderlo a través del vínculo y le sorprendió encontrar un poco de respeto. Quizá era capaz de apreciar que Sawyer se mantuviera tan tranquilo, dadas las circunstancias. Porque, si Brendan fuera el esposado, se comportaría exactamente igual.

—A mí me viene bien cualquier plan —comentó él—. Pero, si queréis que viva más de dos horas, deberíamos echarle un vistazo a la herida.

—Puedo encargarme yo —ofreció Dani tímidamente—. Si… todo el mundo está de acuerdo, claro.

Todas las miradas fueron a parar sobre Bex. Mantenía el cuchillo tan apretado que a Victoria empezó a preocuparle que fuera a hacerse daño.

Pensó que se lanzaría sobre él. Que lo apuñalaría incluso. Pensó muchas cosas. Sin embargo, respiró hondo y se guardó el cuchillo en la cinta del pecho.

—Vamos a curarlo —dijo—, pero *yo* lo sujeto.

A Sawyer le hizo mucha gracia su actitud. Incluso cuando ella, con pocos miramientos, se acercó y tiró de sus esposas con todas sus fuerzas. El herido dio un traspié hacia delante y, divertido, se vio obligado a seguirla. Daniela iba tras ellos.

Mientras subían las escaleras, Victoria contempló a Kyran. Se mantenía pegado a Margo, como si le sirviera de escudo humano. También la contempló a ella. A su amiga. No sabía si decirle algo. No tenía ni idea de lo que habría pasado con ese cabrón.

—Hola, Margo —dijo en voz baja.

Margo se volvió y le dedicó una pequeña sonrisa.

—Hola, Vic. No te imaginas qué bueno es verte otra vez.

Victoria agachó la cabeza. Por algún motivo, se sentía avergonzada. Quizá era porque había tardado mucho en recordarla. O porque, de alguna forma, le daba miedo no ser la amiga que ella recordaba. No estar a la altura.

Pero Margo no era como Dani y no se quedó en la bienvenida incómoda. En su lugar, suspiró y señaló la cocina.

—Por favor…, decidme que tenéis algo hidratante. Y una ducha funcional.

29

Caleb

Cavar. Sí. Cavar era una buena idea. Lo mantenía ocupado y sin pensar. Cavar. Cavar era bueno.

Clavó la pala en el suelo, levantó tanta tierra como pudo y la lanzó a un lado. Tras los dos primeros hoyos, los músculos de los brazos empezaban a flojearle. Y los hombros, a dolerle. Pero nada se comparaba con lo que había sentido en esa cocina, así que siguió clavando la pala, levantando la tierra y lanzándola a un lado.

Estaba tan distraído que apenas notó que alguien se detenía en lo alto de su hoyo. Caleb se detuvo un momento, molesto. Al menos, hasta que vio a Kyran. Observaba el proceso con curiosidad e inocencia, sin entender muy bien qué iba a hacer.

—*¿Pantita?* —preguntó.

—Sí…, es algo parecido al funeral de Plantita.

Kyran asintió, aunque seguramente no había entendido nada. Después, con una pala pequeñita que había encontrado en algún lado, empezó a cavar un pequeño hoyo no muy lejos de Caleb.

Albert también deambulaba por el patio. Lo hacía con los brazos en jarras y el mentón alto, como si fuera un maestro de obras. Hasta ese momento, no osó acercarse a Caleb y hablarle. Sin embargo, al ver que con Kyran era mínimamente simpático, se envalentonó y se aproximó a su hoyo.

—Madre mía —comentó—. Llevaba setenta y dos años sin meterme en una pelea… ¡La adrenalina fluye por mis venas!

—Ni te has acercado a la pelea.

—Pero la he vivido con mucha intensidad. Además, ¿cómo habría empezado si no hubiera sido por mí?

Caleb quiso decirle que hubiera preferido que no empezara. Que preferiría no oír la voz de Sawyer en el piso superior de aquella casa. Que prefería la tensión anticipativa de antes a la tensión del peligro actual.

—La buena noticia es que todo el mundo sigue vivo —comentó Albert —. Menos los del bosque, claro. Esos no están muy vivos.

Eso iba a ser un chiste, pero nadie se rio. Incluso Kyran dejó de dar golpes al suelo con la pala, extrañado.

Albert carraspeó y volvió a centrarse.

—Tu habilidad me parece interesante, Caleb. Bueno, una de ellas. Aunque la otra tampoco me desagrada.

Él se limitó a clavar la pala en el suelo. Lo hizo con tanta fuerza que notó la vibración bajo sus dedos.

—Gracias.

—Un rastreador nato.

—Si vas a hacer una broma sobre perros, ahórratela.

—¿Bromas? No, en absoluto. De hecho, quería hacerte una propuesta.

Caleb, por un momento, dejó de cavar. Estaba harto. Entre Sawyer, la tensión de todo el día, el cansancio y el tener que enterrar tres cadáveres… Sí, empezaba a estar harto de recibir nueva información.

—Vale —dijo Albert—, imagino que quizá no es el mejor momento, pero no quería perder la oportunidad. Después de todo, mi tiempo con vosotros es limitado.

—¿Qué propuesta es?

—Bueno, he visto cómo vives actualmente. Y, gracias a tus compañeros, puedo imaginarme cómo has vivido hasta ahora. No es una vida fácil. Y, aunque hay cosas que no puedes dejar atrás, quizá haya un día en el que quieras empezar de cero. Dejar que te cuiden y tener un trabajo al que poder dedicar tu tiempo. Ese día, me gustaría que me contactaras.

Caleb apoyó un brazo en la pala. Tenía manchas de tierra por todo el cuerpo. Y seguramente se puso más en la frente al frotársela. Miró a Albert por encima del hombro, cansado.

—¿Me estás ofreciendo trabajo? —preguntó.

—Digamos que tengo un sexto sentido con estas cosas. Se me da bien ver qué personas necesitan una salida o una ocupación. Y, con tu habilidad…, podríamos hacer muy buen equipo.

Caleb no dijo nada durante lo que pareció una eternidad. Entonces, sacudió la cabeza.

—Ese hombre que está en el piso de arriba —murmuró— es el mismo que me dijo todo eso cuando era un niño. Me prometió un hogar, una familia… y una ocupación, claro. He tardado más de una década en entender que solo se aprovechó de mí. Y, ahora…, ¿pretendes que haga lo mismo contigo?

Albert pareció un poco ofendido con la comparación. Caleb, sin embargo, siguió cavando y dándole la espalda.

—No tengo interés en ningún trabajo —masculló Caleb—. Ni en nada.

Cuando lanzó otro montón de tierra al aire, Albert ya había vuelto a entrar en la casa.

Victoria

Ver las curas que Daniela le hacía a Sawyer resultó ser un verdadero suplicio.

En primer lugar, Dani se había puesto muy nerviosa con la perspectiva de tener que acercarse tanto a alguien que le daba tanto miedo. No dejaba de echarle ojeadas temerosas. Y no ayudaba que, aunque Sawyer estuviera sentado en la cama y con una mano esposada al cabecero, Bex se mantuviera a su lado con la punta de un cuchillo clavada en su garganta.

—Muévete —retaba ella—. Venga, dame un motivo para perder el pulso.

Sawyer había llegado con sonrisitas engreídas, pero empezaba a parecer cansado.

Victoria estaba sentada en el alféizar de la ventana. De vez en cuando, echaba ojeadas al patio. Kyran jugaba con su pala, mientras que Caleb cavaba hoyos como un poseso. Quiso ir a hablar con él, pero pensó que sería mejor idea dejarle un poco de espacio para aclararse. Además, prefería asegurarse de que el cabrón de Sawyer no escapara. Por ello, había subido con la pistola en la mano. Y ahí seguía, bien visible.

En ese momento, Sawyer contuvo la respiración cuando Daniela, sin querer, le hizo daño con la aguja. Estaba poniéndole puntos de sutura como podía.

—¡Perdón! —chilló ella—. Es que…

—Oh, pero no le pidas perdón —protestó Bex—. ¿Quieres que se la clave yo? Está aquí para eso.

Sawyer sonrió con ironía. Bex, a modo de respuesta, le devolvió la sonrisa y empujó su cabeza hacia atrás con el cuchillo. Llegados a ese punto, Victoria estaba segura de que él debía tener el cuello destrozado por el dolor. Y la cabeza por la tensión. Aunque, por supuesto, no dijo nada.

—¿No tenías a nadie más capaz para curarme? —preguntó Sawyer, como si no estuviera amenazado de vida por dos de las tres personas que lo rodeaban—. La humana va a terminar de destrozarme el brazo.

—¿Quieres que lo intente yo? —preguntó Victoria.

Sawyer se volvió como si por fin hubiera conseguido ver la luz al final del túnel. Incluso se permitió aumentar la sonrisa prepotente y odiosa.

—Vaya, si el cachorrito ha vuelto a encontrar su lengua.

—Ojalá te hubieran disparado precisamente en la lengua.

—Creo que a tu amiguita pelirroja no le gustaría, le encanta mi lengua.

Victoria apretó la pistola con fuerza.

—No te atrevas a hablar de ella.

—Oh, pero nos hemos hecho amigos. ¿No te lo ha contado?

—Tenemos mejores temas de conversación que *tú*.

—Sin embargo, aquí estás, conmigo y no con ella.

Tenía razón el cabrón. Sawyer tenía la extraña habilidad de tener siempre la razón y, aun así, ser tan horrible que la perdía. Victoria lo detestaba.

—Qué suerte tienes de que Margo estuviera contigo y no yo —murmuró finalmente.

Sawyer se rio entre dientes. Bex apretó el cuchillo, pero no pareció importarle.

—Habría sido un final un poco triste, cachorrito. Ahí, en medio del bosque… No es lo que esperaba de pequeño.

—¿Y qué tenías pensado?

—Que esté tu amiga, por supuesto.

Victoria estuvo a punto de lanzarle la pistola a la cabeza. No obstante, Bex se adelantó: lo agarró del mentón sin mucho cuidado y lo obligó a centrarse en ella.

—Estaré yo —aseguró—, para ser la que apriete el gatillo. Ahora, cierra la puta boca.

Lo soltó con la misma delicadeza. La espalda de Sawyer chocó contra el cabecero, pero él hizo como si no se hubiera dado cuenta. Y Daniela, que se había detenido un momento por las menciones a su amiga, se apresuró a volver a su trabajo. Lo hizo con un poquito menos de amor, que para Daniela era como alcanzar su máximo grado de villana.

En algún momento, Sawyer empezó a removerse con incomodidad. Ella no se detuvo, aunque apretó los labios.

—¿Puedes ir con más cuidado? —masculló él, molesto.

—Irá con cuidado cuando dejes de matar y secuestrar a sus amigos —ladró Bex—. Dani, haz lo que tengas que hacer.

Sin embargo, ella empezó a ser suave otra vez.

—Ya casi estoy —aseguró—. Seguro que ya no duele tanto. ¿Estás bien?

—Nunca he estado mejor —ironizó Sawyer entre dientes.

Bex sonreía.

—Adoro esto.

Él no dijo nada. Al cabo de unos segundos, Daniela volvió a incorporarse y a dejar todos sus utensilios sobre la cama. Pese a tener las manos manchadas de sangre, no pareció demasiado espantada. A veces, a Victoria se le olvidaba lo acostumbrada que estaba su amiga a las situaciones de emergencia.

—Ya está —anunció—. He cosido la parte del codo, pero prefiero dejar el antebrazo con la venda limpia. Si se infecta… Bueno, digamos que no te gustaría mucho.

—Qué detalle —ironizó Sawyer—. Ahora, ¿vais a dejar que me limpie un poco? Estoy lleno de sangre, tierra y mierda de todo tipo.

A Bex le encantó que su mayor preocupación fuera la higiene. Especialmente, cuando señaló el cubo de agua fría y el trapo que le habían dejado junto a la cama.

Sawyer, a diferencia de ella, hizo una mueca de horror absoluto.

—Será una broma.

—Empieza a acostumbrarte, se acabaron los lujos.

Margo

—Así que… hay un vampiro en la casa.

Apenas llevaba una hora con ellos y ya estaba empezando a preguntarse si se le había ido la cabeza.

Axel, que estaba atado al otro lado de la mesa, se encogió de hombros como pudo.

—Sí.

—Y… tú sigues atado porque no nos fiamos de ti.

—Sí.

—Porque le diste una paliza a Victoria hace meses.

—¿Cuánto tiempo más vais a echármelo en cara? ¡Fue… enajenación mental de esa!

—Y, si no lo he entendido mal, el pelirrojo que está sentado en el tejado es Bigotitos.

Margo ya no sabía ni qué decir. Se había calentado un plato de sopa que le había sobrado a Kyran, pero no tenía mucha hambre. Muchas emociones

en muy poco tiempo. Y, aunque se había duchado a conciencia, seguía con la sensación pegajosa de la sangre encima. De hecho, no había podido quitarse toda la suciedad de debajo de las uñas. Y eso que había estado frotando durante un buen rato.

Kyran estaba sentado a su lado, pues ya se había aburrido de cavar hoyos en el patio. Tenía unas cuantas hojas esparcidas por la mesa y dibujaba muñequitos con mucha concentración. Como de costumbre, no les prestaba demasiada atención.

—Siento que me he perdido demasiadas cosas —murmuró ella, removiendo la sopa—. Kyran, dime que tú sigues igual, por lo menos.

El pequeño asintió y le ofreció una sonrisita.

—*Biotitos* niño.

—Ya…, eso he visto. ¿Y qué tal se porta contigo?

Kyran se encogió de hombros.

—*Bie* —dijo al final—. Mal con *Biotitos*…

—¿Y eso?

Kyran empezó a murmurar para sí mismo. Margo supuso que era una explicación de que, una vez, Bigotitos le contó que Brendan se había portado mal con él. Aquello le llevó a preguntarse cuánto hacía que Kyran lo había visto en forma humana.

Fue entonces cuando se fijó en que estaba clavando la pintura roja en uno de los muñequitos. Margo se inclinó, intrigada.

—¿Qué haces con el rojo?

—*¡Muete!*

—¿Eh? ¿A quién?

—¡¡¡*Bendan* malo!!!

Justo cuando Margo intentó quitarle las pinturas, Brendan entró en la habitación. Contempló la escena con una ceja enarcada.

—¿Qué hace? —le preguntó a Margo.

—¡¡¡*Muete!!!* —chilló el niño.

—¿En serio? ¿A quién?

—¡A nadie! —aseguró Margo enseguida—. Kyran, cariño, ¿por qué no vas a buscar a Bigotitos y le dices que baje con nosotros?

El niño no se tomó muy bien que le robaran las pinturas. Aun así, bajó de la silla con un saltito y se encaminó hacia las escaleras. También aprovechó para dedicarle una miradita de rencor a Brendan. Este dio un respingo cuando, de pronto, el niño lo pisó a propósito al pasar por su lado.

Caleb

Los hoyos no habían sido suficiente distracción. Tras enterrar todos los cadáveres —una frase que pensó con una despreocupación que quizá no debería sentir—, se sentó en los escalones del porche y metió la mano en el bolsillo.

En medio de todo el caos de aquellas horas, Caleb se dedicó a recoger los fragmentos rotos de la piedra negra. Le pareció curioso encontrar otro trocito en la zona donde habían encontrado a Sawyer, junto a uno de los cadáveres. Se había hecho con todo aquello sin saber muy bien por qué. Y, aunque podía parecer una pérdida de tiempo, agradeció tener algo que hacer mientras los demás se ocupaban de todo.

Los fragmentos eran bastante pequeños, pero, cuando se unían, no necesitaban ningún tipo de adhesivo. El problema no era mantenerlos unidos, sino encontrar la pieza perfecta. Era como montar un puzle. De

pequeño, le encantaban los puzles. Era de las pocas cosas positivas que se veía capaz de recordar.

Seguía uniendo piezas cuando notó una presencia muy familiar y bienvenida acercándose a él. Victoria se apoyó en su hombro para sentarse a su lado, en el escalón. Seguía llevando el chaleco antibalas, el pelo atado y mantenía las manchas de sangre en la cara. Ni siquiera había soltado la pistola.

Aunque, pensándolo bien, Caleb no era el más indicado para juzgar a nadie, pues iba manchado de tierra de arriba abajo y estaba montando una piedra rota.

—¿Cansado? —preguntó Victoria.

De toda la compañía que podría tener, Caleb solo quería la de Victoria. Tener a los demás al lado suponía un esfuerzo. Tenerla a ella, en cambio…, era soltar un peso que había sostenido mucho tiempo sobre los hombros, hablar de cosas que no trataría con nadie más. Era un lugar seguro, aunque sonara a locura.

—No —murmuró él—. Tengo demasiadas cosas en la cabeza como para cansarme.

Ella no dijo nada, pero pudo oír cómo se reía entre dientes. Lo hizo con poco humor, solo para disipar la tensión que había en ese patio.

Victoria dejó pasar unos segundos de silencio. Entonces, dejó la pistola entre sus pies para acercarse un poco más a Caleb. Observó su esfuerzo con las partes de la piedra. Por supuesto, no lo juzgó.

—¿Quieres saber cómo está? —preguntó, sin embargo.

Caleb no necesitó que mencionara a Sawyer para saber que se refería a él. Con los labios apretados, lo consideró. ¿Realmente le importaba? Había querido que muriera durante mucho tiempo.

—¿Está vivo? —preguntó al final.

—Sí.

—No necesito saber más.

—Pero sabes que vamos a interrogarlo, ¿verdad?

Sí que lo sabía, pero no esperaba que fuera a ser ese mismo día. Durante un instante, fue incapaz de centrarse en la piedra. O en nada. Su mente había viajado muy lejos. Concretamente, al sótano de su anterior casa. Ese sótano. Las horas que pasó en él. Los puzles que hizo solo.

Caleb tragó saliva y siguió reparando el comunicador. O lo que fuera aquello.

—¿Lo hará el vampiro? —preguntó.

—Sí. Aunque me ha pedido ayuda. Creo que se fía más de mí que de Brendan y Bex.

—¿Y de mí?

Victoria suspiró.

—Pues… eso venía a preguntarte. Si quieres estar, me parece bien. Si prefieres quedarte fuera, también.

—No voy a dejar que me intimide, Victoria.

—Una cosa es no dejar que te intimide y otra pasarlo mal por su culpa.

—Estoy bien.

—No tienes que demostrarle nada a nadie. Lo sabes, ¿verdad?

Quiso decirle que sí, que lo sabía, pero no estaba seguro. Porque, desde que había vuelto ver a Sawyer, se sentía como un niño pequeño e inútil, incapaz de tomar una buena decisión. Incapaz, sobre todo, de enfrentarse a la situación.

—Quiero demostrarme a mí mismo que puedo estar en la misma habitación que él.

Victoria apoyó, de nuevo, la mano en su hombro. Y estuvieron en silencio durante todo el tiempo que Caleb necesitó.

Margo

Bex estaba sentada ante la puerta cerrada del dormitorio. Lanzaba el cuchillo a la pared, lo recogía y volvía a lanzarlo. Su puntería era un poco perturbadora. Y sorprendente, teniendo en cuenta que estaba sentada de cualquier manera, con un brazo apoyado en la rodilla y la otra pierna estirada. Si era capaz de lanzar tan bien sin tan solo intentarlo… Bueno, Margo se alegraba de tenerla de su lado.

Al oírla llegar, Bex levantó la cabeza y le dirigió una mirada inquisitiva. Especialmente cuando vio que Margo llevaba un vaso de agua.

—¿Es para él? —masculló Bex.

—Órdenes de Dani.

—¿Cuándo hemos empezado a permitir que los humanos nos deis órdenes?

—Bueno…, precisamente porque somos humanos sabemos que se va a deshidratar. Hemos sudado, sangrado y llevamos un buen rato aguantando este calor insoportable. ¿Quieres que sobreviva o no?

A Bex pareció gustarle la perspectiva de dejar que muriera de sed. Aun así, se apartó un poco y empujó la puerta con la espalda.

Margo entró en la habitación con los hombros tensos. Le consolaba un poco que Bex hubiera dejado la puerta abierta, pero no entró con ella. El ruido del cuchillo contra la pared la acompañó durante todo el camino. Y no se detuvo hasta que estuvo delante de Sawyer.

Tenía un aspecto bastante lamentable. Margo estaba acostumbrada a verlo en el lugar de mando, con su ropa cara y su pelo impoluto. Ahora

estaba despeinado, las ojeras enmarcaban su rostro y tenía varios botones de la camisa rotos. También le habían vendado el brazo herido, aunque no le habían quitado la sangre seca de todo el cuerpo. Y, aunque él había intentado lavarse con el cubo de agua, seguía teniendo manchas de sangre y tierra por todas partes. Especialmente, en el cuello y en el pecho. Margo supuso que, sin espejo, sería difícil limpiarse.

En esos momentos, Sawyer estaba sentado en la cama. Su brazo bueno estaba esposado al cabecero de la cama y mantenía el malo apoyado en su regazo. La contemplaba con cansancio.

Margo había pasado muchas horas con él, pero jamás le había parecido tan… humano. Tan agotado.

—Debería darle las gracias a Doyle —murmuró Sawyer—. Sin quererlo, me destrozó la única parte del cuerpo que podía hacer que nos siguiera. O quizá lo hizo queriendo y entonces tenemos un aliado un poco cabrón.

Ella no supo qué decir. Se acercó en silencio y dejó el vaso sobre la mesita de noche. No le importaba demasiado acercarse a él. Podía hacerle daño, sí, pero… dudaba que fuera a hacerlo. ¿Qué ganaría con ello a esas alturas? Además, si quisiera hacerle daño, podría haberlo hecho en decenas de ocasiones. En el bosque, por ejemplo. Pero le dio la pistola.

Margo suspiró y se sentó en la cama, a una distancia prudencial. Sawyer le lanzó un vistazo al vaso de agua, pero no hizo ademán de beber.

—Dani dice que es importante que te hidrates —dijo ella—. Has perdido mucha sangre.

—Me quitaste la piedra del brazo, ¿verdad?

Margo se removió, incómoda.

—Sí.

Por algún motivo, se sintió obligada a dar muchas explicaciones que él no había pedido.

—No dejabas de sangrar y el tatuaje… No sé, hacía cosas raras. Me pareció lógico. Y funcionó, así que… De nada, supongo.

Sawyer no hizo un comentario irónico. Tampoco sonrió. Simplemente, observó detenidamente la herida de su brazo, que ahora estaba cubierta por una venda limpia.

Margo empezaba a sentirse incómoda con el silencio y con su falta de reacción.

—¿No vas a preguntarme qué van a hacer contigo?

—Darme la comida y bebida justa para que no muera, curarme la herida por el mismo motivo e interrogarme, supongo. Sé lo que harán. Los he visto crecer, aunque no les guste admitirlo.

—No pareces muy… asustado.

Él esbozó una sombra de sonrisa.

—¿Por qué debería estarlo?

—Bueno…, no sé, hay mucha gente aquí que no te tiene mucho aprecio.

—¿Y me harás creer que tú me tienes aprecio?

No, no se lo tenía. O quizá sí, pero uno distante y lleno de dudas. Pero, desde que le había salvado la vida, Margo se sentía responsable de él. Era difícil explicarlo. Pasar por una situación como aquella con él había hecho que, de alguna forma, lo viera más humano. Y odiaba esa sensación.

—Solo digo —murmuró— que mucha gente aquí tiene ganas de… Em…

—¿De matarme? Pelirroja, llevo muchos años preparado para morir. Son cosas a las que te acostumbras cuando te dedicas a lo que me dedico yo. Además, después de lo que he hecho, que me maten es lo mejor que me puede pasar.

—¿Y qué has hecho?

—Oh, Bexley está escuchando, no me gustaría quitarle el placer de sacarme esa información a punta de cuchillo. O por lo menos de intentarlo.

Margo supuso que no iba a sacarle nada más. Inconscientemente, había deseado que le diera algún tipo de información útil. Algo que la ayudara a no ver más escenas de tortura. Seguía teniendo la de Marty muy presente.

Pasaron unos segundos en silencio. Margo intentaba quitarse las manchas de sangre de debajo de las uñas. A esas alturas, empezaba a pensar que eran psicológicas y que solo ella podía verlas.

Fue al minuto cuando Sawyer levantó la cabeza y por fin la miró.

—¿Qué quieres? —preguntó directamente.

—¿Eh?

—No has subido a darme un vaso de agua ni a advertirme de lo que ya sé que me harán. Así que, dime: ¿qué quieres?

De pronto, Margo se sintió demasiado vista. Demasiado expuesta. Fue su turno para apartar la mirada.

—No… No dejo de ver al tipo del coche —murmuró finalmente—. Al que…

—¿Al que mataste?

Ella no lo habría dicho de forma tan directa, pero… sí. Esa era la conclusión. Había matado a alguien. Lo había hecho.

—Sí —murmuró.

—Oh, ¿primera muerte? Cuando lleves más de cincuenta, empezará a importar menos.

—No tiene gracia —espetó ella.

Ni siquiera estaba segura de por qué se lo contaba a él. Quizá le daba vergüenza hablar de ello con los demás, que la conocían mejor. Que podían juzgarla. No quería ni imaginarse la decepción de Victoria o la perplejidad de Dani. No quería que empezaran a mirarla como si no fuera ella. Y quizá no lo harían, pero la propia Margo se sentía como si no pudiera mirarse a sí misma de la misma forma.

Sawyer, al verla tan seria, suspiró y se encogió de hombros.

—Hiciste lo que tenías que hacer. Si no lo hubieras hecho, seguramente los muertos seríamos nosotros.

—Sí, pero… es que…

—¿Qué?

Margo apretó los labios. Bajó el tono también. No quería que Bex la oyera. Y, por algún motivo que desconocía, sentía que él no iba a juzgarla. Quizá porque lo había vivido con ella.

—No me sentí mal —admitió finalmente—. No… No me he arrepentido hasta ahora. De hecho, sentí… alivio. Y un chute de adrenalina que no había sentido en la vida. ¿Eso me convierte en una mala persona?

La última pregunta se le escapó. Quizá no debería haberla hecho, porque le estaba dando herramientas para herirla más tarde. Además, no estaba acostumbrada a hablar tanto de sus emociones.

Sin embargo, Sawyer la sorprendió al no burlarse. No sonrió ni hizo ningún gesto de desprecio. Simplemente consideró la pregunta.

—Depende de lo que consideres «mala persona» —respondió al final—. Tenemos tendencia a pensar que las decisiones son buenas o malas, y que solo existen héroes y villanos. Pero, cuando empiezas a analizar los detalles, te das cuenta de que los héroes también cometen atrocidades. Y de que los villanos tienen un hogar al que volver. Y de que la vida es una escala de grises, no un mural en blanco y negro. Así que, respondiendo a tu pregunta: no, no creo que seas mala persona. Creo que hiciste lo necesario para sobrevivir. Lo que habría hecho cualquiera.

—No todo el mundo sería capaz de matar a alguien y seguir con su vida…

—Bueno, esa es la maldición de los que sobreviven: tienes el privilegio de hacerte preguntas. Y es un privilegio, pelirroja. Podríamos ser dos

cadáveres de ese coche, pero estamos debatiendo sobre si hemos tomado las decisiones correctas. Y eso te lo debo a ti, así que supongo que estamos en paz. Con el tiempo, dejarás de hacerte tantas preguntas. No porque hayas encontrado una respuesta, sino porque te darás cuenta de que no siempre la necesitas.

Margo analizó sus palabras. Para su propio asombro…, le habían servido. Seguía recreando la imagen de ese hombre en su cabeza, pero no de la misma forma. Se sentía… mejor.

¿Por qué se sentía mejor al hablar con ese idiota?

Confusa, le devolvió la mirada. Sin embargo, Sawyer estaba centrado en la puerta de su dormitorio-celda. Toda expresión seria se había esfumado y ahora lucía la misma sonrisita despectiva de antes. Incluso su lenguaje corporal había cambiado a uno mucho más enérgico y defensivo.

Victoria estaba en la puerta con la pistola en la mano. Intercambió una mirada entre ambos y después se centró en Sawyer.

—Hora de que respondas a unas cuantas preguntas —masculló—. En pie.

Sawyer suspiró como si aquello fuera lo más aburrido que le habían propuesto en su vida.

—¿Tiene que ser ahora? Estábamos en un momento muy íntimo, cachorrito.

Margo se levantó de forma automática, como si quisiera negarlo. Victoria, en cambio, se acercó a él con el ceño fruncido. Estaba muy cabreada. Y eso, claro, hizo que él empezara a reírse entre dientes.

Incluso cuando lo puso de pie y empezó a tirar de sus esposas, mantuvo la expresión provocadora.

30

Caleb

Estaba ansioso. Mucho más de lo que querría admitir.

Caleb permaneció en un rincón del sótano que habían habilitado como gimnasio. Oía la voz de Kyran en el piso superior, junto con Daniela y Brendan. Era una curiosa combinación. Aunque los tres parecían llevarse relativamente bien.

El gimnasio, sin embargo, no estaba lleno de risas y voces. Permanecía en completo silencio. Bex había colocado una silla de madera en el centro de la habitación, bajo una de las bombillas, y se estaba asegurando de que tenía un mínimo de resistencia. Sentado en el banco del otro lado, Axel lo contemplaba todo con una mirada fija y seria. Albert era el único que permanecía de pie junto a Bex.

—Está bien —le aseguró este—. Ya puedes marcharte.

—¿Te crees que me iré justo antes de que empiece la diversión? Y una mierda.

—Como quieras, pero voy a necesitar silencio.

Bex se incorporó de nuevo. Le daba vueltas al cuchillo entre sus dedos, como si fuera un lápiz.

—¿Seguro que quieres a Axel? —preguntó—. Es imprevisible.

—Me ayudará si es necesario.

Su tono empezó a ser impaciente, como si se hubiera hartado de que lo cuestionaran. Bex se encogió de hombros y fue junto a los demás.

A Caleb toda aquella escena le recordaba al sótano de su antigua casa. Quizá no había correas, la sala no era redonda y las estanterías no estaban tan llenas que te provocaban sensación de ahogo, pero… le iban a hacer a Sawyer lo mismo que él les había hecho durante años. Y, aunque debería alegrarse, Caleb solo pudo sentir cansancio.

Estaba pensando en ello cuando de pronto un gato pelirrojo entró en la sala. Lo hizo con sigilo, pero rápidamente. Fue directo hacia Albert. A medida que se iba acercando, Lambert empezó a transformarse otra vez. Para cuando llegó a su jefe, volvía a ser humano.

—Albert —dijo con alarma—, tengo que decirt…

—Ahora, no.

—Es importante.

—¿Más importante que esto? Camúflate.

Lambert apretó los labios con fuerza, como si no estuviera de acuerdo con la orden, pero no quisiera contradecirla. Al final, estiró los brazos y se agachó. Para cuando tocó el suelo, volvía a ser un gato.

Uno que fue directo junto a Caleb. Ambos intercambiaron una mirada. Parecían los únicos que no se sentían del todo cómodos con la situación. Que preferirían estar en cualquier otro lugar. No les quedó más remedio que hacerse compañía en la resistencia.

Entonces, Caleb se centró en la puerta. Oía los pasos de Victoria y Sawyer bajando las escaleras. Entraron en el sótano pocos segundos

después. Margo iba tras ellos, pero se quedó en el marco de la puerta. No parecía que quisiera ser testigo de lo que fuera a pasar ahí dentro, pero tampoco era capaz de marcharse. Y Caleb no iba a culparla por ello.

Sawyer tenía un aspecto lamentable. Para Caleb, seguía siendo el hombre alto, misterioso y fuerte que siempre había guardado en la retina. Su mente, de alguna forma, le había hecho olvidar los últimos meses de paranoia, de órdenes sin sentido, de duplicar su seguridad y de culpar a todos de las decisiones que tomaba.

Le sorprendió ver lo consumido que parecía. No solo por la sangre y la suciedad, ni tampoco por la ropa rasgada y arrugada, pero estaba mucho más delgado que la última vez que se habían visto. Su pelo había crecido. Sus ojeras, también. Y, pese a la sonrisita altiva que lucía, era obvio que solo tenía ganas de cerrar los ojos y dormir.

Por primera vez en su vida, Caleb sintió lástima por él.

Al menos, hasta que recordó lo que intentó hacerle a Victoria. Y, sobre todo, lo que había conseguido hacerle a Iver.

—Qué reunión tan acogedora —murmuró Sawyer mientras Victoria lo arrastraba hacia la silla—. Me siento como en casa.

—Cállate —ordenó Bex.

Él se rio entre dientes.

Victoria ignoraba sus tonterías. Tiró de las esposas hasta que una de ellas quedó anclada en el reposabrazos de la silla y entonces se apartó de él. Sawyer se había sentado con las piernas separadas y los codos apoyados en las barras. Parecía que estaba tomando el sol en una terraza y no siendo interrogado.

Repasó la habitación con la mirada, curioso. De nuevo, no se detuvo en Caleb. Hizo como si no existiera.

Él empezaba a sentirse molesto. Y era ridículo, porque no quería su aprobación. Ni su atención. No quería nada de él. Aun así, que ignorara su existencia… era doloroso.

—¿En qué va a consistir esto? —preguntó Sawyer—. ¿Quién hace las preguntas? ¿Me vais a torturar? Si es así, me gustaría ducharme antes. Dejadme morir con dignidad, por lo menos.

—Cállate —repitió Bex—. Para ti, se acabaron las duchas y la comida caliente y cualquier mierda que puedas…

Albert carraspeó de forma ruidosa. Ella se ahorró el resto del discurso.

—Vadim Sawyer —anunció el vampiro—, es un placer conocerte por fin. He oído hablar mucho de ti.

Sawyer lo repasó con la mirada.

—¿Y tú qué eres? ¿Un gremlin?

—Voy a hacerte unas cuantas preguntas —siguió Albert, como si no hubiera oído nada—. Como podrás imaginarte, la única razón de tu supervivencia es que me des la información que necesito.

—Sigues asumiendo que tengo algún interés en sobrevivir a esto.

—Si no respondes, tengo otros métodos de sacar información.

—¿Tortura? Por favor…, un poquito de originalidad.

—No se refiere a tortura —aseguró Victoria tras él.

Sawyer no se volvió para mirarla, pero debió de percibir su sonrisa satisfecha. Un poco menos divertido, enarcó una ceja.

—¿Vas a llorar muy muy fuerte para que te haga caso, cachorrito? Parece ser que con Caleb funcionó.

Al oír su nombre, Caleb se tensó un poco. Seguía sin mirar en su dirección.

—No voy a llorar —aseguró Victoria sin inmutarse—. Voy a poner las manos en esa sucia cabecita, me concentraré y daré un paseo alrededor de

tus recuerdos, a ver si encuentro algo interesante. Y, si eso no es suficiente, tenemos a Axel para meterte, literalmente, en tus peores recuerdos hasta que te coma la desesperación.

Curiosamente, Axel pareció muy orgulloso de tener un rol que cumplir. Y eso que seguía mirando a Sawyer como si fuera un cachorrito que intenta disimular una gamberrada.

Sawyer mantuvo la vista clavada en el frente. A simple vista, nadie diría que aquello lo había intimidado demasiado. Caleb, sin embargo, oyó el aumento de sus latidos. Se había puesto nervioso.

—Qué miedo —ironizó—. El traidor y la no-muerta… Un dúo que nadie sabía que necesitábamos.

—Puedo oír tu pulso —murmuró Caleb—. Finge todo lo que quieras, pero te has puesto nervioso.

Por primera vez desde su llegada, Sawyer se volvió para mirarlo.

Caleb mantuvo los labios apretados. No quería cambiar su expresión ni mostrarle lo difícil que aquello estaba siendo para él. Qué suerte tenía de que Sawyer no pudiera oír su corazón.

Su antiguo jefe, la persona que lo había criado, enarcó una ceja.

—Mira quién ha decidido dirigirme la palabra por fin.

Esperó una burla parecida a la que habían recibido todos los demás, pero esta no llegó. De hecho, Caleb tuvo que responder porque no soportaba el silencio que se había formado.

—No tengo nada que decirte —aseguró.

—¿De verdad? ¿No tienes reclamaciones ni reproches?

Caleb no reaccionó. Sawyer pareció divertido.

—Mírate… Qué buen trabajo hice contigo.

Antes de que pudiera decir nada más, Victoria se adelantó y le empujó bruscamente la cabeza. Sawyer se vio obligado a mirar de nuevo al frente.

Y, por lo tanto, a centrarse en Albert.

—Déjalo en paz —advirtió Victoria en voz baja.

—Cachorrito, no te ofendas, pero jamás entenderías…

—Vamos a centrarnos —interrumpió Albert—. No estamos aquí para que viváis un reencuentro.

—¿Y para qué estamos aquí? —preguntó Sawyer aburrido.

—Para empezar: hablemos del hechicero para el que trabajas.

Caleb se inclinó hacia delante de forma inconsciente. A su lado, el gato mantenía la mirada fija en Sawyer. Ambos estaban atentos a cualquier señal, a cualquier latido irregular. Caleb conocía a Sawyer; por fuera, iba a ser muy complicado saber si mentía o manipulaba la verdad. Por dentro, en cambio, era tan humano como cualquiera.

A la mención de un hechicero, Sawyer ladeó la cabeza.

—Vaya… —murmuró—. Qué gremlin tan listo. Seguro que tu madre está muy orgullosa de ti.

—Las normas dicen que un hechicero no puede usar su magia para influenciar a humanos o seres mágicos. Y es lo que has hecho durante años.

—¿Y qué quieres que te diga? No soy un hechicero.

—Eso está claro —masculló Bex.

—Tenemos la certeza de que trabajas para uno —siguió Albert—. Y que lo has estado haciendo durante muchos años. Necesito saber quién es, cómo te contactó y qué te ha estado ofreciendo a cambio de tu ayuda.

—Uf… Esas son muchas preguntas, ¿no?

—Está respondiendo mal a propósito —intervino Caleb de repente—. Sabe que oigo su pulso, así que evita las preguntas con ironía. Hay que usar preguntas directas.

Y, efectivamente, el corazón de Sawyer empezó a latir de forma irregular.

—Ah… —murmuró Sawyer—. Qué injusta es la crianza, ¿eh? Te pasas años criando a unos niños para que terminen traicionándote a la primera de camb…

—¿Cómo se llama el hechicero? —interrumpió Albert.

Sawyer se centró en él. Por supuesto, no separó los labios. Lo único que hizo fue sonreír de medio lado.

Bex, que seguía de pie junto a él, parecía ansiosa. De alguna forma un poco macabra, se alegró de que no respondiera. De esa forma, tenía una excusa para atacarlo. Y había pocas cosas que deseara más que atacar a Sawyer.

—Cuando queráis —murmuró ella—, te echo una mano.

Albert levantó una mano para detenerla.

—No serías el primer humano que trabaja engañado por un hechicero —continuó—. Si es el caso, Vadim, podremos ayudarte. Aunque sospecho que eres perfectamente consciente de todo lo que has hecho y para quién lo has hecho.

De nuevo, Sawyer lo retó con la mirada. No dijo nada.

—Tenías un comunicador incrustado en el brazo —siguió Albert—. Los comunicadores son objetos escasos. E inmensamente valiosos. No se consiguen, se crean específicamente para cada sujeto. Y conozco a muy pocas personas capaces de hacer algo así. Aunque se me ocurren unas cuantas. ¿Quieres que empiece a enumerarlas o me dirás directamente el nombre?

Sawyer se rio entre dientes.

—Sigue, gremlin. A ver si consigues mantenerme despierto.

—Sé que una amiga mía es capaz de crearlos —prosiguió Albert, ignorándolo de nuevo—. También sé que ella jamás colaboraría contigo. Luego, están los pocos hechiceros que quedan en el país. Debido a la

distancia, deduzco que tiene que ser uno de ellos. ¿Cuántos quedan? Ah, sí. Tres. Y los conozco a todos. Es lo que tiene vivir tantos años, Vadim: llegado a cierto punto, conoces a todo el mundo.

El aludido se limitó a enarcar una ceja con poco interés.

—Sin embargo… —Albert empezó a dar vueltas por la habitación, pensativo—, las runas de tu brazo son poco habituales. De hecho, diría que el tatuaje tiene más de cincuenta años, aunque esas runas tienen más de trescientos. ¿Es así?

¿Cincuenta años?

Caleb frunció el ceño. No le cuadraban las fechas. Sawyer no era tan mayor.

El latido del corazón de su jefe, sin embargo, empezó a volverse irregular.

—Es… correcto —murmuró Caleb perplejo.

—Hace unos trescientos años —continuó Albert—, esa clase de runas se incrustaban en las casas de los hechiceros. Era su forma de marcar su territorio y una advertencia a quien quisiera invadirlo. También se usaban en cuevas, para advertir de peligros, y en lápidas, para diferenciar tumbas. E incluso en brazos. ¿Sabes en qué brazos se dibujaban esas runas, Vadim?

—No.

—Miente —saltó Caleb enseguida.

Fue el turno de Albert para sonreír de medio lado.

—En los brazos de los esclavos mágicos. Un concepto curioso. «Los esclavos mágicos» son los humanos que trabajaban para los hechiceros. Aunque, a diferencia de los protegidos de la época, ellos ganaban mucho… también a cambio de mucho. Lo normal, en la época, era que los seres mágicos ofrecieran brazaletes a sus protegidos. Los esclavos, en cambio, no se merecían tanta atención y quedaban marcados de por vida. La marca que

supuestamente los protegía, al final, era una medida de control. Los hechiceros la usaban para comunicarse con sus esclavos mágicos, para saber dónde estaban, para castigarlos… Y, si se daba el caso, para matarlos. Dime, Vadim, ¿te suena alguna parte de esta historia?

A modo de respuesta, Sawyer hizo como si aquello le hiciera gracia.

—Se ha puesto nervioso —informó Caleb.

Cada vez que soltaba un dato sobre las reacciones de Sawyer, Albert se hinchaba un poco más.

—Es una práctica barbárica, claro. Se prohibió antes de que naciera cualquiera de vosotros. Y, sin embargo, todavía hay hechiceros que la practican de forma clandestina. ¿Sabes lo que dicta la ley mágica sobre esos hechiceros, una vez que los atrapan? ¿Sabes lo que les hacen? —No esperó una respuesta—. El consejo de hechiceros de su propia ciudad tiene la obligación de encarcelarlos, privarles de comida, agua y sueño. Luego, cuando sus habilidades mágicas empiezan a menguar, se convoca un tribunal para retirarles los poderes por completo. Algunos sobreviven, otros no. Los que lo hacen, se pasan el resto de la vida encarcelados o sirviendo a otros hechiceros. No sé qué es peor. Y las vidas de los hechiceros son muy muy largas. Es el precio a pagar por aprovecharte de tu naturaleza. Si me dijeras quién te obligó a ayudarlo, ese sería su destino. No tendrías que preocuparte.

Por supuesto, no recibió respuesta.

—Las marcas de tu brazo —continuó Albert— me llevan a pensar que tu hechicero en cuestión es muy muy antiguo. Trescientos años, como mínimo. Y que tiene mucho conocimiento mágico, dada la buena calidad del tatuaje. Solo se me ocurre una persona que cumpla con todas esas características.

A esas alturas, cualquier habría empezado a hablar. Era lo lógico, pues ya lo habían pillado. Pero Sawyer siempre fue de los que mueren con el hacha en la mano. Se limitó a observar a Albert.

—Conozco a Barislav —siguió Albert, ahora de pie ante él y hablando sin ningún tipo de humor—. Lo conozco desde hace muchos muchos años. Y te puedo asegurar, Vadim, que no conozco a nadie que haya sobrevivido a una alianza con él.

Caleb pensó que, de nuevo, Sawyer se mantendría en silencio. Que negaría la evidencia.

No obstante, por primera vez, elevó un poco el mentón y se dirigió a Albert sin bromas de por medio.

—Ya sé que os conocéis; me habló de ti en cuanto llegaste con tu triste intento de ser el jefe.

—Si nos ayudas —aseguró Albert en voz baja—, podemos ayudarte a ti también.

Sawyer volvió a reírse sin ganas. Ya no había ironía, tan solo cansancio.

—Si tanto lo conoces, sabes tan bien como yo que no puedes hacer nada. Supe que iba a matarme en el momento en el que me quité el comunicador. Y, créeme, un vampiro y un puñado de mestizos no van a detenerlo.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Tú fuiste el que me transportó.

—No.

La voz de Margo hizo que todos se volvieran hacia la puerta. Debió decirlo sin pensar, porque, al notar tanta atención, se acobardó un poco. Sin embargo, era tarde para echarse atrás.

Sawyer le dirigió una mirada de advertencia, pero ella se acercó lentamente a Albert. Victoria, inconscientemente, se colocó en una postura más defensiva para retener a Sawyer en caso de ser necesario.

Quizá hubiera cambiado, pero siempre iba a proteger a sus amigas.

—No —repitió Margo—. Hay… algo que no encaja. Cuando nos transportaste, él ya intentaba huir de su propio grupo. Los… traicionó, creo. No estoy muy segura de por qué, pero…

—Pelirroja, me caes bien —gruñó Sawyer—, pero no me pongas a prueba.

Margo vaciló, pero entonces siguió hablando.

—Me ha retenido durante semanas, pero nunca me ha dicho por qué. Ni por qué no me hacía daño. Me dijo que buscaba a Kyran y entonces se enteró de que Victoria estaba viva y también quiso encontrarla a ella. Y… Y se llevaba mal con Doyle, era evidente. Pero Doyle no se atrevía a contradecirlo. Ni siquiera cuando Sawyer le ordenaba que no me hiciera daño.

Sawyer la miraba tan fijamente que el corazón de Margo empezó a retumbar en la cabeza del pobre Caleb. Aun así, no dejó de hablar.

—Y… Y cuando Iver…

Durante unos instantes, no supo qué decir. Bex se había tensado de pies a cabeza.

—Cuando Doyle mató a Iver —siguió por fin—, vi la cara de Sawyer. Se enfadó mucho. Muchísimo. Le dijo que se había saltado las reglas, que no podían hacerle daño a nadie del grupo. Amenazó a Doyle con echarlo. Desde entonces, todo fue a peor y no dejábamos de escapar. Cada vez, hablaba menos con sus hombres. Era evidente. Y, entonces, después de interrogar al chico del vídeo de Victoria, oyó algo que le hizo abandonar a los demás.

—¿Qué oyó? —preguntó Albert.

Sawyer hizo un ademán de levantarse. Al instante, Victoria le clavó una mano en el hombro y Bex lo apuntó con el cuchillo. No le quedó otra que

volver a sentarse.

Margo, ante esa reacción, dio un paso atrás. Ya no estaba tan segura.

—Sigue hablando, niña —le pidió Albert—. Tienes mi palabra de que no te hará daño.

—No me preocupa que me haga daño —admitió ella—. Ha tenido muchas oportunidades de hacerlo. Lo que me preocupa es… su miedo. Siento que ha estado asustado desde que nos escapamos, aunque no quiera admitirlo. Y, si él tiene miedo…

No terminó la frase, pero tampoco hizo falta. El corazón de Sawyer se había acelerado. Caleb nunca lo había visto tan tenso.

—¿Qué oyó en ese interrogatorio? —preguntó Bex entonces.

Margo jugueteó con sus manos de forma nerviosa.

—Pensé que quería descubrir la habilidad de Victoria, pero… el chico no supo decir gran cosa. Sin embargo, entró en detalles del grupo que la acompañaba. Habló de Caleb y Brendan, y mencionó a un acompañante pelirrojo… En cuanto oyó eso, cambió por completo. Hizo que Doyle y los demás se fueran en un coche, me hizo subir al otro… Le quitó la pistola al único minion que se quedó con nosotros y le disparó. Entonces, empezó a conducir a toda velocidad… como si huyera. Y la voz…

Margo se pausó como si no quisiera recordarlo.

—¿Qué voz? —preguntó Albert, con toda su atención en ella.

—Había una voz que…, no sé, parecía salir del tatuaje. Pero sonaba como si estuviera justo detrás de mí. Y le hablaba. Lo amenazó. Le dijo que se pasaría el resto de su vida huyendo de él. No dejaba de…, de amenazarlo. De decirle que se arrepentiría, que detuviera el coche. Pero no lo hizo. Siguió huyendo.

Sawyer cerró los ojos un momento, como si implorara paciencia. Margo, en cambio, parecía asustada. Con lo segura de sí misma que solía ser, era

raro verla en esa posición.

—No me acuerdo de más —admitió—. Pero…, en el bosque, la herida no dejaba de sangrar. No se detuvo hasta que le quité la piedra del tatuaje. Creo que, si no lo hubiera hecho…, no sé, quizá no estaría vivo. Y, cuando recuperó la conciencia, me dio la pistola. Incluso en el coche, hubo un momento… Pensé que me dispararían y me salvó la vida.

Bex bufó.

—¿Y crees que fue desde la caridad de su corazón? Porque lo dudo mucho.

—No sé por qué lo hizo o si tenía algo que ganar —admitió Margo—, pero me salvó la vida. En ese bosque, estábamos del mismo bando. Eso es todo lo que sé.

Albert analizó toda la información. Caleb se centró en él. Su ritmo cardíaco era estable, pero acelerado. La clase de nervios que siente alguien que está a punto de dar en el clavo después de pasar mucho tiempo intentándolo.

Entonces, el vampiro se volvió hacia Sawyer con el ceño ligeramente fruncido. Parecía perplejo.

—¿Cometiste la estupidez de traicionar a tu hechicero… con su comunicador todavía en tu cuerpo?

Sawyer enarcó una ceja.

—Lo que me faltaba, que me juzgue el gremlin…

—¿Eres consciente de la suerte que tuviste de que te dispararan en el brazo?, ¿de que te arrancaran el comunicador?

—Si te hace sentir mejor, esta noche rezaré en señal de gratitud divina.

Albert sacudió la cabeza. De pronto, todos los datos parecían extenderse ante él como un pergamino abierto.

—¿Por qué lo traicionaste?

Sawyer no respondió.

Victoria, tras él, colocó las manos a cada lado de su cabeza. No lo hizo con su delicadeza habitual. De hecho, era un gesto de rabia. Como si aprisionara sus mejillas con los dedos. Sawyer respiró hondo. Pese a la sonrisita altiva, su pulso se había acelerado.

—Puedes responder —sugirió ella— o puedo hacerlo yo por ti.

Bex asintió con satisfacción. Aquel estilo le gustaba mucho más.

Sawyer, por otro lado, le lanzó una mirada agria a Margo, que enrojeció un poco.

—Habla —insistió Victoria.

Él sacudió la cabeza como pudo.

—No lo llamaría traición. Simplemente, me elegí a mí mismo.

No era la respuesta que querían y Victoria apretó los dedos. Caleb dedujo que había empezado a entrar en su cabeza, porque el ritmo cardíaco de Sawyer se disparó al instante.

Pese a ello, siguió resistiéndose durante lo que pareció una eternidad. Sin darse cuenta, había apretado los dedos en la silla y mantenía los ojos cerrados con todas sus fuerzas. No quería hablar. Por el motivo que fuera, tenía miedo.

Caleb nunca había percibido su miedo. Jamás. Ni siquiera en esos meses de locura y paranoia. Se sintió… incómodo. E inseguro.

—¿Qué ha pasado? —insistió Albert—. ¿Por qué elegiste ese momento para huir?

Sawyer tensó la mandíbula. Los ojos de Victoria se habían teñido de negro.

Durante un minuto entero, Sawyer logró resistirse a mostrar su pavor. Sin embargo, a medida que Victoria indagaba en su cabeza, ambos empezaron a tensarse. Sawyer pasó de una sonrisa altiva a intentar apartarse de la silla e

incluso la propia Victoria movía los ojos a toda velocidad, como si estuviera experimentando cientos de recuerdos a la vez.

De pronto, Caleb vio que ambos se quedaban muy quietos. Victoria contuvo la respiración. Sawyer, en cambio, se apartó de golpe. No intentó levantarse, pero su cabeza cayó hacia delante. Los mechones de cabello rubio colgaban ante él. El color rojo ascendía por su cuello. Respiraba con agitación, con desesperación. Y Victoria no intentó volver a tocarlo. De hecho, lo miraba de una forma muy extraña y con una mano pegada al pecho.

¿Qué había visto?

Albert permitió que transcurrieran unos instantes. La respiración de Sawyer era tan fuerte que Caleb no tuvo que usar sus sentidos para oírla. Incluso Bex, que era la que más lo odiaba, observaba la escena sin decir nada.

—¿Qué ha pasado? —repitió Albert entonces.

Sawyer mantenía los ojos cerrados. Tenía el rostro contorsionado, como si acabara de recibir una paliza e intentara aguantarse el dolor.

—¿Qué pasó? —repitió Albert—. No me gustaría recurrir a ello, pero el siguiente paso es que Axel te haga vivir tus recuerdos en bucle.

Por primera vez en su vida, todos fueron testigos de un momento de vulnerabilidad de su jefe. Porque, en lugar de hacerse el duro y evitar la pregunta, negó con la cabeza de forma casi imperceptible. Era una súplica muda.

Incluso la propia Victoria, que era la que había provocado esa situación, parecía reacia a entrar otra vez en su cabeza. Observaba a Sawyer con los labios curvados hacia abajo y una mano firmemente apretada en su corazón.

—Vadim —repitió Albert—, colabora.

—No sabéis lo que estáis haciendo… —murmuró Sawyer, con los ojos cerrados.

—No te lo preguntaré más veces: ¿qué ha pasado?, ¿por qué decidiste huir?

Sawyer abrió los ojos, pero los mantuvo clavados en sus propias rodillas. En su propio brazo herido. Apretó los labios, alargando el silencio. Y, entonces, habló en voz baja:

—Me di cuenta de que me había vuelto prescindible.

Victoria

Ella observaba su nuca. Su pelo rubio. El mismo que había sostenido un momento atrás. Ni siquiera estaba muy segura de qué había visto. Y, cuando se paraba a pensarlo, prefería no saberlo. Lo que sí tenía claro era qué imagen había roto a Sawyer. La imagen de un niño pequeño, con ese mismo pelo rubio, encerrado y solo en un sótano. Gritando. Los gritos habían sido horribles. Y sentir su mismo dolor había sido todavía peor. Como si ella misma hubiera estado atada.

—¿Cuál era tu trabajo con Barislav? —preguntó Albert.

Sawyer seguía respirando con dificultad y sin levantar la cabeza.

—Él buscaba niños con habilidades interesantes. Me decía el lugar, el nombre, y yo los reclutaba.

—¿Por qué niños?

—Son más vulnerables.

—Niños sin familias, deduzco.

—Niños que *pronto* se quedarían sin familias.

Inconscientemente, Victoria miró a Bex. Por primera vez en toda aquella conversación, había bajado el cuchillo y observaba a Sawyer perpleja. Caleb, en su rincón, se había erguido un poco más.

—¿Y qué ganabas tú a cambio? —continuó Albert.

Sawyer sonrió sin ganas.

—Lo que quisiera. Dinero, tener treinta años eternamente… Lo que quisiera.

—¿Cuánto tiempo has tenido treinta años?

—Muchos más de treinta.

—¿Y qué hacías con los niños?

—Barislav me enseñó todo lo que necesitaba saber de los mestizos, pero había muchas cosas que tuvimos que experimentar. Cómo sacar la habilidad del niño, por ejemplo. La primera generación fue… un desastre. Buscamos a niños que hubieran desarrollado su habilidad antes de tiempo. Siempre eran niños que venían de entornos traumáticos. La habían desarrollado sin saberlo, por supervivencia. Al volverse adultos, siempre perdían el control y la habilidad terminaba consumiéndolos.

»El primer caso de descontrol se dio con una mujer de la primera generación. Tenía una habilidad relacionada con el tiempo. La obligamos a usarla… una y otra vez… Sabía que la estaba dañando, pero cumplí con mis órdenes igualmente. Y, llegados a cierto punto, enloqueció. Perdió todo el sentido del tiempo. Vivía entre el pasado y el presente. Ni siquiera podíamos mantener una conversación con ella. Barislav quiso quitársela de en medio, pero su hermana consiguió convencernos. Nos dijo que la cuidaría, que jamás sería un estorbo.

Victoria había oído hablar de esa mujer. Sera, ¿verdad? No la conocía, pero sintió una especie de incomodidad que no la abandonó en toda la conversación.

—Con la segunda generación —siguió Sawyer, sin levantar la cabeza—, intentamos encontrar a niños que no hubieran mostrado señales. En cuanto crecieron, nos dimos cuenta de que nunca llegaban al potencial que necesitábamos. Intentamos provocarlos con estímulos para que mejoraran. El más efectivo era el dolor. Y terminaron volviéndose tan inestables como los primeros.

»En la tercera, por primera vez, buscamos a niños que hubieran dado señales de habilidad, pero no la hubieran desarrollado por completo. Aplicamos tanto dolor emocional como pudimos, intentando provocar una reacción, pero siempre dentro de un margen controlable. Nunca les hablé de explotar el máximo de su habilidad. Y funcionó. Hasta ahora, han sido los más estables.

Eran su experimento. Victoria siempre lo supo, pero le dolió que Caleb tuviera que enterarse de esa forma. Que la vida le diera ese golpe de realidad. Al ver su expresión desolada, quiso acercarse y consolarlo. Sin embargo, no quería arriesgarse a que Sawyer dejara de hablar.

—¿Y en qué parte intervenía Barislav? —preguntó Albert.

—Nunca se implicaba. Me daba las órdenes y yo las ejecutaba. Solo tuvo que intervenir una vez.

—¿Qué pasó?

—Fue… en la segunda generación. Una de las mestizas se…, se descontroló. Habíamos intentado estimular su habilidad, provocarla. Recuerdo que tenía la capacidad de crear fuego chasqueando sus dedos. Nuestro objetivo era que fuera capaz de envolverse a sí misma en llamas. Fueron… meses difíciles. —Esa última frase fue más baja que las anteriores y Sawyer se tomó unos segundos antes de seguir hablando—. No se merecía todo lo que le hicimos. Y, cuando sus compañeros se enteraron, empezaron una revuelta absurda. Ahí me di cuenta de que tratarlos como

una familia era un error. Que necesitábamos divisiones, para que no se unieran en nuestra contra. Intentaron ir a por Barislav y él me dio instrucciones para encontrar una nueva generación. En cuanto la tuvo asegurada, acabó con todos los de la segunda.

Victoria se tensó.

—Es lo que está intentando ahora —adivinó, muy a su pesar.

Sawyer por fin levantó la cabeza. Estaba visiblemente agotado. Se apoyó por completo en el respaldo de la silla y mantuvo la vista en el techo.

—Muy bien, cachorrito —murmuró sin humor—. Eres una flecha, ¿eh?

—¿Para eso quiere a Kyran? —siguió ella—. ¿Para asegurarse de que tiene una nueva generación antes de…, de…?

—¿De mataros a todos? Sí.

»Lo hemos intentado con niños sin habilidades desarrolladas, otros con habilidades en fase de inicio, y también con otros que no ofrecen indicios de tenerlas. Lo único que no hemos tenido jamás es un mestizo que, a tan corta edad, sea capaz de manejar su poder de esa manera. Para alguien como Barislav, es un puto diamante en bruto. Igual que lo es alguien capaz de hacerte olvidar lo que quiera y, a la vez, transformarse en animal.

Automáticamente, todos se volvieron hacia Lambert. Había permanecido transformado desde la llegada de Sawyer, pero esconderse ya no tenía sentido. Con la mirada fija en él, saltó del banco. Para cuanto tocó el suelo, volvía a ser un ser humano.

A Victoria le sorprendió su expresión. Quizá no había pasado mucho tiempo con su forma humana, pero había empezado a acostumbrarse a su humor, a sus constantes ganas de esconder la incomodidad con bromas malas.

Sin embargo, estaba mortalmente serio. Sus ojos dorados se mantuvieron clavados en Sawyer.

—Así que eras tú… —murmuró Sawyer—. Barislav te manda recuerdos, Lambert.

Victoria se sintió muy confusa. Albert, en cambio, se tensó.

—¿Cómo sabe Barislav que está aquí? —preguntó el vampiro.

Su tono ya no era de interrogador. Era de… ¿padre preocupado? A Victoria, en medio del caos, le pareció un poco tierno. Qué absurdez.

Sawyer sonrió. No había dejado de mirar a Lambert.

—Barislav me dijo que tenía a dos posibles miembros de la cuarta generación en este grupo. Uno, era un niño. El otro, una persona de pelo rojo y habilidad desconocida. Nunca quiso hablarme de Lambert, tiene mucho cuidado de no revelar cosas sobre sí mismo. Pero no soy idiota. Cuando empezaron a fallar mis generaciones, supe que en algún momento querría deshacerse de mí. De la misma forma que se ha deshecho de los que me han precedido. Me informé sobre él, sobre su pasado, sobre lo que había hecho. Descubrí que, hace más de tres siglos, un mestizo se cruzó con él por mantener una relación con su hijo. Y que lo maldijo por el resto de sus días, porque sabía que, un día, podía llegar a serle útil.

»Barislav no es idiota y nunca me daba tantos datos. Prefería guardarse alguna información para él. Y yo fingí que me había confundido, que pensaba que la pelirroja con una habilidad oculta era mi querida pelirroja. —Le dedicó una sonrisa un poco amarga a Margo—. Alargué la situación tanto como pude. Mientras la tuviera a ella y Barislav no dijera nada, mis hombres seguirían conmigo. No podían tocarla porque era una futura mestiza y tampoco podían tocarme a mí porque era el único que podría sacarle la habilidad. Así, gané tiempo sin que me traicionaran.

—¿Tiempo para qué? —preguntó Albert.

Sawyer no respondió. Ni siquiera cuando Victoria, de forma amenazante, volvió a sujetarle la cabeza. Lo último que le apetecía era meterse otra vez

en sus recuerdos, pero… lo haría si no le quedaba más remedio.

—Habla —amenazó en voz baja.

Él, sin embargo, mantuvo los labios apretados y la mirada clavada en el techo.

Victoria, sin pensarlo, volvió a irrumpir en su psique.

Visitar la mente de Sawyer era como meterse en un laberinto interminable de imágenes confusas, sentimientos difíciles de identificar y recuerdos difuminados por el paso del tiempo. Jamás había visto una cabeza como aquella. Y jamás se había sentido tan drenada usando su habilidad. No obstante, había cosas que ni siquiera él podía evitar. Cuando hablaban de un tema, automáticamente, su mente viajaba hacia sus recuerdos sobre él. Y esa no fue la excepción.

Victoria se mantuvo en su cabeza, pero habló para todos.

—Veo… una conversación —murmuró.

Sawyer, entre sus dedos, intentó apartarse. Bex lo sujetó enseguida.

—Es una conversación entre él y el chico del vídeo —siguió Victoria—. Están… Están hablado de nuestro grupo. Del encuentro del vídeo. El chico menciona a Lambert. Sawyer… se asusta. Tiene mucho miedo. Sabe que ahora ya no podrá fingir que mantiene a Margo a su lado porque es la única pelirroja que encaja con la descripción. Sabe que tendrá que deshacerse de ella, hacerse con Lambert y presentárselo a su… A Barislav. Y que entonces…

Victoria lo soltó de golpe y lo contempló con perplejidad. Sawyer le devolvió la mirada cabreado.

—¿Qué? —espetó Bex—. Entonces ¿qué?

Ella no quiso decirlo. No quería defenderlo.

Sin embargo, era la verdad.

—Dilo —le ordenó Victoria a Sawyer—. Dilo, o lo haré yo.

Sawyer negó con la cabeza.

—Barislav me recomendó a Doyle para el trabajo —murmuró finalmente —. Es el único superviviente de la segunda generación, su habilidad es útil y es perfectamente capaz de seguir órdenes. Además, carece de conciencia y de empatía. Es un peligro, pero está controlado. Cuando pasó lo de Iver… —Hizo una pausa—. Cuando *mató* a Iver, me di cuenta de que ya no estaban contando conmigo para tomar las decisiones. Que, en cuanto tuvieran la oportunidad, el mando pasaría a manos de Doyle. Cuando el chico del vídeo confirmó que había otro pelirrojo en el grupo, supe que ya no habría excusa posible. Se darían cuenta de que los había estado engañando.

—¿Y por qué ibas a engañarlos? —preguntó Albert—. ¿Para qué alargar lo inevitable?

El silencio llenó la habitación.

Para sorpresa de todos, quien respondió a esa pregunta fue Caleb:

—Para que no nos mataran. Ni a nosotros ni a él.

31

Caleb

Caleb llevaba casi una hora sentado en la mesa del salón. Tenía la vista clavada en su propia mano, en su dedo repiqueteando la superficie de madera. A su alrededor, todos parecían estar igual de tensos que él.

Bex, por una vez, había clavado el cuchillo en la mesa y se mantenía con la espalda pegada a la silla y los brazos cruzados. Ante ella, Axel mantenía los dedos entrelazados por las ataduras. Y Brendan, que estaba sentado al fondo de la mesa, se pasaba una mano por el pelo.

Habían estado en silencio desde la salida del gimnasio. Albert y Lambert desaparecieron en el patio, Victoria subió con sus amigas y con el niño, y Sawyer permaneció encerrado en su habitación, sin decir nada y, probablemente, durmiendo. Caleb no quería ni escucharlo.

Por lo tanto, ellos…, la *familia*…, estaban en el salón.

Caleb observó a sus amigos sin saber qué decir. No soportaba ese silencio, pero no sabía cómo mejorarlo.

Tan solo sabía que estaba cansado. Muy cansado.

—Entonces, ¿qué? —espetó Bex de pronto—. ¿Ahora nos tenemos que creer que Sawyer es un ser de luz que solo intenta protegernos?

Brendan suspiró y apoyó los codos en la mesa.

—No creo que sea tan extremo, pero… puede que haya intentado protegernos. Y protegerse a sí mismo, claro.

—¡Es un manipulador! Quizá se haya inventado los recuerdos para hacernos creer que es buena persona.

—Nadie cree que sea buena persona, Bex. Pero eso no quiere decir que no pueda protegernos a su manera.

—¿Se puede saber por qué lo defiendes? Pensaba que estabas de mi parte y querías pegarle un tiro.

—Oh, siempre voy a querer pegarle un tiro a Sawyer. Pero sé ver las cosas de forma objetiva.

Brendan observó a Caleb. Esperaba una respuesta. O una reacción como mínimo. Caleb no supo dársela.

A veces, le daba la impresión de que todos esperaban que él tuviera una solución. Que, con una frase, fuera a resolver todas sus dudas. Que era la persona a la que acudían cuando se sentían abrumados. El problema era que, en esa ocasión, él se sentía tan abrumado como el resto. Y, por mucho que deseara ofrecer una solución, no se le ocurría ninguna.

—¿Puedo opinar? —preguntó Axel entonces.

—¿Qué? —ladró Bex.

—Bueno…, llevo aquí una temporada y no he intentado nada raro. Además, Sawyer no se esperaba verme vivo, así que sabéis que mi existencia le da un poco igual y no tengo ningún sitio al que escaparme. Además, me he ofrecido a ayudar durante el interrogatorio. ¿No os parece que me he ganado que me desatéis de una puñetera vez?

Brendan se rio entre dientes. Tras considerarlo, le quitó el cuchillo a Bex y rompió las ataduras.

—Gracias —musitó Axel frotándose las muñecas—. Joder, da gusto ser libre.

—No eres libre —le aseguró Bex—. A la próxima tontería, no me pensaré tanto si dispararte o no.

Axel esbozó una mueca de desagrado.

De nuevo, el silencio se apoderó del grupo. Un silencio tenso y delicado que, por algún motivo, Caleb sintió que debía romper.

—Victoria se ha metido en su cabeza —murmuró—. Puede que solo sea porque su destino está ligado al nuestro, pero… quizá sí que quería protegernos.

—Mató a mi hermano, Caleb.

La frase de Bex provocó unas cuantas cabezas agachadas. Caleb, sin embargo, le sostuvo la mirada. Los ojos de su amiga trasmitían lo mucho que había sufrido. Y lo difícil que seguía siendo hablar de ello. Podía disfrazarlo de rabia, matar a todos los que se cruzaran con ella, amenazar a Sawyer, a Axel… No obstante, el único sentimiento que seguía carcomiéndola era el dolor. Un dolor insoportable y silencioso que nunca desaparecería.

Por eso fue tan complicado defender a Sawyer, aunque fuera de forma indirecta.

—*Doyle* mató a Iver —le dijo con suavidad.

—¿Y cómo sabes que Sawyer ha dicho la verdad? Igual lo hizo él mismo, pero lo esconde como una rata porque sabe que le haremos lo mismo si lo dice.

—Tú no conociste a Doyle, Bex… No lo viste. Margo, sí. Ha vivido con él. Y es la primera que se cree que lo matara por su cuenta. Y, siendo

honesto, yo también me lo creo.

—¿Y eso en qué se traduce? —saltó Bex frustrada—. ¿Vais a soltarlo como a Axel? ¿Es que soy la única que no se fía de él?

—Nadie se fía de él —aseguró Brendan—. Pero, si el hechicero ese quiere matarlo…, no le queda más remedio que estar de nuestra parte. Además, aunque nunca vayamos a ser amigos, nos puede ayudar a librarnos de él porque es el único que lo conoce.

Bex, irritada, recuperó su cuchillo y lo clavó en la mesa con un duro golpe.

Victoria

En algún momento, Victoria se había tumbado en la cama del niño. Este se había quedado dormido con la cabeza sobre su abdomen. Kyran mantuvo los ojos cerrados y una manita aferrada a su pantera de peluche. Y Victoria, tras observarlo unos instantes, recordó que la habían conseguido en un bar. O… ¿en una cafetería? Recordaba que habían hecho algo, justo antes. Lo que no conseguía recordar, con la jaqueca, era el qué.

Sin embargo, lo que más le dolió fue recordar quién era el padre de Kyran.

Su hermano, Ian.

De ahí venía esa conexión. Ese parecido. Esa necesidad de protegerlo. Todo ese tiempo, había tenido un sobrino que no recordaba. Uno que, en el fondo, solo los tenía a ellos. Victoria le acarició la cabeza con las puntas de los dedos. Que el hechicero lo buscara… era aterrador.

No iba a dejar que lo convirtieran. Ni que lo obligaran a tener la misma vida que los demás. Iba a tener opciones. Iba a tener la vida que él quisiera, fuera mejor o peor. Aunque tuviera que alejarse de él. Aunque tuviera que confiar en otra persona para cuidarlo. Iba a tener el enorme privilegio de elegir qué vida vivir.

Eso se prometió a sí misma.

Mientras seguía acariciándolo, Margo y Daniela hablaron entre sí. Estaban tumbadas en la otra cama, justo enfrente de ellos. La rubia, en ese momento, aplicaba pomada a una pequeña herida del hombro de Margo. Esta ni siquiera se quejaba. Estaba tan agotada que no era capaz ni de protestar. Victoria conocía esa sensación.

—Qué raro es que estemos todas juntas otra vez —murmuró Dani entonces.

Victoria y Margo intercambiaron una mirada.

—Sí… —admitió la pelirroja—. A veces se me hace raro pensar en el bar. Y en nuestra vida de antes. Sé que solo han pasado unos meses, pero… Joder, siento que todo eso fue en otra vida.

Victoria sonrió. También conocía esa sensación.

—Echo de menos cuando nuestra vida era aburrida —admitió Daniela.

—Aunque está bien saber que el mundo es un poquito más mágico de lo que pensábamos —comentó Margo a su lado—. Si eso no supusiera tener que escondernos por nuestra vida, o secuestros…, ya me gustaría un poco más.

Victoria respiró hondo. No estaba segura de si quería hacer la pregunta, pero se sintió incapaz de contenerla.

—¿Qué te han hecho durante este mes? ¿Te han hecho… daño?

Margo tardó unos instantes en ofrecer una respuesta. La mano de Daniela, tras la pomada, estaba en su regazo, e iba dibujándole caricias en

la palma. Era una escena tan tierna, tan mundana… Sí, a veces Victoria también echaba de menos cuando solo eran ellas tres. Aunque, cuando lo pensaba bien, no renunciaría a muchas de las cosas que habían llegado después.

—Los primeros días fueron horribles —admitió Margo por fin—. No porque me hicieran daño físico, pero… Me pasaba horas y horas en un camarote sin ventanas, sin entender nada. Después, empezaron a dejarme salir. Incluso llegó un punto en el que no me ataban las manos. Supongo que sabían que no tenía ningún lugar al que ir.

—Un camarote —repitió Victoria—. Así que estabais en un barco.

—Sí. Durante un tiempo al menos. Siempre me tapaban los ojos en los traslados, así que no recuerdo mucho más. Pero no debía de estar muy lejos, porque los trayectos en coche nunca eran demasiado largos.

Victoria sopesó esa información.

—Entonces…, estabais en un muelle. Y no muy lejos de la ciudad.

—Supongo. ¿Eso es importante?

No estaba segura. Presentía que sí, pero no entendía por qué.

—Encontramos un búnker —dijo—, no hace mucho tiempo. Era de Sawyer. Axel estaba ahí y había un montón de papeles, documentos, cámaras… Lo encontramos por esa zona.

—¿Y habéis vuelto? —preguntó Daniela.

—No, no… Es demasiado peligroso. Al menos, con la vigilancia de Sawyer.

La rubia asintió. Margo, sin embargo, parecía tan pensativa como Victoria. Intercambiaron una mirada curiosa, llena de dudas. Las dos estaban a punto de llegar a una conclusión, pero no tenían muy claro cuál era.

Brendan

A veces, el vínculo con Victoria era un dolor de cabeza. En otras ocasiones, sin embargo…

Podía sentir sus dudas. Su mente, al igual que la de ella, volvió al búnker en el que habían encontrado a Axel. Unas cuantas ideas le pasaron por la cabeza, pero ninguna muy clara.

Lo miró de reojo. Ahora que estaba sin ataduras, Axel se había relajado un poco. Brendan seguía sin terminar de fiarse de él, pero tampoco creía que fuera a escaparse.

Aun así, Brendan se incorporó y sacó el paquete de tabaco del bolsillo. Como de costumbre, el único que le prestó atención fue el propio Axel. Siempre estaba pendiente de sus movimientos, de cada gesto y de cada palabra. Hubo un tiempo en el que le gustó tener a alguien tan fiel. Aunque en ocasiones le resultaba agotador, a Brendan nunca le habían gustado las cosas que podía conseguir con facilidad. Siempre había sido más de perseguir lo inalcanzable, de disfrutar del reto.

Sin embargo, a veces ayudaba que Axel fuera tan previsible.

Tal y como había planeado, Axel salió de la casa a los pocos minutos. Ambos se encontraron en el porche de la entrada.

Debía de ser mediodía. Brendan llevaba tantos meses viviendo de noche con Victoria que la luz del sol todavía lo ponía en alerta. Intentó quitarse esa sensación de encima y le dio otra calada a su cigarrillo.

Axel se plantó ante él con las manos en los bolsillos. Era la viva imagen de un perrito intentando ver qué quería su dueño.

—Gracias por quitarme las ataduras —murmuró.

Brendan soltó el humo entre sus labios, permitiéndose unos segundos extra para planear lo que iba a pasar a continuación.

Al final, sonrió de medio lado.

—Ya era hora, ¿no?

Axel clavó la mirada en el suelo.

—Pensé que nunca ibais a terminar de fiaros de mí.

—Tienen sus motivos, ¿no? Estabas con Sawyer.

—Nunca he estado con él.

—¿Y qué hacías en ese búnker entonces?

De nuevo, Axel le lanzó una mirada dubitativa. No sabía cuál era la respuesta correcta y eso lo estaba poniendo muy nervioso.

—Habías desaparecido —murmuró—. ¿Qué querías que hiciera? Mis únicas opciones eran Sawyer y este grupo. Y estos no me habrían aceptado en su vida.

—Por lo que le hiciste a Victoria, ¿o se te ha olvidado la paliza?

—¡Lo hice por…! Bueno, da igual.

—¿Por qué lo hiciste?

Su antiguo compañero respiró hondo.

—Sawyer me dijo que, si le quitaba al cachorrito de encima, dejaría que tú volvieras a la familia.

Brendan contuvo un comentario cruel. Casi sintió lástima por él. ¿Por qué querría volver a la familia después de todo lo que había pasado? Estar con Sawyer suponía obedecer órdenes. Y Brendan nunca había sido bueno obedeciendo a nadie. Mucho menos al responsable de que Ania hubiera desaparecido de su vida.

Al pensar en ella, tuvo que reprimir la tentación de cerrar el puño y aplastar el cigarrillo. A ella nunca le gustó que fumara.

Con calma, dio otra calada.

—¿Y te lo creíste? —preguntó al final.

Axel se encogió de hombros.

—No tenía motivos para no hacerlo.

—¿En serio? Después de todas las mentiras que nos ha dicho a lo largo de los años, ¿no tenías motivos para dudar?

—Era una situación tensa, ¿vale? Y tú no estabas, así que no opines.

Axel siempre había sentido un poco de rencor hacia Brendan porque no se lo llevara con él cuando escapó de la familia. Nunca quiso asumir que, simplemente, Brendan no estaba interesado en que lo acompañara. Era mucho más fácil culpar a Sawyer o buscar excusas.

Brendan dio un paso hacia él. Ante ello, Axel se irguió un poco.

—Sawyer jamás me dejaría volver a la familia —recalcó lentamente—. Pero… debería darte las gracias por intentarlo.

No era una persona muy agradecida, así que Axel se irguió todavía más. Se había puesto nervioso.

—Oh… Bueno…

—La verdad —siguió Brendan, dando otro paso— es que siempre has sido el único que confiaba en mí. Que intentaba darme otra oportunidad.

—Cualquiera lo habría hecho …

—Pero solo lo hiciste tú. Eres la única persona de este grupo que me llevaría conmigo si volviera a escapar.

Axel abrió mucho los ojos. Después de tantos años, oír una confesión como aquella debía de suponer un nido de emociones muy confuso.

Ante un nuevo paso de Brendan, la distancia entre ellos se había acortado drásticamente. Axel no movía ni un solo músculo. Brendan terminó de acortarla. A esas alturas, lo único que los separaba eran sus propios pies.

Brendan lo observó con detenimiento. Y, sobre todo, con lentitud. Dejó que su mirada subiera y bajara por su cuerpo con calma. Que Axel fuera

consciente de ese repaso y que se fuera removiendo en función a él. Si tuviera la habilidad de Caleb, podría oír su corazón desatado.

—Pero no puedo escapar —siguió Brendan en un tono más bajo—. No puedo dejar que maten al cachorrito.

Ante la mención de Victoria, Axel frunció el ceño.

—¿Por qué te importa tanto que esté bien?

—Si ella muere, yo también. ¿O se te ha olvidado el lazo?

—Pero no es solo eso, ¿no? Os disteis un beso, lo dijo Caleb.

—Fue una estupidez.

—Una estupidez, pero lo hiciste. Y no me dijiste nada.

Brendan se mordió la lengua para no soltar una burrada. Estaba haciéndolo bien, lo único que necesitaba era reencauzar el tema. Y la atención de Axel.

Dio una última calada, lanzó el cigarrillo al suelo y lo pisó. Axel observó cada detalle del proceso con suma atención. Seguía a la defensiva, pero no se había movido.

Brendan dio un último paso. A esas alturas, sus rodillas se tocaban. Analizó a Axel con detenimiento. Había vuelto a ponerse nervioso, pero sus hombros seguían tensos. El puto beso absurdo con Victoria había arruinado el momento.

Se le ocurría una forma de solucionarlo.

Brendan sonrió de medio lado y se inclinó sobre él. Axel contuvo la respiración inconscientemente. Lo observaba con los ojos muy abiertos, pendiente de cada movimiento. Brendan le devolvió la mirada. Esta fue resbalando por su rostro hasta llegar a sus labios, que estaban entreabiertos. Volvió a subirla a sus ojos. Axel había apretado los puños. No se atrevía a moverse.

Mantuvo la tensión durante unos instantes. Unos pocos. Y, entonces, Brendan acortó la distancia y lo besó.

Axel estaba tan pasmado que no reaccionó de inmediato. Simplemente, se dejó besar durante los pocos instantes en los que Brendan mantuvo sus labios unidos. Después, se separó unos centímetros. Los suficientes para ver su reacción, pero no para romper la burbuja que se había creado a su alrededor.

Brendan subió una mano hasta su pecho. Con la excusa de cogerlo por el cuello de la camiseta, pudo notar que su corazón se había acelerado tanto como sospechaba. Cerró el puño en la tela y sonrió con cierta malicia. También tiró de él hacia sí mismo. Axel dio un traspié y sus cuerpos chocaron torpemente. Lo único que lo mantuvo en pie fue que Brendan seguía sujetándolo con fuerza.

—¿Te crees que la besaría así? —preguntó este último en voz baja.

Axel no respondió, no le dio tiempo, porque Brendan volvió a besarlo.

En esa ocasión, lo hizo con menos delicadeza. Abrió la boca sobre la suya, todavía reteniéndolo por el cuello de la camiseta. Axel separó un poco más los labios, incapaz de moverse. Brendan cerró los ojos y se inclinó sobre él como una sombra. La intensidad, los movimientos y los gestos se habían vuelto más brutos. Ya no estaba teniendo cuidado. Sus lenguas se encontraron, sus dientes chocaron. A Axel se le escaparon unos cuantos sonidos entrecortados de la garganta y Brendan movió su otra mano para coger su mata de pelo rubio en un puño. Se separó un momento para girar la cabeza y Axel apenas tuvo tiempo de respirar antes de que lo atacara de nuevo. Con fuerza. Sin cuidado. Tal y como le gustaba.

Justo cuando Axel empezó a levantar los brazos, Brendan rompió la unión de sus labios. No soltó su pelo ni tampoco el cuello de su camiseta.

Lo mantenía aprisionado delante de él. Axel, por su parte, no había abierto los ojos. Respiraba con dificultad.

—El cachorrito me da igual —aseguró Brendan en voz baja—, pero necesitamos ganar tiempo para que el lazo se disuelva un poco. Y, para eso, necesito que te acepten aquí.

Axel abrió los ojos. Por su expresión, no parecía estar oyendo nada.

—¿Me has entendido? —insistió Brendan.

—S-sí… Tienen que confiar en mí.

—Y hay una forma de conseguirlo, Axel. Diles qué hacías en ese búnker. Qué nos podemos encontrar ahí. O, mejor todavía: dímelo a mí. Deja que me encargue de todo.

Axel asintió lentamente. Lo miraba con una expresión totalmente embelesada. Ni siquiera tuvo que pensar en la información para empezar a soltarla.

—Sawyer guardaba todos los documentos de la fábrica —murmuró—. Nunca me dejó leerlos, pero… parecían importantes.

—¿Y cuántos guardias podría haber?

—No lo sé… Ahora se encarga Doyle, ¿no? Él siempre dijo que proteger documentos era una pérdida de tiempo, así que no creo que le dé mucha importancia.

Bingo.

Brendan soltó a Axel y asintió. Volvió a entrar en la casa sin mirar atrás.

Caleb

A veces, cuando había tanta gente alrededor, era difícil centrarse en un solo sonido. Caleb se pasó las manos por la cara, estaba un poco abrumado. No quería escuchar la conversación de Victoria, Margo y Daniela, pero tampoco la de su hermano y Axel. Y mucho menos la de Albert y Lambert. Tampoco quería oír las maldiciones de Sawyer mientras intentaba quitarse los restos de suciedad con un cubo de agua fría. Y lo peor de todo, con diferencia, era el sonido de Bex clavando el cuchillo en la mesa, quitándolo y volviéndolo a clavar.

Un poco harto, arrancó el cuchillo él mismo y lo clavó al otro lado de la mesa, donde Bex no pudiera alcanzarlo. Ella frunció el ceño.

—¡Oye!

—Por favor…, silencio.

—Si me hubierais dejado matar a Sawyer, ahora mismo habría *muchísimo* silencio.

Caleb no podía oír más reclamos. Estaba a punto de estallar. Hundió la cara entre las palmas de las manos.

Fue así como lo encontró Brendan al volver. Se sentó en el mismo lugar que antes, se cruzó de brazos y apoyó los pies en la mesa. Caleb se habría molestado en decirle lo poco higiénico que era eso, pero decidió que no valía la pena tener esa discusión. Al menos, no ese día.

—¿Qué hacíais ahí fuera? —preguntó Bex desconfiada.

—Teníamos un pequeño debate.

—¿Y te fías de que Axel se quede fuera a solas?

Brendan sonrió.

—No se irá a ninguna parte.

—Te veo muy seguro de ti mismo.

—Siempre lo estoy.

Ella arrugó la nariz con desagrado.

—A veces, se me olvida lo odioso que puedes llegar a ser.

—También soy útil, querida.

—Llámame «querida» otra vez y te escupo en un ojo.

—¿Y si te digo que se me ha ocurrido una cosa que puede ayudarnos a encontrar a Doyle?

Bex, que estaba a punto de lanzar otro ataque verbal, se detuvo de golpe. Ahora parecía tensa, pero atenta.

—¿Qué plan?

—Nunca volvimos al búnker, ¿no?

Caleb dejó de observarlos entre los dedos de sus manos y levantó la cabeza.

—Es demasiado peligroso —afirmó enseguida.

—Lo era cuando Sawyer estaba al mando, pero ahora ese grupo está descabezado.

—Siguen teniendo a Doyle. Y, honestamente, no sé si eso es todavía más peligroso.

Brendan se encogió de hombros.

—Doyle habla mucho, pero no es tan listo como Sawyer.

Que su hermano elogiara a Sawyer fue motivo suficiente para empezar a sospechar que tramaba algo. Caleb entrecerró los ojos con cierta desconfianza.

—Si quieres ir al búnker —replicó—, ve tú mismo.

—Te recuerdo que, si me disparan, tu novia cae conmigo.

—¿Por qué presiento que vas a decir una tontería?

—*Nunca* digo tonterías. Pero… tenemos a Sawyer arriba, ¿no? Conoce las horas de vigilancia del búnker. Si supiera decirnos las horas que Doyle puede pasarse ahí… Bueno, dejo el resto a vuestra imaginación.

Caleb sintió ganas de reírse. Su hermano podía hacerse el misterioso todo lo que quisiera, pero lo conocía de sobra.

—¿Por qué no me pides lo que sea directamente? —preguntó.

Brendan le lanzó una mirada de irritación.

—Porque quiero que Bex entienda lo que propongo antes de que tú te niegues.

—Y, ya que estás, creas un poco de presión social, ¿no?

Ella parecía muy confusa.

—¿Se puede saber de qué habláis?

—Quiere que suba a preguntárselo a Sawyer —masculló Caleb.

Brendan no cambió su expresión, aunque él supo que había acertado de lleno.

—¿O no? —preguntó Caleb.

—No es mala idea —opinó su hermano, como si no se le hubiera ocurrido a él—. No creo que hable mucho conmigo y nunca ha tenido muy buena relación con Bex.

—¿Y qué te hace pensar que a mí me dirá algo?

—Oh, vamos… Siempre has sido su favorito.

Caleb llevaba demasiado cansancio acumulado como para dejar pasar una provocación. Irritado, se inclinó un poco más sobre la mesa y miró a su hermano.

—¿Y por qué no se lo preguntamos a Margo? —sugirió.

Brendan enarcó una ceja.

—¿Por qué?

—Bueno, está claro que con ella sí que habla. Tienen buena relación.

Su hermano frunció ligeramente el ceño.

Bex, mientras tanto, se volvía a ambos lados de la mesa como si estuviera en medio de un partido de tenis. Cada vez parecía más frustrada.

—¿Podéis dejar de competir? —sugirió—. A estas alturas, no sé de qué puñetas nos sirve ir a ver papelitos al búnker. Pero, si vamos a encontrar a Doyle, me apunto a lo que sea. Puedo sacarle la información a Sawyer.

—¿Tú? —cuestionó Brendan con malicia—. El cuchillo asustaría a mucha gente, pero Sawyer no tiene miedo de la tortura física.

—Pues bien que ha hablado hace un rato.

—Ha sido por la habilidad de Victoria.

En cuanto oyó ese nombre, Caleb se irguió bruscamente. Sus dos amigos se quedaron en silencio. Bex, con precaución. Brendan, con diversión.

—¿Qué? —preguntó este último—. Quizá sea la mejor opción.

—Deja a Victoria en paz.

—Puede cuidar de sí misma, hermanito.

—Estoy seguro, pero eso no quiere decir que vayas a meterla otra vez en la cabeza de Sawyer.

Brendan resopló de la forma más ruidosa que pudo. Incluso echó la cabeza hacia atrás con dramatismo.

—Empiezo a entender la norma de no liarnos entre nosotros… Qué aburrido eres, Caleb.

—Entiendo que el afecto te pueda resultar aburrido, pues no estás acostumbrado a vivirlo.

Su hermano empezó a reírse.

—No uses palabras tan feas, Hannah Montana, que me abrumo.

—Oh, ¿quieres que use palabras feas?

—Por favor, sorpréndeme.

Antes de que Caleb pudiera seguir, Bex dio un puñetazo en la mesa. Los dos hermanos seguían mirándose entre sí, irritados, pero se callaron.

—¿Os parece un buen momento para echaros cosas en cara? —preguntó molesta—. Estábamos hablando de un posible plan para salir de esta

pesadilla, ¿podemos centrarnos en él?

Caleb mantuvo la mirada de su hermano durante unos segundos más. Entonces, se incorporó.

—Lo haré yo.

Mientras salía de la habitación, Brendan sonrió con satisfacción.

Victoria

Ya era de día. Victoria, aprovechando que sus tres amigos humanos estaban dormidos, se escapó por la ventana. No tenía muy claro dónde quería ir, lo único que supo fue que quería salir un rato de la habitación.

Con cuidado, y sin hacer ruido, se impulsó por la ventana y subió al techo. Últimamente, se había convertido en su único lugar de paz. Consiguió escapar por el tejado y, en cuanto estuvo un poco alejada de la ventana, se sentó con las piernas colgando.

Albert y Lambert seguían en el patio. Estaban teniendo una conversación aparentemente intensa. Y también bastante larga, porque llevaban allí desde antes de que ella subiera con Kyran. Victoria los observó con interés. El lenguaje corporal de Albert era bastante agresivo. Lambert, por otro lado, parecía un niño pequeño y espantado. Durante esas últimas horas, había recibido unos cuantos regaños. Pobrecito.

Quiso seguir analizándolo todo, pero se despistó al notar un pinchazo de dolor de cabeza. Molesta, se pellizcó el puente de la nariz.

¿Por qué esos dolores, de pronto, eran tan aleatorios? Solían darse cuando intentaba recordar algo, pero últimamente eran mucho más

insistentes. Además, al no saber qué los ocasionaba, empezó a ponerse nerviosa.

Victoria se miró las manos. Sentía un cosquilleo extraño en la punta de los dedos. La sensación no la había abandonado desde el momento en que se había metido en la cabeza de Sawyer. Ese túnel lleno de imágenes borrosas. No se parecía a nada que hubiera visto antes. Y… había dolido, aunque no fuera insoportable. El dolor seguía ahí.

Molesta, cerró las manos en dos puños para detener los temblores. Lo consiguió durante unos instantes.

Entonces, Lambert se separó del vampiro. Tenía las manos en la cabeza y parecía frustrado. Victoria aprovechó el momento para saltar del tejado. Curiosamente, el pelirrojo no se sorprendió mucho al verla aterrizar a su lado.

—¿Qué pasa, Victoria?

Ella lanzó una miradita al otro. Se había dado cuenta de su presencia, pero apenas le prestó atención. Mejor. Quería hablar con Lambert a solas.

—Esa historia que me contaste del hechicero que te maldijo… —murmuró ella—. Era Barislav, ¿no?

Lambert se quitó las manos de la cabeza. Estaba agotado. Aun así, hizo el esfuerzo de ofrecerle una sonrisa a su amiga.

—Sí.

—Y su hijo era el padre de Sawyer.

Él se tensó.

—Sí.

—Eso… convierte a Barislav en su abuelo.

—Ya te dije que los hechiceros no se toman muy bien eso de tener descendencia sin habilidades, ¿no? —Lambert sacudió la cabeza—.

Conozco a Barislav. Sé lo que le hizo a su hijo. Y me imagino también lo que habrás visto en la cabeza de su nieto.

Victoria jamás podría olvidarlo. Un sótano similar al de la antigua casa, un niño pequeño y triste. No, desesperado. Los intentos constantes de hacerle daño, de provocarle una habilidad que nunca llegaría. Que todo aquello lo hiciera su propio padre con tal de no enfrentarse a Barislav. Se preguntó en qué momento se habrían detenido. En qué momento habrían asumido que, por mucha fuerza que ejercieran, Sawyer era humano.

—Me parece increíble que, sabiendo lo que es pasar por eso, fuera capaz de hacerle lo mismo a esos niños —murmuró ella con rencor.

Lambert, en cambio, no estaba tan sorprendido.

—Es el círculo de maltrato, ¿no? Su padre lo hizo con él para no ser el que sufría y Sawyer se lo hizo a los chicos por el mismo motivo.

—Pues mejor no te digo lo que pienso de él. Se lo mer…

En cuanto se percató de la barbaridad que iba soltar, se detuvo a sí misma. No, no era capaz de decir que un niño merecía ser torturado. Ni siquiera si ese niño era Sawyer.

Lambert había pasado tantos años a su lado que, solo con mirarla, ya entendió su debate interno.

—Las víctimas no son seres de luz, Vic. Pueden ser tan villanos como el resto. Y eso no quita que hayan sido víctimas.

—Es que… no quiero empatizar con él. Me niego.

—Pues no lo hagas. Ese hombre te mató. O lo intentó, por lo menos. Y ha estado trabajando con un hombre que le ordenaba separar a niños de sus familias, borrarles la memoria y obligarlos a vivir en este mundo. No es una buena persona. Aunque, si te soy sincero, creo que es mucho mejor persona que Barislav.

Cada vez que mencionaba ese nombre, se tensaba de forma visible. Victoria no pudo contenerse y le colocó una mano en el hombro.

—¿Cuánto hace que no ves a Barislav?

Lambert no tuvo que pensarse la respuesta.

—Muchos años. Desde que Albert negoció mi liberación. No es una buena persona, Vic… Siempre supimos que, aunque se pasara unos años tranquilo, estaba planeando algo. Y también sabía que terminaría volviendo a por mí.

—¿Y crees que va a desistir?

Él negó con la cabeza. Su mirada se había ensombrecido.

—No. Nunca. No es la clase de persona que se olvida de quienes lo han jodido.

—¿Y si usaras tu habilidad contra él? ¿Y si le hicieras olvidarte?

Lambert sacudió la cabeza.

—Los hechiceros no son tan vulnerables a nuestras habilidades como crees. Podría intentarlo, pero seguramente me mataría mucho antes de conseguirlo.

Victoria no supo qué decirle. Quería consolarlo, pero no mentirle. Y sabía que, dijera lo que dijera, el peligro seguiría estando ahí. Y la tensión. Y el miedo. No soportaba ser incapaz de ofrecerle un poco de calma.

—Estoy preocupada por Kyran —admitió en voz baja.

—Lo sé —dijo él apenado—. Y yo también.

—No puede vivir en este mundo, Lambert. No puede. Necesito… saber que puede vivir más allá, incluso si implica olvidarse de nosotros.

Esa última frase hizo que Lambert la observara con suspicacia. Victoria aprovechó para colocarle otra mano en el hombro.

—Tengo que pedirte un favor —murmuró por fin.

Caleb

No había subido todavía el primer escalón cuando, de pronto, sintió que su bolsillo había empezado a vibrar. Bajó la mirada, confuso. Podía oír el murmullo de una voz, pero no entendió de dónde provenía. Al menos, hasta que vio que la piedra que había arreglado un rato antes había empezado a brillar.

—¿Qué…? —empezó a decir Brendan desde el salón.

Caleb hizo un ademán de meter la mano en el bolsillo, pero la piedra se escapó mucho antes de que pudiera tocarla. Sorprendido, dio un paso hacia atrás. La piedra había salido volando a toda velocidad. A tanta que el pelo de Bex sufrió una sacudida y ella se apartó con perplejidad.

Por supuesto, terminó en la mano abierta de Albert, que acababa de entrar en casa.

Él bajó la mirada a su palma, sorprendido.

—¿La has arreglado? —le preguntó a Caleb con un ligero tono de sorpresa.

—Eh…, no lo sé. Usé la habilidad para intentarlo, pero…

Antes de que pudiera decir nada más, Albert la sacudió con fuerza y volvió a levantarla. La piedra emitía una tenue luz roja que fue haciéndose progresivamente más y más potente. Tras él, Lambert se escabulló con disimulo.

—¿Qué hace la cosa esa? —preguntó Bex alarmada—. ¡¿Va a explotar?!

Brendan soltó un sonidito de burla.

—Sí. Corre, corre, que no te pille.

Antes de que pudieran meterse en una pelea, Albert volvió a sacudir la piedra. Parecía que, dadas las pobres condiciones del objeto, era difícil darle uso. Aun así, Caleb no despegó la mirada.

De pronto, Albert la soltó de golpe. Cayó justo delante de él y, en cuanto tocó el suelo, la luz roja parpadeó en toda la habitación.

Caleb empezó a considerar la posibilidad de que sí fuera a explotar, pero entonces…

—¡¡¡ALBERT EUGENE AINSWORTH III!!!

La voz salió de la piedra con tanta fuerza que Caleb estuvo tentado de cubrirse los oídos. Un pitido muy molesto se instaló en su cabeza.

Oh, ¿por qué no podían tener un solo día silencioso? O una hora, por lo menos. ¿Era tanto pedir?

—Mierda —murmuró Albert.

Todos los demás se habían quedado pasmados.

—¿Es tu madre? —preguntó Bex.

—No, no… Es… Em…

Antes de que pudiera terminar la frase, la voz femenina decidió interrumpir de nuevo.

—¡¿Se puede saber dónde has estado las últimas cuatro horas?! ¡No podía ponerme en contacto contigo!

—Es que… Eeem…

—Me da igual —espetó la persona del otro lado—. No me interesan tus excusas. Ahora que ya sé que sigues vivo, ¿puedo preguntarte qué estás haciendo con una banda de mestizos? ¿Y por qué hay un vídeo de una mestiza circulando por redes sociales?

Albert carraspeó nervioso.

—Estoy en ello —aseguró.

—¿Seguro, Albert? Porque han pasado días desde ese vídeo y todavía no se ha borrado. Y, por si eso fuera poco, ¡sigues con esos mismos mestizos!

—Tengo la sospecha de que hay una actividad criminal…

—Repito: ¿desde cuándo tu función es detener una actividad criminal? ¿O es que quieres meterte tú en otra? Porque te recuerdo que no tienes permitido intervenir en asuntos que no conciernan a tu trabajo directo.

—¡Vine por el vídeo! —saltó Albert.

—¿Y lo has arreglado? No te molestes en responderme, Albert. Y mucho menos tú, Lambert, si estás por ahí. Y, oh, más os vale que no me entere de que estáis interviniendo en asuntos que no os conciernen. Tu único deber es dejar que el informador haga su trabajo, volver a *tu* ciudad y presentar la correspondiente reclamación al consejo.

Ni el mundo mágico se libraba de la burocracia.

Albert quiso responder, pero no le salió nada.

—Te concedo un solo viaje más —siguió la mujer del comunicador—. Vuelve ahora mismo a la ciudad.

—Pero…

De pronto, la luz se apagó. El artefacto seguía vibrando con vida propia, pero la voz había desaparecido.

Lambert contempló a su jefe con la boca abierta. Acababa de entrar, junto a Victoria, aunque ella se mantenía al margen. Parecía tensa.

Caleb no tuvo tiempo de analizarla, porque Lambert se adelantó varios pasos.

—¿Te vas? —preguntó sin poder creérselo—. ¡No puedes irte ahora!

—Estoy cometiendo un delito —admitió Albert—. Y, como se enteren del interrogatorio…

—Pero ¡tú no hiciste nada! ¡Fuimos nosotros!

—Lambert, lo siento, pero sabes que no puedo quedarme.

Caleb no podía creerse nada de lo que estaba oyendo. Indignado, bajó el único escalón que había subido y fue directo hacia el vampiro.

—¿Nos vas a abandonar? —espetó—. ¿Ahora que estamos en el peor momento?

Quiso acercarse más. De hecho, quiso estampar el comunicador contra la pared.

—No estáis en el peor momento —aseguró Albert con calma—. Os he ayudado a atrapar a vuestro jefe, tenéis información nueva… Hay suficientes elementos como para que sigáis sin mí.

Bex parpadeó unas cuantas veces.

—Eres un cobarde —lo acusó—. No me lo puedo creer… ¡Eres un cobarde!

Albert lamentaba la partida, era más que evidente. Podría haberse marchado al momento y no dar explicaciones, pero permaneció en el mismo lugar. Los miró uno a uno, y finalmente llegó a Lambert. Era el que parecía más desamparado de todos. Como un animalito abandonado en un rincón.

—Lo siento —aseguró su jefe—, pero sabes que no puedo seguir ayudándote.

—Pero… me has dicho…

—Este es tu trabajo, Lambert. Demuéstrame que puedes salir de esta y hablaremos de tu futuro, lo prometo.

»A los demás… Deseo que nos volvamos a ver en un momento con menos tensión. Que sepáis que voy a intentar detener esta situación por todos los medios posibles. Y… suerte.

Sin que nadie pudiera decir nada más, Albert fue a llevarse la piedra al pecho. No obstante, se detuvo antes de llegar a rozarlo. Su expresión había cambiado. De nuevo, debate interno. Caleb reconoció esa mirada. Era la

que él mismo tenía cuando estaba a punto de saltarse las normas por décima vez.

Efectivamente, Albert se separó y fue directo hacia Victoria. No se molestó en sacarla de la habitación, pero la sujetó del brazo. Lo hizo con fuerza. Ella, sorprendida, no pudo hacer nada más que devolverle la mirada.

—Escúchame —dijo Albert en voz muy baja—, me habría encantado hablar contigo con más tiempo y poder explicarte las cosas, pero no ha podido ser. Escúchame bien, Victoria. Barislav quiere deshacerse de ti. De ti concretamente, ¿lo entiendes? Supones un peligro. Si mis teorías son ciertas, y espero que no lo sean, en algún momento tendrás que tomar una decisión. Una muy complicada, pero tú sabrás que es correcta y creo que sabes cuál es. En el fondo, siempre lo has sospechado. Cuando llegue ese momento, no puedes dudar. ¿Lo entiendes, Victoria? Prométeme que no dudarás. Pase lo que pase.

Ella observó a Albert. Al principio, había parecido perpleja. Sin embargo, a cada palabra que decía el niño-no-niño, su mirada se iba volviendo más y más sombría.

Cuando llegó a la última frase, sorprendió a Caleb al asentir sin ni siquiera dudarlo.

—Lo prometo —susurró ella.

Albert la contempló durante unos instantes más. Era una mirada casi paternal. Con cuidado, le soltó el brazo y le colocó una mano en la mejilla.

—Sé que las palabras de un desconocido no conseguirán consolarte demasiado —murmuró—, pero quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti.

Victoria asintió de forma ausente, como si hubiera aceptado algo mucho más profundo de lo que Caleb podría llegar a imaginarse.

Entonces, Albert se volvió. Su mirada estaba llena de pena e hizo especial esfuerzo en no volverse hacia ella. Sin mediar palabra, se posó la piedra en el pecho. Y, en medio de un parpadeo, desapareció tan rápido como había aparecido.

Caleb, por primera vez en toda aquella historia, sintió que estaban completamente solos.

32

Victoria

—¿En qué piensas?

Había encontrado a Caleb en el patio trasero. Estaba sentado en uno de los escalones, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. Era la viva imagen de la frustración.

—Estamos solos —murmuró él.

Victoria quiso decirle que aquello no era cierto, pero era difícil ser positiva en una situación que cada vez iba a peor. Además, le impactó un poco ver a Caleb tan cansado. Normalmente, era el único del grupo que se mantenía con la cabeza alta y los ánimos intactos. Verlo tan derrotado era… aterrador.

Se dijo a sí misma que, por una vez, Caleb no podía ser el salvavidas al que aferrarse. Que, ese día, necesitaba que alguien lo consolara a él. Y no veía a nadie más con ganas de hacerlo, así que tomó asiento en el escalón anterior. Desde esa posición, pudo apoyar los brazos en las rodillas de Caleb y mirarlo a los ojos. Él sonrió sin muchas ganas.

—Vamos —comentó Victoria—, sabes que ese crío no iba a hacer nada por ayudarnos. Seguro que se ha inventado todo el rollito de los vampiros para ver si nos lo creíamos.

Él se rio entre dientes. Sus risas eran tan escasas que Victoria se apresuró a atraparlas en forma de recuerdo.

—Además —siguió ella—, siempre hemos estado solos. Y siempre hemos salido adelante.

—No todos.

Victoria recordó la sorpresa de Iver al encontrarla. Las risas en los primeros días. La determinación de los últimos momentos. La expresión de Caleb al verlo ante sus ojos.

Sin darse cuenta, se aferró con fuerza a sus rodillas.

—No todos —admitió ella—, pero los suficientes para que Doyle se acojone un poquito.

—¿Y de qué nos sirve que Doyle se asuste?

A ella le hizo un poco de gracia que Caleb, tan correcto como siempre, no quisiera repetir la palabrota.

—Que tus enemigos se asusten siempre es buena idea, ¿no?

—Supongo.

—Además, Brendan me ha mencionado el plan del búnker.

—No es un plan; es Brendan delirando sobre un búnker.

Victoria sonrió divertida.

—Sigue siendo mejor que nada —aseguró—. Y a mí no me importaría hablar con Sawyer.

Pensó que aquellas palabras lo consolarían, pero Caleb sacudió la cabeza al instante.

—¿No? —repitió ella—. ¿Prefieres hablar tú con él?

—No… Bueno, no lo sé. Ojalá no estuviera aquí.

—Si no estuviera aquí, seguiríamos viviendo escondidos por el resto de nuestra vida.

Mientras lo decía, Victoria se dio cuenta de que ya habían encontrado a Sawyer y, sin embargo, seguían sin poder vivir como personas normales. Se preguntó si alguna vez podrían. Jamás se lo había planteado. Había estado tan ocupada que no había tenido tiempo ni para hacerse preguntas a sí misma.

Sin embargo, no era el momento de pensar en ello; estaba centrada en consolar a Caleb.

—Podríamos ir tú y yo —murmuró—. Vemos el búnker de lejos, anotamos cómo es la seguridad, volvemos… Y ya haremos un plan en base a eso.

Caleb no respondió. Su mirada había quedado perdida en algún punto del patio. Ni siquiera se centró cuando ella se acercó un poco más y le apoyó la mejilla en la rodilla.

—¿Qué te pasa? —preguntó en un tono más suave.

—No me gusta esta situación.

—A mí tampoco, créeme…

—Y tampoco me gusta la idea de salir otra vez. Cuando fuimos al bar, ya nos arriesgamos mucho. Quizá no encontremos nada en el búnker, pero sí que nos encuentren a nosotros. No vale la pena.

Victoria siguió mirándolo. No se le ocurría nada que aportar para consolarlo, porque sabía que tenía razón.

De pronto, Caleb volvió a centrarse en ella.

—¿Qué viste en su cabeza?

Ella dudó. Le vinieron muchos recuerdos a la mente, muchas imágenes borrosas y confusas. Había unas cuantas que se habían quedado dando vueltas por su cabeza. No entendía por qué, pero se habían quedado con

ella. Las consideró importantes. Especialmente, la de lo que parecía una granja. Un… ¿rancho, quizá? Un campamento infantil. Victoria sabía que lo había visto antes de que saliera reflejado en la cabeza de Sawyer.

Aunque no era el momento de molestar a Caleb con ninguna de esas cosas.

—Muchos recuerdos —admitió finalmente—, pero poca cosa útil.

Caleb no la creyó del todo, pero asintió una vez. Y, así, se quedaron en silencio durante unos instantes. Fue el primer momento de paz que pudieron compartir en mucho tiempo. Victoria incluso cerró los ojos. Ojalá pudiera quedarse a vivir en ese instante y no tener que abrirlos para enfrentarse al mundo.

—¿Victoria? —murmuró él entonces.

—¿Sí?

—¿Qué le has prometido a Albert?

Victoria dibujó un trazo invisible en su rodilla.

—Nada que no pudiera prometer.

Margo

No quería sentarse en la misma mesa que Brendan y Axel, así que se comió un bol de cereales con leche de pie, con la cadera apoyada en la encimera de la cocina.

Ese día, el calor era insoportable. Margo apenas había dormido unas pocas horas antes de despertarse, empapada de sudor, e ir directa a la ducha. Y, oh, qué placer tener una ducha íntima, sin un guardaespaldas esperando

al otro lado de la cortinita. Qué placer poder moverse por donde quisiera, aunque fuera dentro de una casa, y no depender de las órdenes de nadie.

Se comió otra cucharada. Fuera, veía la espalda de Caleb. Estaba sentado en el porche junto a Victoria. Ambos mantenían los ojos cerrados y estaban apoyados el uno en el otro. Margo los observó durante unos instantes. Seguía siendo raro ver a Victoria tan… en paz… con alguien. No la recordaba así con Jamie. Ni con ninguna otra persona. Y, curiosamente, le gustaba Caleb para ella. Le parecía un buen chico, si quitabas toda la parte de poderes sobrenaturales y vida en peligro.

De pronto, la cara de Brendan interrumpió sus vistas. Se plantó en la encimera, a su lado, con los brazos cruzados y media sonrisita engreída.

Margo, automáticamente, frunció el ceño.

—¿Qué quieres? —preguntó de mala gana.

—Da gusto hablar contigo, ¿eh? Eres todo dulzura.

—Y tú solo hablas conmigo cuando quieres algo, así que dilo directamente.

Brendan, como siempre, empezó a reírse de ella. O con ella. Ya no estaba muy segura. El caso era que estaba de pie a su lado, inclinado sobre la misma encimera que ella, y Margo solo quería comer sus puñeteros cereales en paz.

Desde la mesa del comedor, Axel les lanzó una mirada de pocos amigos, se incorporó y empezó a subir las escaleras. Lo hizo con tanta rapidez que casi tiró al pobre Lambert, que estaba correteando junto a Kyran para jugar con él.

Con los gritos de alegría del niño de fondo, Margo tomó otra cuchara de cereales y miró cualquier cosa que no fuera Brendan.

—Muy observadora —comentó él—. Solo estoy interesado en cómo estás, después del secuestro y eso.

—Qué forma tan sensible de preguntarlo.

—Me lo tomaré como que estás bien.

—Brendan, ¿se puede saber qué quieres?

Margo lo tenía calado; Brendan era de esas personas que siempre conseguían lo que querían, de una forma u otra. Tenía muchos métodos para lograr esos objetivos. Uno de ellos era, obviamente, ligar.

El problema era que Margo había inventado el juego de ligar para conseguir cosas. ¿Se creía que iba a engañarla con su propio método?

Brendan apoyó un brazo casualmente detrás de ella. Margo suspiró y se llenó la boca de cereales.

—Bueno —comentó él—, aparte de estar sumamente preocupado por tu bienestar y todas esas chorradas, también quería hablarte de una cosa.

—Vaya, qué sorpresa.

—Supongo que tienes tantas ganas de salir de aquí como yo.

—Oh, ¿vas a proponer que nos escapemos juntos? ¡Por fin! ¿Dónde está la carroza?

Su ironía fue tan ofensiva que ni siquiera Brendan pudo descartarla con una sonrisa. Margo le echó una ojeada. Estaba enarcando una ceja.

—Ya veo que no estás para dar rodeos.

—Pues no. Dime qué quieres.

—Quiero que hables con Sawyer.

—¿Y que le proponga que nos escapemos junt…?

—Va en serio.

Margo, un poco cansada, tomó la última cucharada de cereales y dejó el bol en la encimera. Fue la excusa perfecta para alejarse unos cuantos pasos de Brendan y ver las cosas con una perspectiva más objetiva. El cabrón estaba bueno y eso podía despistarla.

—Me iría bien saber los horarios que tienen en el búnker —añadió él, hablando con más seriedad—. Y Sawyer los sabe. A mí jamás me los diría.

—¿Para qué quieres entrar en ese búnker?

—Eso, querida, no te importa.

—Oh, querido…, me importa cuando todo depende de *mi* colaboración.

Brendan sonrió con cierta satisfacción.

—Digamos que es algo importante.

—¿Y qué es?

—¿No vas a dejarlo estar?

—Ni de coña.

Él dudó unos instantes. Para sorpresa de Margo, apartó la mirada.

—En el interrogatorio, dijo que algunos teníamos familia antes de que nos reclutara. Y, según Axel, Sawyer trasladó todos sus documentos de la fábrica al búnker.

—¿Quieres… encontrar a tu familia?

Aquello la pilló un poco desprevenida. Más que nada, porque jamás habría pensado que Brendan pudiera necesitar a sus seres queridos. Aunque, pensándolo bien…, ella tampoco lo parecía y le gustaba estar con sus padres. Mataría a quien se atreviera a ponerles un dedo encima. No quería ni imaginarse un mundo en el que ellos no estuvieran.

—Y, si ya de paso encuentro a Doyle y puedo cargármelo… —siguió Brendan—, nos quitamos dos problemas de encima.

—Vaya, con lo bien que estabas quedando y ya vuelves a ser un capullo.

—Sabes que no podremos salir de aquí hasta que no nos quitemos a todos esos de encima, nunca. Nos hago un favor a todos.

—Y, si consiguiera esa información…, ¿irías tú solo al búnker?

—Si es necesario, sí.

A Margo aquello le pareció mucho más suicida que ir sin horarios. No podía ir solo. Y, a la vez, entendía que no quisiera comprometer a nadie más. ¿Quién les decía que Doyle y los demás no aparecerían de repente en aquella casa? Si sucedía, necesitarían todas las defensas posibles.

Ella dudó visiblemente.

—¿Qué te hace pensar que a mí me hablaría del tema?

—Eres la que le sube la comida y el agua, y creo que confía en ti.

—Podría mentirme.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a asumir.

Victoria

—¿Puedo hablar contigo un momento?

La pregunta de Victoria hizo que Daniela levantara la cabeza.

Se encontraban en la entrada de la casa. Kyran entraba y salía, lanzaba una pelota de baloncesto, se reía y chillaba para que Lambert fuera pasando de humano a gato. Estaba claro que se lo pasaba en grande. Y Dani, como no quería meterse demasiado, se mantenía sentada en el banco del porche. Tenía un libro abierto en el regazo.

Victoria se sentó a su lado. Qué raro era ver que su amiga estaba roja por el calor, mientras que ella no podía sentir ni la calidez del sol. Seguía sin acostumbrarse.

Durante unos instantes, Victoria no supo qué decir. Tras su charla con Lambert, había tomado unas cuantas decisiones. Necesitaba ponerlas en marcha.

—Mira qué bien se lo pasan —murmuró Victoria.

Dani se centró en Lambert y Kyran. En ese momento, Kyran intentaba vaciarle una regadera encima al gato, que correteaba de un lado a otro y no dejaba de maullar. El niño se reía y chillaba con alegría.

—Sí… —admitió Daniela—. Creo que se llevan mejor que antes y todo.

—Puede ser. Y ambos te quieren mucho.

Su amiga se volvió para mirarla. Parecía intrigada.

—Sí —dijo finalmente—. Son muy buenos chicos.

—Lo sé. Y ninguno tiene la culpa de nada de lo que está pasando.

Dani asintió lentamente.

—He estado pensando —siguió Victoria— en lo que pasará cuando todo esto…, bueno, llegue a la conclusión que tenga que llegar.

—Oh…

—No creo que Sawyer salga de aquí con vida. Incluso si nos ayuda a encontrar a Doyle, creo que no va a tener un final muy bonito. Pero ahora todo depende de Doyle, que, por lo que recuerdo, jamás os ha visto a ti, a Kyran o a Lambert.

Daniela sopesó esa información tan concreta. Lo hizo con el ceño ligeramente fruncido. A esas alturas, ya había cerrado el libro.

—Pero… —murmuró— yo estaba ahí el día que Iver… Cuando…

—Estuviste agachada todo el tiempo; no te vio la cara. Y sabe que Lambert existe, sí, pero no creo que sepa que puede transformarse en gato. Igual que, si Kyran se fuera contigo, no creo que pudiera reconocerlo.

De nuevo, Daniela la miró fijamente.

—¿Qué quieres decir?

—Dani…, tú no tienes nada que ver con todo esto. Nos dejaste la casa, nos has ayudado cuando nos han herido, pero… no tienes que jugarte la vida por nosotros. Y más ahora que sabes que Margo está bien. Creo que deberías irte con Kyran para protegerlo y con Lambert para que él os

proteja a los dos. Creo que deberíais iros muy muy lejos de aquí y tener una vida mínimamente normal. Y nosotros, el día que podamos recuperar la nuestra, os buscaremos.

Daniela parpadeó unas cuantas veces. Se había quedado sin palabras. No esperaba aquella charla. Victoria, sin embargo, no había hecho otra cosa que darle vueltas a esa idea.

—No puedo abandonaros ahora —murmuró al final—. ¿Cómo me voy a ir cuando empezamos a ver la luz al final del túnel?

—Ya nos han atacado dos veces. Si hay una tercera, podrían haceros daño.

—Y a ti también, Vic, pero no por ello te marcharás.

—Porque a mí sabrían buscarme. Y más ahora que el puñetero vídeo circula en todos lados… Vosotros, en cambio, tenéis la oportunidad de que no os reconozcan. De empezar de cero, lejos de todo esto.

Antes de que pudiera responder, Victoria respiró hondo y volvió a incorporarse. No era capaz de mirar a su amiga a los ojos. No se podía creer que estuviera proponiendo aquello de verdad.

—Piénsatelo, ¿vale? —murmuró.

Margo

En serio, ¿por qué siempre le tenía que tocar a ella hacer esas cosas?

Si la situación ya era tensa de por sí, le pareció peor al ver que Axel estaba sentado delante de la puerta de Sawyer. Tenía la espalda apoyada en el marco y jugueteaba con un pequeño cuchillo que seguramente había cogido de la cocina. No daba tanto miedo como Bex con su navaja, pero

Margo sentía que él se la tenía jurada. Que, por algún motivo, la odiaba a muerte.

Eso de que alguien que la detestaba estuviera armado… no era muy gracioso.

Margo se plantó junto a la puerta con un vaso de agua fresca en la mano. Sawyer estaba sentado en la cama, con la mano todavía esposada y la mirada perdida por algún rincón del dormitorio. Había conseguido limpiarse un poco más a sí mismo.

En cuanto ella carraspeó, recibió dos reacciones bastante distintas: Sawyer pareció despertar y Axel, por otro lado, arrugó la nariz con desagrado.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó el último.

Margo intentó no ponerse a la defensiva. Señaló a Sawyer con un gesto vago.

—Tiene que beber.

—¿Ahora?

—Puede beber el año que viene, pero será un poco tarde.

Axel murmuró algo de lo pesada que era, se puso de pie y le hizo un gesto para que entrara. A Margo le sorprendió que decidiera seguirla de cerca. Confusa, se detuvo en medio del dormitorio y lo miró.

—¿Qué? —espetó Axel—. ¿Te crees que os dejaré a solas?

—Yo…

—Sigue andando.

Su tono era mucho más agresivo de lo que habría esperado. Cautelosa, Margo dejó el vaso en la mesita auxiliar, junto al vacío.

Pese a que estaba pegada a él, Sawyer no hizo un solo gesto de ataque. Tampoco le prestó mucha atención, pues estaba observando a Axel.

—Axel —dijo con tono aburrido—, ¿no te parece que estás siendo maleducado?

El aludido se tensó, pero no respondió.

—Mis propios chicos han dejado de hablarme —se lamentó Sawyer dramáticamente—. Menos mal que te tengo a ti.

Eso último lo dijo sonriendo hacia Margo.

Vale, ahora tenía que hablar con él. Iba a ser facilito. Siempre y cuando el puñetero Axel se marchara, claro. Cómo sobraba en aquella conversación. El problema era que Margo no sabía cómo espantarlo sin que le clavara el cuchillo en alguna parte importante de la anatomía.

Dubitativa, se quedó de pie junto a la cama y miró a Axel. Este se puso todavía más a la defensiva.

—¿Qué?

—Bueno…, puedes esperar fuera.

—¿Para que hagas alguna tontería?

—¿Qué tontería voy a hacer?

—¿Te crees que no he visto lo que pasa aquí? Tenéis un rollo raro. Como intentes liberarlo de alguna forma, te hundiré el cuchillo en el corazón. ¿Me has entendido bien?

Sawyer soltó un sonidito de burla.

—No te preocupes, pelirroja. Si hace falta, te protegeré con mi vida.

—No intentaré liberar a nadie —aseguró Margo—. Solo intento hablar con él sin que me mires con cara de asco.

—Y yo solo te digo lo que pienso. No me gusta la gente con cara de traidora.

Ante aquello, Margo tuvo que aguantarse la risotada sarcástica.

—¿Y me lo dices tú? Oh, por favor… Axel, te has cambiado de bando cincuenta veces desde que te conozco. ¿Seguro que soy yo la que tiene cara

de traid…?

Sabía que Axel se enfadaría, pero no esperaba que tanto. A cada palabra, su mirada había ido oscureciéndose. Estaba cegado de rabia. Y, antes de que ella pudiera terminar la pregunta, él cerró la mano en torno a su cuello.

Margo perdió repentinamente la capacidad de respirar. De hecho, perdió la noción de dónde estaba el suelo, porque él la levantó y le estampó la espalda en la pared. No, en la ventana. Margo pudo oír el crujido del cristal que tenía detrás. Y, sobre todo, pudo sentir el dolor afilado y repentino en la parte posterior de su cabeza.

Axel no era el más alto del grupo, pero le sacaba más de una cabeza. La había levantado mucho más de lo que ella podía alcanzar. La sangre empezó a acumularse, el oxígeno a terminarse. Repentinamente aterrada, ella intentó quitarse la mano del cuello. Era imposible. Como intentar quitarse una garra de hierro. Y todavía peor, porque tenía la mirada de odio de Axel justo delante de sus narices.

Su primera esperanza fue que alguien entrara o que Caleb los oyera. Axel tuvo la inteligencia suficiente como para ser silencioso. Se limitó a ladear la cabeza, sonreír y apretar todavía más el agarre.

—Ten cuidado con lo que dices —murmuró, tan tranquilo—. A Brendan le gusta tu cara bonita, no me gustaría que se enfadara conmigo por agujerearla.

Margo, desesperada, dejó de tirar de su mano y empezó a tantear a su alrededor. A buscar cualquier cosa en la que pudiera apoyarse. Su vista empezaba a nublarse y su lengua se sentía hinchada e inerte. La presión del cráneo se volvió insoportable. Dolía. Dolía much…

La soltó tan repentinamente que Margo cayó de rodillas al suelo. Empezó a toser como no lo había hecho en su vida, desesperada. Ni siquiera podía

ver nada. Solo podía respirar. Y acariciarse el cuello. Le ardía la garganta como nunca le había ardido nada.

Con los ojos llenos de lágrimas, vio que las piernas de Axel se movían en un ángulo extraño, como si se contorsionara. Confusa, levantó la cabeza. Todavía respiraba con dificultad, pero logró enfocar la escena.

De alguna forma, Sawyer tenía a Axel en su regazo. Le había rodeado el cuello con un brazo. Debía ser una técnica de ahogo, porque la cara de Axel empezó a ponerse azul. Y Sawyer, con el brazo libre, le tanteó el pecho con calma. Era la viva imagen de la concentración. Axel intentó golpearle el brazo, pero se estaba quedando sin fuerzas. Y sin aire. Margo conocía esa sensación.

Sawyer se detuvo al encontrar la pistola. Se la quitó con un movimiento casi tierno, la dejó junto a él y siguió buscando.

En cuanto Margo oyó el tintineo de unas llaves, supo que la habían cagado.

Aun así, no pudo moverse. Entre la falta de aire y la sorpresa, estaba como hipnotizada. Vio que Sawyer se desataba las esposas con la mano libre. Las dejó colgando del cabecero, se hizo con la pistola y empezó a incorporarse. Solo entonces aflojó el agarre.

Axel no tuvo mucho margen para respirar, porque entonces Sawyer lo agarró del brazo. Fue tan rápido que a Margo le costó entenderlo, pero le había doblado el brazo en un ángulo extraño sobre la espalda. Y mantuvo ese agarre mientras se incorporaba.

Margo abrió mucho los ojos. Igual que Axel. Especialmente cuando Sawyer le clavó la pistola en la nuca. Estaba tan calmado que ni siquiera parpadeaba.

—¿Te acuerdas de esta técnica, Axel? —preguntó con calma.

El idiota asintió lentamente. Se había quedado pálido.

—Dependiendo de cómo te comportes durante los próximos cinco minutos, puedo elegir entre no hacerte nada, romperte un brazo o pegarte un tiro. ¿Quieres un consejo? Elige bien.

Mientras Axel jadeaba por el ángulo en el que se encontraba, Sawyer repasó la habitación con la mirada.

—Aunque… —murmuró el último— nunca se te ha dado bien tomar decisiones. Quizá debería tomarla yo por ti.

Y giró la muñeca.

El hueso del brazo de Axel salió de su lugar con un horrendo chasquido. Era el mismo brazo que había usado para estrangular a Margo.

Ella, aterrada, empezó a arrastrarse lejos de la escena. La visión del hueso desplazado era demasiado. Era horrenda. Y el sonido y los gritos de dolor… Sin apenas respirar, Margo siguió retrocediendo. Al menos, hasta que su espalda chocó con el marco de la puerta.

Debería haber huido enseguida, pero se veía incapaz. Estaba paralizada. Vio que Sawyer pasaba por encima de un agonizante Axel sin mirarlo. Y que se acercaba a ella, que se encontraba en la única salida posible.

Por algún motivo, Margo no creyó que fuera a hacerle daño. De hecho, asumió que pasaría por su lado sin mirarla.

Pero no.

Lentamente, ella subió la mirada. Seguía pálida de la impresión. Y más aún cuando percibió que Sawyer se había detenido ante ella. Y que le ofrecía una mano.

Margo dudó visiblemente. Los gritos de Axel no le permitían concentrarse, ni pensar. Quizá, por eso, aceptó la mano de Sawyer. Dejó que la envolviera, que tirara de ella y que la ayudara a ponerse de pie.

Una vez que ella se incorporó, lo miró con los ojos muy abiertos y temerosos. Sawyer se limitó a repasarla de arriba abajo. Tras eso, esbozó

una breve sonrisa satisfecha, asintió ligeramente con la cabeza y salió de la habitación.

Victoria

Brendan seguía empeñado en ir al puñetero búnker. Y Victoria, honestamente, estaba harta de oír hablar del tema. Especialmente cuando sabía que, aunque Caleb estuviera fuera y no en la cocina con ellos, lo estaría oyendo.

—No creo que sobornar a Sawyer con golosinas sea una buena idea, Kyran —dijo Brendan—, pero gracias por la aportación.

Kyran lo fulminó con la mirada y se pegó la bolsa de golosinas al pecho, muy indignado.

—*Pue vae*.

—Yo sigo creyendo que la amabilidad es la mejor arma —comentó Dani —. Si intentáramos entenderlo en lugar de hacerle daño…, no sé, quizá podríamos convencerlo de que nos echara una mano.

Bex arrugó la nariz.

—¿De qué anuncio navideño te has escapado?

Dani, en cuanto notó que todo el mundo la miraba con la misma expresión, se sonrojó.

—Solo… daba mi opinión.

—Bueno, pues yo sigo apostando por la tortura.

—Y yo —aseguró Brendan.

—Eso debería ser el último recurso, no el primer plan —comentó Lambert—. Y que lo tenga que decir yo, que estoy zumbado, dice mucho de

este grupo.

Pareció que Bex iba a responder, pero un grito doloroso y horripilante llenó la casa. Durante un instante, nadie se movió. El único que reaccionó fue Caleb, que entró corriendo y se paró en medio del salón.

—Mierda —soltó.

—¿Qué? —preguntó Brendan.

Aunque Caleb nunca llegó a responder, todos actuaron de forma inconsciente. Dani cogió a Kyran en brazos y corrió hacia un rincón, Bex se levantó, Brendan fue junto a su hermano, Lambert se estiró para coger un arma y Victoria sacó su pistola.

El único que había avanzado era Caleb, pero se detuvo en medio de las escaleras. Lo hizo de forma muy repentina y antinatural. Victoria fue a socorrerlo, pero también se detuvo al ver que Sawyer lo apuntaba en la cara con la pistola de Axel.

Caleb, con la mirada clavada en su antiguo jefe, empezó a descender escalones de espaldas.

Sawyer sonreía de medio lado.

—Vaya, vaya —murmuró—. Me encanta ver que toda la familia me espera aquí reunidita.

—¿Qué haces? —preguntó Caleb en voz muy baja.

—Como no subías a verme, me ha tocado bajar.

Victoria contuvo la respiración de forma inconsciente. Ver a Caleb tan cerca del cañón de una pistola hizo que algo en su interior se retorciera. Que ella misma se sintiera amenazada. La mano de la pistola empezó a temblarle.

Sawyer no despegó los ojos de Caleb. Y a este no le quedó más remedio que seguir descendiendo.

—Eso es. —Sawyer bajó el último escalón—. Buen chico.

Oh, iba a matarlo. Muy lentamente.

—Ahora —siguió Sawyer—, haz el favor de apartarte y dejarme salir de aquí.

—No.

—No me obligues a dispararte.

Victoria observó la escena con horror. Especialmente, cuando Caleb permaneció en su lugar con la mirada desafiante.

Estaba aterrada. Necesitaba hacer algo. Lo que fuera. Y alguien debió de oír sus oraciones, porque Margo apareció desde el piso superior. Aunque tenía marcas rojas en el cuello, no gritaba como Axel.

¿Sawyer la había estrangulado por las esposas? Oh, cada vez lo odiaba más.

Ella parecía bien, dentro de lo posible. Y Victoria apreció que se acercara a Sawyer sin hacer un solo ruido, cuidando cada paso.

Sin embargo, cuando estaba a dos escalones, Sawyer le habló sin ni siquiera girarse.

—No des ni un paso más, pelirroja.

Margo se quedó congelada a medio paso del siguiente escalón. Sin saber qué hacer, miró a los demás en busca de ayuda.

Todos parecían tan perdidos como Victoria. Dani se mantenía en un rincón con su cuerpo delante de Kyran y Lambert ante ellos con la pistola en la mano. Bex había adoptado una postura defensiva, como si fuera a saltar hacia delante, pero esperaba una señal. Y luego estaba Brendan, que se había quedado junto a la puerta de la entrada. Aparentemente, estaba tranquilo. El vínculo, sin embargo, desvelaba un punto de incerteza. Victoria quiso pensar que era por su hermano, pero quizá se trataba de los gritos de Axel.

De pronto, Caleb se acercó un poco más a Sawyer. Victoria sintió que su corazón daba un tumbo. Y, por un momento, vio un brillo de sorpresa en la mirada de Sawyer. Especialmente, cuando Caleb pegó la frente al cañón de la pistola.

—Hazlo —murmuró—, porque no pienso moverme.

—No me provoques, *Kéléb*.

—No te provoco, hazlo.

Otra vez, Sawyer pareció dudar. Victoria aprovechó para lanzar una oleada de adrenalina a través del vínculo. Brendan ni siquiera tuvo que mirarla para empezar a moverse.

Mientras los dos se movían con suma lentitud, Caleb siguió hablando.

—¿Adónde vas a ir? —le preguntó—. Si lo que dijiste es verdad, aquí estás más a salvo que en cualquier otro lado.

—Tengo mis recursos.

—Y nosotros también.

—Por favor…, sois una panda de chavales.

—Una panda de chavales que, hasta hace cinco minutos, te tenían esposado.

Un nuevo jadeo de Axel cortó el silencio. Ni Sawyer ni Caleb parecían oírlo.

De hecho, este último parecía… triste. Victoria lo observó con detenimiento. Pese a la amenaza, no había enfado. No había… nada más allá de la tristeza. Quizá eso era lo que tenía a Sawyer tan desconcertado.

—Te has comportado como si fueras nuestro jefe durante años —murmuró Caleb— y resulta que eras tan esclavo como nosotros.

—Oh, nunca seré como vosotros.

—No será por falta de intentos —intervino Victoria.

Pensó que quizá hablar era una mala idea. Que debería dejar que Caleb controlara la conversación. Sin embargo, no fue capaz de contenerse.

Sawyer la miró fijamente. Con ella, su expresión no fue tan suave. De hecho, estaba cargada de odio.

—El cachorrito va a iluminarnos otra vez, supongo.

Disimuladamente, Brendan seguía dando pasos pequeños.

—He estado en tu cabeza, Sawyer —le recordó Victoria—. Puedes hacer muchas cosas, pero mentirme no es ninguna de ellas.

—Estamos hablando los mayores, cállate un rato.

—Te vi en el sótano. Vi lo que te hicieron.

Al mencionar el sótano, todos los que habían vivido en él se tensaron. Caleb, el que más. No despegó la mirada de su antiguo jefe, pero Victoria casi podía oír todos sus reclamos. El principal, por qué no había dicho nada.

Y no lo había hecho, pero tenía sus motivos.

¿El principal? Conocía a Caleb y no quería que terminara empatizando con Sawyer. Pero, dadas las circunstancias, no se le ocurría nada mejor para desviar la conversación. O, por lo menos, para ganar tiempo.

Sawyer se mantuvo tan impasible como si estuvieran hablando del tiempo. Intentó volverse hacia Caleb para seguir hablando, pero Victoria intervino de nuevo.

—Estuviste en el sótano durante toda tu infancia. Más años incluso que Caleb. Tu padre estaba desesperado con que desarrollaras habilidades, pero no hubo manera. Eres tan humano como… Bueno, iba a decir como yo, pero está claro que ya lo soy menos que tú.

El aludido sonrió de medio lado. Como siempre que miraba a Victoria, ella se sintió como si quisiera clavarle un puñal.

—Veo que has sacado muchas conclusiones tú sola —observó.

—¿Estoy equivocada? —No le ofreció tiempo de respuesta—. Fue hace cincuenta y dos años. Tu padre se encargaba de las generaciones de mestizos. Por lo menos, hasta que tu jefe lo quitó de en medio y decidió confiar en ti. Y, ahora, te ha hecho lo mismo. Lo que es la vida, ¿eh?

Brendan ya se estaba acercando a las escaleras. Bex, al verlo, se preparó para saltar. Tenía el cuchillo empuñado.

Victoria aprovechó que tenía toda la atención de Sawyer para sonreír y balancearse sobre las puntas de sus pies. Quería dar la impresión de que todo aquello le daba igual. Que, por una vez, era la dueña de la situación.

—Y los demás todavía no saben la parte más divertida —comentó—. Quizá, si bajas la pistola, no se la digo.

Sabía que no colaría, pero tenía que intentarlo. Sawyer sonrió con burla.

—¿Te crees que a estas alturas tengo algo que esconder?

—Entonces, ¿puedo decirles que Barislav es tu abuelo? Qué divertido el rollito Heidi que tienes montado. Una lástima que no vaya a durar mucho rato, porque no creo que el yayo se haya tomado muy bien tu pequeña traición.

Envalentonada por la distracción, Margo bajó otro escalón.

—En el coche, él mismo te advirtió que te escondieras —dijo esta.

—No te metas —ladró Sawyer, lanzando una breve mirada por encima del hombro.

Pero Margo bajó otro escalón.

—¿Fue lo mismo que intentó tu padre? —atacó Victoria—. Cuando se dio cuenta de que iban a sustituirlo, ¿escapó?

—Si fue capaz de hacerle eso a su propio hijo… —Margo sacudió la cabeza.

—Sí, no quiero ni imaginarme lo que le haría a su nieto.

—Sonaba muy amenazador.

—Además, Sawyer…, debes de sentir muchísimo rencor. Que quiera abandonarte después de más de cincuenta años con él…

—De tener que ver a tantos niños pasar por tu mismo trauma, además…

—Y todo para que tu abuelo te abandone por un idiota como Doyle.

—Además, ¿por Doyle? Menudo cambio…

—Sí, podría haber elegido a alguien que estuviera a la altura.

—Que sea Doyle lo hace todo mucho más humillan…

De pronto, Sawyer apretó el gatillo.

Caleb ni se inmutó, pero la bala pasó zumbando junto a su oreja y fue a parar en la pared. Justo en el rincón que iba a cruzar Brendan para acortar la distancia con ellos. Alarmado, Brendan se detuvo de golpe. Y Margo, por supuesto, retrocedió varios escalones.

—Podemos seguir con el cursito de manipulación emocional —replicó Sawyer—, pero tengo sitios a los que ir.

—Te van a matar por idiota —murmuró Caleb.

Sawyer pareció mucho más ofendido por eso que por todo el discurso de su infancia.

—No te atrevas a insultarme.

—¿Por qué debería guardarte respeto? Te he visto en todas tus versiones. La de persona fuerte, la de tronco de la familia, la de lunático que se obsesiona con que van a traicionarlo, la de asesino… Y, finalmente, la de cobarde.

Muy tenso, Sawyer se inclinó sobre él. La pistola volvía a apuntarlo en la frente.

—¿Cobarde? —repitió.

—En lugar de quedarte y luchar contra Barislav, te marcharás a esperar que nosotros te hagamos el trabajo sucio.

—¿Es que todavía no has entendido que vais a perder? —saltó Sawyer de pronto—. Habéis montado una guerrilla como si, de alguna forma, fuerais a ser más fuertes que un puto hechicero. No lo sois. No lo vais a ser nunca. Cinco minutos antes de que me volaran el brazo, prefería estrellarme a doscientos por hora que enfrentarme a él. ¿Te crees que sabes lo que es el dolor, Caleb? Lo que te hice yo, en comparación, no es nada. Y os terminaréis dando cuenta, pero espero no estar aquí para verlo.

—Te has vuelto un cobarde.

—Ya lo era —dijo Bex de repente—. En cuanto me pidió una visión del futuro, se obsesionó con que una chica rompería el grupo. Y quiso echarme de la familia.

Sawyer enarcó una ceja.

—¿Acaso la visión estaba equivocada? —preguntó—. Porque, por lo que veo, el cachorrito sigue aquí presente. Y todo empezó a torcerse desde que llegó.

—La visión era más larga, Sawyer. Y lo sabes. Una traición familiar te va a matar y va a ser causada por una mujer. Eso es todo lo que sabes.

—Me parece suficiente información.

—¿Es que no lo entiendes? Siempre nos has tratado como tu familia, pero Barislav es tu abuelo. ¿No te parece que podría ser él? Mis predicciones no son cien por cien seguras, Sawyer. Todavía estás a tiempo de bajar la pistola. O de darme una excusa para lanzarte un cuchillo directo al ojo.

—Si todos tenemos un objetivo en común —añadió Margo suavemente —, creo que podemos llegar a algún tipo de… tregua.

—Exacto —saltó Victoria enseguida—. Te necesitamos por lo que sabes de Barislav y tú nos necesitas porque no puedes enfrentarte solo a él. Si

quieres volver a vivir tranquilo, estás tan jodido como nosotros. Ni yo ni nadie de esta casa te hará daño si te comprometes a ayudarnos.

Sawyer torció el gesto con desagrado.

—¿Ayudaros? —repitió.

—Tu abuelo está en tu contra, pero también en la nuestra —le recordó Victoria—. Hasta que se muera, nadie en esta sala volverá a estar tranquilo.

—¿Me estás pidiendo que traicione a mi propia familia, cachorrito?

En ese momento, Caleb habló de nuevo:

—Tu familia somos nosotros. Mucho más de lo que él lo será jamás.

Victoria no esperaba que algo tan tierno fuera a tener un efecto tan preciso. Sawyer frunció un poco el ceño, con la sombra de la duda cruzándole el rostro, e intentó disimularlo. Fue inútil.

—En cuanto baje la pistola, alguno se lanzará sobre mí.

—Quizá —admitió Bex—. Lo único que tienes seguro es que, si no la bajas, todos vamos a intentar matarte.

—Dudo que alguien quiera hacerte daño si colaboramos —aseguró Victoria.

—Es decir —gruñó él—, mientras sea útil.

—Sí, mientras seas útil. Igual que lo seremos nosotros para ti.

Sawyer dudó de forma muy evidente. Entonces, Caleb dijo algo en su idioma. Victoria, que seguía aprendiéndolo, no pudo entender las palabras.

Fueran las que fueran, Sawyer esbozó una sombra de sonrisa un poco agria. Y, para sorpresa de todos, movió la pistola a toda velocidad.

Hubo un momento de tensión, de duda sobre lo que iba a suceder. Sin embargo, él se limitó a sujetarla por encima de su hombro. La empuñadura estaba dirigida a Margo. Ella parpadeó y, aterrada, recogió la pistola con dos deditos y una mueca de horror.

Pese a la aparente victoria, nadie se movió. Bex seguía esperando una señal clara. Si alguien le ofrecía matarlo, probablemente lo haría. Igual que Brendan.

La atención de Sawyer, no obstante, estaba clavada en Caleb.

—No me hagas arrepentirme de esto —advirtió.

Entonces, perdió toda la seriedad y se volvió hacia Brendan. Su sonrisa volvía a ser casual como si acabara de llegar de un paseo.

—Por cierto, le he roto el brazo a tu amigo. Igual deberías ir a echarle un vistazo.

Brendan enarcó las cejas y, dubitativo, empezó a subir los escalones.

Mientras tanto, Bex seguía empuñando el cuchillo. No parecía tan segura como los demás.

—No vas a quedarte así como así —sentenció—. Quiero una prueba de que estás de nuestra parte. Y una *buena* prueba.

—Dudo que tengamos el mismo concepto de…

—Dame algo o te juro, Sawyer, que no vas a volver a subir escalones en tu vida.

Él asintió como si aprobara la amenaza. Después, fingió que se lo pensaba durante unos instantes. Al parecer, le gustaba aquella atención.

—El búnker cambia de vigilancia cada dos horas —murmuró—. Y no olvidéis echarle un vistazo al rancho Wharton. He oído que está precioso en esta época del año.

33

Brendan

Llegó al dormitorio con cierta determinación. Casi la perdió al ver que Axel seguía en el suelo, retorciéndose de dolor y con un brazo girado en un ángulo bastante tenebroso.

—Mierda —soltó Brendan con una mueca de asco.

Axel dejó de lamentarse y lo fulminó con la mirada.

—¡No pongas cara de asco!

—Joder, es que tienes el brazo… Em…

—¡¡¡ROTO!!! ¡Sí, me he dado cuenta!

En lugar de ayudarlo, Brendan retrocedió sobre sus pasos. Oyó que Axel lo llamaba indignado, pero decidió pasar de él. No se detuvo hasta llegar al inicio de las escaleras. Los demás seguían exactamente en la misma posición que los había dejado.

—Tú —espetó, señalando a Daniela—. Sube, tienes un brazo que arreglar.

La rubia, como de costumbre, se señaló a sí misma con espanto.

—¿Y-yo…?

—Sí, tú. Y tú —añadió, esta vez hacia Sawyer—. Tú has hecho esto, tú lo arreglas.

—¿Este va a ser mi primer encargo como fichaje estrella? —protestó él —. ¿Hacer de enfermero?

Aun así, subieron los dos. Sawyer lo hizo con calma y Dani mantuvo toda la distancia que pudo entre ellos. Contemplaba a su exjefe como si fuera a saltar encima de alguien en cualquier momento.

Al llegar al dormitorio, encontraron a Axel en el suelo. Se había abrazado a sí mismo, todavía con lágrimas en los ojos, quizá de rabia. Había estado gimoteando, pero se detuvo al ver a sus dos enfermeros. Especialmente, a uno de ellos.

—Será una broma —espetó.

—Cállate —ordenó Brendan—. Están aquí para ayudarte. Tú, ¿qué hacemos?

Dani se había quedado de pie en la entrada. Estaba tan pasmada que no se acordó de que Sawyer seguía a su lado, apoyado en el marco de la puerta como si estuviera contemplando una escena aburrida. Miró a Dani con una ceja enarcada. No la veía capaz de hacer nada útil.

Sin embargo, la humana reaccionó. En cuanto vio la herida, fue como si de pronto la poseyera un espíritu mucho más valiente que ella. Se acercó a Axel y se agachó a su lado. Este retrocedió, desconfiado, pero dejó que le revisara la herida.

—No es una rotura —confirmó ella, mucho más seria de lo que Brendan jamás habría pensado—, es una luxación.

—¿Y eso qué quiere decir? —ladró Axel.

Daniela, sin embargo, se limitó a echarle una ojeada a sus dos ayudantes.

—Supongo que no tenemos ningún sedante, ¿no?

—¿Te vale con whisky? —preguntó Brendan.

Ella suspiró.

—Lo suponía. Necesito que lo coloquéis en posición de decúbito prono.

Brendan parpadeó como si le hubieran hablado en chino. Sawyer, al ver su cara, soltó un bufido burlón y fue directo hacia Axel.

—¡Espera! —chilló este desde el suelo—. ¡No me…! ¡¡¡AAAH!!!

Sawyer lo había agarrado de debajo de los hombros y, sin muchos miramientos, lo arrastró hacia la cama. Los chillidos de Axel hicieron que Brendan torciera el gesto con desagrado. Daniela, en cambio, se limitó a seguirlos con absoluta concentración.

—Bien —dijo ella—. Siéntate encima de él, Brendan.

—Sí, claro.

—Yo no puedo hacer la maniobra y sujetarlo a la vez. Y… va a moverse.

Al oír esa última frase, Axel dejó de gritar y se quedó lívido.

—¡¿Qué quieres decir con eso?! —preguntó con voz aguda.

Brendan, que por fin había reaccionado, avanzó hacia ellos. Axel estaba tumbado boca abajo en la cama, con el brazo malo colgando hacia Daniela. En cuanto intentó incorporarse, Brendan escaló para subirse sobre su espalda. Dejó todo su peso sobre él sintiéndose un poco culpable. Especialmente cuando un muy desesperado Axel intentó retorcerse mientras preguntaba qué coño iban a hacerle.

A todo eso, Dani se había agachado a su lado. Contempló el brazo torcido como si fuera un experimento. Sawyer, de pie a su lado, disfrutaba de cada paso.

—Ha sido un giro limpio, ¿eh? —dijo muy orgulloso—. Y eso que hacía mucho tiempo que no lo us…

—Céntrate —ordenó Daniela.

Pese a parecer un cervatillo el noventa por ciento del tiempo, tanto Sawyer como Brendan le dejaron tomar el mando de la situación. Quizá fue

debido a su seriedad. Había pasado de cervatillo a toro.

—¿Qué vais a hacer? —insistió Axel desesperado—. ¡E-está bien…, no me duele tanto!

Daniela no respondió. Con una sola mirada, hizo que Sawyer se inclinara y presionara el bíceps de Axel contra el colchón. Ya estaba totalmente inmovilizado.

Brendan se sintió un poco ignorado. Molesto, se preguntó por qué a él no le comunicaba cosas telepáticamente. ¡Seguro que lo haría mejor que el idiota de Sawyer!

El jadeo de Axel hizo que volviera a centrarse, especialmente cuando Daniela le metió parte de las sábanas en la boca.

—Muerde ahí —indicó.

Axel intentó decir algo a través de la tela, pero solo oyeron un jadeo aterrorizado.

—¿Lo estáis sujetando bien? —preguntó ella entonces.

—Perfectamente, capitana —aseguró Sawyer.

—Yo también —dijo Brendan al instante.

Mientras Dani se centraba en lo importante, ellos dos intercambiaron una mirada competitiva.

—Bien —murmuró ella—. Esto va a doler, pero será momentáneo. Contaré hasta tres, ¿vale? Cuenta tú también.

Axel la observaba con los ojos muy abiertos. Negó con la cabeza.

—Cuenta o te doblo el otro brazo —advirtió Sawyer.

Axel, gimoteando, empezó a murmurar números contra la sábana.

Sin embargo, no había llegado al dos cuando Dani, sin previo aviso, empezó a tirar de su muñeca. Brendan tuvo que sujetarse a la cama para que Axel no lo lanzara por los aires. Y Sawyer tuvo que apoyarse con ambos brazos en su bíceps para retenerlo. Daniela, sin embargo, no había ni

parpadeado. Se limitaba a presionar su codo y su muñeca a la vez. Los gritos empezaron, Axel se retorció, Sawyer sonrió, Dani frunció el ceño…

Y, entonces, un crujido. Axel dejó de gritar. Daniela contempló su brazo con detenimiento.

Axel escupió las sábanas, todavía rojo del esfuerzo. Ya no parecía tan desesperado. Contempló su propio brazo con los ojos muy abiertos.

—¿Qué…? —empezó.

—De nada —murmuró Daniela, poniéndose de pie.

Margo

—*¿Madgo bie?*

Ella bajó la mirada hacia Kyran, que se había pegado a su pierna y la miraba con preocupación.

—Sí —aseguró como pudo—. Estoy bien, cariño. Gracias por preguntar.

Aun así, Kyran no se separó de ella.

Margo llevaba un rato intentando respirar con claridad. El cuello le dolía muchísimo. Quizá era algo psicológico, pero todavía sentía los dedos de Axel alrededor de la garganta. Se llenó otro vaso de agua y, aunque beber resultó un poco incómodo, se obligó a sí misma a hacerlo.

Supo en qué momento le habían arreglado el brazo al imbécil de Axel. No tanto por el silencio, sino por la cara de Caleb. Cuando torció el gesto, supo que había oído el crujido del hueso volviendo a su lugar.

—Podríamos dejarlo sufrir un rato más —aseguró Margo de mala gana.

Victoria le dirigió una mirada inquisitiva. Ahora que ya no estaba en alerta, volvió a centrarse en las heridas de su amiga. Le dirigió la misma

mirada que Kyran. O quizá solo le dio esa impresión porque ambos tenían los mismos ojos grises.

—¿Te duele mucho? ¿Qué necesitas?

—Estoy bien —la tranquilizó Margo—. Va a necesitar un poco más para detenerme.

En cualquier otra ocasión, Victoria habría sido la clase de amiga que se ríe y te anima. En esa, sin embargo, parecía genuinamente preocupada. Y culpable. Oh, se sentía culpable por meterla en toda aquella movida de mafiosos, armas y estrangulamientos.

Margo quiso decirle que no se preocupara, que no era culpa suya. Sin embargo, los cuatro jinetes del apocalipsis bajaron en ese momento y atrajeron toda la atención.

Dani iba en primer lugar. Axel, tras ella, se sujetaba el brazo en un cabestrillo improvisado con dos trozos de sábana. Y luego estaba Brendan, que se mantenía pegado a Sawyer y seguía sin confiar en que no escaparía.

—¿Todavía no habéis ido al búnker? —preguntó este último—. Qué lentos os habéis vuelto.

—Cállate —espetó Bex.

—Estoy bien —ironizó Axel mientras tanto—. ¡Muchas gracias a todos por preguntar!

Todo el mundo lo ignoró. Especialmente Margo, que seguía acariciándose el cuello.

—Ni de coña dejaremos a este sin vigilancia —continuó Bex—. Brendan, tú y yo vamos al búnker. Cuando volvamos, dependiendo de lo que haya pasado, Victoria y Caleb irán al rancho ese.

Sawyer se limitó a sonreír.

Caleb

Mientras Bex y Brendan se alejaban en *su* moto, Caleb se encendió un cigarrillo en el porche. También veía a Lambert y a Kyran. El primero tenía forma de gato y dormitaba en la valla del jardín. Kyran, en cambio, volvía a hacer hoyos con sus palas de juguete. Estaba sentado en la tierra, pero no parecía importarle demasiado. Igual que a Victoria, que estaba sentada a su lado y hablaba con él. No dejaba de sonreír.

Caleb se encendió uno de los cigarrillos que le había dejado Brendan. No se fiaba tanto como para dejarle la caja entera —nunca sabían cuándo podrían comprar más—, pero él se conformaba con tener uno. Se lo encendió distraído. En el interior de la casa, oyó a Daniela preguntándole a Margo si se encontraba mejor del cuello. Y la última, tras un carraspeo, intentó mentir y decir que sí.

También oyó los pasos arrastrados y perezosos de Sawyer. En esos momentos, su vigilancia era responsabilidad de Caleb. Y lo primero que había hecho había sido ponerle las esposas otra vez.

Sawyer salió al porche con ambas manos esposadas ante él. Caleb tuvo la breve sospecha de que intentaría escaparse, pero se dejó caer en el banco que tenía al lado con un suspiro.

—Qué cansado es esto de ser prisionero —comentó—. Qué bien me vendría un cigarrito.

Caleb no lo miró.

—Oh, qué bien me sentaría. Qué animado me…

Harto de oírlo, Caleb se sacó un cigarrillo del bolsillo de la chaqueta. Sawyer sonrió con malicia y dejó que se lo encendiera.

A veces, se parecía tanto a Brendan que daba miedo.

Mientras Sawyer exhalaba la primera calada, Caleb volvió a apoyar el hombro en una columna del porche y observó a los demás. No estaba interesado en establecer una conversación.

Pero, claro, Sawyer sí que lo estaba.

—Esto de esposarme en medio de la tregua es un poco contradictorio, ¿no?

—Cállate.

Daniela, que iba a salir de la casa para comprobar si Kyran estaba bien, se detuvo en la puerta. Caleb la miró con curiosidad. Ella volvía a ser la misma chica asustadiza de siempre y, al ver a Sawyer tan cerca de la salida, se quedó muy quieta.

—Ah, hola, enfermera —saludó Sawyer—. ¿A qué viene esa cara de susto? ¿Es por Caleb? Tranquila, yo lo controlo.

Espantada, Dani volvió con Margo. Sawyer, por su parte, se rio entre dientes.

—Me encanta cuando la gente me mira como si fuera un monstruo de dos cabezas… Me sube el ego.

—¿Por qué no te callas de una vez?

—Quería hablar con mi ser extraño favorito. ¿Cómo estás?

—Estaba mejor cuando no formabas parte de mi vida.

—Oh, pero siempre he formado parte de tu vida, ¿no? Y siempre lo haré. Igual que tú formas parte de la mía, de alguna manera. —Sawyer se encogió de hombros—. Es lo bonito de nuestra existencia.

—Lo bonito de nuestra existencia es quitársela a quienes te molestan.

Esperaba que se sintiera un poco intimidado, pero Sawyer volvió a reírse.

—Echaba de menos tu mala leche.

Caleb no respondió. Se limitó a darle otra calada al cigarrillo. Mientras el humo anulaba momentáneamente sus sentidos, pudo olvidarse por un rato

de los mil olores que había dentro de la casa, de las voces y de todas las molestias que todo aquello implicaba. Como las palabrotas de Axel en el piso superior.

—Quería preguntarte cómo te va la vida —siguió Sawyer—. Ahora tienes novia, ¿no? ¿Quieres que te dé la charla de las abejitas y las flores?, ¿de las columnas y las aberturas?, ¿de las cigüeñas y los beb…?

—Vete a la mierda.

—No hay que estar avergonzado de no saber del tema, Caleb.

Lo cierto era que no, no sabía mucho del tema. Su única experiencia había sido con Victoria. Y…, sí, había estado bien. Conocía la teoría, pero jamás pensó que la práctica fuera a gustarle tanto. A veces, se descubría a sí mismo recordándolo en los peores momentos posibles.

Como ese, por ejemplo.

La mirada de Sawyer era afilada, como si supiera exactamente en qué pensaba.

—Oh, ¡te has vuelto un experto!

—Cállate, Sawyer.

—Dime, ¿qué…?

—¿Cuándo fue la última vez que experimentaste un concúbito?

Caleb pretendía callarlo con una pregunta inapropiada, pero solo consiguió que Sawyer empezara a reírse a carcajadas. Tanto que el humo se le escapó por la nariz y empezó a toser. Victoria y Lambert les lanzaron una miradita de desconfianza.

—¿Concúbito? —repitió Sawyer, todavía llorando de la risa—. Oh, campeón, no cambies jamás.

—Cállate.

—La última vez que eché un polvo, ¿eh? Pues tendría que pensarlo, porque hace bastante. ¿Las pajas cuentan?

—Qué asco.

—Oye, has preguntado tú.

—Para que te callaras.

—No finjas que tú no te las haces.

Antes de que pudiera responder, Sawyer siguió hablando.

—Si las pajas no cuentan…, hará dos meses. ¿Y tú, campeón?

—¿A ti qué te importa?

—O sea, que hace más tiempo que yo.

—Dejemos el tema.

—¿Tres meses?

—¡Cállate!

—¿Más?

—¡No!

—¿Seis meses? ¿Un año?

Caleb enrojeció, muy a su pesar.

—Un año —repitió Sawyer pasmado—. Pensaba que te habías escapado con la no-muerta porque estabais en esa fase de hacerlo constantemente, como monos en cel…

—Cállate. Y… nunca hemos necesitado esa fase.

—Pero ¡si es la más divertida!

Su risa maliciosa casi hizo que Caleb le apagara el cigarrillo en la rodilla. Se contuvo a tiempo. Más que nada para que Kyran no tuviera que presenciar otro acto de violencia. Bastantes había vivido ya.

—Vale, ahora en serio —siguió Sawyer—. ¿Cómo estás?

Caleb no estuvo muy seguro de qué le molestaba más: que supiera que le pasaba algo o que se atreviera a hacerle la pregunta. Le dirigió una mirada de advertencia.

—No me hables como si merecieras mi confianza.

—¿No la merezco?

—No. Después de todo lo que has hecho, no.

Sawyer no pareció muy afectado. De hecho, se limitó a soltar el humo entre los labios y a encogerse de hombros.

—Como quieras.

—Lo que quiero es que te calles.

—Cállame tú.

—Eres insoportable.

—Y tú, un crío.

—Muérete.

—Mátame.

—Hazlo tú mismo.

—Me da pereza.

¿Por qué tenía respuesta para todo? Qué irritante era. Caleb masculló algo que era mejor que nadie oyera.

—¿Ya te has enfadado? —sugirió Sawyer—. ¿Llamo a tu novia para que te consuele?

—¿No puedes callarte de una vez? —espetó Caleb de pronto, volviéndose hacia él—. ¿Eres consciente de que tu mísera vida depende de nosotros?

Sawyer lo consideró un momento.

—Mi vida ha estado en peores manos y aquí sigo.

—¿Peores manos? —repitió Caleb—. Dudo que alguna vez te hayas encontrado a alguien capaz de entrar en tus recuerdos. ¿O te crees que no vi tu expresión de pánico cuando Victoria se acercó a ti?

Pese a la media sonrisa, el pulso de Sawyer se había alterado. Era tan sutil que a veces Caleb sospechaba que formaba parte de su imaginación.

—¿Pánico? —repitió Sawyer, parecía divertido con la idea—. Oh, rara vez me asusto. Y menos de un cachorrito. Tu nuevo amigo Axel, en cambio, lo ha pasado bastante mal.

—Porque le has torcido el brazo.

—Y no me arrepiento en absoluto.

—Ambos sabemos que no necesitabas hacerle eso para quitarte las esposas.

—No. De hecho, no entraba en mis planes, pero me ha dado razones para cambiar de idea.

Caleb no terminó de entender las razones de las que hablaba.

—¿Y Margo necesitaba que la estrangularas? —preguntó molesto—. Que yo sepa, ella no te ha hecho nada.

Por primera vez, Sawyer no dijo nada. Simplemente, le dio otra calada del cigarrillo y devolvió la mirada de Caleb.

—Lo he visto —siguió él—. Si hubieras llegado a matarla, Victoria se habría enfadado mucho. Muchísimo. Tanto que yo no la detendría. Y, créeme, no te conviene.

De todas las cosas con las que podía amenazar a alguien, jamás pensó que usaría la carta de Victoria.

Sawyer, de nuevo, se mantuvo en silencio. Su expresión era un poco extraña, como si estuviera dudando entre dos reacciones distintas.

Al final, se decantó por la seria.

—Crees que he sido yo —afirmó.

—*Sé* que has sido tú.

—Te noto muy preocupado por tu amiguita pelirroja.

—Forma parte de mi familia. Vuelve a tocarla y…

—Oh, por favor…

A Caleb le molestó sobremanera que le interrumpiera la amenaza.

—¿Qué? —espetó.

—¿Crees que he sido yo? —preguntó Sawyer—. ¿En serio?

—¿Qué quieres que crea?

—No tengo intención de ahogar a la pelirroja. De hecho, es la que mejor me cae de toda esta casa. Y, teniendo en cuenta que ha intentado patearme, me ha insultado y me ha secuestrado…, imagínate lo poco que me gustáis el resto.

—¿Y eso qué quiere decir? —Caleb frunció el ceño—. ¿Que tú no lo hiciste?

—Qué listo eres. No, no lo hice.

—¿Y quién lo hizo?

—Éramos tres personas en esa habitación, Caleb. Si no fui yo, solo te quedan dos opciones. Y no, no se ahogó a sí misma. No seas idiota.

Caleb estuvo a punto de responder con mucha indignación, pero se detuvo cuando Victoria apareció junto a ellos. Todavía tenía manchas de tierra en las piernas descubiertas, pero no parecía importarle.

Intercambió una mirada de desconfianza entre ellos.

—¿De qué habláis?

—De vuestra nula vida sexual —respondió Sawyer.

Caleb dio un respingo.

—¡No es verdad!

Victoria no pareció tan escandalizada con el tema. De hecho, se centró solamente en Sawyer.

—Margo me ha contado que Axel ha intentado estrangularla —dijo muy seria.

Su exjefe la contempló con suspicacia.

—¿Y?

—Que, si no fuera por ti, seguramente no habríamos podido salvarla a tiempo.

—Eso suena peligrosamente a gratitud, cachorrito.

—Solo quería aclarar esa parte. Y preguntarte una cosa muy importante.

Tanto Sawyer como Caleb fruncieron el ceño. ¿Desde cuándo Victoria tenía preguntas para él?

—¿El qué? —quiso saber el rubio.

—¿Cómo le has hecho un giro tan limpio a Axel?

Para sorpresa de Caleb, a Sawyer se le iluminó la mirada con interés.

Oh, la cantidad de años que se había pasado intentando conseguir que esa mirada fuera para él. Que, de alguna forma, reconociera sus esfuerzos. Que le prestara atención. Qué ridículo se sentía ahora al pensarlo.

Victoria, por el contrario, se quedó tan tranquila. Quería aprender el movimiento, no impresionar a nadie.

—¿Quieres aprender de mí? —preguntó Sawyer exagerando la sorpresa —. Vamos, cachorrito… Eres una matona. Deberías saber hacerlo.

—Y tú, siendo un humano sin habilidades, no deberías ser capaz de tumbar a un mestizo.

—Un humano sin habilidades que le ha enseñado a tu novio y a sus amigos todo lo que saben. Que no se te olvide esa parte.

Caleb torció un poco el gesto. Victoria se limitó a cruzarse de brazos.

—Deja de llamarme «cachorrito». Me llamo Victoria.

—Es un apodo cariñoso.

—Mi puño en tu cara no será tan cariñoso.

—Oh, qué miedo.

—¿Vas a enseñarme el movimiento o no?

Sawyer, de nuevo, pareció extrañamente satisfecho. Sin mediar palabra, le dio el cigarrillo medio consumido a Caleb y se incorporó. Victoria

entrecerró los ojos. Y Caleb, que había estado ahí en primer lugar, sacudió la cabeza.

Oh, lo que le faltaba…

Brendan

Tener a Bex de acompañante resultó extrañamente útil.

Siendo cien por cien honesto, Brendan jamás le había dado mucho crédito. Consideraba que su habilidad era bastante inútil en combate y nunca la había visto siendo especialmente útil en ninguna pelea. Solo sabía defenderse cuando su hermano colaboraba con ella.

O eso pensaba, por lo menos.

Sawyer había dicho la verdad: cada dos horas, el turno de guardias cambiaba. No entraron hasta que no pillaron a uno que se dedicaba a dar vueltas junto al acantilado. Y Bex fue la encargada de quitárselo de en medio. Lo hizo rápido, en silencio y sin dudar.

Entraron en el búnker en cuestión de minutos. El segundo guardia cayó con la misma facilidad que el primero. De nuevo, a manos de su compañera. Brendan no pudo evitar enarcar las cejas con sorpresa.

—Peleas bien —observó.

—Tu opinión me la pela, Brendan.

—Solo intentaba halagarte.

—Pues ahórratelo y céntrate, que todavía no has hecho nada útil.

Él sonrió de medio lado.

El interior del búnker era tan sombrío como lo recordaba: una sucesión de paredes grises, pasillos largos, luces tintineantes y puertas selladas. Bex

intentó abrir alguna de ellas, pero la mayoría de las salas estaban vacías. Incluso la de las cámaras, desde donde pudieron comprobar que no había nadie más vigilándolo. Por una vez, Axel tuvo razón al pensar que a Doyle el búnker podría darle igual.

Mientras Bex revisaba los montones y montones de papeles, Brendan se acercó a las cámaras y empezó a revisarlas una por una. No todas estaban en el búnker. Algunas, se encontraban en calles principales. Una, concretamente, estaba cerca del bar de Victoria. Los habían estado vigilando mucho más tiempo del que él habría pensado. Se sintió un poco estúpido por no sospecharlo.

Estaba revisando una última cámara cuando, de pronto, vio un movimiento. Se trataba de una de las habitaciones. Solo contaba con una bombilla y una silla, y había un hombre sentado en ella. Tenía los brazos atados tras su espalda y la cabeza agachada. Por lo poco que pudo ver con la calidad de imagen, Brendan dedujo que seguía respirando.

—Premio —murmuró.

Bex elevó la cabeza al instante. Tenía un montón de papeles al lado que había ido separando del resto.

—¿Qué pasa?

—Creo que alguien se ha olvidado de que tiene un prisionero.

La habitación en cuestión se encontraba cerca de la sala de cámaras. Y, aunque la puerta estaba cerrada con pestillo, Brendan la abrió de una patada.

El prisionero seguía tal y como lo habían visto en las cámaras. Al ver que no reaccionaba, pensaron que quizá no estaba tan bien como habían considerado. Bex fue directa hacia él para comprobarlo con la pistola en la mano, por supuesto.

—¿Está vivo? —preguntó Brendan, que vigilaba desde la puerta, pendiente del pasillo.

No se fiaba, aquello podía ser una trampa.

Bex chasqueó los dedos delante del prisionero. También le sacudió el hombro.

—Creo que no —admitió—. Por ahora, no ha… ¡¡¡JODER!!!

Brendan dio un brinco sin saber muy bien cuál era el problema. Entonces, vio que Bex se había caído de culo al suelo. Y que el prisionero había levantado la cabeza como si acabara de despertarse de una siesta.

Llevaba ropa muy vieja y arrugada, el pelo muy largo y, aunque no superaría los cincuenta años, se conservaba como si tuviera el triple. Quizá era por las heridas de golpes, pese a que no hiciera muecas de dolor.

Lo que más llamó la atención de Brendan, sin embargo, fue su forma de mirarlo. Como si supiera exactamente quién era.

Bex y Brendan ya estaban desconcertados, pero, cuando el hombre empezó a reírse de forma histérica, empezaron a asustarse.

—¡Están aquí! —chilló, sacudiéndose contra la silla—. ¡Agner sabía que vendrían! ¡Lo sabía!

—¿Agner? —repitió Bex desconcertada—. ¿Eres…?

—¡Tu compañero! ¡Agner es tu compañero, sí! Semanas esperando. Semanas, semanas, semanas… Se creían que Agner iba a hablar, pero es más listo que ellos. No, no… Silencio. Ha guardado silencio. Ji, ji… ¡Agner sabía!

De nuevo, ellos se quedaron muy quietos.

Brendan pensó que quizá desatar a alguien que estaba tan desquiciado no era buena idea. Sin embargo, lo que no esperaba era que Agner diera tal tirón con sus brazos que se llevara las esposas por delante. Quedaron colgando de cada una de sus muñecas, con la cadena rota. Si aquel

movimiento le dolió, no dio señales de ello. Simplemente, se incorporó de un brinco y caminó como un ratoncito hasta llegar a Bex. Y le ofreció un brazo para levantarse.

Bex y Brendan intercambiaron una mirada. Nadie sabía qué hacer. Si ese hombre era su enemigo, lo estaba disimulando bastante bien.

—¡Agner ayuda! —aseguró, encantado de la vida.

Ella, desconcertada, aceptó su ayuda. Agner tiró con tanta fuerza que Bex casi salió volando. Sin embargo, la estabilizó con… cariño. O lo que parecía cariño, por lo menos. Porque, acto seguido, empezó a apretujarla entre sus brazos.

Por encima de su hombro, Bex contempló a Brendan con los ojos muy abiertos por la confusión. Él se encogió de hombros.

—¡Agner sabía que volvería a veros! —exclama el hombre—. Bexley, Bexley… ¡El sabio ciervo! Y Brendan, el lobo solitario. Agner sabía que iba a veros.

—¿Cómo sabes quién soy? —espetó Brendan a la defensiva.

Agner ignoró el tono y sonrió ampliamente.

—Agner siempre sabe. Se lo dijo a Victoria.

La mención de ese nombre hizo que Brendan se tensara de pies a cabeza. Bex también se zafó del abrazo.

—¿De qué conoces a Victoria? —espetó ella.

Agner los ignoró completamente. Estaba fascinado con verlos, como si aquel reencuentro fuera digno de una película. Con una gran sonrisa, se acercó a Brendan para acunar su rostro. Él se apartó de un salto.

—Agner sabe —aseguró él, aunque no volvió a intentar tocarlos—. Agner sabe que Victoria sigue viva. Lo sabe, lo sabe. Y también la pequeña pantera. Sawyer tiene miedo, pero ha hecho bien. Oh, ha hecho bien. Todo sigue su curso.

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —espetó Brendan—. O delirando, más bien.

Agner empezó a reírse.

—No has cambiado —le aseguró—. Oh, Agner se alegra de ver que no hayas cambiado.

Brendan, de nuevo, intercambió una mirada confusa con Bex.

—¿Nos conoces? —preguntó ella.

—¡Sí, sí, sí! Mis niños. Mis primeros. Agner estuvo ahí en vuestra llegada. Y también estuvo el día triste. Muy muy triste. Agner no quería. Su habilidad era para olvidar cosas tristes, no felices. Pero Sawyer dijo que era lo mejor. Agner tenía miedo. Agner muy muy triste. Usó su habilidad para borrar los recuerdos de sus familias. La familia no debería olvidarse. Agner sabía, pero… miedo. Tenía mucho miedo.

Era tanta información que Brendan no supo ni cómo reaccionar. Por lo tanto, cuando Agner se acercó a él y le acunó el rostro con las manos, no tuvo tiempo para apartarse de otro salto.

—Tú buen chico —aseguró el hombre muy serio—. Buen hermano. Agner sabe lo que hiciste por *Kéléb*. Agner… orgulloso.

Hubo un momento de silencio. A Brendan le sorprendió el impacto de esa pequeña e insignificante frase. Y también le sorprendió darse cuenta, en aquellas circunstancias, de que jamás la había oído. Nunca nadie le había reconocido nada. Y mucho menos le habían dicho que estaban orgullosos de él.

Agner soltó su rostro y se volvió hacia Bex. Tomó sus manos con cariño. Ella, pasmada, se limitó a contemplarlo.

—Y Agner siente mucho lo que le pasó a Iver. El águila… Nombre favorito de Agner. También miembro favorito de la familia. Muy muy triste. Notó tristeza de Sawyer.

—¿De… Sawyer?

—Sawyer triste, muy triste. No lo dice, se hace el duro. Teme a su abuelo. Siempre lo ha temido. Agner también. Mucho mucho miedo. Pero, ahora, Agner tiene esperanzas. Todo sale como debe salir.

—¿Y cómo sabes que todo sale como debe salir?

El hombrecito sonrió ampliamente.

—Porque, antes de borrarte la memoria, Agner vio el futuro de todos. Bien, bien… ¡Todo va como debe ir!

Brendan se sintió tentado de preguntar, pero Agner se separó de ellos para salir corriendo. Alarmados, se apresuraron a seguirlo. Lo encontraron a los pocos segundos, inclinado sobre el montón de papeles y murmurando para sí mismo. Había hecho un montón aparte del de Bex. Lo recogió con sus manos ansiosas, arrugándolos en el proceso, y se los tendió a ella.

—Tuyo —informó—. Agner tiene que irse. Ya os ha visto y ya puede estar tranquilo.

—¿Que te…? —Brendan intentó detenerlo del brazo—. Pero ¿se puede saber quién eres?

Agner se limitó a sonreír.

—¿Agner? Agner no es nadie. Es una arañita que se tiene que esconder. Y ya ayudó a Victoria, aunque ella no lo sabe. No puede hacer más.

—¡Puedes venir con nosotros! —exclamó Bex, indignada—. ¡Y decirnos, de una puñetera vez, todo lo que nos falta por saber!

Brendan no estaba muy seguro de qué esperaba, pero supo que no era lo que pasó.

Porque Agner, con una carcajada encantadora, salió corriendo en dirección contraria. Al llegar al final del pasillo, dio una pirueta y desapareció en el exterior del búnker.

En cuanto estuvieron a solas, Bex asintió lentamente.

—¿Te puedes creer que no es lo más raro que me ha pasado?

Victoria

Sawyer llevaba más de una hora sentado en el porche. No hacía nada. Simplemente, dejaba que el sol le cubriera el cuerpo y mantenía los ojos cerrados. De forma inconsciente, se acariciaba la venda del brazo. Ni siquiera volvió a hablar con Caleb, que permaneció un rato más a su lado.

Victoria lo observaba con desconfianza. Y con rencor. De la misma forma que Lambert, aunque él disimulaba más. Sawyer, por su parte, los ignoraba categóricamente.

Entonces, Margo salió de la casa. Debió de ponerse algo en el cuello, porque lo tenía mucho menos hinchado. Y, como era Margo y nunca admitiría el susto que había pasado, actuaba como si nada.

—¡Kyran! —exclamó—. Adivina quién tiene el baño preparado.

El niño, que estaba lleno de tierra por haberse lanzado a por la pelota de fútbol, hizo una mueca.

—*Ahoa* no, *Madgo*.

—Venga, que el agua está caliente. Y Caleb tiene menos cordura cada día que pasa, no deberíamos hacerlo esperar.

Kyran hizo un puchero.

—Si vienes —insistió Margo—, luego te dejo ponerte el disfraz de Batkyran.

Aquella fue toda la negociación que necesitaba. Encantado de la vida, Kyran abandonó la pelota y salió corriendo. También abandonó a Lambert y

a Victoria, que habían hecho de porteros todo ese rato. Al parecer, los disfraces eran más importante que las relaciones.

Kyran llegó junto a Margo dando saltitos. De la mano, subieron los escalones del porche.

Sawyer había abierto un ojo para lanzarles una mirada.

—Yo también necesito un baño, pelirroja.

Margo le enseñó el dedo corazón por detrás del niño. Él sonrió y volvió a hacer la fotosíntesis.

—Qué mal me cae —musitó Victoria.

Lambert asintió lentamente.

—Lo entiendo.

—¿Cómo pudo gustarte su padre?

—¡Oye! No era como este engendro maligno.

Victoria, pese a las circunstancias, esbozó una pequeña sonrisa.

Como Kyran había decidido marcharse, recogieron un poco todo lo que habían desordenado y subieron los escalones del porche. Sawyer permanecía quieto como una estatua. Por lo menos, hasta que Victoria le dio un manotazo en el hombro.

—Despierta —ordenó—. Venga, para dentro.

Él los fulminó con la mirada.

—¿No podéis ir solos? ¿Tengo que acompañaros para que no os perdáis?

—Muy gracioso, entra. No pienso dejarte aquí solo.

Sawyer suspiró. Sin embargo, cuando Victoria tiró de la cadena de sus esposas, no le quedó más remedio que incorporarse. Lo hizo peligrosamente cerca de Lambert y aprovechó para echarle una ojeada llena de curiosidad. El pelirrojo entrecerró los ojos. Al parecer, solo era vulnerable al encanto amargo de Caleb.

Antes de que pudiera decir nada, Victoria empezó a tirar de él hacia el interior de la casa. El salón le parecía una buena opción.

—Es curioso —comentó Sawyer mientras lo arrastraban—, la cantidad de problemas que te puede dar alguien que no conoces. ¿Eh, pelirrojo?

—No sé de qué hablas —aseguró Lambert.

—Cuando Barislav me habló de dos habilidades importantes, pensé que se refería a importantes de verdad. No a un chiquillo que se transforma en gato y luego te obliga a olvidarlo.

El pelirrojo no cayó en la provocación.

Daniela se encontraba en la mesa del salón. Al oírlos llegar, dejó de apuntar en su cuaderno para contemplarlos. Pareció contenta con Victoria y Lambert, pero no con Sawyer. De hecho, hizo una mueca de terror.

—Oye —comentó Sawyer mientras lo sentaban de malas maneras—, ¿y de dónde ha salido esta humana? ¿Venía con el pack del niño o qué?

Dani enrojeció un poco. Nunca supieron si era de rabia o vergüenza. O ambas.

Mientras tanto, Victoria deshizo una de las esposas de Sawyer para atarla a la silla. Podía ser tan aliado como quisiera, pero no se fiaba de él. Además, cada uno hacía lo que quería en su guardia. En la de Victoria, no iba a perder las ataduras en su vida. Si fuera por ella, estaría encerrado en el gimnasio. Y tiraría la llave.

Aun así, cada vez que lo veía, recordaba lo que había sido entrar en su cabeza. Y había una parte de ella, una muy pequeñita, que podía entender algunas de sus reacciones. La historia de Sawyer, a veces, le recordaba a la suya propia. Y no tenía sentido, porque no tenían nada que ver.

Victoria lo había mirado tan fijamente durante tanto rato que Sawyer se dio cuenta. Sin embargo, cuando la pilló, Victoria se limitó a enarcar una ceja.

—¿Quién te ha dado permiso para mirarme?

Por supuesto, él empezó a reírse entre dientes.

—Perdóneme, su majestad…

Lambert, de fondo, estaba llenando un vaso de agua para el idiota. Victoria, sin embargo, no tenía ganas de seguir interactuando con él y prefirió acercarse a Daniela.

—¿Qué apuntas?

—Oh, em…

La rubia lanzó una mirada dubitativa a Sawyer, que le sonrió con inocencia.

—Está bien —aseguró Victoria—. No saldrá vivo de aquí, así que puedes decir lo que quieras.

—Oye —comentó él—, si voy a morir, al menos, dejad que me duche.

Nadie le hizo caso.

—Es un recuento de todo lo que encontramos en las bolsas —explicó Dani, mientras tanto—. Y del dinero que trajisteis. Como Bex tenía que salir, me ha pedido que lo haga.

—¿Y qué tal vas?

—Oh, muy bien. Tenemos más armas que personas, que supongo que es bueno. Solo tenemos un auricular, que no es tan bueno… Pero seguro que podremos solucionarlo pronto.

Victoria asintió. Tras lanzarle una última mirada de advertencia a Sawyer, se reajustó la pistola en la cintura y fue hacia el ventanal. No se molestó en sentarse, pero sí que apoyó un hombro en la pared. Desde la salida de Bex y Brendan, se había sentido muy inquieta. Constantemente, probaba su vínculo para confirmar que estuvieran bien. Y, aunque no notara ninguna señal de peligro, era incapaz de mantenerse en calma. O de pensar en nada que no fueran ellos.

—¿Dónde están Caleb y Margo? —preguntó Daniela entonces.

Lambert se había sentado en la mesa, a su lado, y sin despegar los ojos de un muy aburrido Sawyer.

—Han subido a bañar al niño —comentó él.

Sawyer resopló.

—Caleb ha subido a vigilar a Axel —aseguró—. Después, ya habrá ido a bañar al niño.

A Victoria le jodió que lo conociera tan bien. Y que ella no lo hubiera sospechado, aunque sonara tan lógico.

—Axel no debería estar aquí —murmuró Dani de mala gana—. Después de lo que le hizo a Margo…

—Nos conviene más tenerlo de amigo que de enemigo —aseguró Lambert.

—¿Y cómo sabemos que es amigo y no volverá a hacerlo?

En esa ocasión, quien respondió fue Sawyer:

—Mientras Brendan esté aquí, Axel no intentará marcharse.

Victoria se había propuesto mantenerse al margen de la conversación. Sin embargo, con su tono pedante, no pudo evitar volverse. Odiaba lo creído que se lo tenía Sawyer. Que hablara como si tuviera la verdad absoluta. Incluso si la tenía.

—No deberías hablar de los chicos como si fueran lo más previsible del mundo —espetó irritada.

Sawyer, como si hubiera esperado su respuesta, le sonrió con dulzura fingida.

—¿Es que no lo son?

—No.

—Los he criado, cachorrito, siento decirte que…

—Eso no quiere decir que formes parte de la familia.

A veces, decir según qué cosas delante de Sawyer, era como correr delante de un león hambriento; sabías que era peligroso y, aun así, lo intentabas.

En cuanto pronunció la palabra «familia», él negó con la cabeza y sonrió aún más.

—Oh… Sigues creyendo que esto es una familia.

—¿Y a ti qué te importa?

—Vamos a repasar rápidamente, a ver… Axel está aquí porque se ha pasado media vida obsesionado con Brendan. Brendan, porque está esperando la oportunidad perfecta para matarme cuando ya no sea útil. Bexley solo quiere vengar a su pobre hermanito. Caleb necesita cerrar este capítulo para vivir en paz. El gato raro se ve obligado a protegerte pese a tu perenne instinto suicida. Y luego están el niño y tus dos humanas. Que, seamos sinceros, están aquí por tu culpa. Imagínate lo tranquilitas que serían sus vidas si nunca los hubieras metido en este lío. Estarían a salvo. Sin embargo, aquí siguen. Dime, ¿eso es una familia?

Victoria se extrañó a sí misma al no reaccionar. Se limitó a contemplar a Sawyer fijamente. A sopesar sus palabras. Aunque se sentía como si se le hubieran clavado en el alma, era incapaz de caer en la provocación. A esas alturas, se sentía anestesiada de sentimientos. Lo único que sentía, de vez en cuando, era dolor de cabeza. Y eso no se iba a calmar en un futuro cercano.

Así que se limitó a encogerse de hombros.

—¿Quién dice que una familia tenga que adorarse? —preguntó—. Hasta donde yo sé, tu padre te vendió de mala manera y tu abuelo quiere matarte. No eres el mejor ejemplo de familia funcional.

Cualquier otra persona se enfadaría. Sawyer, sin embargo, no era una persona muy normal. A veces, cuando ella le soltaba esas contestaciones ofensivas, sonreía como si estuviera orgulloso. Qué rarito era.

—*Touché*, cachorrito.

—Y deja de llamarme «cachorrito». Me llamo Victoria.

—Y yo Vadim, un placer.

Daniela empezó a reírse. Al menos, hasta que recordó quién lo había dicho. Cortó la risa de golpe y frunció el ceño.

—Mira esto —anunció Sawyer—, ¡tus amiguitas humanas me adoran!

—Nadie te soporta, Sawyer.

—Tu novio sí.

Victoria quiso decirle que no era cierto, pero nunca había tenido muy claro qué sentía Caleb por Sawyer. De la misma forma, siendo honesta, que nunca había tenido claro qué sentía Sawyer por Caleb.

Por un momento, se olvidó de las provocaciones. Se olvidó de todo. Y solo pudo hacer una pregunta:

—¿Por qué le hiciste eso a Caleb?

Era una pregunta muy genérica. Pero, aunque Lambert y Daniela parecieron un poco confusos, Sawyer supo exactamente de lo que estaba hablando.

En lugar de arrepentirse, se encogió de hombros con pocas preocupaciones.

—Era él o yo.

—Pero ¿por qué él?

—Te noto muy curiosa, cachorr…

—Contesta.

Pensó que no lo haría. Que volvería a salir con una de sus tonterías para desviar el tema, como había hecho desde su llegada.

Sin embargo, Sawyer apartó la mirada para pensárselo durante unos instantes. Quizá nunca se lo había planteado en serio. O, quizá, solo estaba ganando tiempo para ofrecer una buena respuesta.

—Era el que tenía más potencial —dijo finalmente—. Bexley e Iver eran un dúo indisoluble. Siempre lo fueron. Como si hubieran nacido y fueran a morir sin soltarse de la mano. Y sé que Bexley sigue viva, pero a veces… parece que también murió ese día.

Dijo todo aquello sin mirar a nadie. Durante unos segundos, mantuvo los ojos claros clavados en cualquier lado.

Lambert y Dani lo observaban en silencio. Victoria, en cambio, tenía los ojos entrecerrados. No iba a dejarse convencer por un teatrillo barato como si sintiera lástima de verdad.

—Brendan y Caleb eran distintos —añadió volviéndose hacia ella—. Nunca estuvieron tan unidos. Puede parecer que Brendan tiene una personalidad dominante, pero quien tiene madera de líder es Caleb. Cuando vi cómo se relacionaban, vi la oportunidad de separarlos. Brendan solo me servía para transformar a otros extraños, pero quería a Caleb para algo más grande. Algo que realmente valiera la pena. Así que…, sí, le tocó pasar más tiempo en el sótano. No se relacionó tanto con los demás. No tenía muchas habilidades sociales. No creé una identidad para él ni le enseñé las nociones básicas de la vida. Pero era lo que necesitaba: que se acostumbrara a la soledad, a tomar decisiones para no depender de nadie.

Victoria le lanzó una mirada desconfiada.

—¿Por qué?

—Bueno, ya sospechaba que Barislav iba a deshacerse de mí. Si yo me iba, por lo menos quería dejar a un sucesor que valiera la pena. Y quería que Barislav también lo viera. El potencial de Caleb. Cuando las cosas se complicaron, le mandé que te vigilara para que no le salpicaran mis problemas. Para que, una vez que me mataran, pudiera empezar de cero con Barislav. Imagínate lo que me jodió, entonces, que Bex me mostrara una visión en la que alguien de la familia me traicionaba por una chica. Y lo que

me jodió también ver que ese alguien era el único que había elegido para sustituirme y que yo mismo lo había mandado con el motivo de la traición.

Eso último lo añadió con una sonrisa poco honesta.

Victoria siempre supo que Sawyer la detestaba. Podían vivir en la misma casa, hacerse bromas, enseñarse trucos de inmovilización…, que siempre iban a detestarse. Y, curiosamente, era capaz de entender por qué la odiaba. De la misma forma que entendía por qué ella misma lo odiaba a él.

Le sorprendió no considerar enemigo a alguien que odiaba. Ser capaz de ver su punto de vista y entender lo mucho que podía aportarle al grupo.

Y hubo otra cosa que la pilló por sorpresa.

—Querías que Barislav viera su potencial por si un día se deshacía de la generación —murmuró—. Para que a él lo perdonara.

—Piensa lo que quieras.

—¿Cómo puedes ver a unos chicos que has criado, que has visto crecer… y ser capaz de dejarlos morir?

Sawyer sonrió con los labios apretados.

—¿Y cómo han podido traicionarme unos chicos que he criado, que han crecido conmigo? La verdad es muy subjetiva, cachorrito.

—Y tan subjetiva, porque tú los traicionaste antes. No solo porque les robaste la vida, sino también porque estabas dispuesto a sacrificarlos.

—¿Qué puedo decir? En las partidas de ajedrez, a veces, hay que sacrificar a unos cuantos peones.

Victoria sacudió la cabeza. Por mucho que hablara con él, nunca conseguiría darle la razón. Jamás.

—Pues no te sirvió de nada —murmuró—. Tantos años invertidos en esto…, y han terminado descartándote por el mejor postor. Los chicos te odian, tu abuelo quiere matarte y, una vez que termine esto, no te quedará nadie. ¿Cuál es el plan entonces, Sawyer?

Él la observó durante unos instantes. Como de costumbre, las palabras crueles no parecieron afectarlo demasiado. Se limitó a contemplar a Victoria como si hubiera dicho la mayor obviedad de la historia.

Entonces, se encogió de hombros.

—No sé cómo decirte, cachorrito, que hace mucho tiempo que asumí que esta historia no iba a terminar bien. Al menos, para mí.

—Quizá, si hubieras huido de tu abuelo hace años, ahora no estaríamos aquí.

—Quizá sí —admitió él—. Pero ¿quién sabe? Quizá estamos justo donde debemos estar.

Brendan

Brendan contuvo la respiración. Bex, a su lado, lo observaba con cautela.

Pero él era incapaz de devolverle la mirada, porque sus ojos estaban clavados en un punto muy concreto del rancho Wharton. En un hombre que, en esos momentos, arreglaba una valla blanca que indicaba el camino de entrada. Llevaba puesto un sombrero que le protegía del sol, pero las gotas de sudor le resbalaban por el cuello. No era la mejor hora del día para dedicarse al trabajo de campo, pero quizá no tenía más remedio que hacerlo.

Brendan observó sus brazos gruesos, sus hombros anchos, su piel morena, su pelo oscuro, medio cubierto por el sombrero. La mandíbula cuadrada, las arrugas del paso de los años, la altura que lo obligaba a agacharse para clavar los tablones de madera. Observó cada detalle.

—¿Estás bien?

Las palabras de Bex lo sacaron de su ensoñación. Brendan carraspeó y adoptó una postura mucho menos tensa.

—Sí.

—¿Crees que es…?

—Es mi padre.

El hombre clavó el poste de madera con un martillo. Después, resopló y se pasó el antebrazo por la frente. Sus gestos eran parecidos a los que ofrecía Caleb. Incluso su expresión, seria e indescifrable.

Brendan no supo qué sentir. Después de tantos años pensando en ello, no sabía qué hacer. Nunca pensó que llegaría ese momento. Que lo vería en persona.

También quería ver a su madre. Podía distinguir su silueta a lo lejos, en el porche. Bebía un vaso de limonada y leía una novela romántica en un banquito, a la sombra. Unos minutos atrás, había ido a regañar a su marido por trabajar bajo ese sol. Él se había limitado a gruñir que quería quitarse el trabajo de encima. Y ella, tras sacudir la cabeza, le dijo que fuera a beber algo en cuanto terminara.

Fue una interacción ínfima, pero Brendan sintió un dolor de cabeza muy desagradable, como si su cerebro hubiera recuperado algo que creía perdido. No recordaba nada de aquel rancho ni de esas personas. Lo único que le resultó familiar fue el olor. Tierra húmeda por el riego de madrugada, el cítrico aroma de los limoneros que se extendían alrededor del rancho, el pan recién horneado, la crema solar cuando Caleb y él intentaban salir a jugar sin ponérsela, el azahar, el jazmín…

El dolor se hizo más punzante. Brendan cerró los ojos por un momento.

Bex seguía observándolo con curiosidad.

—¿Seguro que estás bien?

—Deberíamos irnos.

Ella enarcó las cejas.

—¿Irnos? —repitió—. Pero… ¡tienes a tus padres justo ahí!

—Lo sé.

—¿Y no vas a acercarte? ¿No vas a…?

—¿Para qué, Bex? Seguro que se piensan que hemos desaparecido o algo peor. Han seguido con su vida. ¿En qué ayudará que, de pronto, reaparezca? Volveré a desaparecer justo después. No puedo quedarme aquí y lo sabes.

Ella lo observó durante unos instantes. Pese a lo insensible que podía mostrarse Bex en la mayoría de las ocasiones, parecía apenada.

—Creo que, si no les dices nada, te arrepentirás toda tu vida.

—Y creo que, si me acerco y los convierto en un objetivo de Doyle, me arrepentiré todavía más.

—Brendan…, no sabemos si volverás a tener la oportunidad de verlos. Quizá, cuando nos libremos de Doyle, tengamos que escapar. Y tengamos que irnos muy lejos de aquí. ¿Estás seguro de que no quieres decirles nada?

Brendan los miró por primera vez. A su padre, cabezón como él. A su madre, independiente como Caleb. Los ojos azules de su padre. Azules. Quizá, todo ese tiempo, ambos los habían tenido azules, por debajo de la capa de oscuridad.

Por algún motivo, ese dato fue el que provocó que se incorporara. Lo hizo de forma inconsciente, sin pensarlo bien. Y su padre, automáticamente, elevó la mirada.

Durante unos instantes, se miraron el uno al otro. Brendan, sin expresión. Su padre, con confusión. Se observaron en silencio, con lentitud, sin que ninguno de los dos terminara de entender lo que estaba viendo.

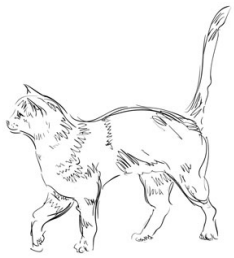
Y, justo cuando su padre separó los labios y soltó el martillo, Brendan dio media vuelta y empezó a alejarse.

Bex lo alcanzó cuando estaban a punto de llegar a la moto. Brendan tenía los hombros tensos. Quería que su tono de voz fuera normal, pero no pudo evitar el temblor.

—No le digas nada de esto a Caleb —pidió—. Deja que se lo cuente cuando termine todo esto. Cuando… podamos volver.

Bex pareció dudar unos instantes, pero terminó por asentir.

34



Victoria

Bex dejó todos los papeles sobre la mesa de un solo golpe, provocando un sonido un poco gracioso en medio del silencio tenso y absoluto que los rodeaba.

Victoria había estado tensa durante toda su ausencia. Sin embargo, cuando los vio llegar cargados de papeles y con un sorprendente buen rollo entre ellos, dedujo que podía estar tranquila.

Alrededor de la mesa, Brendan, Bex, Caleb y la propia Victoria contemplaron el montón de papeles. Algunos parecían llenos de cuentas, otros de palabras que ninguno podía descifrar porque estaban escritas en ruso.

—Precioso —comentó Sawyer—. ¿Qué queréis que vea exactamente?

—No queremos que veas nada —indicó Victoria—, queremos que lo leas. Y nos digas si están en tu idioma.

—¿Y cuál es mi idioma? ¿El ruso o el que uso para comunicarme con esta adorable panda de desquiciados?

Nadie respondió. De hecho, todo el mundo lo contempló con irritación.

—Están en ruso —confirmó, ya que nadie se había reído de su broma mala—. Algunos, al menos. ¿Qué pasa? ¿He pasado de enfermero a traductor?

—¿Por qué te haces el idiota? Son tus papeles.

—¿*Mis* papeles?

Bex dio un repentino golpe en la mesa, irritada.

—Sí. Los que estaban en tu puñetero búnker. Me dirás qué pone exactamente y por qué lo escribiste, *traductor*. No he recorrido media ciudad, me he puesto en peligro, he tenido que aguantar al idiota de Brendan y he soportado una conversación surrealista con un zumbado para que ahora te hagas el tonto.

Brendan, de fondo, pareció bastante ofendido.

Sawyer se quedó mirándola, sorprendido y divertido a partes iguales.

—Qué vida tan dura tienes, Bexley.

—¿Vas a traducirlos o no?

—Puedo intentarlo, pero siento comunicarte que no son míos.

—Sí, claro.

—¿Tengo cara de pasarme el día escribiendo cuando existe la maravillosa opción de teclear? La sociedad ha avanzado mucho durante estos últimos años, Bexley. Seguro que el concepto de *ordenador* te suena.

Victoria, irritada, señaló una parte de la primera hoja que pilló.

—Están firmados por *Sawyer*.

—Enhorabuena por tu enorme capacidad lectora.

—¡Deja de bromear y danos algo útil!

Sawyer puso los ojos en blanco.

—Podría ser mi abuelo, pero dudo mucho que se moleste en escribir en papel mundano. Es hechicero, seguro que él lo haría en un pergamino

mágico o algo así, para sentirse superior. Esto tiene que ser de mi padre.

—¿Tu padre? —repitió Margo con una mueca de hastío—. ¿Se puede saber cuánta familia peligrosa tienes?

—Me temo que solo a ellos, pelirroja. Las cenas de los Sawyer son bastante tranquilas.

—¿Y dónde está tu padre, a todo esto? —saltó Victoria.

—Enterrado en el cementerio de Sviyazhsk. ¿Quieres ir a interrogarlo? No creo que tenga muy buen aspecto.

Victoria, frustrada, se apoyó en la mesa y lo miró fijamente.

—Haz todas las bromas que quieras —indicó—, pero no pienso moverme de aquí hasta que termines de traducir.

La compañía de Victoria pareció gustarle incluso menos que la tortura a la que lo habían sometido un día antes.

Margo

Odiaba las duchas de esa casa.

Como vivía con gente rarita que no podía sentir la temperatura, las únicas personas que entendían su drama eran Daniela, Kyran y, seguramente, Sawyer. Porque el agua caliente iba y venía cuando le daba la gana. Por eso, cada vez que le apetecía ducharse, tardaba el doble de lo normal. Por no hablar de cuando tenían que bañar a Kyran, que exigía que la temperatura estuviera perfecta o no se dignaba a entrar en la ducha.

Margo consiguió lavarse un poco. Al salir, se vistió con unos pantalones cortos y sueltos y una camiseta sin mangas. Tener que soportar esa situación

con tanto calor la hacía todavía peor. Además, si se miraba al espejo, solo conseguía deprimirse.

El cabello rojizo todavía goteaba, pero ni se dio cuenta. Lentamente, se pasó la mano por el cuello. Lo tenía rojo por las marcas de dedos. No había querido decírselo a nadie porque sentía que el problema principal era otro y no quería agobiarlos más. Pero…, joder, cómo dolía. Y ardía. Incómoda, contempló las marcas de las manos de Axel. Cuando trató de tragar saliva, hizo una mueca de dolor. Era como tragarse un cristal.

De pronto, se sintió observada. Brendan estaba apoyado en el marco de la puerta con el hombro. Sonrió ampliamente, como si no le viera las marcas del cuello.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó ella.

—Solo quería confirmarte que estoy bien. Imagino que has estado muuuy preocupada en mi ausencia.

—Pues no.

—Y… tenemos que hablar.

Mala frase para empezar una conversación.

Margo le lanzó una miradita llena de curiosidad. Pese a no soportarlo, le daba la sensación de que Brendan estaba un poco más apagado que de costumbre. Pensó en preguntarle al respecto, pero dedujo que no le diría nada. ¿Para qué perder el tiempo?

—¿Y de qué quieres hablar ahora, Brendan?

—De quién se dedica a coger cuellos ajenos y dejarles esas marcas, por ejemplo.

Ella tuvo ganas de mandarlo a la mierda. A cualquier persona le encantaría que se preocuparan por su bienestar. A ella, en cambio, le molestó.

Brendan no lo preguntaba desde la preocupación de su corazón sincero. Tan solo buscaba una nueva excusa para echarle la culpa a Sawyer. Para hacerlo responsable de otra cosa más, fuera cierta o no. Y a ella, por algún motivo, le cabreó muchísimo. Era *su* dolor y *su* agresión, no quería que lo usaran como arma arrojadiza.

—El cuello es una zona sensible —indicó—. O eso me ha dicho Daniela.

—Te lo ha hecho Sawyer, ¿no?

—¿Y a ti qué te importa?

—Bastante.

—Pues ve y pregúntale, Brendan. Todos los que vivimos en esta casa terminamos heridos de una forma u otra, y no te veo con tantas ganas de descubrir quién es el responsable.

Ante ese pequeño arrebato, Brendan frunció el ceño.

—Me gustaría estar sola —añadió ella—. ¿O tienes pensado manipularme otra vez para que te haga el trabajo sucio?

—No sé de qué hablas.

—Si tengo las puñeteras marcas en el cuello es porque me mandaste a hablar con Sawyer de ese maldito búnker.

—Lo hiciste porque quisiste.

—Y fue idea tuya.

—¿Te puse una pistola en la cabeza para obligarte, Margo?

Muy cabreada, lo miró con toda su rabia.

—Eres mayorcito para aceptar la responsabilidad que te toca por las mierdas que haces —murmuró—. Ahora, si no te importa, me gustaría estar a solas.

Brendan no se movió. Al menos, durante unos instantes. Su expresión era un poco confusa. Quizá no se esperaba que, por una vez, una conversación no saliera exactamente como él quería. O quizá esperaba que Margo le

contara lo que había pasado con todo lujo de detalles por el simple hecho de preguntar. Menudo creído. Y ella ya había tenido a muchos creídos en su vida, no quería a otro.

Lo único que la pilló desprevenida fue que él no insistiera más. No era de los que tiran la toalla tan rápido. Sin embargo, ese día no debía tener la energía para ello. Al final, Brendan se marchó murmurando algo que ella prefirió no entender.

Justo cuando Margo pensaba que iba a quedarse tranquila durante un rato, apareció alguien más en la puerta. Quizá la única persona con la que no quería cruzarse de toda la casa.

—No le has dicho que fui yo —dijo Axel pasmado—. ¿Por qué?

Margo tuvo ganas de ahogarse, pero esta vez en serio. ¿Por qué era tan complicado tener cinco minutos de silencio en esa casa?

—No lo sé —tuvo que admitir—. Supongo que no quería darle la satisfacción de manipularme otra vez.

—Si luego se entera por otra persona…, se enfadará con los dos.

—Pues que se enfade. ¿Por qué le das tanta importancia a la opinión de Brendan? Tampoco es para tanto.

Axel enarcó las cejas. Cualquiera diría que acababa de oír una completa y absoluta locura.

—Ah, bueno… —murmuró Margo—. Conozco esa cara.

—¿Qué cara?

—Te gusta. Un montón, además. Te va el rollito malote y pasota. No te juzgo, ¿eh? Que conste. Ya pasé por esa fase y, aunque se sufre un poco, terminas pasándotelo bien. Incluso si el malote pasa de ti.

Axel había enrojecido un poco.

—No pasa de mí. Es… complicado.

—Sieeempre es complicado.

—No, no lo entiendes. Él me… me besó, ¿sabes? Tiene que significar algo.

Para su propia sorpresa, Margo empatizó con él.

¿En qué momento había aceptado que Axel era un idiota con sentimientos y no un idiota a secas?

Bueno, ella había sido esa idiota muchas veces. ¿En cuántas ocasiones le habían roto el corazón después de marearla durante meses, o incluso años? ¿Cuántas veces había creído encontrar al amor de su vida, para que este terminara siendo tan capullo como sus predecesores? Margo sabía lo que era engañarse a sí misma, intentar convencerse de que la otra persona era mejor de lo que era. Y también sabía lo jodido que era el golpe de realidad posterior.

Quizá, por una vez, podía usar su experiencia para ayudar a alguien y que se ahorrara ese golpe. Aunque ese alguien fuera Axel.

—Oye… —murmuró ella—, no te tomes esto como un ataque, pero dudo que Brendan sienta algo por ti. Quizá estoy equivocada, ¿eh? Pero, en base a mi experiencia…, la gente como Brendan no cambia. Ya puedes quererlos toda tu vida y darles todo lo que te piden, que no van a cambiar. Simplemente, te lanzan migajas de amor para mantenerte enganchado y que creas que algún día se enamorarán de ti. La realidad es que solo son capaces de enamorarse de sí mismos.

A veces, Margo soltaba aquella clase de soliloquios sin pararse a pensar en los demás. En si Axel necesitaba oír eso o quizá le hacía falta que suavizara el golpe. Aunque, al tragar saliva como si fueran cristales por su cuello malherido, se dijo a sí misma que no iba a suavizar una mierda.

Él permaneció en silencio. Jugueteaba con un hilito de su cabestrillo de sábanas. Su mirada, por primera vez, era de persona con emociones y no de robot con la rabia.

—Ya —murmuró—. La verdad es que pensaba que tú…, que tú y él…

—Oh, no. —Ella casi empezó a reírse—. ¿Sabes cuántos Brendan ha habido en mi vida? Demasiados. Finge que coquetea conmigo para conseguir cosas. Incluso podría decir que me parece divertido a veces. Pero créeme: solo lo hace para conseguir lo que quiere. Es esa clase de idiota. Y, desde luego, no es mi tipo actual.

—¿Y cuál es tu tipo actual? ¿Los mafiosos rusos?

Margo sonrió con ironía.

—Cállate, que intento ayudarte y no te lo mereces.

Durante unos segundos muy extraños, pareció que se entendían. Era bastante surrealista, teniendo en cuenta que unas horas antes había intentado ahogarla.

Axel pareció acordarse a la vez que ella, porque señaló su cuello con un gesto que casi podría considerarse tímido.

—Lo siento por… Em…

—¿Por intentar matarme?

—¡No quería matarte! Solo intentaba… No sé…, asustarte un poco. A ver si te ibas y nos dejabas en paz.

—Sí, bueno…, me he llevado unas cuantas marcas de recuerdo. Muchas gracias.

—Yo… Em…

—¿Y si dejamos el tema? Volvamos a lo idiota que es Brendan, que ahí estamos de acuerdo.

Axel esbozó una pequeña sonrisa. Nunca lo había visto sonreír. Le sorprendió lo joven que parecía al hacerlo. Como un niño pequeño que ha encontrado a su primer amigo.

Oh, no iban a ser amigos en la vida. No después de que intentara estrangularla. Margo podría considerarlo si ella también pudiera ahogarlo,

pero dudaba que fuera a tomarse la propuesta con buena actitud.

—Brendan no me habla —comentó Axel entonces.

—¿No?

—No. Y tampoco tengo ganas de que lo haga. Toda la vida me ha hecho lo mismo… Cuando se le cruzan los cables con alguien, me usa como arma arrojadiza y luego se olvida de mí. Lo hizo con Ania, lo hizo con Iver… Supongo que ahora lo ha hecho con Sawyer. Y me seguirá pasando, ¿no? Tú misma lo has dicho: no va a cambiar.

Margo quiso decirle algo que le sirviera como mínimo de consuelo.

Sin embargo, se le ocurrió algo mucho mejor.

Axel debió de darse cuenta de que su expresión había cambiado, porque entrecerró los ojos con sospecha.

—¿Qué pasa?

—Se me ocurre un plan para que pruebe de su propia medicina.

—¿Eh?

—Pero tendríamos que trabajar juntos. Y necesitaría que me confirmaras que no vas a intentar *asustarme* otra vez.

Avergonzado, Axel negó con la cabeza.

—Estoy contigo —aseguró—. ¿Qué plan es?

—Uno muy divertido, pero tiene un precio.

—¿Eh?

—Bueno, intentaste ahogarme. Antes de empezar a ser socios deberíamos estar en paz, ¿no?

—¿Quieres… ahogarme?

—No, idiota. Quiero darte un puñetazo para quedarme satisfecha. Y para empezar un poco el *acting*.

Para su sorpresa, Axel no pareció muy alarmado. De hecho, parecía aliviado.

—Ah, ¿solo eso? Vale.

—¿No vas a preguntarme para qué quiero golpearte?

—Nah. Dame con todo.

Margo vaciló. No había considerado la posibilidad de llegar tan lejos. Y, de pronto, Axel esperaba pacientemente su puñetazo.

Tensa, dio un paso hacia él y apoyó los nudillos en su mejilla para calcular el ángulo. Como era tan alto, tendría que estirarse un poco para llegar bien. Axel observaba todo el proceso con impaciencia.

—¿Lo haces o qué?

—Estoy apuntando.

—¿Te crees que es un torpedo? Voy a contar hasta tres. Si cuando termine no has hecho nada, me aparto. Uno, do… ¡¡¡AU!!!

El puñetazo le dio de lleno en la mejilla. Y, aunque Margo no tenía tanta fuerza como para dejarle una marca, se sintió bastante satisfecha.

Axel se apartó de ella resentido.

—¡¿Por qué nadie espera a que termine de contar?!

Brendan

Como nadie iba a encargarse de hacerlo, Brendan subió a la celda de Sawyer y empezó a recoger las cosas que sobraban. La sábana rota y manchada de sangre, el cubo de agua fría, los vasos vacíos, los platos sucios… Ni siquiera entendió por qué hacía aquello, pero la idea de que el cuarto estuviera desordenado le causaba mucho malestar. Se preguntó si aquello lo había provocado Victoria con su puñetero lazo y su obsesión con el orden.

Precisamente estaba arrancando la sábana cuando alguien entró en el dormitorio. Brendan contempló a Margo con sorpresa. Tenía las mejillas encendidas, los ojos llenos de lágrimas y los nudillos rojos.

Oh, oh.

De forma inconsciente, Brendan se tensó.

—¿Ha sido Sawyer? —preguntó enseguida.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Qué ha pasado? ¿Te han atacado?

—¡No! —insistió Margo visiblemente alterada—. Es que… Axel… Desde que me hizo lo del cuello, no quiero cruzarme con él. Lo odio. Y… creo que he perdido los papeles, porque le he dado un puñetazo y ahora…

No tuvo que decirlo para que Brendan lo entendiera. De hecho, se acercó a ella.

Tampoco tenía muy claro qué iba a hacer a continuación, pues lo de consolar a la gente no era su fuerte. Y tampoco le interesaba demasiado. Prefería ir a su bola, sin preocuparse por los demás. Pero, claro…, ¿cómo iba a hacer eso con alguien que había ido a buscarlo?

Un poco incómodo, le dio una palmadita en el hombro. En cuanto vio que Margo se relajaba un poco, se animó a mantener la mano en su hombro.

—Así que fue Axel —murmuró Brendan.

Margo tenía la cabeza agachada. Asintió lentamente.

—No debería haberlo golpeado —admitió—. Ha estado mal y ahora me duele la mano y estará enfadado y…

Brendan analizó la situación. No podía decir que todo ese drama le importara demasiado, pero era la primera vez que veía a Margo en un estado de vulnerabilidad. Lo pilló tan por sorpresa que se sintió en la obligación de hacerla sentir mejor.

—Déjame ver los nudillos —pidió.

Margo le mostró la mano. Efectivamente, tenía los nudillos teñidos de rojo. Brendan no sabía qué hacer, así que pasó el pulgar por encima de ellos. Le sorprendió que, a modo de respuesta, Margo cerrara la mano en torno a la suya.

A ver…, sí, alguna vez lo había pensado. Es decir, había pensado en ella de *esa* forma. No estaba ciego.

Pero jamás pensó que ella iba a devolverle esa sensación. Con Margo, siempre sentía que iba dos pasos por atrás, que siempre anticipaba sus movimientos. No era una sensación que le gustara especialmente, pero… era diferente. Y, como bien sabía Brendan, las cosas diferentes se le antojaban irresistibles.

Ella levantó la mirada. Qué bajita era, ahora que la veía de cerca. O quizá él era demasiado alto. No supo muy bien por qué se fijaba en ese detalle, pero le pareció… tierno. Igual que le pareció tierna su mirada. Margo tenía los ojos grandes y castaños. Y los tenía clavados en él. Hacía mucho tiempo que nadie lo miraba así.

Oh, hacía mucho que no hacía muchas cosas.

Inconscientemente, se inclinó sobre ella. Olía bien. Todavía tenía el pelo húmedo por la ducha. Subió la otra mano para sostenerle la nuca.

Sin embargo, cuando estaba a punto de besarla, ella se apartó ligeramente. Dada la posición, se quedaron mirando el uno al otro a apenas unos centímetros de distancia.

—¿Qué haces? —preguntó ella pasmada.

—¿No es evidente?

—P-pero… pensaba que Axel y tú…

—Solo me gustas tú —le aseguró.

Margo sonrió con lo que pareció satisfacción.

—¿En serio?

—Sí.

—Promételo.

—Lo prometo.

De pronto, una risotada interrumpió la conversación. Brendan levantó la cabeza de golpe. En cuanto vio a Axel en la puerta, soltó a Margo de forma inconsciente.

—Así que solo te gusta ella, ¿eh? —espetó el recién llegado.

Brendan abrió la boca y volvió a cerrarla. Margo lo miraba con insistencia, como si le pidiera que lo confirmara. Y Axel lo hacía de la misma forma, pero con ganas de que lo negara.

Joder.

—¿Por qué no dices nada? —espetó Axel.

—¡Acaba de decir lo que piensa! —exclamó Margo.

—¡Pues que lo repita!

—Eso, Brendan, ¡repíteselo!

Ambos dieron un paso hacia él. Brendan lo retrocedió.

—Em…

—¿Ibas a besarla? —preguntó Axel dolido.

—¿Eh? ¡No!

—¿No ibas a hacerlo? —preguntó Margo también dolida.

—Sí, quiero decir…

—¡¿Sí?! —repitió Axel.

—Q-quiero decir…

—¿Quieres acostarte con los dos? —preguntó Margo—. ¿Es eso?

—¡No!

—Está claro que sí —espetó Axel.

Brendan no sabía qué decir. De pronto, se sentía completamente perdido. Su hermano, si oía aquella conversación, seguro que se lo pasaría genial.

Por no hablar de la pobre Victoria, que debía de tener un nudo muy confuso de emociones.

—No… —empezó Brendan—. No entiendo muy bien qué está pasando.

—Pues yo creo que está bastante claro —espetó Axel—. Te has estado riendo de los dos.

—¿Yo? Pero…

—¿No podías empezar por ahí? —masculló Margo—. Habría sido más fácil. Y menos doloroso.

—P-pero… es que yo…

—Querías aprovecharte de la situación —finalizó Axel por él.

—¡No! ¡No quería nada!

—Porque te gustamos los dos. —Margo enarcó una ceja.

—Em…

—Aunque dudo que esta situación te guste mucho.

El tono de Margo se había relajado un poco. Aliviado, Brendan asintió con la cabeza. Sí, iba a darles la razón hasta que pudiera escapar.

Axel, sin embargo, sacudió la cabeza. Su mirada seguía cargada de dolor.

—No me lo creo —murmuró.

—Yo sí —tuvo que admitir Margo—. No creo que quisiera hacernos daño… Es que está confuso.

—No sé, Margo…

—Lo digo en serio. Además…, ¿cómo de idiota soy si sigo sintiendo algo por él?

—Igual de idiota que yo, porque estoy igual.

Brendan cada vez entendía menos la situación. Todo aquello estaba tan fuera de su zona de confort que no sabía ni cómo reaccionar.

Especialmente cuando ambos se volvieron para mirarlo.

—¿Qué? —preguntó precavido.

—A ambos nos gustas —aclaró Margo—. Tienes que elegir a uno.

—Y tiene que ser ahora —replicó Axel.

Brendan abrió la boca y volvió a cerrarla.

—¿Eh…?

—A no ser que nos quieras a ambos —añadió Margo—. Que… también es una opción.

De pronto, se coordinaron sin querer. Axel y ella intercambiaron una mirada que duró unos segundos y luego se volvieron para centrarse en Brendan. Ya no parecían tensos en absoluto.

—Sí —comentó Axel—, también es una opción.

Victoria

Qué… sensación tan incómoda. A ratos se sentía acalorada. Después, incómoda. No tenía muy claro cómo sentarse, porque todas las posturas le parecían una tortura. Y estaba como… mareada. ¿Qué puñetas hacía Brendan ahí arriba?

Sawyer, que llevaba un rato traduciendo papeles delante de Caleb y ella, dejó de hablar. La mirada que le echó a Victoria fue bastante irritada.

—¿Me estás escuchando?

—Sí, sí.

Para su propia sorpresa, la voz le salió muy aguda.

—Estás sudando —observó Caleb.

—Hace calor.

—Eres mestiza, Victoria.

—¡Es calor psicológico!

Sawyer enarcó las cejas ante el intercambio. Especialmente cuando Victoria, inquieta, empezó a abanicarse con unos cuantos papeles.

El momento abanico duró poco, porque entonces se incorporó y agarró a Caleb del brazo.

—¿Qué…? —empezó él.

—No digas nada. Y tú —señaló a Sawyer—, no te muevas.

Brendan

Aunque Axel y Brendan le sacaran una cabeza de altura a Margo, ella tenía el mando de la situación. Había tirado de sus manos sin perderlos de vista y ahora los mantenía junto a la cama. Brendan no la perdía de vista. Y tampoco perdía de vista la mano que ella tenía en el brazo de Axel.

Margo se acercó un poco más a Axel. De hecho, le dijo algo al oído. Él sonrió de medio lado y, sin más preámbulos, tiró de Brendan para acercarlo al círculo que habían creado.

Victoria

—¿Victoria? —murmuró Caleb confuso—. ¿Por qué el corazón te late tan depr…?

—Calla y ven. Es urgente.

Se dejó llevar sin protestar. Ni siquiera parecía plantearse adónde iban.

—¿Qué pasa? —preguntó, sin embargo.

—Que te necesito.

—¿Eh?

—Ahora.

Silencio.

—¿Eh…?

En cualquier otra ocasión, Victoria se habría reído. En esa, en cambio, iba demasiado acelerada. Demasiado encendida. Buscó con la mirada. Había muchas habitaciones, pero todas eran de uso común. Y no tenía tiempo. Ni paciencia. Necesitaba… Lo necesitaba a él. Ya mismo.

Victoria se detuvo y lo miró. Caleb, tan alto y serio, tenía toda su atención puesta en ella. No entendía lo que le estaba pidiendo.

Decidió quitarle las dudas. Sin pensarlo, Victoria saltó sobre él. Le rodeó el cuello con los brazos y las caderas con las piernas. Pese a la sorpresa, la reacción de Caleb fue inmediata; la sujetó con ambas manos y mantuvo el equilibrio. La sorpresa se había transformado en curiosidad. E interés.

Victoria le sostuvo la cara con las manos. Tras un instante de admirar sus ojos oscuros, lo besó en la boca. No quería recapacitar y cambiar de opinión. No quería reflexionar sobre lo que estaba haciendo. Le daba igual. Lo quería a él. A él, a solas.

Brendan

Seguía sin saber qué esperarse. Porque podía hacerse ilusiones, pero aquello parecía demasiado bonito para ser cierto. Tampoco sabía cómo decirle a su propia anatomía que no se adelantara a los acontecimientos.

Analizó a Margo, dubitativo. Ella mantenía la sonrisita satisfecha. Especialmente cuando tiró de los brazos de ambos para unirlos. Axel y

Brendan se quedaron el uno frente al otro, mirándose. Y entonces Margo cubrió sus nucas con cada mano para, lentamente, unirlos en un beso.

Victoria

La respuesta de Caleb, aunque tardía, alcanzó su mismo grado de necesidad.

Victoria era la que había empezado aquella escena, pero no tardó en darse cuenta de que él sería quien la terminara. De pronto, el beso se había vuelto menos cuidadoso y mucho más bruto. Ya no había cuidado. Ni siquiera había racionalidad. Lo único en lo que podían pensar ambos era en lo mucho que se necesitaban.

Caleb se separó un momento para acercarse a la puerta del lavabo. Victoria, con una sonrisa, liberó una de sus manos para alcanzar la manija. Él también sonrió.

Por supuesto que iban a terminar en la puñetera estancia más pequeña de toda la casa.

Brendan

Se separó de Axel con toda la intención de besar a Margo, pero se detuvo al notar su mano. Margo se había acercado por detrás. Con suavidad, se abrazó a su espalda para acariciarle el abdomen.

Victoria

Eran todo caricias, respiración acelerada, jadeos y agarrones. Victoria lo tocó por tantas partes como pudo y seguía con ganas de más. Lanzó su chaqueta y su camiseta al suelo e hizo lo mismo con su propia ropa. La tela, entre sus cuerpos, sobraba. Todo sobraba. Solo quería sentir su piel. Quería sentirlo a él, cerca, y decirse a sí misma que eran lo único que importaba en todo el mundo.

Brendan

De pronto, necesitaba tocarlos urgentemente. Como si su deseo se hubiera multiplicado. Axel volvió a besarlo con intensidad. Lo hizo durante un breve instante, porque, cuando Brendan intentó corresponderle, él se separó.

Brendan tuvo que admitir que no esperaba un empujón. Confuso, cayó de culo sobre la cama. No le importó. Especialmente, cuando Margo se sentó a horcajadas en su regazo.

Victoria

La única distancia entre sus cuerpos era la que formaba el brazo de Caleb. Y su mano, que había quedado entre ambos. Victoria se abrazó a su cuello. Estaba medio sentada en el lavado, medio colgada de él. Le daba igual. Tampoco le importaba el cristal empañado o los ruidos que pudieran hacer.

Se limitó a sujetarse como pudo con una mano y a tirar de su nuca hacia sí misma con la otra.

Casi no había tenido tiempo de reaccionar cuando, de pronto, Caleb se separó de ella. Victoria estuvo a punto de lloriquear de la frustración.

Al menos, hasta que vio que él clavaba una rodilla en el suelo.

Brendan

Intentó sujetar a Margo por las caderas, pero ella atrapó sus muñecas y las clavó en la cama. A Brendan no pudo importarle menos.

Victoria

—Para —se escuchó decir a sí misma.

Caleb levantó la cabeza, pasándose la lengua por los labios.

—¿No te gusta?

—Sí, sí. Por Dios, sí. Pero… ¿podemos pasar de jueguecitos previos? Empiezo a notar que voy a explotar.

Caleb se rio. Como lo hacía en sus recuerdos, sin preocupaciones, con alegría y con ternura. Un hecho histórico.

Se incorporó y, con cuidado, volvió a colocarse entre sus piernas. Victoria se permitió un instante a sí misma para recorrerle el rostro con las puntas de los dedos.

Fue la última ternura que se permitieron, porque entonces Caleb le cogió el pelo con un puño y volvió a besarla.

Brendan

Su erección era más que evidente, pero Margo no le bajó la ropa interior. Sí que le quitó los pantalones. O, mejor dicho, se los dejó enrollados en los tobillos. Axel, en algún momento, pasó a sujetarle las muñecas. Brendan intentó incorporarse un poco para besarlo, pero él le guiñó un ojo y lo mantuvo pegado a la cama.

Victoria

Siguió hablándole al oído, pero Victoria ya no sabía qué decía. Y, honestamente, le daba bastante igual. Se contentaba con estar con él, con poder acariciarlo, con sentirlo por todo el cuerpo, con que no le permitiera pensar. Con que cada roce se convirtiera en un suspiro.

Brendan

Ya no podía más. Los besos de Axel, las caricias de Margo… Era demasiado. Estaba harto del juego previo. Y de que no le permitieran tener el control de la situación.

Sin embargo, no tuvo ocasión de decirlo.

Un pequeño clic junto a su cabeza interrumpió cualquier discurso.

Durante un instante, Brendan no reaccionó. Estaba muy perdido. Y entonces levantó la mirada. Tenía unas esposas alrededor de las muñecas. Unas esposas que lo encadenaban al cabecero de la cama.

—¿Qué…?

—Bueno —concluyó Margo—, fue bonito mientras duró.

Brendan bajó la mirada. Intentó moverse, pero era imposible. Seguía sin camiseta, con los pantalones por los tobillos y una calentura bastante preocupante. Y ellos dos, mientras tanto, habían empezado a reajustarse la ropa como si nada.

—¿Qué hacéis? —preguntó Brendan tras darles un brusco tirón a las esposas—. ¡Soltadme!

—Nah. —Axel sacudió la cabeza—. Quietecito estás más bonito.

Brendan volvió a tirar de las esposas, pero resultó inútil. Estaban bien apretadas. Igual que él se las había apretado unos días antes al idiota de Sawyer. En esa misma cama.

Qué cíclica era la vida.

—¿Se puede saber qué hacéis? —preguntó indignado—. ¿Qué es esto?

—Esto —Margo lo señaló— es justo lo que te mereces.

—Por aprovecharte de todo el mundo —añadió Axel.

—Sí, sí, muy graciosos… Ahora, ¿podéis soltarme?

—¿Por qué? —preguntó Margo—. ¿Te aburrirás sin nosotros?

—Margo, no tiene gracia.

—Ya lo creo que la tiene.

Entre risas y chocándose las manos entre sí, salieron del dormitorio.

Victoria

Oh, qué bien. Qué bien se sentía ahora.

Victoria seguía sin terminar de recuperarse, pero apartó suavemente a Caleb. Él seguía pegado a su cuerpo, con la cara hundida en su cuello. Echó de menos su contacto, pero tenían que volver. Y él se apartó para dejar que se bajara del lavabo.

—Qué a gusto me he quedado —informó ella.

Caleb se rio entre dientes.

—Comentó la fina dama.

—Mírate, X-Men… Usando la ironía como si fueras un experto.

Mientras ella se ocupaba de recuperar la ropa, Caleb se subió los pantalones. Todo el cuerpo de Victoria se sentía relajado. Y eso que, en el fondo, tenía una extraña sensación de frustración, de incomodidad, que no entendía de dónde venía.

En cuanto se arregló un poco frente al espejo, Victoria fue a abrir la puerta del baño. Le sorprendió encontrarse a Caleb en medio de su camino.

—Oye —murmuró—. Esto… Em… Esto ha estado muy bi…

—Oh, por favor, no me pongas esa cara o me sentiré como si acabara de hacerlo con un desconocido en un baño de discoteca.

—Qué… extrañamente preciso.

—Ha estado más que bien —dijo ella—. Ha sido genial porque los dos hacemos cosas geniales. Dejémoslo ahí. Ahora, deberíamos comprobar que Sawyer no se ha escapado y que Kyran sigue vivo.

Caleb, que había mantenido la sonrisa hasta ese momento, la borró de golpe y salió corriendo. Ella se quedó en el lavabo, divertida y satisfecha a la vez.

Su turno para perder la sonrisa fue al volver a la entrada. Kyran la esperaba con los brazos cruzados y la mirada llena de desconfianza.

Llevaba puesto su disfraz de Batkyran, tal y como le habían prometido.

El niño no estaba tan cerca del lavabo como para oír los detalles de lo que había pasado, pero tampoco estaba tan lejos como para no saber que había algo raro.

—¿Qué tú *hacía*? —preguntó directamente.

Oh, oh.

Victoria se encogió de hombros.

—No sé. ¿Qué… crees que hacía?

—¿*Tas* mala? —insistió.

—Oh, sí, exacto. ¡Estoy mala! Me he caído en el baño y Caleb ha venido a ayudarme.

—¿*Po* eso *tas* roja?

—Sí.

—¿*Po* eso *suda*?

—Sí.

—¿*Po* eso *tas despeina*?

—Sí…

—¿*Po* eso…?

—¡Es todo por eso! —le aseguró—. ¿Por qué no vas a jugar con Lambert? Seguro que te echa de menos.

Por suerte, la distracción funcionó. Kyran esbozó una gran sonrisa y fue directo a por el gato, olvidándose por completo de Victoria y sus caídas con ruidos raros.

Brendan

Maldita sea.

Se miró a sí mismo, frustrado. Había intentado subirse los pantalones con las piernas, pero resultó ser una tarea bastante complicada. Igual que sentarse. Solo podía permanecer tumbado y contemplar el techo. No iba a pedirle ayuda a Caleb. Antes prefería morderse la lengua.

Pero, claro…, la alternativa era quedarse ahí hasta que alguien se dignara a rescatarlo.

Maldita.

Sea.

Victoria

—Así me gusta —le dijo a Sawyer, dándose en la mano con la cuchara de madera—. Sigue trabajando.

Él le dedicó una mirada resentida.

Al volver con él, intentó que no se le notara lo satisfecha que estaba. Aun así, tuvo la sensación de que Sawyer sabía perfectamente lo que había pasado. Tuvo la deferencia de no preguntarlo; se conformó con emitir un sonidito de burla y seguir a lo suyo.

Mientras recordaba la escena del baño, Victoria percibió un movimiento por el rabillo del ojo. Tanto ella como Sawyer se centraron en Margo y en Axel. Bajaban los escalones entre risitas, aunque sin mirarse.

Qué escena tan… atípica. Victoria arrugó la nariz. Sawyer frunció el ceño.

Axel se marchó por un lado, pero Margo decidió acercarse a ellos. Todavía tenía el pelo húmedo de la ducha que debía de haberse dado poco

antes. También esbozaba una pequeña sonrisa, tenía las mejillas rojas y aspecto de estar tan contenta como Victoria, lo que hizo que ella sospechara.

—¿Todo bien? —preguntó ella.

Margo se detuvo y, al darse cuenta de que era el centro de atención, hizo un gesto para restarle importancia.

—Todo perfecto —aseguró.

—¿A qué viene… la sonrisita?

—Oh, he estado un rato con Brendan. Ha sido divertido.

Al instante, Victoria recordó su repentina necesidad de estar con otra persona. De ir corriendo con Caleb. Sospechaba que había sido por el vínculo, pero… ¿con su amiga? Oh, no. Qué asco. No, no, no. Con Margo, ¡no! ¡Era como su hermana!

Sawyer, a todo eso, había vuelto a clavar la vista en sus papeles.

—¿Con *Brendan*? —repitió.

De alguna forma, consiguió que su nombre sonara a insulto.

Margo, radiante, desapareció en la cocina. Al reaparecer, tenía un paquete de galletas en la mano. Victoria quiso hacer una broma sobre recuperar energías, pero decidió que no era muy apropiado.

—Con *Brendan* —aclaró entonces Margo, que también lo hizo sonar como un insulto—. ¿Algún problema?

—Pensaba que tenías mejor gusto —repuso Sawyer.

—Oh, no te pongas celoso; mi gusto es tan horrible que solo tengo ojos para ti.

—Y manos para otros.

—Si quieres exclusividad, dame un anillo de cuarenta diamantes.

—¿Lo saco del fondo de la bolsa de galletas?

Victoria presenció la escena con confusión. Entre Brendan y eso, se sentía muy perdida. ¿Tanto tiempo había pasado con Caleb en el baño? ¿Tanto se había perdido?

—No sé qué tramas —le dijo finalmente a su amiga—, pero conozco esa sonrisita.

Margo la aumentó.

—¿Qué sonrisita?

—La de tramar algo malo.

Margo asintió como si le diera la razón y empezó a pescar las galletas que más le gustaban de la caja.

Entonces, Sawyer lanzó otra hoja de papel sobre la mesa.

—Otro papelito listo —informó a Victoria sin mirarla.

—Buen chico.

—Vete a la mierda.

Victoria leyó el papel por encima de su hombro. Aunque estaba en su idioma, no entendió gran cosa. Se le daban mejor los patrones que los significados. Tendría que preguntarle a Caleb, que seguro que tenía algo sabio que aportar.

—A por el siguiente —murmuró Sawyer.

—Eres muy rápido —observó Victoria sin poder contenerse.

—Es que una zumbada no deja de amenazarme con una cuchara de madera, así que prefiero terminar cuanto antes.

—¿Cómo se dice «jódete» en ruso?

—*Poshla ty.*

Los dos elevaron la mirada, sorprendidos. Margo, que seguía rebuscando las galletas de chocolate de toda la mezcla, se detuvo para devolverles la mirada.

—¿Qué? —murmuró con la boca llena.

—¿Hablas ruso? —preguntó Sawyer perplejo.

—Ah, no. Es que eres un pesado y se lo decías constantemente a todos tus empleados. Decidí aprendérmelo por si algún día voy a Rusia y resulta que todos sus habitantes son tan idiotas como tú.

—Nunca dejas de sorprenderme —dijo Sawyer.

—Vivo por y para ti.

El otro abrió la boca, pero la cerró en cuanto recibió un golpe en la mano. Victoria lo señaló con la cuchara.

—Ponte a traducir de una vez —exigió.

Sawyer la miró como si, de ser posible, fuera a lanzarla por un barranco.

—Tengo que ir al baño —comentó—. ¿Puedo hacerlo, sargento papelitos?

Victoria fingió que se lo pensaba. De fondo, Margo se reía y seguía buscando galletas de chocolate.

—Tienes cinco minutos —concluyó la primera.

Brendan

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Diez minutos?

Le parecieron diez horas.

Brendan había llegado a la conclusión de que esos dos cabrones no volverían, así que contemplaba el techo con gesto pensativo. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Apenas podía moverse.

Qué cabrones. Vaya par de…

—Oh, no. Esto es demasiado bonito para ser cierto.

Brendan se tensó de pies a cabeza y se asomó entre sus brazos para ver la puerta.

De todas las personas que podían encontrarlo en esas condiciones…, ¿tenía que ser Sawyer quien llegara primero? ¿En serio?

Por supuesto, sonreía ampliamente.

—Así que por esto sonreían esos dos —comentó divertidísimo—. ¿Qué has hecho? ¿Te has rebelado?

—Vete a la mierda… y desátame.

—Oh, pero ¿qué hago primero? ¿Me voy a la mierda o te desato?

—¡Las dos cosas!

—Me temo que no puedo hacer todo a la vez. Me has llamado idiota tantas veces, Brendan, que no me veo con fuerzas para ayudarte. Tendré que irme y dejarte reflexionando un rat…

—¡No!

Brendan cerró los ojos con fuerza. De todas las torturas a las que podían someterle, tener que suplicarle a Sawyer tenía que ser la peor con diferencia.

—Desátame, venga —pidió al final.

—Te faltan dos palabritas mágicas.

—Desátame. —Él bajó la voz hasta convertirla en apenas un susurro—. *Por favor.*

—Bueno, si me lo pides así…

Sawyer también tenía las muñecas esposadas, así que estuvo un rato buscando entre la ropa, los cajones y las sábanas. Brendan observó todo el proceso sin moverse. ¿Qué remedio?

Su antiguo jefe no desaprovechaba una sola oportunidad de lanzarle miraditas llenas de diversión.

—Ya decía yo que esos dos habían vuelto muy contentos —murmuró Sawyer.

—¿Puedes desatarme de una vez?

—¿No ves que estoy en ello? Tengo el movimiento limitado.

Mientras Sawyer rebuscaba en el último cajón de la cómoda, alguien cruzó el pasillo y se encontró de frente con la escena. Porque, claro, Sawyer no había tenido la decencia de cerrar la puerta para preservar su dignidad.

Bex se quedó de pie en medio del pasillo. Contempló la situación con las cejas enarcadas.

—Puedo explicarlo —aseguró Brendan.

Ella lo calló con un solo gesto.

—¿Sabes qué? Prefiero no saberlo.

Aun así, se quedó en la habitación y, en cuanto tuvo un poco más de contexto, empezó a buscar con Sawyer. Lo de verlos tan juntos y tan en paz era un poco raro, pero Brendan ya ni se planteaba lo que era normal y lo que no.

Mientras ellos buscaban, a él no le quedó más remedio que dar unas cuantas explicaciones. Bex las recibió con una mueca de asco. Sawyer lo hizo aguantándose la risa.

—¿A quién se le ocurre decirles lo mismo a dos personas? —concluyó él.

—¡Fue por separado!

—Brendan, eso es de imbéciles. Y tú eres imbécil, pero no tanto.

—Es que… pensé que no se enterarían.

—Mal pensado. La pelirroja es mucho más lista que tú, seguro que se dio cuenta enseguida.

—¿Acabas de llamarme tonto?

—No lo sé. ¿Te sientes identificado con el término?

Cuando Bex vio que iban a discutir, levantó las manos para detenerlos. Parecía exhausta de escuchar disputas.

—En conclusión —dijo ella—, tú se la jugaste y ellos te la han jugado a ti. Estáis en paz, ¿no?

A Brendan no le gustó el resumen.

—Lo mío era con cariño. Lo suyo ha sido con maldad.

—Yo creo que ha sido divertido —admitió Bex.

—Porque no te lo han hecho a ti.

—¿Dejarme semidesnuda y encadenada a una cama? Joder, es mi fantasía húmeda.

Sawyer suspiró.

—Echo de menos cuando nuestra relación tenía un poco de misterio.

Justo en ese momento, él mismo encontró la llave en uno de los cajones de la cómoda. Brendan casi lloró al oír el tintineo. Aunque pensó que Sawyer iba a pedir algo a cambio, se limitó a lanzar el manojo sobre la cama. Hasta ahí llegaba su ayuda.

Con una sonrisa divertida, salió de la habitación.

Bex, que sí que seguía sentada en la cama, se limitó a observar con una gran sonrisa cómo Brendan se contorsionaba para alcanzar el manojo de llaves.

—Podrías ayudarme —comentó él, molesto.

—¿Y perderme la única vez en tu vida que te han dado lo que te merecías? Oh, ni hablar.

35

Caleb

Últimamente, parecía que todo el mundo se había empeñado en no dejarle fumar en paz. Apenas se había encendido el cigarrillo cuando, de pronto, Bex se sentó a su lado en los escalones del porche.

—¿Qué? —preguntó él.

Bex se limitó a sonreír.

—¿A que no adivinas cómo he encontrado a tu hermano?

—No sé si quiero saberlo.

—Semidesnudo y esposado a la cama de Sawyer.

Qué.

Caleb se quedó con el cigarrillo a medio camino de la boca. Pasmado, se volvió hacia ella. Bex había empezado a reírse a carcajadas.

—He bajado corriendo solo para ver esa cara —aseguró.

—Pero…

—Ha sido una broma de Margo y Axel. Una bastante merecida, además.

Aquello tampoco explicaba mucho, pero Caleb tuvo que conformarse con esa poca información. Sin llegar a entender nada, terminó de llevarse el

cigarrillo a la boca.

—¿A qué huele? —preguntó confuso.

—¿La comida? Daniela quería hacer un almuerzo para todos, aunque más de la mitad no comamos. Ha hecho que Victoria y Sawyer tengan que trasladar los papeles a otro lado.

Seguía siendo raro que metiera esos dos nombres en una misma frase, pero Caleb se limitó a asentir.

—Oye —añadió Bex—, ¿has hablado con Daniela?

Él negó con la cabeza, confuso.

—¿Sobre qué?

—Al parecer, Victoria tuvo una conversación un poco rara con ella. Le dijo que se fuera con Lambert y Kyran. Que huyera.

Caleb sopesó esa información con curiosidad. No le parecía una mala idea, pero le sorprendió que no se hubiera molestado en contársela. Victoria y él eran… confidentes. Confiaban el uno en el otro. Si le contaba las partes malas, ¿por qué iba a guardarse las ideas buenas como esa?

—No te lo había contado —dedujo Bex al ver su cara.

—No.

—¿Y qué te parece? Porque, honestamente, no es mal plan. A ellos no los conocen. Y el gato puede hacer que lo olviden.

—Ya.

Bex sonrió de medio lado.

—¿Echarás de menos a tu hijo adoptivo? Es una medida temporal.

Caleb no supo qué decir. Seguía pensando en Victoria. En el niño. En pasarse unos meses sin verlo. Pensó en muchas cosas y no llegó a ninguna solución.

—Creo que Daniela propondrá que se vayan esta tarde —añadió Bex—. Y que la comida es su despedida.

—Puede ser —admitió él.

—¿Qué te pasa? Estás mucho más callado que de costumbre. Pensé que te enfadarías.

Caleb sacudió la cabeza.

—Es que… siempre he sido consciente del peligro, pero de pronto… lo veo muy cerca.

Bex asintió lentamente, como si lo entendiera a la perfección.

—Vamos a comer con calma, a esconderlos…, y acabaremos con esto. Te lo prometo.

—Lo dices con mucha confianza en ti misma.

—Hemos sobrevivido a cosas peores que un idiota con el apellido Sawyer.

Caleb intentó sonreír, pero no le salió.

Victoria

Mientras colocaba platos en la mesa, Victoria se preguntó por qué lo hacía. Por qué fingían una escena de normalidad absoluta en medio de ese escenario de terror. No tenía sentido.

Aunque, pensándolo bien… Quizá era lo que necesitaban. Unas horas en las que nadie se acordara de lo que les esperaba fuera. De lo que se vendría al cabo de unos días o semana, o meses. La incertidumbre de no saber cuándo sería el final de esa historia. La desesperación de saber lo que pasaría cuando por fin se enfrentaran a Doyle.

La promesa que le había hecho a Albert.

Victoria miró a Kyran. Estaba sentado en una silla con un montón de cojines, sujetando ya sus cubiertos de plástico. Debía de tener hambre, porque no dejaba de echarle ojeadas a lo que hacía Lambert junto a los fogones. Margo le servía como pinche. En realidad, la única experta en cocina era Daniela, pero los había dejado al mando para empezar a hacer las maletas.

Victoria se acercó a Kyran con la excusa de seguir poniendo la mesa. Al detenerse a su lado, le colocó una mano en la mejilla y el niño elevó la mirada hacia ella.

Su forma de mirarla siempre había sido especial, pero Victoria no entendió por qué hasta ese momento. Era la inocencia. El amor puro y sincero de un niño que no sabe lo que son los intereses ni las dobles intenciones. De alguien que te quiere porque formas parte de su vida y ya está. Que no necesita más. Eso era el amor de Kyran. Por primera vez, Victoria tuvo que aceptar que lo echaría de menos. Que, mientras no estuvieran juntos, no dejaría de querer que volviera. De librarse del peligro y estar juntos.

Pero no dijo nada de todo eso. En su lugar, sonrió y señaló a las chicas.

—¿Tienes hambre, Kyran?

El niño asintió con fervor. La máscara de Batkyran casi salió volando.

—Yo también —mintió ella—. A ver si tendremos que robar un poco de comida cuando no miren.

Kyran se rio con malicia.

Victoria, tras observarlo unos instantes, se obligó a seguir poniendo la mesa. Incluso puso cubiertos a Sawyer, que estaba esposado a una de las sillas con cara de aburrimiento.

Daniela

No iba llorar, no iba a llorar, no iba a…

Oh, ¿a quién quería engañar? Claro que lloraría. De hecho, ya lo estaba haciendo. Por eso había dejado a Lambert como chef principal y, con la excusa de la maleta, había subido al dormitorio.

No tenían muchas cosas, pero aprovechó para meterlas en una de las bolsas de deporte. De armas a ropa de niño. Aquello le hizo gracia. Sonrió en medio de la visión borrosa que le ofrecían las lágrimas. Sintiéndose un poco patética, Daniela sorbió la nariz y siguió doblando su poca ropa.

Estaba en ello cuando alguien llamó a la puerta. Bex la observaba con el ceño fruncido.

—¿Estás llorando?

Daniela resopló.

—No, es alergia.

La pelirroja se rio entre dientes y fue directa a sentarse en la cama. La misma cama en la que Daniela había apoyado la bolsa de deporte y la ropa doblada.

Avergonzada por tener un testigo, se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y siguió ordenando. A su lado, Bex le permitió unos instantes de silencio.

Daniela y Bex siempre habían tenido buena relación. Quizá era por Iver, que las había unido sin querer, pero se sentían a gusto la una con la otra. En paz. Y, en esa casa, era lo mejor a lo que podían aspirar.

—Te ayudaría —comentó Bex—, pero siento que mi forma de doblar la ropa te pondrá de los nervios.

Daniela sonrió.

—No necesito ayuda, pero… te agradezco la compañía.

El silencio era insoportable. Y las ganas de llorar, aún más. Dani no quería marcharse. No quería dejarlos atrás. No quería marcharse sin la seguridad de que estarían bien. Y ojalá pudiera ayudarlos. Ojalá tuviera alguna habilidad. Ojalá supiera usar un arma o no se paralizara en los conflictos. Ojalá fuera útil, simplemente.

Bex debió de adivinar lo que estaba pensando, porque estiró un brazo para detenerla.

—Oye —dijo la pelirroja—, si no fuera por ti, no habríamos sobrevivido.

Dani sacudió la cabeza.

—Gracias por decirlo, pero… ambas sabemos que no es cierto.

—¿No lo es? ¿Adónde habríamos ido? Quemaron nuestra antigua casa, seguro que han puesto vigilancia en todos los sitios que conocemos… Si no nos hubieras dejado la casa, ahora mismo… Bueno, quién sabe dónde estaríamos.

»Además, le recolocaste el brazo al idiota de Axel. E incluso le salvaste la vida al puñetero Sawyer. Con lo que sangró, seguro que ahora estaría muerto. Por no hablar de que, de alguna forma, has conseguido que el niño no se diera cuenta de la pesadilla en la que ha estado viviendo.

Sus palabras amenazaron con provocar otra oleada de lágrimas, pero Dani intentó contenerlas.

—Gracias, Bex.

—Lo digo en serio —insistió su amiga—. Puede que no lo parezca, pero no todo en la vida es luchar. Si no fuera por ti, yo misma habría terminado por matar a alguien, pero no quería arriesgarme a que te cabrearas conmigo. Los que vais de buenos, siempre tenéis los enfados más tenebrosos.

En aquella ocasión, Daniela empezó a reírse. Seguía emocionada, pero aquella conversación era tan bonita que no quiso seguir conteniendo las lágrimas.

—Es que… —murmuró, no encontraba las palabras—, ¿cómo voy a saber que estáis bien?

—Estaremos bien —aseguró Bex sin darle mucha importancia—. Siempre salimos de las situaciones de mierda, ya lo has visto.

Tras aquella frase, ninguna de las dos dijo nada. Dejaron que un silencio mucho más agradable y melancólico las envolviera.

Entonces, Bex le colocó algo en el regazo. Había estado un rato jugueteando con ello, pero Dani no quiso fijarse en lo que era hasta que se lo enseñó.

Era una prenda.

No, un sombrero. Un sombrero de pesc…

Al reconocerlo, Dani abrió mucho los ojos y los clavó en Bex. Su amiga ya no sonreía y apretó los labios con fuerza. Con sus uñas recién pintadas de negro, recorrió las costuras del sombrero de pescador de Iver. El mismo que había llevado un año atrás, en la acampada de su cumpleaños. Ese día en el que Dani lo conoció y, honestamente, le alegró el cumpleaños.

Bex lo observó unos segundos más y entonces se lo ofreció con una mano.

—Llévatelo —murmuró sin mirarla.

Dani, en cambio, no dejaba de buscar su mirada.

—¿Yo?

—Sí. Por favor.

—P-pero… Iver…

—Querría que lo tuvieras tú. Y yo también lo quiero. Considéralo un *token* para que no te olvides de nosotros, ¿vale?

Daniela siguió dudando durante unos instantes. Entonces, aceptó el regalo. Cogió el sombrero como si estuviera hecho del cristal más frágil que

había tocado en su vida. Bex observó cómo se alejaba de ella sin decir nada. Su mirada era triste. Y cansada.

—¿Estás segura? —preguntó Dani.

Bex asintió.

—No sé qué va a ser de nosotros y, aunque suene un poco dramático…, me gustaría que una parte de mi hermano siguiera presente. Que alguien lo recuerde. Sé que teníais una buena relación. No… No quiero que el mundo lo olvide, ¿sabes?

Daniela se mordió el labio inferior. En cuanto Bex se percató de su silencio, la miró e hizo mala cara.

—Oh, ¡no te pongas a llorar otra vez!

—¡Es que esto es muy bonito! ¡Lo raro es que no llores tú!

—Si Iver nos viera llorar, seguro que se reiría de nosotras.

Aquello sacó una sonrisa en ambos rostros.

Dani, con cuidado, guardó el sombrero en su maleta. Lo aplanó con las palmas de las manos y, cuando no tuvo ni una sola arruga, contempló su obra de arte.

—Lo guardaré —prometió.

—Bien. —Bex carraspeó—. Gracias.

Aquello sería lo más sensible que iba a sacarle, Daniela estaba segura. Con una pequeña sonrisa, siguió doblando ropa y sorbiendo la nariz.

—Intentad no pelearos entre vosotros en mi ausencia —pidió.

Bex reaccionó con una sonrisa irónica.

—¿Por qué no se lo dices al padre del grupo? Lleva un rato espiándonos.

Sorprendida, Daniela se volvió hacia la puerta. Caleb estaba asomado. Parecía que había estado a punto de llamar con los nudillos, pero que se detuvo cuando vio que estaba a punto de interrumpir una conversación. Avergonzado, carraspeó y elevó un poco el mentón.

—No espío —explicó—, solo observo.

—Curiosa forma de decirlo —ironizó Bex con diversión—. ¿Has venido a despedirte, Caleb? Qué tierno.

Él elevó todavía más el mentón. ¿Era cosa suya o había enrojecido?

—No. Solo… vengo a comprobar que no os descontroláis en mi ausencia.

—Papá Caleb ataca de nuevo.

Daniela, sin embargo, seguía muy emocional. Entre las despedidas, el sombrero de Iver y la vulnerabilidad de Bex, se veía incapaz de resistirse más tiempo.

—Oh, ven aquí —protestó.

Aunque sabía que Caleb no era muy dado a los abrazos, se lanzó sobre él. Al principio, Caleb se mantuvo tieso como un palo. Al cabo de unos instantes, le devolvió el abrazo.

Todo un hito.

Caleb

Vale, el abrazo era bonito y todas esas cosas, pero había tenido suficiente interacción social por un día.

Bajó las escaleras sin muchos ánimos y dejó que Bex y Daniela terminaran de preparar las maletas. No se veía con valor para ayudarlas. A cada segundo que pasaba, le daba la sensación de que estaba perdiendo el tiempo. Que tenía que aprovechar cada segundo con Kyran. Aun así, se veía incapaz de hablar con él.

Lo encontró en la mesa del salón. Victoria se había sentado a su lado y estaban dibujando alegremente. Al verlo llegar, el niño le dedicó una gran sonrisa.

—*¡Hoa, Caeb!*

Caleb asintió tímidamente, a lo que el niño le enseñó el dibujo. Era un muñeco con muchas patas y dos puntos negros en medio de la cara. A su lado, había una figurita más pequeña.

—*Caeb* y *Kyan* —informó el niño—. *¡Supehéoes!*

De nuevo, Caleb se sintió incapaz de sonreírle. O de decir nada. Simplemente, observó al niño unos instantes más. Victoria, junto a él, lo analizó con precaución. A ella también prefirió no sonreírle. ¿Por qué no le había dicho nada del plan? ¿Tanto se habían distanciado? ¡Si, unas horas antes, estaban en el baño… haciendo *cosas*!

Victoria debió leer el reproche en su mirada, pero no dijo nada. Ni para acusarlo, ni para defenderse. Simplemente, volvió a centrarse en Kyran.

Caleb, por su parte, se sentó junto a Sawyer. No era su lugar favorito en el mundo, pero necesitaba alejarse un poco de todos los demás. Agotado, apoyó los codos en la mesa y la cara entre las palmas de sus manos.

A su lado, su antiguo jefe lo analizaba con curiosidad.

—Así que los vais a echar, ¿eh? —preguntó.

Quizá no debería decirle nada, pero Caleb había empezado a cansarse de callarse las cosas.

—Los estamos protegiendo.

—Y hacéis muy bien. La idea ha sido del cachorrito, ¿eh? —Sawyer no esperó una respuesta—. Tú no tendrías valor de alejarte del crío.

—Deja de hablar de mí como si me conocieras.

—¿Es que no te conozco? Puedes decirme lo que quieras, pero te aseguro que poca gente te conoce como yo.

Caleb mantuvo la cara entre las manos durante unos instantes más. Estaba cansado. Muy muy cansado. Hacía días que se sentía así y empezaba a ser insoportable.

Aun así, elevó la mirada y se encontró con la de Sawyer.

—¿De verdad ibas a dejar que tu abuelo nos matara?

La pregunta fue sumamente brusca, pero Sawyer estaba acostumbrado a lo directo que era el chico.

Analizó la cuestión durante un rato. Uno bastante largo. Mientras tanto, paseó la mirada por la habitación. Por Victoria y Kyran, que se reían y dibujaban. Por Brendan y Axel, que fumaban al otro lado del ventanal, pero a varios metros de distancia. Por Margo y Lambert, que discutían sobre si habían puesto pimienta suficiente e intentaban hacerse con el control de la cocina.

Finalmente, Sawyer posó la mirada en Caleb otra vez. Su expresión era hermética.

—No lo sé —admitió.

—Hemos crecido.

—Lo sé. De la misma forma que yo crecí con mi padre, pero esto no es sobre lazos familiares, sino supervivencia.

—Tu supervivencia por encima de la nuestra. Nunca te hemos importado.

Sawyer no dijo nada. Se limitó a analizarlo con esa misma expresión ilegible.

—Si te hubiéramos importado —siguió Caleb—, no habrías hecho lo que hiciste. No habrías dejado que Iver muriera ni habrías atacado a Victoria ni… ni… Ni me habrías encerrado durante años en ese sótano sin apenas hablar conmigo, sin dejar que me relacionara con los demás. ¿Te haces una idea de lo que fue salir cuando todos ya se conocían?, ¿cuando todo el

mundo había creado sus relaciones? ¿Sabes lo que es estar siempre un paso por detrás de los demás, pero no poder hablar de ello?

De nuevo, Sawyer se mantuvo en silencio. No había burla en su mirada.

—Y lo peor —musitó Caleb en voz baja— es que sí lo sabes. Te hicieron lo mismo. Eso es lo peor, que sepas lo que se siente y, aun así, me lo hicieras. Que no rompieras el puto ciclo de horror que había empezado tu familia, cuando podrías…

—Lo siento mucho, Caleb.

Esas cuatro palabras cortaron el discurso en seco. Caleb mantenía la mirada clavada en sus puños apretados. Sabía que Sawyer lo estaba mirando, pero se veía incapaz de volverse.

Después de tantos años esperando oír una disculpa, le parecía surrealista haberla recibido. Y no terminaba de creérsela. El tono había sido honesto. Todo el cuerpo de Sawyer indicaba que era sincero. Aun así, su mente temía crear esperanzas vanas. No quería creérselo. Era más fácil.

—¿Quieres oír que me arrepiento de todo lo que he hecho? —preguntó Sawyer—. No, no me arrepiento. Hay cosas que han estado bien, otras que no, pero muchas de ellas han sido las correctas. Al menos, para mí. Quería sobrevivir y lo logré durante muchos años. ¿Volvería al pasado para borrarlo todo? No, no lo haría. Pero me habría gustado hacerlo de otra manera. Especialmente, contigo. Querías la verdad, ¿no? Pues eso.

Caleb elevó la cabeza lentamente. Por primera vez en muchísimo tiempo, sintió que la mirada de Sawyer era similar a la del hombre de su infancia. Al que, pese a las circunstancias, había tenido su manera de criarlos. Y de formar una familia. Pero que luego se había transformado en una persona que Caleb desconocía.

Quiso reprocharle muchas cosas, pero no sabía si quería oír sus respuestas. O por dónde empezar.

—En su momento —murmuró Caleb—, si me hubieras escuchado…, si no le hubieras disparado a Victoria y nos hubiéramos unido… Ahora mismo, no estaríamos aquí.

—Fue supervivencia, Caleb.

—¿A cambio de su vida?

—¿Quieres que te mienta? No lo haré. Tenía que elegir entre una humana que desconocía y los chicos a los que había criado. Sí, intenté matarla. Lo admito. ¿Estás contento? Lo siento, pero no me arrepiento. Os elegí a vosotros. Y volvería a hacerlo.

—Siempre y cuando tú estés a salvo.

—¿Tanto te sorprende? Todos buscamos supervivencia. Incluso tú, aquí escondido con tu grupo, intentas librarte de Barislav y Doyle para sobrevivir. La vida se basa en eso.

—Pero yo jamás le haría daño a alguien a quien quiero para conseguirlo.

Sawyer se encogió ligeramente de hombros.

—No —admitió—. Tú no eres como yo. Intenté convertirte en alguien que se pareciera a mí, pero conseguí todo lo contrario. Y, curiosamente, de eso no me arrepiento demasiado.

Durante una fracción de segundo, Sawyer y Caleb se miraron el uno al otro. Hubo una nueva conversación, esta vez muda, sobre lo que estaban pensando. Sobre quiénes habían sido, lo que habían hecho y a qué camino los había llevado. Había rabia, rencor… y nostalgia, en el fondo. Caleb, entonces, se dio cuenta de que nunca podría odiarlo con todas sus fuerzas. Que, por mucho que lo detestara, una parte de él siempre lo consideraría un padre. Uno extraño, uno en el que le costaba confiar…, pero un padre, al fin y al cabo. El único que había tenido.

Casi a la vez, apartaron la mirada y la clavaron en cualquier rincón del salón. También al unísono, carraspearon de forma ruidosa e incómoda.

Victoria

Fue la comida más bizarra de la historia.

Los cuatro humanos eran los únicos que comían, pero todos los mestizos habían llenado sus platos. Incluso había discusiones sobre pasar la salsa, ponerse más filetes o chocarse con los demás para alcanzar la sal. Victoria se limitaba a ayudar a Kyran con su comida. Y él, encantado, se reía al ver las discusiones de los demás.

Había muchos frentes abiertos: Margo hablaba con Sawyer y Caleb con una naturalidad bastante sorprendente; Daniela y Bex reían entre ellas; Axel y Brendan intercambiaban monosílabos y luego se volvían cada uno por un lado.

También estaba Lambert, que hacía muecas raras y provocaba las risitas encantadas de Kyran.

Victoria tuvo que admitir que, al principio, aquella cena le pareció absurda. ¿Por qué iban a fingir normalidad si tenían de todo menos eso? Habría preferido que sus amigos se marcharan cuanto antes, para asegurarse de que estaban a salvo.

Aunque, viéndolo bien…, le gustó la imagen de Kyran riéndose, de Lambert hinchándose a comer y molestando a Sawyer con la boca llena, de sus amigas integrándose en el grupo como si fueran dos mestizas más, de Axel escondiendo una sonrisita, de Brendan relajándose por primera vez, de Bex riéndose más en un rato que en las últimas semanas, de Caleb mirando a Victoria por encima de toda la mesa. Ella sonrió ligeramente, a modo de disculpa. Él asintió una vez con la cabeza y le devolvió la sonrisa.

—¡Oye, oye! —intervino Lambert de pronto—. Se me ocurre un plan divertidísimo.

—Oh, no —murmuró Brendan.

—¡Es un buen plan! —aseguró el pelirrojo—. Ahora que tenemos a Sawyer aquí presente…, ¿y si jugamos a «Yo nunca»?

Margo se tapó la boca para ocultar la risotada divertida.

—Seguro que Sawyer es aburridísimo —protestó Bex—. Míralo, es un estirado.

Su antiguo jefe se irguió, ofendido.

—¡He tenido una vida muy intensa!

—Deberíamos sacarle la información —opinó Margo—. Seguro que tiene un montón de chismes acumulados por contar en sus trescientos años.

—No soy tan viejo, ¿vale?

—Y trescientos no son tantos —protestó Lambert entre dientes.

A todo eso, Brendan hizo un gesto despectivo con la mano.

—No me interesan los líos del viejo amargado —aseguró.

—A mí sí —aseguró Daniela, por su parte.

—Te estás corrompiendo —observó Victoria con diversión.

—¡Es que he pasado mucho tiempo aquí con vosotros!

Victoria estuvo tentada a hacer otro comentario, pero se detuvo de forma inconsciente, pues, al otro lado de la mesa, Axel se había quedado muy serio. No parecía enfadado ni preocupado, pero hurgaba en su bolsillo con el ceño fruncido.

Al parecer, ella no era la única que se había dado cuenta.

—¿Qué haces, Axel?

La pregunta de Sawyer fue sumamente lenta, como si probara cada palabra antes de decirla. Toda la atención de la mesa se dirigió a él. Algunos rostros todavía lucían sonrisas despreocupadas.

Axel, finalmente, encontró lo que fuera que estaba buscando. Sacó su puño cerrado. Victoria no entendió lo que estaba pasando hasta que vio que una luz curiosa y roja se filtraba entre sus dedos.

—Axel —susurró—, ¿qué has hecho?

Él levantó la cabeza. Hasta ese momento, no había sido consciente de la atención que tenía encima.

—Y-yo… —empezó él, sin saber cómo seguir.

Si Victoria no estaba lo suficientemente preocupada, lo estuvo cuando vio la expresión de Sawyer. Por primera vez en su vida, había palidecido de miedo.

—¿Eso es mi comunicador? —preguntó en voz baja.

A esas alturas, ya nadie sonreía. Nadie hablaba. A su lado, Brendan contemplaba a Axel como si no lo conociera.

—¿Qué has hecho? —ladró.

El aludido soltó la piedra sobre la mesa. Había empezado a vibrar y Victoria podía sentir las pequeñas ondas a través de la madera. De pronto, había empezado a dolerle la cabeza.

Axel abrió y cerró la boca. Miró a su alrededor en busca de apoyo o de ayuda. Quizá ni él mismo sabía qué estaba buscando.

—Y-yo… —repitió— pensé…, pensé que…

—¿Le has dicho dónde estamos? —preguntó Sawyer con lentitud.

—¿A quién? —saltó Bex, que ya empezaba a ponerse tan nerviosa como el resto—. ¿Qué coño has hecho, Axel?

No le permitieron ni un segundo para responder. De pronto, Caleb agarró a Sawyer de la cabeza y se la estampó contra la mesa.

Por un instante, Victoria estuvo a punto de sacar el arma, aunque no sabía ni por qué. Entonces, una bala reventó la cristalera del salón. Pasó zumbando por donde había estado la cabeza de Sawyer un segundo antes.

Al no encontrar objetivo, el proyectil terminó clavándose en la pared del fondo de la habitación.

Kyran empezó a gritar. Los demás, a hablar, a jadear, a tantear en busca de sus armas. Victoria fue la primera en tener la iniciativa de levantarse. Casi al instante, una mano desconocida se clavó en su hombro y la sentó de nuevo.

Supo que el hechicero había llegado no solo por la mano, sino por la brisa que le había sacudido el pelo. Victoria no se atrevió a darse la vuelta, pero tampoco lo necesitó, pues las miradas de sus compañeros eran bastante reveladoras. Especialmente la de Sawyer.

—Oh —murmuró Barislav por encima de su cabeza, todavía aprisionándole el hombro—, qué estampa familiar tan enternecedora.

Victoria cerró las manos en dos puños. A su lado, Kyran la observaba con los ojos muy abiertos y llenos de temor. Como si esperara que ella supiera qué hacer. Como si pudiera protegerlo.

Ella inspiró con fuerza. No podía pensar.

No le sorprendió oír la puerta principal. Tampoco le sorprendió que Doyle entrara con cuatro guardaespaldas. Todos iban armados hasta los dientes y parecían bastante capacitados para hacer cualquier barbaridad que les pidieran. Victoria siguió a Doyle con la mirada. Lucía una sonrisita engreída. Y la aumentó en cuanto sus hombres rodearon la mesa, pero él se quedó detrás de su antiguo jefe.

Con esa sonrisa macabra por bandera, Doyle se inclinó hasta que pudo verle la expresión a Sawyer. Este, sin embargo, mantenía la mirada clavada en su abuelo.

—Si está aquí nuestro traidor —murmuró Doyle—. Puedes darle las gracias a tu mascota por protegerte de mi bala, porque iba directa a tu cabeza.

Cuando se apartó, le empujó la cabeza. Sawyer aceptó el golpe sin hacer ni un solo ruido, sin apenas reaccionar. Cuando volvió a erguirse, tenía varios mechones de pelo rubio descolocados. Aunque fuera una chorrada, aquello fue lo que puso a Victoria en alerta. El descontrol. El ver a alguien como Sawyer tan quieto, tan tenso. Si él estaba aterrado…, ¿qué iban a hacer los demás?

Mientras todo aquello sucedía, Barislav se mantuvo apoyado en el hombro de Victoria. Cargaba todo su peso sobre ella, que se sentía un poco incómoda, pero lo prefería junto a ella que cerca de Kyran.

Intentó encontrar la mirada de Caleb. Él, sin embargo, mantenía una mano en la pistola y otra sobre la mesa. Sus ojos estaban clavados en la mano de Barislav. Victoria juraría que se habían vuelto incluso más oscuros que de costumbre.

—Vadim —saludó entonces el hechicero, con el tono casual de quien ve a un vecino en el ascensor—, ya empezábamos a echarte de menos. ¿Cómo pudiste irte sin ni siquiera decir adiós?

—Fue una decepción —aseguró Doyle con la misma sonrisita pedante—. Me habría encantado…

—Calla.

La orden de Barislav hizo que Doyle borrara la sonrisa y se irguiera un poco más.

El tono que había usado para esa última palabra ya no era tan gracioso ni casual ni dulce. Por la cara de terror de Margo, Victoria dedujo que era el mismo que había oído en el coche y empezaba a entender por qué se había asustado tanto. Lo único que no entendía era cómo Sawyer se había atrevido a desafiarlo. Apenas la había mirado y Victoria ya se sentía como si estuviera a dos latidos de morir.

—A ver, a ver… —murmuró Barislav—. Qué buen surtido de especímenes tengo en esta sala. Dos humanas, seis mestizos… ¿Alguien puede taparle los ojos al niño? Lo único que nos falta es que intente escaparse.

Victoria tragó saliva. Kyran, al ver que alguien se acercaba con una venda para sus ojos, intentó aferrarse a ella. A su brazo.

—*Vitoia* —decía, aterrado—, *Vitoia*, no, no…

—Está bien, Kyran —aseguró ella en un susurro—. Te van a tapar los ojos porque es un juego, pero yo no me moveré de aquí. Sigue tocándome el brazo, ¿vale? No pasa nada.

El niño hacía un puchero. Cuando uno de los matones le tapó los ojos, emitió un sonido de pánico y se aferró al brazo de Victoria. Ella intentó mantener la calma. Si ella conseguía calmarse, el niño también lo haría.

Barislav observó todo el intercambio con poco interés. Victoria pronto se dio cuenta de que, cuando hablaba, se ponía una máscara de carisma e interés. Cuando se mantenía en silencio, sin embargo, su expresión desvelaba sus verdaderas intenciones.

—Me pregunto cuál de los mestizos es menos útil —comentó Barislav entonces—. ¿Tú qué crees, Doyle?

El aludido, al ser interpelado, sonrió de nuevo.

—El pelirrojo —dijo, sin dudarlo.

Lambert, cuando lo mencionaron, dio un pequeño respingo. Las manos habían empezado a temblarle nada más ver a Barislav. En cuanto su atención se centró en él, fue mil veces peor.

Por fin, Barislav le soltó el hombro a Victoria. Con parsimonia, fue directo hacia Lambert.

Ahora que podía verlo mejor, Victoria lo analizó con detenimiento. No era… lo que esperaba. Tampoco estaba muy segura de lo que esperaba. Era

un hombre alto, de pelo rubio y entrecano, con facciones afiladas y barba corta. Vestía unos pantalones de traje y una camisa. Un estilo que le recordó a Sawyer, solo que Victoria sintió que él tan solo era la pobre imitación del hechicero.

Barislav se detuvo detrás de Lambert. Pese a que este no lo miraba, le pasó una mano por la cara para acunarle la mejilla. El anillo dorado, coronado con una piedra negra, resplandeció. Lambert cerró los ojos. Se le había formado una arruga entre las cejas.

—Lambert —comentó Barislav, como si le sorprendiera verlo—. Dime, ¿qué haces con tu forma humana? Tenía entendido que te habías vuelto el recadero de Albert.

El pelirrojo respiraba con dificultad. Apenada, Victoria apretó los labios. Desearía arrancarle esa mano de encima, decirle que todo estaba bien, que iba a protegerlo. Pero ni siquiera sabía cómo.

De pronto, Barislav apretó los dedos. A Lambert lo recorrió una corriente de color rojo. La vieron en el destello de sus ojos, cuando Barislav lo obligó a abrirlos.

—Contesta —ordenó.

—¡Déjalo en paz! —gritó Bex.

Victoria maldijo entre dientes. La pelirroja había clavado los puños en la mesa y miraba fijamente a Barislav. Estaba furiosa.

Brendan, a su lado, cerró los ojos por un instante. A través del lazo, Victoria sintió una oleada de sentimientos muy desagradables. No, no, no…

Barislav elevó la mirada como quien por fin ha logrado descifrar un enigma. Contempló a Bex casi con admiración. No, con fascinación. Como si fuera un ejemplar en peligro de extinción.

—Bexley —murmuró—. Deduzco que eres tú, ¿verdad?

—Deja de torturarnos con esta puta tensión —espetó ella, ignorándolo—. Está claro que quieres algo, así que haz el favor de decirlo directamente.

A Victoria no se le pasó por alto que Sawyer contemplaba a Bex con los ojos muy abiertos, como si quisiera decirle, en silencio, que cerrara la boca. Victoria se sorprendió al ver la preocupación y el pánico de su mirada.

Pero ya era muy tarde para echarse atrás. Barislav se dio un toquecito en el mentón con el mismo dedo en que llevaba el anillo.

—Bexley, Bexley… —repitió—. La chica de las visiones. La habilidad de ver el futuro es sumamente valiosa. En todos los años que llevo en este mundo, solo he conocido a tres mestizos que la portaran. Casi ninguno la usaba con la misma facilidad que tú. Es admirable. Y sumamente poderoso.

Tras decir esa última palabra, Barislav sonrió. Fue la sonrisa más macabra que Victoria había visto en su vida. Sus ojos azules eran anormalmente claros y, sobre todo, inexpresivos. Como dos pozos sin fondo. Y se acentuaron aún más con la sonrisa.

—Sumamente poderoso —repitió.

Bex le devolvió la mirada con el mentón alto y sin un ápice de miedo.

—El problema —añadió Barislav suavemente— es que no necesito a una mestiza que domine una habilidad tan peligrosa.

Victoria se dio cuenta de lo que iba a hacer y trató de ponerse de pie, pero ya era tarde. Muy muy tarde. Barislav chasqueó los dedos. Una oleada roja estalló hacia Bex. Y, en cuanto la tocó, su cabeza se torció bruscamente.

Le rompió el cuello. Murió al instante.

36

Victoria

Oír el cuerpo de Bex chocando contra el suelo fue como sentir un cañón de pistola en la frente. Victoria se quedó paralizada. Durante unos instantes, fue incapaz de procesar lo que acababa de suceder. Tampoco era capaz de oír nada. Tan solo un zumbido lejano, como si le llegara desde el final de un túnel. Un murmullo que ya no formaba parte de su realidad.

Perdida, miró a su alrededor. Las manos de Kyran estaban aferradas con fuerza a su brazo. Los demás hablaban, pero solo podía ver cómo sus labios se movían; seguía sin oír nada. Inconscientemente, se centró en Caleb. Era el único que no se había vuelto para ver el cuerpo. Mantenía los ojos muy abiertos y clavados en la mesa. Solo se le movía el pecho, que subía y bajaba a toda velocidad.

Barislav hizo un gesto vago. Victoria parpadeó varias veces, tratando de enfocarlo.

—Llevaos eso de aquí —ordenó.

Mientras lo decía, Victoria sintió un molesto dolor en las sienes. Un dolor que antes había odiado. En ese momento, sin embargo, la hizo reaccionar.

Que se diera cuenta, por primera vez, de que era imposible negociar con ellos. Que Barislav no iba a permitir que salieran de esa casa con vida. Que toda su charla, su actuación, su carisma…, tan solo era un preámbulo para ir matándolos de uno en uno.

Quizá debería haberse quedado quieta. Debería haber respirado hondo para pensar con claridad. Pero lo que la movía en ese momento no era el raciocinio, sino la supervivencia.

Sin pensarlo, se zafó del agarre de Kyran y le arrancó la venda de los ojos. Lo hizo con tanta intensidad que el niño se apartó, asustado, y la observó con sus grandes ojos llenos de temor. En cuanto uno de los guardias intentó acercarse a él, Victoria le clavó un codazo en el abdomen y empujó a Kyran. El niño, sin esperárselo, terminó cayendo de culo al suelo. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Haz el truco, Kyran! —le gritó—. ¡Vete de aquí!

Y Kyran, mientras todo el mundo seguía reaccionando, ladeó la cabeza con una curiosidad inocente. Durante un instante de terror, ella creyó que no la había entendido.

Pero entonces se volvió completamente invisible.

—¡Mierda! —gruñó Doyle.

No podían disparar, lo querían con vida. Victoria observó el lugar en el que había desaparecido. Suplicó que se fuera lejos de ahí, que no hiciera ruido. Y, mientras lo pensaba, el mismo guardia que la había golpeado se acercó a ella. Intentó esquivarlo, pero terminó por cogerla del pelo y estamparle la cabeza en la mesa. Victoria gruñó con el impacto, pero no se movió. Estaba atenta a las reacciones de los demás y al sonido de la puerta principal, que se abrió de golpe.

Kyran había escapado.

Era tan bonito que apenas podía creérselo. Kyran había escapado.

Doyle gritó alguna tontería, un hombre corrió hacia la puerta para buscarlo… Ella respiró por fin. No iban a encontrarlo. Tenía que decirse eso a sí misma. Tenía que hacerlo.

Con la mejilla todavía aplastada en la mesa, Victoria vio que Barislav la estaba mirando. Ya no sonreía. Fue el turno de ella para curvar los labios hacia arriba. Su mirada estaba llena de desafío.

—Oh, ¿te crees que has ganado? —preguntó él, ladeando la cabeza como si quisiera alinearla con la suya—. Terminaré encontrándolo. Pero… siempre aprecio un buen reto.

Hizo un gesto casi aburrido y el guardia soltó a Victoria. Ella se irguió, todavía con el golpe en la mejilla. ¿Por qué no la había matado? Miró a Barislav confusa.

—Gracias por salvarlo —susurró Daniela junto a ella.

Kyran había dejado un hueco entre ambas, pero, aun así, pudieron intercambiar una breve mirada.

Victoria estuvo a punto de responder, pero se giró de golpe cuando vio que Barislav colocaba una mano sobre el hombro de Caleb.

Caleb

Kyran estaba a salvo.

Y Bex… Bex estaba…

Por el rabillo del ojo, pudo ver la sombra del guardia que se la estaba llevando. La arrastró como si no tuviera valor, como si no fuera nada. Como si no hubiera sido su amiga. Y su hermana.

Caleb notó que le temblaban las manos. La mano de Barislav estaba en su hombro y le sorprendió el grado de rabia que estaba alcanzando. Que solo pudiera pensar en arrancársela. Literalmente. Quería matarlo. Lo quería con una rabia que no había sentido jamás.

Sin embargo, cuando estaba a punto de hacer un movimiento, su mirada encontró automáticamente la de Brendan. Su hermano parecía saber lo que estaba pensando. De manera casi imperceptible, negó con la cabeza. Caleb quiso gritarle que él no lo entendía, que no podía dejarlo pasar. Y Brendan, no obstante, volvió a negar.

—Bueno —comentó Barislav tras ellos—, ya son dos menos… ¿A quién le toca ahora?

—Acabo de dejar que alguien se escape —le soltó Victoria, tan temeraria como de costumbre—. Creo que me he ganado ese puesto.

Barislav emitió un sonido de burla.

—¿Tú? Vas a matarte tú sola con el uso que le das a esa habilidad. ¿Para qué perder mi tiempo? Creo que me interesa más… tu compañero.

Caleb notó que Barislav se apoyaba sobre sus hombros. De alguna forma, sus dedos trasmitían un calor extraño, como si estuviera explorando su cabeza, como si pudiera ver lo que había en ella. Él cerró los ojos e inspiró con fuerza. Intentó recordar el rostro de Brendan, preocupado, cuando le indicó que no se moviera. Sin embargo, solo podía ver a Bex y a Iver.

—Así que este es el de las dos habilidades —comentó Barislav sobre su cabeza—. Ya entiendo por qué Vadim se empeñó tanto en que sobrevivieras.

El aludido no dijo nada. Por una vez en su vida, se mantenía callado y con la cabeza agachada.

Caleb paseó la mirada entre sus compañeros de forma ausente. Margo estaba pálida, Daniela intentaba contener las lágrimas, Victoria miraba a

Barislav como si quisiera saltar y matarlo, y Brendan se mantenía tan quieto como podía. Lambert era el único que permaneció con los ojos cerrados, como si intentara evadirse de aquella situación.

Y luego estaba Axel.

El puto Axel.

Caleb lo miró con fijeza. Sabía que él notaba su mirada, pero no se atrevió a devolvérsela. Era un cobarde. Y un traidor. Por su culpa, su amiga estaba…, estaba…

—Es curioso todo lo relacionado con las habilidades —murmuró Barislav tras él—. Los hechiceros nacen con la capacidad de controlar su poder. Los vampiros carecen de él, pero usan las habilidades a su favor. Y después están los mestizos. Una habilidad o dos, como mucho. Poco control sobre ellas, además. La magia que lleváis dentro es un tornado que termina arrastrándoos con él. Si te paras a pensarlo, vuestro poder es vuestra maldición.

—¿Ahora vas a darnos una lección? —musitó Margo con voz temblorosa.

Dani la miró como si se hubiera vuelto loca, pero Barislav se limitó a reírse entre dientes.

—Ah… Tú eres la pelirroja con la que Vadim intentó ganar tiempo.

Mientras pronunciaba esas palabras, fue directo a por su nieto. Y Sawyer, que solía ser la viva imagen de la templanza, del control…, cerró los ojos como si quisiera alargar el momento inevitable.

En esa ocasión, el hechicero no colocó las manos sobre sus hombros, sino que le sujetó la cabeza por ambas mejillas. Hizo que la elevara un poco, gesto que provocó un acelerón en el corazón de Sawyer. Margo lanzó una mirada, pero él se mantenía con los ojos cerrados y la mandíbula tensa.

—Mi querido nieto —murmuró Barislav—. ¿Cuándo te diste cuenta de que te habías vuelto prescindible?

Caleb, en medio de su oleada de rabia, observó a Sawyer. Había abierto los ojos. Su expresión era la de alguien que, de alguna forma, ha aceptado su destino y no está dispuesto a luchar para cambiarlo.

Aun así, Sawyer siempre tenía una última mordida que ofrecer.

—Desde que te volviste tan estúpido como para confiar en alguien como Doyle.

El aludido, que estaba al otro lado de la habitación, arrugó el labio superior como un perro rabioso. Sin embargo, no se atrevió a moverse.

El que sí lo hizo fue Barislav. Consideró la respuesta de su nieto como si tuviera que analizarla en profundidad y, entonces, su agarre se volvió más fuerte. Al instante, Sawyer hinchó el pecho y trató de escapar de la silla. Sus ojos se habían cubierto de un brillo rojo sobrenatural y desagradable, y su rostro se contrajo en una mueca de dolor.

—Mi pobre Vadim… —murmuró, observando cómo su nieto se retorcía de dolor sin parpadear siquiera —. Tantos años y todavía no has aprendido nada. Tu padre era mucho más capaz que tú, él sí entendía las consecuencias de sus acciones. Tú siempre te has creído por encima de las normas. Siempre has pensado que terminarías superándome en intelecto.

»Decidí sustituirte cuando empezaste a negociar por la vida de estos críos. Cuando empezaste a sugerir que volviéramos a limitar las habilidades y tú saltaste con el discursito de que nos convenía mantenerlos con vida durante el máximo tiempo necesario. Ahí, supe que ya no trabajabas para mí. Y es una lástima, porque tenías potencial. Una verdadera lástima.

»¿Sabes qué es lo peor? Que, de haber potenciado sus habilidades al máximo, podrías haberte salvado. ¿La chica que veía el futuro? Si hubiera sido adiestrada correctamente, podría haber visto el futuro exacto en el que

me traicionas y mueres. Podrías haber sido consciente de la gravedad. Tu propia debilidad te ha traído a esta mesa, con esta gente a la que consideras tu familia y te vendería en cuanto te despistaras. Supongo que a veces hay que darse contra el muro para entender que no vas a atravesarlo.

Sus ojos claros se clavaron en Axel, que intentaba contener las lágrimas. Los jadeos dolorosos y escalofriantes de Sawyer empezaron a volverse insoportables. Intentó aguantarlos como pudo, pero el brillo de sus ojos cada vez era más intenso. Nadie se atrevía a mirarlo.

—Como tú, por ejemplo —murmuró Barislav, con la vista fija en Axel —. Creyéndote que podías negociar conmigo… ¿Qué les has enseñado a estos niños, Sawyer? Mira lo que has conseguido: otra generación que perderemos por tu irresponsabilidad. Si lo piensas, has sido mucho más cruel que yo.

—Suéltalo.

La orden de Victoria, de nuevo, hizo que Barislav sonriera. Giró un poco la muñeca y Sawyer echó la cabeza hacia atrás. La vena de su cuello palpitaba de forma dolorosa y había clavado los dedos en la silla. Aplicaba tanta fuerza que sus uñas estaban a punto de romperse bajo la presión de su sufrimiento.

A Caleb no le gustó la forma en que Barislav miró a Victoria. No le gustó que la mirara.

No, a ella no. Por favor, a ella no. No podría soportarlo otra vez. Ella no.

—Victoria —musitó Brendan a modo de advertencia.

Pero ella no le hizo caso.

—¿Tienes algo que decir, querida? —preguntó Barislav.

—Suéltalo —repitió Victoria entre dientes.

El hechicero sonrió con lo que se podría calificar como admiración. Caleb tragó saliva. Se le había formado un nudo en la garganta.

—¿Por qué? —preguntó con inocencia—. Si no recuerdo mal, intentó matarte. Deberías estar agradecida de que lo torture por ti.

Pero Victoria no se sentía agradecida. Caleb lo vio en su mirada.

—Me da igual —murmuró ella—. Nadie se merece esto.

Y, para asombro de todos, Barislav soltó a Sawyer.

El último se dejó caer sobre la mesa. Tenía una mano en la cabeza, mientras que escondía la otra entre las rodillas. Fue un acto reflejo. Caleb lo reconoció, pues era el mismo que había usado él en el sótano. Cuando era niño, no lo había torturado de forma física, sino que lo había obligado a volver al sótano.

Caleb observó a su antiguo jefe. Su forma de intentar recuperar la respiración, todavía con la frente pegada a la mesa. Ese brazo ante él, intentando protegerse a sí mismo. Temblaba de pies a cabeza. Sin poder contenerse, apartó la mirada.

Mientras Caleb se centraba en su reacción, no se percató de que Barislav lo había soltado por un motivo en concreto. No era por Victoria. Tenía la mirada clavada sobre Lambert, el único que no había dicho nada en todo ese rato.

—¿Qué has hecho? —preguntó Barislav con una ceja enarcada.

Lambert se encogió ligeramente de hombros.

—Llamar a mi jefe.

Tras esa frase, un pesado y corto silencio cruzó la habitación. Los guardias esperaban órdenes, el grupo de Caleb aguardaba el estallido, Lambert sonreía de medio lado y Barislav simplemente parecía querer arrancarle la cabeza con sus propias manos.

Entonces, Caleb se echó hacia atrás. Le sorprendió ver que Margo se apresuraba a apartar a Sawyer de la mesa, pues alguien acababa de aterrizar en ella. Una mujer. Cayó con una rodilla y una mano sobre la superficie de

madera. Su pelo oscuro estaba trenzado. Sus ojos, que eran del mismo color que el cabello, fueron única y exclusivamente hacia Barislav.

—¿Nos has echado de menos? —preguntó con los labios curvados con sorna.

Barislav se quedó momentáneamente sin palabras, que ya era un consuelo. Entonces, se movió tan deprisa que Caleb apenas pudo procesarlo. Levantó la mano con furia, dispuesto a chasquear los dedos. Nunca llegó a hacerlo. La chica, que había traído un arco, tensó la cuerda y disparó una flecha hacia él. La punta negra le atravesó el corazón mucho antes de que pudiera completar el hechizo.

Caleb estaba tan pasmado que apenas vio que Albert también había aparecido. Y otro hombre rubio que desconocía, apuesto y de apariencia tranquila.

—¡Os dije que volvería con refuerzos! —exclamó Albert con una alegría que no era muy propia de él.

La flecha de la chica mandó a Barislav hacia atrás. De hecho, se quedó clavado en la pared del salón. Una sangre oscura y maloliente empezó a emanar de la herida. Aunque Caleb tuvo la esperanza de que fuera a matarlo, él se limitó a intentar arrancársela mientras vociferaba maldiciones en un idioma desconocido.

El olor a sangre podrida hizo que Caleb reaccionara y fuera a por un cuchillo. Sin embargo, apenas lo había tocado cuando el rubio se detuvo a su lado.

—¿Me prestas esto un momento? —preguntó muy amablemente, señalando el arma.

Caleb, sin saber qué otra cosa hacer, se lo prestó. El rubio lo recogió con una suavidad sorprendente. Y, cuando se irguió, echó el brazo hacia atrás y lo lanzó con una fuerza que no encajaba con su apariencia. La punta

terminó clavada en el cuello de uno de los guardias. Lo hizo con tanta fuerza que cayó al suelo con un duro golpe que retumbó en toda la habitación.

La chica de la mesa, mientras tanto, había preparado otra flecha.

—¡Foster, ahora!

El rubio sacó una piedra de su bolsillo y se la colocó a Caleb en la palma de la mano. La misma que se había quedado abierta y pasmada tras quitarle el cuchillo.

Al ver que no reaccionaba, el rubio le cerró los dedos con suavidad y le dio una palmadita.

—No sé cuánto tiempo podremos retenerlos —comentó—, es un buen momento para escapar.

Caleb por fin reaccionó. Contempló la piedra, que había empezado a iluminarse entre sus dedos. No entendía cómo funcionaba, pero, de pronto, sintió la imperiosa necesidad de pensar en un lugar. Un lugar al que ir.

Brendan fue el primero en entender lo que estaba pasando. Muy a su pesar, agarró a Axel del cuello de la camiseta y se estiró para tocar el brazo de Caleb. Dani soltó un chillido e hizo lo mismo con Victoria. Ella estiró el brazo hacia Lambert, que la cogió de la mano al instante. Y Margo, como seguía sosteniendo a un Sawyer totalmente incapacitado, lo rodeó con un brazo y cubrió la mano de Caleb con la suya.

La piedra estaba a punto de iluminarse del todo. Caleb pensaba en tantos destinos que no tuvo claro cuál sería el elegido. Estaba demasiado frenético. Demasiado asustado.

Doyle fue el único guardia que se dio cuenta de lo que sucedía. Se lanzó directo a por Caleb con el mismo cuchillo que acababa de arrancarle a su amigo del cuello. Tenía los ojos desorbitados y gritaba barbaridades.

No obstante, cuando estaba a punto de llegar a ellos, alguien le dio un sartenazo en la cara. No, no fue *alguien*. Fue Albert. Lo hizo con la fuerza suficiente como para reventarle la nariz a un mestizo, lo cual era digno de admirar.

Durante un instante, contempló la sartén como si no pudiera creérselo. Y entonces se volvió hacia ellos.

—¡Marchaos de una vez o todo esto no habrá servido para nada! —urgió.

Caleb asintió y, mientras la piedra terminaba de iluminarse, clavó la mirada en Barislav. Se estaba arrancando la flecha negra. Sus ojos destelleaban con furia.

Cuando la piedra por fin se iluminó del todo, cuatro cosas sucedieron a la vez:

Barislav partió la flecha en dos y fue directo a por su nieto.

La chica del pelo negro intentó lanzarle otra flecha.

Doyle, con una mano cubriéndole la nariz, la empujó con su propio cuerpo.

La chica perdió el equilibrio y la flecha acabó atravesando la piedra de la palma abierta de Caleb.

El impacto se transformó en un estallido de luz. Caleb se vio impulsado hacia atrás con fuerza. Todavía conservaba uno de los pedazos y podía sentir que empezaba a teletransportarse. Lo último que vio fue que Barislav lanzaba una oleada roja alrededor de la habitación.

Brendan

De forma milagrosa, consiguió aterrizar de pie. Por lo menos, hasta que el cuerpo de Axel impactó contra el suyo. El golpe fue tan fuerte que los dos terminaron rodando por el suelo, colina abajo. Brendan sintió cómo las piedras y las briznas de hierba seca se le clavaban en la piel, pero no pudo detener la caída.

Pasados unos segundos, por fin encontró un suelo estable. Confuso, elevó la mirada. ¿Dónde coño estaban?

Bosque. Fue lo primero que pensó. Un bosque. Olor a mar, a limoneros, a tierra húmeda… Estaban junto a la casa de sus padres. Pero ¿cómo sabía Caleb que…?

En cuanto notó un movimiento a su lado, Brendan se incorporó de golpe. Seguía teniendo la respiración acelerada y el cuerpo dolorido, pero le dio igual. Especialmente cuando vio que Axel seguía vivo. Y se incorporaba sobre sus rodillas.

Durante unos instantes, Axel se lamentó en voz alta e intentó quitarse piedras incrustadas en las manos. Y entonces se dio cuenta de que no estaba solo.

Al elevar la mirada y ver a Brendan, tuvo un breve segundo de alegría. Hasta que se acordó de lo que había hecho.

—Yo… —empezó.

—¿Qué has hecho? —espetó Brendan sin poder contenerse—. ¡¿Se puede saber qué has hecho?!

—¡No pensé que fuera a pasar esto! —aseguró Axel con una mueca de sufrimiento—. Te lo juro, pensé…, pensé…

—¿Qué? ¿Que se llevarían al niño y al gato y ya estaría? ¡¿Cómo puedes ser tan estúpido?!

Brendan se había enfadado muchas veces con él, pero jamás le había levantado la voz. De la misma forma que jamás lo había insultado. Por eso

quizá la mirada de Axel se llenó de lágrimas.

—Lo siento —susurró—. Te juro… Te juro que no pensé que fuera a pasar nada de esto. Solo quería que pudiéramos escaparnos. Quería que acabara la pesadilla. Y Bex… Bex está…

—¡Muerta! ¡Igual que todos los demás, por lo que sabemos!

Brendan se alejó unos pasos de él. Le costaba respirar. El lazo con Victoria estaba tan silencioso que daba miedo. Y le dolía el pecho. ¿Y si…?

No. No podía pensar en ello. Se irguió un poco, respiró hondo y miró a su alrededor. Sabía dónde estaban. Eso era un avance. Paso a paso. Tenía que encontrar a su hermano. Tenía que encontrarlo.

—Brendan —siguió Axel—, por favor, no te enfades…, yo no quería…

—¡Cállate! Dame tu arma.

Axel seguía de rodillas. Sin dudarlo siquiera, se sacó la pistola de la cinta del pecho y se la ofreció. Brendan se la quitó sin querer mirarlo. La rabia fluía por sus venas, caliente y espesa. Era horrible.

—Lo siento —insistió Axel—. Lo siento, te juro que nunca pensé que…

—Deja de disculparte —ordenó Brendan bruscamente—. Debería dejarte aquí. Debería dejarte solo y que te enfrentes a las putas consecuencias de tus decisiones.

Mientras lo decía, supo que era incapaz. Axel era un idiota, pero lo peor era que se creía que lo hubiera hecho con buena intención. Todo lo buena que podía serlo, por lo menos.

Trató de pensar con claridad. Era muy complicado.

—Vamos a salir juntos de aquí —dijo sin mirarlo—. Y, una vez que estemos a salvo, cada uno se irá por su lado.

—P-pero…

—No volverás a hablarme. Ni a mí, ni a nadie del grupo. ¿Me has entendido? Cada uno por su puto lado.

En esa ocasión, Axel no se atrevió a protestar. Y Brendan siguió sintiéndose incapaz de mirarlo a los ojos.

¿Cómo había podido…?

El sonido de unos pasos hizo que cortara cualquier pensamiento racional. Automáticamente, Brendan fue a esconderse detrás de un árbol. Al ver que Axel dudaba, gruñó y lo atrajo de un tirón de la camiseta para esconderlo a su lado.

Al parecer, la piedra no solo los había transportado a ellos, sino que también había cuatro guardias patrullando el bosque. Todos armados.

Caleb

Le dolía todo, desde el pecho hasta las piernas.

—¿Caleb? ¿Estás bien?

En algún momento, había aterrizado de bruces en el suelo. Como pudo, se incorporó sobre los codos. Daniela se apresuró a correr a su lado para ayudarlo. Lo contemplaba preocupada, sin saber qué hacer.

Ella también tenía las rodillas y los codos cubiertos de manchas de sangre por el aterrizaje, pero no pareció importarle.

—Estoy bien —aseguró él una vez de pie—. ¿Y tú?

—He estado mejor, pero… estoy viva, ¿no?

Mientras ella se reía de forma un poco histérica, Caleb echó un vistazo a su alrededor. Reconoció las ruinas, las columnas viejas, los muebles destrozados y llenos de polvo. Y también la valla alta y metálica del fondo.

—Estamos en la fábrica —murmuró—. ¿Por qué aquí?

—No sé, pero tú eres el de la piedrecita. Y se ha roto, ¿no? Igual los demás han ido a otro lado.

Era mucho más fácil pensar eso que centrarse en la otra posibilidad.

La imagen de Kyran, solo en medio del bosque, hizo que Caleb cerrara los ojos con fuerza. ¿Dónde estarían Victoria o Brendan o incluso el maldito gato?

Caleb trató de centrarse en el presente, en escapar de ese lugar. Estaban en la parte posterior del edificio principal. Para salir de ahí, tendrían que atravesar todo el patio de las columnas. Por no hablar de que, después, tendrían que encontrar a los demás.

Mierda. ¿Dónde se habrían metido?

—Tenemos que salir de aquí —dijo al final.

Daniela no parecía tan convencida.

—¿Y tenemos que… atravesar el edificio?

—Es la única forma, sí.

—Bueno…, pero ve tú delante, ¿eh?

Él asintió y empezó a avanzar. No quería pensar en nadie. Ni siquiera en Bex. En su amiga Bex, que…

No. Tenían que sobrevivir. Después, habría tiempo para pensar en ella.

—¿Crees que los demás habrán podido escapar de ahí? —preguntó Daniela, que lo seguía muy de cerca.

—Espero que sí.

Y, si no lo habían hecho, irían a por ellos. No podían perder a nadie más. Bastante habían perdido ya.

Tras la enorme cristalera del fondo se encontraba el patio. Tan solo tenían que abrir esa puerta, cruzarlo y estarían en la calle. Y tenían mucha prisa, porque aquello se sentía como una trampa. Una muy poco discreta.

Como si el destino quisiera darle la razón, la cristalera se abrió de una patada.

Caleb se detuvo de golpe. Daniela, desorientada, chocó contra su espalda. Él apenas lo sintió. Estaba centrado en los tres hombres que acababan de entrar en la zona ruinosa del edificio. En sus armas y sus chalecos antibalas. Y en uno de ellos, en concreto, cuya nariz seguía sangrando.

Al ver a Doyle, Caleb se hizo con el brazo de Daniela y se apresuró a esconderse tras una de las columnas. La pobre chica estaba paralizada del terror. Aun así, obedeció sus órdenes y se acuclilló a su lado. Ella, con la mirada perdida. Él, espiando a los tres intrusos de la forma más disimulada que pudo.

Y, justo cuando iba a sacar el arma, se acordó de que se la había quitado para ayudar a Kyran a bañarse.

Oh, no.

Victoria

La pobre Victoria gritó desde la casa hasta el destino del transporte. Se sintió como si la sacudieran por todos lados. Y más todavía cuando aterrizó, torpemente, sobre una mesa bastante inestable. Por si el golpe que se dio al caerse no fuera suficiente, la mesita también se desplomó sobre ella. Doble golpe. Toma ya.

—¡Ay! —musitó—. Joder, ni una cosa con elegancia…

Se apartó de la mesa con una mueca de esfuerzo. Le dolía el cuerpo entero, especialmente la cabeza. Aun así, se obligó a centrarse. Lo primero era asegurarse de dónde estaba.

Oh, el bar.

El puñetero bar.

¿En serio?

Victoria reconoció las botellas del fondo, que eran de marca buena y estaban llenas de agua. También reconoció las mesas viejas, las sillas astilladas y, en general, el olor que desprendía el antro. Había pasado tantos años de su vida ahí dentro que nunca podría confundirlo.

Se preguntó, de forma ausente, por qué estaba cerrado. Oh, ¿era martes? El día de cierre temprano. Claro. Casi empezó a reírse. Qué suerte tenían a veces.

La risa se esfumó en cuanto oyó un estruendo a su lado. Alarmada, Victoria se volvió hacia las botellas de cristal. Lambert acababa de aterrizar a su lado, pero se las apañó para chocarse contra cada una de ellas.

—¡¡¡AAAH!!! —chilló mientras tiraba todos y cada uno de los cristales del local.

Victoria se incorporó de golpe y empezó a chistarle.

—¡Lambert, no hagas ruid…!

En cuanto una cabeza de gato pelirrojo apareció entre las botellas, Victoria se calló y frunció el ceño. El felino la observaba con los ojos dorados muy abiertos, en alerta.

MIAU.

—Bigot… ¡Lambert! ¡Cálmate, ya estamos a salvo!

¡MIAU, MIAU!

Victoria corrió hacia él desesperada. Ni siquiera había conseguido tocarlo cuando, de pronto, el gato dio un salto al aire y se convirtió en humano de nuevo. Miraba a su alrededor, pálido de miedo.

—¡Deja de transformarte! —suplicó Victoria, ya histérica.

—¡Cuando me pongo nervioso, no puedo controlarlo!

—¡Pues cálmate!

—¡No puedo calmarme si me chillas!

—¡NO TE ESTOY CHILLANDO!

¡¡¡MIIIAAAUUU!!!

Y… volvía a ser un gato.

Antes de que hiciera más destrozos, Victoria consiguió atraparlo con ambas manos. Había tenido muchos momentos de práctica en su piso, cuando el gato le robaba una zapatilla a modo de venganza. Por una vez, agradeció haberse preparado para el momento.

Indignada, dio la vuelta al gato para obligarlo a mirarla. Sus ojos dorados le devolvieron la mirada.

—¡Cálmate de una vez! —exigió ella.

—Pero ¿qué…?

Victoria y Bigotitos se volvieron a la vez. Andrew estaba de pie frente a la puerta que conducía a su casa, en el piso superior. Solo llevaba puestos unos calzoncillos, una camiseta blanca con manchas y unos calcetines de elfos. En una mano tenía una botella de whisky, en la otra sostenía un cigarrillo. Y su cara era de perplejidad absoluta.

Victoria sonrió con inocencia.

—Hola. ¿Q-qué…, qué tal?

—Pero… —repitió todavía pasmado—. ¿Se puede saber qué haces tú aquí? ¿Y por qué demonios me estáis destrozando el local? ¿Y por qué…?

La frase nunca llegó a acabarse. En ese momento, la bolita de pelo que ella sostenía entre sus manos empezó a volverse más pesada. Victoria trató de suplicarle al gato con la mirada. Pero, al volverse, solo estaba Lambert, con las manos de ella bajo los brazos. Esbozaba una mueca de disculpas.

—Eh… ¿Miau?

Los dos se volvieron hacia Andrew. Tenía los ojos desorbitados y la boca abierta.

Ups.

Pasmado, Andrew soltó la botella. El sonido hizo que él mismo se asustara y diera un brinco.

—¡¿Qué…?! —chilló.

—Vale —empezó Lambert, separándose de Victoria—. Sé que esto puede parecer un poco raro, pero no te…

—¡¡¡Otra vez, no!!! ¡Aléjate de mí, bicho raro!

—Uau. Vale. Qué ofensivo, ¿no? Intentaré pensar que estás nervioso para que…

—¡¡¡No te me acerques!!!

—Andrew —saltó Victoria—, si alguien te pregunta, tú no nos has visto. ¿Está claro? Hemos sido un producto de tu imaginación fumada. ¿Está claro o no?

Su jefe parpadeó unas cuantas veces. No había contestado, pero ellos dos se apresuraron a salir del local. Bastante la habían liado en un momento como para quedarse allí más tiempo…

Una vez en la calle, Victoria se pasó las manos por la cara. Qué situación. Por lo menos, Lambert había dejado de transformarse.

Pero no sabía dónde estaban Kyran, Caleb, Margo, Daniela… Ni siquiera sentía el vínculo de Brendan, lo que empezó a preocuparle.

—¿Estás bien? —preguntó Lambert, que correteaba a su lado.

—¿Yo? Perfectamente. ¿No se me nota?

Victoria se detuvo en medio de la calle. No podían empezar a vagar sin rumbo fijo. ¿Y si los rastreaban? ¿Y si los demás los necesitaban? Lambert fue testigo de su proceso mental, aunque no se atrevió a decir nada.

Entonces, la chica dio una palma. Lambert brincó del susto.

—Vamos a ir a nuestra casa —decretó ella.

A Lambert se le impulsó una ceja pelirroja.

—¿Por qué a casa?

—Tengo… un presentimiento. Confía en mí.

Tampoco tenían muchas otras opciones, así que Lambert, tras dudar casi un minuto entero, asintió.

—Contigo, amiga mía, me voy al fin del mundo.

Margo

Uno de los guardias que los empujaban no dejaba de sonreír.

—Aquí deberíais estar cómodos, tortolitos.

Margo intentó volverse y ofrecerle su peor cara, pero el hombre la lanzó con fuerza al interior de la habitación. Tras eso, cerró la puerta. Pudieron oír el cerrojo. El lamentable y horrible sonido de ese cerrojo.

Sawyer y ella se encontraban en el búnker. Margo logró verlo por la ventanilla del coche en el que los habían transportado. Barislav ordenó que se los llevaran y no matarlos. Era un consuelo. Esperaba que la buena suerte fuera a durarles.

Margo contempló la celda que les habían asignado. Era cuadrada, pequeña, y tenía unas cuantas estanterías con libros viejos. Nada que pudieran usar para escaparse, eso seguro. Ni siquiera había luz. La única era la que se filtraba por el contorno de la puerta y que sumía la habitación en una extraña penumbra deprimente.

Sawyer no parecía tan curioso como ella. Se había sentado al fondo de la habitación, con los brazos en las rodillas y la espalda en la estantería. Ni

siquiera se había molestado en bajar la cabeza, que tenía apoyada en unos cuantos libros. Destilaba agotamiento por los poros. No había dicho una palabra en todo el viaje.

Ella, con los nervios, era incapaz de callarse.

—Tenemos que irnos de aquí —declaró mientras daba vueltas—. No pueden… encerrarnos así como así. Podemos agarrar unos cuantos libros, esperar junto a la puerta y lanzárselos a la cabeza al próximo que entre. O romper una estantería y hacernos con una tabla rota para golpearlos. ¿Qué sugieres tú?

Sawyer se mantuvo en la misma postura, como si no la hubiera escuchado. Aun así, respondió:

—¿Qué más da?

Margo dejó de andar y se volvió indignada.

—Sawyer, haz el favor de centrarte. ¡Tenemos que salir de aquí e ir a ayudar a los demás!

—Yo no voy a salir de aquí.

—Si te quedas sentado, seguro que no.

—No.

Esta vez sí que la miró y hablaba en serio.

—Yo no voy a salir de aquí, Margo.

Algo en la forma de decirlo hizo que Margo se detuviera confusa, como si su cerebro no terminara de procesarlo.

—¿Por qué dices eso?

—Es la verdad.

—Tenemos las mismas posibilidades de escapar, pero debemos hacerlo juntos —le aseguró para tratar de animarlo—. Solo tenemos que pensar una buena estrategia y…

—No vale la pena.

—¡Deja de hablar así!

—La visión de Bex decía que un familiar me traicionaría. Y que todo empezaría con una chica. —Sawyer se rio sin ganas—. Al final, ha resultado ser verdad… Qué curiosa es la vida.

»Ambos sabemos que moriré aquí abajo.

Tras esas palabras, se incorporó de nuevo. Entonces, empezó a revisar las estanterías como pudo teniendo en cuenta la poca luz que había.

—¿Qué haces? —preguntó ella, confusa.

—Que yo no vaya a salir de este sitio no significa que tú tampoco. Vamos a sacarte de aquí, pelirroja.

Margo se quedó muy quieta. Casi creyó haberlo oído mal.

Sin saber muy bien por qué, preguntó:

—¿Estás bien?

Probablemente, era la mayor estupidez que podía decir en un momento así. Pero Margo siempre había sido experta en hacer preguntas a destiempo.

La mano de Sawyer se quedó suspendida sobre un libro. Durante un instante, Margo volvió a ver esa expresión de desamparo que le había visto en la mesa. Sin embargo, él retomó su tarea como si no hubiera pasado nada.

—Sí —dijo simplemente.

Margo se acercó para ayudarlo en la búsqueda. O más bien para fingir que lo hacía. Era incapaz de concentrarse. Muchas emociones en muy poco tiempo.

—Lo que estaba haciendo Barislav…

—No quiero hablar de ello.

—A veces, hablar las cosas ayud…

—En este caso no va a ayudar, ¿vale?

—Vale. Como quieras.

Siguieron buscando en las estanterías. Solo había tomos viejos, artilugios desconocidos y documentos arrugados. Quizá hubiera más cosas interesantes, pero con tan poca luz era difícil distinguirlo.

Ella no dejó de lanzarle miraditas. Tantas que Sawyer terminó suspirando.

—Haz la puñetera pregunta que te mueres por hacer. Tu silencio me pone de los nervios.

Siendo honesta, no tenía una pregunta concreta. Más bien… eran muchas dudas esparcidas por varios temas. No tenía claro por dónde empezar. O cómo plantearlo para que no sonara horrible.

—¿Por qué me llevaste contigo cuando te escapaste?

No esperaba una respuesta directa, la verdad. No obstante, Sawyer se encogió de hombros mientras ojeaba un libro viejo.

—Eras mi seguro —murmuró—. Si nos encontrábamos al grupo, podrías decirles que te había aceptado para que confiaran en mí.

Ella supo que era mentira, que nunca había contado con reencontrarse con el grupo. Sin embargo, no quiso insistir.

—¿Y tu padre…?

Ante esa mención, Sawyer devolvió el libro a la estantería de un golpe.

—¿Vas a juzgarme por ocupar su puesto?

—No quiero juzgar nada, solo intento entenderlo.

Él siguió hablando, aunque su mirada seguía perdida por las estanterías.

—Nunca tuvimos muy buena relación —admitió. Pese a hablar del tema con aburrimiento, estaba claro que le afectaba—. Viví con mi madre los dos primeros años de mi vida. Después, apareció mi padre para llevarme con él. No volví a ver a mi madre. Ni siquiera recuerdo su cara.

»Mi padre estaba… obsesionado con los mestizos. Ahora supongo que su obsesión era más bien cumplir con el trabajo de Barislav para que no lo

mataran. Como él no había nacido con habilidades, tenía la esperanza de redimirse si me las sacaba a mí. De ser un orgullo para su padre, supongo.

»El proceso de conversión de un mestizo es… complicado. Cuando nuestro nivel de sufrimiento es muy alto, cuando nuestras emociones son muy crudas, liberamos nuestro inconsciente y, por consiguiente, las habilidades que podamos tener. En algunos mestizos, es un proceso lento; en otros, es cuestión de horas. Ese periodo, sea corto o largo, se llama *vigía*. Una vez que el mestizo ya ha desvelado su habilidad, se puede convertir para que la aproveche al máximo.

—¿Te hizo eso? —preguntó Margo en voz baja.

Sawyer asintió sin mirarla.

—¿Te crees que Caleb era joven cuando lo metieron en ese sótano a los ocho años? A mí me metieron a los dos. Y no me dejó salir de ese sitio hasta que cumplí los quince. Me pasé trece años de mi vida encerrado en un sótano solo porque él era incapaz de asumir que, por mucho que cambiara el método de tortura, no iba a volverme un ser mágico.

No había entrado en detalles, pero Margo casi lo prefería. No quería saber lo que le habían hecho. De pronto, la simple idea le hizo sentirse enferma.

—¿Cómo conseguiste salir? —preguntó al final.

Sawyer tardó unos segundos en responder. Había dejado las estanterías hacía ya un rato, pero mantenía una mano apoyada en ellas.

—A los quince años, Barislav comentó que podía ayudar con el negocio. Mi padre no se lo tomó bien, pues sabía que estaba criando a su futuro sustituto. Y empezamos a trabajar juntos. No le quedaba más remedio, por mucho que me odiara. Nos encargamos de la primera generación, de la segunda… Cada una fue más desastrosa que la anterior.

»Entonces, llegó la tercera. Mi padre encontró a dos niños gemelos que tenían habilidades interesantes. Fue uno de mis primeros encargos en solitario. Uno de ellos, Jasper, pasó la vigía en cuestión de días. Tenía la habilidad de transformar a los demás mestizos, algo muy poco común y sumamente valioso. El otro, en cambio… Mi padre tenía otros planes para Kristian. Quería ver si, manteniéndolo ahí abajo el tiempo suficiente, podía convertirlo en el empleado perfecto, el que no sintiera nada y solo viviera para trabajar.

Margo se quedó mirándolo, pasmada. Caleb y Brendan. Qué raro era oír sus nombres reales.

—Jasper nunca me gustó mucho —admitió Sawyer—. Era demasiado listo para su propio bien y nunca terminó de confiar en mí. Kristian, en cambio… Me encariñé de él. Era más reservado, más… tímido. Y buscaba desesperadamente la aprobación de los demás. Supe que iba a sustituir a mi padre al ver que le hacía lo mismo que me había hecho a mí. Era insoportable. Entonces, encontré a dos mestizos en Reino Unido. Ambos huérfanos y cada uno con habilidades interesantes. Ella podía ver el futuro y él podía percibir y cambiar las emociones ajenas. En cuanto llegaron a la casa, decidí sacar al otro del sótano e intentar que se relacionara con ellos. Funcionó enseguida. Kristian desarrolló mejor sus habilidades gracias a que quería protegerlos. Y, al darse cuenta de que había sido una buena idea, pude convencer a Barislav de que el puesto era solo mío. Con la condición de que los chicos se olvidaran de mi padre; necesitaba que creyeran que siempre había sido yo, que era la única figura de autoridad de sus vidas. Que me respetaran. Así, sustituí a mi padre.

A medida que iba mencionando a los mestizos, fue bajando la mirada. Al pensar en Bex e Iver, sus ojos terminaron clavados en el suelo.

—¿Lo sustituiste? —preguntó ella—. ¿Qué quieres decir?

—Fue la primera persona que maté en mi vida. Y no me he arrepentido ni un solo día.

Margo supo que era cierto al instante. Y le sorprendió que, de pronto, fuera tan abierto con ella. No era una confesión fácil de hacer.

—Es decir… —murmuró—, técnicamente, intentaste ayudar a…

—No. —La detuvo de golpe—. No me hables como si hubiera sido su héroe o algo así. Lo maté porque no soportaba ver a otra persona pasando por lo mismo que había pasado yo en sus manos. Y porque no soportaba verle la cara. Pero, una vez muerto, podría haber detenido ese bucle interminable. Podría haber buscado una vida normal para mí y para ellos. Aun así, decidí seguir viviendo de la misma forma. No soy un héroe. Ni he pretendido serlo nunca.

Ella asintió lentamente. A esas alturas, Margo tampoco fingía buscar por las estanterías. Tan solo lo miraba con una mezcla de compasión, rabia y confusión.

—¿Y por qué no intentaste tener una vida normal?

Debió de ser la pregunta clave, porque Sawyer la consideró mucho más tiempo que las otras.

Finalmente, se encogió de hombros.

—En esa vida tenía la edad que quería, el dinero asegurado y el éxito a la vuelta de la esquina. En la otra… La otra vida era una incertidumbre. Nunca me han gustado las incertidumbres. Lo único que tenía que hacer era modificar la memoria de los chicos, asegurarme de que pensaran que yo había estado al mando desde el principio, que se olvidaran de mi padre. Así que eso hice: recorrí el camino más fácil. Y el más cruel.

Sawyer elevó la mirada. Quizá solo quería ver la reacción de ella. Ver si lo estaba juzgando como seguramente sospechaba.

Pero Margo no quiso juzgarlo. De hecho, se preguntó por qué estaba siendo tan honesto cuando no lo había sido ni en el interrogatorio. Entonces, cayó en la cuenta. Sawyer tenía claro que no iba a salir de ese búnker. Que ella podía ser la última persona con la que hablaría. La última ocasión para sincerarse.

Margo sintió que la invadía una oleada de tristeza. Y de determinación. No. No iba a permitirlo. Si ella escapaba, lo harían los dos. Se lo prometió a sí misma.

—¿Y bien? —preguntó Sawyer, más tenso de lo que admitiría nunca—. ¿Vas a decir algo o prefieres mantener este maravilloso silencio incómodo que nos rodea?

—Todavía no me he decidido.

Ella apartó la mirada. Aun así, sintió que él seguía observándola fijamente.

—¿Por qué nadie recuerda a tu padre? —preguntó al final.

—Los únicos que podrían recordarlo son Caleb y Brendan, pero… Cuando le pedí a Agner que bloqueara los recuerdos de sus padres, también hice que les borrara los recuerdos del mío. Si se creían que siempre había sido yo, sería más fácil controlarlos.

—Pero ahora ya son mayores —señaló ella—. Ahora, podrías decirles la verdad.

—¿Para qué? —Sawyer esbozó media sonrisa—. ¿Para recuperar la relación perdida? Vamos, pelirroja…, eres muy lista. Sabes que a estas alturas ya no hay mucho que hacer.

—¿Y es mejor que te odien?

—Siempre se me ha dado mejor ser odiado que amado.

Margo pasó la punta del dedo por el lomo de uno de los libros. Observó, como si fuera lo más interesante del mundo, el rastro de polvo que dejaba

en su piel. Quizá simplemente era incapaz de mirarlo a él.

—Yo no te odio —murmuró entonces.

Sawyer se rio entre dientes.

—Quizá deberías revisarte los estándares.

—Y sé que tú tampoco me odias —añadió ella—. Después de todo, intentas salvarme la vida.

—Solo para que te vayas y me dejes tranquilo.

—Sí, claro.

—¿Intentas que te diga algo cursi? Porque vas muy mal encaminada.

—Intento que admitas que no eres tan odioso como te gustaría.

—Sigo siéndolo.

—Por eso he dicho que no lo eres *tanto*, no que no lo seas *en absoluto*.

Para su sorpresa, él esbozó una sonrisa. A Margo le dio la sensación de que, por primera vez, sonreía de forma no premeditada, natural, porque le apetecía sonreír y punto.

El embrujo del momento duró poco. Ambos se volvieron, alarmados, cuando alguien empezó a aplaudir tras ellos. Les tocó bajar la mirada a la vez, pues Kyran, con su disfraz de Batman y una gran sonrisa, no dejaba de aplaudirles.

—*¡Ta soniendo!* —exclamó señalando a Sawyer—. ¡Ya no da *mieo*!

—¿Qué…? —chilló Margo—. ¡¿Se puede saber qué haces aquí, Kyran?!

—*¡Bakyran recata Madgo!*

Ella le lanzó una mirada a Sawyer. Por una vez, parecía tan pasmado como siempre.

—¿Te has colado en nuestro coche? —preguntó ella.

El niño asintió alegremente.

—Oh, Kyran… ¡Tenías que huir de casa! ¡Irte muy lej…!

—¿Te has colado con unas llaves? —interrumpió Sawyer.

Cada uno con sus prioridades.

—No —dijo el niño—. Yo aquí todo *tepo*.

Tras eso, corrió a abrazarse a la pierna de Margo. Ella sintió ganas de enfadarse, de exigirle que se marchara cuanto antes. Sin embargo, lo primero que le salió fue agacharse y abrazarlo con todas sus fuerzas. Su pequeño y temerario héroe.

—Es decir —Sawyer no sonaba tan contento—, que ahora somos tres en lugar de dos. No veo muchos problemas solucionados.

—¡*Bakyran* sabe *dóde* llaves!

Eso sí que llamó la atención de Sawyer, que tardó un instante en acuclillarse y ofrecer la sonrisa más inocente de la historia.

—No me digas. ¿Dónde están?

Kyran sonrió ampliamente y se las sacó del bolsillo. Tanto Margo como Sawyer parpadearon unas cuantas veces intentando asimilarlo.

—¿Por qué no has dicho nada hasta ahora? —preguntó ella al final.

—*Tabais* hablando y *queía* un besito.

Margo enrojeció un poco y aceptó las llaves que le estaba tendiendo.

—Lo has hecho genial, Kyran.

—¿Por lo de no interrumpir por si había un besito? —preguntó Sawyer.

—¡Por las llaves! Cállate.

Margo sujetó a Kyran por los hombros. Tuvo que respirar hondo. No quería hacerse esperanzas antes de tiempo.

—¿Sabes dónde están los demás? —preguntó—. ¿Los guardias han dicho algo sobre eso?

Kyran asintió, encantado con ser de ayuda.

—¿Y crees que podrás ayudarnos a encontrarlos?

De nuevo, el niño asintió.

—*¿Vamo a recate?*

—Sí, Batkyran. Vamos al rescate.

37

Brendan

¿Cómo coño sabían dónde estaban? Lo que había empezado con tres matones terminó con veinte. Y, aunque consiguieron eludirlos durante un rato, pronto los pillaron. Y no dejaban de aparecer. No dejaban de multiplicarse.

Brendan empezó a tener miedo. Un miedo que nunca admitiría, pero que empezaba a ser desesperante. Porque empezó a preocuparse, por primera vez, de si no conseguían escapar.

Aunque fuera absurdo, también tenía miedo por Axel. Habían estado huyendo durante lo que parecían horas. Tras cruzar el bosque, habían llegado al campamento de caravanas. Intentaron robar alguna, pero pronto desistieron y siguieron corriendo. Al final, se habían detenido en un desguace que parecía completamente abandonado.

Brendan logró esconderse tras una furgoneta llena de polvo. Respiraba de forma agitada por el maratón. Y por el miedo. Sujetaba la pistola con ambas manos y se encontró a sí mismo suplicando, a quien quisiera escucharlo, que no les dejaran morir en ese sitio.

Lanzó una mirada a su derecha. Axel también se había escondido tras un coche abandonado, a unos metros de distancia. Al no tener arma con la que protegerse, su cara permanecía lívida, y su respiración, agitada. Estaba tan asustado como él.

Mierda, necesitaban algo con lo que defenderse. La habilidad podía resultar útil en un combate pequeño, pero no contra veinte personas armadas. Brendan buscó con la mirada, desesperado, pero no se le ocurrió ningún plan.

Las voces cada vez sonaban más cercanas. Podían seguir corriendo, pero les esperaba un descampado y una carretera comarcal. Malos sitios para esconderse. No. Tenían que aguantar ahí.

—¿Tienes algún plan? —preguntó Axel, en voz tan baja como pudo—. ¡Porque es un buen momento para decirlo!

—¡Pues claro que no tengo un plan! ¡Hasta hace un momento, ni siquiera tenía ganas de vivir!

—Maldita sea, Brendan.

—Oh, ¿tienes tú alguno?

—¡No!

—¡¡¡Entonces no te quejes!!!

En cuanto las voces se acercaron, Brendan cerró los ojos con fuerza. Tenían que pensar en algo. Y rápido.

Sin saber muy bien por qué, clavó la pistola en el suelo y la lanzó hacia Axel. Su amigo la recogió con las cejas enarcadas por la perplejidad.

—¿Brendan? —murmuró—. ¿Qué…?

—Cállate. Y cúbreme.

Caleb

—¿Vamos a morir? —susurraba Daniela—. Vamos a morir, ¿verdad? No me mientas. Prefiero saberlo. No entraré en pánico. Bueno, sí que lo haré. Pero no pasa nada. Prefiero saber la verd…

Caleb, con una mueca de hastío, le cubrió la boca con la mano y se asomó de nuevo.

—No vamos a morir —le dijo en voz baja—. Pero, para ello, necesito que estés en silencio.

Daniela asintió con los ojos muy abiertos, aterrorizada.

Caleb decidió centrarse en los intrusos. Dos desconocidos y Doyle. Eran grandes y sostenían el arma con experiencia. Parecía una tontería, pero un matón inexperimentado podría salvarles la vida. Sin embargo, no fue el caso. Sabían perfectamente lo que hacían. Caleb estuvo tentado a maldecir en voz baja, pero se contuvo.

—Revisad la sala —ordenó Doyle en ese momento—. No os dejéis ni un solo rincón. Después, seguiremos con el resto del edificio.

Caleb tiró de Daniela para ocultarla mejor. Por suerte, estaban empezando por el otro extremo de las columnas. Tenían, como máximo, dos minutos y siete columnas para pensar un plan.

Un plan… Necesitaban un plan. Tenía que concentrarse de una vez. Iban a salir de ahí.

Una opción era ir directamente a por Doyle, que se había quedado solo en el centro de la sala. Caleb era rápido y sabía que podía quitárselo de en medio, si es que Doyle no se transportaba antes, claro. Pero se veía capaz de ganarle en velocidad. Cuando los otros se dieran cuenta, lo usaría de escudo para protegerse.

¿El mayor riesgo? Su habilidad y, sobre todo, la escopeta que transportaba. Y dejar a Daniela sola.

No. Tenía que pensar en algo menos arriesgado.

Observó a sus dos compañeros. Estaban lo suficientemente lejos como para intentar atraparlos por separado, pero también tendría que ser muy rápido. Si alguno emitía un solo sonido, Caleb y Daniela estarían perdidos. Los revisó con la mirada. Ambos llevaban una pistola en la mano. Si se quitaba a uno de encima, podría robarle la pistola. Eso le daría ventaja. Y, aunque dejaría a Daniela a solas, la atención se centraría en su rincón de la sala, lejos de ella.

—Tengo un plan —murmuró Caleb.

Dani, que seguía pegada a la columna con cara de horror, asintió con fervor.

—¿Tengo que hacer algo?

—Sí.

Caleb se aseguró de que nadie estaba viéndolo y agarró un puñado de piedrecitas del suelo ruinoso del vestíbulo. Daniela las aceptó con una expresión bastante confusa.

—Necesito que las lances al otro lado del vestíbulo en cuanto yo llegue al primer guardia. Después, escóndete bien.

No esperó a que Daniela estuviera de acuerdo. Cuanto menos lo pensara, mejor. Y Dani se quedó aún más horrorizada al quedarse sola.

Tras asegurarse de que Doyle no le prestaba atención a su zona, Caleb se acercó rápidamente a la siguiente columna y echó una ojeada al primer guardia. No era muy grande, llevaba puesto un chaleco antibalas y no dejaba de repiquetear un dedo contra la culata de la pistola. Su pulso era inestable. Estaba nervioso.

Siguió acercándose sin hacer ni un solo ruido, solo se movía cuando los demás no le prestaban atención. El hombre al que se dirigía se había asomado tras uno de los antiguos muebles de recepción y suspiraba como si se estuviera aburriendo. Quizá no creía que fuera a encontrar a nadie. Bien. Caleb aprovechó para colarse tras la última columna, justo a su lado.

Con una eficiencia sorprendente, nada más tocar la columna, oyó que Daniela cumplía con su parte a la perfección. Las piedrecitas repiquetearon en el lado opuesto del vestíbulo. Todos se volvieron hacia el sonido, incluido el guardia que estaba junto a él.

Caleb fue rápido. Lo rodeó del cuello con un brazo y tiró con fuerza hacia abajo para forzarlo a dejar las piernas muertas en el suelo. Tras echar una ojeada a su alrededor, Caleb retrocedió y se pegó a la columna para ocultarse bien. En cuanto se aseguró de que no iban a verlos, apretó los dientes y dio un tirón con el brazo hacia un lado. El hombre emitió un sonido contra su mano y, después, su cuerpo quedó inerte. Caleb no lo miró a la cara cuando volvió a dejarlo en el suelo y le robó el arma.

Sin embargo, estaba tan tenso, tan despistado después de todo lo que le había tocado vivir, que no prestó atención suficiente. Y la mano inerte del hombre chocó contra el suelo de la fábrica.

El sonido fue suave, pero un vestíbulo vacío y silencioso era un mal lugar para ruidos suaves.

Caleb quitó el seguro de la pistola a toda velocidad y pegó la espalda a la columna. Casi al instante, una bala se incrustó en el suelo. Justo donde él había estado unos segundos atrás.

—Bingo —comentó Doyle y cargó la escopeta.

Victoria

—Sigo creyendo que esto no es una buena idea —comentó Lambert tras ella.

Victoria apenas le prestaba atención. Intentó caminar deprisa, porque iban a llamar aún más la atención si corrían. Y así recorrieron las calles que, durante tantos años de su vida, había atravesado para ir a trabajar. Esas calles que ya no formaban parte de su realidad, que parecían pertenecer a otra Victoria que desconocía. Ya ni siquiera se sentía bienvenida en ellas.

—No me gustan los callejones oscuros —añadió Lambert al salir de la calle principal—. Me dan miedo.

—Lambert, ¡los dos tenemos habilidades!

—¿Y alguna de esas habilidades es quitar el miedo, lista?

Victoria se volvió para replicar, pero se detuvo al no encontrar a nadie. Durante un instante de pánico, buscó a su alrededor. Y entonces bajó la mirada. Un gato rojizo la contemplaba con mala cara.

—¡¿Otra vez?!

Miau.…

—Sigue andando y deja de maullar.

Bigotitos la siguió obediente, con sus patitas peluditas y silenciosas pisando junto a sus viejas zapatillas llenas de manchas de varios días. Victoria recorrió los callejones hasta la calle principal. Desde ahí, llegarían en cuestión de minutos. Especialmente al ritmo que llevaban.

Estaban cruzando la calle principal otra vez, cuando, de forma inconsciente, Victoria se detuvo ante la vitrina de una librería. Lo hizo sin pensar. Bigotitos, tras ella, la miró con curiosidad. Pero su amiga tenía la mirada clavada en un cartel que anunciaba la próxima publicación de un libro.

No, no de un libro… ¡*Su* libro!

Victoria contempló la portada del libro de ciencia ficción. Leyó las tres frases de la sinopsis del cartel. Un recuerdo se desbloqueó en su cabeza. Los años que pasó intentando escribir un libro, la cantidad de estructuras que había creado para una misma trama. Todos los borradores que había acumulado. Y el título: *Ciudades de humo*. Era su puñetero libro. Solo que no estaba a su nombre, sino al de una tal «J. M. S.».

¿Quién coño…?

Oh, no. La camarera. La camarera a la que le había contado la trama en un momento de debilidad junto a Kyran. La puñetera camarera. ¡Le había robado la idea!

Tuvo ganas de quedarse y patear el cartel. De patearle la cara a la chica, que tenía la cara tan redonda como sus gafas. ¡Ladrona!

Sin embargo, se despistó al notar que alguien se detenía a su lado. Un chico que no había visto en su vida. Bigotitos llevaba un rato maullando en señal de alerta.

—¿Eres tú? —preguntó el desconocido.

Entonces, Victoria se dio cuenta de que no iba solo. Lo acompañaban dos chicas. Todos la observaban con curiosidad.

—¿Yo? —preguntó señalándose a sí misma.

Una de las chicas le enseñó la pantalla de su móvil. Ella, Victoria, pudo verse a sí misma. El vídeo del callejón.

Oh, oh.

—No —se apresuró a decir—. No soy yo, lo siento.

Sin embargo, al volverse, se percató de que había llamado la atención de otro grupo. Los viandantes la miraban con descaro, clavándose codazos entre ellos y murmurando sin disimular. Victoria trató de buscar a Lambert,

pero el gato se había quedado oculto entre la marea de gente, que parecía multiplicarse por momentos.

Victoria intentó retroceder, pues estaba un poco intimidada, y se chocó de espaldas con un grupo nuevo. De pronto, se sentía atrapada en medio de un círculo gigante. Se sintió como un animal enjaulado. Y la gente le hablaba a la vez. Intentó entender a alguien, pero sus voces se sobreponían las unas sobre las otras. Volvió a moverse, agobiada, y alguien la agarró del brazo. Otra persona le gritaba algo en la cara. Otra le sacudía el hombro para que se diera la vuelta y hacerse una foto sin permiso. Y todos, absolutamente todos, la empujaban de un lado a otro.

—¡No soy ella! —gritaba Victoria intentando salir—. ¡No lo soy, dejadme en paz!

Pero no la dejaban tranquila. El agobio empezó a aumentar. Con la vista perdida por la gente, un dolor muy familiar la visitó. Oh, no. Se llevó una mano a la cabeza. No en aquel momento, por favor. Trató de calmarse desesperadamente, pero era incapaz de controlarse. Una sensación cálida ya le recorría el cuerpo y el dolor de cabeza empeoraba por momentos. Se pasó las manos por la cara con fuerza y, cuando vio que la gente cambiaba su expresión a una de temor, supo que sus ojos se habían vuelto negros.

De repente, un «miau» acudió a su rescate.

La gente empezó a emitir quejas, como si alguien acabara de pincharles en el culo con una aguja. O con unas garras felinas, en ese caso. Poco a poco, el gato pelirrojo fue abriéndose paso y creando un pasillito. Una chica intentó darle una patada y Bigotitos le mordió en el tobillo. Aquello fue suficiente para que medio mundo se apartara de golpe.

Victoria no dudó un segundo en coger a Bigotitos en brazos y empezar a correr. Había empezado a sonreír sin darse cuenta.

—¡Ha sido genial, Bigotitos! —exclamó, corriendo con alegría—. ¡Eres el mejor!

Miau, miau.

Corrió calle arriba con Lambert todavía bajo el brazo. ¡Habían conseguido eludirlos! Entusiasmada, soltó una risotada que reverberó en la calle e hizo que varias personas la miraran con temor.

Sin embargo, cuando dobló la esquina para meterse en una callejuela, el peso de su brazo se multiplicó. Victoria estaba tan despistada que perdió el equilibrio y ambos cayeron al suelo. Solo que, tumbado a su lado, volvía a tener a un chico pelirrojo.

Él puso una mueca de disculpa.

—Perdón. Sigo nervioso.

Margo

Al quinto intento, empezó a darse por vencida.

Había probado con todo el manojo. Y no supo cómo decirle a Kyran, que correteaba con su disfraz de Batman por la celda, que se había equivocado de llaves.

A ver…, era muy bonito para ser cierto.

Margo tuvo que contenerse para no soltar una palabrota delante del niño. Sawyer había permanecido de pie a su lado, pero clavó una rodilla en el suelo para quitarle las llaves y revisarlas con la mirada.

—No, no son de aquí —confirmó.

—Vaya, gracias. No sé cómo no me había dado cuenta.

—Pero me resultan familiares —continuó—. Las he visto en alguna parte.

Y se puso a agitarlas, como si así fuera a recordarlo.

—Sigue moviéndolas —indicó ella—. A ver si así nos oyen antes y nos matan.

Sawyer se guardó las llaves en el bolsillo, pensativo.

—Tengo unas cuantas ideas, pelirroja. Cada una peor que la anterior.

Ambos se incorporaron a la vez. Él seguía pensando, ella seguía mirándolo fijamente. De alguna forma, esperaba que la presión lo ayudara a pensar mejor. Porque Margo podía ser buena en algunas cosas, pero los planes de escape no entraban en su área de *expertise*. Y menos en un búnker roñoso.

—¿Y bien? —preguntó ansiosa.

—Si nos ha dejado aquí —murmuró Sawyer, que parecía hablar consigo mismo—, es que él también está aquí. Nos ha dejado vivos porque quiere usarme como ejemplo de traidor. Y a ti para que lo veas. Le encantan esas cosas.

No era un gran consuelo.

—¿Por qué nos ha traído al búnker? —siguió él—. No puede ser su escondite, es demasiado obvio. Además…

—Está aquí porque todo el mundo sabe que existe el búnker. Si los demás piensan rescatarnos, vendrán directos aquí. Es una trampa.

Él por fin levantó la cabeza y la miró. No parecía muy sorprendido.

—Somos el cebo, entonces. Qué alegría.

—Si escapamos rápido, no seremos el cebo de nadie —insistió ella—. ¿Tienes algún plan que no equivalga a una muerte segura?

Sawyer asintió con la cabeza y la apartó con el brazo. Margo retrocedió hasta llegar junto a Kyran, que dejó de corretear, pero no de sonreír.

Aunque toda alegría se borró en cuanto empezaron a oír golpes en la puerta. Margo pensó que uno de los guardias había ido a por ellos. Casi se asustó más al ver que el propio Sawyer había empezado a aporrearla con un puño.

—¿Qué…? ¡Oye, no…!

—Confía en mí —pidió Sawyer—. Y tápale los ojos al crío.

Margo, automáticamente, confió y le tapó los ojos a Kyran.

Tras un golpe particularmente fuerte, un guardia abrió la puerta. Parecía muy cabreado. Clavó los ojos en Sawyer, irritado.

—Ya vale —ordenó—. ¿Se puede saber qué quieres?

—Hablar con mi abuelo.

—No.

—Qué lástima.

Sin dudarlo, Sawyer le clavó una de las llaves del manojo en el cuello.

Margo pegó un brinco y le dio la vuelta a Kyran, solo para asegurarse de que no estaba viendo nada. Aunque los sonidos del guardia eran bastante característicos, el niño siguió sonriendo con inocencia.

Sawyer sujetó al guardia con un brazo y lo dejó en el suelo sin hacer ruido. Sabía exactamente dónde le había pinchado, porque perdió el conocimiento a los pocos segundos. El charco de sangre se hizo enorme en cuestión de instantes. Cuando el guardia dejó de emitir sonidos, Margo contempló a Sawyer con los ojos muy abiertos.

—Joder.

Él se encogió de hombros.

—Pensé que nos pegaría un tiro —admitió tan tranquilo—. Ha habido suerte.

—¡¿Se supone que eso tiene que tranquilizarnos?!

—No.

Margo, con una mano sobre los ojos de Kyran, lo sujetó en brazos para pasar por encima del guardia. Intentó no mirarlo mucho. Y no pisar el charco de sangre. En cuanto estuvieron en el pasillo y lejos del desastre, dejó al niño en el suelo. Sawyer se había quedado atrás, rebuscando en el cinturón del guardia. Se hizo con una pistola, unas esposas y otro manojo de llaves.

Margo analizó el pasillo vacío con inquietud. No terminaba de fiarse. Era imposible que no hubiera más seguridad. Los demás estarían a la vuelta de la esquina.

Sawyer apareció de nuevo, comprobando cuántas balas quedaban en la pistola.

—¿Dónde está la salida? —preguntó ella.

—¿La principal? Olvídate, tiene cámaras de seguridad y vete a saber cuántos guardias nos encontramos.

—Vale, ahora es cuando dices que hay otra.

—La hay.

El tono no era muy reconfortante.

—¿Pero…? —murmuró Margo.

—Hay una trampilla de emergencia. *Pero* hay que recorrer este pasillo por la izquierda, entrar en la segunda puerta a la derecha, llegar al final del otro… y meterse en la tercera sala.

—Izquierda, segunda puerta derecha, final del pasillo y tercera sala… Vale, lo tengo. Vámonos.

Sin embargo, antes de que pudiera avanzar demasiado, Sawyer la detuvo por la muñeca. Parecía divertido.

—¿No te parece que son muchos pasillos, pelirroja? —preguntó—. Y muchas posibilidades de encontrarnos con amigos. Además, dudo que Barislav sea tan idiota como para dejar la trampilla desprotegida.

—¡Da igual! Kyran puede cruzarla siendo invisible. ¡Y puede volvernos invisibles a nosotros también!

—Margo —interrumpió con una suavidad sorprendente—, es muy arriesgado. Incluso si el niño se hace invisible, tendría que aguantar mucho tiempo. Y no lo hará con otras dos personas.

Margo, de nuevo, contuvo las ganas de soltar una palabrota delante de Kyran. Él los observaba con curiosidad y ganas de seguir jugando.

La desesperación empezó a apoderarse de ella. No podían quedarse ahí plantados esperando a que apareciera otro guardia y los viera. Tenían que moverse hacia algún lado, fuera el que fuese.

De pronto, Sawyer, sacó las llaves de su bolsillo. Las observaba con interés.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Ya sé de qué son las llaves. —Le lanzó una mirada curiosa al niño—. ¿De dónde las has sacado?

Kyran hizo una pedorreta con la boca.

—*Hobe* malo al lado de una *pueta*.

—¿Una puerta muy grande y roja?

Kyran asintió con alegría.

—¿Y qué pasa? —preguntó Margo—. ¿Es otra salida?

—No. Es… el sistema de seguridad del búnker.

Ella lo miró fijamente, esperando que siguiera con la explicación. Sin embargo, Sawyer contemplaba el manojo con el ceño fruncido.

—¿Podemos activar alguna alarma? —preguntó Margo—. ¿O desactivar las cámaras?

—No. Esa sala solo tiene una utilidad. La instalé para situaciones extremas, por si alguna vez necesitaba deshacerme de pruebas o escapar… Es un panel de autodestrucción del búnker entero.

Margo asintió lentamente.

—Vale, pues destruimos el búnker… ¿Para qué?

—Barislav está aquí dentro.

Oh.

Oooh…

Margo empezó a sonreír. Sawyer, no obstante, mantenía los hombros tensos.

—Si lo activara —murmuró—, las luces se apagarían y se encenderían las bombillas rojas de emergencia. La puerta principal se bloquearía, pero seguiría estando la trampilla. Sería tu señal para correr con el crío, siendo invisibles, y bloquearla. Condenarías a todos los que están dentro del búnker. Barislav incluido. Pero tienes que ser rápida, porque solo tienes cinco minutos.

Todo aquel razonamiento sonaba muy bien, pero Margo empezó a inquietarse.

—¿Y tú? —preguntó.

Sawyer no se inmutó.

—Yo activaría el panel.

Hubo un instante de silencio. Margo dio un paso hacia Sawyer, tensa.

—¿Y después?

—Después, ¿qué?

—¿Subirías corriendo con nosotros?

—¿Pretendes que haga todo este recorrido repleto de guardias en menos de cinco minutos? Es imposible.

—¿Entonces?

De nuevo, él ni siquiera se inmutó. Si tenía miedo, no lo mostró en ningún momento. Y Margo, que debería alegrarse de tener un plan de escape, empezó a notar que se le formaba un nudo en la garganta.

—Podrías intentarlo —insistió—. ¡Si te das prisa…!

—¿Para qué? Si me pillan, sabrán que vosotros intentáis escapar y nos pillarán a todos. Y, si no cierro la puerta de seguridad, podrán entrar y desactivar la alarma. No. Alguien tiene que encerrarse en la sala.

—Joder, Sawyer…

—¿Qué? —Él enarcó una ceja—. Lo que quieres es salvar al niño, ¿no? Pues eso intento yo también.

Margo miró a Kyran, que los observaba con curiosidad. No entendía lo que estaba pasando. Sawyer no se equivocaba, quería salvarlo. Era su principal prioridad.

Ella dudó unos segundos más. Entonces, se volvió hacia Sawyer con expresión apenada. No sabía qué decir.

—Yo… —empezó a decir, pero se quedó sin palabras.

—Está bien, pelirroja… Haces lo correcto. No te sientas mal.

Mientras ella seguía buscando las palabras adecuadas, Sawyer respiró hondo y sujetó la pistola con más fuerza.

—Será mejor que nos separemos ya —replicó—. Vete con el crío a la trampilla. En cuanto veas las luces rojas, escápate y bloquea la salida. Será bastante rápido. Buena suerte.

No dijo nada más. Simplemente, se dio la vuelta y empezó a alejarse de ellos con la pistola en la mano.

—Espera.

Margo, de nuevo, había hablado sin pensar. Sawyer se detuvo y la miró por encima del hombro.

Ella, por su parte, lanzó una breve mirada en dirección a Kyran. Después, avanzó hacia Sawyer. No se detuvo hasta que estuvo plantada delante él. Confuso, el rubio se volvió completamente.

—Hay que darse prisa —aclaró, aunque no se había movido.

—Gracias por hacer esto.

Sawyer, como de costumbre, usó su expresión burlona.

—Alguien tenía que hacerlo.

—Y lo has hecho tú. Gracias.

Sin añadir nada más, ella se puso de puntillas, le rodeó la nuca con una mano y lo atrajo para besarlo en la boca.

Sawyer se tensó al instante, pero no se apartó. Margo no se molestó en separar los labios o en pegarse a él. Se limitó a unir sus labios, a rozarlos, y a apretar los dedos en su nuca. Su estómago se tensó por la anticipación.

Y, justo cuando él se relajó y movió los brazos para sujetarla, un pequeño clic los interrumpió.

Sawyer se apartó al instante. La miró casi con rabia. Margo, en cambio, se encogió de hombros e imitó su expresión indiferente de antes.

—Alguien tenía que hacerlo —murmuró ella—, pero tendrás que arrastrarme contigo.

Él contuvo la respiración. Margo, aprovechando su distracción con el beso, le había quitado las esposas. Ahora, cada una estaba en una de sus muñecas. Estaban unidos, les gustara o no.

Pese a su expresión de cabreo, Margo lo ignoró y se volvió para mirar a Kyran. Él seguía sin entender qué pasaba.

—Kyran, cariño —dijo Margo—, necesito que me escuches con mucha mucha atención. Tienes una misión de Batkyran muy importante.

El niño, ahora muy atento, dio un saltito de entusiasmo.

—*¡Bakyran a recate!*

Margo sonrió y repitió las instrucciones para llegar a la trampilla. Intentó adaptarlas al vocabulario de un niño y lo dijo varias veces. No se detuvo hasta que Kyran enumeró cada paso, extendiendo cada uno de sus deditos.

—Exacto —murmuró ella—. Tienes que quedarte al lado de la salidita hasta que las luces se vuelvan rojas. Y, entonces, sales. Y corres hasta que veas el cielo. ¿Lo has entendido?

Kyran asintió con fervor.

—Y *Bakyran epera* a *Magdo* fuera —afirmó.

—No. Yo te encontraré en otro lugar, ¿vale? Tú céntrate en escapar.

—*Peo Madgo…*

—Margo se arreglará —aseguró ella—. Tú céntrate en correr mucho, muchísimo. Todo lo que puedas. Y no te pares hasta que llegues a un bar, un restaurante o un sitio en el que haya mucha gente. ¿Me has entendido, Kyran?

En aquella ocasión, el niño asintió con más dudas.

—¿Y *Madgo*?

—Te prometo que te encontraré. Lo prometo. Pero, ahora, tienes que marcharte.

El niño dudó un momento más, pero entonces se ajustó el antifaz de Batman y se volvió invisible. Ambos oyeron sus pasitos avanzar en la dirección correcta.

Ella suspiró con alivio. Un alivio que desapareció cuando Sawyer la agarró del brazo y lo obligó a mirarla.

—¿Te has vuelto loca? —siseó—. Estás cometiendo una estupidez.

—Bueno, tú siempre has sido un estúpido y no me oyes quejarme tanto. ¿Activamos ese panel o qué?

Caleb

—¿Dónde estás? —preguntó Doyle divertido—. Vamos, chico, dame un poco de acción, que esto es muy aburrido.

Caleb se mantuvo escondido. Sin hacer ruido, comprobó cuántas balas quedaban en el cargador. Nueve. Más que suficiente.

—¿No dices nada? —continuó Doyle—. ¿Tienes algún amiguito contigo, *Kéléb*?

El aludido echó una ojeada al escondite de Daniela. Ella había conseguido escabullirse hasta el mostrador sin hacer un solo ruido. Caleb estuvo a punto de sonreír con orgullo. Buen trabajo.

Sin necesidad de asomarse, Caleb recolocó el cargador y se centró en los pasos de las dos personas que los perseguían. Se movían muy cerca la una de la otra. Y supuso que apuntaban directamente a su columna.

Entonces, Doyle disparó al aire. El ruido de la escopeta fue atronador y una nube de polvo se instaló en el ambiente. Caleb apenas reaccionó, pero Doyle consiguió lo que quería y a Daniela se le escapó un pequeño grito ahogado.

Oh, no.

—Ahí está la otra —espetó Doyle.

En cuanto oyó que los pasos se dirigían al escondite de Daniela, Caleb respiró hondo y salió de detrás de la columna. Apuntó directamente a Doyle. Tanto él como su compañero lo esperaban. Una escopeta y una pistola contra él.

Aun así, no apretaron el gatillo inmediatamente.

—Por fin sales a saludarnos —sonrió Doyle.

—¿Tanto me has echado de menos?

Pensó en lo orgullosa que estaría Victoria de esa frase. Y Bex. E Iver.

No, no era el momento.

—Deja de hacer el idiota —replicó Doyle—. Si sueltas la pistola, a lo mejor dejamos que la humana se marche de aquí con vida.

Era mentira. No necesitó analizar su pulso para adivinarlo. Y Caleb tampoco se molestó en fingir que se lo creía. Simplemente, siguió apuntando al de la pistola, pero con la mirada sobre Doyle.

—¿Por qué no sueltas tú la escopeta? —sugirió Caleb.

Un suave sonido hizo que Caleb estuviera a punto de volverse hacia Daniela, pero fingió que no había oído nada.

—Los dos sabemos que me dispararías —replicó Doyle.

—Lo mismo te digo.

—Creo que tienes las de perder, chico. Deberías agradecer la oportunidad.

—Quédate con tu oportunidad, gracias.

Nada más decirlo, Daniela se lanzó sobre Doyle como un puma. Este reaccionó a tiempo y desapareció. Sin embargo, seguía habiendo otro guardia. El mismo sobre el que Daniela saltó como alternativa. Al instante, empezó a golpearle la cabeza con una grapadora. Lo hizo con fuerza y a toda velocidad, emitiendo sonidos de animal furioso.

Caleb se habría permitido un momento para alucinar, pero Doyle se había transportado cerca de él. En cuanto lo vio aparecer, Caleb se lanzó a un lado. El cartucho de la escopeta reventó una parte de la columna en la que se había escondido hasta ese momento. Alarmado, Caleb siguió arrastrándose hasta esconderse tras otra. Sin embargo, Doyle necesitaba un segundo para recargar. Y fue el que Caleb aprovechó para dispararle en el pecho. Dos veces.

Cayó al suelo con un gruñido y, aunque le costaba respirar, intentó recuperar la escopeta. Caleb fue mucho más rápido. Corrió hacia él y apartó el arma de una patada.

Mientras Doyle agonizaba en el suelo, volvió a centrarse en Daniela.

El hombre se retorcía, pero ella no cesó en los golpes. Seguía gritando con una mezcla de adrenalina y miedo bastante curiosa. Al menos, hasta que el guardia gritó y se retorció como un poseso. La pobre salió volando con un chillido. Aterrizó en el suelo a varios metros de distancia.

El guardia intentó recuperar su pistola. Sin embargo, al agacharse, Caleb consiguió dispararle. Acertó en el cuello.

Una vez que se hubo asegurado de que estaba tumbado, se volvió hacia Doyle. Seguía tumbado en el suelo, con una mano sobre el pecho. La sangre no dejaba de brotar. Se había quedado lívido. Aun así, miraba a Caleb como si estuviera dispuesto a seguir intentando matarlo.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Caleb—. ¿Quién tiene las de perder?

Doyle, lejos de intimidarse, empezó a reírse. Le provocó un ataque de tos y sangre, pero no pareció darse cuenta.

—¿Te crees que matarme va a cambiar algo, chico? Tenemos a todos tus amiguitos localizados. Barislav no parará hasta que os mate a todos. Mi muerte no cambiará nada. Venga, aprieta el gatillo. Hazlo.

Caleb, definitivamente, tenía el valor de hacerlo. Con lentitud, colocó un pie a cada lado de su cabeza y lo apuntó a la frente. El pulso de Doyle se había disparado, pero seguía riendo. O delirando.

—Mátame —insistió—. Y de un tiro en la frente, justo como hice con tu amiguito.

Caleb, que hasta ese momento había deseado apretar el gatillo, se paralizó de golpe. Doyle sonrió.

—Sí, claro que te acuerdas. ¿Cómo se llamaba? ¿Iver? Oh, el pobre… Tan joven… Tan lleno de vida… Y terminó muriendo en una carretera, como un animal herido. Igual que su hermana. ¿Te consuela pensar que ahora están juntos, chico?

—Cállate.

—Seguro que esperaban que los salvaras. Erais como hermanos, ¿no? Y tú te quedaste ahí plantado mientras yo le volaba el cráneo. Qué lástima. La última impresión que se llevó de este mundo fue que su amigo no hacía nada para ayudarlo. Murió como un cobarde, suplicando como…

—Iver no suplicó nada, pero te puedo asegurar que tú lo harás.

Y, finalmente, perdió la paciencia.

Caleb acabó de rodillas sobre él. Le daba igual que muriera. Solo quería golpearlo. Y así llegó el primer puñetazo. Y otro. Cada uno tenía más fuerza que el anterior. Pudo sentir que sus propios nudillos protestaban en carne viva con tan solo dos golpes, pero no le importó. Otro más. Doyle trató de moverse, pero Caleb lo sujetó por el cuello de la camiseta y lo golpeó de nuevo con su mano libre.

Dejó de contar los golpes. No podía parar. Había perdido el control de su propio cuerpo. Siguió golpeando. Y golpeando. En algún momento, le pareció oír los jadeos de Doyle, sus lloriqueos desesperados. Y, pese a que Caleb ya no sentía su propia mano, no se detuvo.

Hasta que, de pronto, sintió que Doyle le clavaba su propia pistola en el pecho. Caleb se detuvo a medio camino de darle otro puñetazo. Contempló su cara ensangrentada y amoratada. Había un brillo divertido en sus ojos.

Caleb seguía tan acelerado que, cuando escuchó el disparo, se limitó a parpadear. Lo único que le sorprendió fue no sentir la bala. Fue Doyle quien bajó el brazo y dejó caer la cabeza hacia atrás. Su mirada, carente de vida, se había perdido en el techo.

Caleb se apartó de él, sorprendido. Podía sentir la salpicadura de sangre en la cara. Sin embargo, no estaba herido. Elevó la mirada. Daniela tenía la escopeta en los brazos. La agarraba con tanta fuerza que parecía que iba quedarse pegada a ella.

—Esto es por Iver —susurró con voz temblorosa—. Y por Bex.

Mientras ella dejaba la escopeta en el suelo, Caleb no pudo evitar dibujar una sonrisa, aunque estaba estupefacto.

—Buen trabajo —murmuró.

Daniela sonrió con timidez. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Pensé que esto de matar a gente sería más traumático, pero… ¿es muy raro que no me arrepienta ni un poquito?

Caleb hizo algo que muy pocas veces hacía: soltar una carcajada. Daniela la siguió, fruto de los nervios. Y, rodeados de un vestíbulo lleno de sangre, empezaron a reírse los dos.

Al menos, hasta que se volvió a escuchar un disparo.

Caleb giró la cabeza. El matón del disparo en el cuello, casi ahogado por su propia sangre, había conseguido disparar una última vez. Caleb, por instinto, le devolvió el disparo. Consiguió darle en la frente y, por lo tanto, asegurarse de que lo había matado del todo.

—Mierda —espetó—. Daniela, ¿estás…?

En cuanto la miró, se quedó sin palabras. Dani, ahora pálida, trató de cubrirse el pecho con las manos. La mancha de sangre de la bala se había vuelto masiva en cuestión de segundos.

Dani, sin ser capaz de decir nada, elevó la vista para mirarlo. Estaba aterrada. Le suplicaba que hiciera algo, que buscara una solución. Sin embargo, sus rodillas fallaron y cayó al suelo.

Caleb corrió para sujetarla antes de que su cabeza chocara contra el suelo. Mientras le sostenía la cabeza con una mano, con la otra intentó subir la camiseta para buscar la herida. Tenía que ver dónde estaba. Asegurarse de que no era mortal. Aunque… el pecho…

Por fin localizó la herida de bala. Las costillas. Se las había fracturado. Caleb contuvo la respiración. Era imposible saber cuántas heridas tendría

por dentro, qué hacer, cómo ayudarla, cómo…

—N-no puedo… respirar…

Caleb la miró. Un hilito de sangre había escapado de la comisura de su boca. De nuevo, él se centró en la herida. Quizá, si la cubría con la mano, si intentaba…

—No te muevas —pidió—. Voy a intentar…

Dani cubrió la herida con su propia mano. Cuando Caleb volvió a centrarse en su rostro, vio que estaba negando con la cabeza. Sus labios se habían vuelto azules.

—M-me alegra haber sido yo y… Y no tú —le dijo como pudo—. Tú… Tú puedes…

Al darse cuenta de lo difícil que era seguir hablando, cerró los ojos.

—Todo estará bien —murmuró en voz muy bajita—. Todo estará…

Tras eso, su pecho descendió con su última exhalación.

Victoria

Cuando por fin consiguió llegar a la puerta de su antigua casa, Lambert volvía a ser Bigotitos. Victoria le echó una ojeada cansada e intentó abrir la puerta. Estaba cerrada. Con el ceño fruncido, intentó forzarla. No funcionaba. Y no iban a tener tanta suerte como en el portal, cuando un vecino la había reconocido y le había permitido entrar.

Victoria pronto se dio cuenta de que su casa no estaba como de costumbre. El felpudo había cambiado y, encima de la mirilla, alguien había colgado un cartelito con estrellas. Victoria tardó unos segundos en deducir que, lógicamente, su casero habría buscado a otro inquilino.

Su casa… ya no era su casa.

¿Por qué le dolió tanto? Si ya lo sabía. Y no podía volver a esa vida. Pero… le dolió mucho.

Mientras mantenía la frente pegada a la puerta, el gato maulló. Alguien acababa de salir de su casa.

—¿Victoria?

La aludida se dio la vuelta. Sin darse cuenta, se le habían llenado los ojos de lágrimas. La señora Gilbert, al verla, frunció el ceño con confusión, lástima y perplejidad. Como si acabara de ver al fantasma más triste del mundo.

—¿Qué…? —siguió la mujer—. ¿Estás… viva?

Victoria sonrió en medio de las lágrimas. Su sistema nervioso no parecía funcionar como de costumbre y le costaba mucho reprimir sus emociones. Sin pensarlo, se lanzó hacia delante y abrazó a la pobre mujer con todas sus fuerzas. Su olor era conocido. Olía a casa. A persona que la había querido.

—La he echado de menos —aseguró Victoria contra su hombro.

La mujer, que seguía pasmada, le devolvió el abrazo al cabo de unos instantes.

—Y… Y yo, querida, p-pero… ¿puedo hacerte unas cuantas preguntas?

Victoria soltó una risotada que casi hizo que se le saltaran las lágrimas. También se separó. La señora Gilbert seguía observándola fascinada.

—¿Puedo entrar? —preguntó Victoria.

—¿Eh? Oh, sí, claro. Por supuesto que… ¿Bigotitos? —replicó entonces —. ¿Tú también has vuelto, cielo? Madre mía, qué noche… Pasad, pasad. Creo que todavía tengo latas de paté premium, de las que te gustan a ti.

¡Miau, miau!

Brendan

Gracias al riesgo que Brendan asumió, consiguieron encontrar escondites más sólidos. Axel tenía la espalda apoyada en un árbol, las piernas encogidas y la pistola pegada al pecho. Era capaz de mantener la cordura en las peores situaciones posibles, pero Brendan sospechaba que todo lo que había sucedido en las últimas horas lo mantenía en una parálisis emocional perenne.

Con cuidado, Brendan se asomó desde detrás de la furgoneta que había elegido para esconderse. Quería comprobar cuántos enemigos tenían. Solo vio linternas, figuras confusas y polvo en suspensión del camino que acababan de recorrer corriendo. Más de veinte matones, seguro.

Mierda, no podía con veinte. Miró a Axel. Estaba bloqueado. Su pecho subía y bajaba a toda velocidad. Volvió a centrarse en el frente. ¿Y si Axel…? No, no podía usar su habilidad contra tanta gente a la vez. Quizá, si los separaran en grupos pequeños… No, no iban a ser tan estúpidos. Habían mandado a tantos guardias por algo. Mierda.

Brendan trató de centrarse. Huir era imposible. ¿Por dónde? ¿Hasta cuándo? La única salida era una carretera sin un puto lugar en el que esconderse.

Le entraron ganas de reírse de forma histérica. Después de tanto esfuerzo… ¿En serio iba a morir en un puto desguace al lado de casa de sus padres?

Qué absurdo todo.

Por un motivo que ni él mismo conocía, rebuscó en su bolsillo. Se había hecho con uno de los fragmentos de la piedra oscura de Caleb. Lo sostuvo en la palma. No funcionaba. Si tan solo supiera cómo transportarse con esa mierda…

Pese a no saber usarla, sintió que vibraba bajo sus dedos. Que seguía activa, de alguna forma.

Curioso, se la acercó a los labios.

Caleb

Debería levantarse. Debería marcharse.

No se veía capaz de moverse.

El cuerpo de Daniela seguía extendido a su lado, todavía con una mano en el pecho y los ojos cerrados. Caleb se había quedado sentado en medio del vestíbulo, solo, con el olor a sangre llenándole los sentidos. Con los nudillos en carne viva. Con las rodillas dobladas y la cara escondida entre los brazos.

No quería seguir. Eran demasiadas cosas. Eran demasiadas muertes. Quería quedarse ahí, en ese rincón, para siempre. Que nadie más le hablara. Que nadie más quisiera saber nada de él.

Entonces, notó que su bolsillo emitía una extraña luz roja.

Caleb, agotado, sacó un pequeño fragmento de la piedra negra. ¿De qué le servía que volviera a transportarlo? ¿De qué servía…?

—¿Hola?

Durante un instante, se quedó en blanco.

—¿Brendan? —murmuró totalmente perdido.

Brendan

La voz de su hermano, por una vez, le hizo esbozar una sonrisa entusiasta. Se pegó todavía más la piedra a la boca para no hacer ruido.

—Júrame que eres tú —murmuró sin ocultar su alegría.

Caleb

Caleb esbozó una sombra de sonrisa, totalmente apagada por su cansancio.

—Lo juro —murmuró.

—Joder, no sabía qué os había pasado. Menos mal que…

—Daniela ha muerto.

Durante unos instantes, Brendan no dijo nada. Caleb dejó que el silencio lo envolviera. Sin darse cuenta, los ojos se le habían llenado de lágrimas. Intentó volverse hacia el cuerpo de la pobre Daniela, pero no fue capaz de pasar de sus piernas. Con las manos temblorosas, volvió a girarse hacia delante.

—Lo siento —dijo Brendan—. ¿Estabais solos?

—Sí. Ha… Ha matado a Doyle. —Caleb sonrió de una forma muy extraña, entre las lágrimas—. Deberías haber visto lo orgullosa que estaba, Brendan. Estaba… Ella…

Hizo una pausa. De pronto, le costaba respirar. Le costaba pensar. Pegó la frente a su brazo. No quería hacer nada. No quería moverse.

—Caleb —le dijo su hermano, sin embargo—, escúchame: no es culpa tuya.

—Está muerta. Como Bex, como Iver… Todo el mundo está muerto. No tiene sentido… Nada tiene sentido…

—Escúchame —repitió Brendan—: sé que ahora mismo te sientes incapaz de hacer nada, pero tienes que salir de ahí.

—¿Para qué? —Caleb odió sentirse tan débil, tan vulnerable—. ¿Qué voy a hacer?

—Ir a buscar a Victoria y a Kyran, para empezar.

La mención de esos dos nombres hizo que Caleb parpadeara en medio de las lágrimas. Por un momento, se le había olvidado todo lo que se encontraba fuera de esa sala. Cualquier cosa que no tuviera nada que ver con lo que había sucedido en el vestíbulo.

—¿Están…?

—Están vivos —aseguró Brendan—. Puedo sentir el lazo de Victoria. Lleva un rato comunicándose conmigo. Está en su antigua casa.

Caleb, de nuevo, asintió a la nada, al vacío gris de la sala. La voz de Brendan hacía eco a su alrededor, como una profecía.

—¿Y Kyran?

—Kyran está bien, estoy seguro.

—¿Y los demás…? ¿Y tú?

Ante aquello, Brendan no respondió tan deprisa.

Brendan

Las voces cada vez estaban más cerca. Axel se había pegado la culata de la pistola en la frente y murmuraba para sí mismo, como si estuviera rezando. Brendan, mientras tanto, echó la cabeza hacia atrás y respiró hondo.

—Yo me las arreglaré —aseguró.

Caleb tardó unos segundos muy valiosos en responder. Brendan empezaba a ver la luz de las linternas cerca de su furgoneta.

—¿Dónde estás? —preguntó Caleb de pronto.

No, no iba a ir a ayudarlo. No solo llegaría tarde, sino que se pondría en peligro. Y moriría, seguramente, dada la cantidad de gente que los perseguía.

Brendan se acercó la piedra a la boca, pero terminó alejándola porque era incapaz de encontrar las palabras. De pronto, notaba un nudo en la garganta.

—¿Brendan? —insistió Caleb, que sonaba mucho más espabilado que antes—. Dime dónde estás.

Su hermano mantuvo un brazo sobre la rodilla y la cabeza echada hacia atrás. Tras cerrar los ojos, se acercó la piedra otra vez.

—Tengo una noticia que darte —murmuró con sorprendente humor—. Es una buena y mala a la vez, así que tómatela como quieras. La mala noticia es que no saldré de esta. La buena es que no tendrás que volver a aguantarme.

De nuevo, su hermano se mantuvo en silencio. Qué curioso que al cerrar los ojos pudiera visualizarlo a la perfección.

—¿Dónde estás? —repitió Caleb con voz temblorosa.

—Está bien, hermanito… Busca a los demás. Si están como nosotros, van a necesitar ayuda.

De pronto, le vinieron muchas imágenes a la mente. Recuerdos distantes de esa granja que acababan de abandonar, los ojos oscuros de Caleb, la voz de Ania, la sonrisa de Axel, los consejos de Sawyer… Al pensar en este último, estuvo a punto de estallar en carcajadas. Qué absurdo le parecía todo, de repente. Todos los años que se había pasado enfadado, buscando venganza, intentando poner al grupo en su contra. Si tan solo hubiera aprovechado esos años… Si hubiera vivido…

Joder, qué mierda era morirse sin sentir que había vivido.

Podía oír la respiración agitada de Caleb a través de la piedra. Aquello le sacó una sonrisa.

—¿Quién te lo habría dicho? —murmuró Brendan con diversión—. Al final, llorarás por mí. Qué bonito.

—Cállate. Dime dónde…

—Hazme un favor, Caleb. Si sales de esta, intenta vivir una vida normal. Olvídate de venganzas estúpidas, olvídate de todo. Empieza de cero.

De nuevo, su hermano se quedó en silencio.

Brendan apretó la piedra en un puño. Cerró los ojos. El nudo de su garganta cada vez era más fuerte.

—Siento no haber estado para ti cuando me necesitabas —murmuró.

—No te despidas. No te…

—Ojalá hubiera tomado otras decisiones —siguió sin querer oír a su hermano—. Pero, oye… Todo pasa por algo. Si tienes nietecitos, háblales de mí, ¿eh? Y no seas cabrón, cuenta solo lo bueno.

—Brendan, escúchame, no te muevas. Voy a ir a…

—Me temo que mi nuevo grupo de amigos me reclama, así que voy a tener que dejarte. Pero no te preocupes, mala hierba nunca muere. Y, si solo muere quien es olvidado, oye… Puedo ser muchas cosas, pero olvidable no es ninguna de ellas. Así que no me olvides, ¿vale, Caleb?

—¡¡¡Brendan!!!

—Buena suerte, hermanito.

Brendan lanzó la piedra lo más lejos que pudo. Si los pillaban, no iba a ser por su culpa.

Una vez a solas, sonrió con su burla habitual y se preparó para atacar.

Victoria

La señora Gilbert dejó su tacita de té en el plato y se tomó un momento para reflexionar sobre todo lo que acababa de oír. Victoria le había contado toda la historia con pelos y señales. Incluso el gato las escuchaba con interés.

—Madre mía… —murmuró la mujer—. Es… mucho que digerir.

—Sé que suena a locura.

—No. Tu novio ya me contó alguna cosa durante el tiempo que vino por aquí —murmuró ella—. Lo que no sabía era… que tú también fueras como él.

Victoria ya no estaba muy segura de cómo se sentía, si humana o mestiza. O ninguna de las dos. Echó una ojeada a Bigotitos, que se zampaba su paté como si no hubiera comido nada en años, y luego desvió la mirada hacia las fotografías de la nevera. Una de ellas le llamó la atención. Una jovencísima señora Gilbert posaba con una chica de una edad similar a la suya. Y la chica le resultó familiar.

—¿Quién es ella? —preguntó con curiosidad.

La mujer pareció confusa.

—¿Quién?

—La de la foto.

—Oh… Es Sara, una amiga de la infancia. Tuve que esconder la foto. Si mis padres la hubieran visto, probablemente me habrían echado de su casa al instante.

Sí… La postura era curiosa. Parecía más de pareja que de amigas. Victoria ladeó la cabeza con curiosidad.

—¿Sara? —repitió.

—Sara, sí. A veces me pregunto qué habrá sido de ella. Si seguirá viva, si se habrá casado… Espero que sea feliz. Supongo que nunca lo sabré.

Victoria se había acercado a la nevera. La imagen de Sara, por algún motivo, seguía llamándole la atención.

—Yo podría ayudarla —murmuró—. Podríamos visitar su recuerdo. Y podría volver a verla.

Para su sorpresa, la señora Gilbert desechó la idea con un gesto.

—Oh, no… Gracias, querida, pero hay cosas que es mejor dejar enterradas. Si volviera a verla, experimentaría el dolor de perderla otra vez. Y no creo que pueda volver a soportarlo.

Victoria asintió. De forma inconsciente, acarició la imagen con la punta de los dedos.

—A veces —murmuró la mujer—, pienso en ella. Y sueño con ella. Sé que es raro, pero… Es como si apareciera en mis sueños. Y, oh, ahí nada ha cambiado. Ojalá pudiera quedarme a vivir en el pasado, ¿eh? Qué bonita sería la vida… Pero Sara siempre fue una chica especial. Dudo que se hubiera conformado conmigo. Siempre hablaba de habilidades, de futuro, de pasado, de un búnker… Era un poco extraña, como vosotros.

Todo lo demás habría sido fácil de pasar por alto, pero Victoria se volvió con perplejidad.

—¿Cómo dice?

La señora Gilbert, que le había dado otro sorbito a su té sin muchas preocupaciones, la miró sin comprender.

—¿Qué?

—¿Hablaba de habilidades? ¿Qué habilidades?

—Pues… no estoy muy segura, Victoria, han pasado muchos años. Además, no me la tomaba en serio.

—Haga un esfuerzo, por favor —le suplicó—. ¿De qué habilidades hablaba?

La señora Gilbert trató de recordarlo mientras removía su té con la cucharita, pensativa. Pareció que había pasado una eternidad cuando por fin entrecerró los ojos.

—Trabajábamos las dos juntas en un bar, ¿sabes? Nos escondíamos para leer. Qué tiempos aquellos… Cada semana, escribíamos una frase y la pegábamos en el mostrador. Ella fue la última que lo hizo. Era una frase de Charles Dickens. Recuerdo ese día. El último día en que la vi. Estaba muy nerviosa, mucho más que de costumbre. Hablaba del pasado, de su hermana… También de una chica que saltaba en el tiempo. Y de un búnker. Estaba obsesionada con ese tema.

»Ese día, me dijo que tenía que marcharse de la ciudad. Que no podía irme con ella porque era peligroso. Me pidió que la esperara. Sesenta años más tarde…, la sigo esperando. Supongo que es un poco absurdo. Y que son delirios de una vieja solitaria, ya lo sé…, pero nunca he perdido la esperanza. Si me dijo que volvería, sé que lo hará.

Esa última frase llegó acompañada de una pequeña sonrisa nostálgica. Victoria seguía observándola con los labios entreabiertos. La señora Gilbert pareció un poco extrañada.

—¿Estás bien, Victoria?

La aludida sonrió de forma totalmente absurda.

—Oh, señora Gilbert… Sé de quién me habla.

Aquello hizo que dejara de remover el té.

—¿D-disculpa…?

—Sera —murmuró Victoria, sin poder creérselo—. Es Sera. Es… Es una mujer que…

No, no podía pensar. Mientras la mujer la miraba con perplejidad, Victoria se llevó las manos a la cabeza.

—¿Mencionó un búnker? —repitió totalmente ida—. ¿Eso dijo?

—N-no sé… No…

—Tenemos que ir al búnker. —Victoria se incorporó—. ¡Lambert!

—¿Lambert? —repitió la señora Gilbert, que no entendía nada.

Pero Lambert ya no se encontraba junto a su platito. De hecho, estaba junto a la puerta y se había quedado muy quieto. Victoria avanzó hacia él, asustada, pero su alivio fue inmenso cuando vio que Caleb estaba subiendo las escaleras del rellano.

—Caleb —suspiró aliviada—. Oh, Caleb, estás bien. Menos mal. Menos mal.

Corrió hacia él encantada y se lanzó a abrazarlo. Lo que más le sorprendió fue que él no le devolviera el abrazo. Victoria se separó un poco, todavía sujeta a sus hombros. Caleb tenía los ojos oscuros; estaban nublados por el agotamiento.

De alguna forma, ella lo supo. Habían perdido a alguien más.

—¿Quién? —preguntó con un hilo de voz.

Caleb no fue capaz de mirarla a la cara.

—Daniela.

Brendan

Tan solo necesitó intercambiar una mirada con Axel. Salieron de su escondite a la vez.

Cuando los ojos de Axel se volvieron oscuros, los tres primeros guardias de la fila se quedaron quietos por un momento. Brendan saltó sobre uno de ellos como un animal. Consiguió tumbarlo y rodar por el suelo. Y, de alguna

forma, se hizo con su escopeta. Uno de los demás se había vuelto alarmado. Brendan apretó el gatillo.

Antes de que sus compañeros pudieran reaccionar, Brendan volvió a apretarlo contra uno de los hipnotizados. Cayó redondo al suelo. Soltó la escopeta, ahora inútil. Solo quedaba uno en pie. Se acercó a él por detrás, le quitó la pistola y le cogió la cabeza con ambas manos. Le partió el cuello de un crujido.

El aluvión de disparos le indicó que ya no iban a tener tanta suerte. Axel había avanzado junto a él, pero le tocó esconderse tras un coche que se encontraba a unos metros de distancia. Brendan tuvo que correr tan rápido como pudo.

¿Cómo de mala idea era esconderse tras un tanque de gasolina?

Bueno, no tenía muchas alternativas.

Sin embargo, cuando estaba a punto de alcanzarlo, uno de los guardias saltó sobre él.

Victoria

Con los ojos llenos de lágrimas, Victoria tuvo que sostenerse en la pared para no caer. Pero su dolor no era solo por el duelo. Enseguida se dio cuenta de que había algo más.

—¿Victoria? —preguntó Caleb, preocupado.

Ella se llevó una mano al pecho, confusa, y sintió que su corazón empezaba a ralentizarse. ¿Era el vínculo?

Brendan

Tras un breve forcejeo, Brendan cayó al suelo de espaldas. El guardia gruñía como un animal salvaje e intentaba arañarle la cara. Intentó apuntarlo con la pistola, pero él se resistía. Brendan trató de darle una patada en el estómago y el hombre le respondió con un codazo que le giró la cabeza en un doloroso ángulo.

Victoria

Giró la cabeza de golpe. Oh, dolía. Dolía muchísimo.

—¿Qué sucede? —preguntó la señora Gilbert muy asustada.

—¡No lo sé! —gritó Lambert—. ¡Vic, reacciona!

Victoria, sin embargo, apenas podía ver nada.

Brendan

De pronto, el hombre se detuvo, tenía los ojos oscuros. Oh, bendito Axel. Brendan aprovechó para apuntarlo a la cabeza y apretar el gatillo. Sabía que el sonido iba a desvelar su escondite, pero no le quedaba más remedio. Disparó dos veces. Una de las balas se perdió en la noche.

Los gritos se reanudaron. Brendan salió corriendo hacia el siguiente coche. Por el rabillo del ojo, vio que Axel tenía paralizados a otros dos guardias mientras, como podía, intentaba disparar a un tercero.

Quizá, si no se hubiera fijado en eso, Brendan habría visto a los dos guardias que se encontraban en su camino. Pero no los vio, así que recibió el disparo en el hombro.

Victoria

El alarido de dolor se escapó de su garganta. Le quemó el cuerpo entero. Y Victoria, alarmada, cayó de espaldas al suelo. Se llevó una mano al hombro sin pensarlo. Dolía muchísimo. Ardía. Con la respiración agitada, se quedó mirando el techo de forma ausente. La mano de la señora Gilbert le acariciaba la cabeza en un intento de consolarla. Lambert y Caleb la miraban sin saber qué hacer.

Brendan

El golpe contra el suelo fue tremendo. Durante un instante, Brendan solo fue capaz de contemplar el cielo. El cielo oscuro. Después, se retorció por el dolor. Más allá, oyó que Axel gritaba alguna tontería. Le hizo gracia no ser capaz de saber cuál era.

Los dos hombres habían llegado a su altura. Brendan les dedicó una sonrisa desafiante.

—Idiota —murmuró uno de ellos.

En cuanto levantó la pistola para dispararle, Brendan le asestó una patada en la pierna. No consiguió lanzarlo al suelo, pero sí que consiguió

desequilibrarlo. El otro sacó su pistola, alarmado, pero Brendan fue mucho más rápido. Le dio en el cuello.

Mientras el de la herida de bala se retorcía en el suelo, Brendan se levantó como pudo y buscó a Axel con la mirada. Le sorprendió ver que corría hacia él desesperado. Sin quererlo, contuvo la respiración.

—¡No, Axel…!

No terminó la frase. El hombre que había desequilibrado disparó contra su amigo. Su pecho se coronó con un perfecto agujero de bala.

Durante un instante, Axel se sostuvo el pecho con ambas manos. Aunque Brendan quiso decirle algo, él mismo recibió un nuevo disparo en la pierna que lo mandó al suelo.

Victoria

Su espalda se contrajo de forma involuntaria cuando sintió que su corazón, maltrecho y dolorido, dejaba de latir. Intentó moverse, pero fue incapaz. Lo único que pudo hacer fue girar la cabeza hacia un lado y quedarse mirando la nada.

Brendan

Tosió contra el suelo. Sus manos se aferraban a la tierra. Ese disparo había sido peor que el anterior. Podía sentir el latir de su corazón en cada herida. Podía sentir cada onza de dolor. Aun así, su mirada buscó la de Axel.

Su amigo estaba tumbado de lado en el suelo. Se sostenía el pecho como podía. Su mirada lo encontró. Le salía sangre de la boca. Y tosía. Era incapaz de moverse.

Brendan quiso decir muchas cosas. No le salió ninguna. Él mismo se sentía incapaz de hablar. Extendió una mano hacia su amigo, se aferró a la hierba del suelo y trató de arrastrarse hacia él. Cada centímetro que se movió, dolió.

Sacando fuerzas de donde no las tenía, Axel intentó levantar la mano de la pistola. Apenas era capaz de sostenerla.

Un guardia apareció de la nada. Le dio una patada a la pistola y la mandó demasiado lejos de ellos. Pese a que se quedó de pie al lado de Axel y lo apuntó a la cabeza, su amigo mantuvo la mirada en la de Brendan.

El disparo resonó en la noche. Brendan mantuvo sus ojos clavados en la escena. Por un momento, fue incapaz de respirar. Soltó la hierba, incapaz de seguir arrastrándose. Era incapaz de apartar la mirada. Era incapaz de hacer nada.

Entonces, alguien tiró de su brazo con fuerza. Era el guardia que le había disparado en la pierna. No lo obligó a ponerse de pie, pero lo tumbó boca arriba. Brendan contempló el cielo unos instantes. La pérdida de sangre hizo que le resultara complicado enfocar ningún objetivo. Aun así, vio a los tres guardias que se cernían sobre él.

Tres. Solo tres.

De pronto, empezó a reírse de forma absurda. Podía notar que su cuerpo se quejaba cada vez que se sacudía, pero era incapaz de contenerse. La sangre brotó entre sus dientes. Sus piernas se encogieron por el dolor. Aun así, siguió riéndose.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —preguntó uno de los guardias, irritado.

—Solo… quedáis tres —dijo como pudo, entre risas llenas de sangre—. Dos c-contra veinte… y solo quedáis… tres.

Los tres fruncieron el ceño, pero Brendan siguió riéndose. Lo hizo mientras se volvía hacia el cielo. Una lágrima de dolor le resbaló por la comisura de la boca sin que pudiera evitarlo.

Uno de los guardias entró en su campo visual. El mismo que había matado a Axel. Brendan siguió riéndose, pero le devolvió la mirada.

Sin embargo, nunca llegó a dispararle. Brendan bajó la mirada hacia el tanque de gasolina. El mismo que había disparado unos minutos atrás. El charco de gasolina se había acumulado bajo la estructura.

Último intento, ¿no?

Brendan sujetó mejor su pistola, apuntó y apretó el gatillo. Los tres guardias, automáticamente, empezaron a correr. Sin embargo, cuando empezó a oler a quemado, Brendan echó la cabeza hacia atrás. Aliviado, cerró los ojos.

Victoria

Victoria ladeó la cabeza. El dolor era insoportable. Olía a pólvora. A explosión. Se retorció. Su boca sabía a sangre. Se sentía fría. Se sentía…

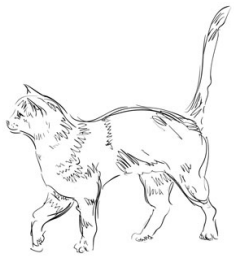
De pronto, con la cabeza ladeada en el suelo, abrió los ojos. En medio de la penumbra y el confuso murmullo de distintas voces lejanas, alcanzó a ver a Brendan estirado a su lado. Estaba tumbado exactamente igual que ella, con la cabeza a un lado y los ojos a punto de cerrársele.

Victoria extendió una mano hacia él de forma casi inconsciente y, de alguna manera, consiguió rozar sus dedos. Brendan esbozó una pequeña

sonrisa satisfecha y terminó de cerrar los ojos.

Casi al instante en que Victoria se incorporó de golpe y empezó a respirar con dificultad, pudo sentir que el lazo se había roto. Y que Brendan se había ido para siempre.

38



Victoria

Con una mano en el corazón, el cuerpo cubierto en sudor frío y la respiración agitada, Victoria miró a su alrededor. Lo primero que vio fue a la señora Gilbert, sujetándola para que no se cayera. Parecía muy preocupada.

—Respira hondo, querida —le decía con voz calmada—. Sea lo que sea, ya está. Estás a salvo.

Pero Victoria no se sentía a salvo. De hecho, no sentía nada. Era como si alguien, de pronto, le hubiera arrancado algo de sí misma. Algo que jamás recuperaría. Incluso con el vínculo ya roto, sentía un dolor de cabeza punzante y difícil de soportar.

Inconscientemente, observó el lugar en el que Brendan había desaparecido. Ya no estaba. Tan solo se encontró a Caleb, que la observaba con los ojos muy abiertos.

—Lo siento —murmuró ella.

De alguna forma, él la entendió. Lentamente, se dejó caer hasta quedarse sentado en el suelo.

Margo

—¿Nunca has tenido la sensación de que va a pasar algo muy muy malo… y, aun así, has seguido avanzando?

Sawyer encaminaba la marcha. Tiraba de su extremo de las esposas sin mucho cuidado, igual que Margo.

Al oírla, le lanzó una mirada por encima del hombro.

—¿Ya te has arrepentido de elegirme, pelirroja? Me rompes el corazón.

Tras eso, siguieron avanzando por los pasillos en busca de la puerta de seguridad. Hasta el momento, la suerte había estado de su lado. No se habían cruzado con nadie.

Quizá lo pensó muy deprisa.

De pronto, Sawyer fue a doblar una esquina y retrocedió de golpe. De alguna forma, ella terminó aprisionada entre la pared y la espalda de Sawyer. Cautelosa, intentó asomarse por encima de su hombro.

Sawyer todavía la aprisionaba con un brazo, como si fuera tan estúpida como para salir corriendo. Con la otra mano, seguía sosteniendo la pistola. Tres guardias patrullaban la escalera. Uno estaba comiéndose una manzana. Los otros dos hablaban entre sí. No parecían muy preocupados.

Margo intentó asomarse, pero Sawyer la apretó contra la pared con su espalda.

—Me vas a aplastar —protestó ella.

—Calla.

Idiota.

Los ojos azules de su acompañante se movían a toda velocidad entre los guardias, el pasillo y cada elemento que los rodeaba. Cualquiera diría que estaba recreando cada potencial escenario dentro de su cabeza para ver cuál les daba más posibilidades de ganar la pelea. A lo *Matrix*.

Al cabo de casi cinco minutos enteros, por fin se giró para mirarla. La repasó de arriba abajo, pensativo.

—¿Alguna idea? —susurró Margo—. Si mi opinión cuenta, prefiero esperar a que se vayan.

—No. Iremos a por el ataque directo.

De pronto, Sawyer se agachó y la sostuvo del tobillo. Con sorprendente suavidad, le colocó una zapatilla contra la pared. Luego, presionó su rodilla para asegurarse de que estaba firme. Margo lo observaba con una ceja enarcada.

—¿Esa es tu excusa para meterme mano?, ¿en serio?

Pese a la tensión, él se incorporó y esbozó media sonrisa.

—No te muevas, pelirroja.

—Como ordene el señorito de quinientos años.

Quizá debería haberle preguntado un poco más por el plan, porque, de pronto, asomó la cabeza por el pasillo y silbó con fuerza. Los tres guardias se volvieron al instante.

—Em… —murmuró Margo—, ¿estás seguro de que…?

No pudo terminar la pregunta. El primer hombre llegó tan rápido que ella no pudo ni reaccionar. Sawyer le lanzó un codazo en la garganta con todas sus fuerzas. La sorpresa le hizo retroceder, tosió y soltó la pistola, y el otro guardia se distrajo un momento al verlo. Sawyer aprovechó aquel breve instante para agarrar de la nuca al segundo y bajarlo con fuerza. Su cara chocó directamente con la firme rodilla de Margo, que dio un respingo

cuando escuchó el chasquido. Ni siquiera vio que Sawyer clavaba la pistola al otro bajo la mandíbula y apretaba el gatillo.

El tercer guardia, que estaba a una distancia más prudente, se detuvo de golpe al ver el espectáculo y optó por apuntarlos con la pistola. Sawyer sacó la suya y se escondió tras la pared.

—¡Salid con las manos en alto! —escucharon gritar al último guardia. Le temblaba la voz.

Margo, que todavía miraba a los dos guardias caídos, no reaccionó hasta que vio que Sawyer comprobaba cuántas balas les quedaban. Solo dos. No pareció muy intimidado por la idea. De hecho, se limitó a volver a colocar el cargador.

—Qué pálida estás, pelirroja —comentó, acompañado de los gritos del último guardia—. Cualquiera diría que has visto un muerto.

—¡Acabas de hundirle la nariz a un señor contra mi rodilla!

—Bueno, quería matarnos y ahora está muerto, así que de nada.

—Vete a la mier…

Los gritos del guardia cesaron de golpe. Confusos, Sawyer y Margo intercambiaron una mirada. El silencio vino acompañado del sonido característico de un cuerpo chocando contra el suelo.

Margo enarcó una ceja.

—¿Tienes una habilidad secreta para matar a distancia y no me lo has dicho?

—Ya me gustaría, pero no.

En cuanto se asomaron, comprobaron que el guardia estaba tirado en el suelo. Junto a él, un hombrecito delgado y con aspecto un poco raro jugueteaba con una barra de hierro oxidado.

Margo no entendió nada, pero Sawyer echó la cabeza hacia atrás. No con miedo, lo cual era un consuelo, sino con confusión.

—¿Agner? —preguntó—. ¿Se puede saber qué haces aquí?

Agner debía de rozar los cuarenta años, pero se puso a dar saltitos como un niño pequeño y entusiasmado.

—¡Amigo! —exclamó—. ¡Agner ayuda a su amigo!

—Yo no soy tu amigo.

—Curiosa forma de dar las gracias —murmuró Margo.

En cuanto ella habló, Agner ahogó un grito y se llevó una mano al corazón. La barra de hierro oscilaba peligrosamente junto a su cabeza.

—¡La humana! —chilló como si fuera a darle un infarto—. Sí, sí, sí… ¡Las cosas van bien!

Sin añadir ninguna explicación, atravesó la puerta roja y correteó escaleras abajo.

Margo le echó una ojeada inquisitiva a Sawyer, que carraspeó.

—Es… un mestizo. Se le ha ido un poco la cabeza.

—Seguro que por tu culpa.

—Es bastante probable, pero… deberíamos seguirlo.

Margo no se quejó cuando, como había hecho antes, la cogió de la muñeca y empezó a tirar de ella para seguir andando. Pasaron junto al guardia caído sin mirarlo y se encontraron la barra de hierro tirada por las escaleras.

Mientras descendían, Margo no dejaba de echar miraditas por encima del hombro. No quería que los siguieran.

—¿Cómo ha abierto la puerta? —preguntó—. Nosotros tenemos las llaves, ¿no?

Sawyer suspiró.

—Hace mucho tiempo que no me cuestiono nada de lo que hace Agner.

—Y… ¿cuál es su habilidad?

—Manipular recuerdos.

—Eso explica muchas cosas.

—Cosas de las que no hace falta que hablemos ahora.

—Me mandas callar, me revientas a un señor contra la rodilla y me cortas la parte interesante de la conversación… Qué primera cita tan romántica.

Sawyer sacudió la cabeza, divertido.

Las escaleras los condujeron a un pasillo oscuro y lleno de placas de tecnología. Margo contempló las lucecitas de colores sin entender nada. Agner los esperaba al fondo. La sala final era redonda y contaba con pantallas, cámaras y tecnología de todo tipo.

Sawyer dejó que ella pasara en primer lugar y cerró con llave la última puerta a sus espaldas.

El panel de medialuna que se extendía ante ellos estaba repleto de botones y colores de todo tipo. Margo contempló las cámaras. Había algunos guardias desplegados a lo largo del búnker, pero la seguridad era sorprendentemente pequeña. Quizá Barislav era tan engreído que se creía que no la necesitaba.

Lo que más le preocupó fue a quien no encontró.

—Espero que Kyran siga invisible —murmuró ella— y por eso no podamos verlo.

Agner había empezado a toquetear el panel, pero Sawyer lo apartó de un manotazo —dulzura pura— y pulsó uno de los botones.

La sala de la trampilla apareció ante ellos en la pantalla gigante. Permanecía cerrada y los dos guardias parecían tranquilos. Si Kyran estaba con ellos, lo estaba haciendo de maravilla.

—Hora de empezar el plan —murmuró Sawyer—. Cuando lo active, habrá que correr.

Eso último lo dijo mirando muy específicamente a Margo, que frunció el ceño.

—¿Te crees que no sé correr rápido?

—Te he visto correr, *sé* que no lo haces rápido.

—Dame la motivación adecuada y seré incluso más rápida que tú, idiota.

—Pronto lo comprobaremos.

Sin esperar un solo segundo más, pulsó uno de los botones negros. La sala entera se quedó sin luz. Y Margo, muy a su pesar, se aferró a su brazo como un koala. Le pareció oír una risa burlona.

Entonces, todo volvió a iluminarse, solo que con una luz roja. Margo vio que los guardias, en la pantalla, miraban a su alrededor, confusos. Entonces, la trampilla se abrió sin que nadie la tocara. Los guardias se volvieron, totalmente perdidos, pero no fueron tan rápidos como para ver que la trampilla se cerraba de nuevo.

—La panterita lo ha hecho bien —observó Agner alegremente.

Sawyer no estaba tan satisfecho. De hecho, contempló el panel con una expresión un poco extraña.

—¿Qué? —preguntó Margo—. ¿No deberíamos empezar a correr?

Sawyer no respondió. Al menos, no durante los primeros diez segundos.

—Algo va mal —dijo finalmente.

—¿Por qué? ¡Mira las luces rojas!

Pero él siguió negando con la cabeza.

—El crío no ha salido por el otro lado.

¿Qué? Margo observó la pantalla. No se veía nada. Y, aunque Kyran fuera invisible, para salir tendría que abrir la puerta.

—¿Dónde está? —preguntó, más para sí misma que para él.

—Y no hay cuenta atrás. El botón de evacuación funcionaba, pero… —Sawyer volvió a darle, como si quisiera demostrarlo—. No funciona. No lo entiendo.

Margo nunca lo había visto confuso y empezó a asustarse. Seguía pegada a su brazo.

—Deberíamos salir corriendo —insistió—. Solo por si acaso. Podríamos encontrar a Kyran y…

—¡No podemos salir! —espetó Sawyer de pronto—. El sistema de seguridad no se ha desactivado.

Agner se acercó a la puerta y, por mucho que lo intentó, tal y como había dicho Sawyer, no pudo abrirla. Ni siquiera con las llaves.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Margo, que cada vez estaba más mareada—. ¿Qué hay de Kyran? ¡Dijiste que…!

—El crío está bien —aseguró Sawyer, mirándola fijamente—. Por lo que sabemos, sigue en el túnel. Está a salvo.

»Alguien ha cambiado el sistema de seguridad. Se han sellado todas las puertas. Esto podría explotar en cualquier momento…, o no. No tengo ni la menor idea. Y tanto nosotros como los guardias estamos encerrados aquí dentro.

Hizo una pausa y se pasó una mano por el pelo. Su rostro se había torcido en una mueca de rabia.

—Sabía que llegaríamos aquí —espetó—. Por eso había tan pocos guardias.

Margo lo observó, preocupada.

—Oye…

—¿Cómo he podido ser tan idiota? ¿Cómo no he…?

—¡Oye!

En aquella ocasión, consiguió que la mirara. Margo había levantado un dedo y se lo meneaba delante de la cara.

—No es momento para autocompadecerse, hay que pensar en una forma de salir de aquí. Cuando estemos a salvo, ya te darás todos los cabezazos

contra la pared que quieras.

Sawyer suspiró. No pareció que fuera a hacerle mucho caso. Mierda. Desesperada, Margo paseó la mirada por toda la sala. Y no se detuvo hasta…

—¿Esto es un teléfono? —preguntó Margo esperanzada.

Era viejo, de los que estaban anclados en la pared y tenían una ruedecita para marcar los números. Le pareció absurdo pensar que a sus padres le encantaría tener un teléfono así.

—Sí —murmuró Sawyer—, pero no veo de qué nos va a servir.

—¡Podemos llamar a alguien para que saque a Kyran del túnel! Y luego ya veremos si pueden hacer algo por nosotros.

Tiró de las esposas con fuerza y a Sawyer no le quedó otra que seguirla. Sin embargo, cuando fue a marcar un número, Margo se detuvo con una mueca.

—Pero ¿qué puñetas es esto?

Sawyer, durante un instante, se olvidó del drama para sonreír.

—Los números están escritos en ruso.

—¡¿Qué clase de ser maligno escribe los números de un teléfono en lugar de dibujarlos?!

—Es más seguro así. Tú no sabrías usarlo, ¿no?

En eso tenía razón.

Mientras Agner seguía farfullando por un rincón de la habitación, Sawyer se acercó al teléfono y la miró.

—¿Y bien? ¿A quién llamamos? ¿Al genio de *Aladdín*? ¿A tu abuela? ¿A mi abuelo?

Margo lo consideró unos instantes. Entonces, empezó a dictar números. En cuanto terminó, Sawyer pulsó un botón y la línea se oyó por toda la habitación.

—¿A quién estamos llamando? —preguntó.

—A Ian.

—¿Me utilizas para llamar a otro hombre? Muy bonito de tu parte.

—Silencio.

—Como ordenes.

Margo le lanzó una mirada de advertencia, pero él se limitó a sonreír.

Curiosamente, se había aprendido el número de Ian a fuerza de llamarlo por Victoria. Cuando su amiga se desesperaba por no poder encontrarlo, cuando sospechaba que podía hacer algo peligroso… Margo era la clase de persona con la que intentaba encontrarlo.

Nunca creyó que saberse el número de Ian fuera a ser útil.

El primer pitido murió sin respuesta. Empezó el segundo.

Oh, no… Que contestara, por favor. Solo les faltaba que estuviera tirado en la calle, borracho perdido e incapaz de atender la llamada.

—¿Tienes un plan alternativo? —preguntó Sawyer—. Solo por si tu otro novio decide ignorarnos.

—No, así que más le vale contestar. Y no es mi otro novio.

—Vale.

—De hecho, no es mi otro nada porque no tengo novio.

—Lo que tú digas.

Margo estuvo a punto de replicar, pero entonces la habitación entera se quedó en silencio. El cuarto pitido se había cortado a la mitad.

Tras un suspiro, alguien se puso al teléfono.

—¿Qué?

La voz de Ian resonó en todo el panel. Oh, qué voz tan bonita. Qué voz tan maravillosa.

—¡Ian! —Margo casi dio saltos de alegría, como Agner—. ¡Cómo me alegro de oírte!

Sawyer enarcó una ceja. Ian sonó extrañado.

—¿Margo?

—Sí, exacto. Necesito que…

—Joder, y yo pensando que estabas muerta. Me alegra que no sea así.

—Eh…, gracias. Escucha, necesito que…

—Oye, ¿no tendrás unas moneditas para mí? Es una urgencia. Si quieres, voy a por ellas.

—No, Ian, escucha…

—Solo unas poquitas, vamos, sabes que te lo devolv…

De pronto, Sawyer se acercó al auricular.

—¿Puedes cerrar la boca durante dos segundos seguidos para que te diga lo que tenga que decirte?

Ian se calló enseguida.

—¿Q-quién…?

—Escucha —lo cortó Margo, más agradecida de lo que jamás admitiría —, necesito hablar con tu hermana. Es urgente. ¿Sabes dónde está?

—Ni lo sé ni me importa. ¿Eso es todo?

—Escucha, Ian, es urgente. *Muy* urgente. Tienes que ir a…

—Que sí, que sí… ¿Y dónde está?

—¡Prueba en su casa, en la mía…! ¡Vamos, por favor!

—Vale, vale… ¿Y qué gano yo con esto? Porque no eres tan inocente como para pedírmelo gratis, ¿no?

Margo estuvo a punto de responder, pero Sawyer inclinó la cabeza junto a la suya para hablar por el auricular otra vez.

—¿Sabes quién soy? —preguntó—. Soy el que te romperá las piernas si no vas a buscar a tu hermana en los próximos diez segundos. Así que haz el favor de acelerar.

Hubo un instante de silencio. Margo enarcó las cejas. Sawyer se encogió de hombros. Agner aplaudió.

—Muy bien —accedió Ian finalmente.

Quizá solo se había negado para hacerse el interesante. Margo contuvo una risotada histérica.

Victoria

—¿Caleb? —insistió Victoria.

Él mantuvo la mirada clavada en la pared. Seguía sin hablar y sin moverse. De no haber sido porque se le movía el pecho al respirar, cualquiera creería que se trataba de una estatua.

—Caleb, cariño, mírame —insistió Victoria, desesperada—. No quiero ni imaginarme cómo te sientes ahora mismo, pero no podemos quedarnos aquí. Tenemos que encontrar a los demás. Especialmente a Kyran. Tengo que ir al búnker, ¿lo entiendes? ¡Tenemos que encontrar a Kyran!

Tenía la esperanza de que aquella última palabra le hiciera reaccionar, pero fue inútil. Victoria quiso buscar ayuda, pero Bigotitos y la señora Gilbert parecían tan perdidos como ella. O incluso más.

No podía marcharse y dejarle solo. No podía abandonar a Caleb en ese momento, ni siquiera con ese grado de urgencia.

Victoria cerró los ojos con fuerza, tratando de pensar en una solución. Su mente seguía nublada. No había dejado de estarlo desde que el vínculo se había roto.

Entonces, alguien se plantó en la puerta de la señora Gilbert.

Apenas pudo creérselo. Ian. Su hermano Ian.

—Vete de aquí —siseó ella, furiosa.

Ian no podía acercarse. No en un momento como ese.

—Pero… —empezó Ian.

—¡Vete!

Victoria se incorporó de golpe y apretó los puños. Tanto Bigotitos como la señora Gilbert la observaban con cierto temor.

—¡No te acerques a ninguno de nosotros, Ian! —espetó—. Atrévete a dar otro paso, solo uno, y te juro que no pienso controlar nada de lo que te pase.

Su hermano la miró con los ojos muy abiertos, como si no supiera cómo reaccionar. Nunca le había hablado así. Victoria estaba perdiendo el control. El dolor en las sienes aumentaba a cada segundo, y había empezado a sentir hormigueos por todo el cuerpo. Como si su cuerpo se estuviera consumiendo por segundos.

Entonces, Ian levantó muy lentamente una de sus manos. Sostenía su móvil.

—Es… Es Margo.

¿Margo?

¿Margo estaba viva? ¿Estaba bien?

Victoria se acercó a Ian sin ni siquiera dudarlo y él, un poco asustado, se apartó de un salto.

—¿Dónde estás? —le preguntó al móvil—. ¿Estás bien? ¿Estás herida? ¿Estás…?

—¡Estoy bien! —le aseguró Margo enseguida.

Oh, su voz. Su voz. Era ella. Era su amiga. Victoria sonrió y se pasó una mano temblorosa por la cara.

—Eres tú —confirmó sin poder creérselo.

—Y tú también, cabrona. No te imaginas cómo me alegro de oírte. Y me encantaría decírtelo mejor, pero tengo un problema. Estoy en el búnker con

Sawyer y un zumbado que dice que se llama… ¿Angor? Ah, no, Agner. Eso.

¿En el búnker?

Victoria, de pronto, empezó a pensar. A pensar con mucha intensidad. Abrumada por el dolor de cabeza, se la tocó con la punta de los dedos.

—Kyran casi ha escapado —continuó Margo—, está atrapado en el túnel de salida. Nosotros no podemos ayudarlo, pero está escondido. Es un niño muy listo, Victoria, nos ha ayudado a escapar.

Ante la mención del niño, Ian se removió incómodo.

—¿Kyran? —preguntó—. ¿Ese es…?

Victoria le dio la espalda y se alejó varios pasos.

—Iré al búnker —aseguró.

—¿Tú estás bien? ¿Y los demás?

«¿Bien?».

Victoria bajó la mirada hacia Caleb, que seguía sin moverse. Ian permanecía a una distancia prudente, Bigotitos los observaba a todos con preocupación y la señora Gilbert no sabía ni qué hacer.

Y Daniela y Brendan… Incluso Axel…

—Solo tengo que convencer a Caleb.

—¿Convencerlo?

—No reacciona —confesó Victoria con voz desesperada—. Lo he intentado, pero es como si no…, como si no me oyera. No sé qué más hacer, no puedo dejarlo aquí, pero tampoco puedo…

Entonces, la voz de Sawyer la interrumpió:

—Déjame hablar con él.

Victoria dudó un instante, pero entonces le colocó el móvil en la oreja a Caleb.

Margo

Cualquier tipo de humor en Sawyer se había esfumado al instante. Incluso Agner se había callado y los observaba con precaución. Margo trató de apartarse y dejarle un poco de intimidad, pero las esposas no permitieron mucho espacio.

Sawyer por fin habló. Lo hizo en su idioma desconocido. Movía los labios a toda velocidad.

—No —saltó Agner de pronto—. Tiene que ser Victoria sola. ¡Victoria sola!

Margo le chistó, pero su voz se instaló en el auricular. Sawyer se detuvo un momento, pensativo. Cerró los ojos con fuerza. Y volvió a hablar.

Victoria

No escuchaba nada de la llamada, pero Caleb había reaccionado. Escuchó las palabras de Sawyer con cautela. Entonces, elevó la mirada para clavarla en Victoria.

Ella bajó el móvil y se acuclilló a su lado. Los ojos oscuros de Caleb no se perdían detalle. Aunque ella tenía ganas de quedarse a su lado y abrazarlo, también tenía un objetivo que cumplir.

Con cuidado, dejó el móvil en el suelo y le acunó el rostro con ambas manos.

—Volveré —le aseguró.

Caleb empezó a negar con la cabeza, pero se vio interrumpido por un beso en los labios. Victoria ni siquiera cerró los ojos. No quería perderse detalle. Quería guardarlo todo en su retina. Quería vivir en ese momento. No quería irse.

Pero tenía que hacerlo.

Se separó con cuidado. Sus mentes seguían unidas.

—Déjame ir contigo —murmuró él.

Victoria se echó hacia atrás y sacudió la cabeza. Apenas podía mirar sus ojos oscuros y tristes.

—Déjame ir contigo —repitió él.

—No sé qué te ha dicho Sawyer, pero lo sospecho… Tengo que ir sola.

—Pero…

—Tú… espérame, ¿vale? Te encontraré.

Caleb no dijo nada. Ni siquiera cuando ella volvió a inclinarse para unir sus frentes. Victoria cerró los ojos con fuerza. Notó que él colocaba una mano en su nuca.

—*Yahbly teblya*, Victoria.

Ella abrió los ojos.

—Y mi corazón también es tuyo. Te juro que te encontraré.

No quiso seguir mirándolo. La mano de Caleb se mantuvo en su nuca tanto tiempo como pudo, pero ella se incorporó para mirar a los demás. Bigotitos la observaba con sus grandes ojos dorados y tristes, pero no intentó detenerla. La señora Gilbert tenía una mano en el pecho.

—Victoria… —empezó a decir esta última.

—Cuide de él —le pidió Victoria con un hilo de voz—. Y de Bigotitos. Asegúrese de que están bien hasta que vuelva, por favor.

—¿Hasta que vuelvas? —repitió ella—. Victoria, no sé qué está pasando, pero no es el momento de…

—Ojalá pudiera quedarme a escucharla, señora Gilbert, pero no puedo abandonar a Kyran.

Tras eso, Victoria se llevó el móvil a la oreja.

—Estoy de camino.

Y se marchó sin mirar atrás, con la respiración agolpada en la garganta. Ni siquiera se despidió de su hermano.

39

Margo

En cuanto colgaron, Margo se pasó las manos por la cara. Se sentía muy nerviosa, como si tuviera que anticiparse a algo para lo que nunca estaría preparada.

—La chica no tiene que preocuparse —comentó Agner, con alegría—. ¡La chica debería estar contenta! Todo va según lo planeado.

—Agner —murmuró Sawyer—, cállate.

Pero el hombrecito lo ignoró.

—¡Victoria ya viene! ¡Todo va según lo planeado! La chica no debe temer. ¡Pronto terminará todo!

Victoria

Mientras avanzaba hacia el búnker, su cuerpo entero empezó a temblar. No supo si era por miedo, por adrenalina o por su habilidad, que, mezclada con

todo lo demás, no dejaba de descontrolarse. Tuvo que detenerse varias veces y apoyar las manos en el suelo para poder incorporarse de nuevo y seguir andando.

Kyran. Trató de centrarse en él. Solo tenía que encontrarlo y, entonces, se harían invisibles y rescatarían a los demás. Con los demás, estarían a salvo. Y volverían a casa, y todo estaría bien otra vez.

Sí, todo iba a salir bien.

A medida que se acercaba al búnker, vio unos cuantos coches aparcados a ambos lados de la solitaria y oscura carretera. ¿Habría muchos guardias? Seguro que no serían más peligrosos que Brendan y sus entrenamientos temerarios.

Oh, Brendan…

Victoria cerró los ojos con fuerza. ¿Había muerto en paz? ¿Por eso sonrió?

Recorrió el camino hacia el búnker en silencio, sin despegar la mirada del sendero. La noche hacía que caminar junto a un acantilado pareciera peligroso, pero no pudo importarle menos. Siguió andando.

Frente a la entrada del búnker, cuatro guardias la esperaban. No se sorprendieron al verla llegar. Victoria siguió moviéndose. Siguió andando.

Cuando llegó a su altura, tragó saliva. Uno de ellos sacó una jeringuilla de su bolsillo. Ella dejó que se la clavara en el cuello sin protestar.

Después de todo, lo había prometido.

Podrían haber pasado años, meses o solo minutos. El dolor de cabeza, comparado con el que tenía por la habilidad, apenas era doloroso. Pero, aun así…

Victoria hizo una mueca de dolor mientras levantaba la cabeza. El cuello le dolía como si se hubiera quedado dormida en una mala postura.

Al abrir lentamente los ojos, se dio cuenta de que la habitación olía bien. Si hubiera tenido hambre, su estómago habría rugido. Pero no la tenía. De hecho, lo único que podía interesarle en ese momento era moverse. Y no podía. Dio un tirón a sus brazos, pero tenía las muñecas inmovilizadas. Bajó la mirada. Una silla de madera con correas en muñecas y tobillos.

Oh, qué gracioso era el puñetero Barisl…

—Por fin has decidido unirte a esta encantadora velada.

Victoria elevó lentamente la cabeza. Frente a ella, había una gran mesa de roble cubierta de platos y delicias de todo tipo. Pero aquello no fue lo que la dejó sin respiración.

Al otro lado de la mesa, sentado en una silla con varios cojines, Kyran se comía todo lo que podía y más. Todavía llevaba puesto el disfraz de Batman.

Cuando vio que su tía se había despertado, el niño la saludó muy feliz con la mano.

—¡Hola, *ma-á*!

—¿Te alegras de ver a tu mamá, Kyran? Creo que ella se alegra mucho de verte a ti. ¿No es así, Victoria?

La aludida volvió lentamente la cabeza hacia Barislav. Estaba sentado al final de la mesa, con su plato y su vaso llenos, pero sin tocar nada. Llevaba puesta una elegante bata castaña y lucía una sonrisa endemoniadamente satisfecha.

—No aprecio el hecho de que hayáis acabado con la mitad de mis guardias —replicó él—. Pero, como has venido a dar la cara, lo pasaré por alto. ¿Qué te parece el banquete que os he preparado?

Victoria volvió a centrarse en Kyran. En ese momento, se servía la mitad del puré en su plato. Tenía la boca llena de restos de comida de todo tipo.

Ella intentó encontrar su voz, pero fue incapaz. Un sonido extraño escapó de su garganta y, aunque Kyran la miró, no la entendió y siguió comiendo.

—Deja que disfrute un poco —protestó Barislav tranquilamente—. Después de todo, es una noche preciosa. ¿Sabes por qué, Victoria?

Por mucho que le preguntara, no esperó su respuesta.

—Porque el pelirrojo se me ha escapado, pero sigo teniendo al niño. Y, oh, lo voy a criar bien. No te preocupes por él. Terminará siendo un grande. Aunque, claro… Tendrá que olvidarse de ti. Espero que no te importe.

»Tengo grandes planes para él. Oh, muy grandes. Para cuando termine su entrenamiento, será mucho mejor que todos los demás mestizos juntos. Me aseguraré de que sea despiadado, que entienda la importancia de su trabajo. No habrá chorradas de por medio, como las ha habido hasta ahora. Y no me mires con esa cara, querida, pues ambos sabemos que no me equivoco.

Victoria sintió que sus puños se apretaban con fuerza. Se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—Lambert, Caleb… y tú —continuó él—. Cada vez sois menos, ¿no crees? Os vais extinguiendo poco a poco.

Como él parecía centrado en su monólogo, Victoria aprovechó para buscar ayuda con la mirada. No había guardias ni tampoco parecía haber cámaras, pero sabía que estaban en el búnker. La salida estaba detrás de Kyran.

Bajó la mirada. El cuchillo que le habían puesto junto a los demás cubiertos parecía estar esperándola.

—Qué pena lo de tu generación… —murmuró Barislav, que observaba su copa con curiosidad—. Axel parecía una buena opción, pero estaba herido física y emocionalmente, su habilidad le habría pasado factura

pronto… Pensé que me haría todo el trabajo que le pidiera y, además, moriría pronto sin que yo tuviera que levantar un solo dedo. Es una lástima que ya no pueda usarlo.

Victoria estiró tanto como pudo la correa y acercó la punta de sus dedos a la mesa. El mango del cuchillo estaba de su lado. Solo tenía que darle un toquecito y caería sobre su mano.

—Y mi nieto… Oh, mi *nieto*. Qué lástima. Es un hombre que no tiene nada que perder. Eso, ya sea en un mestizo o en un humano, es muy peligroso. La inexistencia del miedo hace que actúes sin temerle al peligro. Y eso no me beneficia.

Victoria por fin consiguió tocar el mango del cuchillo. Con una capa de sudor frío cubriéndole la espalda, se estiró y consiguió atraparlo con dos dedos.

Entonces, sintió que algo había cambiado.

Levantó la mirada lentamente, casi por inercia, y vio que Kyran había dejado de comer. Dejó el tenedor en la mesa con una mueca y se pasó una mano por el cuello, incómodo. Barislav lo señalaba con el dedo del anillo.

—Y luego está el niño —continuó Barislav—. ¿Qué podría hacer para que explote su habilidad al máximo? Matar a su figura maternal ante sus ojos parece una buena opción.

Victoria mantuvo la mirada clavada sobre Kyran, que cada vez parecía más confuso. Soltó algo parecido a una tos y parpadeó, mareado. El corazón de Victoria empezó a aporrearle las costillas.

—Existe una posibilidad incluso mejor —comentó Barislav—. Voy a mantenerte con vida, querida. Haré que vivas para ver en lo que se convierte tu niño, porque serás mi conejito de Indias. El día que sea capaz de mirarte a los ojos y dispararte entre las cejas…, ese día, sabré que su entrenamiento se habrá completado.

Kyran se apoyó torpemente en la mesa. Parecía confuso. Y asustado. Victoria intentó levantarse, desesperada. El tirón hizo que su silla se moviera, pero las correas no la soltaron.

—Tranquila, Victoria —comentó Barislav—. Solo se va a dormir. Esta es la primera noche del resto de su vida.

Victoria ya apenas lo oía. Kyran se fue inclinando poco a poco sobre la mesa, incapaz de contener el sueño. Ella intentó gritar, desesperada, pero seguía sin ser capaz de encontrar su propia voz. Tenía la piel en carne viva por las correas.

—Es una lástima —siguió Barislav—. Pero, seamos sinceros, Victoria… Aunque hubiera dejado que viviera con vosotros, tu pequeño Kyran jamás habría tenido una oportunidad en un mundo como este. Necesita endurecerse. Necesita ser mío.

Kyran apoyó la cabecita en la mesa. El antifaz de Batman se le resbaló.

Y aquel detalle, por insignificante que fuera, la hizo explotar.

Muchas emociones cruzaron la mente de Victoria. Muchos pensamientos le invadieron el subconsciente. Kyran cuando lo encontraron en el piso abandonado. Kyran cuando comió por primera vez con ellos. Kyran sonriendo cuando Bex le cortó el pelo. Kyran correteando por la casa. Kyran incordiando a Iver. Kyran persiguiendo a Bigotitos. Kyran durmiendo en el regazo de Daniela. Kyran subiéndose a los hombros de Margo. Kyran dibujándole cosas a Brendan en el brazo. Kyran abrazando a Caleb. Kyran corriendo hacia ella. Kyran llamándola «mamá».

Sus uñas se clavaron en la silla y crearon astillas, pero ni siquiera se dio cuenta. En su cabeza, los recuerdos parecían una explosión. Y todo parecía rojo. Incontrolable. Como una ola gigante que viene hacia ti y sabes que, por mucho que corras, terminará alcanzándote y arrasando con todo. Recuerdos. Frases. Momentos. Sonrisas. Sus uñas se hundieron en la

madera. Las astillas se hundieron en sus dedos. Vio a Iver muriendo. Vio a Bex muriendo. Vio a Daniela muriendo. Vio a Brendan muriendo. Vio a Axel muriendo. Vio a Kyran muriendo. Vio la mirada perdida de Caleb. Vio a Sawyer, de niño, llorando y pidiéndole desesperadamente a su padre que no le hiciera daño. Vio a Margo sollozando por Daniela. Vio a Lambert solo, en su piso, esperando que volviera. Se vio a sí misma, de pie en un lugar rojo y negro, con las manos cubiertas de sangre y los ojos completamente negros.

No vio nada.

Y, a la vez, lo vio todo.

Con los ojos completamente negros, su cabeza se giró hacia Barislav. Apenas podía verlo. Cuando lo miraba, lo que veía eran las muertes de sus amigos, de su familia. Lo veía rodeado de ellos, regodeándose en su desesperación, destruyéndolos lentamente.

Finalmente, derribó la última muralla que contenía su habilidad.

Barislav, que hasta ese momento había mantenido su sonrisa, la borró lentamente.

—¿Qué haces? —preguntó en voz baja, temblando.

Desesperación. Muerte. Sangre. Lágrimas… Rabia. Mucha rabia. Sus dedos partieron los brazos de la silla, que se clavaron en su piel como pequeñas agujas y la sangre empezó a brotar. Sangre. Rojo.

Miró a Barislav. Iba a morir.

Apretando los puños y hundiendo las astillas por completo en su piel, Victoria echó la cabeza hacia atrás y un grito desgarrador escapó de sus extrañas, haciendo que la habitación entera temblara. Su cuerpo ardió con el grito, consumiéndose en él. Escuchó cristales estallando, muebles cayendo al suelo y personas gritando.

Y, entonces, silencio.

40

En algún lugar solitario y triste de la ciudad, una explosión de gasolina hizo que los bomberos recorrieran una de las carreteras menos transitadas de la zona. Nadie entendía lo que había sucedido.

No muy lejos de ahí, un chico de pelo y ojos oscuros se mantenía de pie junto a una de las ventanas. Su expresión era desoladora.

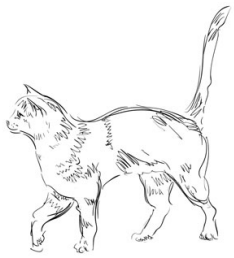
A unos metros, un gato rojizo lo observaba con sus grandes ojos dorados y tristes. Sabía que su dueña y mejor amiga ya no iba a volver a casa.

Cerca del mar, un hombre delgado y menudo contemplaba las cámaras con esperanza. Tenía una mano en el pecho. «Agner, Agner, Agner», murmuraba con desesperación. Tenía un halo de esperanza en la mirada. Sabía que lo que estaba viendo era lo correcto.

A su lado, una chica pelirroja y un hombre rubio se miraban el uno al otro. Por primera vez, entendieron que no iban a salir de esa sala. El hombre extendió su mano y alcanzó la de ella, que cerró los ojos con fuerza. Mientras ella pegaba su frente a la de él, aceptó su destino. Mientras él apretaba la mano de ella, pensó en todas las caras que no volvería a ver.

Junto a todos ellos, una chica de pelo castaño y ojos completamente negros murió a la vez que el búnker estallaba en pedazos.

41



Cuando el dolor desapareció, Victoria supo que todo había terminado.

Miró a su alrededor. Todo era blanco y luminoso, y su cuerpo ya no estaba cubierto de sangre y heridas. De hecho, llevaba puesta una sudadera, unas viejas Converse negras y unos vaqueros desgastados.

Justo lo que llevaría la vieja Victoria. La Victoria real.

Avanzó sin rumbo ni destino. Caminó sin saber cuál sería su objetivo. Se movió como si supiera dónde estaba. Y, cuando por fin vio la cama, supo que había llegado.

La mestiza de la primera generación, Sera, reposaba en su cama con los ojos abiertos y una sonrisa. Se encontraba muy débil, pero extendió la mano hacia Victoria nada más verla.

—Mi querida niña —susurró—, por fin has llegado.

Victoria se sentó al borde de la cama para tomarle la mano entre las suyas. La tierna sonrisa de Sera se le contagió y le dedicó otra muy similar.

—Cuánto me alegro de verte —le aseguró Sera con ternura—. Oh, mi dulce niña…, has llegado tan lejos. Y has alcanzado tantas cosas que nunca creíste posibles… No podría estar más orgullosa de ti.

—¿Cómo sabes…?

—Llevo cuarenta años encerrada en este lugar. En cuanto Barislav descubrió que llegaría este momento, me condenó a vivir en mi propia cabeza. En un tiempo suspendido, sin presente ni futuro. Mi única esperanza era que, un día, encontraras el camino y vinieras a buscarme. Sabía que Agner te guiaría.

Victoria, por algún motivo, se sentía muy tranquila. Observó las manos de Sera. Las acarició con las puntas de los dedos.

—Estoy muerta —murmuró—, ¿verdad?

Sera asintió con la cabeza.

—Al menos…, ¿me llevé a Barislav conmigo?

—Te quedaste con una parte de él, pero…, querida, esa no es tu muerte. Algún día llegará, pero no hoy. Y no será por tu mano. Será por alguien a quien le debe todo. Alguien que no descansará hasta encontrarlo.

Victoria no supo de qué le estaba hablando, pero sintió que estaba en lo correcto. Aquella no era una muerte que le correspondiera a ella.

—Entonces…, ¿he muerto por nada?

—No, Victoria. Has muerto para recuperarlo todo.

Sera sonrió con ternura y le acarició el dorso de la mano con el pulgar.

—Mi último viaje… Por fin.

Victoria sacudió la cabeza.

—Si me das ese viaje, morirás. Estás muy débil.

—¿Y no es el destino de todos, morir en algún momento? Yo ya he vivido mucho, querida. Mucho más de lo que jamás podrías imaginarte. Incluso aquí encerrada, la vida pasa volando. Y a ti te han arrebatado la tuya antes de que pudieras vivirla como es debido.

Victoria la miró a los ojos, medio soñolienta. Se sentía como si nada fuera real, como si estuviera en un lugar muy lejano a su propio cuerpo.

—¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora? —susurró Victoria—. Podría haberte buscado hace años.

—Pero no habrías querido hacerlo.

—Claro que habría querido.

—No, no habrías entendido el precio que había que pagar. Tenías que llegar hasta aquí, verlo con tus propios ojos… Y ahora lo sabes. A lo que tendrás que renunciar por salvarlos a ellos.

Por un momento, Victoria creyó que se refería a su relación con los demás, ya que pasarían a ser completos desconocidos. Y entonces vio que se refería a algo más. Algo muchísimo peor.

—Kyran —susurró—. Si retrocedo en el tiempo y evito…, si lo evito todo…, Kyran jamás nacerá.

Sera la observó con cierta lástima. Victoria negó con la cabeza.

—No, no puedo.

—Victoria —replicó ella lentamente—, tú misma lo has visto, en este mundo tampoco habría tenido una oportunidad. Barislav lo habría consumido por completo.

El corazón de Victoria, ya malherido, terminó de partirse. Al agachar la cabeza, sintió que Sera le acariciaba la mano de nuevo.

—Sabes cuáles son tus opciones y yo nunca te obligaré a elegir una de ellas. Tienes que ser tú quien decida cuál de los dos mundos es más justo. Y en cuál quieres vivir.

Victoria mantuvo la mirada en el suelo durante lo que parecieron horas, tratando de atesorar cada detalle de Kyran en su mente. Cada palabra. Cada momento.

Cuando levantó la mirada, todavía tenía su imagen grabada en la retina. Y supo que jamás, por mucho que viviera en otro mundo y conociera otra vida, podría olvidarla.

—Lo haré —susurró.

Sera sonrió y asintió con la cabeza.

—No soy ninguna niña, querida. Mi habilidad es débil. Puedo proporcionarte tiempo, pero tú serás quien tome las decisiones con tu propia habilidad.

—¿Cómo sabré cuánto tiempo me queda?

—Lo sentirás. —Sera agachó la mirada—. Sentirás que este mundo se desvanece para encontrarse con el otro.

Victoria echó la mirada hacia atrás, hacia el camino que había recorrido no solo en aquel sueño, sino desde el día en que Andrew le pidió que cerrara ella el bar y vio a Caleb por primera vez. Una hilera de recuerdos le inundaron el pecho de calor.

Calor…

Hacía meses que no sentía calor. Esbozó una pequeña sonrisa.

Cuando se volvió hacia Sera, estaba lista. Unió sus dos manos y cerró los ojos.

—Te deseo suerte, Victoria —le dijo Sera—. En este mundo y en el próximo.

Risas. Saltos. Gente corriendo. Abrió los ojos. Un orfanato lleno de niños que correteaban de un lado a otro.

Victoria miró a su alrededor. Nadie la veía. De hecho, una niña pasó a través de ella como si no existiera. Y Victoria avanzó. Avanzó sin saber dónde se dirigía, pero sabiendo que lo encontraría en el patio de atrás. Los niños reían y jugaban a su alrededor, todos llevaban el mismo uniforme y tenían la felicidad plasmada en el rostro.

Todos menos dos mellizos del fondo.

Victoria se acercó a ellos. Uno era rubio, de tez pálida y pecas esparcidas por encima de la nariz; la otra, de piel morena y pelo recogido de forma estrambótica, tenía más ganas de destacar. No debían de llegar a los nueve años.

El chico estaba sentado en el suelo, mientras que la chica pateaba una piedra distraídamente. Victoria los reconoció a ambos, incluso sin el pelo teñido de rojo de Bexley ni la cicatriz de Iver.

—Tenemos que irnos esta noche —decía él—. Vamos, ¿no te gustaría?

La chica dudó, aunque sonriendo. Escapar de ese sitio le hacía ilusión.

—Parece peligroso —observó, sin embargo.

—¿Y quieres quedarte aquí? Nadie nos adoptaría juntos, ya lo sabes. Nos haremos mayores y nos echarán. ¿Qué importa si nos vamos antes? Nadie nos buscará. No tenemos a nadie que vaya a preocuparse.

—Solo el uno al otro —murmuró la chica.

El chico sonrió.

—Solo el uno al otro.

Victoria se agachó lentamente delante del chico, que no la veía, y negó con la cabeza.

—No lo hagas —susurró.

Si escapaba, terminaría encontrando a las personas que lo reclutarían. Volverían a empezar. El ciclo nunca terminaría.

—Quédate aquí y cuida de tu hermana. Manteneos a salvo. Hay muchas familias que soñarían con tener dos hijos como vosotros. Solo hay que esperar.

El chico, pese a que no podía verla, borró su sonrisa y sacudió la cabeza. Tardó unos segundos, pero finalmente volvió a mirar a su hermana.

—Pero… tienes razón —admitió—. Lo de escapar es muy tonto.

—¿Lo ves? Yo siempre tengo razón.

—Tampoco te lo creas tanto. El otro día dijiste que Roma era la capital de Grecia.

La chica enrojeció al instante.

—¡Lo hice a propósito, para ver si reaccionabas!

Mientras ellos discutían, Victoria se alejó de su imagen.

Olor a humedad. A alcohol. Gritos. Una casa vieja de un barrio pobre. Manchas en las paredes, muebles viejos y sucios, un borracho aporreando el otro lado de una puerta con la intención de tirarla abajo y golpear al niño que se escondía tras el sillón. El niño se cubría las orejas con las palmas de las manos, aterrado.

Axel.

Victoria se acercó a él y se sentó a su lado. El niño había estado leyendo una revista de peluquería y moda. La tenía abierta por una página en la que se veía a un hombre muy guapo con el pelo teñido de blanco.

—¡Sal de ahí! —gritaba su padre, enfurecido, al otro lado de la puerta—. ¡Te lo dije! ¡Te dije que, si volvía a verte con una de esas revistas, ibas a tragártela! ¡Puto niño estúpido! ¡Cuando te coja, vas a entrar en razón de una puta vez!

El niño seguía llorando. Victoria se inclinó junto a él.

—No te mereces esto —susurró—. No tardará en quedarse dormido y, entonces, tienes que quitarle el dinero, subirte a un autobús y volver con tu madre. Ella te quiere. Ella nunca te haría esto. Y va a perdonarte que te fueras, porque es tu madre y te adora. Vuelve con ella.

El niño negó con la cabeza, como si quisiera alejar ese pensamiento. Como si no se creyera que alguien pudiera quererlo.

—No te mereces esto —susurró Victoria—. Él nunca merecerá tu amor, nunca sabrá apreciarlo. Y necesitas que alguien cuide de ti como tú has cuidado de él durante tanto tiempo. Mereces salir de aquí. Mereces ser feliz. Tu madre te está esperando. Ve con ella y sé feliz.

El niño levantó lentamente la cabeza y, de alguna forma, Victoria supo que lo haría. Que no seguiría ahí hasta los once años, cuando su padre lo malvendiera para ganar dinero y meterse un nuevo colocón.

Así que volvió a alejarse.

Dos chicas hablando. Gente paseando. Olor a comida recién hecha. Un parque. Un banco frente a un lago. Patos que nadaban tranquilamente con sus crías detrás. Dos chicas, una rubia y otra pelirroja, observándolos mientras se comían una hamburguesa. Margo y Daniela.

—¿Ir a la ciudad? —repitió la pelirroja, sorprendida.

—¿No te gustaría? Las dos podríamos estudiar allí.

Margo no pareció muy convencida. Le dio otro mordisco a su hamburguesa, pensativa.

—También podemos estudiar aquí.

—Vamos, Margo… ¡Me apetece un poco de cambio! ¡Y me apetece que sea contigo!

—Porque te da miedo hacerlo sola —replicó la pelirroja con la boca llena.

—Bueno, eso influye, pero ¡no es la única razón!

Margo se echó a reír.

Victoria se preguntó por qué estaba viendo aquella escena. Margo y Daniela no eran mestizas, sus vidas no tenían por qué cruzarse con la de nadie relacionado con ello.

Entonces, lo recordó. Andrew. Los apretones en el culo al pasar junto a él, las miradas inapropiadas, los comentarios groseros, la falta de pago, el constante maltrato…

—No dejéis que vuestro orgullo sea más fuerte que vosotras —murmuró Victoria, tragando saliva—. Aceptad el dinero que os quieren dar vuestros padres mientras estudiéis, no dejéis que os maltraten en el trabajo solo para sentiros adultas. No vale la pena. Ya habrá tiempo para ser independientes, para volar lejos.

Sabía lo que estaba haciendo. Ellas tampoco la conocerían jamás, pero aquello no importaba. Prefería que fueran felices, aunque fuese lejos de ella.

—¿Recuerdas lo que dije del dinero de mis padres? —preguntó Margo—. Creo… Creo que lo voy a pensar mejor. Igual debería aceptarlo.

—Sí, quizá sí. Y yo debería echarle un ojo a esa casa que me han dejado. ¡Podríamos ir las dos juntas!

—No sé por qué somos tan testarudas.

—Tú lo eres más que yo.

Margo sonrió y le pasó un brazo por encima de los hombros a Dani.

Mientras tanto, Victoria se alejó de ellas.

Animales. Naturaleza. Olor a pastel de arándanos. Una granja con un gran granero del que salía un hombre con una pala sobre el hombro. Su mujer estaba bajando los escalones del porche con dos trozos de pastel. Dos niños pequeños y de pelo oscuro se acercaron corriendo para recogerlos.

Caleb y Brendan.

—¡Yo quiero el grande! —chilló uno.

—¡No, ese para mí, que nací antes!

—¡Para mí!

—¡PARA MÍ!

—Ya vale —declaró su padre—. Los dos son iguales. No sé dónde le veis la diferencia.

Mientras los dos niños pequeños declaraban todos y cada uno de los detalles que los diferenciaban, uno con mucha pasión y el otro con más timidez, su madre los observaba con media sonrisa.

Victoria se acercó lentamente a ella y la miró a los ojos.

—Kristian y Jasper son dos niños muy especiales —murmuró—. Tanto que a veces se nos olvida cuidarlos lo suficiente. Tienes que mantener un ojo sobre ellos. Especialmente esta noche. ¿No hace un muy buen día para iros de acampada?

La madre de los chicos empezó a sonreír, ilusionada.

—¡Se me acaba de ocurrir una idea increíble!

La noche en la que iban a desaparecer no estarían en casa. Victoria echó una última mirada a los gemelos y se alejó de ellos.

Oscuridad. Olor a lugar cerrado. Ambiente triste. Reconoció la sala. Era el sótano de la antigua casa de los chicos, con las librerías circulares, la silla en el centro y una cama a un lado. En aquella cama, un chico rubio se abrazaba las rodillas.

Sawyer.

Victoria se acercó a él y se sentó a su lado. Tendría unos diez años. Poco más. Sus muñecas y tobillos estaban en carne viva por la silla que tenía frente a él y que no perdía de vista.

Había algo en su mirada, algo que no sabría identificar, que hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Un día, cuando todo esto termine —le susurró—, tendrás la oportunidad de elegir. Elegir ser como él o ser como tú siempre has querido. No vayas por el camino fácil. No hagas lo que te han hecho a ti. Ten la vida normal y feliz que, en el fondo, siempre deseaste haber elegido.

El niño no dijo nada, solo cerró los ojos con fuerza y se abrazó a sí mismo. Y Victoria volvió a dejarlo solo.

Un olor familiar. La comida de su madre. Victoria abrió los ojos al instante y se encontró a sí misma, muy pequeña, sentada en la mesa de la cocina de sus padres. Ian estaba sentado al otro lado, burlándose de ella, y la pequeña Victoria empezaba a tener los ojos oscuros.

Justo antes de que pudiera hacer algo malo, la Victoria adulta se acercó a ella y le susurró:

—No lo hagas. No arruines tu propia vida intentando hundir la suya. No vale la pena. Puedes lograr grandes cosas, Victoria. No necesitas la aprobación de nadie para conseguirlas. Nunca la has necesitado.

Lentamente, la joven Victoria alejó la mano del cuchillo y sus ojos, antes oscuros, se volvieron grises otra vez. Parpadeó, volvió, y se alejó de Ian antes de que pudiera provocarla de nuevo. Victoria la vio marcharse con una sonrisa.

Arena. Agua. El sonido del mar. El sol en la piel. Estaba en la playa. Y dos chicas se abrazaban a unos metros de ella, indiferentes de su alrededor, de quién pudiera verlas o comentar, de quién pudiera juzgarlas. Solo se abrazaban y se miraban a los ojos, tratando de capturar cada retazo de sus rostros en la memoria por la inminente partida de una de ellas.

De la señora Gilbert, que no soltaba a Sera.

—No quiero que te vayas —susurraba Sera, pegando sus frentes—. Nunca volveré a verte.

—Si me quedo, mis padres nos matarán.

—Podríamos huir juntas.

—Eso solo funciona en las películas…

La castaña intentó alejarse, pero la pelirroja la detuvo por la mano, suplicándole con la mirada.

—Quédate. Por favor.

Y la castaña quiso quedarse. Victoria lo vio en sus ojos. Había planeado cada segundo de su vida junto a la pelirroja. Quería estar con ella el resto de sus días, experimentar con ella lo que nunca sentiría si se alejaba. Pero… el miedo, a veces, es más grande que la esperanza.

Mientras se alejaba, la pelirroja no despegó los ojos de ella. Y Victoria siguió a la castaña de cerca.

—No la dejes. No lo hagas. Sabes que es el amor de tu vida. Sabes que te arrepentirás toda tu vida. Sé quién eres de verdad. Hazlo por ella. ¿Es mejor que te odien siendo tú misma o que te amen por lo que nunca podrás ser?

La castaña se detuvo de golpe. Bajo la atenta mirada de Victoria, observó la casa de sus padres en la lejanía. Sus ojos se llenaron de lágrimas y, finalmente, se dio la vuelta para volver corriendo con la pelirroja. Ambas cayeron al suelo con el abrazo, riendo y diciéndose que no podían creerse que fueran a escaparse juntas.

Victoria empezó a sentir que algo en su cuerpo cambiaba. Bajó la mirada. Sus piernas empezaban a desaparecer. Se desvanecía. Y no sintió miedo. Todo estaba arreglado. Todo estaba bien.

Era hora de marcharse.

Reemprendió el camino lentamente, disfrutando de la brisa marina y del sol en su piel. Disfrutó de cada segundo sabiendo que sería el último y la imagen de Kyran le vino por última vez a la cabeza.

—Espera.

Victoria se dio la vuelta. La joven Sera, a unos metros de distancia, la miraba fijamente.

No supo qué decirle. ¿Le hablaba a ella? Era imposible que fuera a otra persona. Trató de pensar en algo, pero ninguna excusa parecía lo suficiente buena como para justificar que…

—Nos has ayudado —susurró Sera entonces—. Lo has conseguido.

Victoria, de nuevo, no dijo nada. La chica se acercó a ella y alcanzó su mano. Podía tocarla. La sonrisa que le dedicó, llena de ternura, le recordó a la que le había dedicado su *alter ego* de otra vida en aquella cama, justo antes de dejarla marchar.

—Gracias —susurró, mirándola a los ojos—. Me has dado la oportunidad de ser feliz que nunca pensé que tendría.

—Yo…

—Tú también te la mereces. —Sera le sostuvo ambas manos y, mientras ella seguía desvaneciéndose, cerró los ojos—. Acepta este regalo, por favor. Encuéntralo, Victoria. Encuéntralo y sé feliz con él.

En aquella ocasión, Victoria supo perfectamente dónde había aterrizado pese a que nunca había estado ahí. Una habitación. Un piso pequeño, pero bien decorado, y lleno de macetas con plantitas y revistas y libros de botánica.

La casa de un jardinero. La casa de Caleb.

No podía perder tiempo. Todavía se desvanecía. La nueva fuerza de Sera le permitió tocar a su alrededor, desesperada, hasta que por fin encontró una hoja de papel en blanco y un lápiz. Partió la hoja por la mitad y escribió lo mismo en las dos. Sus caderas habían empezado a desaparecer junto con sus piernas.

Corriendo, buscó desesperadamente un lugar perfecto. Un lugar donde solo Caleb pudiera encontrarlo.

Al girar la cabeza, vio una plantita que le resultó familiar. Era exactamente igual a la que ella había tenido un año atrás. La que él había cuidado en su ausencia. Era la única que tenía en la mesita de noche, junto a su almohada.

Victoria, con una sonrisa, levantó la maceta y dejó la nota justo debajo.

El siguiente escenario fue dolorosamente reconocible. Su casita. Su guarida de Hobbit. Su hogar.

Al bajar la vista, se dio cuenta de que uno de sus brazos empezaba a desaparecer. Se puso la nota en la otra mano, desesperada. Mientras la neblina empezaba a apoderarse de ella, buscó frenéticamente a su alrededor. Un sitio donde solo ella pudiera encontrarlo… Un sitio donde solo ella pudiera encontr…

Echó a correr por el pasillo. Sus dedos estaban a punto de desaparecer. Su rostro, también. No podía sentir sus labios.

Apenas podía ver nada, pero alcanzó a divisar su estantería de libros. Y el libro que siempre dejaba un poco sacado.

Lanzó la nota tras él y, justo antes de que la neblina se la llevara…, empujó el libro hasta que quedó perfectamente alineado con los que lo acompañaban.

Vic

Observó su reflejo una última vez. Pese a conocer cada detalle, consiguió encontrarse un nuevo atributo.

Kristian

Observó su reflejo una última vez. Pese a fingir indiferencia hasta consigo mismo, se aseguró de que tenía el pelo oscuro bien colocado.

Vic

Tras una sonrisita, rebuscó en su montón de ropa para encontrar su vestido de flores.

Kristian

Tras una última mirada, alcanzó una camiseta blanca perfectamente doblada.

Vic

También rebuscó en los cajones de su mesita de noche hasta encontrar su collar de piedrecitas negras.

Kristian

También abrió el primer cajón de su mesita de noche y cogió los auriculares.

Vic

Sin apuro, se sacudió el pelo para que le quedara lo más natural posible. Al ver el resultado, esbozó una gran sonrisa.

Kristian

Con paciencia, se ajustó la chaqueta de cuero. Al notar que no pegaba mucho con su atuendo, decidió cambiarla por otra más sencilla.

Victoria

Salió de la habitación con las manos en las caderas —una postura que había adoptado mucho tiempo atrás como su favorita— y entró en el ya bautizado salón-comedor-cocina-estudio de su diminuto piso.

Como de costumbre, era su peor enemiga y había dejado la chaqueta tirada por cualquier lado.

—Ahí estás —murmuró.

Ya empezaba a hablar sola.

Con calma, se dirigió a la puerta.

Kristian

Contempló la habitación con los brazos cruzados —una postura que había adoptado mucho tiempo atrás como su favorita— y se acercó a la cristalera, pensativo, para observar la ciudad que se extendía ante él.

Tras unos instantes, volvió a acercarse a la cama para recoger las botas y ponérselas. Tenían una mancha, pero no le dio mayor importancia.

Antes de salir, echó una ojeada tras él.

Vic

En cuanto salió del edificio, empezaron a castañearle los dientes. Ese día primaveral era un poco más frío de lo normal.

Vic trató de meterse las llaves en el bolsillo de la chaqueta, pero estaba tan distraída que se le cayeron al suelo y tuvo que agacharse para recogerlas.

Kristian

En cuanto salió de casa, aceptó la oleada de aire frío con una sonrisa.

Mientras entraba en su coche, les dio la vuelta a las llaves con un dedo. Condujo con una mano en el volante y la mirada clavada en la carretera.

Vic

Se preguntó qué le tocaba esa noche. Oh, la gran aventura de no saberlo.

Kristian

Se preguntó qué le tocaba esa noche. Pronto lo descubriría.

Vic

Mientras lo pensaba, giró a la derecha.

Kristian

Mientras lo pensaba, giró a la izquierda.

Vic

Sonrío para sí misma, mirándose las Converse negras.

Kristian

Al cambiar de canción, advirtió que la chica que pasaba por su lado estaba sonriendo.

Vic

El chico que pasaba por su lado la había visto. Dejó de sonreír, avergonzada.

Kristian

La chica se había dado cuenta. Dejó de mirarla, incómodo.

Vic

Pudo verlo a la perfección.
La luz le daba de frente y le iluminaba el rostro.

Kristian

No pudo apartar la mirada.
Un débil halo de luz hacía que los ojos de la chica brillaran.

Vic

Como él no apartó la mirada, ella tampoco lo hizo.

Kristian

La siguió con la mirada incluso cuando ya hubo pasado por su lado.

Vic

Cuando estuvieron a unos dos metros de distancia, sonrió aún más.

Kristian

En cuanto estuvo delante del edificio, sacó la nota de su bolsillo y la leyó de nuevo. Parecía la dirección correcta.

Vic

Tuvo que correr para llegar a tiempo.

Kristian

Fue tranquilamente a su asiento.

Vic

Entró en el edificio a toda prisa.

Kristian

Se quedó de pie en medio de la sala, algo confuso. Una chica pasó a toda velocidad por su lado. Una oleada de olor a lavanda hizo que la siguiera con la mirada.

Vic

Estuvo a punto de chocar con un chico que estaba ahí plantado. Una sensación extraña, casi familiar, estuvo a punto de hacer que se diera la vuelta.

Kristian

Se quedó mirando a la chica, que se sentaba en una de las últimas filas, en el centro, y revisaba una notita con el ceño fruncido.

Vic

¿Era la dirección correcta? El cine, la sala, la hora… ¿Por qué se habría puesto un recordatorio para eso? Ni siquiera recordaba haberlo escrito, pero era su letra.

Kristian

Durante un instante, estuvo tentado a ir a sentarse junto a la chica, pero no se atrevió. No quería asustarla.

Sin embargo, se encontró a sí mismo avanzando de todas formas.

Vic

La nota se le escapó de entre los dedos y soltó una palabrota en voz muy alta. Le chistaron desde dos rincones distintos de la sala. Vic lo ignoró completamente y siguió buscando la notita entre los asientos.

Kristian

Parecía estar buscando algo. De pronto, alguien le pasó una notita que se le había caído y ella volvió a incorporarse con una sonrisa.

En cuanto le dio la sensación de que podría verlo, se acobardó y se echó hacia atrás.

O al menos lo intentó. Porque algo chocó contra sus piernas y lo lanzó directamente contra la chica. Kristian giró la cabeza, sorprendido, y le pareció ver a un gato pelirrojo correteando escaleras abajo.

Espera, ¿un gato dentro de un cine?

Vic

Estuvo a punto de volver a su asiento, pero alguien se chocó contra ella. El chico la sujetó del codo a una velocidad alarmante.

Kristian

Madre mía, qué velocidad. Parecía un X-Men.

Vic

Levantó la mirada. Un chico bastante más alto que ella, de pelo negro y ojos azules, le devolvía la mirada.

Kristian

Bajó la mirada. Una chica bastante más baja que él, de pelo castaño y ojos grises, le devolvía la mirada.

Vic

Como él no parecía dispuesto a decir nada, se separó y dio un paso atrás. Ambos se aclararon la garganta a la vez.

—Perdona —dijo ella finalmente—. Se me ha caído la…, mmm…, una cosa. No te he visto.

—No pasa nada.

Silencio incómodo.

Kristian

Como no se le daba bien hablar, le echó al asiento una ojeada que lo decía todo. Por suerte, la chica lo entendió y se sentó para que él pudiera ocupar el asiento de su lado.

Durante unos instantes, se limitaron a observar que el cine iba llenándose lentamente. Una risa de algún punto de la sala hizo que la situación se volviera todavía más incómoda, como si su obligación fuera sacarle conversación a su acompañante. Hacer que pasara un buen rato.

La miró de reojo. Quizá debería decir algo para romper el hielo. ¿Un chiste malo? No…, no se sabía ninguno.

De nuevo, la chica pareció entenderlo sin necesidad de palabras. Se volvió y le dedicó una sonrisa educada.

—¿Te gustan las películas de los X-Men?

Vale, una pregunta. Podía manejar una pregunta.

Kristian asintió.

—A mí también —comentó la chica.

Silencio incómodo.

—Aunque no soy mucho de ir al cine —añadió ella—. Prefiero quedarme en casa, leyendo.

—¿Te gusta leer? A mí también. Mucho.

—¿Sí? ¿Qué clase de libros?

Sin darse cuenta, el tema de conversación hizo que se relajara un poco y se metiera más en la conversación.

—De todo tipo. Me gustan los libros de botánica.

Al ver su expresión, no pudo evitar sonreír. Y eso que no era muy risueño.

—Lo sé… —murmuró Kristian—, no son lo más popular del mundo.

—Bueno, seguro que te enseñan un montón de datos curiosos de los que puedes presumir.

—Sí, mi hermano suele burlarse de mí por eso…

—Oh, ¿tienes hermanos?

Vic

Cuando él asintió, no pudo evitar pensar en su propio hermano. Era un poco desastre. Ian había entrado y salido de la universidad en cuatro ocasiones y con cuatro carreras distintas. Vic ya no sabía cómo explicarles a sus padres que era obvio que no tenía ningún interés en estudiar.

Por suerte, no era su problema.

Ella sí estaba estudiando lo que quería.

—Sí, tengo un hermano —dijo el chico—. Se llama Jasper. Pero a él no le gusta mucho leer. De hecho, si le diera un libro, me lo devolvería. Pero lanzándomelo a la cabeza.

Vic no pudo contenerse y soltó una risita bastante estúpida. El chico apartó la mirada. Parecía contento de ver que se lo pasaba bien.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Vic.

—Kristian, ¿y tú?

—Victoria.

Se estrecharon las manos. Quizá prolongaron el contacto durante unos segundos de más, pero ninguno protestó.

—Tienes nombre de matón —bromeó ella.

—Ya me gustaría poder intimidar a alguien… Solo soy jardinero.

—¿Jardinero?

—Sí, siempre me ha gustado mucho cuidar de las flores, las plantas… La botánica, en general. De pequeño, quise comprarme un libro relacionado

con el tema. Nunca entendí por qué. Pero me gustó y, desde entonces, he seguido por ese camino.

—Creo que voy a tener que pedirte algunos consejos, Kristian. A mí se me mueren todas las plantitas.

—Pídeme los consejos que quieras —murmuró él—. ¿A qué te dedicas tú?

—Técnicamente, estoy estudiando Literatura, pero la verdad es que estoy a punto de publicar un libro.

Le gustó la forma en la que él pareció impresionarse. Al contar esa noticia, mucha gente le había dado poca importancia. Le alegraba que alguien pareciera alegrarse por ella, aunque fuera un completo desconocido.

—Es de ciencia ficción —siguió—. Y… ¿puedo confesarte algo un poco raro?

Kristian se acercó como si fuera a contarle el secreto más importante de su vida. Entonces, ella murmuró:

—A veces tengo sueños que no entiendo muy bien. Y escribo sobre ellos.

—¿En qué sentido?

—Bueno…, sueño con una chica preguntona, así que la protagonista es así. Y también sueño con un chico que finge que no le gustan sus preguntas porque va de duro, pero en el fondo le encantan. También tiene una cicatriz en la cara. Y después está una chica capaz de patear a cualquiera en una pelea, un niño alegre, un jefe que parece malo, pero en realidad no lo es tanto… Una vez, soñé que le contaba todo el argumento a una camarera y ella me plagiaba la idea y publicaba el libro con su nombre. ¿Te imaginas?

Por algún motivo, él no la juzgó.

—¿Cómo se titula?

—*Ciudad de humo.* O *Ciudades de humo*, todavía no me he decidido.

—*Ciudades de humo* suena mejor.

—¿Tú crees? —Le sonrió—. Acabamos de conocernos y ya has decidido el título de mi primera novela, Kristian. ¿No te parece que nos estamos adelantando mucho?

—Lo que me parece es que no me siento en confianza con mucha gente, pero, ahora mismo…, estoy bien. Estoy muy bien.

Vic sintió que sus mejillas se volvían rojas. No estaba muy acostumbrada a que le hicieran halagos tan directos. Por suerte, las luces empezaron apagarse en ese momento y ambos se acomodaron en sus asientos.

Kristian

¿De dónde había salido eso? Cerró los ojos con fuerza, avergonzado, y luego bajó la mirada a sus manos apoyadas en el reposabrazos de los dos asientos. Apenas las separaban unos centímetros, pero no se atrevió a cruzarlos y tomarle la mano. Sentía que ella no se apartaría, pero no quería arriesgarse.

—Yo también estoy muy bien —confesó Vic en voz baja.

Kristian la miró de reojo. Al encontrar sus ojos grises, volvió a girar la cabeza, avergonzado.

—Ah.

La chica soltó otra risita. ¿Desde cuándo era tan gracioso? ¡Si nadie se reía nunca con sus bromas!

Si hacía alguna, claro… Porque eso tampoco se le daba muy bien.

—¿Tienes planes después de la película? —preguntó ella.

—No.

Mierda, ¿había sonado muy ansioso?

—Es decir…, *creo* que no. Pero suelo estar muy ocupado.

—Vale, don Ocupado, ¿y te apetece ir a tomar algo a un bar? Hay uno no muy lejos de aquí. El dueño es un poco pesado, pero el lugar no está mal.

De nuevo, Kristian se encontró a sí mismo asintiendo demasiado temprano. ¡Tenía que hacerse un poquito el interesante!

—Sí, claro —dijo de todos modos.

—Genial.

Vic, por algún motivo, seguía mirándolo.

—Esto va a sonar muy raro, pero… me siento como si ya te conociera.

—Quizá nos conocimos en otra vida.

Ella se encogió de hombros.

—Quizá. —Hizo una pausa y luego empezó a reírse—. Podría escribir una historia sobre esto. Dos desconocidos que se encuentran en un cine y… Bueno, ya me inventaré el resto. Tu personalidad me gusta mucho para un personaje.

—¿Eso es bueno o malo?

—Ambas.

—Ah.

—No te lo tomes a mal. Es que no tienes una personalidad muy común, es más bien…

—¿Sutil?

Ella sonrió.

—Intangible, más bien.

—Mientras no uses la palabra «perfecta»…

—¿Así quieres que te describa?

—No sé. Seguro que encuentras una palabra que pueda resumirlo. Después de todo, tú eres la escritora.

—Vale, pues eres el chico sutil, intangible e imperfecto que conoció a la escritora frustrada en una oscura sala de cine.

—Vas a tener que inventarte algo más si quieres que la gente se enganche a tu historia.

—La chica no dejaba de sentir que ya lo conocía —recitó Vic—. Era como si, de alguna forma, un ciclo sempiterno los hubiera vuelto a unir en una nueva vida.

Kristian sonrió y sacudió la cabeza.

—Como mandes eso, tu editor se va a pensar que te has metido estupefacientes.

—¿Eh?

—Drogas —aclaró—. Anota esa palabra, que cuando escribas mi diálogo tienes que acordarte.

Vic empezó a reírse y sacó el móvil para apuntarla.

—¿Qué tengo que apuntar?

—Mi número.

Ella levantó la cabeza, sorprendida. Fue el turno de Kristian para empezar a reírse.

—¿No vas a tener que hacerme consultas? Después de todo, vas a escribir sobre mí.

Vic dudó unos instantes, pero luego le dejó el móvil.

—Sí, claro —murmuró—. Para escribir.

—Solo para eso.

—Nada más.

—Claro.

—Por supuesto.

Vic

Mientras Kristian apuntaba su número, la miró de reojo.

—¿Y escribes poesía?

—No, eso te toca aprenderlo a ti. ¿Me escribirás algún poema?

—Todos mis versos serán sobre ti.

Kristian

Levantó la mirada, divertido, y le dedicó una sonrisa.

Qué fácil era bromear con ella.

Vic

Al devolverle el móvil, vio cómo se había agendado y no pudo evitar sonreír.

—¿X-Men? ¿En serio?

—Así te acordarás de quién soy.

La película estaba empezando. Vic se guardó el móvil en el bolsillo. No podía dejar de sonreír.

Antes de que la música empezara a sonar, se volvió para mirarlo una última vez.

—Nunca podría olvidarme de ti, X-Men.

42

Suelto un laaargo suspiro. Oh, qué agotamiento.

—¿Ya está? ¿Al fin? —me pregunta mi querido oyente—. Pero ¿cómo has podido tardar tanto?

Ofendido, me llevo una mano al pecho. ¡Con lo que me he esforzado para que sonara fascinante!

—¡Te he contado toda la historia, Albert! —protesto—. ¡Necesitabas entender ciertos detalles y eso conlleva tiempo! ¿Cómo querías que lo hiciera? ¿Con dos frases?

—No, pero tampoco hacía falta recrearse así. Me siento como si me acabaras de narrar dos libros enteros.

No serían malos libros, la verdad. Voy a tener que apuntarlo. Aunque seguro que se me olvida, como todo.

—¿Y bien? —le pregunto—. ¿Qué te parece, Albert?

Mi jefe, removiendo su copita de líquido rojo sospechoso, lo considera durante unos instantes. Odio que haga eso. Siempre que me encarga que proteja a un mestizo y le cuento cómo ha ido, tarda una eternidad en darme su veredicto. Pero, al final, como siempre, asiente con la cabeza.

—Es una buena historia, Lambert. Cuando te mandé a cuidar a Victoria, nunca pensé que sería tan difícil.

—La verdad es que me lo he pasado bien. Han sido unos buenos años.

Albert le da un sorbo a su copa y asiente.

—Ya sabías que la historia podía tener dos finales —me recuerda—. La chica podría haber vuelto al pasado y hacer que todos fueran mestizos. Y ya no habría sido Victoria, habría sido Nubea.

—O Tilda. Ambos nombres significan «gato».

Albert enseguida niega con la cabeza.

—Tilda es un gato doméstico, tranquilo, al que le gusta estar en casa. Nubea es como llamarías a una especie mucho más salvaje e incontrolable. Como un tigre, por ejemplo.

Tigresa, ¿eh? No le habría quedado mal ese nombre, aunque me alegro de que tomara las decisiones que tomó. Prefiero que todos me olviden siendo humanos a que sufran conmigo siendo mestizos.

—Lo que no entiendo es cómo sabías qué hacía cada uno de ellos en cada momento —comenta Albert, mirándome con los ojos entrecerrados—. Es decir…, había momentos en los que parecía que narrabas por ellos.

—Bueno, no lo sé todo, pero me lo imagino. Soy muy intuitivo, ¿vale?

Albert pone los ojos en blanco de forma descarada, pero no puede darme más igual. Por fin están todos en paz. Por fin ha concluido mi trabajo. Ha sido el más largo de mi vida y, aunque he disfrutado del proceso, lo cierto es que ya necesito unas vacaciones.

¿Dónde podría ir ahora?

Me apetece un sitio con sol y playa. Aunque creo que voy a tener que quedarme en la ciudad mágica. Después de todo, sin que esté yo para dar órdenes, esto se descontrola.

Mientras pienso en ello, Albert me observa con curiosidad.

—¿No echas de menos a Victoria? —me pregunta—. Después de todo, has estado protegiéndola durante muchos años.

Aunque la respuesta es que sí, sé cuál es mi lugar.

—No puedo volver con ella, Albert. Ya no me necesita.

Él asiente sin decir nada.

Ya no formo parte de su vida y volver a inmiscuirme ahora sería inútil. Ya no necesita un protector. Ha crecido y sabe lo que quiere, sabe cuidar de sí misma. Sabe lo que vale.

Algunas veces, la visito. Me gusta ver mi antigua casa, ver a mi antigua mejor amiga… Me gusta asegurarme de que está bien.

Sé que ya no me necesita, pero eso no quiere decir que yo no la necesite a ella.

Cuando la veo sentada en su pequeño sofá, mirando de reojo el sillón que yo solía usar… Cuando habla sola y se pregunta por qué… Sé que me recuerda. Sé que una parte de ella nunca podrá olvidarme. Ni a mí ni todo lo que vivió con los demás mestizos.

—¿Y qué fue de los demás? —me pregunta Albert con interés.

Se cree que está hablando con un novato, que le diré que los he seguido vigilando. Qué poco me conoce, a veces.

—No tengo ni idea —miento descaradamente.

Albert parece divertido.

—¿Seguro? Porque, una vez terminado el trabajo, no tienes permitido establecer un vínculo con ellos.

—¡Jamás me atrevería a desobedecerte!

—Lambert…

—Dime, jefe.

—Cuando los vigiles, hazme el favor de que no te vean.

Vale, quizá me conoce un poco más de lo que me gustaría.

Me llevo una mano al corazón con inocencia, a lo que él sacude la cabeza.

—Seguro que están todos bien —murmuro—. Aunque Kyran…

Hay un momento de silencio. Albert enseguida baja su tono a uno mucho más suave.

—Victoria no lo ha olvidado.

—Pero…, no sé. Creo que siempre tuve la esperanza de que, de alguna forma…, él terminaría apareciendo.

—Quizá lo hará. En otro cuerpo, en otra vida… Nunca desaparecemos del todo. No mientras quede alguien que nos guarde en su memoria.

No sé qué decirle, así que fuerzo una sonrisa.

—¿No te parece que esta historia se merece convertirse en una leyenda de la ciudad?

Las leyendas son los cuentos sagrados de la ciudad mágica. Los que componen las historias que merecen ser transmitidas de generación en generación.

Además, no es por nada…, pero, si esta consigue meterse en los libros de historia, a mí me espera un buen ascenso.

Es tan bonito que no me atrevo a pensar qué sucederá. Sin embargo, Albert se pone de pie para recoger su ejemplar de *Las leyendas de Braemar*. Lo hojea unos instantes y, finalmente, se vuelve para dedicarme una pequeña sonrisa.

—¿Sabes qué? Lo haremos. Esta historia es demasiado buena como para que se pierda en el olvido.

—¿Acabas de admitir que mis ideas son buenas?

—No tientes a la suerte.

Suspiro dramáticamente mientras él busca papel y un bolígrafo. O, bueno, su pluma con la tinta negra. Pongo los ojos en blanco. Es antiguo

incluso en eso.

—Bien —me dice, mojando la pluma y sosteniéndola encima del papel —. ¿Cómo se titulará?

—«La maravillosa aventura de los mestizos que acompañaban a un gato sexy».

Albert enarca una ceja muy lentamente.

—«La aventura de los mestizos…» —sugiere.

—«… que acompañaban a su sexy gato».

—No, es demasiado simple. Tiene que haber un título mejor. Son una familia, ¿no? Siempre se consideraron como tal. Aunque se hayan olvidado de esos años…, de alguna forma, siempre lo serán.

Lo piensa durante unos segundos y, cuando estoy a punto de sugerir un nuevo título, a él se le ilumina la mirada.

En cuanto empieza a escribir, me asomo para ver qué ha puesto. Y no puedo estar más de acuerdo.

«La familia de extraños».

Oye, tú.

Sí, tú. Lector, persona leyente y pensante. Ser superior que ha sido testigo de toda esta historia y no ha hecho nada para ayudar a los mestizos. Sí, tú.

No lo digo con rencor, ¿eh? Solo lo dejo caer.

Ahora que Albert no me oye voy a ser sincero. Y es que tú y yo tenemos más confianza. Queremos saber qué ha sido de ellos en estas nuevas vidas.

Porque, sí, he estado vigilándolos de cerca. ¿Eso es malo? Yo digo: no. ¡Que me arresten por ser tan buen gato! Aceptaré mi destino.

Supongo que te preguntas qué fue de Caleb. Nuestro querido X-Men. Me encantaría decir que ahora sonríe más, pero he asumido que la seriedad es genética. En honor a la verdad, su trabajo tampoco es que sea muy social. Se dedica a ser jardinero. Desde pequeño, se fascinó por el trabajo de su padre en la granja, por su forma de cuidar las plantas, de recoger los frutos de su esfuerzo cada verano. Ha decidido encargarse de la granja una vez que su padre no pueda encargarse de ello por la edad. El hombre lo agradece, pero es tan serio como su hijo y, aunque tienen mucha confianza, le avergüenza decírselo en voz alta.

Deberías ver las conversaciones de monosílabos y gruñidos que mantienen. A mí, a veces, me cuesta entenderlos. Pero parece que entre ellos tiene sentido, así que no me quejo.

Luego está Brendan. Él siempre pasó mucho más tiempo con su madre, con quien comparte el mismo sentido del humor amargo y un poco ofensivo. Son inseparables.

A diferencia de su hermano, Brendan nunca se interesó demasiado por la granja. Y mucho menos por los niños del campamento. No se le dan muy bien. Lo que le gusta a él es llenar una mochila, subirse a un coche y desaparecer hasta nuevo aviso. Le gusta la sensación de no saber lo que está haciendo, de conocer a diferentes personas con diferentes historias, de aceptar empleos temporales, aburrirse e ir a por una nueva aventura. Sabe que no ha nacido para asentarse, y que necesita estímulos constantes. Que no ha nacido para vivir encerrado en cuatro paredes y seguir instrucciones.

Ahora mismo, está ahorrando para terminar de pagarse una moto roja que se compró el año pasado. Y, como todo buen motero, va por el mundo rompiendo corazones y nutriéndose en historias de desconocidos. Parece muy feliz. Y su madre todavía más, porque siempre vuelve con historias que contarle a ella, a su padre y a Caleb.

Los dos hermanos se llevan bien. Siguen metidos en el mismo tira y afloja de siempre, pero esta vida no los ha enfrentado de la misma manera. Les gusta fingir que están por encima del otro, pero siempre se tienen en cuenta. Y son el primer contacto en su lista de personas a las que avisar cuando les pasa algo bueno, o cuando necesitan ayuda.

Lo que es el orgullo, ¿eh? Por lo menos, no discuten todo el día y no me parecen tan cansinos.

A ver, a ver… ¿Quién queda? Ah, sí. ¡Iver y Bex! Los mellizos-no-mellizos. Puede que no compartan genes, pero se comportan como verdaderos hermanos. Y, sí, siguen juntos. Se volvieron inseparables en el orfanato y nunca han querido tomar caminos separados.

Al no entrar Sawyer en la ecuación, nunca llegaron a adoptarlos. Ninguna pareja quería empezar una nueva vida con dos preadolescentes poco dispuestos a separarse. Especialmente, si esos adolescentes tenían el historial de Iver y Bex. Mientras que uno tenía fama de entretenerte con palabras alegres y sonrisitas malvadas, la otra solía ser la que se acercaba a ti por detrás y te robaba la cartera.

Con los años, los robos fueron disminuyendo. Usaron ese dinero para que, a los dieciocho años de ambos, no terminaran viviendo debajo de un puente. Bex encontró un restaurante que les dejaba vivir en el sótano del edificio a cambio de ayudarles a lavar platos, recoger las mesas y limpiar el local. Era un trabajo duro y muy mal pagado, pero les permitía un techo y una vida mínimamente normal. Además, podían permanecer juntos.

Lo que no debía esperar el dueño del local es que, con el tiempo, su control del restaurante fuera aumentando. Llegados a cierto punto, Iver se convirtió en el chef oficial y, dado su éxito, Bex tuvo la idea de crear una escuela culinaria. La idea les dio el dinero suficiente para comprarse un pisito para los dos. Por primera vez, tuvieron su propia habitación individual. Y, con el tiempo, también pudieron comprar el restaurante para que fuera solo suyo. Iver era la cara del local, mientras que Bex era la que controlaba todo desde su querido anonimato. Socios de por vida. Y, si mi opinión cuenta, muy buenos socios. Siempre han formado un muy buen equipo.

Por lo poco que sé, quieren comprar otro local para darles trabajo a sus alumnos graduados. Y es que la mayoría son huérfanos que provienen del mismo círculo que ellos. ¿Quién mejor para intentar darles la oportunidad que nunca se les dio a ellos?

Soy un gato-padre orgulloso.

No me olvido de Axel. Ah…, nuestro villano indefinido. El niño perdido que siempre buscó aprobación en los peores rincones posibles. Debo decir que, aunque no fuera mi persona favorita del grupo, me alegra mucho ver su evolución. Y es que escapó de casa de su padre y se mudó con su madre. La mujer no tenía muchos recursos para darle una educación de calidad. De hecho, Axel se pasó muchas tardes de su infancia encerrado en la peluquería de su madre, donde hojeaba revistas y oía las conversaciones con sus clientes. Por lo menos, ya sabemos por qué tenía tanta fijación con los tintes, los colores y los cortes de pelo.

Con los años, su madre empezó a hacerle partícipe del negocio. Dejó que usara sus tintes para experimentar consigo mismo. Axel usaba un color diferente cada semana. Le encantaba probar cosas distintas, que la gente le preguntara cómo lo había hecho, que las fotos de sus redes sociales fueran cada vez más conocidas.

Ahora, trabaja codo a codo con su madre en la misma peluquería de siempre, solo que con muchísima más clientela. Y mucho más renombre. Forman un buen equipo, aunque Axel prefiera centrarse en los cambios de *look* extremos y su madre prefiera las cosas más discretas.

También le pasa un poco de dinero mensual a su padre, aunque su madre no lo sabe. De hecho, no lo habla con nadie. Axel no quiere que ese hombre forme parte de su vida, pero tampoco se atreve a abandonarlo a su suerte. No sería capaz de vivir consigo mismo. Así que, aunque no tiene una relación directa con él, ha crecido tanto como para convertirse en una persona capaz de cuidar a otra. Cómo cambia la vida, ¿eh?

Y, hablando de figuras paternales…, ¡seguro que te preguntas qué fue de Sawyer!

Desgraciadamente, Victoria solo pudo salvarlo después de los eventos que tuvo que vivir en el sótano. A veces, todavía se despierta en medio de la

noche y le cuesta volver a dormirse. Los recuerdos de su encierro, de su padre y su abuelo a veces son demasiado.

Aun así, Vadim Sawyer nunca ha sido una persona que se rinda con facilidad. Es la viva imagen de la resiliencia. Encontró su manera de canalizar el dolor, de vivir con él como acompañante y no como enemigo. Llegado el momento de tomar la decisión más importante de su vida, decidió romper con el círculo de maltrato que había vivido desde que era un niño. En lugar de matar a su padre, se alejó de aquel mundo. Lo dejó a su suerte. Buscó otra vida.

Sawyer fue a una de las mejores universidades del país. Consiguió una beca con bastante facilidad, dada su enorme capacidad de aprendizaje. Se licenció con altos honores en Economía y Empresariales. Las empresas se pelearon por él durante muchos años, y Sawyer permitió que lo hicieran con media sonrisa. Después de todo, ¿quién era él para negarles la posibilidad de pelearse por su talento?

Sí, sigue siendo un creído. Hay cosas que no cambian ni en otras vidas.

A veces, Sawyer busca a su padre y a su abuelo. Se asegura de que no haya más niños pasando por lo mismo que pasó él. Y, aunque no puede garantizar que sea una solución eterna, por lo menos les pone muchas trabas para que no lo consigan. Quizá, un día su abuelo decida deshacerse de él por meterse donde no le llaman. A Sawyer no le preocupa. ¿Qué es lo peor que pueden hacerle?, ¿matarlo? Por lo menos, esta vez ha tenido la vida que él ha querido para sí mismo. Y eso no van a poder quitárselo ni con su propia muerte.

Sé que llevo mucho rato hablando, pero… ¡no te vayas todavía! Solo nos quedan unas cuantas humanas a las que quiero mucho.

Y, sí, he usado el verbo «querer» sin ironías.

¿Ves cómo yo también puedo evolucionar? Soy un gato muy deconstruido.

Empecemos por nuestra cervatilla asustada. Por Daniela. La verdad es que, en esta vida, también estudió Enfermería. Al menos, hasta que se dio cuenta de que solo lo hacía porque sus padres lo querían así. No tardó en saber que la carrera le daba igual, que no quería dedicarse a aquello durante toda su vida. Dejó la carrera en el segundo año, hizo unos cuantos amigos y decidió tomarse un año sabático. Lo estoy contando con mucha calma, pero lo cierto es que estuvo a punto de infartarse. Fue la primera decisión propia que tomó en su vida. Se sintió intimidada, asustada y perdida. Después, se dio cuenta de que eso era lo que quería; ser la responsable de sus decisiones, por inciertas que fueran. Se equivocara o no, aquella era su decisión. Era lo que quería. Y eso sí que era liberador.

Ahora, hace cursillos de cualquier cosa que le interese. Guiones, piano, defensa personal, cocina… Cualquier cosa que vea en el periódico y haga que se le acelere el corazón. Eso es lo que busca. Y nunca se ha sentido tan viva.

Margo es un caso distinto. Sus padres siempre han sido un apoyo muy importante en su vida, así que siguió los mismos pasos que en su otra vida. Ahora mismo, sigue estudiando Contabilidad y se le da de maravilla. Sigue haciendo tonterías, como bien le gusta, pero no están al mismo nivel que en su otra vida.

Además, ha dejado de valorarse a sí misma en función de lo que la gente piense de ella. Ya no busca la validación a través de las relaciones sexuales. Eso no quiere decir que no ligue, ¿eh? Si la vieras, pensarías que es una bomba de relojería. La pesadilla de cualquier figura paternal que se precie. La única diferencia es que ahora lo busca por su propio beneficio, y no para tener contentos a los demás.

Sigue sin terminar la carrera porque la compagina con la ayuda que ofrece en los trabajos de sus padres. Aun así, este año va a empezar las prácticas en una empresa bastante conocida y estoy segura de que le irá de maravilla.

En cuanto se gradúe, pienso estar en primera fila y maullar en su honor.

Quizá te preguntes qué le pasó a la señora Gilbert y a Sera. Aunque, claro, ninguna de las dos responde ya a ninguno de esos nombres.

Ya que Sera nunca terminó de desarrollar su habilidad, Barislav la dejó en paz. Tuvo la oportunidad de comprarse, junto con su novia, una granjita en las afueras de la ciudad. Han sido las vecinas de los Wharton durante muchos años. A veces, incluso, hacen competencias sobre quién tiene las mejores calabazas de las dos granjas. Y siempre han querido a los dos hijos de los Wharton como si fueran los suyos propios. Aunque, eso sí, hace unos años adoptaron a una niña. Ya ha crecido mucho y creo que ahora quiere estudiar interpretación, pero siempre visita a sus madres y las tiene presentes en cada paso. ¿He mencionado que la llamaron Victoria? Fue idea de Sera. Nunca explicó por qué, y su mujer nunca necesitó saberlo. Aquel nombre parecía extrañamente adecuado.

Y, dicho todo esto…, solo nos queda una persona.

Victoria. Mi Victoria.

Me encantaría decirle que sigo en su vida, que jamás la voy a dejar sola. Que he sido testigo de cada sonrisa y cada lágrima. De cada momento de debilidad o fortaleza. Que estuve ahí cuando suspendió ese examen tan importante y se sintió sola, pero también cuando se independizó sin ayuda de nadie, con sus propios recursos. Me encantaría decirle que estoy orgulloso de su primera novela. De que por fin haya conseguido terminarla. De que esté funcionando tan bien. También me encantaría decirle que me la

he leído y que me veo reflejado en sus páginas, al igual que al resto de los integrantes de la extraña familia disfuncional que formamos en otra vida.

Me encantaría decirle muchas cosas.

Sobre todo, que siempre será mi mejor amiga. Y que yo siempre seré su fiel compañero, aunque no pueda verme.

Pero no puedo intervenir. Solo puedo observar sus vidas con orgullo desde la distancia. Debo aceptar que me he convertido, como en todos los otros casos de cuidado de mestizos, en un recuerdo lejano y querido al que no pueden dar forma.

Supongo que es un poco triste, visto así… Pero prefiero que me olviden porque no me necesitan a que me recuerden porque soy lo único que tienen.

Acepto mi parte. Acepto que los años pasen, verlos envejecer y formar sus propias familias. Acepto que no pueda volver a hablar con ellos.

Sin embargo…

Quizá —y solo quizá—, puedo intervenir en ciertas cosas. Como provocar que Daniela busque trabajo en el restaurante de Iver y Bex, o sugerirle a Margo —sin que ella lo sepa— que el mejor lugar de prácticas se encuentra en la empresa de Sawyer. O, cuando Brendan decida que quiere un cambio en su imagen, puedo guiarlo hacia la peluquería que Axel regenta con su madre. De la misma forma que puedo empujar disimuladamente a Caleb en una sala de cine y hacer que se choque con Victoria.

Sí, todavía puedo hacer unas cuantas cosas más. Pero guárdame el secreto, ¿eh?

Ahora que ya te he informado de todo, me toca marcharme; creo que mi jefe me está llamando.

Seguiré viéndolos crecer. Y a ti también. Quizá creas que no fuiste un mestizo en otra vida, pero… ¿quién te lo garantiza? Después de todo, no me

recordarías.

Pero esa historia es para otro día.

Pórtate bien, busca tu camino y, sobre todo, controla tus habilidades. No querrás que un gato pelirrojo aparezca en tu vida, ¿verdad?

Pues claro que no quieres; sería el protagonista indiscutible e insuperable.

Buena suerte, mestizo.

Agradecimientos

Uf, ¿puedo decir que escribir estos dos libros ha sido una montaña rusa?, ¡¿puedo?!

Ah, ¿está feo?

Me dicen por pinganillo que no lo diga, así que correremos un tupido velo.

Vale, hora de ponerme seria.

Quizá es la primera vez que te topas con uno de mis libros. Si es el caso, te pido disculpas porque has empezado con lo más cañero. Si ya me conocías y te has atrevido con esta aventura, gracias por confiar en un proyecto tan diferente.

Siempre que se habla de la vida de los artistas, se mencionan las curvas. Curvas hacia arriba, curvas hacia abajo… Momentos de gloria y momentos de fracaso. Como si el éxito se midiera en lectores. Como si se midiera en ventas, más allá de cómo se siente el propio escritor. Como si hubiera una forma de medir cómo de valiosa es tu aportación al mundo.

Personalmente, tuve la suerte de empezar hace más de diez años en internet, y de cosechar todo un enjambre de lectores maravillosos que me han acompañado hasta el día de hoy. De vivir mi curva hacia arriba, por así decirlo.

Y te preguntarás: ¿a qué viene esto?, ¿dónde puñetas están los agradecimientos?

Ahora vienen, pequeño saltamontes. Déjame mi momento dramático y prometo que seguiré con agradecimientos.

Pero sigamos con el momento dramático.

Estoy hablando de esto porque, precisamente, *Etéreo* supuso una curva muy importante en mi vida. Un antes y un después. Antes de decidirme por esta bilogía, pasé por una fase de dudas muy intensas. De cuestionarme a mí misma. De culparme por no ser feliz. De intentar encontrar mi camino en el mundo, aunque todo el mundo me dijera que ya lo tenía delante. De preguntarme por qué no podía contentarme si un montón de compañeras querrían estar en mi posición. De no escribir porque era incapaz de conectar conmigo misma. De vivir en modo automático porque era incapaz de asumir nada de lo que estaba pasando. O, mejor dicho, porque sentía que no me lo merecía.

Antes de diciembre fue un éxito sin precedentes en mi vida. Fue una ola que iba haciéndose más y más grande, que arrasó con todo y me dejó varada en una isla paradisíaca en la que, después de tantos años, por fin pude empezar a vivir de mis libros. Y era una isla maravillosa e ideal, pero no era para mí. No era lo que estaba buscando.

El problema de una curva tan grande es que, cuando viene la siguiente, todo el mundo te mira y espera que intentes replicarla.

Recuerdo hablar con mi querido agente, Pablo, sobre mis próximos pasos. Siempre he tenido la libertad de elegir qué quiero mostrarle al mundo. Y, aunque todos esperaban otro *Antes de diciembre*, otra saga de romance que hubiera cosechado éxito en internet, una adaptación millonaria…, lo único que pensé fue que estaba cansada. Que esa curva de *Antes de diciembre* no iba a volver, pero que eso no me entristecía. Porque agradezco haberlo vivido una vez, pero quizá necesito experimentar una

curva distinta. Una que no sea tan grande. Una en la que pueda surfear sin asustarme.

Antes de diciembre me dio muchas cosas. Entre ellas, una oportunidad. Poder. Decisión, quizá. Visibilidad. En la isla paradisíaca, todo el mundo me veía. ¿Qué mejor momento para impulsar el libro menos comercial de toda mi biblioteca?

Y ahí fue cuando entró *Etéreo*.

Etéreo y *Sempiterno* no son libros comerciales. No lo son en sus portadas, ni en su trama, ni en su presentación al mundo. Están a medio camino entre la fantasía y la novela juvenil, entre el humor y la tragedia… Siempre he sentido que no encontraban su sitio. Que eran, por así decirlo, el hijo de en medio. El que no tiene rol del hermano mayor, pero tampoco el del pequeño. El que siempre se queda olvidado en un rincón. El que lucha por encontrar su lugar porque nadie le ha enseñado cuál es.

Y, por eso, decidí que *Etéreo* era el idóneo para liderar la siguiente ola. Una más pequeña, más discreta, pero que me hiciera feliz. Y orgullosa. E identificada con mi trabajo. Una ola en la que recoger todas las piezas de mí misma que tanto me está costando encontrar. Una en la que prepararme y que la próxima ola no me arrastre de la misma forma. Quería un libro que no buscara un éxito imitable al de su predecesor, que no fuera una elección obvia, que no tuviera un lugar concreto en el mundo.

Porque así, precisamente, es como llevo sintiéndome yo desde el principio.

No me voy a poner dramática porque, pobre de ti…, ¡te ha tocado leerte este final! Solo quería destacar estas cositas. Quería que, algún día, cuando me haga mayor y abra este libro, pueda acordarme perfectamente de lo que sentí con la bilogía. De lo que representó para mí. Y de lo increíblemente

agradecida que estoy por la oportunidad de darle su momento de isla paradisíaca.

Y, ahora que me has permitido desahogarme un poco, me toca ir a los agradecimientos.

En primer lugar, como siempre, me gustaría agradecer a mis padres el haberme dado mi lugar en el mundo. El haber apoyado estos libros sin que me volviera una persona que no quiero ser. Gracias por ayudarme a volar sin que pierda de vista la pista de aterrizaje.

Papá, ya te dije que sería tu final favorito. Mamá, ya te dije que lo odiarías a muerte. ¡Ahora no vale reclamar por ninguna de las dos partes!

Gracias a mi hermana, porque me inspira más de lo que ella misma cree. Y gracias a mi Tuskinson Crusoe, que es mi perrita y compañera fiel hasta la muerte, por inspirarme a escribir al mejor personaje de la historia: Bigotitos.

Tuski, si eres una espía, es un buen momento para confesarlo. Te juro que te guardaré el secreto.

Gracias a Pablo, a David y a todo el equipo de Editabundo. Sé que soy muy pesada, pero siempre diré que hicisteis que este camino fuera mucho más largo de lo que yo misma esperaba. Y, de alguna forma, le encontrasteis el sentido a muchas cosas que yo había perdido en el trayecto. Gracias por ser mi farito de luz.

Gracias, Gemma y Rosa, por ser las mejores editoras que puedo pedir. Y por querer a estos libros como si fueran vuestros. Siempre conseguís que mis personajes se vuelvan muchísimo más reales. Que los sienta mucho más vivos. Y que me sienta preparada para ver cómo salen y se enfrentan al mundo.

Gracias al resto del equipo de la editorial, a los libreros, a todas las personas que conforman este esquema gigante que son los libros. Gracias

por lo que hacéis por mis historias, y por siempre tener una sonrisa que ofrecerme, o una historia que contarme. Sois una fuente de inspiración inagotable.

Por supuesto, gracias a mis amigos. A los que forman radiopatio, a los de las malas hierbas, a los de los buenos momentos y a los que me acompañaron antes de que todo esto estallara. A los que colocaban sillas conmigo y luego compartían propinas para comprarnos caprichos. Espero que Andrew no os haya dado muy malos recuerdos. Gracias a todos por ser vosotros mismos. Gracias por no cambiar. Gracias por ser los mejores.

Y, como siempre, dejo lo más importante para el último lugar.

Gracias a ti por leer esta historia carente de sentido. Gracias por leer estos agradecimientos, que seguramente tampoco lo tienen. Gracias por dejarte llevar a un mundo en el que existen las habilidades, los gatos parlanchines y los saltos en el tiempo. Gracias por seguir dándome oportunidades de sacarte, aunque sea durante un rato, del mundo real.

Recuerda controlar tus habilidades o nos tocará vigilarte de cerca, ¿eh?

Gracias por leer esta historia. Deseo que la vida, como a estos personajes, te muestre tu propio camino.

Aunque sé que da pena despedirse de la familia de los extraños, recuerda que solo muere quien es olvidado. Y, como bien dice Brendan, aquí tenemos muchos defectos pero ninguno es ser olvidable.

Nos vemos en nuevas páginas.

Un abrazo.

¿Se puede cambiar el destino cuando ya ha sido escrito?
¿Se puede encontrar aquello que ya se ha perdido?

Tras varios meses en las sombras, la familia de extraños intenta recomponerse.

El mundo de Caleb se ha desmoronado. El tiempo transcurre, pero él sigue viviendo en esa misma noche. Sigue paralizado en ese mismo dolor. Su familia necesita que despierte. Él necesita buscarla. Y necesita encontrarla.

El mundo de Victoria se ha transformado. Intenta descubrir quién es, pero su antiguo yo sigue fragmentado en cientos de pedazos. El chico que la acompaña necesita que ella sea fuerte. Ella necesita entender por qué siente

esa conexión con él. Y por qué una voz en lo más profundo de su cabeza le dice que tiene un hogar al que volver.

Huir ya no es una opción para nadie. La única posibilidad de supervivencia es enfrentar el pasado y desafiar el olvido.

Joana Marcús, nacida en Mallorca en 2000, divide su tiempo entre sus estudios, sus libros y sus mascotas. Desde pequeña supo que le encantaba la escritura, aunque sus primeros textos solo fueron pequeños relatos. No fue hasta los trece años que se animó a publicar su primera historia completa en Wattpad, donde ha seguido escribiendo hasta la actualidad.

Primera edición: mayo de 2025

© 2025, Joana Marcús
Autora representada por Editabundo Agencia Literaria, S.L.
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Maria Soler
Ilustración de portada: © Elena Masci

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19501-15-8

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Sempiterno

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Joana Marcús

Créditos